LA DEBILIDAD
DEL
CORONEL

Prólogo

Adara

Había escuchado muchas cosas sobre el coronel Luke desde que me enlisté en el ejército y ninguna de ellas era buena.

La gente decía que él era un hombre letal, de mal carácter, estricto y con el atractivo de un dios perfecto que te observaba como si no fueras digno de vivir en el mismo planeta que él. Llevaba una semana allí y aún no lo había conocido, pero ese día lo vería por primera vez.

No entendía muy bien por qué estaba tan nerviosa, ni por qué me temblaban las piernas, tampoco había desayunado mucho.

Cuando me dijeron que aquel jueves conoceríamos a nuestro superior directo, perdí el apetito por completo. Me sentía ansiosa, intranquila, como si mi mente se estuviera preparando para algo que cambiaría mi vida para siempre. Lo cual era absurdo dado que yo era la hija de Damon King, el militar legendario; al que incluso el coronel Luke debía admirar. Aunque claro estaba, ninguno de ellos sabía que yo llevaba la misma sangre que él en mis venas. Lo había preferido así, por eso hablé con mi tío el presidente Derek para que me ayudara a ocultar mi verdadera identidad en la milicia. No quería un trato especial en el ejército, ni que me acosaran con preguntas sobre mi padre. Era lo que siempre ocurría cuando la gente descubría que yo era: Adara Atenea King, la primogénita del famoso Monstruo del Pentágono. La gente solía creer que yo era asombrosa como él y el resto de mis hermanos. Pero yo no había destacado en absolutamente nada en mi vida. Por eso y para dejar atrás un evento doloroso de mi vida, me uní al ejército.

Mi padre había sido el general de Flota del Pentágono, un rango único que había sido creado para un militar con habilidades sobrehumanas como él, yo en cambio tenía salud. Era torpe, tenía una pésima puntería, la coordinación en mis piernas era inexistente, era tan rápida como una tortuga y era probable que me disparara a mí misma, mientras intentaba accionar la ametralladora y era capaz de pasarme al bando contrario si el enemigo era guapo. El coronel Luke me amaría cuando viera mis nulas capacidades bélicas.

Estaba rodeada de novatos y aunque al inicio podía parecer que eso era una ventaja, porque serían pésimos como yo y nadie notaría que era una inútil, la realidad era que casi todos provenían de familias con dinastía militar y lo hacían muy bien en los ejercicios de entrenamiento. Ellos no dejarían en vergüenza el apellido de sus padres como yo, por eso, decidí registrarme como Adara Hart, porque la familia de mi madre no tenía un historial militar y no dejaría vergüenza a ningún héroe de guerra antepasado que me perseguiría en sueños por deshonrarlo.

El sol que cubría la central militar estaba en su máxima potencia calórica, un grito dictatorial desgarró el aire y yo me tensé al instante.

—¡Armen filas, ahora! —ordenó un sargento con la voz rasposa, tan potente como un trueno.

El crujir de botas sobre la tierra resonó mientras los reclutas comenzaban a alinearse en perfecta formación. Me apuré, sintiendo cómo mis manos temblaban levemente y el corazón me galopaba con tanta fuerza que sentía que se estaba desprendiendo de mi pecho. Apreté los dientes y me obligué a mostrarme fuerte. Ya era objeto de burlas debido a mi incapacidad para hacer las cosas bien, pero no iba a meter la pata ese día. Me comportaría y pasaría desapercibida.

Esa era la consigna.

Que el coronel Luke no notara mi existencia.

—¡Oficial en el área!

Mierda, ya viene el demonio.

Un silencio absoluto cayó como un rayo sobre la planicie y todo el mundo entró en pausa. Tragué saliva, enderecé la espalda y me recordé a mí misma que era una King, aunque no tuviera el talento de una.

No lo vi de inmediato, en su lugar, escuché el paso de unas botas militares que se desplazaban entre las filas como si contaran los segundos que quedaban para una ejecución. El aire se volvió espeso, como si una neblina invisible lo cubriera todo o tal vez se debía a que estaba tan nerviosa que mi mente exageraba todo lo que mis sentidos captaban. Un aura dominante lo envolvió todo y el estómago me dio un vuelco aunque aún no había visto al famoso coronel Luke.

Mis ojos seguían clavados al frente, no podía mover la cabeza hacia ningún lado cuando un superior se encontraba en el área.

El sonido de los pasos del coronel se detenía en puntos concretos. Sentía cómo su sombra se movía de un lado a otro, inspeccionándonos con la mirada de un cazador que buscaba presas defectuosas a las que pulverizar con su pie.

Vi por el rabillo del ojo, cómo el coronel se detuvo frente a un soldado alto, corpulento, de mandíbula marcada. Se plantó frente a él y lo miró fijamente. No pude detallar su rostro, porque apenas lograba percibir algo, pero su presencia era lo suficientemente avasallante y poderosa para que la piel se me erizara y las manos me sudaran.

—¿Tiene miedo, soldado? —preguntó, con una voz profunda, fría y ronca que hizo que me estremeciera y no precisamente de miedo, sino de deseo.

Pude percibir que el pobre chico pestañeó varias veces, tragó saliva y empezó a transpirar como si hubiera estado corriendo un maratón durante horas.

—No, señor, yo...

—No le he dado permiso para hablar todavía —interrumpió el coronel con voz cortante.

—Disculpe, señor, yo…

—¿Acaso le autoricé a hablar? ¿Es usted capaz de leer mentes y percibió en la mía que iba a dejarlo hablar?

—Pero, señor, yo no sabía que no…

—Saquen a este imbécil de mi vista.

Dos soldados lo tomaron de los brazos mientras él balbuceaba excusas que a nadie parecían importarle. El coronel ni siquiera lo volvió a mirar. Siguió caminando entre nosotros, como si buscara otra falla que eliminar. Si llegaba a mi puesto, estaría perdida porque mi gran especialidad era meter la pata. Era campeona intergaláctica en ello.

El coronel se ubicó a una distancia tan cercana a la mía que sentí que me faltaba el aire.

Sus ojos verdes, de un tono tan pálido que parecía que le hubieran drenado toda emoción, se clavaron en los míos con una intensidad que me dejó paralizada.

Volví a mirarlo a los ojos y me sentí maravillada y aterrada en partes iguales, ese verde en su mirada no era pacífico como el de un bosque o una esmeralda, era venenoso. Transmitía algo que de alguna manera me quemaba y empequeñecía.

La mirada que me dedicó no era simplemente fría… era despectiva. Como si estuviera evaluando si yo merecía siquiera existir. Como si hubiese olido algo podrido y hubiese descubierto que venía de mí.

Su mandíbula, perfectamente dibujada, se tensó con una rabia contenida que no comprendía. Tenía el tipo de belleza que te golpeaba como un puño en el estómago: violenta, intimidante, demasiado perfecta para ser real y con la capacidad de que le entregaras tu alma a quien fuera con tal de tenerlo. Parecía tallado a mano por un escultor que había decidido mezclar la perfección con la letalidad y esa maldita mezcla lo volvía imposible de ignorar. Su uniforme oscuro se ajustaba a su cuerpo imponente, marcando cada músculo, como si no hubiese quedado claro que aquel sujeto era una máquina de guerra, tan atractiva y peligrosa que era mejor estar lo más lejos posible de él.

No necesitaba hablar para imponer respeto, su mera presencia lo eclipsaba todo. Era el tipo de hombre que sabía exactamente lo que era capaz de hacer, a él no le temblaría la mano para destruirme y no sé por qué de alguna manera sentía que éramos enemigos declarados aunque nunca antes lo hubiera visto.

Me miró como si me hubiera sentenciado a muerte por atreverme a observarlo fijamente.

Me congelé en mi puesto, tragué saliva con dificultad, sintiendo cómo un sudor frío me recorría la espalda. Las piernas me temblaban. Ni siquiera en mis peores pesadillas imaginé que el famoso coronel Luke sería así de atractivo. Que existiera alguien que pudiera mirarte con ese desprecio absoluto y, al mismo tiempo, hacer que tus rodillas quisieran doblarse por razones que no tenían nada que ver con el miedo, y sí con el deseo, era irreal.

Su boca se torció al ver que tragué en seco, como si estuviera contemplando la basura. Me recorrió de arriba abajo sin disimulo, como si yo no fuera nada a su lado. Ni siquiera una soldado, sino la cucaracha de ojos celestes que pronto pisotearía y echaría de su ejército.

Quise decirle que no tenía derecho a mirarme así. Pero mi garganta estaba seca y el corazón me golpeaba tan fuerte que apenas podía respirar. Me odié por sentirme tan atraída por ese extraño, le estaba faltando a la memoria de mi prometido. Me odié por permitir que su presencia me sacudiera hasta ese punto. Porque la repulsión que veía en su mirada, de alguna manera inaudita me encendía. Nunca nadie me había mirado de esa forma tan desagradable, aquello era completamente nuevo para mí.

—Aquí no hablan si no les autorizo —dijo sin girarse—. No se mueven si no les autorizo. No respiran si no les autorizo.

Me incliné y murmuré entre algo entre dientes.

—¿Tampoco podremos cagar si no nos autoriza?

Nadie parecía haberlo escuchado. Hasta que sentí una sombra plantarse justo frente a mí.

La sangre se me fue a los pies.

Bajé la cabeza con rapidez, pero mis ojos se desviaron como si tuvieran vida propia hacia donde no debían. Clavé las pupilas en la hebilla de su cinturón y estaba tan asustada que mi mirada descendió aún más. Me encontré con algo que me hizo salivar oscuramente, rápidamente alcé la mirada y lo que vi en su expresión provocó que quisiera desmayarme.

—¿Hacia dónde estaba mirando soldado?

Estaba más que claro que pronto me expulsarían del ejército por lujuriosa, aunque esa no fue mi intención. Lo peor era que no podía sacarme lo que había visto de la mente y el coronel Luke probablemente lo sabía.

¿Te gustó el capítulo?

Capítulo 1

1 año antes de enlistarse en el ejército

Roma Italia

Adara

Las manos de la estilista temblaban ligeramente al ajustar la tiara en mi cabeza. Era una pieza antigua, brillante, preciosa, con diamantes engarzados en forma de hojas y una esmeralda central que brillaba bajo las luces de la habitación. La llamaban *la Rossi*, en honor al apellido imperial de mi prometido, el príncipe heredero de Italia. Era tradición que cada futura princesa heredera la usara el día de su compromiso. Nunca pensé que llegaría a tenerla sobre mi cabeza. Cuando conocí a Santiago en la universidad y todas se desvivían por ese guapo príncipe italiano, creí que nunca tendría una oportunidad con él. Pero en cuanto nos miramos a los ojos fue amor a primera vista. Formalizamos nuestra relación dos años después y nos comprometimos a los pocos meses de ello. Si hubiera una forma de describir nuestro romance diría que era: un verdadero cuento de hadas.

El vestido celeste de corte imperial caía por mis caderas como una segunda piel, llevaba el cabello oscuro recogido en un moño perfecto. El corazón me latía como si quisiera salirse de mi pecho.

—Estás preciosa —dijo mi madre al entrar a la habitación.

Me giré y la vi. Lucía radiante, con un vestido plateado que resaltaba sus ojos grises. Detrás de ella, entró papá. Se detuvo en el umbral por unos segundos, y luego caminó hacia mí con ese andar imponente que a todos solía intimidar.

—No puedo creer que mi niña se case —murmuró él.

Lo conocía demasiado bien. Sabía que algo le inquietaba.

—¿De verdad estás segura de que quieres casarte con ese chico? —preguntó. Su tono era suave, pero su mirada me examinaba con la misma precisión con la que inspeccionaría un mapa de guerra—. ¿Te hace feliz?

Su pregunta me hizo reír. Desde que conoció a Santiago, había intentado que lo dejara. Mi madre y él murmuraban a mis espaldas algo sobre una profecía, pero yo no creía en ella.

—Papá… ya habíamos hablado de esto —respondí, dándole una sonrisa tranquila—. Soy muy feliz con Santiago, él me hace sentir segura, amada y respetada.

No sabía por qué dudaba tanto de Santi si hasta ese momento había sido un yerno ejemplar.

Capítulo 2

Adara

—Tienes solo veintidós años, hija mía —respondió él—. Eres demasiado joven para casarte.

Mamá suspiró, se acercó a él y le tomó el brazo.

—Si ella es feliz, no debemos intervenir, Damon. Habíamos acordado en que no nos meteríamos más en la relación de nuestra hija.

Mi padre negó con la cabeza, sus ojos celestes me escudriñaron durante un lapso corto de tiempo.

—Lo sé, lo sé. Pero hay algo en tu prometido que no me da buena espina, Ada.

—No te gusta mi relación con Santi porque tendré que mudarme a este país—le dije, poniéndome de puntillas para darle un beso en la mejilla—. Pero Italia no está tan lejos de Noruega, papá.

—Es que no sé —dijo bajando la voz—. Siento que tu prometido es demasiado perfecto. Y normalmente, los hombres así... algo esconden.

La encargada de mi arreglo interrumpió justo a tiempo para evitar que la conversación llegara a un punto sin retorno.

—Ya está lista, señorita Hart.

Asentí y caminé hacia la puerta con el vestido cubierto de cristales rozando el suelo. Mis padres me siguieron. Apenas salimos de la habitación, un guardia vestido de gala se me acercó con paso firme.

—Señorita Hart —dijo—, hemos reforzado la seguridad del evento. Así que no se preocupe si ve más guardias de la cuenta. Los rebeldes estuvieron enviando comunicados y reforzamos los números de vigilantes por la seguridad de todos, pero no hay de qué preocuparse.

Papá frunció el ceño de inmediato. Siempre pensó que cualquier ejército o guardia que no estuviera dirigido por él era ineficiente.

—Me sorprende que una monarquía no sea capaz de minimizar a un pequeño grupo de rebeldes.

—Papá... no empieces por favor —susurré, agitando la cabeza.

—Santiago no está de acuerdo en usar la fuerza contra su propio pueblo —dije en voz alta, intentando que no dijera algo fuera de lugar que pudiera ponerme en una situación incómoda con mi futura familia política.

Él chasqueó los dientes.

—Pues si ese pueblo pone en vilo la seguridad de mi hija, yo sí usaré la fuerza contra ellos. Si me dejaran a cargo, no quedaría nada de esos rebeldes.

Capítulo 3

Adara

—Papá, no puedes declararle la guerra a la gente por cualquier cosa.

—Tu seguridad no es cualquier cosa —replicó, con la voz tan grave que parecía que amenazaba al viento.

Antes de que pudiera responder, una figura se acercó por el pasillo. Lo primero que vi fue el cabello cobriz perfectamente peinado hacia atrás de Santiago. Luego me hipnotizaron sus bonitos ojos, de un azul tan oscuro como mar en invierno. Me quedé embobada al mirar su perfecta sonrisa de príncipe y esa expresión atontada mientras m observaba de pies a cabeza.

Me olvidé de todo lo demás y corrí hacia él. Mi príncipe me recibió con los brazos abiertos y me levantó uno centímetros del suelo, para luego bajarme con delicadeza.

—*La mia futura regina* —susurró en italiano causando que algo dentro de mí crujiera, y luego añadió en mi idioma—: T ves hermosa.

—Muchas gracias, majestad —respondí con una sonrisa juguetona.

Él me miró con fingido reproche y me acarició el mentón.

—No me digas así, nena. Acordamos que no habría títulos formales entre nosotros.

Lo besé en la mejilla y su mano se posó sobre la mía. Era tan educado, encantador y perfecto, que casi todo el tiemp quería pellizcarme la mejilla para saber si no estaba viviendo un sueño.

Santiago era demasiado perfecto, según mi padre. Aunque papá veía enemigos y conspiraciones en todos lados, po ende, no siempre era una fuente confiable.

Santiago saludó a mis padres con respeto, y aunque papá le respondió con cordialidad, había algo en su mirada qu seguía midiendo cada gesto de mi prometido, como si estuviera esperando que este fallara.

Intenté ignorar esa tensión. Ese día no quería pensar en lo que podía salir mal, porque aunque había seguridad, lo rebeldes que querían abolir la monarquía seguían siendo un peligro, aunque quisiéramos pensar que no.

Quería disfrutar mi compromiso con un hombre que me trataba como si fuera la única mujer que importaba en todo universo. Estaba vestida como en los cuentos. Y aunque una parte de mí se sentía sofocada con tanta formalidad, l otra era inmensamente feliz, porque tenía un amor tan bonito como el de mis padres en mi vida.

Tomé la mano de Santiago y me preparé para el próximo paso en mi vida como la futura princesa de Italia y señor Rossi.

Capítulo 4

Adara

Los pasos resonaban en el lujoso palacio italiano en el que vivía la familia real. Alfombras doradas con grabados florales exquisitos captaban mi atención, pinturas valuadas en varios millones de euros y paredes rimbombantes cubiertas de relieves con formas de coronas, nos acompañaban en cada centímetro que avanzábamos sobre el extenso y pomposo castillo. La monarquía italiana había sido restaurada un siglo atrás y desde entonces se habían esmerado en demostrar que el país la necesitaba, ya que la presencia de reyes y príncipes había contribuido a aumentar el turismo, que de por sí era uno de los pilares de la economía italiana. Había aprendido todo lo que me era posible sobre el país, pronto sería su princesa heredera y mi deber era conocer al pueblo, si quería formar parte de él y ser una buena gobernante.

Santiago sostenía mi mano con devoción mientras mis padres nos seguían. Mi novio estaba tan enamorado de mí como yo de él. No escatimaba a la hora de demostrármelo, nuestras citas románticas solían terminar en la prensa y las chicas del planeta entero querían un novio como él.

Mi príncipe italiano me había propuesto matrimonio en el coliseo romano ante una lluvia de pétalos de rosas y las cámaras de los principales programas de chismes faranduleros. La marca Versace lanzó una colección con mi nombre a petición del príncipe, y me habían permitido colaborar con ellos como diseñadora. Aunque ninguno de mis diseños pasó el filtro porque no se ajustaban a lo que Versace quería, aun así me sentí honrada de formar parte de un proyecto con ellos. Las ganancias que la campaña generó fueron destinadas a la caridad. A papá le molestó que menospreciaran mi talento, él creía en mí como nadie y solía decirme cada vez que podía que estaba orgulloso de lo persistente que era. Yo me sentía una fracasada que no había logrado nada, pero no quería rendirme. El ánimo genuino que veía en su cara, me impulsaba a no tirar la toalla, aunque quería hacerlo la mayor parte del tiempo.

En un mundo donde las demostraciones de amor se habían vuelto limitadas, mi novio hacía todo lo contrario. Me pidió que fuese su novia junto a la torre inclinada de Pizza y desde entonces había una plaquita junto a esta que decía: Aquí el príncipe Santiago se hizo novio del amor de su vida. En Venecia la góndola más grande, renombrada y bonita fue bautizada como: Adara. No había forma humana en la que no te enamoraras de alguien como él. Me derretía cada vez que lo veía y las chispas saltaban en mi corazón. Era inmensamente feliz a su lado.

Mis hermanos salieron a nuestro encuentro cuando llegamos a una bifurcación iluminada por los finos candelabros plateados, que colgaban a cada pocos metros del techo.

Posé la vista en Anabella, mi gemela. Éramos dos gotas de agua en lo exterior, pero internamente éramos polos opuestos. Mi hermana era tranquila, centrada y una escritora exitosa de novelas de misterio, aunque tenía un secreto que sólo yo conocía. También escribía libros eróticos con un seudónimo, los cuales levantaban suspiros, calenturas y sueños candentes entre sus miles de lectoras en todo el planeta. Yo era la única que sabía su secretito y lo guardaba como si fuera mío. Mi hermana nunca se había enamorado, solía decir que el amor de su vida estaba en los libros y que ningún hombre que conocía estaba a la altura de unos tales Rhysand, Xaden Riorson, Edward Cullen y Christian Grey. Yo no los conocía, pero si ella los amaba seguramente valían la pena.

Mi hermana vestía un hermoso traje violeta, no tan entallado como me hubiera gustado y demasiado recatado para mi gusto, con elegantes mangas largas y un cinturón de perlas que le abrazaba el vientre. La moda no era lo suyo, el estilo de Anabella era bohemio, sencillo y hippie. A pesar de ello, llamaba mucho la atención de los hombres y es que su personalidad madura y segura, la hacían lucir interesante y culta. Además de ello, era físicamente una muñeca andante.

Mi madre había tenido un segundo parto doble, esta vez de gemelos. Dante y Damián King también eran muy distintos entre sí. Mientras Damián era un cotizado piloto de la fórmula 1, del cual se decía que sería el próximo campeón mundial en su deporte y un *bad boy* consumado; Dante por su parte era un genio en todo el sentido de la palabra y un astronauta renombrado que había sido elegido para ser el primer hombre en Marte. Tenía entendido que la misión se realizaría dentro de 10 años y eso nos tenía nerviosos y emocionados en partes iguales, porque había un riesgo enorme en ella. Ya se había intentado ir al planeta Marte varias veces y el resultado siempre era el mismo: El transbordador espacial explotaba, había problemas en el despegue o las condiciones atmosféricas de Marte impedían un aterrizaje exitoso y la nave espacial se averiaba dejando a sus astronautas varados en el espacio, hasta que morían de inanición. Todos los inconvenientes antes mencionados estaban siendo solucionados con la ayuda de mi hermano, que era un genio de la física cuántica, mecánica y la aeronáutica espacial, pero eso no nos tranquilizaba en lo absoluto. Papá era el único que se mostraba calmado al respecto, él decía que Dante no aceptaría participar en algo si no estaba convencido de que saldría bien. Mi hermano tenía 20 años recién cumplidos pero actuaba como un completo adulto responsable y autosuficiente. Un mechón oscuro le caía a ambos por la frente, el de Damián estaba ligeramente despeinado y Dante llevaba el suyo de forma impecable.

Ambos gemelos eran una copia física de mi padre, con los ojos grises verdeazulados de mamá, lo cual los volvía los más perseguidos por las chicas a donde fueran. Era una locura ver lo que ambos despertaban en las mujeres.

Anabella y yo, poseíamos unas pupilas celestes tan impresionantes que todo aquel que nos miraba decía que eran hechizantes.

Amaba a mis hermanos y estaba orgullosa de ellos, pero en el fondo sentía que no estaba a la altura de ninguno en cuanto a logros. No le había dado un solo orgullo a mis padres en toda mi vida. Estudié una carrera de diseño y confección en la universidad, según mis sueños más platónicos iba a ser la próxima Carolina Herrera, pero no logré despegar con ninguna de las cuatro colecciones que lancé. Nadie quiso comprar nada, por mucho que me esforcé en hacer que mis diseños fueran algo novedoso. Santiago me apoyó en cada fracaso y no me dejó sola en ningún momento.

Me recomendaron dejar la moda y meterme al modelaje, lo intenté y aunque me fue bien debido a que la belleza era algo característico en mi familia, no me sentía cómoda al estar semidesnuda ante un montón de gente que me examinaban y murmuraban cosas sobre mi peso, mi cara y mis pechos.

Por fortuna nadie se sobrepasó conmigo, aunque había escuchado que era algo común en ese rubro. Supuse que se debía a la presencia de mi padre y es que cuando Damon King llegaba a alguna parte, lo único que recibía era respeto y admiración, pero él no podía acompañarme a los cástings internos y allí era donde todo se arruinaba.

—Te ves hermosa, hermanita—expresó Anabella, mirándome con ese amor de hermana que no podía ser definido con las palabras.

—No le mientas, Ana. Aunque debo reconocer que después de que la obligaran a bañarse luce como una persona aceptable, esperemos que siendo una princesa se asee más seguido aunque ese no sea su fuerte.—agregó Damián con una sonrisa de hermano experto en bullying y es que eso era, pero aún así adoraba a ese loquillo.

—Te ves muy bien, Ada—Fue todo lo que me dijo Dante y tratándose de él, era todo un logro.

Anabella era tranquilidad, dulzura y apoyo emocional. No podía tener una hermana más comprensiva y buena que ella. Estuvo conmigo en mis peores momentos y crisis, jamás me juzgó, jamás me hizo sentir que era una idiota inútil. Al contrario solía decirme a menudo que pronto descubriría para qué había venido al mundo, que encontraría lo que me apasionaba y triunfaría. Ella creía en mí más de lo que yo misma lo hacía.

Damián era bullying, carisma y popularidad. Era el piloto de fórmula 1 con más seguidores en redes sociales. Cualquier cosa que subiera acumulaba millones de likes al instante. Tenía novias por todas partes, aunque yo sabía que había una sola chica que cautivaba su corazón, aunque él se negara a admitirlo. Mi hermano llevaba años enamorado de su mejor amiga, pero no se atrevía a decirle nada porque le daba miedo perderla si las cosas no salían bien y conociendo a Damián, era posible que le rompiera el corazón por su incapacidad para ser fiel. La amaba, pero no podía mantener su polla tranquila y no quería que ella se alejara. Y la verdad es que yo tampoco quería que la perdiera, esa chica era un sol y su cable a tierra.

Y Dante por su parte era frío, distante y el más complicado de los cuatro. Era tan inteligente que solía mirar al resto desde una nube de superioridad, mi madre lo reprendía por ello a menudo. Él le respondía que no podía forzar una personalidad amigable si no la tenía. Dante no era una persona fácil de tratar, no era un mal ser humano, era tan brillante como mi padre, pero tenía pocos amigos debido a su forma de ser tan directa y sin filtros. Si cometías un error y fallabas en algo, él no iba a compadecerse de ti, sino que te dejaría claro que merecías que todo te hubiera salido mal por inepto.

Su novia era igual o peor que él y por desgracia estaba parada a su lado, observándome como si yo fuera una especie de simio parlante con bonito vestido. También era astronauta y una presumida consumada. Vestía un traje verde de corte recto y cubierto de cristales tornasol que parpadeaban cada vez que ella exhalaba aire. Llevaba su brillante melena escarlata trenzada, la cual caía sin desparpajos al lado derecho de su cara. Se veía muy bonita, debía reconocerlo, pero era una perra malévola y por esa razón el encanto sobre ella terminaba en cuanto abría la boca.

—Sí, luces bien Adara. Me pregunto cuánto costó que lucieras así, no debió ser fácil—expuso mi querida cuñada.

—Ella siempre luce bien—intervino papá como un halcón enojado—Una belleza como la de Adara no necesita excesos, ni arreglos extremos. No sé a qué te refieres, Ivana

—En eso estoy de acuerdo, suegro—Papá ni determinó a mi pobre novio que se esmeraba en caerle bien al secundar su cometario.

—Lo siento señor King yo no quise poner en duda la belleza de Adara. Fue una broma inmadura de mi parte, no se volverá a repetir.

Mi padre le lanzó una mirada dura y todo el color que había en la cara alargada de Ivana desapareció.

—Ivana no lo volverá a hacer— intervino mi hermano. Él era un poco complejo, pero tampoco le gustaba que se metieran con nadie de la familia.

Por eso su novia me molestaba sólo cuando él no la estaba viendo.

Mi madre soltó un largo suspiro, estaba claro que iba a intervenir para evitar un intercambio mayor.

—Bueno, dejemos el asunto aquí. Es el compromiso de Adara y no un debate sobre su belleza.

Ivana agachó la cabeza, yo la estaba pasando en bomba. Ella solía repetirme cada vez que podía: que yo sólo tenía el rostro de una King porque en talento o intelecto no estaba a la altura, que mientras el resto era exitoso en sus respectivas áreas, yo estaba a punto de romper el récord como la fracasada más grande del planeta. Lloré varias veces por su culpa, odiaba que tuviese razón. En una familia de gente talentosa, yo era la oveja negra que nadie quería señalar.

—Adara, en verdad te ves hermosa—expuso hipócritamente la pelirroja y amé su voz de perrito apaleado, se merecía la reprimenda por ser una maldita zorra cruel.

No quería ser mala persona pero, me habría fascinado que mi hermano la dejara. Aunque dudaba que lo hiciera, estaba demasiado enamorado de sus tetas y su cabello rojizo. A Dante le gustaba lo diferente y como el porcentaje de mujeres pelirrojas en el mundo era tan bajo, él decía que estar con una era una rareza científica. Así de peculiar era.

—Muchas gracias, Ivana, viniendo de ti es algo que realmente aprecio.

—Bueno, vas a ser una princesa no se te puede tratar de otra manera.

Ella miró a mi novio y Santiago le sonrió nervioso. Él sabía que yo detestaba a Ivana, pero a Santi nunca le nacía ser grosero con nadie; así que incluso la novia de mi hermano que era un grano en el culo, recibió un gesto amistoso de su parte.

—Bueno, estamos por llegar al salón, seremos anunciados por el encargado y entraremos en grupos. Los gemelos y Anabella entrarán juntos. Ada entrará con sus padres y yo haré lo mismo con mi madre y mi hermana—emitió Santiago cuando las aguas se calmaron.

Doblamos a la derecha y nos adentramos en un pasillo flanqueado por bustos de marfil que seguramente habían sido elaborados por Miguel Ángel.

Un guardia rubio salió a nuestro encuentro, cuando llegamos al pasillo que colindaba con el gran salón de baile real en el que se realizaría la fiesta de compromiso. El vigía llevaba un uniforme bien planchado y oscuro cubierto de placas metálicas, que no pasaron desapercibidas ante los ojos de mi padre. Él examinaba cada medalla en el pecho del hombre, como si estuviese decidiendo si aquel oficial en verdad era un buen soldado.

—La reina Francesca quiere hablar con la señorita King en privado.

Santiago hundió los hombros y me escudriñó intranquilo. Su madre no me quería mucho que digamos, ella hubiera preferido que Santiago se casara con alguien de la realeza y no una plebeya como yo. Lo había dejado en claro cada vez que nos veíamos, pero a mí no me importaba. Iba a casarme con su hijo, no con ella, así que le tocaba soportarme; aunque no le agradara en lo absoluto. El príncipe me había elegido y eso no podía cambiarlo.

—Iré contigo—murmuró papá casi al instante.

Él me había preguntando varias veces si mi suegra me trataba bien, le mentí cada vez que lo hacía. Decía cosas como: Me adora papá, está muy emocionada por la boda, no para de hablar sobre sus futuros nietos.

Lo cierto era que Francesca Rossi no me quería mucho que digamos, me saludaba por obligación y no toleraba estar mucho tiempo conmigo en la misma habitación. Aquella audiencia me ponía los pelos de punta, porque algo me decía que no saldría bien.

—No suegro, yo seré quien vaya—acotó Santi. Mi padre negó con la cabeza.

—Es mi hija, soy quien debe acompañarla.

—Iré sola, la reina pidió una audiencia conmigo, no con ustedes—murmuré con sosiego. Aunque en el fondo, sabía que acudir sin compañía a una audiencia con ella era lo más parecido que había a recorrer el camino de un condenado a la silla eléctrica.

Tragué en seco, puse mi sonrisa más radiante e intenté convencer a todos de que mi audiencia con la reina de Italia iba a salir bien.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —susurró Santi contra mi oído. Estaba preocupado y no podía culparlo. Hablar con su madre era lo más parecido a intentar tocar a uno de los dragones de Daenerys Targaryen. Ella me iba a incinerar a la menor oportunidad.

Lo tenía claro.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia su sala de torturas, es decir, su despacho.

A lo lejos escuché las voces de mis tíos Derek y Allan que acababan de llegar, le estaban diciendo a papá que debía ser horrible tenerlo como suegro.

***

La reina Francesca me esperaba en una habitación decorada como si quisiera demostrar que su dinastía real tenía mucho dinero, el respaldar de la silla en la que se sentaba estaba cubierto de perlas y terciopelo borgoña. Llevaba un vestido rojo tan brillante que parecía que se había echado escarcha encima y en su cabeza había una puntiaguda corona con diamantes que combinaban con su vestido, quería dejarme en claro que no importaba con quién me casara, ella siempre sería la reina.

Era lo más parecido que existía a la reina roja de Alicia en el país de las maravillas.

En cuanto la vi me temblaron las manos.

Su cabello negro y brillante caía con precisión casi matemática sobre sus hombros y sus ojos, oscuros y vacíos, eran una versión helada de los de Santiago. El parecido físico era innegable, pero la diferencia entre sus personalidades era abismal.

En cuanto me vio, frunció los labios con desdén.

Me encantaba la sana relación que teníamos

Me incliné para hacer una reverencia como mandaba el protocolo… y terminé tropezándome con la alfombra bermellón que adornaba el suelo como si fuera la mismísima ruta al infierno. Me tambaleé, solté un pequeño quejido y recuperé el equilibrio justo antes de besar el piso.

—Tal parece que no sabes hacer nada bien, ni siquiera una simple reverencia —disparó con una voz tan afilada como un bisturí.

Vieja desgraciada.

Me mordí la lengua para no decirle un par de cositas, porque ese era otro de mis defectos, nunca podía quedarme callada.

—Disculpe, majestad —logré decir, intentando recuperar la dignidad.

Ella se puso de pie y caminó hacia mí como un buitre elegante que estaba a punto de cazarme por simple diversión.

—Vas a ser la princesa heredera de este país, no quiero más errores de tu parte, ni siquiera cuando debas inclinarte ante mí. Espero que te comportes. He escuchado que sueles hacer comentarios imprudentes y una princesa no debe actuar así. Te quiero silenciosa, doblegada y sin tratar de sobresalir por encima de mi hijo. Él es quien lleva sangre real por herencia, tú eres una plebeya y como tal así deberás actuar. Nunca debes dar un paso adelante de él. Debes ser su sombra, no la luz que trate de opacarlo. ¿Queda claro?

Mi estómago se contrajo y apreté los puños.

—Yo he hablado con mi futuro esposo sobre cómo debemos llevar nuestro matrimonio —le respondí—, y él se siente cómodo con mi actitud. No veo por qué tenga que cambiar mi forma de ser.

Francesca entornó los ojos, como si acabara de pronunciar una herejía.

—Aquí no importa lo que hayas acordado con mi hijo, sino lo que debes hacer. Acepté que te casaras con él porque Santiago me pidió que te diera una oportunidad, pero si no acatas las reglas yo misma me encargaré de que seas expulsada de este palacio y de este país.

—¿Por qué habría de expulsarme? ¿Acaso no tengo derecho a expresarme?

—Tus opiniones no importan aquí. Serás una princesa por derecho de matrimonio, no por derecho de sangre, por ende, nada de lo que digas realmente tiene peso. Puede que tu familia tenga muchísimo dinero, pero en cuanto a linaje no son nadie, sólo un montón de pobretones que tuvieron suerte.

Ya no me temblaban las manos, me ardía el rostro. Me puse en pie, intentando mantener la compostura.

—¿Pobretones con suerte? Mi padre es un militar legendario que salvó al mundo poco antes que yo naciera y mi madre ha dedicado la mitad de su vida a ayudar a mujeres en situaciones menos favorecidas. Aquí la única que tiene suerte es usted, que es la hija de un duque y tiene un título real para que el no tuvo que trabajar nada.

Me puse en pie de golpe, no quería escuchar más a esa maldita bruja que decía ser la reina de Italia.

—¿A dónde vas? No te he dado permiso de salir.

—Me parece que ya ha terminado esta reunión.

Me giré con la intención de largarme, pero antes de llegar a la puerta, escuché sus pasos acelerados detrás de mí. Se interpuso en mi camino y, sin previo aviso, tomó mi cara entre sus manos. Me apretó la mandíbula con sus dedos y me miró como si me odiara cada vez que su corazón palpitara.

—Más vale que te comportes, plebeya, porque mientras vivas bajo mi palacio las reglas las dictamino yo. Eres de baja cuna y siempre lo serás, no importa cuánto dinero tenga tu papi, la clase y alcurnia no la tienes. Vivirás en este castillo y tendrás que respetarme quieras o no.

—No necesito vivir bajo su palacio. Mi familia tiene el dinero suficiente para comprar uno tres veces más grande que este y lo harán si les digo que no quiero vivir aquí.

—Como siempre, te toca presumir logros y propiedades externas, porque por tu cuenta no has logrado nada en la vida. Tu mayor logro será ser la esposa de mi hijo, y eso seguramente lo lograste actuando como una zorra calientapollas.

Vi el vaso de cristal sobre la mesa, ni siquiera pensé en las consecuencias de lo que iba a hacer, estaba tan molesta que mi mente se nubló y el diablillo en mi cabeza me incitó a hacer una tontería

Agarré el vaso de agua y vertí el contenido en la cara de la reina, ella me miró como si no pudiera creerlo, acto seguido trató de abofetearme, pero la detuve en seco. La empujé, la vi caer y salí corriendo.

Que dijera lo que quisiera de mí, pero no iba a tolerar que irrespetara a mi familia.

—Con permiso, majestad—Esa vez la reverencia sí me salió bien.

Salí de la habitación con el corazón desbocado. Caminé lo más rápido que pude por los pasillos interminables del palacio. Necesitaba ver a Santiago, pero no estaba por ninguna parte. En su lugar, me encontré con papá.

—¿Por qué tienes la cara roja, hija mía? ¿Pasó algo?

Mi padre era un experto en leer las mentiras, no importaba lo que le dijera, él sabría que no estaba diciendo la verdad. Aun así quise ocultar lo sucedido.

—Todo está bien, papá. Me pongo roja cuando estoy nerviosa por algo y el compromiso me tiene así.

Mamá apareció detrás de él, con el rostro preocupado.

—Adara, si algo no salió bien, puedes decírnoslo.

—Todo está bien, mamá. No te preocupes.

Mi madre me conocía bien y por ello se acercó, me besó el pelo con ternura. Mamá era una madre comprensiva que jamás nos presionaba a que le contáramos las cosas, ella dejaba que nos desahogáramos cuando quisiéramos. No podía decirles lo que había pasado, mi papá era capaz de ordenar un bombardeo masivo al palacio si se enteraba de cómo la reina me había ofendido y de paso a ellos. Damon King, mi padre, no le daba segundas oportunidades a nadie que no fuera de su familia, una vez que entrabas a su lista de enemigos jamás salías de ella y te hacía pagar caro cada ofensa.

No quería más problemas.

—Si algo malo pasó, cuentas con nosotros. Lo sabes, ¿verdad? —Me hizo saber mamá, mirando con perspicacia a papá.

Ella sabía que mi padre sería capaz de destruir el mundo por mí y por eso era cautelosa.

—Sí, mamá lo sé.

Poco tiempo después, Santiago llegó con el rostro visiblemente molesto.

—¿Podemos hablar a solas, Adara?

—Sí, claro.

—Si le haces algo a mi hija, date por muerto—amenazó papá y mi novio tragó en seco.

Salimos al balcón un par de minutos después.

El aire fresco no aliviaba el nudo y la rabia que sentía. Seguramente la diabólica madre que tenía, ya le había contado todo a Santi.

—¿Puedes ir a disculparte con mi madre?

—¿Por qué?

Él negó con la cabeza, con una expresión que me recordó a un profesor regañando a una alumna traviesa.

—Sé lo que hiciste. Le echaste agua en la cara. No puedes hacerle eso a la reina de Italia, mi amor. Mira, sé que mi madre puede llegar a ser ruda cuando apenas te conoce, pero es muy buena persona, la entrenaron para ser así no es su culpa. Por favor, ve y discúlpate para que podamos seguir con la fiesta de compromiso.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntarme por qué le hice eso a tu madre?

Santiago me acarició el rostro con suavidad, como si pensara que eso bastaba para calmarme.

—Nena, sé que eres muy sensible y te pones nerviosa ante cualquier cosa. Seguramente te tomaste muy a pecho algún comentario que mi madre te hizo y por eso le echaste agua en la cara. Sólo tienes que decir: lo siento. Ella no es rencorosa. Aceptará tus disculpas y podremos seguir con la boda. ¿Harías eso por mí?

—¿Así será siempre? ¿Tu madre se meterá conmigo y no harás nada?

—Nos iremos de este palacio después de la boda, además conozco a mi madre ella jamás te reprendería de mala manera, es un amor de persona. Entiendo que te incomoden nuestras costumbres monárquicas, pero es lo que somos, Ada. No tendrás que vivir bajo el mismo techo que ella, mi amor. Por favor, no dejemos que nuestro compromiso se entorpezca por un malentendido.

Lo miré, estaba completamente enamorada de él y no quería darle el gusto a su madre de separarnos.

—Está bien.

Fui de nuevo a su despacho, esa vez en compañía de mi prometido. Ella me recibió con una sonrisa tan falsa que me dieron ganas de vomitar al verla.

Francesca siempre había sido desagradable, pero su hijo siempre la excusaba en que así había sido criada. Como si ser grosera y amargada era lo único que se necesitaba para ser una buena reina. Pero entendía por qué era así con su madre, la soberana había enviudado cuando él era pequeño y había tenido que asumir la regencia de Italia mientras Santi crecía y podía asumir el trono. En Italia no veían con buenos ojos que una mujer rigiera al país por lo que constantemente era juzgada de mala manera, incluso intentaron inhabilitar a Santiago como heredera, ella tuvo que plantarse firme para seguir conservando su estatus real y el de su hijo. Al parecer lo había defendido como una leona.

—Ay, hija. Yo le dije a Santiago que no tenías que hacer esto. Sólo le comenté que estaba preocupada por tus reacciones violentas, que seguramente tenías algún problema interno y que necesitabas ayuda profesional.

—Lo… siento—dije.

—Disculpas aceptadas, espero que este incidente no cree fricciones entre ambas porque te aprecio mucho.

—¿Ves? —intervino mi novio—. Mi madre te adora.

—Puedo notarlo—contesté reseca y poco convencida.

Santi no dijo nada cuando salimos y yo tampoco, estaba ligeramente molesta con él por echarme la culpa de todo y no asumir que su madre era una persona tóxica y petulante.

Mi hermana estaba esperándome junto a un jarrón de tulipanes cuando doblamos la esquina, Anabella me pidió que habláramos aparte. Ella sí sabía lo que había pasado, teníamos una conexión extraña siendo gemelas. De alguna manera ella sabía todo lo que me pasaba y viceversa. Era como si pudiera leer mi mente y yo la de ella.

—¿Estás segura de que quieres casarte con un hombre que permite que su madre te irrespete? —externó, con la sabiduría de quien tenía la madurez mental de una señora de 70 años que meditaba todos los días bajo una cascada.

—No pasa nada, Anabella. Además, no viviremos con ella.

Mi hermana negó con la cabeza.

—Aún estás a tiempo de detener todo esto, en la monarquía italiana no se aprueban los divorcios. Si te casas con él tendrás que venderle tu alma al diablo para poder separarte.

—Amo a Santiago, no veo la necesidad de divorciarme.

—Si tú lo dices, hermanita, pero que quede claro que deberías analizar lo que pasó hoy. Tu perfecto novio mostró que no está dispuesto a apoyarte frente a su madre, algo me dice que a futuro tampoco lo hará.

Desee que no tuviera razón, pero algo dentro de mi cabeza me gritaba que quizá Santiago finalmente estaba mostrando su verdadera cara.

Negué con la cabeza, sólo estaba nerviosa por la boda. Todo saldría bien.

Capítulo 5

Adara

Terminé de hablar con mi gemela y regresé al espacioso balcón del palacio. El aire lamía mis hombros con una frialdad que me hacía tiritar. Todo se había vuelto más gélido y sofocante desde que había discutido con la reina Francesca. No me sentía bien, ni tampoco quería pensar en que casarme tan joven era un error. Santiago no se había comportado a la altura aquel día, nunca me había pedido que hiciera algo que no quería, ni actuado como si yo tuviese la culpa de la mala actitud de su madre. Era habitual que él justificara el mal carácter de su progenitora pero aquel día había rebasado los límites.

Mi prometido, se encontraba de pie junto al muro que otorgaba una vista directa al extenso jardín, que la reina solía cuidar en persona cada mañana. No podía ignorar las punzadas que se produjeron en mi estómago al ver su expresión pensativa. Mi príncipe era guapísimo, con su mandíbula recta y su nariz prominente y masculina. Ese encanto italiano me seducía cada vez que lo miraba y su voz aterciopelada me erizaba cuando me hablaba.

El hombre de mis sueños me amaba y no era correcto dudar de él por un malentendido. Él no era como su madre, no me menospreciaba, ni trataba mal nunca.

—¿Todo bien, mi amor? —curioseó.

Asentí con suavidad, dibujando una mueca que pretendía ser una sonrisa, aunque sabía que esta no llegaba a mis ojos. Tenía mucho en qué pensar y poco tiempo para hacerlo. El compromiso estaba a la vuelta de la esquina. Imaginaba una y otra vez lo que pasaría cuando Francesca Rossi se convirtiera oficialmente en mi suegra y reina regente. Me haría la vida imposible cada vez que tuviese la oportunidad.

¿Estaba lista para ello?

La verdad era que no.

—Sí, todo está bien —respondí.

Él se acercó hacia mí, ladeando la cabeza.

—¿Pasó algo malo con tu hermana?

Negué con un ligero movimiento de cabeza.

—No, ¿Por qué lo preguntas?

—¿Entonces por qué te llamó para hablar a solas? No me gustó la forma en la que nos miró cuando salimos de ver a mi madre. Fue como si creyera que no soy bueno para ti.

—Esta noche te estás comportando un poco raro —dije, cruzando los brazos.

—¿Raro en qué sentido?

—No lo sé... Es como si de repente fueras otro. No me apoyaste con lo de tu mamá y ahora estás diciendo cosas sobre Anabella, cuando sabes que mi hermana no tiene nada contra ti. Ella te ha tratado muy bien y me parece injusto que digas esas cosas.

—Bueno, tú tampoco me defiendes cuando tu padre se mete conmigo—debatió, alzando una ceja en un arco pronunciado.

—Mi padre no habla en serio, cada cosa que dice la expresa en broma. Tu madre en cambio...

—Bueno, pero aún así es incómodo.

—Pues por lo menos mi padre no te discrimina, ni menosprecia a tu familia.

Él me acarició la mejilla con los dedos helados. Parecía arrepentido de entrar en discordia conmigo.

—Discúlpame, mi amor. Las amenazas que emitieron los rebeldes me tienen así. Ando viendo conspiraciones en todas partes. No me hagas caso, discúlpame por ser un idiota.

—Disculpas aceptadas —dije con suavidad.

Su rostro se iluminó.

—No puedo esperar a que nos casemos y seas mía. Me has hecho esperar mucho y ya quiero estar dentro de ti.

Me sonrojé al instante. Yo no había tenido sexo con nadie, había una parte de mí que era muy romántica y no quería hacerlo con cualquiera. El día que me entregara a alguien, sería porque a esas alturas ya estaríamos casados.

—Quiero tenerte, Adara, llenar tu cuerpo de besos y poner un bebé en tu vientre lo antes posible.

El calor subió por mi cuello y se instaló en mi cara.

—Amor, no digas esas cosas con mi papá tan cerca.

Él soltó una risa baja.

—Es tu culpa, me has hecho esperar mucho. Pero bueno, pronto serás mi esposa y estoy seguro de que valdrá la pena porque eres virgen, ¿no?

—Lo soy —respondí con un deje de molestia—. No sé por qué de repente preguntas eso, nunca te había importado.

—Sólo quería hacerte reír, pero veo que fallé —murmuró, bajando la mirada. Algo me decía que aquel comentario no había sido una broma.

Antes de que pudiera responder, la encargada de protocolo apareció e hizo una reverencia ante Santiago.

—La ceremonia protocolar para anunciar el compromiso empezará en cinco minutos.

Asentí y me dirigí hacia la fila donde mis padres me esperaban. Papá me sonrió apenas me acerqué y luego le dedicó una mirada insatisfecha a mi prometido.

—Hija mía, sabes que aún puedes arrepentirte. Estoy seguro de que puedes encontrar un mejor partido.

—Damon, compórtate —intervino mi madre, tomándolo del brazo.

—Es que pienso que un militar poderoso y fuerte es lo que mi hija necesita, no una princesa de Disney como marido.

—Papá, no empieces —susurré.

—Amor, ya —dijo mamá—. Nuestra hija tomó su decisión y debemos respetarla.

—Qué aburrido es eso de tener que respetar decisiones equivocadas —refunfuñó mi padre y no pude evitar reír.

Mis tíos Derek y Allan se acercaron a papá y se pusieron uno a cada lado de él.

—Damon… no puedo creerlo—manifestó el tío Allan, los identificaba porque uno usaba lentes y el otro no. Sus esposas me miraban sonrientes.

—¿Qué cosa? —dijo papá de mala gana.

—Que estás a punto de convertirte oficialmente en un suegro.

—Ni me lo recuerden.

Mi padre hundió los hombros y miró a Santiago como si creyera que nunca estaría a la altura de ser su yerno.

Mi madre puso los ojos en blanco justo en el momento en el que anunciaron que mis hermanos estaban por ingresar al gran salón de baile. Dante, Damián y Anabella hicieron su entrada ante los murmullos indiferentes de la corte italiana. A la realeza europea no le gustaba que los extranjeros se casaran con sus miembros. Luego, entramos mis padres y yo. El aplauso con el que nos recibieron fue más por protocolo que por entusiasmo. Hubo una notable diferencia cuando Santiago, la reina Francesca y la princesa Fiorella entraron. Los aplausos estuvieron marcados por un eco eufórico y genuino.

—De esta forma, la dinastía real Rossi anuncia el compromiso formal entre su alteza, el príncipe heredero Santiago Rossi Lombardo, y la plebeya Adara Atenea King Hart—proclamó el anunciador.

—Me parece de mal gusto que digan que eres una plebeya —expuso papá, frunciendo los labios—. Es como si quisieran dar a entender que no estás a la altura de la Cenicienta, tu prometido.

—Papá...

—¿Prefieres que lo llame Elsa de Frozen? —preguntó en tono inocente— ¿La sirenita te gusta más?

Negué con la cabeza y él se rió.

—No le digas así papá. Él es un buen hombre y es bastante masculino, no tiene nada en común con una princesa.

—Lo lamento hija mía, es que si no te hubieras comprometido con Blancanieves yo…

—Andas muy conflictivo, Damon —añadió mamá.

—Siempre lo he sido. Por eso te enamoraste de mí —le guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco y sonreí al ver cómo se miraban el uno al otro. Deseaba que mi amor con Santiago fuese tan fuerte como el de ellos. Mis padres eran inmensamente felices. Jamás anteponían sus compromisos de trabajo a su relación y a pasar tiempo en familia.

—Y por este medio, le pedimos al príncipe y su prometida que den su primer baile real como futuros esposos y príncipes herederos de la honorable nación italiana —anunció el conductor del evento.

Santiago extendió su mano y me condujo al centro. El sonido delicado del vals comenzó, violines y chelos llenaron el aire mientras él y yo dábamos vueltas bajo un enorme candil, que desprendía efímeros guijarros dorados. Santiago me sonrió, pero vi cierto nerviosismo en su mirada.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, lo estoy.

Giramos varias veces, un círculo de ojos curiosos nos miraba.

—No lo parece —comenté.

—Hay algo que debo decirte.

—Soy toda oídos —dije, justo antes de que todo se volviera caos.

Un estruendo sacudió el salón y la música se apagó como si de repente hubieran desconectado los cables de las bocinas que la emitían. Los ventanales estallaron en cientos de fragmentos, esparciendo cristales por todas partes. Varias figuras encapuchadas irrumpieron sin piedad, desatando el caos.

El mundo se convirtió en un tornado de confusión, estrés y descontrol.

Mi corazón se detuvo al ver que uno de los encapuchados sacó algo de su bolsillo. Lo siguiente que vi fue el peligroso cañón de una pistola apuntando en mi dirección.

Quise moverme, gritar, correr. Pero mis piernas no respondieron. El tiempo se volvió espeso, extraño y pausado, todo parecía moverse en cámara lenta. Un zumbido ensordecedor me invadió los oídos.

Sólo podía ver el brillo perverso del arma, el dedo malicioso a punto de apretar el gatillo. Estaba congelada, con el corazón reventándome el pecho.

Santiago se interpuso entre los atacantes y yo, un segundo antes de que todo se transformara en un infierno. Varios disparos rasgaron el aire y vi con horror cómo un cúmulo de proyectiles llenaron el cuerpo de mi novio. El primer impacto lo hizo tambalear, el segundo causó que se llevara la mano al pecho, el tercero le arrancó un gemido sordo antes de que se desplomara. .

Corrí hacia él desesperada. Su sangre caliente empapó mi vestido, mientras tomaba su rostro en mis manos. Un hilillo rojizo brotó entre sus dientes apretados.

Abrí la boca para gritar, pero no salió nada. El mundo perdió todos sus colores de golpe. Sólo escuchaba mi respiración entrecortada y el sonido quedo que Santiago emitía mientras trataba de reunir oxígeno. Se estaba muriendo, algo horrible dentro de mi cabeza lo gritaba por mucho que me negara a creer en ello.

—¡Santiago! —grité al fin, arrodillada junto a él. Sus ojos me buscaron, aún abiertos, luchando para aferrarse a la vida que intentaba escaparse de su cuerpo.

—Estás... bien, te amo —susurró, con un hilo de voz.

Negué desesperada. Le sujeté el rostro, le rogué que aguantara, que no me dejara.

Pero su piel ya empezaba a perder color. Y yo sólo podía repetir su nombre, una y otra vez, como si con eso pudiera retenerlo y evitar que muriera.

—¡Adara! —gritó mi padre, corriendo hacia mí como una tromba, empujando a cuanto noble se interponía en su camino.

—¡Ayuden a mi novio por favor! ¡llamen una ambulancia! —rugí mientras dos guardias reducían a los atacantes y otros sacaban sus armas.

El caos era total. Mi madre gritaba mi nombre con desesperación. La reina estaba histérica y avanzaba hacia nosotros observando horrorizada lo que le había pasado a su hijo. El salón se había transformado en un campo de guerra, en donde la nobleza italiana hacía lo posible para escapar.

Mi padre avanzaba entre la multitud como la poderosa tormenta que era.

Tenía los ojos encendidos, el rostro tenso y parecía que los engranajes en su mente iban a mil, tratando de descifrar qué carajos estaba pasando. Uno de los encapuchados intentó disparar otra vez en nuestra dirección. Papá lo derribó con una patada que le partió la mandíbula. El arma voló por el aire. Otro rebelde se abalanzó sobre él con un cuchillo, pero mi papá lo desarmó con brutal rapidez y le estampó la cabeza contra una columna. La sangre manchó el mármol blanco cuando el rostro del individuo se convirtió en una masa amorfa y desfigurada.

Otro encapuchado intentó huir. Papá lo alcanzó de un salto. Lo golpeó sin piedad hasta que el sujeto se desplomó a sus pies. Mi padre lucía furioso y hacía lo posible para protegerme cada vez que algún desgraciado intentaba acercarse a mí. Era impresionante ver cómo exterminaba personas sin siquiera esforzarse, era la primera vez que lo veía pelear y pude entender por qué el mundo entero le llamaba El monstruo del Pentágono. Papá era letal, peligroso y certero.

Cuando terminó de acabar con los encapuchados hincó la rodilla en la alfombra inundada por la sangre de mi novio.

—¿Estás herida, hija mía? No entiendo por qué unos tipos tan inútiles lograron penetrar el palacio y atacarte.

En ese momento, mi novio agitó las piernas y los ojos se le blanquearon. Estaba convulsionando y yo sólo podía llorar.

—Santiago, quédate conmigo. ¡Mírame! —le supliqué con lágrimas cayendo sobre su rostro pálido.

—Valió la... pena el sa-crificio—musitó tosiendo, su voz sonaba débil, apagada. Como un motor que estaba a punto de dejar de funcionar para siempre—. Te amo Adara.

Sus ojos se cerraron lentamente.

—¡No! ¡No cierres los ojos! ¡Santiago, por favor, quédate conmigo mi amor!

****

Lo llevamos a una clínica privada en ambulancia, la reina no permitió que fuera en el mismo auto, pero no importaba. Yo sólo quería que él estuviera bien. Me sentí tan mal porque minutos atrás estaba dudando sobre si era el hombre correcto para mí y él no había dudado a la hora de protegerme y evitar que unos malnacidos me dispararan.

—Hija mía, lamento no haber llegado a tiempo—me dijo papá, se le oía contrariado. Yo no podía culparlo por nada.

—Todo ocurrió demasiado rápido papá, no habrías podido llegar a tiempo por más que lo intentaras.

No recuerdo cómo llegamos. Estaba en el limbo.

Todo estaba borroso, como si no lo hubiera vivido yo, como si fuera una espectadora atrapada en la peor película de horror de la historia. Mis manos estaban cubiertas de la sangre de mi novio, misma que se mezclaba con las lágrimas que brotaban de mis ojos como cascadas con agua infinita. Cada vez que parpadeaba veía a Santiago siendo acribillado por los encapuchados y me desesperaba aún más.

Anabella iba sentada a mi lado, sosteniendo mi mano con fuerza. Los gemelos tenían la vista fija en mí y no dejaban de decirme que todo saldría bien. Mi madre recostó mi cabeza a su hombro y me abrazaba en silencio. Sabía que no había nada que pudiera decir que me tranquilizara.

—Mi niña, él sobrevivirá, yo lo sé.

—Lamento mucho lo que dije sobre él—concretó papá, quien conducía por el centro de Italia como si no hubiera un mañana.

Tras un par de minutos atravesando la ciudad, llegamos a la clínica.

Me bajé del auto por inercia, me sentía como una zombie que era obligada a vivir porque no había forma científica de desactivar mi cuerpo.

Veía luces, puertas, enfermeros que pasaban corriendo y empujaban camillas. Pero no podía enfocarme con claridad en nada. Todo era un zumbido tenue y latente que rasguñaba mi mente. Era como si me hubieran arrancado del cuerpo y solo quedara mi sombra.

La camilla de Santiago pasó frente a mis ojos, pero me impidieron que me acercara. Él estaba inconsciente y más pálido que nunca. Sentía que yo estaba muriendo con él. Me temblaban las manos, tenía la garganta apretada y me dolía el pecho.

Después de lo que pareció una eternidad, un doctor apareció con el rostro desencajado.

—¿Familiares del príncipe Santiago Rossi?

Yo di un paso al frente, temblando.

—¿Está bien? —pregunté, con la voz rota.

El médico bajó la mirada.

—Lo siento mucho. Las balas dañaron órganos vitales. Hicimos todo lo posible, para salvarlo pero no lo logramos. El príncipe falleció hace diez minutos.

Un alarido desgarrador salió de mí garganta. Sentí cómo mi cuerpo se derrumbaba. Mis piernas dejaron de responder y me tiré sobre el suelo a sollozar sin control. Mis padres se derrumbaron conmigo y ambos me abrazaron mientras yo gritaba con tanta potencia que la voz se me enronqueció a los pocos segundos.

—Tú lo mataste! —La voz de la reina Francesca atravesó el pasillo como un disparo. Estaba despeinada, temblorosa y en sus ojos había tanto odio que creí que de un momento a otro ella sacaría un arma y me dispararía.

—Él estaba tan enamorado de ti que cometió la estupidez de protegerte. Era el heredero de Italia, el orgullo de nuestra familia... y ahora está muerto por tu culpa. Este país se quedó sin el heredero a la corona, nuestra dinastía quedará a la deriva.

Sentí que me quedaba sin aire y no pude responderle nada. Yo sólo quería llorar la muerte de mi novio y que me dejaran en paz.

Pero ella tenía razón, era mi culpa. Él había muerto por mí, había dado su vida para proteger una inútil buena para nada como yo.

—¡No le permito que le hable así a mi hija! —rugió papá, poniéndose frente a mí—. ¿Su estúpida corona es lo único que le importa? ¡Ni siquiera habla de su hijo, sino del título real!

—¡Usted no sabe nada sobre mí, plebeyo! —le escupió la reina—. Yo amaba a Santiago... y por culpa de la zorra de Adara, mi hijo está muerto. Todos sus hijos están vivos, pero yo acabo de perder al mío.

Señaló mi rostro con un dedo tembloroso. Quise correr, desaparecer, desvanecerme y morir con mi novio. No había una forma en la que pudiera disculparme con ella por lo sucedido y sentirme mejor.

—¡Mamá, basta! —Fiorella, la hermana menor de Santiago, se interpuso—. Santiago adoraba a Adara. Se sentiría muy mal al saber que la estás culpando.

Mi madre dio un paso al frente, la miró como si pudiese entender lo que ella sentía.

—Como madre entiendo su dolor, pero mi hija no tiene la culpa de nada. Ella también está sufriendo.

La mano de Francesca voló hacia ella, dispuesta a abofetearla. Pero su hija Fiorella la detuvo justo a tiempo.

Papá dio un paso al frente.

—Si le importa su estúpida corona y su reino, no vuelva a referirse a mi hija de forma irrespetuosa o a intentar golpear a mi esposa, porque haré que se quede sin nada.

—¡Yo ya no tengo nada! —chilló Francesca—. Perdí a mi hijo, a lo que más amaba.

—Y es una pena que haya sido de esta manera —respondió papá—. Pero Adara también está sufriendo. Ella amaba a su hijo y no es correcto que la trate como si ella hubiese provocado esto.

—¡Lárguense de aquí! —gritó la reina—. Tienen prohibida la entrada al funeral. Les doy una hora para que se larguen de Italia u ordenaré que los arresten y ni se les ocurra volver a este país, porque usaré todo mi poder para joderles la vida.

Me acerqué a ella, estaba temblando a pesar de que lo que menos sentía era frío. Sino un calor que me consumía el alma.

—Usted no puede estar hablando en serio. Tengo derecho a estar en el funeral de mi novio. Yo lo amaba, por favor no me haga esto.

Papá tensó la mandíbula.

—Si no quiere que esto escale a algo mucho peor, no le prohíba cosas a mi hija.

—¿O qué hará? —desafió Francesca, alzando la barbilla.

Papá dio un paso hacia ella, a Damon King nada, ni nadie lo intimidaba. Él no iba a tener compasión con una mujer que había atacado a su hija. Lo sabía muy bien. Mi tío Derek que era el presidente de los Estados Unidos se puso en pie para respaldarlo.

—Quemaré su palacio. Quemaré su legado. Quemaré esa corona que tanto presume—Él señaló hacia la majestuosa diadema en su cabeza—. No quedarán ni las cenizas de lo que fue la monarquía italiana. ¿Eso quiere?

Francesca tragó saliva y le lanzó una mirada infectada por el pánico. En sus ojos se dibujó el terror de quien acababa de recordar que frente a sí tenía al hombre más peligroso del mundo. Al ángel de la muerte que podía destruir naciones enteras con el simple movimiento de sus manos.

—Soy la mandataria de este país. Presentaré una queja internacional si utiliza su poder para intimidarme, sabes que no pueden pasar por encima de mí en mi país, Derek—Ella miró al mi tío y él negó con la cabeza.

Papá la miró con desdén.

—Usted empezó una guerra que no puede ganar. Y ahora se acobarda.

Recordé a mi novio, lo dulce que era. Lo mucho que odiaba las guerras y disputas. Yo no quería que su funeral se convirtiera en una contienda entre mi familia y la suya. No era momento para eso y por mucho que me doliera la idea de no estar presente en su último día en la tierra. Prefería sacrificarme y que él tuviera un homenaje tranquilo a insistir y que todo fuese empañado por las peleas.

Tomé la decisión de irme mucho antes de ser consciente de ella.

—Nos vamos, papá. No iré al funeral.

Me miró confundido.

—¿Estás segura? Si quieres estar presente, lo estarás. Nadie va a impedirle a una hija mía despedirse del hombre que amaba.

—Estoy segura, papá. No quiero que el último día de Santiago en la tierra se llene de disputas. Él no se lo merece.

En ese momento, Fiorella corrió hacia mí. Me abrazó con desesperación.

—Si deseas estar presente, puedo ayudarte. Mi hermano te amaba mereces acompañarlo hasta el final—susurró para que sólo yo pudiera oírla.

Le acaricié el cabello. Ella y yo habíamos sido muy unidas. Me dolía en el alma la forma en la que todo acabó.

—No es necesario, Fiore. Tu madre armaría un escándalo si descubre que me estás ayudando. No quiero meterte en problemas.

Ella también lloraba.

—Te extrañaré, cuñada. Todavía no puedo creer que nunca más volveré a ver a mi hermano.

La abracé con todas mis fuerzas.

Yo tampoco podía creerlo.

Entre más segundos transcurrían sin él, más me dolía la vida.

No sabía cómo seguiría adelante sin mi Santi.

Nunca volvería a amar a nadie.

Le sería fiel a la memoria de mi prometido hasta el final de mis días.

Estaba decidido.

***

En la habitación del hotel, abrí la maleta y comencé a empacar mis cosas. No dejaba de llorar, los recuerdos de Santiago seguían palpitando en mi mente. Había sido un buen novio, amoroso, detallista, atento. Me llenaba de regalos, de palabras de aliento y solía repetirme que su mundo sin mí era nada. Pero es el mío el que se había quedado vacío sin él. Guardaba el vestido que usaría para el almuerzo especial con el presidente del parlamento italiano, cuando me tropecé con un pequeño pañuelo blanco con una S bordada, era de él.

Santiago me lo había regalado al verme llorar porque un profesor universitario me había dicho que no tenía dotes para el diseño de moda. Que las mujeres como yo estaban hechas para ser bonitas, no para ser talentosas.

—¿Sabes qué hacen las mujeres como tú?

—¿Qué?—le pregunté entre sollozos.

—Llenar de luz la vida de quienes las conocen.

En ese momento me convencí de que él era el amor de mi vida, que nunca habría nadie en mi vida como él.

Abracé al pañuelo y me desmoroné una vez más, le había pedido a mi familia que me dejaran sola, porque necesitaba un momento conmigo misma. Ellos me esperaban fuera del cuarto. La puerta estaba abierta pues querían vigilar que no hiciera una tontería. Respirar dolía, vivir dolía. Yo no merecía seguir viviendo. Mi novio sí.

Mi padres corrieron hacia mí y me abrazaron en cuanto vieron cómo apretaba el pañuelo contra mi garganta y gimoteaba a todo pulmón, pidiéndole a Dios que me devolviera a mi Santi.

—¿Estás segura de que no quieres ir al funeral? —preguntó papá. —Puedo arreglar todo para que vayas. Nadie se atreverá a impedir que estés donde quieres estar.

—Exacto, hija mía —agregó mamá—. Tienes todo el derecho de asistir y haremos que sea posible.

Los miré, sabía que ellos me amaban demasiado y harían lo que fuera por mí, pero estaba agotada mentalmente. No quería más problemas, no los resistiría. La reina me diría cosas horribles y yo no tenía la entereza para tolerarlo. Era una cobarde que prefería huir. A esas alturas yo ya no sabía ni quién era. Estaba atrapada en una jaula de dolor de la que me negaba a escapar, porque me merecía ese sufrimiento, merecía esa tortura por atreverme a seguir con vida en lugar del amor de mi vida.

—Papá, mamá... Sé que siempre han querido lo mejor para mí, que se han esmerado en que lo tenga todo, pero no pueden solucionar cada problema que tengo en la vida. Jamás maduraré si lo siguen haciendo.

Tragué saliva.

—Para mí es importante despedirme de Santiago, pero lo es aún más respetar su memoria. No quiero convertir su funeral en un pandemónium. Me duele demasiado no poder ir, pero no quiero conflictos innecesarios que empañen los homenajes que recibirá.

Papá me miró como si creyera que yo había madurado diez años de golpe.

—Nunca dejas de sorprenderme, hija mía.

—Aún así —dijo mamá—, si quieres ir, lo harás. Nadie te lo impedirá.

—Aunque tenga que declararle la guerra a Italia —agregó papá con una sonrisa torcida.

—Papá, no vamos a emprender una guerra con nadie.

La única guerra en aquel momento, era la que estaba a punto de librar conmigo misma y con lo que el destino me tenía deparado.

Capítulo 6

Coronel Luke

Cuando me dijeron que debía viajar a Italia para un congreso internacional de coroneles, mi primer impulso fue negarme.

Pero el presidente Derek Klein me lo pidió en persona y no podía decirle que no. Él fue el único que me tendió la mano en el ejército, cuando me miraban como si yo fuera una escoria porque se dieron cuenta de quienes eran mis padres.

Derek era un alto mando en ese entonces en el Pentágono y no le importó mi apellido, ni las cosas que se decían sobre mi familia. Me dio la oportunidad que otros me habían negado y yo siempre le estaría agradecido.

Mi madre sufrió el abandono de su familia y le costó conseguir buenos empleos durante años por culpa de Damon King, al cual no le había temblado la mano a la hora de hacerle la vida imposible y perjudicar su vida laboral por culpa de los pecados de mi padre. Por eso lo odiaba y había entrado al ejército para borrar su legado, sobrepasarlo en todo y que la gente dejara de verlo como a un salvador. Ese tipo era un miserable y yo se lo probaría a todos. Demostrarle al mundo que el hijo de la mujer a la que tanto repudiaban, había eclipsado a su héroe; era mi gran motivación. Eso y la estabilidad económica que el ejército me brindaba. Por primera vez en toda mi vida no tenía carencias de ningún tipo, amasé una fortuna gracias a mi sueldo como coronel e invertí en varias empresas de bienes raíces que me consolidaron como un empresario reputado fuera del ejército, pero el camino no había sido fácil y por eso tuve que dejar de usar mi apellido y presentarme ante la gente simplemente como Luke.

Procuraba no hablar de mi padre, escuché cosas espantosas sobre él y aunque mamá decía que eran puras mentiras, no podía evitar pensar en que había sido un incompetente que se dejó vencer fácilmente por el malnacido de King.

—Ya casi llegamos mi coronel—murmuró el piloto, poco antes de que el avión privado del Pentágono en el que viajaba, aterrizara.

Simplemente asentí.

No me interesaba compartir con soldados inútiles de otros países. El congreso internacional, no era más que una pantomima que se hacía para que los militares provenientes de países con ejércitos menos experimentados, robaran información de los coroneles de las potencias y yo era uno de ellos. Me había erigido como el jefe nacional de los coroneles del Pentágono, un cargo que muchos codiciaban y por el cual me gané un número importante de enemigos cuando fui nombrado. Imaginar la cara de Damon King al saber que Derek me otorgó el cargo a pesar de su posible negativa, me resultaba divertido.

Se suponía que estaríamos en seminarios de actualización táctica, que nos informarían sobre lo último en tecnología, pero me enteré de que también habría un torneo de combate cuerpo a cuerpo, que por supuesto ganaría.

—Bienvenido a Roma, mi coronel—murmuró Fabiano Cavani, el coronel principal del ejército italiano. Un tipo alto, presuntuoso, de cabello oscuro ligeramente encrespado que solía mirarte como si supiera muchos secretos jugosos.

Me recibieron con cámaras por todas partes, apretones de mano, banda en vivo, como si fuera una estrella de rock. Odiaba la atención mediática, no me gustaba que un montón de desconocidos indagaran en mi vida. Había aprendido que la privacidad era un tesoro si querías vivir tranquilo.

La reina regente de Italia Francesca Rossi me esperaba junto a su hija Fiorella. Las vi apenas crucé la escalinata del avión. Era una mujer de aproximados cincuenta años muy elegante, llevaba un vestido negro de falda plisada y una tiara perlada en la cabeza que cubría parte de su pelo café. Aún estaba de luto por la muerte de su hijo hacía un año.

Su hija se encontraba a su lado, podría tener unos veinte años y estaba vestida con un trajecito color caqui con mangas cortas. Se sonrojó al verme y me escudriñó con sus enormes ojos oscuros que transmitían ingenuidad. Ambas me tendieron la mano y se las estreché con un gesto seco.

La princesa emitió un jadeo que no pasó desapercibido cuando nuestras palmas se tocaron, decidí ignorarla y romper el contacto al instante. No me gustaban las mujeres demasiado jóvenes como ella. Hacían pataletas, berrinches y escenas de celos con lo mínimo.

Solía frecuentar hembras de verdad.

Tenía veintiocho años y a esas alturas de mi vida, no quería ningún tipo de inmadurez en mi vida.

—Sea usted bienvenido a mi país, coronel—dijo la reina.

—Sí, esperemos que la pase usted muy bien aquí, señor. Se quedará en nuestro palacio y cualquier cosa que necesite no dude en llamarme. —La princesa se mordió un labio y jugueteó con su pelo castaño rizado de forma coqueta.

Me quedé callado y volví a mover la cabeza en afirmación. Ellas se marcharon para darle la bienvenida a otros militares que acababan de llegar, pero no las vi tan efusivas, ni amistosas con ellos.

—Otra princesa que quiere que le hagas principitos —bromeó el capitán Noah, que venía justo detrás de mí.

—Una cosa es querer —contesté sin mirarlo— y otra que se cumpla.

En Londres me pasó algo parecido con la princesa de Gales, aunque a ella sí me la llevé a la cama. Para mi desgracia estuvo acosándome después de ello. Se presentó a la central de Washington cuando bloquee su número y trató de armar un escándalo, pero le dije que podría llevarla a la corte por meterse en una instalación militar sin permiso. Se aferró a mí, gritó, pataleó, pero al parecer no era la primera vez que hacía algo así con otros hombres. Su familia se la llevó, se disculparon conmigo y salí bien librado.

—Ay, ni que tuvieras la polla de oro. Siempre presumes que puedes tener a quien quieras, pero no te he visto con ninguna mujer en años—expuso Derek.

Y tenía razón, después de terminar con Madison no me interesaba tener nada serio con ninguna.

—Esa es la idea. Nadie debe saber con cuántas mujeres me acuesto, sólo yo.

Noah puso los ojos en blanco. Era el hijo del presidente y uno de los pocos que no me trató como un enemigo, ni se escandalizó al escuchar el nombre de mi padre. Lo conocí cuando éramos soldados rasos, y por alguna razón que aún no entendía, fue el único en la milicia que no me rechazó; ni se comportó como si yo fuera una peste.

—Se me había olvidado que eres un tóxico caballero de blanca armadura —dijo con sorna.

—No soy lo uno ni lo otro. Me gusta mantener mi vida en privado.

—¿Entonces nunca te has enamorado? ¿Ni siquiera de Madison? Duraste años con ella, pero jamás quieres hablar sobre lo que pasó.

Lo miré con mala cara.

—No me digas que eres gay y estás enamorado de mí y por eso estás tan interesado en mi vida amorosa, porque qué asco.

Evitaba hablar de ella. Estuve bastante enamorado de Madison, pero cuando planteó la posibilidad de tener un hijo mío la terminé. No estaba listo para ser padre. Mi relación con el mío había sido prácticamente nula y no estaba seguro de ser un buen papá. No quería repetir mi historia personal, así que la alejé por mucho que ella fuese perfecta para mí. La lastimé, pero con el tiempo conseguimos ser buenos amigos, aunque sabía que aún me amaba y tenía la esperanza de que volviéramos. Quizá más adelante yo dejara de lado mis estúpidas preocupaciones y me diera una nueva oportunidad con ella. Madison era una rubia hermosa, deslumbrante, del tipo que siempre me complacía en la cama. No había encontrado otra así en los tres años que llevábamos separados.

—¡Puaj! Tú serías el último hombre en la Tierra en el que me fijaría si fuera gay. Tienes pinta de ser el *bad boy* que me enviaría a terapia—expresó Noah rompiendo el eco de mis cavilaciones.

—Lo tomaré como un halago.

—¿No te vas a deprimir porque te acabo de decir que no eres mi tipo? Cualquiera lo haría, imagina no entrar en el gusto personal de un partidazo como yo.

—¿Deprimirme? No es culpa mía que tengas mal gusto—señalé.

Rió, pero su tono cambió. Parecía repentinamente abrumado.

—No pensé que tendría que volver tan pronto a este país.

—¿Por qué?

—Hace un año mataron al prometido de alguien que quiero mucho en este país y le impidieron asistir al funeral. Me siento incómodo estando aquí como si nada.

Lo miré de reojo. No necesitaba detalles respecto a lo de su amiga. Estaba enterado.

—No tienes que hablar en clave para referirte a la hija de Damon King. Escuché algo en las noticias, pero no quise prestarle atención a nada que viniera de ellos. Ni siquiera me importó verle la cara a la susodicha.

—La reina la culpó por la muerte de su hijo y la echó, ni siquiera pudo despedirse de él. Ella la ha pasado horrible. Me crie con Ada como si fuésemos familia y verla tan mal ha sido duro.

—¿Por eso no quisiste acercarte cuando viste a la reina?

Noah quería que empatizara con su amiga, pero la realidad era que lo único que podía sentir al saber que una hija de King había sufrido una milésima parte de lo que yo, era satisfacción. Él no había tenido contemplaciones para arruinarnos la vida a mi madre y a mí, que sus hijos pagaran el plato era lo menos que podía pasarle a ese malnacido.

—Sí, la reina me cae de la patada. Es una mujer arrogante que te mira como si fueses mierda de cucaracha cuando no provienes de la realeza.

—Entonces tu padre nos envió aquí, a pesar de lo que pasó con la hija de King. Es raro que lo hiciera siendo tan amigo del famoso “Monstruo del Pentágono”—le dije con frialdad.

—Papá no me dio muchos detalles. Solo dijo que era momento de limar asperezas con Italia. Creo que Damon le sugirió que enviara a un coronel de su confianza a este congreso. Dijo que sus líos personales con la corona italiana no debían afectar el prestigio y buena imagen del ejército.

—Qué persona tan conciliadora resultó ser Damon King, jamás me lo habría imaginado. Es una lástima que sea sólo ante la gente que le conviene, porque ha sido una mierda con mi madre.

—Sé que tienes tus razones para odiarlo, pero la imagen que tengo de él no coincide con lo que describes. Damon es feliz con su familia, no creo que se empeñara en hacerle la vida imposible a tu madre si ya había ganado.

Me giré de inmediato.

—Esta conversación terminó. No permito que nadie ponga en duda la palabra de mi madre.

—Entonces debo darte el saludo de despedida, coronel —ironizó al ver mi gesto malhumorado.

No respondí y me metí al Bugatti negro que había comprado para movilizarme en Italia, odiaba desplazarme en las camionetas que solían usarse en misiones protocolares.

Di un par de vueltas por la ciudad de Roma y luego me dirigí hacia el castillo real. La mayoría de coroneles se hospedarían en hoteles, pero el capitán Noah y yo, nos quedaríamos en el palacio de la reina.

No me daba buena espina.

Los coroneles podían llevar a un hombre de confianza al congreso militar y yo había escogido al hijo del presidente.

Entré al palacio con el rostro tenso. No quería estar allí, pero el presidente interpretó el deseo de hospedarnos de la reina como buen voluntad. No podía marcharme por mucho que lo deseara.

La reina Francesca apareció, con su andar elegante cuando estaba por empezar a subir la escalera que llevaba a la habitación que m habían asignado.

—Nunca pensé que conocería al famoso coronel Luke.

—No creo ser famoso —respondí sin mirarla.

—Lo eres, he escuchado que eres el mejor coronel que tiene los Estados Unidos, es una pena que con tus logros sigas estancado en puesto de coronel; alguien como tú ya debería ser un general.

Alcé una ceja, ella se acercó y puso una mano sobre mi pecho como si llevara mucho tiempo deseando tocarme. Me aparté de l monarca y le di la espalda. Parecía que nunca dejaría de ser acosado por las mujeres de la realeza.

—Había escuchado que eras atractivo, pero se quedaron cortos al describirte. Eres imponente… y seguramente un amante inigualable.

—Si no tiene nada serio que decir, me retiraré.

Rio como si mi mal carácter la divirtiera.

—También me dijeron que eras arisco.

—No me gusta que las mujeres que tienen la edad de mi madre, crean que tienen acceso a mí.

Su sonrisa desapareció de golpe.

—Creí que podríamos ser aliados, ambos odiamos a la misma persona.

—Le agradecería que fuera al grano.

Me miró con intensidad.

—Sé lo que Damon King le hizo a tu madre y a ti. No has sido el único que vivió las consecuencias de su poder. Cuando eché a su hij de Italia, las secuelas para el país fueron devastadoras. Tuvimos mala prensa, el turismo bajó y la gente empezó a decir que lo italianos éramos groseros y maleducados. Así que quiero proponerte un trato.

—No vine a hacer tratos. Vine a cumplir con mi deber.

Ella avanzó un paso.

—¿Estás seguro de que no quieres destruir al hombre que arruinó la vida de tu madre?

Mi mandíbula se tensó, algo me decía que su propuesta iba a ser más interesante de lo que parecía.

—No necesito aliados para destruirlo.

—Pues a mí me parece que sí coronel—afirmó con una mirada diabólica danzando en la oscuridad que había en sus ojos.

***

Paseaba por las calles de Roma, el congreso había terminado temprano aquel jueves y tenía el resto de la tarde libre.

Dos días habían pasado desde que la reina Francesca me propuso colaborar para destruir a Damon King, y aunque rechacé l propuesta de forma tajante, algo dentro de mí gritaba que cometí un error al decir que no aceptaba su ayuda. Que no sería suficient con opacar los logros del Monstruo del Pentágono, también debía destruirlo. Mi madre había querido que lo hiciera durante años aunque no tenía miedo de hacerlo, pensaba en lo que sucedería si las cosas no salían bien para mí. Ella sería quien sufriera de nuevo yo no quería eso.

La brisa fresca de la tarde en Roma me envolvía, el lugar era el paraíso para los turistas y podía entender por qué, todo era pintoresc alegre y te generaba una sensación de paz indescriptible. Los adoquines bajo mis botas resonaban con un ritmo constante al avanzar.

Había clasificado a las semifinales del torneo de combate cuerpo a cuerpo, mi próximo rival sería un japonés. La final sería dentro d dos días y estaba listo.

Decidí entrar en una pizzería que llamó mi atención por el aroma que emitía cuando pasé a su lado. El olor a masa recién hech tomates recién cortados, y albahaca me envolvió al cruzar el umbral. La decoración era sencilla y me hizo sentir que estaba en l pequeña casita donde había crecido.

Un conjunto de mesas de madera, sillas con cojines rojos y una barra de mármol gastado fue lo primero que vi.

La luz cálida y tenue hacía que todo se sintiera acogedor y, por un momento, dejé que el ruido del mundo exterior se atenuara y m dispuse a disfrutar de una buena comida. Para mí era difícil estar en calma, pues mis demonios rara vez me dejaban en paz. Me repeti que tenía el dinero suficiente para darle a mi madre una buena vida, que había conseguido el respeto como coronel, pero de algun manera me sentía un fracasado por no haber podido lograr que Damon King pagara por lo que nos había hecho.

No pasó mucho tiempo antes de que varias miradas se posaran en mí, las italianas no escatimaban a la hora de llamar mi atenció Dejaban caer cosas para agacharse con sus pantaloncillos cortos y que viera sus largas piernas, me dejaban números de teléfono e mi puesto, me lanzaban miradas hambrientas y de vez en cuando más de una me tomaba una foto.

No existía nada que llamara menos mi atención que una mujer ofrecida, me hacían pensar que cualquiera podía tenerlas y me mataba el morbo de una.

No quería atención, solo quería comer sin que nadie me molestara. Me llevaron la pizza de pepperoni al cabo de un rato y dispuse comer. Intentaba concentrarme en el aroma y en el sabor que prometía la comida, pero entonces una voz suave rompió mi calma.

—Coronel, qué gusto verlo —saludó un eco femenino, y mi cuerpo se tensó al reconocer quién era antes de voltear a verla.

La princesa Fiorella acababa de llegar con una pañoleta morada cubriéndole parte del rostro y unos lentes oscuros que escondían sus ojos grandes. Para mi desgracia se sentó a mi lado. La miré con desdén.

—¿Tienes novia, Luke? —preguntó con una sonrisilla.

—Sí — mentí.

Ella hizo un mohín, claramente decepcionada.

—Es una lástima.

Guardé silencio, y ella aprovechó para seguir hablando.

—¿No quieres saber por qué para mí es una lástima que tengas novia?

—Realmente no.

Fiorella suspiró, como si me tuviera una paciencia infinita.

—¿Te han dicho que eres muy cortante?

—Sí —respondí sin mirarla.

Ella sonrió, a medias. No se rendía a pesar de mi actitud.

—¿Por qué todos los militares son así de presuntuosos?

—El entrenamiento nos vuelve así —contesté con voz grave.

—Hace seis meses mi madre me comprometió con un príncipe alemán que había estado en la milicia —comenzó a relatar—. Es guapo, pero tan obsesivo con sus tropas que parece querer más a su ametralladora que a mí. Apenas y me determina, por desgracia seguimos comprometidos pero no me apetece en lo más mínimo estar con él.

No pude evitar pensar que no podía culparlo.

En ese momento me puse de pie, la conversación me aburría y cansaba, pero ella no parecía querer parar.

—¿Tienes algún consejo que darme para que mi relación con el alemán funcione? —me preguntó con una sonrisa burlona.

—No —le dije cortante.

—Qué grosero eres —respondió, pero justo entonces un grito irrumpió en la calle, tan fuerte que las conversaciones se apagaron al instante.

Una multitud enfurecida corría tras una mujer insultándola en italiano, parecía que estaban a punto de lincharla. Veía su oscura y larga melena ondeante, mientras marchaba como si estuviera luchando por su vida. Fruncí el seño y me preparé para entrar en acción, no se me permitía intervenir públicamente como coronel, pero lo haría como un civil.

Nadie parecía estar dispuesto a detener la persecución y a mí me hastiaba la gente abusiva.

Fiorella miró hacia la turba.

—¿Qué estará pasando allá? —preguntó la princesa con genuina curiosidad.

Un grito femenino se escuchó a lo lejos, y algo dentro de mí me ordenó que la protegiera.

Sin pensarlo, corrí tras la turba para alcanzar a quien gritaba. Mi debilidad eran las mujeres en peligro, me recordaban a mi propia madre: indefensa y tratando de sacarme adelante.

Las calles de Roma se convirtieron en un laberinto por el que avanzaba sin parar, tratando de alcanzar a la mujer. No sabía de dónde había salido tanta gente, pero no parecían dispuestos a dejarla en paz. Maldije por no estar armado.

Mis botas golpeaban los adoquines con fuerza al transitar hacia el norte, dejando atrás a un montón de personas enfebrecidas que gritaban algo parecido a: Por tu culpa el heredero murió.

Corrí varias cuadras hasta que la multitud se dispersó y escuché un grito aún más cercano. Quien chillaba pedía ayuda.

Me adentré por la ruta de la que provenían los aullidos de auxilio. Lo que vi al final un corredor adoquinado y vacío, me heló la sangre. Un hombre corpulento y sudoroso arrinconaba a una mujer absolutamente hermosa de ojos celestes que brillaban con miedo. El tipo tenía la intención clara de hacerle algo aberrante y no dudó en estrellarle el rostro contra la pared. La mujer cayó seminconsciente y, sin pensarlo, el agresor se arrojó sobre ella.

La sangre se me encendió al instante.

No permití que la tocara.

Agarré al tipo por los hombros y lo estampé contra la pared, lleno de rabia. Él abrió los ojos marrones y trató de murmurar algo, pero la sangre que manaba de su boca hizo que se ahogara y lo volvió incapaz de decirme algo.

Me invadió la furia y le propiné una paliza que jamás olvidaría. No me importaba quién era, solo que había intentado abusar de una mujer indefensa. Cuando el hombre finalmente se desplomó en el suelo, inconsciente, me agaché y alcé a la hermosa muñeca en mis brazos.

En cuanto su piel rozó la mía fue como si un maldito tren me atropellara sin aviso, me sentí aplastado por la belleza angelical que aquella mujer tan bella poseía.

¿Cómo era posible que existiera una criatura tan hermosa y no fuera mía?

Su aroma dulce se aferró a mi nariz, convirtiéndose en un veneno dulce que me nubló el juicio.

No entendí qué carajos me pasaba, pero me sentí atrapado, sobrepasado y apenas siendo consciente de mí mismo. Los latidos de mi corazón se aceleraron, mi estómago dio varios vuelcos mientras la miraba.

Era tan hermosa que no podía dejar de observarla. Había algo irreal, etéreo y mágico en su cara perfecta de labios gruesos, nariz respingada y melena oscura brillante. Sentí varias palpitaciones calientes donde no debían y me obligué a apartar varios pensamientos puercos de la mente. Quería hacerle de todo, pero no era momento para ese tipo de deseos desquiciados.

Había algo en ella que se metía bajo mi piel y me impedía quitarle los ojos de encima.

¿Por qué sentía que estaba frente a un ángel que había descendido al infierno terrenal en el que yo vivía?

Me quedé inmóvil durante varios segundos, con el pulso latiéndome en la nuca. Algo en mi mente gritaba que reaccionara, pero yo no podía siquiera respirar como era debido. Aquella desconocida agitó algo raro, oscuro y primitivo en mi pecho. Algo que desafiaba mi lógica y me hacía querer protegerla, aunque no supiera ni su nombre.

Logré reaccionar y llamé a una ambulancia. La voz me salió áspera mientras hablaba e intentaba recuperar la compostura. Había mucha tristeza en su expresión. Algo salvaje se agitó dentro de mi pecho al notarlo, negué con la cabeza y me obligué a ser el de siempre. Seguía sin entender qué exactamente era lo que me abrumaba tanto en la desconocida.

¿Su belleza?

¿Su aura angelical?

¿Su rostro perfecto?

Ni siquiera había detallado su cuerpo, porque estaba tan absorto en su cara que no podía mirar hacia otro lado. Sus ojos de un celeste absolutamente extraordinario hicieron mella en mi memoria.

Aquella mujer era sin duda, la más bella que había visto en mi vida.

No sabía ni su nombre, pero de alguna manera me había puesto de rodillas ante ella.

Finalmente llegamos al hospital y los encargados se encargaron de verificar si tenía familiares. Yo me senté en la sala de espera, en tanto lidiaba con algo que nunca antes había sentido

No sabía si era su aroma, su fragilidad, su belleza... pero había algo en ella que me atraía y me atormentaba en partes iguales.

El capitán Noah apareció después de que lo llamara, luego se acercó a mí con una sonrisa burlona tras hacer un par de llamadas. Él me miró como si acabara de enterarse de la noticia del año.

Apreté el entrecejo alterado. No era momento para bromitas sin sentido.

—No sabes cómo se llama la chica que rescataste, ¿verdad?

—¿Por qué debería saberlo? Acabo de traerla y esperaré a que llegue su familia para enterarme—respondí con indiferencia.

Se rascó la cabeza, dudando.

—No sé si deba decírtelo.

—No te quedes callado, Noah. Ambos sabemos que te encanta ser un chismoso imprudente. Por eso casi te expulsan del ejército. Le mandaste un correo estando borracho al embajador de Corea del Sur a nombre de tu padre diciendo que en Corea del Norte hacían mejores fiestas. Ni hablar de lo que le dijiste al embajador de Marruecos sobre...

—Ya, ya —interrumpió, riendo—. No me recuerdes mis desgracias. Mi padre siempre me mira como si creyera que debió darme en adopción.

Le sonreí con suficiencia.

—Entonces dime quién era esa chica.

—Es Adara King, la hija de Damon.

Maldita sea mi suerte de mierda.

Bueno, de todas formas nunca la volveré a ver.

¿Te gustó el capítulo?

Capítulo 7

Coronel Luke

Salí del hospital como una tromba. Aún no podía procesar la situación. La hija de mi enemigo me atraía. Me ardían las venas y sentía pena ajena de mí mismo.

¿Cómo diablos me había fijado en Adara King?

¿Qué cojones me pasaba?

Noah me siguió y me miró con picardía.

—¿Vas a salir corriendo ahora que descubriste la identidad de la mujer que rescataste? Eso es bastante predecible de su parte, coronel. La enfermera en el hospital pensó que eran pareja, me dijo que mirabas a Adara como si ella fuera el amor de tu vida y te ves tan abrumado ahora que descubriste su identidad, que pienso que la mujer tenía razón. ¿Te impactó la belleza de Adara verdad?

Negué con desdén.

—He tenido cientos como ella. Podría acostarme con ella y sería lo que todas, una más.

—Lo dudo —replicó—. No he conocido a un solo hombre sobre la tierra que sea inmune a la belleza de las gemelas King.

Le lancé una sonrisa amarga.

—Pues estás frente a él.

Noah suspiró.

—No sé por qué algo me dice que ese encuentro de ustedes hoy fue más que casualidad.

Me fui a un hotel, no quería verle la cara a la reina Francesca ese día. Estaba tratando de contener las emociones que me estaban mortificando. Quise convencerme a mí mismo de que Adara King era solo una cara bonita irrelevante que jamás volvería a ver.

Pero el idiota de Noah tenía razón, la belleza de Adara me había marcado más de lo que quería admitir. Y aunque mi odio por Damon King era más grande que todo mi mundo, algo dentro de mí se estremecía al recordar a su preciosa hija.

***

Me habría gustado decir que me tranquilicé cuando llegué al hotel, pero ese rostro hermoso y esos labios de muñeca no me dejaban en paz. Necesitaba volver a verlos, aunque fuera a través de una pantalla. Me juré a mí mismo que esa sería la primera y última vez que indagaría sobre ella.

Pasé el resto de la tarde encerrado en la habitación del hotel, con la vista fija en la pantalla del portátil.

Aparecieron cientos de resultados sobre ella.

Adara King había estudiado Diseño de Modas en Italia, lanzó varias colecciones fallidas y tuvo una colaboración con Versace que recaudó millones de dólares que fueron a dar a la caridad. Tenía una gemela y dos hermanos más. Encontré artículos de revistas de moda, reseñas de eventos a los que ella asistió, menciones en redes sociales, incluso crónicas de los escándalos que envolvieron su compromiso fallido con el príncipe italiano Santiago Rossi. Lo raro era que no había ninguna imagen de ella. Ni una sola maldita foto. Era como si alguien se hubiese dedicado a borrarla del mapa, como si su rostro fuera un secreto de Estado. Cerré los ojos unos segundos y apreté los dientes frustrado.

Me levanté de la silla y abrí la ventana, necesitaba respirar un poco de aire que aplacara el tornado que me agitaba el pecho.

Ansiaba verla y a la vez sabía que no era lo correcto.

¿Qué diablos te pasa Luke?

¿Acaso nunca habías visto una mujer hermosa antes?

—¿Por qué no hay fotos de Adara en internet? ¿Qué es lo que esconden sobre ella? —pregunté en voz baja, frunciendo el ceño.

—No debería importarme.

Ella no significaba nada en mi vida.

Lo que experimentaba era solo curiosidad, la misma que uno sentía al mirar una pintura desconocida en una galería exclusiva. Porque eso parecía ser la pelinegra, una especie de hada celestial a la que sólo podías mirar si habías sufrido un dolor parecido al que ella, uno que sólo Adara King podía consolar.

Noah entró en el cuarto y voltee atónito, no le había dado una copia de mi tarjeta de acceso.

—¿Cómo diablos entraste sin que te diera la tarjeta?

Se limitó a encogerse de hombros.

—Solía abrir puertas cerradas por diversión, por eso mi papá me metió al ejército para que dejara mis horribles mañas. Digamos que tengo experiencia entrando en donde no me quieren.

Se detuvo al ver lo que tenía en pantalla: un artículo sobre la colección que Adara había hecho en colaboración con Versace. La risa que soltó fue inmediata.

—Y eso que no estás interesado en Adara, ni te importa en lo absoluto porque es una más.

—Eso es —repliqué, cerrando la laptop de golpe—. Sólo sentí curiosidad sobre ella porque la rescaté hace rato y ya.

Noah se dejó caer en el sofá con una botella de agua y una sonrisa insoportable en su cara. Era una mezcla perfecta entre su padre y su madre. Tenía el pelo ligeramente encrespado y los ojos cobrizos.

—Ay, por favor, Luke, ese cuento no te lo crees ni tú mismo. Nunca te había visto buscando información sobre ninguna mujer en internet. ¿Tanto te impresionó Adara?

—No estoy impresionado, ni me atrae—dije con dureza—. Simplemente sentí curiosidad respecto a ella. ¿Qué hace ella aquí en Italia? ¿No se supone que la reina Francesca le prohibió la entrada?

—Vino por el primer aniversario de la muerte de su novio, Adara es persistente y quiso llevarle flores a su tumba. Intentó entrar de incógnito, pero la gente en Italia no se olvida de ella y empezaron a perseguirla. La reina se encargó de que la gente creyera que ella es la culpable de que el turismo cayera en el país.

Lo miré con incredulidad.

—Me parece absurdo que la culpen por la caída del turismo, ni que ella le dijera a la gente que no vengan a pasear.

Noah alzó una ceja, divertido.

—¿Estás defendiéndola? Qué lindo te ves cuando actúas como un enamorado, coronel.

—En serio no te cansas de decir estupideces.

—No son estupideces. Me pregunto cómo reaccionarías si te dijera que ella preguntó por ti.

—¿Preguntó por mí? —reaccioné demasiado rápido.

¿Qué diablos había sido ese tono de emoción en mi voz?

Noah soltó una carcajada.

—Ay qué bello, cómo se ilusiona de una vez.

Me aclaré la garganta, incómodo.

—¿Qué te dijo sobre mí? ¿Y cómo está ella?

—¿Así que sí te interesa saber cómo está? —Tenerle paciencia a Noah era una tarea titánica—Técnicamente no preguntó por ti, pero sí me preguntó por la persona que la había salvado, y yo le dije que había sido yo.

Lo miré atónito. No podía creer que se hubiera robado el crédito

—Ay, no me mires como si hubiera cometido un crimen. ¿De verdad querías que le dijera que el hijo del enemigo de sus padres la había salvado?

—Ya te dije que ella es irrelevante para mí.

Noah se echó a reír con fuerza.

—Sí claro, tan irrelevante que hasta te brillaron los bellos ojitos verdes que tienes, cuando te dije que había preguntado por ti. Bueno, en realidad le dije que la había salvado un militar.

—Entre menos sepa sobre mí, mejor.

Noah cambió su tono. Lo noté cuando me miró con cierto deje preocupado.

—No la conoces. Ella es más insistente y terca que tú. Es capaz de enlistarse en el ejército sólo para descubrir quién la salvó.

—Dudo mucho que alguien como ella quiera entrar al ejército. Una princesa billonaria como Adara jamás soportaría dormir en las camas incómodas del ejército.

Noah se quedó callado unos segundos. Luego usó el mismo tono dramático que empleaban los actores al decir profecías en las películas.

—Nunca des nada por sentado sobre Adara King.

****

El celular vibró sobre la mesa y lo miré sin ganas de contestar. Pero cuando vi el nombre en la pantalla, algo dentro de mí se removió. Era Madison, mi ex novia. Hablar con ella quizá sacara a Adara mi cabeza.

Noah, que para mi desgracia seguía en la habitación; soltó una risa socarrona al notar que observaba el celular como si este fuese un objeto de estudio científico.

—Oye, ¿tan pronto le estás siendo infiel a mi prima Adara?

—Ustedes no son familia —repliqué con fastidio.

—Nos criamos como si lo fuéramos, así que si la engañas te voy a echar de cabeza.

—Ya lárgate para que pueda contestar en paz.

—Qué genio tan horrible tienes, coronel. Espero que mi prima se encargue de convertirte en un ser de luz, porque ahorita eres una especie de murciélago demoníaco con entrenamiento militar.

—¡Vete!

Contesté la llamada y, aunque esperaba que escuchar la voz de Madison me emocionara como siempre. Esa vez no se produjo nada dentro de mí.

Pero qué mierda…

—Mi coronel guapo, es un inmenso placer para mí escucharle.

—Lo mismo digo, Madison.

—Tan gélido como siempre coronel, he estado extrañándolo y al parecer el destino insiste en juntarnos.

—¿A qué te refieres? —demandé saber.

—Me transfirieron a la central de Washington. Seré su nueva capitana adjunta.

Me recosté en el respaldo. Tenerla en mi vida quizá podría ser lo mejor. Tal vez así me olvidaría de esa jodida obsesión que empezaba a crecer en mí por Adara King, la mujer que era tan bella que si Afrodita tuviera forma mortal, sería como ella.

—¿No estás feliz al escuchar que nos volveremos a ver?

—Por supuesto. Tengo muchas ganas de verte—mentí y empleé mi mejor tono de entusiasmo.

—Podríamos retomar lo que dejamos inconcluso hace años.

—Quizá, pero en la milicia no podemos enredarnos y lo sabes, Madison.

—Lo tengo claro. Pero… ¿sí podré presumir que he sido la única novia oficial del coronel del que seguramente todas están enamoradas en la central?

—Claro que sí.

—Por eso te adoro.

—Nos vemos pronto, Madison.

—Sí, mi coronel. Estoy ansiosa por volver a verle.

****

Una semana después, se llegó la final del torneo de coroneles. Me enfrentaba a Fabiano Cavani, un arrogante coronel italiano que me escudriñaba como si yo fuera presa fácil. El público rugía. Cavani lanzó una sonrisa torcida en mi dirección. Él había llegado a la final haciendo trampa, así que me esperaba una movida sucia de su parte en cualquier momento.

—Te daré una paliza, Luke. Hace un año, una compatriota tuya jodió a mi país y ahora yo me encargaré de demostrar que los americanos no sirven para nada.

—Hablas mucho Cavani, veremos si tienes los cojones para probar las estupideces que escupes.

La pelea comenzó. Mis reflejos eran más rápidos, él no había logrado conectarme un solo golpe y fallaba cada puñetazo que la lanzaba, yo en cambio le pegaba cada vez que se me antojaba. Lo superaba en técnica, en fuerza, en control, en todo. Mi respiración se aceleraba mientras rodeé en círculos a Cavani y lo derribé al impactarle el estómago con el pie. Él se dobló, abrumado por lo que sentía y me observó como si hubiera despertado algo oscuro en su interior al estarlo humillando. En una movida cobarde, Cavani me lanzó una patada directa a la entrepierna. El dolor que dicha acción me produjo, fue tan fuerte que provocó que me desplomara. El árbitro italiano fingió no haber visto su acción tramposa y ordenó que continuáramos con el combate.

Bastardo parcializado.

Y entonces Cavani escupió con desprecio unas palabras que encendieron mi descontrol.

—¿Cómo era que se llamaba esa zorra americana que quería ser nuestra princesa? Ah sí, Adara King. Hace unos días le di su merecido, envié una turba tras a esa puta y la asustaron tanto que terminó en el hospital. Al parecer ningún americano puede con nosotros los italianos.

Varios soldados rieron como si aquellas palabras sin sentido, fueran el mejor chiste que habían escuchado en sus patéticas vidas.

—¿Fuiste tú quien ordenó que la atacaran?

—Ay, ¿no me digas que la conoces? Con lo zorra que es, seguro estuvo contigo—aseguró y quise triturarle el cráneo.

—¿Va a dejar que hable así del amor de su vida y futura madre de sus hijos, coronel? —murmuró Noah desde la barrera.

Tuve ganas de patear a Noah, pero algo se encendió en mi pecho al saber que Fabiano había sido la mente maestra tras el ataque a Adara. Me levanté a pesar del dolor, con la ira quemándome los ventrículos que me mantenían vivo. Fabiano no tuvo tiempo de reaccionar. Lo golpeé con una secuencia rápida y certera en la cara. Lo pateé en el abdomen, le hice escupir sangre, le estrellé la cabeza contra el suelo y no conforme con eso también le patee las bolas. Me moví como un animal entrenado para matar. En mi mente, solo veía la expresión frágil de una Adara inconsciente, el miedo en sus ojos antes de que la rescatara, sus gritos en la calle pidiendo ayuda. Todo eso acrecentó mi rabia y me instó a destrozar su cara su control, ni piedad.

Cuando estuve a punto de darle la última patada, me detuve e imaginé que Adara me sonreía por haber hecho justicia en su nombre. Ella me estaba volviendo loco.

—No se te vuelva a ocurrir meterte con una mujer indefensa.

—Pagarás por esta humillación, coronel —gruñó él, sangrando.

—Intenta hacer que lo pague y terminarás aún peor que ahora.

El árbitro me declaró ganador, aunque no parecía muy contento al respecto. Me entregaron un cheque con 100 mil dólares, el cual donaría a un refugio de animales, ellos lo necesitaban más que yo.

La mayoría de coroneles iban al italiano y lucían decepcionados al verme ganar. Yo no me había esmerado en caerle bien a ninguno de ellos. Era una competencia militar, no el concurso de Miss Popularidad.

Noah se me acercó cuando me retiraba del recinto.

—Campeón, no creas que no noté que te pusiste heroico cuando Fabiano habló mal de Adara.

—Ya vas a empezar con tonterías otra vez—acoté malhumorado.

—A las pruebas me remito. Te habían pateado las bolas, estabas tirado en el suelo aguantando dolor y de repente él dijo lo que le había hecho a Adara y de la nada te levantaste súper alterado y le diste la paliza de su vida.

Él suspiro con teatralidad.

—Qué bonito es el amor… y cuando te enteres que Adara irá a…

—No me interesa nada sobre ella.

—Bueno, que conste que intenté advertirte. Después no te andes quejando.

***

Regresé a Estados Unidos una semana después.

Habían pasado quince días desde que conocí a Adara y mi mente era un caos, no dejaba de soñar con ella. En mis sueños le hacía de todo, probaba el sabor de sus labios y me embebía de su belleza, una que sólo podría tener en sueños porque nunca la volvería a ver. Me había costado permanecer en Italia y no ir a visitarla, varias veces me subí al Bugati y conduje al hospital, me bajé en la entrada y luego me obligué a regresar. No tenía sentido preocuparme por ella, ni acecharla como un psicópata.

Estaba obsesionado con una mujer que ni siquiera sabía que yo existía.

Encontré a la capitana Madison en la entrada de mi oficina en la central militar, luciendo un ajustado y negruzco uniforme de combate que le quedaba de maravillas. Su cuerpo no era excesivamente voluptuoso, pero tenía lo suyo y era suficiente para complacer a cualquier hombre. Era una rubia alta, exuberante a la que muchas marcas persiguieron para que modelara sus diseños pero ella se negó, aduciendo que no era lo suyo.

—Coronel, qué guapo está usted—saludó con picardía y la invité a entrar.

—Qué bueno verla, capitana. ¿Qué novedades hay en las nuevas tropas?

—En términos generales todo va bien. Solo hay una inútil que no sirve para nada, en la prueba por equipos es posible que sea una de las expulsadas por bajo rendimiento.

—Como siempre, nunca falta el que se mete al ejército porque cree que es refugio para inútiles.

Ella sonrió y se acercó más cuando ya no estábamos a la vista de los soldados.

—¿No va a abrazarme, coronel?

—Habíamos quedado en que mantendríamos las distancias aquí. No quiero dramas ni chismes de pasillo, porque tendré que imponer sanciones.

—¿Y si mejor me sancionas por portarme mal?

Sonreí con picardía. Madison aún me atraía, pero ya no sentía ningún apego emocional por ella, sólo algo físico. Iba a besarla cuando la puerta se abrió de golpe.

—¿Qué haces besando a la lisiada? —dijo Noah en tono dramático.

Lo miré consternado, no podía creer que había recurrido a un meme latino para fastidiarme.

—Las oficinas del ejército no son para hacer bebés —añadió.

—Hola, Noah, qué gusto verte —dijo Madison con una sonrisa diplomática.

—Lo mismo digo.

—Pues no lo parece—gorjeó ella.

—Has estado siendo muy abusiva con las nuevas tropas y no me parece que te comportes así. Son reclutas apenas, no tienen el entrenamiento que nosotros y te estás sobrepasando.

Madison bufó.

—¿Lo dices por la inútil esa que casi se desmaya ayer cuando completó el circuito de obstáculos? La castigué porque ha hecho todo mal, y si no se esfuerza más, tendré que sacarla de las tropas por entorpecer al resto.

—Lleva una semana aquí—debatió él— No es justo que quieras sacarla cuando apenas se está adaptando.

—Somos un ejército, no una ONG. Aquí el que no se esfuerza, que se largue. ¿Cierto, Luke?

Asentí, cruzándome de brazos.

—Bueno, creo que tengo en la agenda conocer a los nuevos reclutas.

—Uy, la sorpresita que te vas a llevar —murmuró Noah.

—A mí nada me sorprende.

***

Salí de la oficina con paso firme, atravesé el corredor con la seguridad que imponía respeto en cada base que pisaba. Los nuevos reclutas ya se encontraban alineados en el patio central. El murmullo se apagó apenas puse un pie en el campo de entrenamiento, y sentí las miradas tensas clavándose sobre mí. Cada uno sabía que bastaba una sola palabra mía para quedar fuera del sistema. Me detuve frente a ellos y comencé a recorrer las filas, había un montón de idiotas que temblaban al verme pasar. Expulsé a un imbécil que casi se mea en los pantalones al notar que estaba cerca y cuando me enfilé hacia un nuevo cuadrante, quedé perplejo.

La vi y olvidé cómo respirar, parpadear y existir.

Fue como si un tornado, un tsunami y un maremoto estuviesen sacudiendo mi cuerpo a la vez. Al mirarla estaba volando cerca del sol y no me importaba quemarme. Le eché un vistazo de arriba abajo y como si no fuese suficiente con su carita de muñeca, su cuerpo era perfecto: voluptuoso, curvilíneo y de piernas largas y torneadas.

Mi garganta se cerró, mis manos se tensaron. Algo me golpeó en el pecho y se extendió por mi anatomía, como la electricidad al recorrer un circuito.

Me sentía jodidamente débil al mirarla.

La vi tragar saliva con fuerza, como si mi presencia le alterara hasta el alma, noté sus respiraciones rápidas, la agitación en su pecho y supe que se sentía igual que yo . La forma en que bajó la mirada... y sus ojos se desviaron hacia una parte de mí que no debía mirar fue completamente sorpresivo.

¿Me estaba lujuriando descaradamente?

Mi mandíbula se tensó, había tanto miedo y terror en sus gestos temblorosos que no pude evitar pensar en que, si le subía un poco la voz, ella se desmayaría.

La muy desvergonzada seguía mirándome... justo donde no debía.

¿Yo le afectaba tanto como ella a mí?

—¿Hacia dónde está mirando, soldado? —solté, con la voz más grave de lo normal.

Ella se negaba a mirarme a los ojos y eso de alguna manera me encendía. Me gustaba que me tuviese miedo.

—Hacia la tierra, mi coronel.

—¿Por qué?

—Porque tengo la esperanza de que se abra y me trague.

Un puñetazo en el estómago me habría descolocado menos. Tuve que reprimir la carcajada que me subía por la garganta. No era habitual en mí reír ante bromas absurdas. Aquello era nuevo para mí.

Ella me afectaba de una forma que ninguna mujer había logrado y ni siquiera se daba cuenta.

—Dígame su nombre—ordené, aunque lo conocía perfectamente.

—Eh... ¿mi nombre?

—¿Acaso es sorda?

—¿Y para qué quiere saberlo? —contestó con rebeldía— ¿Me quiere seguir en Instagram? Porque de antemano le digo que lo cerré porque me tiraban mucho *hate* así que mejor deje eso, coronel. Sólo uso la red de mensajería del ejército, pero pues no sé si nos permitan ponernos a conversar aquí, entonces mi coronel usted dirá si quiere que nos comuniquemos por señales de humo o por la ouija, quizá con la segunda nos vaya mejor porque se ve usted medio demoniaco... es decir, disculpe señor.

Tragué saliva y me obligué a guardar la compostura. ¿Qué rayos estaba mal con Adara King, que no respetaba los rangos y se comportaba como si fuésemos compañeros de chisme?

—¿Acaso soy un chiste para usted, soldado?

—Ay no, mi coronel. Lo que pasa es que usted es un poco aterrador y yo cuando me siento asustada, hablo de más. No es su culpa, así que quédese tranquilo.

Mi pulso se aceleró. Ella era insoportable, inmadura e irreverente, lo mejor que podía hacer era expulsarla por su atrevimiento, pero no quería hacerlo y eso me convertía en un completo tonto.

—Levante la cabeza, soldado, y míreme.

—No puedo.

—Le estoy dando una orden. ¿Va a desobedecerla?

—Es que no puedo.

Avancé un paso. El aroma que emanaba de su piel me golpeó de lleno. Dulce, afrutado, embriagador y un completo afrodisíaco para mí. Su perfume invadió con tanta potencia que me estremecí. Era como si al olerla pudiese probar su piel y eso me estaba sobrepasando. Retrocedí, tenía que alejarme de ella o cometería una locura frente a mis tropas. Estar tan cerca de Adara era como tener una granada activada entre los dedos y yo era el estúpido que se negaba a soltarla. Todo en mí la deseaba, yo era su presa, cuando debía ser al revés.

Contrólate, Luke.

Ella seguía sin levantar la cabeza. Como si supiera que, si lo hacía ambos estaríamos condenados.

—Míreme, soldado, hágalo ahora —ordené, sin parpadear.

Ella levantó la cabeza con lentitud y fue como si una montaña de lava me hubiese caído sobre los hombros. Sus ojos celestes chocaron con los míos y sentí algo primitivo quemando mi garganta. Me sentí atrapado, incómodo, expuesto. Verla cada día sería una maldita tortura. Tal vez lo más sensato era expulsarla, pero en vez de hacerle caso a la cordura decidí castigarla.

—Dará cien vueltas al campo—ordené—. Y yo la acompañaré. Si no las termina a mi ritmo, será expulsada del ejército.

Pero qué diablos… de dónde mierda salió esa frase sobre acompañarla.

Eso no era lo que tenía en mente.

—Le prometo que no volveré a hablar nunca más si deja el castigo de lado —suplicó, con esa vocecita frágil que no combinaba con su descaro inicial.

Noah se cubrió la boca para contener una carcajada.

—Todos, retírense —ordené con firmeza.

Todos obedecieron, menos el capitán Klein.

—¿Y para qué quiere quedarse a solas con la soldado, mi coronel? —expuso con sorna.

Me giré lentamente.

—Dije: todos fuera. ¿Acaso también estás sordo?

Noah alzó las manos y desapareció.

Madison pasó justo al lado mío y me observó como si estuviese viendo en mí algo que no le gustaba.

—Mi coronel, ¿le pasa algo?

—No me pasa nada, capitana. Retírese.

—Maldita bruja abusiva entrometida…—gruñó Adara por lo bajo al ver la forma en la que Madison la miraba al pasar a su lado.

—¿Dijo algo, soldado?

—Sí —respondió sin mirarme—. Dije que será genial correr con usted, mi coronel—concretó, pero no sonaba muy convencida.

Capítulo 8

Coronel Luke

Me até los cordones con firmeza y me preparé para correr junto al placer culposo de ojos celestes, que caminaba a mi lado como cachorro regañado. Hacía mucho calor a pesar de que era temprano.

Moví el cuello de lado a lado y empecé a calentar haciendo un par de sentadillas y estiramientos, pero sentía que alguien me estaba mirando y no necesité buscar mucho para saber quién era.

Adara King me escudriñaba con un descaro que iba más allá de la simple admiración de una soldado hacia a su coronel. Se relamía los labios y tragaba en seco cada vez que yo estiraba un brazo, o doblaba las piernas como un resorte para seguir con mis ejercicios. De vez en cuando me señalaba con un dedo, como si estuviera contando cuántos músculos había en mi cuerpo.

Entrecerré los ojos y le eché un duro vistazo. Ella no se inmutó en cambiar su expresión lujuriosa. Siguió observándome con la cabeza ladeada y una ceja ligeramente levantada, como si evaluara el grosor de mis cuádriceps.

—¿Qué tanto me mira, soldado? —le solté con frialdad.

Ella parpadeó, como si recién notara que la había descubierto mirándome con expresión hambrienta.

—¿Yo? No, nada mi coronel… —sonrió con falsa inocencia—. Solo quería preguntarle si me puede pasar el link de su rutina para las pompis. Son grandes y firmes. Las mías no están tan así. Hay más firmeza y estabilidad en sus pompis que en mi vida.

La miré inexpresivo, aunque por dentro me recorrió una imagen fugaz de la gran curvatura que había al final de su espalda. Las ganas de nalguearla hicieron que mi estómago se contorsionara. Me obligué a no echarle otro vistazo, la belleza de Adara me mortificaba porque estaba fuera de mi alcance, y no porque sintiera que no podía conquistarla, sino porque no confiaba en lo que yo podría llegar a sentir si me acercaba a ella.

—¿Acaso no es capaz de decir algo coherente, recluta?

—No, mi coronel. Ya le dije que estoy nerviosa. No me presione, oiga. Que soy de las que se pone a llorar si le hablan feo.

Cerré los ojos un segundo. Necesitaba la paciencia de un monje tibetano con ella.

—¿Está lista para empezar?

—No, mi coronel. La verdad, hasta tengo ganas de ir al baño. ¿Puedo hacerlo?

La fulminé con la mirada. Me pasé una mano por la cara, conteniendo un gruñido, y solté el aire con los ojos en blanco. Ella me atraía y exasperaba en partes iguales. Quizá lo mejor fuera librarme un rato de ella.

—Vaya… pero dese prisa. Porque si regresa tarde, no va a necesitar las piernas para correr, va a necesitarlas para arrastrarse por el campo porque el castigo será doble. ¿Entendido?

Ella sonrió victoriosa.

—¡Entendido, señor!

Pasaron más de quince minutos y no había señales de Adara por ninguna parte. Mi primer pensamiento fue que su estómago le había dado más problemas de lo esperado, pero cuando transcurrieron veinte minutos supe que la muy insensata se había fugado del castigo y yo que yo había caído redondo en su trampa, al concederle el permiso para ir al baño.

Pero ella no se iba a salir con la suya, yo no era el payaso con el que podía jugar.

Caminé hacia los baños y le pregunté a una soldado caucásica que vigilaba que la gente no usara el baño de motel: si había visto a una pelinegra de ojos celestes. La chica me dijo que nadie con esas características había ingresado al sanitario.

Me dirigí hacia las habitaciones militares y cuando entré le hice señas a los demás para que se quedaran en sus posiciones.

Adara estaba de espaldas, me abofetee mentalmente para no recorrerla lascivamente con la mirada. Ella estaba rodeada de un grupo de reclutas, soltando risas y bromeando con ellos como si no le importaran en lo absoluto mis órdenes de regresar tras ir al baño.

—Y entonces el coronel Voldemort, en un acto de piedad expresó: "El castigo ha terminado, soldado" Lo dijo así con esa voz sexy de hombre malote que odia al mundo—expresó en un patético intento de imitar mi voz.

Nadie se atrevió a reírse, en su lugar trataron de hacerle señas a Adara para que volteara y se diera cuenta de que yo estaba allí

—Espérate, Cindy, que todavía no he terminado de hablar—dijo sin perder el ritmo—. Ustedes dicen que el coronel es horrible, amargado, grosero, déspota, cruel, arrogante, prepotente, insoportable y cascarrabias, pero yo creo que es mucho peor que eso. Aunque hoy tuvo un momento de piedad y me dejó volver aquí. Quizá sí tenga un corazón, en lugar de alacranes, tarántulas, cocodrilos, cobras y escorpiones en el pecho.

Otra soldado trató de hacerla callar, pero ella siguió riéndose y hablando de más.

—Aunque para ser honesta —continuó, bajando un poco la voz—, el coronel es demasiado guapo, con esos ojos verdes que te miran como si quisieran envenenarte y ese montón de músculos por todas partes y esa mandíbula recta, masculina y esos labios ligeramente finos que sólo saben decir cosas aterradoras y mandarte a la mierda. Creo que es el hombre más atractivo que he visto, pero de nada le sirve si es un anticristo enviado a este mundo para torturar angelitos inocentes como yo y...

Tuve que obligarme a no pensar en la evidente atracción que ella sentía por mí y en lo que eso podría desencadenar. Por un momento quise dejar de torturarme, olvidar que era la hija de mi enemigo y dar rienda suelta a lo mucho que esa mujer absurda me gustaba. Pero no podía hacerlo y menos, con alguien que llevaba el apellido King. Cada vez que la veía, debía recordar lo que su padre le había hecho a mi familia.

Toqué su hombro con un dedo para que se diera cuenta de que yo estaba allí. Me apartó el brazo con un manotazo.

No podía creerlo.

—Espérese, déjeme terminar el chisme.

Otra soldado le hizo muecas desesperadas, para que volteara y me viera.

—Ay, ¿cuál es la señaladera que tienen? Parece que hubiesen visto un fantasma todos, hace rato estaban riéndose y ahora no paran de hacerme gestos raros. ¿Qué es lo que hay a mis espaldas que los tienen tan…?—Ella finalmente giró sobre su eje y la sonrisa se le apagó al instante. Sus ojos se explayaron y la nariz se le puso roja del susto.

Sonreí internamente ante su expresión aterrada, pero el gusto no me duró mucho porque la muy dramática se desmayó y tuve que apañarla.

Su cuerpo liviano chocó contra el mío y, en el instante en que la sostuve, su jodido perfume me golpeó deteniendo mi mundo y acabando con mi cordura de golpe. La tenía pegada al pecho, respirando contra mi cuello, con esa cara perfecta y esa boca entreabierta que no debería estar mirando más de la cuenta y menos frente a unos soldados; que probablemente crearían rumores en torno a nosotros.

Tragué saliva, me obligué a endurecer la mandíbula, a comportarme como de costumbre y esquivar la forma en la que su tacto quemaba mi piel. Adara entreabrió un ojo, como si quisiera verificar qué tan enojado yo estaba.

No quedaban dudas de que aquel desmayo era otra de sus sucias tretas.

—Despierte, soldado. Sé que está fingiendo para no ser castigada —le susurré amenazadoramente.

Ella apretó los labios, pero se negó a abrir los ojos.

—Si no abre esos ojos, correrá el doble de lo previsto —amenacé.

Sus párpados se movieron lentamente.

—Ha ocurrido un milagro, mi coronel. Reviví de entre los muertos —murmuró alegremente.

La fulminé con la mirada.

—Este pelotón tendrá doble trabajo si vuelvo a encontrarles haciendo chistes y bromas estúpidas. El tiempo libre es para entrenar, no para payasadas.

Bajé a Adara bruscamente y ella se quejó.

—Sígame, soldado que tiene un castigo por cumplir.

****

Al cabo de un rato nos encontrábamos de vuelta en el campo de entrenamiento.

—Mi coronel, con respecto a lo de hace rato yo fui poseída por un espíritu que me incitó a decir que usted…

—Haga silencio, escuché perfectamente lo que dijo. Mejor cállese, porque no estoy de humor para escuchar sus comentarios insensatos.

Adara me miraba con una expresión casi angelical, como si no hubiese intentado huir de mi castigo. Caminaba con un aire ligero y de vez en cuando sonreía. Aunque la realidad era que parecía nerviosa por lo que fuera que yo iba a hacerle.

Lo único que merecía era la expulsión.

—¿Ahora sí está lista? —pregunté, cruzándome de brazos.

—No, mi coronel.

Fruncí el ceño.

—¿Y ahora qué le pasa?

Ella me sostuvo la mirada y estuve a punto de ahogarme en el precioso mar celeste que habitaba en sus increíbles ojos.

—¿En verdad le importa lo que me pase?

Contuve una exhalación pesada. Me pasé la lengua por los dientes antes de responder.

—En realidad no, pero me cuesta entender por qué no acata las órdenes que se le dan ¿Acaso no se da cuenta de que está en la milicia y no en un hotel vacacionando?, ¿Por qué no puede callarse la boca y simplemente ponerse a correr?

Se encogió de hombros y bajó la mirada con una mohín exagerado de derrota.

—Es que tengo piernas de pollo, mi coronel. Doy cinco vueltas y quedo deshecha.

No supe si estaba más molesto por lo que decía o por la manera en que lo hacía, como si lo malo en esa situación fuera su mal estado físico y no su irreverencia.

—Pues debió pensar bien las cosas antes de enlistarse en el ejército —espeté, tajante.

Ella alzó la mirada, era adorable y la odiaba por eso, porque quería castigarla, pero cada vez que la observaba fijamente algo dentro de mí hacía corto circuito y perdía el norte.

—Yo creía que estar aquí sería como en las películas… donde las mujeres podíamos echar chisme, mientras ustedes los hombres hacían todo el trabajo.

—Si no está lista en diez segundos, la voy a expulsar.

—Gracias a Dios —susurró en voz baja, casi con alivio—. Al fin me voy de este lugar.

Mi mandíbula se tensó. Fingí no haber escuchado. No iba a dejarla ir, sin haberle dado su merecida reprimenda.

¿Seguro que sólo quieres retenerla en el ejército para castigarla?

¿Tu negativa a dejarla ir no tiene nada que ver con lo mucho que Adara te atrae?

Patee esos pensamientos absurdos de mi mente.

—¿Lista?

Ella asintió, con una sonrisa desafiante.

—Finjamos que sí.

—Bueno, pues adelante.

Me puse en marcha sin esfuerzo. Cada músculo de mi cuerpo sabía qué hacer. Mis zancadas eran firmes, precisas y amplias. La brisa me rozaba el rostro, el sol nos pegaba en la cara, y moldeaba nuestras sombras sobre el campo.

A la segunda vuelta, la diferencia entre nosotros era abismal. Ella ya respiraba como si se estuviera muriendo. Su pecho subía y bajaba de forma violenta, jadeaba con la boca entreabierta, y su rostro, que momentos antes parecía una maldita pintura celestial, estaba cubierto por gotas de sudor que resbalaban sin pudor por su cuello. Se sujetaba el costado con una mano, como si intentara no desmoronarse en plena pista. La vi tropezar con su propio pie varias veces, recuperar el equilibrio y soltar un bufido de frustración. Le echaba un vistazo de vez en cuando para saber si seguía viva, pero cada que lo hacía un montón de sacudidas oscuras y viscerales se arremolinaban en mi pecho.

—¿Eso es todo lo que tiene, soldado?

—Sí, mi coronel, por eso le dije que mejor dejáramos eso de los castigos de lado porque usted no es Diosito, ni yo soy la pecadora que se los merece.

—Esa no es la respuesta que esperaba. Cuando yo le pregunte si es todo lo que tiene, usted dirá que no y se esforzará en cumplir. ¿Me entiende?

—Mi hermana me dijo que no me metiera en esto y tenía razón…

—No me cuente su vida personal. No somos amigos, ni soy su compinche de chismes.

—O sea, ¿que uno aquí en el ejército no puede desahogarse?

Me quedé callado, con ella no valía la pena ni dialogar. Estaba decidida a no respetar mi status de coronel, ni a tomarse nada en serio.

Damon King era un inepto que no le había enseñado a su hija que en el ejército, los rangos militares eran casi sagrados.

—Mi coronel, ¿qué le parece si este castigo termina aquí? Yo no le diré a nadie que me levantó el castigo, y usted seguirá quedando ante todos como el hombre cruel y malote que me puso a correr como caballo en hipódromo.

—Cállese y siga corriendo, ya huyó y le dijo a su grupito de compinches que yo le había levantado el castigo, por ende, no puedo confiar en su palabra; así que corra y agradezca que no recibe una reprimenda mayor —gruñí sin detenerme, manteniendo el paso constante.

Ella me sacaba de quicio. Esa voz dulce, llena de descaro e inmadurez me descolocaba cada vez que la oía. Y justo cuando pensé que al fin iba a rendirse, la muy osada abrió la boca otra vez.

—Mi coronel… ¿y si le horneo unos pastelitos de chocolate me levantará el castigo? —propuse con un tono de voz ingenuo y desprovisto de maldad.

Me estremecí.

Yo odiaba el chocolate, pero aún así me sacó de mi zona de confort su propuesta.

¿Era la dulzura tentadora en su voz aterciopelada lo que me hacía sentir así?

Me detuve en seco. El sonido de sus pasos tambaleantes se aproximó a mí. Me giré lentamente, y cuando la vi, se me secó la garganta. El sudor perlaba su piel nívea. Su camiseta se le había pegado al torso, realzando cada curva infartante de su anatomía. Una jauría entera de pensamientos indecentes me golpeó en la sien con la fuerza de un meteorito.

Tragué en seco y me mordí los labios para que mi cuerpo se concentrara en el dolor, y no en el monumento de mujer que corría tras de mí.

—¿Acaso intenta sobornarme, soldado?

—Sí, mi coronel —respondió con cinismo—. Pero quedará entre nos. Nadie se va a enterar de que usted me levantó el castigo.

—Siga corriendo y deje de decir estupideces. ¿Acaso no sabe que los sobornos están prohibidos en el ejército?

—Ay, pero por qué es así. O sea, nada le cuesta dejarme ir. Ya aprendí la lección, mire, no vuelvo a hablar sin permiso. Es más, le juro que si me deja ir, no me escuchará hasta el mes que viene.

—Haga silencio de una jodida vez.

—Qué le parece si en vez de hornearle pasteles, le ordeno su habitación por una semana. Yo odio ordenar la mía, así que considere que ponerme a limpiar será un sacrificio más grande que estar aquí corriendo con este calor.

Volví a girar la cabeza. Lo hice con la clara intención de callarla de una vez por todas, pero en cuanto mis ojos tropezaron con su rostro, me quedé perplejo. Tenía la cara más enrojecida por el esfuerzo, las mejillas inflamadas, los labios entreabiertos por la falta de aire, y sin embargo, seguía luciendo gloriosa. Una punzada de deseo me partió el estómago en dos.

—Tengo personas que me asean la habitación—expresé, contrariado.

—Naturalmente, pero dudo que esas personas que le asean el cuarto tengan mi buena vibra —dijo ella con esa voz apacible que me exasperaba debido a lo mucho que me gustaba oírla—. La verdad le vendría bien dejar que alguien como yo entre a su cuarto y le cambie esa decoración tipo Drácula que seguramente tiene, por algo más luminoso, más… positivo y lleno de vida.

Fruncí el ceño. Imaginarla en mi habitación no tendría el resultado que ella esperaba. La tiraría sobre la cama y le haría de todo.

—Ni loco la dejaría entrar en mi cuarto. Con lo poco que he visto, usted es capaz de llenármelo de imágenes de unicornios.

Adara se encogió de hombros.

—¿Y qué tienen de malo los unicornios? A mí me parecen lindos. Quizá con ellos en su habitación, usted pierda esa aura de señor tenebroso y malévolo que tiene encima. Le vendría bien algo de magia, mi coronel.

—Siga corriendo —ordené con la mandíbula apretada—. Y si dice una palabra más, me encargaré de que duerma en un sarcófago esta noche.

Adara decía lo primero que se le venía a la cabeza, no podía creer que fuera tan insensata y torpe.

Ella siguió corriendo, o algo parecido. A la quinta vuelta, tropezó y se sujetó la rodilla.

—Mi coronel, ¿existe alguna otra forma de que me levante el castigo?

—He dicho que no.

A la décima vuelta parecía un espectro. Su cuerpo estaba al límite y me dio la impresión de que necesita con urgencia algo de hidratación.

En la vuelta número quince se desmayó y esa vez no era un teatro. Corrí hacia ella y noté que su cuerpo temblaba, su respiración era débil. La levanté en brazos y sentí que un edificio me había caído encima cuando estuve en contacto con su cuerpo torneado. Me dirigí a la enfermería rápidamente, me sentía como alguien que estaba siendo crucificado cada vez que la miraba y quería besarla sin poder hacerlo.

Las enfermeras me miraron como si no pudieran creer que yo mismo me había ocupado de llevar a una soldado a recibir atención.

—Si alguna cuenta que me vio entrar con ella en brazos, será expulsada del ejército —advertí sin detenerme.

La dejé sobre la camilla y la miré por última vez. Tenía el ceño fruncido. Me quedé quieto, con las manos cerradas en puños a los costados, resistiéndome a hacer algo que no debía.

—Salgan — le ordené a las enfermeras, las cuales se miraron entre sí, dudosas pero al final obedecieron. Cerraron la puerta al salir y el silencio se volvió insoportable.

Me odié por querer protegerla, por mirarla de una forma que iba más allá de la relación recluta-coronel. Me había convertido en un imbécil que deseaba a la hija de su enemigo.

Tenía los labios entreabiertos, mientras lucía cada vez más angelical e inocente.

Me incliné para detallar su hermosa cara y pude sentir el calor que despedía su cuerpo. No había visto una criatura más fascinante y contradictoria que ella.

Sus labios, aún entreabiertos eran una invitación directa a probarlos. Me torturaba verlos y no poder comérmelos.

Me pasé una mano por el rostro, furioso conmigo mismo por sentirme tan abrumado.

Me acerqué aún más, porque era estúpido, porque era débil. Porque a una parte enferma de mí le importaba una mierda que por sus venas corriera la sangre de Damon King.

—No lo hagas —me dije en voz baja cuando aproximé mi boca a la suya. Pero mi cuerpo no me obedeció.

La tenía tan cerca que casi podía degustar el sabor de su piel.

Mis labios flotaban a centímetros de su boca.

Cerré los ojos y me repetí que me alejaría después de besarla, que no volvería a ocurrir, que ella se iría tras el torneo por equipos y mi tortura terminaría.

Y fue entonces cuando la besé. La besé como el cobarde que se negaba a admitir que estaba loco por alguien que no debía. Sus labios sabían a la gloria que nunca creí tener en mi vida, ella era todo lo que jamás podría disfrutar y sin embargo allí estaba saboreando cada maldito segundo de algo que nunca se volvería a repetir.

Me odié porque durante todo el tiempo que mi boca estuvo sobre la suya: todo mi odio, orgullo y fuerza de voluntad se diluían en sus labios. Me alejé de golpe, como si de pronto hubiera vuelto en sí, como si al besarla una maldición hubiera caído sobre mí.

Cuando llegué a mi oficina, tomé la carpeta que contenía el historial de castigos impuestos, anoté el nombre de Adara y escribí junto a este las palabras: *Castigo cumplido*, aunque sabía que el único castigado en todo lo que había pasado era yo.

*****

Estuve esquivando visitar al pelotón de reclutas en las dos semanas siguientes, no quería ver a Adara y recordar el beso que le di. Soñaba con ella cada maldita noche, no tenía paz, sosiego. Nada. Me estaba muriendo por verla, pero sabía que lo mejor era seguir como estábamos hasta que fuera inevitable estar frente a frente otra vez.

Estaba revisando el rendimiento de las tropas en Armenia, hasta que una vocecita interrumpió mis cavilaciones y no necesité levantar el rostro para saber que era ella.

Se me secó la garganta, mi corazón empezó a latir como loco y las manos me sudaron.

Mierda, no sabía qué era lo que tenía esa maldita mujer que me ponía así.

Tenía una especie de cajetita en sus manos y en cuanto la abrió un aroma increíble a chocolate entró en mi nariz.

—Holi, mi coronel. Le traje unos pastelitos de chocolate porque sé que fue usted quien me llevó a la enfermería, gracias por cuidarme y protegerme como un papá.

¿Como un papá?

¿Acaso para ella yo era una especie de viejo verde?

—¿Cuántos años piensa usted que tengo yo?

—Muchos mi coronel.

Me puse en pie y ella retrocedió de inmediato, como si el simple hecho de que me acercara fuera suficiente para desestabilizarla. Se pegó a la pared con torpeza y con los ojos bien abiertos. No pude descifrar lo que había en su expresión, era una mezcla de ansia sorpresa, necesidad, y deseo. Para mí ella sólo significaba mi ruina. No hice nada más que mirarla. No la toqué, pero apoyé la palma de la mano contra la pared, muy cerca de su cara.

La había arrinconado sin querer.

La miré y eso bastó para que bajara la vista y apretara los labios como si intentara tragarse lo que sentía, pero el temblor sutil en su pecho y la cantidad de veces que había humedecido su boca en pocos segundos, me dijo todo lo que ella no podía decir en voz alta.

Me aproximé un poco más, lo justo para que mi presencia invadiera cada rincón de su espacio.

—Tengo veintiocho años, Adara—murmuré, era la primera vez que pronunciaba su nombre y no podía ignorar lo mucho que me había gustado hacerlo—. Es más fácil que te folle a que te cuide como un papá.

Capítulo 9

Coronel Luke

La respiración de Adara King era rápida, irregular y pasmosa, como si de pronto hubiera olvidado cómo absorber aire correctamente. Se mordió el labio inferior, y yo quise hacerle lo mismo con todas las fuerzas de mi ser. Ella me descontrolaba

—¿Sería capaz de hacerme el amor, coronel? —susurró.

Acerqué mi rostro lentamente al suyo, y me ubiqué a tan pocos milímetros de su boca que pude saborear su dulce y embriagador aliento. Adara tragaba con dificultad y yo podía sentir cómo se le tensaban los músculos del cuello, cómo su pecho subía y bajaba cual, si hubiese corrido kilómetros, y cómo el calor cubría su cara haciendo que se sonrojara por completo. Era una criatura tan fascinante e inigualable, que me tenía a sus pies en cada jodido pestañeo.

Ella era una diosa y yo el monstruo torturado que la veneraba, aunque no debía.

—Te haría todo lo que se te ocurra en tu sucia mente, mocosa —le dije, con una voz tan baja y peligrosa que podría haberla envenenado.

Ella no parpadeó.

—No soy una mocosa —replicó con los labios tensos—. Tengo veintidós años, mi coronel, usted sólo tiene seis años más que yo—sentenció envalentonada.

—Seguramente en la cama también te comportas como una mocosa.

—¿Por qué no comprueba que está equivocado?

Un cosquilleo ácido se me arrastró por la espalda. Di un paso más, hasta que mis botas tocaron las suyas. Ya no nos separaba casi nada. Ya no había reglamentos militares entre ambos, ni discordias familiares del pasado. Ya no éramos un coronel y la rebelde recluta que tenía a cargo. Éramos simplemente Adara y Luke, dos polos opuestos que se atraían tanto que estaban a punto de destruirse.

—Sólo una mocosa llegaría a mi oficina con pastelitos recién horneados a agradecerme —murmuré sobre su oído—. Sólo una mocosa diría que la cuido como un papá… cuando lo que menos quiero hacerle es eso.

Ella me observó como si hubiera herido su ego, pero luego una expresión desafiante cruzó por su hermosa carita de muñeca de porcelana que me volvía loco.

—¿Qué es lo que me haría exactamente, coronel?

—¿Acaso quieres que te muestre de lo que soy capaz? —pregunté con un hilo de voz rasposa.

—Sí, mi coronel.

—¿Te gusta mucho decirme "coronel" verdad?

—Me enciende hacerlo, siento que usted es poderoso y que yo soy la rebelde que puede retarlo—respondió.

Tragué saliva y ella hizo lo mismo. Ansiaba hacerle tantas cosas y todas terminaban de la misma manera: con su boca jadeando mi nombre. Mi creciente obsesión por ella, me estaba llevando por un camino peligroso. Si seguía así terminaría embarazándola y atándola para siempre a mí, de lo inestable que me volvía al tenerla cerca.

Me aproximé aún más. La pared detrás de ella le impedía escapar, pero quien debía huir de aquella pecaminosa situación era yo.

Se me nubló la razón. Pegué mi boca a su cuello y dejé que el aire que brotaba de mis labios acariciara su tersa piel. No la estaba tocando, pero era como si lo hiciera. Noté cómo se estremeció cuando resoplé muy cerca de sus hombros, y eso casi desató el débil nudo que aún me anclaba a la cordura. Ella soltó un jadeo y aquello se sintió como si alguien me hubiese arrojado contra un río de lava. La piel me ardió, la nuca me picó y mi estómago se volvió loco.

—Primero te besaría aquí —susurré, rozando el hueco entre su clavícula y el cuello.

Su tentadora boca emitió un gruñido salvaje.

—Y qué más, mi coronel.

—Cierra los ojos, nena.

Volví a mimar la sensible piel de su cuello, soltando aire caliente por la boca sobre esta. Ella jadeó con tanta fuerza en respuesta, que probablemente la escucharon en el pasillo exterior. Se aferró a su pantalón con fuerza, apretando los puños como si intentara distraerse con algo que no fuera yo.

—Tranquila, soldado. Ni siquiera la he tocado —murmuré contra su delicada piel de alabastro.

Entonces puse mis labios tan cerca de los suyos, que, si otra persona nos veía a lo lejos; parecería que nos estábamos besando. El calor de su boca me quemaba.

—Luego te comería esa boca tentadora que tienes —le dije despacio.

Ella mantuvo los ojos cerrados, con la mandíbula apretada y las mejillas enrojecidas. Ambos tragábamos saliva, me estaba costando mucho no desvestirla y hacerle de todo sobre mi escritorio. Estaba a punto de devorarla allí mismo.

—Ajá, mi coronel… qué más por favor dígame—susurró, y fue más una súplica que una pregunta.

Mi garganta ardía.

—Y luego te destrozaría la ropa y te llenaría toda la maldita semana—solté, sin pensar.

—¿Y por qué no lo hace ya mismo?

Su provocación me tomó por sorpresa, no esperaba que fuese tan directa. Era como si no le importara lo cerca que se encontraba de la oscuridad, estaba dispuesta a saltar conmigo hacia el abismo y enfrentar cualquier aberración que nos encontráramos en este. No se apartó cuando aproximé tanto mi boca a la suya, que nuestras respiraciones parecían una sola

La sujeté por la mandíbula, obligándola a abrir los ojos para descifrar qué había en ellos. Necesitaba saber que no era el único que se sentía sobrepasado por nuestra cercanía. Sus labios rozaron los míos y me alejé un milímetro, no estaba preparado en lo absoluto para un beso en el que ella me correspondiera. El pecho me vibraba, la boca me ardía.

El celeste extraordinario y nítido en su mirada me hacía sentir expuesto, como si ella fuese capaz de hechizar a cualquier hombre que la mirara. Su presencia me debilitaba y removía tantas cosas en mí que no sabía ni por dónde empezar a describirlas.

Me acerqué de nuevo, y dejé que creyera que iba a besarla de esa forma romántica que seguro anhelaba. Vi que cerró los ojos de nuevo y yo me obligué a hacer algo que mi cuerpo no quería.

Me detuve a un suspiro de su boca.

Y le mordí los labios con una fuerza destinada a encenderle la piel, a causar que su cuerpo se erizara por completo y comprendiera que lo mejor era permanecer lejos de mí. Ella abrió la boca y la acercó a mí como si estuviera dispuesta a regalármela. Por un instante delicioso retuve su labio superior entre mis dientes, saboreé el temblor que le recorrió el cuerpo y la forma en la que sus manos buscaron mi cuello para aferrarse a mí, pero aquello debía parar. No iba a darle lo que quería: *nunca*.

—Tú eres una simple soldado —gruñí y presioné su nariz contra la mía—Y yo soy tu superior. Jamás me fijaría en una mocosa calenturienta como tú, que deja que la arrinconen tan fácil.

La bofetada que me dio a continuación fue lo suficientemente fuerte, para dejarme la piel ardiendo. No la vi venir, pero me la merecía. Ella frunció el ceño y me observó como si yo fuese lo peor que le había pasado en la vida. No pensé que una cara tan preciosa pudiese emanar un aura tan destructiva.

—Usted fue el que empezó a provocarme diciendo que me follaría… así que respéteme, coronel. No importa cuántos rangos tenga por encima de mí, no tiene por qué poner en tela de duda mi reputación, ni tratarme como si yo le hubiese incitado a algo indebido cuando fue al revés —espetó con rabia, antes de salir enojada de mi oficina y con la cabeza en alto.

Me volví a sentar en mi escritorio y abrí el informe sobre Armenia, aunque sabía que no iba a poder concentrarme en él. Noah entró como siempre sin invitación unos segundos después.

—No voy a preguntar qué pasó, pero vi a Adara salir de aquí muy alterada y a juzgar por su cara algo, le hiciste —dijo sin rodeos.

—No le hice nada—mentí.

—¿Y por eso tienes la cara roja y Adara tenía los ojos llorosos? ¿De verdad crees que soy idiota, Luke?

Me llamó por mi nombre y no por mi cargo, en plena central militar.

Nunca lo había hecho, así que estaba realmente molesto.

—Vino a traerme algo y como no le di lo que quería, se molestó. Está acostumbrada a que todos cumplan sus caprichitos, pero yo no soy como otros—dije sin quitar la vista del informe.

—Sí, claro —ironizó Noah.

Levanté la mirada y fruncí el ceño. Él no era nadie para cuestionarme.

—¿Y a ti qué más te da lo que pase entre ella y yo? ¿Acaso Adara te gusta? —lo cuestioné tóxicamente.

—No, y no tienes por qué sentir celos de mí —contestó con firmeza—. Adara y yo nos criamos como si fuésemos familia, ya te lo dije. La quiero mucho y no me gustaría que la lastimaras. Ya ha sufrido bastante con la muerte de su novio. Sé que ella te gusta, y por la forma en la que hablaba de ti con tanta admiración, parece que te corresponde. Me alegra enormemente que al fin intente dejar atrás lo que pasó con el italiano, dándose una oportunidad con otro. Pero si ese otro eres tú y planeas lastimarla, prefiero que te hagas a un lado y la dejes en paz.

—Sólo hablas por hablar. Entre Adara y yo nunca habrá nada. No pienso darle alas, ni nada parecido. Así que guárdate tus preocupaciones.

—Espero que por tu bien y el de ella, hagas las cosas como se debe.

—¿Y por qué tengo que ser yo quien haga todo bien? ¿Por qué no ella?

—Porque sé que Adara no es capaz de dañar a nadie, pero tú sí. Cuando se trata del apellido King, no sientes ningún tipo de compasión y no quiero que te la lleves por delante si más adelante lo de ustedes progresa.

—Estás exagerando. La he visto como tres veces en mi vida y tú hablas como si estuviese pensando en seducirla por venganza.

—Algo pasa entre ustedes. Adara, ha estado muy feliz desde que empezó a sospechar que fuiste tú quien la llevó a la enfermería. Habló conmigo hace dos días y me preguntó si yo sabía algo. Me dijo que no eras tan rudo como parecías, que seguro eras buena persona, porque un coronel jamás llevaría a una simple recluta a la enfermería. Ella tiene fe en que eres bueno, no la decepciones.

Volví la vista al escritorio.

—Hablamos después, tengo cosas que hacer.

Noah salió sin darme el saludo militar correspondiente. Decidí dejarlo pasar, no estaba de ánimos para nada. Había perdido el control por segunda vez con Adara y estaba molesto conmigo mismo, por dejarme llevar y decirle que quería estar con ella.

***

Pasaron varias horas en las que estuve a nada de volverme loco. No podía sacarla de mi cabeza, había metido la pata y ella tenía razón. La provoqué y luego la humillé, pero yo no me disculpaba jamás y no empezaría a hacerlo. Menos con una mujer que llevara el apellido King.

Salí a dar un paseo por el campo de entrenamiento, intentando serenarme. El aire de la tarde me refrescó le cara, pero no los pensamientos. La carita enojada de Adara no abandonaba mi mente, por mucho que intentara que lo hiciera.

El eco de unos disparos me guio hacia la zona de tiro y en cuanto llegué a ella, me arrepentí de haberlo hecho.

Adara King, sujetaba un arma y disparaba a mansalva sin acertar una sola vez en el blanco. Cada vez que la bala golpeaba fuera de la diana, ella se mordía un labio con frustración y el efecto que ese gesto tenía en mí, era casi obsceno.

A su lado se encontraba un recluta alto y sonriente, que la miraba con tanta lujuria que sentí ganas de romperle la cara por atreverse a observarla así.

Él se acercó a ella, y le acomodó los brazos en un ángulo pensado para que Adara por fin pudiese dar en el centro del blanco. Todo hubiera estado bien, si el malnacido no la hubiera toqueteado de más en el proceso.

Él le colocaba las manos en la cintura, supuestamente para enderezarla, le apretaba el vientre con los dedos y pasaba los brazos bajo su pecho para que ella terminara de acomodarse. Pero yo sabía que todo ese toqueteo era innecesario, porque sólo tenía que indicarle a la distancia cómo debía posicionarse para apuntar correctamente. No rozarla y pegársele como un parásito.

O quizá sólo estaba tan malditamente celoso, que no me gustaba en lo absoluto que otro hombre se le acercara y tuviera acceso a ella.

Adara le sonreía agradecida, cada vez que él se le pegaba para darle indicaciones y mover alguna parte de su cuerpo.

Ella asentía, se inclinaba hacia él, lo escuchaba con atención. El recluta le acomodó los brazos de nuevo y esta vez su pecho casi tocó su espalda. Mi mandíbula se tensó, aquella cercanía me estaba revolviendo las entrañas.

Entonces ocurrió algo que podría considerarse un milagro, dado el nulo talento de la pelinegra: Adara logró darle a la diana. No impactó en el centro, pero fue suficiente para que ella gritara emocionada y saltara. Su maldito acompañante corrió a abrazarla. Ella dejó que lo hiciera e incluso le devolvió la sonrisa.

Los celos me incendiaron el pecho, ese rato feliz se les iba a acabar.

Mis piernas cobraron vida propia y aparecí frente a ellos. Estaba que me llevaba el diablo después de verla con otro.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Creen que este es un motel y no un campo de entrenamiento militar?

Adara retrocedió un paso.

—¿Cuál es su nombre? —pregunté, mirando al recluta.

—Corvin, mi coronel.

—Corvin, a partir de este momento quedas expulsado del ejército.

—¡Mi coronel, él no hizo nada! —intervino Adara—. Yo fui quien...

—Silencio, recluta. Retírese a las habitaciones en este momento.

—¿Por qué me expulsa y a ella no? —dijo Corvin con la voz crispada.

—Porque es mi puto ejército y hago lo que se me dé la gana, ¿entendido?

—¡Es injusto! Si aplica las normas en uno, debe...

Se calló en cuanto me paré frente a él.

—Se acordará de mí—amenazó mientras se retiraba.

—He escuchado eso varias veces —respondí con indiferencia.

Adara se volvió hacia mí, con los ojos abiertos como platos.

—No puede hacerle eso. Es injusto.

Sus ojos celestes me miraban con una mezcla de rabia e incomprensión.

—¿Acaso no te diste cuenta de que él se aprovechó de tu ignorancia en el tiro al blanco, para tocarte de más?

—No me lo pareció. Él simplemente me ayudaba.

—Eres demasiado ingenua, Adara, por eso no estás hecha para la milicia—expresé—. A partir de este momento vas a entrenar conmigo, y más te vale poner de tu parte.

Esa fue otra de esas cosas que dije sin pensar, pero por raro que sonaba no me sentía arrepentido. Si alguien iba a estar pegado a ella como un poseso, ese sería yo.

—Pero...

Me di la vuelta sin darle oportunidad de replicar. Me ardían las sienes.

En la entrada de las oficinas militares, Noah me esperaba con los brazos cruzados.

—Acabas de expulsar a un soldado sólo porque sentiste celos de él. Y eso que nunca iba a pasar nada entre Adara y tú.

Capítulo 10

Adara

Aquel primer mes en el ejército, no había sido para nada lo que esperaba, tampoco creí que mi estadía allí sería un paraíso, pero todo me estaba saliendo pésimo y muchas veces ni siquiera era mi culpa. Tras mi encuentro con el coronel Luke el primer día, mis compañeros empezaron a respetarme más debido a que le dije muchas de las cosas que ellos querían expresar, pero ese respeto se esfumó en cuanto se esparció el rumor de que Corvin había sido expulsado por mi culpa. Ya casi nadie me hablaba, porque creían que la mala suerte me perseguía y que a ellos también terminarían echándolos.

Me había ido mal en casi todos los ejercicios de entrenamiento. La capitana Madison, que era la coordinadora del pelotón de reclutas del que formaba parte; me odiaba y se esmeraba en hacérmelo saber. Me castigaba por lo mínimo, me humillaba cada vez que podía frente al pelotón y me había denegado el permiso que le solicité para entrenar en las instalaciones por las noches. Quería mejorar y pensaba que si hacía trabajo extra, podría lograrlo, pero ella no permitía que pudiese hacerlo. Una parte de mí quería reportarla por abusar de su poder, pero la otra me decía que eso era lo que quería; que le demostrara que no podía con ella sin buscar ayuda extra.

Cuando fui a Italia y me atacaron, me di cuenta de que la única forma de enfrentar los obstáculos que la vida estaba poniendo frente a mí, era volviéndome más fuerte y por eso me enlisté en el ejército. También creí que el entrenamiento arduo paliaría el dolor que sentía tras la muerte de Santi. No ansiaba convertirme en una especie de ave fénix mitológica, que resurgiría sobre las cenizas de su corazón roto, pero tampoco esperaba que me fuera tan mal.

Y si había tenido un comienzo horrible en la milicia, todo empeoró cuando conocí al coronel Luke y empecé a desear a un hombre que destruía mi paz mental con su sola presencia. Detestaba que mi cabeza se nublara cada vez que lo tenía cerca, que mi corazón se acelerara tanto y que lo único que saliera de mi boca fueran cosas sin sentido.

El coronel debía pensar que yo era una estúpida y no había hecho nada para que pensara lo opuesto.

Pero es que estaba buenísimo. Nadie podía culparme por mirarlo como si yo fuera un gordito hambriento, al que acababan de entregarle su combo en McDonald's. Ese hombre era el combo más caro del menú, con papas agrandadas y gaseosa de tamaño familiar. Era una metáfora horrible, pero era la que mejor describía el hambre que despertaba en mí, cada vez que él me observaba como si creyera que yo era la criatura con menos neuronas que había visto en su vida. ¿Me excitaba lo mucho que él me intimidaba?

Después de que me mordiera los labios había perdido el poco control que solía tener sobre mí misma. Soñaba con él, despertaba sudorosa y caliente a media noche. En mis sueños más perversos lo veía disfrazado de Tarzán, mientras luchaba con monos gigantes y me decía: Adara, si me apartan de ti destruiría esta jungla, después de eso nos íbamos a nuestra casita sobre un árbol y hacíamos el amor. Abría los ojos feliz y sonriente, al recordar ese montón de músculos expuestos y esos brazos que me acunaban mientras me besaba, pero en cuanto era consciente de que el coronel sería capaz de incendiar la jungla conmigo en ella, en lugar de salvarme; me desanimaba y regresaba a mi horrorosa realidad.

También soñaba con él vestido de Superman. Era el sueño más recurrente, y en este el coronel me llevaba a volar por la estratósfera. Luego me repetía hasta el cansancio que yo era su universo, que ese odio que parecía sentir por mí, no era más que una pantalla que usaba para protegerme de sus enemigos.

Mis sueños favoritos, eran esos en donde él era James Bond y yo su damisela en peligro, la cual lucía un impecable vestido rojo y caminaba seductora hacia él en algún casino u hotel lujoso, antes de terminar jugando a la casita.

—Adara, reacciona—escuché que me dijeron de pronto.

Parpadeé, otra vez me había perdido en mis propios pensamientos.

Mis ojos vacilaron encima del puré de papas, pollo y verduras que me habían entregado como cena. Levanté la cabeza, sobresaltada, como si me hubieran despertado de un coma inducido y observé a mi única compañera en la mesa con aire taciturno.

—¿Qué pasa? —respondí.

Laura, una chica de ascendencia latina, morena y de ojos saltones, me observaba con una ceja alzada. Ella era la única que aún me quería.

—Estábamos hablando de las evaluaciones técnicas del primer mes —dijo mientras se inclinaba hacia mí, en voz baja—. Ya llegaron al correo del ejército, deberías ir a revisar el tuyo en el salón de informática.

Un escalofrío recorrió mi columna. Seguramente me había ido de la patada.

—No quiero ni verlas. Seguro me fue horrible —murmuré, resignada.

Una recluta rubia de ojos verdes llamada Valery, que no perdía oportunidad de meterse donde nadie la llamaba, me sonrió con malicia. Corvin le atraía y desde que había sido expulsado, ella no ocultaba la aversión que sentía por mí.

—Pues te lo mereces, inútil. Por tu culpa expulsaron a Corvin, y él solo te estaba ayudando.

Levanté la vista, la fulminé con la mirada y escarbé un poco en mi plato. No me apetecía discutir con ella, pero estaba un poco cansada de que la gente me juzgara sin conocer mi versión.

—Yo no quería que lo expulsaran. Todavía no entiendo qué pasó.

Valery soltó una risa burlona.

—Claro que lo sabes, no te hagas la muy santa. Alguien escuchó que el coronel Luke parecía molesto porque te encontró con Corvin haciendo "actos indebidos"

Sentí que me habían metido la cabeza dentro de un horno encendido, pero traté de controlarme. Estaba muy harta de que las personas creyeran que sabían todo sobre mí. Los medios de comunicación en Italia hicieron picadillo con mi reputación tras la muerte de Santiago, y muchos programas de chismes igual. Si no hubiese sido por mi padre, que se encargó de borrar todo rastro de difamación, la gente seguiría hablando mal de mí en los medios. Pero… por mucho que ya estuviese prohibido esparcir rumores sobre mí, las personas en la calle habían formado su propia opinión y en la mayoría de los casos no era buena.

—Cree lo que quieras. No voy a desgastarme contigo, no mereces mi atención, ni mi tiempo.

—Obviamente no tienes cómo defenderte, quién sabe qué le habrás dado al coronel a cambio de que no te expulsara.

Sentí que acababan de escupir sobre lo poco que quedaba de mi dignidad.

Me puse en pie, di un paso al frente, me planté cerca de su cara y mirándola a los ojos, solté todo el veneno que pude.

—Debe ser difícil tener que levantarle falsos testimonios a una persona que no conoces, ni te ha hecho nada, por el simple hecho de que Corvin jamás te dio la atención que querías. No es mi culpa que a él no le interesaras, así como tampoco es mi culpa que lo expulsaran y la próxima vez que vayas a crear rumores sobre el coronel y yo, asegúrate de que él esté aquí para escucharlos si es que eres tan valiente. Veremos qué tal te va con él.

Ella palideció al escuchar la mención sobre el coronel. En el ejército los chismes de pasillo estaban prohibidos y ella lo sabía, por eso se asustó. Solía quedarme callada ante cada ataque, para no atraer más líos pero estaba hasta la coronilla de estupiditas como ella, que decían lo primero que se les venía a la mente para perjudicar a otros.

Me alejé con paso firme. Estaba harta hasta de mí misma.

Llegué a las instalaciones informáticas, encendí la computadora asignada y entré a mi correo en el ejército. El sistema estaba lento, como si supiera que yo no quería leer lo que estaba por mostrarme. Cuando finalmente cargaron los archivos, abrí las evaluaciones.

Combate cuerpo a cuerpo: 0/10

La capitana Madison era quien me había evaluado en ese aspecto. Era evidente que me pondría la peor nota.

Puntería: 0/10.

Le disparé por error al teniente Steven cuando me explicaba cómo disparar. Por fortuna, mi mala puntería ayudó y la bala sólo le pasó cerca del brazo, pero no lo lastimó.

Estrategia militar: 7/10.

Noah era el encargado de esa área y estaba segura de que me había puesto un puntaje decente para que no me desanimara.

Puntualidad: 7/10.

El único motivo por el que casi no llegaba tarde, era porque salía una hora más temprano, porque no quería toparme al coronel en los pasillos y ponerme toda idiota antes de ir a entrenar.

Historia militar: 10/10

La principal razón por la que me había ido tan bien, era porque el examen mensual había sido casi todo sobre mi padre, sus logros y cómo había salvado al mundo de un hombre horrible como Logan Thorne.

Manejo de armamento: -1/10

Ese ítem también lo evaluaba el teniente al que le había disparado

Disciplina: 0/10

Esa nota también la puso Madison.

Maldita perra, no es que yo sea indisciplinada, es que me pongo nerviosa.

Resistencia y fuerza: -1/10

Tenía dos materias en negativo, probablemente era la peor soldado de la historia.

Promedio final: 2.75

Me quedé mirando el resultado final, sintiendo cómo se me encogía el corazón. Una vez más era un fracaso.

De pronto un nuevo correo entró en mi bandeja.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**: Evaluaciones que dan pena ajena.*

***Mensaje**:*

Después de analizar tus horribles notas, te espero esta noche a las 22:00 horas en la entrada de mi oficina, para que empecemos con tu entrenamiento especial. Ni se te ocurra llegar tarde.

Fruncí el ceño y digité una respuesta. Quién demonios se creía para hablar así sobre mis espantosas calificaciones. La única autorizada para hacerme bullying, era yo misma.

***Para**: Coronel Luke*

***Asunto**: Ocúpese de su vida*

***Mensaje**:*

¿Y por qué habría de ir a entrenar con usted? ¿Acaso quiere que me expulsen por andar deambulando fuera de las instalaciones militares, en horario no permitido?

Segundos después, llegó su respuesta.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**: Sigue así y te volveré a morder esa maldita boca.*

***Mensaje**:*

¿Así le respondes a tu coronel?

Él era quien llegaba con groserías y… ¿yo debía comportarme?

***Para**: Coronel Luke*

***Asunto**: Perro rabioso*

***Mensaje**:*

Sí, cuando el coronel es mandón e intransigente, toca comportarse igual. P.D: ¿Quién le dijo que yo me dejaría morder?

Su respuesta endemoniada llegó de inmediato.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**: Vas a suplicar que te coma esa boca.*

***Mensaje**:*

Te recuerdo que no estás en posición de replicarme nada. Tu desempeño es deplorable y necesitas mi ayuda. Y apuesto lo que sea, a que, si estuviese allí, tendrías esa boca abierta para que mi lengua se adentrara en ella.

Lo que sentí tras leer ese mensaje ni siquiera era humano. Un estremecimiento me agitó cada órgano del cuerpo y fue como si cientos de rayos estallaran sobre mi cabeza. Me sudaron las manos, me mordí la lengua y tuve que levantarme del puesto, salir a tomar algo de aire limpio proveniente del patio y luego regresar para poder teclear algo coherente. Sentía que un lanzallamas me estaba quemando la cara. No sabía qué diablos tenía ese hombre, que me hacía sentir tantas cosas.

***Para**: Coronel Luke*

***Asunto**: El que mucho habla, poco hace*

***Mensaje**:*

¿Y por qué quiere ayudarme a entrenar? ¿Eso no va contra las reglas? No quiero tener más líos, porque se piense que usted tiene preferencias conmigo, aunque ambos sabemos que en realidad le encanta regañarme y castigarme.

Hubo una breve pausa. Luego, me llegó una respuesta que seguramente no sería amigable.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**: Castigarte, no es lo único que me gustaría hacerte*

***Mensaje**:*

Ningún recluta en mi ejército ha tenido notas tan bajas como las tuyas. Si alguien ve tu desempeño, pensaría que aceptamos a cualquiera aquí y se cuestionaría mi capacidad para reunir a lo mejor de lo mejor. Y no me apetece que se crea que hay soldados mediocres en mis pelotones.

Bufé, ese cuento no se lo creía ni Santa Claus en Navidad.

***Para**: Coronel Luke*

***Asunto**: Coroneles acosadores*

***Mensaje**:*

Pues si los coroneles no se dedicaran a asustar a las nuevas reclutas, quizá la cosa sería distinta. ¿Qué otras cosas querría hacerme? ¿Aterrorizarme e intimidarme no es suficiente?

No tardó casi nada en enviar un nuevo mensaje.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**:¿Segura que quieres saber qué otras cosas te haría?*

***Mensaje**:*

Nos vemos a las 22:00. Más te vale llegar a tiempo. No tolero las tardanzas, y te irá peor si no llegas a la hora acordada.

Rodé los ojos. Ese hombre tenía una habilidad extraordinaria para sacarme de quicio. Y sí que quería saber qué otras cosas me haría, pero no iba a darle el gusto de darse cuenta de que me alborotaba las hormonas.

***Para**: Coronel Luke*

***Asunto**: ¿Qué podría hacerme un demonio del infierno como usted? ¿Entregarle mi alma a su señor Satán?*

Mensaje:

Por cierto, ¿cómo se supone que saldré sin que la loca de Madison ande molestándome y me meta una sanción? Esa rubia histérica me odia.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**: A los demonios del infierno suelen encantarle los angelitos testarudos e insoportables.*

Mensaje:

Para ti es la capitana Madison. Yo me encargo de que no haya obstáculos a la hora de que salgas. Así que coopera.

A esa bruja endemoniada nadie me obligaría a respetarla si no era necesario hacerlo. Estaba en mi tiempo libre y por mí se podía ir a la mierda.

***Para**: Coronel Luke*

***Asunto**: Los demonios del infierno combinan mejor con las brujas de pelo rubio, que se dedican a torturar ángeles inocentes, sin razón.*

***Mensaje**:*

¿Defiende a Madison porque es su ex, verdad? Por su culpa me hace la vida imposible. Está celosa de mí o yo qué sé, pero no es mi culpa que ande usted mordiéndole el labio a todas las reclutas que se encuentra.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**: A la única que le he mordido los labios es a ti, y aunque me odie a mí mismo por desearlo, me gustaría volverlo a hacer.*

***Mensaje**:*

¿Insinúas que ando mordiendo mujeres a diestra y siniestra?

***Para**: Coronel Luke*

***Asunto**: Coroneles promiscuos*

***Mensaje**:*

Sí, tiene usted pinta de que anda de facilongo por la vida.

Era inevitable sonreír, suspirar y ansiarlo mientras leía sus respuestas intensas, pero era obvio que me veía como a un juguetito al que podría impresionar con lo mínimo. Un hombre como él jamás se interesaría en alguien como yo. Y tampoco quería dejarme llevar, le había prometido a Santiago, que en paz descansaba, que no estaría con otro y lo cumpliría.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**: Sólo hay una mocosa que me viene a la mente cuando pienso en morderle la boca a alguien.*

***Mensaje**:*

Al parecer no soy el único que no puede olvidar lo que pasó ese día, hablaremos de eso en la noche. No creo que a Damon King le guste saber que su adorada hijita está haciendo el ridículo en el ejército y no pone de su parte.

Me congelé al escuchar el nombre de mi padre. Se suponía que nadie sabría que yo era Adara King, el tío Derek me había asegurado que no pasaría.

Todos mienten.

***Para**: Coronel Luke*

***Asunto**: El chisme es su pasión*

***Mensaje**:*

¿Cómo sabe que soy la Hija de Damon King?

La respuesta llegó antes de que pudiera terminar de leer lo que había escrito. Estaba estupefacta.

***De**: Coronel Luke*

***Asunto**: Tu dulce inocencia*

***Mensaje**:*

Por desgracia, sé más sobre ti de lo que me gustaría. Nos vemos en unas horas, tengo cosas que hacer.

Capítulo 11

Adara

A las nueve en punto salí de la habitación. Me aseguré de que nadie me viera, aunque técnicamente tenía permiso para deambular por las instalaciones militares fuera de horario.

A esa hora el resto de reclutas estaban dormidos. Las jornadas de entrenamiento solían ser tan pesadas que la mayoría se acostaba a dormir a las ocho de la noche.

Salí una hora antes de lo acordado, porque conocía mi mala suerte y presentía que algo malo pasaría y me haría llegar tarde. El coronel estaría encantado de castigarme por ello, no iba a darle el gusto. Además, algo me decía que la desgraciada de Madison estaría esperándome a las 10 para fastidiarme de alguna manera.

Avancé cautelosa por el campo de entrenamiento, sólo se escuchaba el zumbido quedo del viento y uno que otro grillo en la espesura. El lugar estaba casi vacío, los vigilantes se mantenían en sus puestos a la distancia y ni siquiera se movieron cuando vieron que trotaba hacia ellos. El coronel había cumplido su palabra. La idea de que él se hubiera tomado el tiempo de facilitarme el camino, me provocó varias sensaciones incómodas en el pecho. La necesidad de llegar a él lo más pronto posible, cobró más fuerza dentro de mi corazón.

¿Por qué se interesaba en entrenarme?

¿Acaso lo hacía porque el tío Derek se lo había pedido?

Llegué a la mitad del campo cuando escuché la voz que más detestaba en el mundo.

—Vaya, vaya… —emitió una voz aguda y desdeñosa que conocía perfectamente—¿A quién tenemos aquí? A lo peor recluta del pelotón, la inútil que siempre falla en los entrenamientos.

Madison apareció desde las sombras, como si hubiese estado esperándome. Llevaba una coleta alta que enaltecía su cabellera de oro y emanaba el aura de una bruja a punto de lanzarme un hechizo.

—¿Cómo conseguiste permiso para deambular por las instalaciones militares a esta hora? —Se cruzó de brazos y me miró como si quisiera golpearme—El coronel me envió un correo electrónico, notificándome que tenías autorización de salir, y que le avisara a los otros vigías para que nadie te detuviera o sancionara cuando te vieran por aquí ¿Cómo lo lograste, perra?

—Pues pregúnteselo usted misma al coronel, si tantas ganas tienen de saberlo.

Se abalanzó sobre mí, me agarró el cuello del uniforme violentamente y luego me abofeteó mientras empezaba a ahorcarme. Sentí el tirón en la tela y el aire escapando de mis pulmones. Retrocedí de inmediato, le di un empujón leve y me alejé como pude de ella.

Su ceño se frunció y, sin previo aviso, me dio un puñetazo seco que me envió a la lona. Me llevé la mano al rostro, tratando de entender qué acababa de pasar, me ardía la cara y podía sentir el sabor cobrizo y salado de la sangre en mi boca. Intenté levantarme, pero ella no me dio tiempo. Su bota impactó mi cabeza con una fuerza brutal. Vi estrellitas, luciérnagas, galaxias y probablemente la silueta de mi abuela saludándome desde el más allá.

—Aléjate del coronel —escupió con rabia, mientras yo hacía lo posible para levantarme—.Sé lo que las zorritas como tú quieren de él. Pero no vas a conseguir nada. Yo soy la única mujer a la que ha amado y vine para recuperarlo.

Me giré hacia ella. Ya que estaba ardida, iba a empeorar su estado de ánimo.

—Pues no creo que él quiera ser recuperado, no me lo pareció en lo absoluto cuando me arrinconó en su despacho la otra vez y me mordió los labios —escupí con rabia.

El rostro de Madison se enrojeció y llenó de ira.

—¿Cómo te atreves a decir eso? Luke no es como los otros hombres. A él no lo deslumbras con belleza. Lo deslumbras con capacidad, con inteligencia… y tú careces de todo eso, debilucha.

Me arrastré unos centímetros por el suelo y murmuré:

—Pues para no estar deslumbrado por mí, me concedió un permiso especial sin que se lo pidiera.

La vi levantar el pie con rabia, iba a golpearme de nuevo si no hacía algo desesperado. Ni siquiera supe cómo lo logré, pero antes de que ella me pateara. Rodé hacia un lado justo cuando su bota descendía hacia mi mejilla con furia, esquivé la patada por centímetros y su pie se estrelló en donde habría estado mi cara. Tantee el suelo, tomé un poco de tierra, me puse en pie y se la lancé directo a los ojos

Madison soltó un aullido irritado y arrojó varios puñetazos a ciegas, que sólo consiguieron que se tambaleara aún más.

—Para ser una capitana supuestamente experimentada, me libré de ti muy fácil—presumí. Sabía que ella me castigaría y se vengaría, pero el gusto de saber que le di su merecido no me lo iba a quitar nadie.

Empecé a correr de nuevo y dejé que la adrenalina me sacudiera las entrañas. Haberme librado de Madison era mi primera victoria en el ejército y la disfrutaría, aunque no fuese correcto. Ella era mi superior, pero eso no me importaba en aquel momento. Me atacó sin razón y desobedeció las órdenes que le dieron, sobre no molestarme.

Llegué a la oficina del coronel con el corazón galopándome fuerte. Respiraba como si hubiera atravesado el continente trotando. Golpeé la puerta y, al no recibir respuesta, la empujé y entré.

Cerré la puerta detrás de mí y me detuve para analizar con más detenimiento su oficina, la primera vez que entré a ella no le presté tanta atención por estar mirando como cerdito sin comida al coronel.

El despacho del coronel parecía la sala VIP de un hotel cinco estrellas con presupuesto ilimitado. Sillones de cuero negro se acomodaban en la entrada, las paredes blancas que me rodeaban estaban repletas de sus medallas y múltiples reconocimientos, entre los que destacaban: Inteligencia militar sobrehumana, combate cuerpo a cuerpo y valor extremo. Enormes pantallas de monitoreo mostraban todos los sectores de la base, evidenciando con puntitos rojos en qué zonas había movimiento. Una mesa de madera maciza estaba pegada a la pared frontal, junto a una laptop de última generación. No había retratos familiares, ni nada que evidenciara que el coronel tenía un pasado.

—Mi coronel... —murmuré, alzando la voz—. Ya llegué, ¿está por allí para gritarme por llegar antes de tiempo?

Me quedé callada. Un dolor punzante me atravesó la mandíbula, justo donde Madison me había golpeado cuando hablé. Cerré los ojos, aguantando el ardor. Podía denunciar a Madison por abuso de autoridad, pero eso era lo que ella quería; que le mostrara que sin ayuda no iba a poder con ella.

Lo que tenía que hacer era ponerme a entrenar, volverme más rápida, fuerte y aguerrida. Cerrarle la boca con mi éxito y hacerlo tan bien, que se lo pensara dos veces antes de volver a atacarme.

Fruncí el ceño al ver que tras el escritorio había otra puerta, me acerqué a ella y la abrí sin querer. Estaba husmeando en su oficina y el coronel iba a estar fascinado si se enteraba, pero aquella oportunidad para descubrir más sobre su vida no podía ser desaprovechada.

Desde el otro lado, se escuchaba agua cayendo. Atravesé el umbral sin pensarlo mucho.

¿Y si el coronel había quedado atrapado en su oficina inundada y se había ahogado?

—¿Mi coronel...? —insistí, pero no hubo respuesta.

Tragué saliva y seguí avanzando a través de otra puerta, con sumo cuidado.

Aquella oficina parecía un laberinto repleto de pasadizos secretos.

Al llegar a la nueva habitación noté que el ambiente había cambiado y salía vapor. Avancé un par de pasos y...

Me congelé.

El coronel estaba bajo la ducha. El vapor envolvía su figura como una cortina que ocultaba justo lo necesario.

Me quedé paralizada, incapaz de moverme, de hablar, de respirar. Cada parte de él parecía esculpida con una precisión irreal.

Todo en mí se detuvo.

Lucía como un fornido gladiador romano salido de las películas, tan fuerte, musculoso e imponente que era capaz de derribar a sus enemigos con una sola mirada. El agua recorría lentamente sus poderosos brazos, dibujando un paisaje casi artístico que no podía apartar de mi mirada.

Una parte de mí quería girar la cabeza, taparme los ojos y salir corriendo de ese lugar, pero la otra quería seguir disfrutando el espectáculo. Sentí la boca seca. Me llevé las manos al rostro con torpeza, en un intento ridículo de cubrirme los ojos, pero dejé hendiduras entre los dedos que me permitieran seguir admirándolo.

Luke era el ser humano más devastadoramente atractivo que había visto.

De pronto, el agua dejó de caer y él se giró, como si hubiera notado mi presencia.

Por un segundo, el tiempo se detuvo. Sus ojos verdes y glaciales, se clavaron en los míos con una intensidad tan cruda que sentí que me arrancaba el aire de los pulmones. Frunció el ceño y luego una sonrisa perversa tiró de su boca cincelada, mientras envolvía su cuerpo en una toalla.

—¿No te enseñaron que nunca debes entrar a la cueva del lobo si no quieres que te robe la inocencia?

Yo no podía moverme. No podía hablar. Solo lo miraba, sintiéndome incapaz de hacer algo más. El agua seguía escurriéndole por el torso, delineando cada músculo, como si no hubiera quedado lo suficientemente claro qué tan atractivo era.

Sentía las mejillas encendidas y quise disculparme y explicarle que no había llegado allí adrede, pero había olvidado cómo hablar. Aquel hombre tan seductor aniquiló la única neurona que tenía.

—Mi coronel yo no...—un pinchazo me agitó la mandíbula y tuve que quedarme callada, haciendo una mueca de dolor.

—¿Qué te pasó en la boca? —preguntó con voz grave, sonaba molesto—. ¿Acaso permitiste que otro que no fuera yo te mordiera esos ricos labios?

Y entonces me di cuenta de que el coronel, podría ser la cura para mi virginidad y yo no debía estar cerca de él. Intenté salir corriendo, pero entonces Luke me tomó del brazo.

—Te hice una pregunta y quiero una respuesta sincera. ¿Qué te pasó en la boca o más bien quién te hirió?

Capítulo 12

Coronel Luke

Me ardió el pecho cuando la vi apretando la cara para contener el dolor. Algo dentro de mí se contrajo con furia al ver el corte a un costado de su atrayente boca. ¿Quién carajos se había atrevido a lastimarla?

¿Por qué?

¿Con qué derecho?

¿Por qué diablos eso me importaba?

—¿Vas a decirme qué te pasó en la boca?

Ella intentó que la soltara, pero no lo hice.

—Te hice una pregunta y quiero una respuesta sincera. Se quedó en silencio. Me miró de soslayo, luego bajó los ojos y tragó saliva. Lucía nerviosa y preciosamente sonrojada. Parecía que estaba luchando contra el deseo de quedarse por más tiempo junto a mí.

—Mi coronel, por favor… —dijo en un hilo de voz—. ¿Podría ponerse al menos un suéter?

Sonreí y agradecí que ella no me viera hacerlo, pues seguía de espaldas a mí. Así que eso era lo que le pasaba. Me deseaba y no podía controlarse.

—¿Qué pasa? ¿Acaso te pongo nerviosa?

—Pues sí, ¿contento? Es usted el hombre más peligroso, altanero, atractivo e imponente que he visto. ¿Cree que soy de hierro? ¿Que no tengo sangre en las venas? Cada vez que lo miro siento que el sol estalla en mi estómago. ¿No se ha dado cuenta de cómo lo miran las otras reclutas? ¿De cómo luce usted cuando frunce el ceño y transmite ese odio sexy en sus ojos?

—No me interesa cómo otras me miran, recluta.

Sólo tú.

Di un paso hacia ella. El leve sonido de mis pasos, bastó para que su cuerpo se pusiera rígido. Se mantuvo de espaldas, como si el hecho de no poder verme a los ojos, la estuviera protegiendo de lo que estaba sintiendo. Me incliné, acerqué el rostro a su oído y dejé escapar una bocanada de aire caliente que causó que Adara se estremeciera de pies a cabeza.

—Dios mío… —susurró en un hilo suplicante—. Me va a hacer pecar. Por favor, no me haga esto, yo tengo promesas que cumplir. Quizá para usted sea fácil, pero para mí no. Yo perdí hace un año al hombre de mi vida y no puedo faltarle. Se lo prometí a él y a mí misma.

—Tus promesas no tienen nada que ver conmigo.

—Sí, pero quiero que entienda mi posición. Usted es todo lo que debo mantener lejos.

—¿Por qué? —pregunté, aunque podía adivinar cuál sería la respuesta.

—Porque usted es el tipo de hombre por el que cualquier mujer rompería todas sus promesas. Es el villano que me desestabiliza. En verdad no me haga esto, coronel, se lo pido por segunda vez. No me incite a pecar, porque no puedo, ni debo hacerlo.

Su voz hizo que mis resoluciones de no enredarme con ella, se agrietaran aún más. Su vocecita dulce, nerviosa y abrumada me sacudía cada parte del cuerpo. Todo dentro de mí me pedía que la arrinconara e hiciera mía. Me acerqué más. Casi rozaba su espalda con mi pecho, sabía que si la tocaba ambos estaríamos perdidos. Me limité a hablarle al oído de nuevo, con la voz más baja y áspera posible.

—¿Qué es lo que no quieres que te haga, nena?

—No haga que mi imaginación vuele. Por favor, mi coronel contrólese.

Su respiración se volvió un jadeo suave, inestable, y sus dedos se aferraron a los costados del pantalón de entrenamiento, como si sujetarse a él le impidiera darse la vuelta y encarar sus propios sentimientos.

—No es correcto que estemos aquí solos y usted sólo tenga puesta una toalla.

—¿Te pone nerviosa lo que puede llegar a pasar entre ambos?

Mi pecho se sacudió de sólo pensarlo.

—Mucho más que eso, mi coronel yo…—Su voz trastabilló—.No puedo dejar que lo que sea que me esté pasando con usted, crezca.

La pelinegra trató de alejarse y salir, pero me le adelanté y me puse frente a ella, bloqueándole la salida. Estaba roja como una fresa apetitosa a la que quería probar. Y ese precioso rubor en sus mejillas hizo que mi estómago diera miles de vueltas. Qué hermosa era, con esa melena larga de azabache que adornaba su rostro perfecto, el cual alargaba mi vida con sólo mirarlo. Se notaba que luchaba por mantener la compostura y el control de sus emociones… pero no podía disimular todo lo que yo le provocaba.

—Eso debiste pensarlo antes de entrar a merodear por aquí, sin que te autorizara a hacerlo —refuté, más cerca de lo que debía, disfrutando su incomodidad.

—Perdón, mi coronel. Yo…debí cumplir las normas que me impuso y…

—¿Desde cuándo te ha importado cumplir las normas? Has hecho y deshecho desde que llegaste aquí. No empieces a dártela de soldado ejemplar simplemente porque quieres huir de lo que estás sintiendo en este momento. Y no creas que he olvidado que no has respondido a mi pregunta —la interrumpí, bruscamente

Ella dio un paso atrás. Bajó la mirada otra vez y murmuró algo que no entendí. Luego caminó hacia la puerta con los hombros encogidos.

—Lo espero afuera, mi coronel. En verdad disculpe por haber entrado aquí sin su permiso.

—Qué bien se anda portando recluta, ni parece usted la misma de antes.

—¿Y qué quería que le dijera mi coronel? ¿Qué le preguntara si todo eso que tiene envuelto en la toalla es suyo? —concluyó con picardía. Esa era la mocosa rebelde que tanto me gustaba por ser tan habladora.

Ella emprendió la caminata de nuevo y se colocó bajo el umbral, me miró de arriba abajo, se mordió los labios y agitó la cabeza en negación antes de salir.

Me quedé solo en el baño, tragándome la rabia que sentía al recordar esa preciosa cara herida. Me puse el uniforme negro de entrenamiento y me eché agua en la cara, necesitaba destensar la ira que tenía.

¿Quién carajos se había atrevido a ponerle una mano encima? ¿Quién había tenido la osadía de atacarla en plena central?

Me repetí a mí mismo que debía calmarme, que no tenía por qué importarme lo que le pasara a la hija de Damon King, que ella era una mujer insignificante, una raíz que debía extraer lo más pronto posible. Pero verla así, herida y sabiendo que no podía ni defenderse, porque le faltaba entrenamiento; me alteraba.

Abrí el botiquín que había colgado en mi despacho, junto a un librero casi vacío. Saqué alcohol, jabón verde y algodón y lo coloqué en una bolsa comprimida.

Pero luego me detuve abruptamente

¿Qué estaba haciendo?

¿Acaso me había convertido en su enfermera e iba a limpiarle las heridas?

¿Me iba a postular para el puesto de guardaespaldas de la hija de Damon King?

¿Por qué me afectaba tanto lo que le había pasado a Adara? No era mi asunto, ni debía tener la relevancia que le daba y sin embargo, allí estaba; guardando los implementos en una bolsa para desinfectarle el corte que tenía junto al labio.

Era un imbécil.

Cuando salí del cuarto la encontré sentada sobre uno de los sillones, como un maldito ángel que podía limpiar los pecados que quería cometer por su culpa, mientras observaba los monitores tintinear como si nunca hubiera visto algo así en su vida.

Por mucho que no quisiera pensar en ello, me daba la impresión de que no era mala persona.

Era la hija de uno de los hombres más adinerados del mundo y el más importante en la historia de la milicia, pero jamás la había visto aprovecharse de ello y obtener beneficios con su apellido. Era raro. Otra en su lugar, habría hecho que expulsaran a quien la golpeó. Era adinerada, hermosa y de una familia venerada en el ejército, pero se comportaba como una criatura frágil que intentaba reírse de sí misma y de la vida que había sido tan dura con ella en el último año.

Llevaba el pelo atado en una trenza bonita de la cual me gustaría tirar mientras la tuviera...

Se puso de pie de inmediato al verme llegar, y se llevó una mano a la frente en un saludo militar.

—Señor.

—Siéntate —dije, sin dejar de observarla—. Vamos a limpiarte esa boca.

—Mi coronel, no se moleste en eso, yo puedo...

—No estoy preguntando si puedes, dije que lo haré y punto, no me replique recluta.

Me arrodillé frente a ella y empapé el algodón con alcohol. Lo llevé a su boca con cuidado. Ella retrocedió y se encogió, en cuanto el líquido desinfectante le toqueteó la comisura de la boca, seguramente le ardía mucho, pero era necesario que aguantara un poco si no quería que ese golpe se le pusiera peor. Tenía la boca inflamada y amoratada, quien la había golpeado lo hizo con mucho odio y me encargaría de que lo pagara. Era obvio que ese porrazo no había sido accidental.

¿Por qué ella estaba protegiendo a la persona que le había hecho eso?

Sólo tenía que revisar las cámaras que había por toda la central y descubrir quién la había lastimado, pero aún así quería escucharlo de la propia Adara.

Le toqué la cara de nuevo y ella se estremeció.

—Tranquila, ya casi termino —murmuré.

Empecé a secar la zona con movimientos suaves, luego la mojé con agua y puse un poco de jabón verde para heridas sobre el corte. Su piel estaba caliente y sus labios sonrosados, estar tan cerca de su cara sin poder besarla, podría haber sido considerado un nuevo tipo de tortura medieval.

Ella cerró los ojos y apretó la boca, como si temiera que las cosas se salieran de su cauce.

—Quédate quieta—le dije.

—Lo estoy—murmuró con la voz más temblorosa del mundo.

—Te estoy viendo, soldado. No dejas de moverte.

Ella no contestó. Bajó las manos, pero noté que tenía los dedos sucios y había tierra en sus uñas.

—¿Por qué tienes las manos llenas de tierra?

—Me caí, mi coronel.

La miré dubitativo.

—No te creo nada.

Ella frunció el ceño,

—Seguramente me dirás que cuando te caíste te heriste la boca.

—Es que eso fue lo que pasó, señor —dijo con dignidad, pero sin levantar la voz.

—¿Dónde te caíste?

—Cerca del edificio de tenientes. Me tropecé con una raíz.

—Eres pésima mintiendo.

Tomé otra mota de algodón y volví a aplicar alcohol. Ella gimió y ese sonido removió al monstruo dentro de mí que estaba loco por ella.

Mi respiración se volvió más pesada.

—¿Siempre eres así de torpe o solo cuando intentas espiarme en la ducha?

Se puso roja otra vez.

—No lo estaba espiando, señor. Yo entré allí sin saber que era una ducha, escuché el agua caer en su oficina y creí que usted se había ahogado.

Tuve que comprimir una carcajada, sólo a ella se le ocurría que iba a ahogarme en mi propio despacho.

Seguí limpiándole la boca. Su piel era tan suave que me imaginé recorriéndola con mis besos y lo placentero que aquello me resultaría, pero ese tipo de felicidad estaba fuera de mi alcance y debía aceptarlo. Adara era la hija del hombre que destruyó a mi madre, por muy hermosa y fascinante que fuera yo no debía ansiarla, ni preocuparme por ella como lo estaba haciendo. Pero últimamente no sabía qué me estaba pasando, decía una cosa y hacía otra.

Sus labios,se veían tan condenadamente provocadores que tuve que apartar la vista de ellos, porque me estaba relamiendo los míos.

—La próxima vez —le advertí en voz baja—, que alguien se atreva a amenazarte o herirte, debes llamarme.

—Nadie me hizo nada, coronel.

—Lo digo en serio, soldado. Ambos sabemos que no estás siendo sincera, pero no importa, ya averiguaré yo quién se atrevió a herirte esa boca de mocosa que tanto me gusta.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—¿Por qué le importa lo que me pasó?

Buena pregunta. La respuesta a ella, era algo que ni yo mismo tenía. Quería creer que tenía debilidad por las mujeres indefensas, eso era todo. Pero algo dentro de mí me recriminaba que la razón por la que me enojaba tanto, al verle la carita herida, era porque Adara King iluminaba cada parte de mí.

La observé durante un segundo más, su suave perfume me estuvo descontrolando toda la distancia, quería preguntarle qué demonios se echaba encima, pero eso pondría en evidencia que la más mínima cosa sobre ella me hacía perder la cordura. Adara King era un jodido afrodisíaco andante.

Tiré el algodón ensangrentado al basurero y me levanté, necesitaba respirar lejos de ella o iba a seguir perdiendo terreno.

—¿Coronel no va a responder a mi pregunta? ¿Por qué le molesta tanto que esté herida?

—Porque es evidente que alguien te atacó y lo estás protegiendo. No quiero soldados que hieran a otros en mi ejército, quiero gente unida a la que si le toca ir a la guerra trabaje en equipo y no se ponga a pelear con los miembros de su propio pelotón.

Ella no dijo nada.

Adara se puso en pie, pero quedó demasiado cerca de mí y eso acrecentó aún más la tensión entre ambos. Sentí su aliento rozándome la boca. Bastaba con que uno de los dos se inclinara un poco más, para que el beso del que ambos habíamos estado huyendo al fin se concretara.

—Ahora sí me vas a decir quién te hizo eso—acaricié su mejilla y le señalé el corte. Lo que sentí al tocar su piel, puso otro clavo en el ataúd que me encerraba junto al deseo insano e impuro que ella despertaba en mí.

Su respiración se aceleró, y sus pupilas se movieron hacia mis labios antes de volver a mis ojos.

—Nadie me hizo nada coronel, ¿por qué le cuesta tanto creerme?

Mi mandíbula se tensó.

Qué forma tan descarada de mentirme.

¿De verdad creía que iba a tragarme ese cuento barato?

—Ambos sabemos que alguien te lastimó y no comprendo por qué lo proteges —solté, el tono de mi voz se volvió más rudo y maligno de lo que planeé—. ¿Acaso algún soldado te amenazó? ¿Te hicieron algo más?

Mi corazón latía con una fuerza extraña. No recordaba haberme sentido tan alterado desde hacía años. La idea de que la hubieran tocado, humillado o hecho llorar me carcomía por dentro y quería destruir a quien lo había hecho. No sabía de dónde diablos me estaba brotando ese instinto protector.

Ella me sostuvo la mirada. Parecía muy intranquila.

—Nadie me amenazó, mi coronel.

Ese maldito celeste mágico y brillante en sus ojos, me descolocó en cuanto me concentré en ellos. Era un color perfecto, se quedaba a medio camino entre el azul tormentoso de los océanos más recónditos y el celeste glacial del cielo, tenía el toque perfecto de oscuridad para hacerlos adictivos y la luz suficiente para emanar tanta pureza que no podía dejar de mirarlos.

Tragué saliva, era un estúpido incapaz de controlar mi atracción por ella.

Eran sólo un par de ojos bonitos, sobre una cara que parecía haber sido hecha con muchísimo amor.

¿Por qué rayos era tan hermosa y yo tan débil cuando la tenía cerca?

—Cuando me miras con esos malditos ojos tan celestes y puros, siento que puedo creerte la mentira más grande del mundo y convertirla en mi religión.

Adara bajó la mirada. Parecía que estaba peleando una guerra silenciosa, una en la que el enemigo era ella misma.

—No me diga esas cosas tan hermosas—murmuró, con los ojos llenos de lágrimas—. No me hable como si estuviese tratando de conquistarme, porque yo no puedo tener nada con usted. Ni con ningún hombre.

La confesión me descolocó. La intensidad de su voz y el dolor detrás de sus palabras me impactó de tal forma, que exhalé más aire del que mis pulmones solicitaron. Era evidente que sus palabras tenían que ver con la muerte de su prometido.

Pero su negativa a dejarse llevar por lo que sentía por mí, me hacía desearla aún más por muy retorcido y turbio que eso sonara.

Me acerqué más. Mi rostro quedó frente al suyo. Nuestras narices se rozaron, y su cuerpo se tensó como si estuviera al borde del colapso.

—¿Segura que no puedes tener nada conmigo? Porque me parece todo lo contrario, nena —susurré, dejando que mis palabras tuvieran el efecto que esperaba.

La recluta rebelde cerró los ojos. Una lágrima se deslizó por su mejilla, ella se apresuró a secársela, pero fui yo quien lo hice en su lugar.

—No, no puedo tener nada con usted. Le prometí a la memoria de Santi que no me fijaría en ningún otro hombre y voy a cumplirlo —confesó con voz quebrada.

—No importa cuántas promesas hayas hecho. Tu cuerpo te está traicionando y los fantasmas del pasado deben quedarse allí. ¿Vas a privarte de disfrutar la vida por culpa de un mal recuerdo?

—No importa lo que mi cuerpo ansíe… no puede haber nada entre nosotros, mi coronel. Santiago murió para salvarme, él bloqueó los disparos que eran para mí. No es justo que apenas haya pasado un año de su muerte y yo esté con usted, a punto de…

Se detuvo, trago en seco y su barbilla tembló, parecía que iba a ponerse a llorar de nuevo.

—¿A punto de qué, Adara King? Aunque debería apodarte mocosa insolente. Porque no paras de desafiarme, de retarme, de poner en tela de duda mi autoridad en este ejército. De hacer que ansíe tenerte más que a nada en este jodido mundo, eres la maldita excepción a todas las reglas que me he impuesto en esta vida. ¿Por qué tú sí puedes desestabilizar mi mundo y yo no puedo hacer lo mismo con el tuyo?

Mi voz salió ronca. Su nombre sonaba dulcemente pecaminoso en mis labios.

Ella levantó el rostro, me miró como si ya no pudiera sostener la carga de lo que estaba sintiendo.

—Estoy punto de caer en tentación… y ser condenada por el pecado de desearlo, mi coronel.

Mis entrañas ardieron. Cada palabra que salía de su boca me incendiaba por dentro, como si yo fuera una pila de madera a la que sólo ella podía hacer arder.

—¿Así que soy un pecado del que quieres alejarte? —pregunté.

—El más grande y peligroso de todos.

Y entonces se apartó. Dio un paso atrás y de pronto salió huyendo, como si eso bastara para escapar del fuego que había entre nosotros. No importara a dónde fuera, lo que sentía por mí la seguiría persiguiendo.

Ignorando las voces en mi cabeza que me decían que no la siguiera, abrí la puerta de la oficina y fui tras ella.

—¡Adara!

Ella corrió más rápido, con el cabello suelto sacudiéndose sobre su espalda. La trenza se había soltado y la imagen de su silueta recortada por la luz de la luna me pareció lo más hermoso e irreal que había contemplado en mi vida. Corría como si el deseo que sentía por mí fuera una maldición que necesitaba dejar atrás.

Ella avanzaba con todo lo que tenía y sin embargo no era suficiente, cada vez su velocidad se reducía más. Yo en cambio trotaba despreocupado hacia Adara, era cuestión de tiempo para que la alcanzara, no necesitaba apretar el paso.

Cuando llegamos al sector de las oficinas nuevas que estaban en construcción, Adara se detuvo en seco. Se recostó contra una de las paredes completamente exhausta y apoyó la cabeza en ella, jadeando como si el aire que entraba a sus pulmones no fuera suficiente.

En verdad su condición física era pésima.

Me acerqué a la recluta con un par de zancadas y la arrinconé contra la pared de cemento. Coloqué las dos manos a cada lado de su rostro, formando una prisión invisible de la que ella no parecía querer huir. Sentí el calor de su aliento, el temblor de su espalda contra el concreto. El mjodo en que sus ojos me rogaban que no cruzara una línea prohibida y la besara… y al mismo tiempo me pedían que lo hiciera, me desestabilizaba.

Tragué en seco. Su rostro hermoso estaba a mi alcance otra vez, y el demonio dentro de mí rugía por besarlo, por adorarlo, por saborearlo. Estaba tan cerca que podía medir la longitud de sus pestañas, ver la humedad en su boca entreabierta, sentir la electricidad que chispeaba entre nosotros como un circuito averiado.

Nos deseábamos, y a la vez cada uno tenía sus motivos para no querer que un beso entre ambos se concretara.

Ella era la hija de mi enemigo.

Yo era la razón por la que estaba a punto de romper la promesa que le había hecho a su novio muerto.

Era como si todo el control que me había esforzado por mantener, se deshiciera cuando respirábamos el mismo aire. La atracción que sentía por Adara era una bomba que estaba a punto de estallar y arrasar no sólo conmigo, sino con ella.

—No podemos pecar, mi coronel.

—Me importa una mierda que no quieras pecar —solté con los dientes apretados—, porque ahorita mismo voy a besarte, Adara King… y que el infierno nos castigue a ambos si quiere. Esta noche no me importa que yo sea tu coronel y tú una simple recluta. Esta noche quiero probar el fruto prohibido que eres y que Dios me expulse del paraíso si quiere, total he vivido durante años en el infierno, podré con eso.

Ella abrió los ojos anonadada. Mi frente casi tocaba la suya. Nuestras bocas estaban a milímetros de distancia. Sus labios abiertos, su olor malditamente dulce y el brillo perlado en su perfecta piel, me tenían a sus pies. Ella era mucho más que una debilidad, era una condena. Una diosa que me hacía delirar.

—Mi coronel no podemos besarnos por mucho que ambos lo queramos—susurró, pero ni ella misma sonaba convencida.

—Ríndete a esto, Adara King, no vale la pena pelear contra ello, yo ya lo comprendí, hazlo tú también.

El cemento frío detrás de su espalda evitaba que ella pudiese alejarse de mí, el calor ardiente entre nuestros cuerpos estaba a punto de incendiar la central militar.

—Entrégame tu boca, nena.

Adara cerró los ojos otra vez. Sus labios temblaron y los míos también. Mi nariz volvió a rozar la suya, era deliciosa de una manera que no alcanzaba a comprender. Ella era la manzana del edén, la serpiente que me tentaba, el pecado que se reía de mí; porque era incapaz de contener las ganas que le tenía.

El deseo que sentía por ella era una clase de embrujo antiguo e inquebrantable para el que no existía cura, salvación o perdón.

Mi boca se inclinó contra la suya, y ella volvió a temblar. Sentí su duda, la culpa que le cubría el corazón y el hambre que la hacía perder la razón.

Estábamos a un milímetro de besarnos, flotando sobre un cataclismo que tarde o temprano nos destruiría y entonces... yo...

Capítulo 13

Coronel Luke

Mis labios finalmente se posaron sobre los suyos, y lo que estalló en ese instante fue algo más que un simple beso: fue la liberación de todas las emociones que había estado reprimiendo desde que la vi por primera vez, y supe que esos ojos celestiales serían mi condena. Me sumí en el extraordinario sabor de sus labios, en la forma en la que su boca se amoldaba a la mía, con tanta perfección que parecía irreal, acallé a mi conciencia que chillaba en mi oído y me reñía por estar haciendo todo mal. El caprichoso destino había creado a la hija de mi enemigo para que me volviera adicto a ella. No tenía ningún maldito sentido.

La dulzura de sus labios contrastaba con el salvajismo caliente con el que la estaba besando. Adara sabía a pecados que no podrían ser perdonados, a guerras del pasado y a todo lo que no debía gustarme. Devoré sus labios como si nunca antes hubiera probado un manjar tan delicioso. No podía dejar de besarla, era mucho más que deliciosa, me agitaba las entrañas, me ponía a mil. Sentía que al besarla, estaba siendo impulsado hacia el espacio por un cohete, flotaba, la besaba y cerraba los ojos para seguir disfrutando el momento. Introduje mi lengua en su boca y ella soltó varios jadeos indecorosos, que acallé profundizando el beso.

Quería hacerle tantas cosas en aquel momento y poco me importaba si me echaban del ejército.

Su cuerpo se aferró al mío como si estuviera cayendo en un vacío del que no quería escapar y sus manos se enredaron en mi cuello. Y yo, por Dios, yo no podía parar. ¿Cómo podía dejar de besar a la mujer más hermosa que caminaba sobre mi mundo?

Luego, entré en razón y tracé un plan en mi mente, uno que me daría momentáneamente lo que quería y luego me permitiría alejarme de Adara. O al menos eso era lo que yo creía.

La seduciría, enamoraría y luego la dejaría cuando Adara más me amara, cuando más feliz estuviese. Ella me odiaría lo suficiente para apartarse de mí y yo no seguiría fallándole a mi madre, al estar enredado con la hija del hombre que la había destruido. Damon King había hecho que pagaran justos por pecadores, pues entonces yo haría lo mismo con su preciosa hija.

Recordé las palabras de la reina Francesca: *"No hay mejor forma de derriba a Damon King que atacando a sus hijos"*

—Mi coronel... —susurró entre besos, con la voz entrecortada.

—Sí, tuyo, maldita sea. Tu coronel... —gruñí contra su boca—. Tuyo, aunque no debería. Así como tu jodida boca también es mía...

—No podemos seguir en esto, yo no...

—¿Por qué no podemos? ¿Acaso no lo estás disfrutando?

La idea de que se echara para atrás y volviera a sus cursis dramas me resultaba desesperante.

—Sí pero... ¿qué es esto exactamente? ¿Qué somos y seremos?

—No lo sé y no me importa. ¿Qué hay de malo en disfrutar sin pensar en el mañana? —inquirí.

—Siempre pienso en el mañana, en las consecuencias de mis errores.

Apoyé la cabeza en su frente y la miré a los ojos, exhalé un largo suspiro y me centré en su bella cara.

—Aquí el que más se está equivocando al querer estar contigo soy yo y sin embargo no me importa en lo absoluto, ¿por qué a ti sí?

Volví a besarla con más fuerza, no sabía qué sería de mí cuando fuese el momento de apartarla, pero para entonces estaría preparado, sería más resistente. Mis dedos se perdieron en su cabello, y ella gimió entre dientes, atrapada en eso tan intenso que estábamos viviendo.

—Vamos Adara, ríndete a esto, deja de luchar contra lo que quieres y sientes. Ambos estamos solteros, que pase lo que tenga que pasar— gruñí y apreté sus ricos labios otra vez.

Mi corazón galopaba como loco, el muy infeliz la estaba pasando en grande.

Adara King era un veneno dulce y yo quería beberlo cada vez que se pudiera.

Su lengua tocaba la mía con frenesí y las ganas de quitarle la ropa seguían latiendo en mi mente.

—Mañana me arrepentiré de esto —murmuró, con los ojos cerrados, parecía estar luchando contra la corriente al igual que yo.

—Entonces te besaré más fuerte para que jamás te arrepientas de ello —le respondí sin pensar.

Yo debía fingir con ella, decirle las cosas que una mujer quería escuchar para enamorarse, pero algo dentro de mí susurraba que el único que saldría enamorado en esa mierdera situación sería yo.

Volví a besarla para acallar a mi conciencia, cuando de repente, una voz interrumpió el hechizo:

—¿Hay alguien allí? Salga con las manos en alto, no se puede andar merodeando a estas horas por la central.

No me aparté de Adara, le di un último beso y me acomodé de tal forma, que ellos no pudieran verla. Adara no era tan difícil de ocultar, yo medía un 1 metro noventa y cinco, ella a lo mucho llegaba al 1.70. Era bajita a mi lado.

—Shh...—puse un dedo en su boca.

—Mi coronel —susurró con urgencia—, yo no quiero que tengamos problemas por estar haciendo esto en plena central...

—Tranquila, nena. Aquí mando yo, y no habrá líos para ambos.

Me giré hacia los soldados, procurando que no vieran el rostro de Adara.

—¡Soy yo! ¡Retírense por donde vinieron! Les di órdenes de no andar merodeando por aquí a estas horas. ¿Acaso hablo en chino?

Uno de los soldados, alumbró nuestra posición con su linterna. El haz de luz nos bañó por un segundo antes de que el sujeto me reconociera, y apagara el foco apresurado.

—¡Disculpe, mi coronel! No queríamos molestarlo… es que escuchamos ruidos por esta zona y…

No tenía tiempo para tonterías, ellos estaban haciendo su trabajo, pero les advertí que no quería gente husmeando.

—Sigan su camino. Aquí no ha pasado nada. Y si me entero de que andan murmurando sobre lo que vieron, los expulsaré del ejército sin derecho a retorno. ¿Queda claro?

—¡Sí, señor! Seremos una tumba.

—Más les vale.

Se alejaron con rapidez luciendo asustados, y yo volví a mirar a Adara. Una sonrisa se coló en mi rostro sin que pudiera evitarlo, era la primera vez que estaba con una mujer en plena central y a la vista de todos.

—Es la primera vez que le veo reír, mi coronel —dijo, mirándome con ternura y picardía.

—Cuando estemos a solas, puedes llamarme Luke.

—Pero seguimos aquí. Lo correcto es…

Incliné mi rostro y le dejé un beso en el cuello. Su piel se erizó en cuanto la toqué, y debía reconocer que la mía también.

—Aquí, lo único correcto es que yo debería estar sobre tu boca… y tú respondiendo a mi beso.

—Mi coronel, ¿no deberíamos estar entrenando?

—Estoy entrenando su boca, soldado. ¿Acaso no le gusta?

—Sí… este es el mejor entrenamiento del mundo… pero…

Tomé su mano con suavidad.

—Vámonos a otra parte.

Ella dudó.

—No podemos hacer eso pecaminoso que usted quiere que hagamos.

—¿Qué cosa? —dije sin entender.

—El delicioso mi coronel.

—¿Eh? —Me sentía como un viejo anticuado que no comprendía nada.

—Mi coronel, no se haga el inocente. Me refiero al: hacedor de bebés, a la abejita picando la flor, al trámite que se hace con el cuerpo para que llegue la cigüeña.

Solté otra carcajada, debía reconocer que era muy creativa e ingeniosa.

—Qué mocosa tan mal pensada eres. Te llevaré a mi centro de entrenamiento militar privado.

—O sea que me llevará a conocer su sarcófago del conde Drácula.

—Sí, y también te demostraré que mi pasatiempo favorito es morderle el cuello a reclutas rebeldes y mal portadas. ¿Conoces alguna?

—Me presento voluntaria para tan importante misión, mi coronel.

—Eres la única voluntaria que aceptaría—confesé, guiñándole el ojo.

Ambos salimos hacia la zona de estacionamiento. Un Lamborghini Inferno Z-49 de color negro, como los pecados que aún me faltaban por cometer; nos esperaba bajo las luces tenues del hangar.

—Wow… tremendo modelo Inferno Z-49, es de última generación, tengo entendido que hay pocos como estos en el mundo —dijo ella, admirando cada curva del auto.

Volteé a verla con una ceja alzada.

—¿Sabes de autos?

Adara me miró indignada.

—¿Por qué la cara de sorpresa?

—No sé… realmente no conozco mucho sobre ti. Simplemente me sorprendió.

—Mi hermano Damián es uno de los pilotos de Fórmula 1 más famosos del mundo. Lo escuchaba tanto hablar sobre autos de todo tipo, que terminé sabiendo un poco sobre ellos. Tiene usted un auto increíble, mi coronel.

—Ya te dije que puedes llamarme Luke.

—No me atrevo—rebatió.

—¿Por?

—¿Qué tal que se me salga decirle Luke frente a todos? Y la gente diga: "¿Y esta atrevida? No sólo es la peor soldado, sino que ahora ni siquiera llama al coronel por su rango." Tengo un talento especial para hacer el ridículo, pero no me apetece que la gente empiece a murmurar… y eso lo perjudique, porque bueno…yo suelo meter la pata desde que suena el despertador.

—Te preocupas demasiado por cosas que no han ocurrido.

Soltó una risita nerviosa.

—A mi padre le encantaría saber que estoy con un militar fuerte, como él quería—cambió el tema—. Papá no se llevaba bien con Santi…

Me tensé al oírla hablar de su padre, el hombre al que yo odiaba con cada fibra de mi ser.

—¿Por qué no se llevaban bien tu padre y él?

—Papá decía que Santiago era demasiado perfecto… y que eso no le daba buena espina. Por desgracia, Santiago demostró que no era lo que él decía, dando su vida por mí.

Su voz se quebró y sus cuencas se llenaron de lágrimas Sentí el impulso de abrazarla, de decirle que todo iba a estar bien. Nunca me había interesado consolar a nadie, pero al verla llorar algo dentro de mí se fracturaba. Sin embargo, me contuve y en vez de eso, levanté mi mano y le rocé la mejilla, intentando secar la lágrima que aún no terminaba de descender por su carita.

—¿No crees que estás desperdiciando su sacrificio al vivir con tanta tristeza?

—No puedo evitarlo. Creo que jamás lo superaré.

La miré con el ceño fruncido, hacer que se enamorara de mí no sería todo lo fácil que parecía. Puede que su cuerpo me deseara, pero su mente seguía en otra parte con el tal Santiago.

—Sube al auto, nena. Hablemos de eso en otro lugar.

Ella me miró durante unos segundos, como si evaluara qué tan buena idea era salir conmigo. Finalmente asintió y le abrí la puerta del copiloto. Nos subimos al Lamborghini y el rugido del motor calentó la noche.

Y mientras salíamos de la central, yo sabía que ya no había vuelta atrás. Había probado el fruto prohibido. Y realmente quería más de él.

***

El motor rugía mientras avanzábamos por la ciudad de Washington, que a esa hora de la noche se mostraba mucho más tranquila que de costumbre.

Adara tenía la cabeza ladeada y miraba por la ventana con aire pensativo. Lejos de desviar la vista, me incliné un poco sobre el volante para poder verla mejor, como si observarla con más detenimiento pudiera ayudarme a leer lo que pensaba. No tenía idea de qué pasaba en su cabeza, pero sospechaba que otra vez estaba dudando de estar conmigo y yo debía sacarle conversación para que se distrajera.

—¿Ha tenido usted muchas novias, coronel? —preguntó de repente, sin mirarme.

La pregunta me tomó por sorpresa.

¿Le preocupaba que yo fuese un mujeriego consumado?

—En realidad, no tantas —respondí, manteniendo los ojos en la carretera—. Sólo tuve algo serio con Madison. Después de ella, simplemente he salido con mujeres de forma ocasional, nada relevante. No vale la pena entrar en muchos detalles al respecto.

Ella giró la cara hacia mí y apretó los labios, como si le costara decidir si mi respuesta era buena o mala.

—O sea que no va a tomarme en serio —dijo, tratando de sonar despreocupada.

—Eso el tiempo lo dirá —repliqué sin adornos.

Habría sido raro que de repente le prometiera el sol, la luna, las estrellas y todos los planetas del sistema solar. Por eso le otorgué una respuesta directa.

—¿Y por qué terminaron usted y Madison? —preguntó de pronto.

No me gustaba hablar de eso, Madison había sido importante para mí y no solía decirle a nadie que la había dejado porque ella quería que tuviésemos un hijo y yo no. En ese momento yo no estaba listo y quizá jamás lo estaría.

—¿No te parece que eso es algo demasiado íntimo para contarte?

Ella soltó una risa baja y se encogió de hombros.

—O sea que me va a dejar con el chisme a medias. Entonces no me dejaré besar más en lo que quede de la noche.

Me tensé. Esa mujer sabía exactamente qué botones tocar y qué hacer para que yo cediera a sus caprichos.

—Dudo mucho que eso pase.

—Póngame a prueba, coronel... y lo verá.

Chocamos las miradas y una corriente invisible me recorrió la nuca. Entre más tiempo pasaba con ella, más me gustaba y eso era endiabladamente peligroso.

—Entonces... ¿estarías dispuesta a que sigamos saliendo? —pregunté.

Ella no respondió de inmediato. Bajó la mirada hacia sus piernas, luego entrecerró las palmas y tras un silencio lánguido e incómodo, volvió a posar su vista en la calle por la que el auto avanzaba.

—No lo sé —dijo al fin, con una sinceridad que me intrigó—. Aunque no lo parezca y esté bromeando, internamente soy un caos mental en estos momentos. A ratos quiero bajarme de este auto, regresar a la central y apartarme de usted, pero he sido tan miserable en todo el año que me repito que al menos por esta noche merezco tener un poco de todo lo que el dolor me quitó.

Su voz se volvió un susurro apenas audible. Y cada palabra, era una confesión que parecía brotar del abismo del que ella era incapaz de escapar.

—A su lado tengo ganas de bromear, de decir tonterías... Es como si volviese a ser yo, y no la chica deprimida que he sido todo este año. Que se siente estancada y responsable por la muerte del hombre que amaba.

Me quedé en silencio. Tragué saliva con dificultad. El ambiente dentro del auto se había vuelto denso y yo no era bueno manejando ese tipo de situaciones sentimentales y tristes. No tenía mucho tacto y no se me daban bien las frases de aliento.

—Si yo fuese tu prometido —dije en voz baja—, estaría molesto contigo.

Ella frunció el ceño.

—¿Por?

—Porque desperdicias la segunda oportunidad de vivir que él te dio, al encerrarte una y otra vez en lo mismo. Lamento ser duro al decirlo, pero él no volverá por mucho que te deprimas, llores o te obligues a ser infeliz.

Adara apretó la mandíbula, y noté cómo le temblaban los labios. Pero no bajó la vista. Me sostuvo la mirada y negó con la cabeza, visiblemente molesta.

—Es fácil decirlo —espetó con rabia contenida—. No tiene idea de lo difícil que es estar en mi cabeza y escuchar un pitido constante que me dice que no valió la pena el sacrificio de Santi, porque sigo siendo la inútil de siempre. No he hecho nada productivo en la vida, la gente piensa que por ser hija de Damon King tengo todo fácil, pero la realidad es que intento ganarme las cosas por mí misma y es duro sentir que si no fuese por mis padres, yo sería un cero a la izquierda porque no soy capaz ni de sostenerme por mis propios medios.

Me detuve en un semáforo. La luz roja me concedió una oportunidad para ver qué había en sus ojos. Parecía que estaba a punto de ponerse a llorar otra vez y yo tenía que cortar su drama de la forma que fuera, porque no soportaba ver lágrimas en sus ojos. Verla llorar hacía que quisiese destruir el mundo que la había dañado.

—Seguirás siendo una inútil mientras decidas sentirte de esa manera. Si levantas esa bonita cara y te repites a ti misma que puedes con todo, lograrás lo impensable si empiezas a creértelo.

Ella parpadeó y luego huyó de mi mirada como si no supiera qué hacer con lo que acababa de decirle. Como si mis palabras hubieran calado hondo en su ser.

—No soy bueno para levantarle el ánimo a nadie. Tampoco llegué a tu vida para salvarte, Adara… pero si vas a seguir castigándote por lo que ocurrió en tu pasado, que al menos sea porque hiciste algo malo y no por lo que no pudiste evitar. ¿Tú le pediste que se sacrificara por ti?

—No, jamás lo habría hecho.

—¿Le pediste alguna vez que te protegiera? —proseguí.

—Tampoco. Yo jamás habría arriesgado su vida por nada del mundo.

—Entonces deja de preocuparte, el chico eligió salvarte y lo único que puedes hacer para que su sacrificio valga la pena es tratar de ser feliz, echarle ganas al ejército y demostrarte a ti misma que en verdad mereces que tu corazón siga latiendo.

Cuando la luz cambió a verde, aceleré con suavidad. Ella no volvió a hablar hasta que llegamos a la casa.

***

El portón se abrió cuando los engranajes hidráulicos giraron y el personal de seguridad se preparó para hacer la revisión especial. Apenas crucé en el vehículo, dos guardias armados salieron a nuestro encuentro, hicieron el chequeo rutinario y asintieron antes de dejarnos pasar. Adara fijó los ojos en la gran fuente que había frente a la puerta principal, el agua ondeaba bajo la luz de la luna emitiendo destellos cada vez que el viento la acariciaba. Las luces del camino iluminaban los grandes jardines laterales, recortando las siluetas de las palmeras podadas, de los arbustos redondeados, de las flores rojas que mis jardineros cuidaban porque a mi hermana le gustaban.

Apenas detuve el vehículo frente al pórtico, Adara giró hacia mí, incrédula.

—¿Esta es su casa?

—Sí —respondí.

—Sí que vive usted bien, ¿eh?

—Tuve que esforzarme bastante para lograrlo —le dije, observándola de reojo.

Su entusiasmo parecía genuino, me sorprendía mucho lo auténtica y honesta que podía llegar a ser.

—Es admirable —susurró, aún sorprendida.

—Entremos, nena. Hay mucho que hacer si queremos convertirte en una buena soldado.

Le abrí la puerta. Caminó a mi lado sin decir nada más, pero noté cómo sus ojos lo escaneaban todo: la fachada principal, la altura de los ventanales y la gran puerta de madera maciza que tenía varios metros de altura más que yo.

Cuando cruzamos el umbral, su reacción fue inmediata. Se quedó quieta, admirando las paredes y las esculturas doradas que había en la sala, tan parecidas a las que había en mi oficina que seguramente ella lo había notado. Las paredes eran blancas, me gustaba lo simple y monocromático. No solía añadirle mucho color a mi vida. No era mi estilo.

La casa era una mansión ideada para imponer, era lujosa por donde se le mirara y amplia. A pesar de que no solía haber muchas personas habitándola, era lo suficientemente grande para albergar tres orfanatos enteros.

La sorprendente y elaborada lámpara de cristal que colgaba en espiral desde el techo, hizo que Adara soltara un gritito y la señalara emocionada.

—Para ser una niña rica te emocionas con mucha facilidad cuando ves algo bonito—le dije, caminando hacia el salón.

—Mis padres me enseñaron que uno siempre debe alegrarse del éxito de otras personas —respondió ella—. Y me gusta ver lo bien que le está yendo, mi coronel.

Me giré hacia la preciosa pelinegra, era tan pura y dulce que me hacía sentir mal lo que planeaba hacerle.

—Entonces muchas gracias, Adara.

—¿Tiene usted hermanos o hermanas?

La pregunta me tomó desprevenido, ella era muy curiosa y a mí no me gustaba que hurgaran en mi vida, pero si quería que ella confiara en mí debía demostrarle que yo también lo hacía. En realidad, pocas personas se interesaban por mi vida más allá del cargo de jefe de coroneles que ostentaba.

—Sí, tengo una hermana. Es unos años menor que yo. Tiene más o menos tu edad.

—¿Puedo conocerla? Necesito una amiga para chismear… y de paso puedo sacarle info sobre usted.

No pude evitar sonreír.

—¿Quieres convertir a mi hermana en tu chivo expiatorio?

—Así es, mi coronel y que me avise si anda usted con alguna otra lagartona aparte de mí.

—¿Vas a ponerte tóxica y posesiva tan pronto? —me reí.

—Por supuesto, ¿usted no se ha visto en el espejo? Las mujeres lo ven y quieren desfilarle en tanga, debo estar preparada para apartar a todos esos especímenes de usted.

Negué con la cabeza y me crucé de brazos.

—¿Y bien mi coronel? ¿No va a hablarme sobre su hermana? —insistió.

Pensé en mi hermana Ellie, en su forma meticulosa de ordenar los libros por colores, en que se mostraba intranquila si la miraban mucho, en cómo se cerraba cuando alguien nuevo intentaba entrar en su vida. Y en que era brutalmente honesta con las personas, al punto de que podía llegar a incomodar si no conocías su condición médica. Adara y ella eran tan opuestas, que no sabía si saldría bien si las presentaba.

—Bueno, con mi hermana las cosas no siempre son fáciles. Sufre de síndrome de Asperger, entonces no se lleva muy bien con los extraños.

Adara sonrió como si no hubiese escuchado la advertencia.

—Pero yo no seré una extraña… soy su casi cuñada.

Coloqué las manos en su cintura y tiré de su cuerpo hacia mí. Luego la besé, la gente no solía reaccionar bien cuando les revelabas que Ellie tenía Síndrome de Asperger: o te miraban con lástima o preguntaban si era peligrosa. Tenían un concepto tan erróneo de las cosas, que sentía que no valía la pena explicarles nada. Adara en cambio, siguió teniendo la misma actitud bonita al descubrir la verdad y eso hacía que me preguntara, si en verdad merecía que la enamorara y luego le rompiera el corazón por venganza.

—¿Eso de ser la cuñada de mi hermana es una indirecta recluta? —pregunté.

—Lo es, mi coronel.

—Podrás conocer a mi hermana cuando te portes bien.

—O sea que nunca la conoceré.

La solté y acaricié su mejilla con la yema de los dedos, era tan malditamente hermosa que la habría hecho mi novia oficial, si ella no hubiese llevado el apellido King. Le habría aguantado berrinches y pataletas porque algo dentro de mí me decía, que estaba ante la criatura más inocente y bondadosa que había conocido. Adara era digna de presumirla en cada rincón del planeta.

—Ven —le dije—. Es hora de entrar al centro de entrenamiento.

—Hora de conocer el salón de juegos de Drácula —murmuró, siguiéndome con una ceja arqueada.

Caminamos por el pasillo principal, subimos la escalera. El segundo piso tenía una estética más sobria: alfombras oscuras, cuadros en blanco y negro y algunas medallas militares menores que no cabían en mi oficina, porque eran demasiadas. La llevé hasta el final del corredor. Desactivé la cerradura con mi huella y entramos al lugar en donde la convertiría en un mejor soldado.

Necesitaba que ella se quedara por más tiempo en el ejército y la mejor manera de hacerlo, era transformándola en una verdadera diosa de la guerra, porque de la belleza ya lo era.

Capítulo 14

Coronel Luke

Las puertas del complejo de entrenamiento se abrieron ante nosotros y Adara pestañeó anonadada.

Entró en nuestro campo visual, un espacio inmenso compuesto por luminarias industriales que colgaban del techo y estabilizadores térmicos en las esquinas. El sitio poseía el tamaño de dos pistas de atletismo,

Torres altas, repletas de sensores láser y detectores de movimiento nos rodeaban, ellas analizarían hasta el más mínimo pestañeo y te darían sugerencias sobre cómo mejorarlo.

El complejo era uno de los más avanzados del planeta y monitoreaba aspectos como: rendimiento físico, equilibrio, distribución muscular, técnicas de combate, velocidad, resistencia, capacidad de reacción. Por eso me gustaba entrenar allí: porque detectaba cada una de mis debilidades y las potenciaba a un nivel que no hubiese sido posible de otra manera. La inteligencia artificial que había incorporado a ese centro de entrenamiento era infalible y muy costosa. Así que por eso sólo la usaba para mí, no era una hermanita de la caridad para estar llevando a medio mundo a ese lugar para que se convirtieran en máquinas de guerra.

Adara caminaba detrás de mí, mirando todo con curiosidad, se había arreglado la trenza y lucía un poco fuera de lugar. Intenté que se sintiera cómoda, porque la notaba muy silenciosa. Era posible que estuviera nerviosa.

—Bienvenida a este lugar —le dije, girándome para mirarla—. Por favor colócate en el centro de la pista y camina hacia mí. Este sitio cuenta con implementos tecnológicos que analizarán cada uno de tus movimientos. Empezaremos con lo simple, veremos qué tan en forma estás y en base a ello comenzaremos a entrenar.

—Como usted diga, mi coronel —respondió con tono burlón, pero obedeció.

Apenas dio el primer paso hacia mí, varios haces de luz azul se activaron desde el techo y el suelo para rodearla. Escanearon su figura de cabo a rabo en un santiamén, Adara dio un respingo en cuanto la primera línea luminiscente la tocó y trató de escapar de ella. La escena fue bastante chistosa, porque empezó a huir de los láseres que la perseguían; mientras chillaba que ella no era Katniss Everdeen, ni estaba en los Juegos del Hambre.

Adara en serio no tenía remedio.

—No te asustes, nena —le dije, sin poder evitar sonreír—. Esos láseres, no te van a hacer nada.

—Para la próxima avíseme coronel, que me llevé el susto de la vida. Creí que me había traído usted aquí para enviarme al paredón, por haberle enviado correos groseros esta tarde. Con lo rencoroso que es usted.

—Aún no te he castigado por eso, pero créeme que lo haré—acoté morbosamente y ella se mordió los labios.

Introduje su nombre en el sistema y cree una carpeta especial en la que almacenaría toda la información sobre ella.

En cuestión de segundos, el informe preliminar sobre lo que la máquina captó mientras Adara era perseguida por los láseres apareció en la pantalla.

Altura: 1.72 m.

Peso: 65 kg.

Latidos cardiacos: Ritmo normal y estable.

Saturación pulmonar: Adecuada.

Índice de Masa corporal: ideal.

Proporciones físicas femeninas: Inmejorables.

Simetría facial: perfecta.

Y como era de esperarse, Adara King no tenía un solo defecto físico en su cuerpo.

—Vaya —murmuré—. La máquina confirmó lo que ya sabía.

—¿Qué cosa? ¿Que estoy embarazada?

La miré horrorizado.

Ella soltó una carcajada y movió los hombros con total desparpajo. Me había llevado el susto de mi vida al imaginar que estaba preñada de otro, luego maldije por lo bajo porque eso no debería haberme importado en lo absoluto. Para mi desgracia en cuanto ella mencionó lo del embarazo, fue como si me hubieran metido varios puñetazos seguidos en el estómago.

—Tranquilo, mi coronel. Todavía no va a ser papá.

Enarqué una ceja.

—Si resultas estar embarazada de otro, iré a exterminar a ese tipo y me haré cargo del bebé. No pienses que te vas a librar de mí tan fácil.

—Qué bonito se ve de papá luchón, mi coronel.

—Sigamos con el entrenamiento. Ahora empieza a correr y dale cinco vueltas a la pista lo más rápido que puedas, necesito entender por qué tu resistencia física es prácticamente nula.

Frunció el entrecejo.

—¿En serio tengo que dar cinco vueltas? ¿No se pueden unas dos y media? ¿No le hará mal a mi salud correr tanto de noche? Mire que no hace mucho que cené y yo quiero evitar la fatiga, le hace mal a mi bello cuerpecito.

Negué con la cabeza. Me pregunté cuándo ella obedecería sin protestar a cualquier cosa que le indicara

—Ahora darás seis vueltas—le hice saber.

—¿Que dé una vuelta y media me dijo? —curioseó fingiendo sordera—. Gracias mi coronel, sí tiene usted corazón después de todo.

—¿En verdad quieres correr diez vueltas?

—Oiga, no estamos en el ejército, estamos en un lugar privado y por ende puedo negarme a correr como si estuviera siendo perseguida por un ladrón—arrugué las cejas y ella pareció entender que debía hacer lo que le pedía—. Está bien, está bien, correré las tres vueltas que me pidió.

—Necesito que sean como mínimo cinco, para que la máquina pueda analizar por qué te cansas con tanta facilidad.

Resopló con fastidio, en verdad ella odiaba correr y a juzgar por lo mal que la pasaba al hacerlo, podía entender su actitud reticente. Al principio intentó mantener el ritmo, alineando la espalda y alzando los codos. Sin embargo, a la tercera vuelta ya se le notaba el agotamiento, tenía el rostro rojo como un tomate recién cosechado y respiraba como si estuviera en medio de un ataque de asma. Tropezaba consigo misma, y arrastraba las piernas como si las tuviera adormecidas. Su respiración se volvió errática, el sudor le resbalaba por la frente y apenas lograba levantar los hombros. Me crucé de brazos un tanto sorprendido, jamás había visto a nadie que lo hiciera tan mal al correr.

—¿En serio solo aguantas eso?

—Tuve un día de muchas emociones, un coronel con mal genio me estuvo acosando por correo, luego le vi hasta el alma cuando entré sin querer a la ducha y por si fuera poco, me besó en plena central militar antes de venir para acá. Como comprenderá mi cuerpo está procesando todas las hormonas que se me alborotaron por su culpa —respondió jadeando—. No espere que de repente me convierta en un leopardo africano y rompa el récord de velocidad olímpica.

—Necesito menos quejas de tu parte y más avance.

—Lo que tiene de guapo, lo tiene de mandón, mi coronel —dijo, y me sacó la lengua.

Me quedé atónito. Ninguna mujer se había atrevido a sacarme la lengua antes. Ni como burla, ni como flirteo, ni como nada. Y no entendía por qué su gesto infantil de mocosa pícara me había resultado tremendamente sexy.

Tras mucho esfuerzo y actuando como si hubiera corrido durante veinticuatro horas seguidas, se tiró al suelo exhausta. Sudaba como si llevara horas bajo el sol.

Le entregué una botella de agua y le expliqué cuál era la forma correcta de hidratarse mientras corría. Ella la bebió casi con desesperación, sin hacerme el más mínimo caso.

Los resultados sobre por qué se cansaba con tanta facilidad aparecieron rápidamente.

Su respiración se volvió ineficiente a los pocos segundos de empezar a correr, y a los cuarenta segundos, ya comenzaba a notarse la disminución de oxígeno en su cuerpo. Adara no respiraba como se debía a la hora de correr y eso provocaba que su organismo se debilitara en un santiamén. Sus pantorrillas se tensaban rápidamente debido a esto y sus piernas hacían lo posible para mantenerla en pie, con el poco oxígeno que su organismo era capaz de procesar. No había coordinación entre el movimiento de sus muslos y el aire que entraba a sus pulmones. Ella no tenía una pésima condición física como pensé al inicio, fallaba porque no había sido instruida sobre cómo absorber aire mientras corría.

—Apenas comenzamos y ya estás así —negué con la cabeza.

—Téngame paciencia, coronel —dijo desde el suelo.

—Tu problema no tiene que ver con tu condición física, sino con el hecho de que no sabes respirar correctamente al correr. Te aceleras y empiezas a absorber aire a lo loco, lo cual hace que tu cuerpo tenga un doble desgaste. Haces que tus pulmones trabajen de más al tratar de respirar todo el aire que sea posible, en los primeros segundos de la carrera.

—¿Me está diciendo que no soy tan inútil como creí?

Agité la cabeza.

—Me da la impresión de que con la guía adecuada puedes convertirte en una gran soldado.

Ella sonrió y me lanzó un beso con las manos.

—¿Eso fue un halago mi coronel?

—Adara, necesito que te tomes esto tan en serio como yo. Dentro de un mes habrá un torneo por equipos. Los cinco coroneles principales de la central militar de Washington, entre los cuales me encuentro, formarán equipos que competirán en pruebas de resistencia físicas. Los equipos serán elegidos por suerte, así que puede que no estés en mi equipo y eso me dificultaría conservarte en el ejército, porque, aunque las pruebas serán colectivas, la evaluación será individual. Así que aunque tu equipo lo haga bien, si tú lo haces mal puede que te expulsen y no habrá forma en la que yo pueda evitar que te vayas, porque estará a la luz de todos que no cumples con los requisitos físicos para estar en la milicia.

—Así que sí me quiere un poquito después de todo—murmuró, parpadeando y y mirándome con esos ojos etéreos, que podría haber llegado a amar si no hubieran pertenecido a la hija del hombre que más detestaba en el mundo.

—Ven, es hora de que mejores esa forma de respirar. Escucha con atención cada instrucción que te daré e intenta seguirla.

Le indiqué cómo coordinar sus respiraciones con el ritmo de las zancadas al trotar. Al principio protestó, lo hizo mal, me hizo berrinche, se quejó de lo malvado que yo era y me dijo que no me daría besos en una semana por hacerla trabajar de más. Si hubiese sido otra mujer, probablemente la habría mandado a la mierda por ser tan necia y caprichosa, pero cuando se trataba de Adara mi paciencia era casi la de un santo.

Ni yo mismo me reconocía.

Al final logré que entrara en razón e hiciera caso. Corrí a su lado y luego de muchos intentos empezó a mejorar. Su pecho se expandía con más regularidad y ya no parecía que se estaba asfixiando al avanzar por el centro de entrenamiento. El color en su rostro no varió demasiado y logró completar una vuelta completa respirando como se debía.

—Muy bien, soldado —le dije finalmente. Me acerqué, tomé su rostro entre mis manos y le planté un beso rápido en la frente. No entendía por qué me sentía tan orgulloso de la mocosa irreverente.

Ella me abrazó antes de que pudiera apartarme, estaba sudoroso y no sabía si eso le sentaría bien. Adara era tan delicada.

Se sintió demasiado bien estar entre sus brazos y eso no me gustó en lo absoluto. Me estaba apegando a ella con suma facilidad.

—Sudor de coronel, qué rico—dijo, apretándome contra su pecho.

—En serio eres una criatura bastante peculiar. Creí que a las mujeres no les gustaban los hombres sudados.

—En su caso, ¿a quién no le gustaría abrazarle mi coronel? Su sudor es el de un hombre de verdad. Poderoso, masculino, guapo y amargado.

Le di un beso fugaz en los labios, aún quedaba mucho por hacer y aunque me habría encantado perder el tiempo devorando su boca, teníamos un largo camino por recorrer.

—Debemos seguir con el entrenamiento—indiqué para recordarme a mí mismo que debía apegarme al plan.

—Me pondría a protestar, pero la verdad es que no me quiero ir del ejército.

—¿Ah no? —pregunté, si mal no recordaba ella quería marcharse hacía unas semanas—. ¿Puedo saber el motivo por el que ya no quieres irte de la milicia?

—No le daré el gusto a la perra de Madison de ver que tenía razón al decir que soy una inútil, quiero cerrarle la boca.

El estúpido deseo de que fuese yo la razón por la que ella no se quería ir del ejército, cruzó mi mente.

—¿Segura de que no hay otra razón para querer permanecer en el ejército?

—De momento no—expresó, hizo un lindo mohín con esa boquita que tanto me gustaba—. Ahora sigamos entrenando coronel, ¿cuál será la próxima fase?

Tras la carrera, pasamos al campo de tiro. Al menos en eso no fue un desastre total. De hecho… no estuvo nada mal. Si bien aún no conseguía darle al blanco, al menos lograba pegarle a la diana de vez en cuando. Me crucé de brazos, observando cómo ajustaba la mira sin quejarse y luego dio un nuevo disparo, el cual pasó bastante cerca del centro.

Recordé que Corvin le había ayudado a optimizar su puntería y me enojó que hubiese sido él quien la hizo mejorar y no yo.

—Vaya, parece que Corvin sí sirvió para algo después de todo—acoté de mala gana.

—¿Son celos lo que detecto en su voz?

Negué con la cabeza.

—No digas cosas absurdas. Yo jamás sentiría celos de nadie.

—Si usted lo dice.

Después de eso la llevé al área de combate cuerpo a cuerpo, puse mi mano sobre el sensor y una nueva puerta se abrió para dejarnos pasar. Entramos en una sala aislada, con escáneres incrustados en el piso y paredes acolchadas para evitar fracturas innecesarias. Presioné el botón oculto en el panel de mando y, tras unos segundos, una compuerta se abrió a un costado. De ella emergió la teniente Cormack, una mujer de complexión atlética, pelo castaño corto y con la misma estatura que Adara. Llevaba puesto el uniforme de entrenamiento y unos guantes protectores.

—Esta es la teniente Cormack —le dije a Adara sin rodeos—. Te ayudará con el combate cuerpo a cuerpo. Por obvias razones, no puedo ponerme a pelear contigo directamente, así que ella se encargara de esta parte, al tiempo que las superviso.

La reacción de Adara fue casi cómica. Se le heló la expresión, como si estuviera segura de que iban a darle una paliza.

Cormack asintió.

—Tranquila en este entrenamiento no saldrás lesionada, por lo tanto empecemos—pidió.

La teniente no se contuvo y acorraló a Adara en segundos, la recluta hacía lo posible para resistir y se mantenía en pie estoicamente a pesar de que Cormack sí le estaba pegando como si fuera una soldado de su nivel.

Adara contrario a lo que pensé, esquivó varios golpes con una agilidad admirable, y en una de esas consiguió asestarle un puñetazo en el hombro a su rival, aunque no consiguió moverla un centímetro. La pelea transcurrió por varios minutos más en los que siempre pasaba lo mismo: Adara conseguía pegarle a Cormack, pero no con la fuerza necesaria.

Allí estaba el problema, ella era rápida y asertiva, pero carecía de la potencia necesaria para desestabilizar a sus rivales.

Activé el análisis desde el panel y esperé a que la máquina emitiera sus propias conclusiones sobre la pelea. Los sensores recogieron los datos al instante y una serie de gráficos aparecieron en la pantalla frente a mí.

La máquina concluyó casi lo mismo que yo: Adara no usaba la fuerza de su cuerpo al golpear, ella estiraba los brazos para conectar pero no se impulsaba como debía y por eso sus puñetazos tenían tan poco vigor. Los resultados mostraban que ella también debía ganar un poco de músculo.

—Cormack, retírate —ordené. Ella asintió y salió por donde había llegado.

Adara se secó el sudor con la manga. Tenía la respiración acelerada, el ceño fruncido. Sus manos temblaban un poco y me miraba a la espera de las novedades sobre su pelea.

—¿Qué dice la máquina?

—Tu problema es que no sabes lanzar golpes con la fuerza suficiente, no te impulsas con tu cuerpo y aunque arrojes mil trompadas, ninguna de ellas será efectiva si sigues así. Debes ganar algo de músculo y aprender a imprimirle potencia a cada impacto.

Ella parpadeó.

—No comprendo qué es lo que debo hacer.

—Te lo enseñaré.

Ella alzó una ceja con expresión ladina.

—¿Qué más va a enseñarme mi coronel? —acotó en un tono perverso.

—Adara…

—Uy, pero ya uno no puede ni hacer preguntas.

Presioné otro botón y del suelo emergió un maniquí cubierto con un polímero especial, preparado para recibir golpes. Me acerqué a él.

—Mira lo que pasa si sólo muevo el brazo y no mi cuerpo entero, al lanzar un golpe.

Lancé un puñetazo sin impulsarme con los hombros. El impacto hizo que el maniquí se moviera pocos centímetros.

—Ahora, observa esto.

Moví los hombros hacia adelante, giré la cadera y liberé todo el peso del cuerpo en el siguiente golpe. El maniquí salió disparado hacia atrás y se partió por la mitad cuando tocó el suelo.

Adara me miró con los ojos muy abiertos.

—Si yo fuera ese maniquí… lo demandaría por violento.

Negué con la cabeza, conteniendo una sonrisa.

—¿Comprendiste lo que debes hacer?

Ella asintió.

—Sí.

—Entonces es hora de que lo intentes.

Durante casi dos horas estuvo tratando de darle un golpe decente a un nuevo maniquí. Sudó, gruñó, protestó y me acusó de ponerle un maniquí más resistente adrede, sólo para demostrar que yo era mejor que ella. Se desesperó e incluso pateó al maniquí y le gritó: ya cáete.

No se rindió a pesar de que le estaba costando mucho. Le indiqué una y otra vez cómo debía mover la cadera, cómo debía acompañar el golpe con el desplazamiento del torso, cómo debía imprimirle toda la fuerza de su cuerpo al movimiento de su puño. Hasta que, finalmente, uno de sus impactos fue lo suficientemente fuerte como para hacer temblar al maniquí.

—No eres tan mal recluta después de todo —dije, soltando una leve exhalación—. Simplemente no estabas recibiendo el entrenamiento correcto. ¿Acaso Madison no te explicó nada cuando entrenan? ¿O tú no le prestas atención?

Ella bajó la mirada y se mordió los labios.

—No le caigo muy bien a Madison. Siempre me manda a entrenar aparte y me deja sola. Le he pedido muchas veces que me instruya porque quiero mejorar, pero ella se niega a explicarme qué hacer y luego me castiga frente a todos por estar haciendo las cosas mal. Cuando le pido ayuda a mis compañeros del pelotón, nadie me la brinda porque Madison se los prohibió. Y me da pena estar molestando tanto a Noah… así que trato de hacer las cosas por mi cuenta, pero no he conseguido gran cosa y cada vez lo hago peor.

Sentí un pinchazo en el estómago.

—¿Por eso le pediste ayuda a Corvin?

Asintió, con una mezcla de vergüenza y resignación cantando en su rostro.

—Sí… pero usted lo expulsó, y desde entonces ando por allí dando tumbos, tratando de obtener buenos resultados sin éxito. Corvin me ayudaba cada vez que podía.

Me pasé una mano por la nuca. El sudor ya se me había secado, me sentía molesto. Madison había sobrepasado la raya e iba a darle la reprimenda de su vida.

—Hablaré con Madison y tomaré medidas. Ella no puede estar siendo injusta con los reclutas sin razón. ¿Tú le hiciste algo?

—No, no le he hecho nada y por favor no le llame la atención.

Alcé una ceja.

—¿Por qué no quieres que le llame la atención por eso? Tengo razones de sobra para hacerlo.

—Madison me ha repetido hasta el cansancio que soy una inútil, que no sirvo para nada. Callarle la boca y demostrarle que, a pesar de sus malas intenciones logré hacer las cosas bien… será más satisfactorio que una reprimenda momentánea de su parte.

La intensidad con la que lo dijo me dejó sin palabras unos segundos.

—¿Una reprimenda momentánea? Lo que está haciendo contigo merece que la traslade a otra central y le rebaje el rango. No me gusta trabajar con soldados que abusan de su autoridad y ella lo está haciendo contigo.

Ella negó con firmeza.

—No lo haga, por favor. Quiero verle la cara a la zorra esa, cuando vea que la he superado en todo… hasta en su corazón, coronel.

Su mirada se clavó en la mía, lucía tan determinada que me convencí de que ella lograría cualquier cosa que se propusiera. Lo veía en el color celestial en sus ojos.

—¿Así que también formo parte de tu contienda con Madison? —pregunté, intentando no mostrar lo mucho que eso me agradaba.

Se acercó y, con una lentitud provocadora, dejó un beso suave en mi cuello.

—¿Qué pasaría si le dijera que sí?

Le tomé el rostro y besé su nariz.

—Diría que tienes la batalla ganada.

****

Regresamos a la sala de la mansión una hora después y yo recibí un mensaje de mi madre, preguntando quién era la mujer pelinegra que había metido a la mansión. Le dije que alguien sin importancia, al final respondió que la única mujer que aprobaba para mí era Madison. Decidí no contestar.

Mi madre siempre se enteraba de quién entraba y salía de mi casa, había cambiado el personal varias veces por lo mismo, pero al final se las ingeniaba para enterarse de todo.

Mi madre y la de Madison habían sido amigas de toda la vida, cuando ella y yo terminamos fue una verdadera catástrofe. Mamá no confiaba en las personas con facilidad, por eso le costaba aceptar extrañas en mi vida. No quería estresarla más, así que en parte por eso seguía soltero. No era uno de esos hombres manejados por su madre, pero era consciente de que había sufrido mucho sacándonos a mi hermana y a mí adelante. No quería ser yo quien pusiera problemas de nuevo en su vida.

Mi madre no conseguía trabajo con facilidad cuando mi hermana y yo éramos jóvenes , siempre la despedían porque Damon King intervenía por el odio que le tenía a mi padre y a ella. Vivimos en albergues, en cuartitos pequeños y había días en los que escaseaba la comida, por lo tanto, ambos acordábamos que sólo mi hermana comería por ser la menor. Mamá estaba delgada, triste y solía llorar todas las noches antes de quedarse dormida.

Mis abuelos le dieron la espalda y el resto del mundo al parecer también.

—¿Puedo ir a tomar agua? —preguntó Adara, al tiempo que yo leía un nuevo mensaje que me había enviado mi madre; en el que decía que sólo aceptaría que tuviera hijos con Madison.

—Claro que puedes ir por agua, la cocina está por allá—respondí distraído, señalando tras la escalera de caracol.

Ella se fue por un pasillo y al cabo del rato apareció con una botella en las manos y una expresión extraña.

—Wii, mi coronel, encontré esta agua con sabor dulce en la refri y me la bebí de golpe, ahora veo doble y tengo muchas ganas de reírme y no sé por qué —le bailaban los dedos e hipaba—...Qué bonito está usted, mi coronel. ¿Le habían dicho que es el hombre más precioso que existe? Pero sería más precioso si tuviese un carácter más bonito y no fuera tan regañón.

Fruncí el ceño y me acerqué a ella, intenté arrebatarle la botella que tenía en las manos para ver qué carajos se había tomado, pero Adara creía que quería bailar con ella y me agarraba la mano y trataba de dar vueltas conmigo.

—Qué mal bailarín es usted, está todo tieso, le falta *flow*. Venga sígame el ritmo, a ver, 1, 2, 3, la mano arriba, cintura sola date la vuelta... danza Ku...

—¿En dónde conseguiste la botella?

—La respuesta está su corazón, mi coronel.

Ay Dios... ¿está borracha?

—Mi coronel... dígame que me quiere...—ella apretó mi cara entre sus dedos y me dio un beso rápido, percibí su aliento a alcohol—. Mi coronel, ¿y si nos vamos a Las Vegas y nos casamos? Es que tiene usted la cara del amor de mi vida. Además, seguro que los bebés le quedan muy bonitos. Amémonos mi coronel.

Si pensaba que entrenar a Adara King sería una tarea difícil, lidiar con ella estando borracha sería una labor titánica.

—Mi coronel, cánteme una canción... ¿Se sabe la de *I Will always love you*? Dedíquemela, sea romántico conmigo oiga.

Luego rompió a llorar porque yo no le quería cantar, así que se puso ella misma a hacerlo.

—Y yooooo, siempre te amar...¿te qué? —Se quedó pensativa cuando se le olvidó la canción. — Ay no me acuerdo, pero sabe cuál sí me sé... a ella le gusta la gasolina, dame más gasoli...na. Deme de su gasolina mi coronel, venga, baile conmigo.

Capítulo 15

Coronel Luke

—Adara, bájate de allí —ordené con el ceño fruncido, sin apartar la mirada de sus piernas tambaleantes sobre la mesa.

Llevaba como media hora tratando de quitarle la botella, pero había sido imposible. No entendía cómo se las estaba ingeniando para evitar que la atrapara. Al parecer el entrenamiento había servido más de la cuenta y ahora yo mismo no podía contra ella.

Adara estaba trepada como una criatura salvaje sobre la mesa del comedor, descalza, con los mechones alborotados y una botella en la mano, moviendo las caderas con una torpeza tan ridícula como sensual. Tenía los ojos brillantes, y un gesto burlón que evidenciaba que las locuras de su parte, apenas y daban inicio.

Me esperaba una jornada larga y tortuosa.

—¡Le voy a hacer un baile sensual para que se enamore de mí, coronel Luke! —exclamó, alzando los brazos como si fuera la estrella de un club nocturno—. Se va a querer casar conmigo cuando vea mis fabulosos movimientos.

Dio una vuelta ridícula y casi pierde el equilibrio. Solté un suspiro y me subí a la mesa impaciente.

Intenté arrebatarle la botella siendo lo más cuidadoso posible, porque no quería lastimarla al agarrarla bruscamente y que se fracturara o cayera al tratar de esquivarme. Adara se aferró a ella con una obstinación infantil, como si acabara de declararla su bien más preciado. Forcejeó unos segundos, frunció los labios con rebeldía y terminó cediendo sólo cuando le miré enojado y le dije que la castigaría el doble si seguía así.

—¿Viene a bailar conmigo, mi coronel? —dijo con una voz que pretendía ser seductora, aunque el hipo que le siguió arruinó todo el efecto.

La levanté en brazos con un solo movimiento y la bajé de la mesa. Sus manos se aferraron a mi cuello, acto seguido inhaló hondo y me dijo algo parecido a: mi coronel usted huele divino, ¿qué marca de jabón de baño usa?

Esbocé una media sonrisa por la situación tan ridícula en la que me encontraba.

—Bájeme, coronel —protestó mientras pataleaba y usaba una voz tan caprichosa que despertó en mí un deseo de nalguearla—. No me deja bailar, no me deja enamorarlo... ¿cómo quiere entonces que yo me gane su corazón?

—No necesitas ganarte mi corazón —solté sin pensar.

Ella se quedó mirándome con esos labios entreabiertos que tanto quería besarle. Ni siquiera el alcohol o el sudor que la había cubierto al entrenar, logró apagar esa fragancia dulce que emitía su cuerpo cada vez que me acercaba a ella.

—¿Eso significa que ya tengo su corazón? Qué bonito, nunca imaginé que sería fácil conseguir el corazón de un coronel—alzó las cejas, sonriendo como si me hubiera atrapado—. Mi coronel como que se enamora usted muy rápido, ¿no? apenas y nos conocemos.

—Quédate quieta y te contaré un secreto, ¿va?

—¿Qué implica quedarse quieta? Porque yo me aburro fácil —resopló con fingido fastidio.

—Significa sentarte en el sillón y quedarte allí mientras analizo qué demonios te tomaste.

—Seguramente me preparó una pócima de amor para que le entregue mi tesorito.

Fruncí el ceño, sin entender.

—¿Tu tesorito?

—Ay, no se haga el pendejo, mi coronel —rio, y luego hipeó de nuevo—. Ustedes los hombres hacen lo que sea para que una le entregue su pureza, pero conmigo no podrán.

Su boca sin filtro y esa inocencia descarada que poseía me desarmaban. Y no sabía si quería besarla, castigarla o ambas.

—Perdón, mi coronel —añadió en voz bajita, luego se llevó una mano al pecho como si fuera una virgen ofendida—. Es que una tiene que proteger su virginidad de quien sea.

Lo dijo con despreocupación, como si no hubiese sido intencional que la bomba se le escapara y explotara sobre mí, el demonio que quería seducirla, enamorarla y dejarla justo cuando más me quisiera. Un monstruo dentro de mí se regodeó y me dijo: *Toma su pureza y destrúyela, se lo merece por llevar en sus venas la sangre de Damon King.*

Su virginidad hacía que todo se volviera mucho más oscuro, más interesante. Su pureza alteraba el juego, volviéndolo más emocionante. Yo sería el primer hombre en su vida, aquel que jamás podría olvidar y aunque pasaran los años, la hija de Damon King siempre me tendría presente.

Me quedé mirándola. Literalmente paralizado.

Sentí que algo en el pecho se me comprimía con fuerza, porque la voz de mi conciencia cobró vida y me indicaba que Adara no merecía que la dañara emocionalmente. Que ya tenía suficiente con haber perdido a su prometido.

Algo parecido a la culpa me sacudió la mente.

Quizá lo que dijo sobre su virginidad era una broma, algo dicho en medio de su borrachera. La observé de arriba abajo, me costaba creer que ningún hombre se hubiese aventurado a poseer aquel manjar tan delicioso. Era preciosa, en la central los hombres no paraban de hablar de su belleza legendaria. Era impensable que tanta hermosura no hubiera sido devorada a cabalidad.

Por la forma en la que siempre intentaba provocarme y tentarme para que probara su fruto prohibido, jamás se me ocurrió que Adara King nunca había tenido sexo.

Dios.

Mi estómago se revolvió. Sentí una presión detrás de los ojos y de nuevo la vocecilla que suplicaba por ella, me decía que no lastimara a aquel angelito. Que quien había dañado a mi familia era Damon, no Adara. Que ella no sería capaz de lastimar a nadie por mucho que esa persona lo mereciera.

—¿Eres virgen?

Adara me miró como si yo fuera un criminal que acababa de escupirle.

—¿Y por qué ese tono de sorpresa? ¿Tengo pinta de andarlo repartiendo por allí como si fuera pan para los hambrientos?

Reprimí una carcajada mientras observaba la botella que aún sostenía. La acerqué a mi nariz y olí el contenido. Era tan fuerte que quemó mis fosas nasales en cuanto lo aspiré. Probé un sorbo y confirmé mis sospechas, era el licor que Noah me había llevado un par de semanas atrás.

—Es que como estuviste comprometida con otro, creí que tu novio y tú lo habían hecho.

—No —dijo con énfasis—. Yo llegaré pura e inmaculada al matrimonio. Sin anillo, no habrá fiesta, ni pasión.

—O sea que si te propongo pasar la noche conmigo... ¿te negarías?

Ella me recorrió con la mirada, de forma lenta y descarada, cual si estuviera decidiendo si yo era la excepción a su regla.

—Es más que probable—asintió con una sonrisita burlona—. Así que vaya preparando el diamante para mi anillo de compromiso o no podrá disfrutar de mi sabrosura.

Llevé la botella a la boca, y terminé de saborear el líquido abrasador, tragué duro y sentí como si me estuviesen obligando a comer lava. Las manos me sudaron y tuve que apretarme el estómago cuando esa mierda entró en él. Noah me lo había regalado hacía unas semanas, pero no había tenido tiempo de probarlo.

No me imaginaba cómo es que ella había logrado beber tanto.

—Este es el tequila "Levanta muertos" —murmuré con resignación, escudriñando la botella ornamentada con cráneos.

Cuando vi que Adara no respondió, miré en el sitio en donde se suponía que estaba sentada. Ella había desaparecido.

—Pero… ¿qué diablos...? ¡Si sólo me descuidé un segundo!

Me puse de pie de golpe y miré en derredor, no oía movimiento alguno sobre la casa lo cual significaba que ella había salido.

—¡Juguemos al gato y al ratón, mi coronel! —gritó a lo lejos y vi que los portones se estaban abriendo.

¿Cómo diablos había convencido a mi equipo de seguridad de dejarla salir?

Corrí hasta la puerta del frente y la vi cruzando el jardín a toda velocidad, riendo y saltando alegremente. Ni siquiera se quejaba de que le había tocado correr y lucía feliz mientras yo intentaba alcanzarla. No sabía en qué momento se había vuelto tan rápida.

—¡Adara, espera! No puedes andar corriendo por allí a estas horas. ¡Espérame!

—¡No quiero, Dobby ya no tiene por qué obedecerle a su antiguo amo! Dobby ya es libre y no está en el ejército—gritó por encima del hombro—. ¡Venga por mí, coronel! Si me alcanza, le doy un besito.

—¡Adara! —resoplé, corriendo tras ella—. ¡No salgas a la calle, puede ser peligroso!

El viento me golpeaba en la cara, mientras corría por el jardín casi con desesperación, si esa mocosa salía de la mansión quién sabía qué otras locuras se le ocurrirían y yo terminaría siendo arrastrado a un montón de situaciones incómodas. Porque medio mundo querría saber qué hacía la hija de Damon King borracha cerca de mi casa, pero eso no era lo que más me estresaba, sino que Adara no estaba en sus cinco sentidos y alguna tontería sin sentido haría.

Las ramas se movían con parsimonia y algunos pétalos flotaban bajo el cielo nocturno. Ella corría descalza, con una agilidad absurda y yo parecía estar moviéndome con más lentitud.

—No. No, no, no... Adara ven—grité cuando vi que salió al exterior y emprendió la huida por la calle principal.

Apreté el paso, pero ella al ver que me acerqué trepó por un muro y saltó la barda como una maldita acróbata. No podía creerlo, aquello no tenía un puto sentido y sin embargo estaba pasando.

—¡Maldita sea! —grité, estrellando la palma contra mi frente—. A buena hora dejé que la mocosa se emborrachara...

Me paralicé por un segundo, tratando de decidir si llamar a un exorcista, a la policía o pedir una ambulancia. Aunque estaba seguro de que nada de eso lograría que Adara me obedeciera.

En aquel exclusivo vecindario, la gente tenía cámaras de seguridad por todas partes, perros guardianes y agentes de seguridad entrenados para disparar al menor movimiento. No quería ni pensar en lo que ocurriría a continuación.

—¡La voy a matar cuando la alcance! —murmuré mientras maldecía y trepaba por la valla.

Cuando mis botas tocaron el césped al otro lado, ella chilló divertida y echó a correr otra vez.

—¡Alcánceme mi coronel! ¡Si me atrapa puede besarme donde quiera!

—¡Adara! —gruñí con desesperación—. Te juro que cuando te atrape te voy a encerrar en mi cuarto y no te dejaré salir más.

—Ay, ¡qué romántico! —gritó desde los rosales—. ¡Eso suena como propuesta de matrimonio! Acepto, mi coronel.

Ella seguía escapando, soltando risitas y dando saltitos.

Me estaba volviendo loco.

Mis botas se hundían en la tierra blanda mientras el aire se hacía más frío.

¿Sería que el maldito licor también le daba energía extra?

Adara corría sin parar y me llevaba una enorme ventaja. De repente sus pasos se desviaron hacia un arbusto cubierto de flores silvestres.

—Qué lindo gatito… qué bonito y grande estás, precioso.

Me detuve en seco cuando escuché el grotesco rugido de lo que parecía ser un tigre o un león.

Con el corazón desbocado, me percaté de que frente a mí había un letrero oxidado que rezaba: "Bienvenidos a la propiedad de la familia Norvin".

Maldita sea.

Los Norvin tenían tigre de bengala que criaron desde cachorro y al que consentían como si fuera un dulce gatito. Corrí hacia el arbusto, justo cuando ella desapareció tras las hojas. Un silencio ominoso me envolvió y sentí que se me detuvo el corazón.

Y entonces escuché un chillido que no supe cómo interpretar.

Mis piernas apretaron el paso y avancé como si no hubiera un mañana, como si de repente fuera un leopardo que quería escapar de un depredador mayor. La imagen de su cuerpo atrapado bajo las garras de un felino gigante me perforó el estómago e imaginé lo que pasaría si no llegaba a tiempo, no tenía cómo defenderla del animal, pero algo se me ocurriría.

Lo que encontré al rodear el arbusto hizo que me detuviera en seco. Parpadeé atónito sin entender qué diablos estaba pasando.

Adara estaba sentada en el césped, con las piernas cruzadas y el cabello suelto, acariciando la barriga del tigre de bengala que estaba acostado boca arriba, con las patas al aire como si fuera un simple gatito doméstico. Ronroneaba y le acariciaba los muslos con la cabeza. A los pocos minutos ella se puso en pie y le acercó un plato repleto de carne, que el animal comió sin perder a la pelinegra de vista. Ese monstruo de más de cien kilos, que se suponía era una bestia feroz y letal se había rendido a los encantos de Adara.

Mi cerebro tardó un segundo en entender la escena. Otro segundo en creerla, quizá yo también me había emborrachado con las dos gotas de tequila que me había tomado.

¿Qué diablos tenía Adara que incluso las criaturas más fieras e irracionales se rendían ante su dulzura?

Traté de acercarme sin hacer ruido, pero el tigre levantó la cabeza y soltó un gruñido amenazante en cuanto me vio.

—Coronel, lo está asustando, por favor aléjese —dijo Adara con tono calmado, sin dejar de rascarle detrás de la oreja como si hablara de un conejo y no de uno de los felinos más grandes del mundo.

—Adara, es un tigre de bengala. Da más miedo él que yo —murmuré, sin apartar la vista de sus colmillos afilados y amarillentos.

—La verdad, este gatito precioso actúa de forma mucho más inofensiva que usted el día en que nos conocimos —respondió ella con una sonrisa adormilada, dejándose caer sobre el costado del animal—. Ven gatito hermoso, vamos a dormir…

El tigre, obedientemente se acomodó a su lado mientras Adara estiró el cuerpo y se acostó junto a él en el césped. En cuestión de segundos, se quedó dormida y yo contemplé la escena sin dar crédito a nada de lo que veía. La bestia felina parecía muy familiarizada con humanos, quizá por eso no me atacaba.

—Mierda… ¿y ahora cómo me la llevo? —murmuré preocupado. Al más mínimo movimiento que hiciera, ese tigre me degollaría. Tampoco quería dejarla sola con él. Los animales eran cambiantes—. Sólo Adara es capaz de emborracharse y domar tigres de la nada.

La puerta principal se abrió de repente. Giré la cabeza y vi una figura conocida. Una mujer alta, de cabello plateado apareció bajo el marco de la puerta, vistiendo una bata negra.

—Vaya qué sorpresa, Luke, muchacho, qué extraño verte a estas horas por aquí—dijo la señora Norvin, bajando los escalones de forma pausada.

—Disculpe, señora Norvin—me enderecé de inmediato, como si tuviera quince años y me hubieran atrapado robando manzanas.

Ella se acercó un poco y sus ojos claros se fijaron en la curiosa escena a unos metros de distancia. Adara seguía profundamente dormida y abrazaba al tigre como si fuera su peluche personal.

—Vaya… parece que Princesa se encariñó con tu acompañante, Luke.

—¿Princesa? —pregunté, incapaz de ocultar mi desconcierto.

—Así se llama el tigre, es una hembra en realidad. —dijo, como si también creyera que el nombre no le quedaba bien al animal.

La señora Norvin se acercó un poco más, con los ojos entrecerrados y sonrió con tristeza al ver lo que estaba pasando.

—Seguramente tu amiga le recuerda a mi hija —dijo en voz baja y muy nostálgica—. Princesa ha estado muy triste desde que Beth murió. Y debo reconocer que no es la única que se siente así.

Hubo un silencio breve. Uno que no supe cómo llenar, porque nada de lo que yo dijera podría hacerla sentir mejor.

—Puedo explicar lo que pasó y por qué estamos aquí, le juro que no es lo que parece.

—No es necesario que lo expliques, hijo. Tu amiga consiguió que princesa comiera un poco y eso arregla cualquier malentendido, mi hija amaba a esa tigresa—interrumpió ella, con una sonrisa melancólica—. Me alegra que finalmente tengas un poco de alegría y emoción en tu vida, además, por lo que veo, ella es bastante peculiar. Ven con tu novia a visitarme cuando puedas, a esta casa le hace falta un poco de la alegría que ella seguramente tiene—pidió señalando a Adara.

—Ella no es mi novia —aclaré con rapidez.

Ella alzó una ceja inquisitiva.

—¿Estás seguro de que no te interesa? Porque parecías dispuesto a pelear con Princesa para evitar que le hiciera daño.

—Lo que tengo con ella es complicado…

—Lo que te hace sentir bien no tiene por qué ser complicado. Sólo lo será, si tú decides que lo sea.

El silencio volvió a asentarse entre nosotros.

—Vámonos, Princesa, el coronel tiene que irse con su amiga —dijo entonces la señora Norvin.

El tigre emitió un gruñido bajo como si hubiera entendido que iba a llevarme a Adara. Se notaba que no quería moverse, ni separarse de ella. Se giró hacia Adara y le lamió la cara con su áspera lengua. Ella apenas se movió. El tigre volvió a gruñirme con fuerza cuando la señora Norvin le acomodó una correa y pasó con él a una distancia prudente de mí.

La tigresa aún reacia, se dejó guiar, pero antes de irse con su dueña giró el enorme cuerpo de nuevo, inclinó el hocico y volvió a lamerle la mejilla a Adara con cariño. Ella abrió un poco los ojos, le dio un beso en la nariz y volvió a quedarse profundamente dormida.

—Dicen que los animales son capaces de ver la pureza en las almas de las personas, tienes buen gusto Luke, cuida a esa chica y hazla feliz. Me da la impresión de que es una joven muy valiosa.

—Que tenga usted buenas noches, señora Norvin.

—Igual para ti, muchacho. Deja de buscarle peros a la vida, que es demasiado corta y lo mejor es disfrutarla.

Cuando ella y el tigre se marcharon, me acerqué a Adara.

Me incliné y pasé un brazo bajo sus rodillas, el otro por su espalda, y la alcé. Su frente descansó contra mi cuello y su aliento tibio se estrelló sobre mi clavícula, haciendo que me erizara cada vez que el viento le agitaba el pelo y el fragante aroma a miel de su pelo, se impregnaba en mi nariz..

—¡Qué voy a hacer contigo, Adara King! —susurré, disfrutando de lo hermosa que lucía al dormir.

—Quiero un novio como usted… mi coronel —murmuró abriendo los ojos para mirarme con una suavidad que me contrajo el estómago.

Luego volvió a quedarse dormida y no despertó ni cuando llegamos a la mansión, ni cuando le pedí a una empleada que le pusiera ropa de dormir y la acostara en mi cama.

Maldije para mis adentros, porque realmente yo también quería tener algo serio con ella, pero no podía, ni debía.

Tenía un plan y debía seguirlo.

Me quedé de pie junto a la cama sin saber qué hacer, si me acostaba a su lado sentiría ganas de abrazarla y dormir con su dulce aroma pegado a mi piel.

No puedes seguir debilitándote por ella, Luke.

Este no eres tú.

No te preocupas en exceso por cuidar a ninguna mujer que no sea de tu familia.

No permites que ningún soldado desafíe tu autoridad.

No dejas que ninguna mujer haga lo que quiera contigo.

Pero algo en Adara se sentía diferente, por ello no pude resistirme y me acosté a su lado, ella se pegó a mí con dulzura, recostó la cabeza sobre mi pecho y yo la abracé. Las luces se apagaron mientras me convencía de que jamás podría olvidar todo lo que había pasado ese día.

Adara King se estaba metiendo bajo mi piel y sería muy difícil arrancarla de ella.

¿Estaba a punto de convertirme en víctima de mi propio juego perverso?

Debía tomar medidas, buscarme otra mujer mientras salía con Adara. Debía tener una distracción adicional que evitara que me apegara más a ella.

Pero… ¿con quién podría salir? Dudaba que existiese una mujer lo suficientemente bella para impactarme y opacarla. Pensé en Madison, pero con las cosas que estaba haciendo últimamente, me había desencantado de ella. Aunque quizá la rubia fuera la mejor opción después de todo.

Ya no sabía ni en qué creer, lo único real en mi vida en aquel momento era la tranquilidad con la que palpitaba mi corazón, porque Adara estaba recostada sobre mi pecho. Porque podía admirar su bello perfil y sentirme cerca del cielo por primera vez en mi vida.

***

Desperté sintiendo una calma infinita en la mente y el alma. Nunca había dormido tan bien en mi vida, tuve sueños hermosos, tranquilos en los que Adara avanzaba a través de un bosque, flotando como un hada y vestida como una. Yo la seguía tan embobado y enamorado, que me hubiera encantado no despertar.

El silencio de la habitación era casi sagrado, y giré la cabeza para observarla a mi lado. Me tomó unos segundos aceptar que no estaba soñando y que Adara King seguía junto a mí, aunque no habíamos hecho nada de lo que me hubiera gustado. Había sido inmensamente feliz con el simple hecho de poder tenerla entre mis brazos mientras dormía.

El dulce angelito seguía envuelta en las sábanas, con el cabello enredado sobre la almohada y los labios apetitosos entreabiertos. No tuve el valor de despertarla.

Me incorporé con cuidado. Me pasé una mano por el rostro mientras me levantaba, pero en lugar de alejarme, me quedé de pie junto a la cama observándola como un idiota. Podría verla por toda la eternidad sin aburrirme. Todo en ella me enceguecía, como si emanara una luz tan pura, que ni siquiera yo podía contaminar

El zumbido del celular vibrando sobre la cómoda interrumpió mis pensamientos.

Lo tomé y vi que había: 75 llamadas perdidas de Madison, un montón de mensajes en WhatsApp y varios correos electrónicos.

Se había vuelto loca.

Era mi día libre, no tenía por qué tolerar la intensidad de mi ex y menos cuando planeaba salir con Adara y tener nuestra primera cita oficial, siempre y cuando ella estuviera en condiciones después de la borrachera.

Bajé por la escalera sin camisa, descalzo y con el teléfono aún en la mano. Cuando llegué al último peldaño, la puerta se abrió de golpe y apareció Noah con una sonrisa sarcástica en la cara.

—¿Cómo pasaste la noche con Adara? —preguntó, sin rodeos.

Lo miré sin expresión

—No sé de qué hablas.

—Ay, por favor, coronel. Salí a mear anoche y me llevé la sorpresa de mi vida al ver a mi prima dándose lengüetazos con su coronel. Tranquilo, soy discreto, no le diré a casi nadie lo que vi sólo a tu suegrito Damon King—alzó las manos y yo lo fulminé con la mirada—. Ya pues, cálmate lobo feroz, no le diré a nadie. Vine a avisarte que alguien le dijo a Madison que te vieron con otra en la central y está que echa chispas, tratando de averiguar quién es la pobre desgraciada que le está robando al ogro de su vida, digo al amor de su vida. Vine a pedirte que estés pendiente de Adara, porque si Madison descubre que ella es la dueña de la cámara secreta; en la que quieres meter tu basilisco, le hará la vida imposible. Yo tengo menos autoridad que tu ex novia en el ejército por eso no puedo hacer mucho, pero tú sí puedes ponerle un alto en cualquier cosa que intente.

—No dejaré que le haga nada —le aseguré con tono seco—. Tenlo por seguro.

—¿Puedo saludarla?

—No, está dormida, déjala descansar.

Él arqueó una ceja de forma morbosa.

—¿La dejaste cansada, eh campeón?

—Noah...

—Uno pensaría que andarías más feliz, ahora que al fin se te hizo con Adara y andas es de peor humor. Relájate un poco, por una vez en tu vida.

Capítulo 16

Adara

Me desperté con un dolor de cabeza tan fuerte, que quise volver a dormirme y no despertar en un año. Sentía el cráneo palpitando con tanta potencia que parecía que un martillo me estaba pegando en el cráneo. Tenía los ojos inflamados, parecía que había llorado como loca mientras veía una maratón de dramas coreanos con final triste. Me quedé quieta unos segundos intentando ubicarme.

Estaba en una habitación que definitivamente no era la mía. Las cortinas eran demasiado elegantes y caras para ser del ejército. El aroma embriagante que había en el ambiente era intenso, masculino, amaderado y vigoroso.

Era el adictivo olor del coronel.

¿Qué diablos había pasado?

¿Acaso había hecho la danza de la fertilidad con él?

Me senté en la cama, todavía envuelta en sábanas blancas que parecían nubes de algodón.

Intenté hacer memoria para entender cómo había llegado hasta allí, la noche pasada estuve entrenando en un centro especial con el coronel, luego regresamos a la sala, le dije que quería un poco de agua y después de eso mi mente se quedó en blanco. Como si me hubiesen borrado la memoria.

Me llevé las manos a la cara.

Ay Dios, ¿será que le di mi tesorito y estoy tan impactada que por eso no recuerdo nada?"

¿Tan malo fue?

Era poco probable, el coronel tenía pinta de que sabía hacer muy bien su trabajo.

Me puse en pie con cautela. No me dolía nada, así que probablemente yo seguía pura y casta como Diosito mandaba.

¿Y si el coronel lo tiene pequeño y por eso no me duele?

Decían que los asiáticos lo tenían bastante minúsculo...

¿Y si el coronel tenía ascendencia asiática? No había nada en él que lo indicara, pero el mundo estaba lleno de sorpresas. Aparte su apellido era un completo misterio, tan descabellada no era mi teoría.

Al bajarme de la cama, el dolor de cabeza volvió a sacudirme.

Solté un quejido aletargado.

Vi una bandejita plateada colocada sobre una mesa junto a la cama, la misma contenía un vaso de jugo de naranja, una pastilla redonda y una nota escrita con letra firme y autoritaria que decía: *"Tienes prohibido beber alcohol hasta tus próximas reencarnaciones, mocosa. Te estaré esperando en el jardín, tenemos mucho de qué hablar. Tómate el jugo y la pastilla, te ayudará con la resaca P.D: Hay ropa limpia y planchada para ti en el clóset, espero te guste y sea de tu talla"*

Fruncí el ceño. ¿Por qué me prohibía beber alcohol? Ni que hubiera sido yo una borraba consumada, que tenía más licor que sangre en las venas.

Me metí a la ducha, me di un baño rápido y encontré en el clóset un hermoso vestido corto y celeste *Prada* junto a zapatos de tacón cuadrado marca *Louboutin* que estaban en tendencia. También encontré maquillaje Christian Dior sobre una peinadora que parecía que acababan de colocar junto a la cama y un hermoso anillo de la marca Tiffany de color celeste claro.

El coronel tiene buen gusto.

Me arreglé, me puse un poco de crema corporal con olor a avena y miel, acto seguido me enfundé una hermosa cartera Chanel que el coronel también había dejado para mí.

Parecía que había averiguado todas las marcas que me gustaban y le ordenó a alguien que armara un outfit de escándalo para mí.

Cómo me atraían los hombres que se tomaban el tiempo de investigar lo que nos gustaba para complacernos.

Entré de nuevo al clóset y me metí a la sección del coronel, había camisas mayormente oscuras y de lino, perfectamente planchadas, olorosas y masculinas. Las olí todas y cada una de ellas y quise robarme alguna, para abrazarlas mientras dormía lejos de él en el ejército. El coronel usaba pura ropa cara y de marca, habían corbatas plateadas y negras en su mayoría. Podía quedarme a dormir en aquel cuarto repleto de la ropa del hombre que tanto me gustaba y tener sueños calientes.

Pero como no todos los cuentos tenían finales felices, salí del cuarto repleto de su ropa, porque estaba hambrienta y necesitaba comer algo, por mucho que el dolor de cabeza me estuviera jodiendo la vida.

Me tomé la pastilla y el jugo, luego bajé las escaleras con cuidado, masajeándome la sien en un vano intento de aplacar el dolor que aún sentía.

Vi al coronel sentado tranquilamente en una mesa junto a la piscina. Estaba desayunando y se veía tan perfecto e impactante que se me secó la boca. Llevaba una camisa blanca arremangada que evidenciaba un tatuaje tribal en forma de dragón en su brazo derecho. Tenía el cabello oscuro perfectamente peinado y su perfume amaderado flotaba en el aire. Emanaba tanto poderío y masculinidad, que quise sacar un celular y grabarlo para poder verlo las veces que quisiera.

Qué jodido hombre tan perfecto era.

Imponente, fuerte, musculoso. Tragué en seco y me acerqué a él.

Tenía muchas preguntas en mi cabeza.

Lo observé con más detalle, no había un solo centímetro en Luke que indicara que tenía ascendencia asiática. Me acerqué a él y pegué mi rostro a su cara buscando algún rasgo oriental en su apariencia, luego quise besarlo y me distraje en cuanto me miró a la cara. Mi rostro se encendió y cada parte de mi cuerpo igual. No quería usar el típico cliché de compararlo con algún dios griego, pero algo en él me hacía pensar en Tánatos, el oscuro y frío dios de la muerte. Esos ojos verdes, glaciales e intimidantes parecían destinados a hechizarte de tal manera, que quisieras entregarle tu alma, tu fe y tu lujuria.

—¿La jaqueca te hizo perder la razón? —preguntó frunciendo el ceño, al notar cómo lo analizaba, cual si estuviera buscándole defectos físicos.

—Buenos días, mi coronel. Usted siempre tan lindo y amable —dije con una sonrisita encantadora, como si no lo estuviese juzgando mentalmente.

—Siéntate, tenemos mucho de qué hablar.

Justo cuando doblé los muslos para sentarme, liberé un gritito ahogado. Acababa de caer en cuenta de que a esa hora yo debía estar en la milicia entrenando, y siendo maltratada por Madison.

—¡Dios mío! Yo debería estar en el ejército. Madison me castigará durante diez años por estar fuera de las instalaciones.

Luke le hizo una seña a una empleada que apareció en segundos con una bandeja monumental: frutos frescos cortados en trozos, panes italianos y especiados, huevos benedictinos con salmón, también había huevos revueltos y hervidos, quesos, jugos frutales... diez tarros de mermelada y hasta pancakes esponjosos con jarabe de arce, miel y chocolate. Casi lloré de la emoción al ver tanta comida, porque, aunque aún me dolía la cabeza me estaba muriendo de hambre.

—Adara, ¿no viste la nota que enviaron a tu correo en la que se te notificaba que estarías libre hoy y mañana? El ejército suele darte dos días libres una vez al mes, cuando estás en fase de reclutamiento. A ti te tocó esta semana, al igual que a varios compañeros de tu pelotón, vamos rotando los días libres para que los entrenamientos no se detengan. Ya cuando te gradúes de la academia militar, tendrás dos días libres por semana como una persona común y corriente.

—Ay no... es que bueno... cada vez que entro a mi correo lo que recibo son regaños de su parte y malas calificaciones de mis profesores en la milicia. Así que se me han quitado las ganas de entrar y revisar.

—Un buen soldado siempre se mantiene al día con las novedades, sean buenas o malas.

—Pero yo no soy un buen soldado, ambos lo sabemos.

—Y jamás lo serás si sigues con esa actitud.

Me encogí de hombros. Mastiqué un trozo de pan tostado y unté mermelada de frambuesa sobre él, estaba delicioso. El coronel me evaluó interesado, me dio la impresión de que estaba enterado de que era mi favorita.

—Por cierto, mi coronel... ¿Tiene usted ascendencia asiática?

Me miró como si me hubiera salido un tercer ojo.

—No. ¿Por qué?

Agaché la cabeza, sonrojada

—Es que no sé si anoche pasó algo más entre usted y yo porque parece que me emborraché, y como no siento incomodidad al caminar y eso... bueno... pensé que su amiguito no es tan potente.

Se quedó en silencio, luego se puso de pie como si lo que yo acababa de decir hubiera despertado una bestia mítica y feroz en su interior.

Su expresión era ilegible. Se acercó, me tomó de la mandíbula con firmeza e hizo que me levantara y, sin decir una palabra, me besó.

Sentí como si él me estuviera robando la cordura mientras me besaba. Su boca incendió la mía, quitándome la voluntad, el alma y todo lo que me impulsaba a alejarlo. Sus labios se adueñaban de los míos, como si quisiera castigarme por la estupidez que acaba de decir. Me temblaban las piernas, me ardía la cara, pero todo se sentía demasiado caótico y dulce para que quisiera detenerlo. Le seguí el ritmo sin pensarlo, disfrutando a aquel hombre tan intenso, salvaje y feroz que me hacía levitar con besos indecorosos como aquel. Que me devoraban, que removían cada parte de mí y me hacían querer más.

Cuando me soltó, me mordió suavemente y yo apenas podía respirar.

—Créeme que cuando tú y yo lo hagamos... vas a sentir de todo. Así que no, no pasó nada entre ambos anoche.

Tragué saliva y mi entrepierna vibró.

—Si es que consigue que yo me entregue a usted.

Sonrió perversamente.

—Voy a tenerte, mocosa. Y te daré la mejor noche de toda tu vida.

Un estremecimiento me recorrió la columna. Quise empujarlo a la piscina, o saltar sobre él y besarle la boca. Ese hombre removía tantas cosas oscuras dentro de mí, que me costaba ser la misma de siempre cuando lo tenía cerca.

—Mi coronel, ¿no le parece que es demasiado temprano para propuestas indecentes?

—No parece que mis propuestas te molesten en lo absoluto.

—Tiene usted razón.

—Siéntate a desayunar, nena—pidió al tiempo que bebía un poco de lo que parecía ser café colombiano, lo supe por el rico aroma que emanaba la taza—. Saldremos de paseo en unas horas y quiero que te hidrates y recompongas. ¿Te duele la cabeza o algo?

Lo miré curiosa.

—Sin duda, usted puede llegar a ser lindo cuando se lo propone, mi coronel.

Suspiró, negó con la cabeza y sonrió de medio lado.

—Te has comportado terriblemente y sin embargo, lo único que me apetece es pasar mis días libres contigo.

—Me parece un plan perfecto, ¿a dónde iremos?

—Será una sorpresa.

No sabía cómo interpretar aquello. A fin de cuentas, aún no lo conocía lo suficiente.

—Debo avisarle a mi hermana que saldré—anuncié.

Él alzó una ceja.

—Claro, traje tu teléfono del ejército por si quieres llamarla. O si deseas usar el mío, no tengo problema con eso —dijo el coronel, con la voz mucho más ronca y masculina que de costumbre.

—También necesito comprar algo de ropa yo...—bajé la cabeza, no quería usar la cuenta bancaria que mi padre puso a mi nombre. Me juré que ganaría mi propio dinero, pero si me iría de paseo con él necesitaría tener al menos una maleta con ropa y enseres básicos. Anabella tendría que prestarme un par de dólares.

—Yo me encargué de armarte una maleta para el viaje, me di a la tarea de averiguar cuáles eran tus gustos personales, espero que lo que encuentres en ella sea de tu agrado.

—¿O sea que quiere convertirse en mi sugar coronel?

—Seré lo que tú quieres que sea, nena.

—Muchas gracias mi coronel, usted es el sugar de los sueños de cualquier mujer. Guapo, imponente y sólo un par de años mayor que yo.

Tomé el teléfono entre mis manos, pero lo miré con suspicacia antes de marcar.

—¿No me va a preguntar por qué tengo que avisarle a mi hermana?

—No tengo por qué meterme en tus decisiones —dijo sin alterarse—. Habla bien de ti que quieres mantenerla informada. ¿Ella está en la ciudad?

Asentí.

—Sí. Ella es como... mi coartada para poder estar aquí.

El coronel arqueó una ceja.

—¿Y para qué necesitas una coartada?

Me rasqué la cabeza con nerviosismo. Iba a confesarle que mi vida era una especie de telenovela dramática en la que mis padres no sabían en dónde estaba realmente.

—Es un poco complicado. Verá, mi familia no sabe que me metí al ejército. Sólo mi tío Dereck. Les dije que iría a una especie de retiro espiritual que me ayudaría a sanar mentalmente y esas cosas, ya sabe, por la depresión que estuve atravesando por la muerte de mi prometido. Mis padres no estaban muy convencidos de que viniera al supuesto retiro, hasta que le pedí a mi hermana Anabella que me acompañara. Como ella es mucho más centrada, madura y responsable que yo... mis papás aceptaron y confiaron en que decía la verdad. Anabella es mi adulto responsable.

Luke me observó, entre intrigado sorprendido.

—¿Por qué no le dijiste a tu papá que ibas a estar aquí?

Solté un suspiro desanimado.

—Verá... suelo fracasar a menudo en cada cosa que me propongo. Y como el ejército es tan importante para mi papá, no quería que él tuviese altas expectativas sobre mí y decepcionarlo una vez más.

Luke me miró con expresión anodina, noté que su semblante se enfrío de forma abrupta.

—¿Tu papá te ha dicho que lo decepcionas?

Negué de inmediato.

—No, para nada. Mi papá es capaz de destruir el mundo por mis hermanos y por mí. Jamás me diría algo que me lastimara. Soy yo soy quien se siente decepcionada de sí misma por no haber podido darle un solo orgullo en la vida.

El coronel se inclinó hacia mí.

—Entiendo... pero creo que si yo fuera tu padre no me sentiría decepcionado. Al contrario, me sentiría orgulloso de tener una hija que nunca se rinde a pesar de que ha conocido el fracaso muchas veces. El fracaso suele transformarse en peldaños que te impulsan a alcanzar el éxito.

Mi corazón dio un vuelco. Le di un beso en la mejilla, lleno de gratitud y ternura. Tomé el celular con renovada energía y empecé a marcar a Anabella varias veces, pero ella no contestó y eso causó que mi garganta se trancara.

La tensión se instaló en mi pecho y extendió sus ponzoñosas enredaderas hasta mi mandíbula, junto con el dolor de cabeza que había vuelto con más fuerza que nunca. Mi hermana no era de las que ignoraba las llamadas de nadie. Era muy atenta al respecto.

¿Algo le había pasado?

—Mi coronel... ¿podríamos ir a ver a mi hermana? Es muy extraño que no conteste. Esto no es algo típico en Anabella.

Luke no dudó ni un segundo.

—Por supuesto, vamos.

***

Veinte minutos después, el carro se estacionaba frente al edificio “Silver Tower” en la exclusiva zona en la que mi hermana vivía. Habíamos llegado allí semanas atrás, Anabella compró el pent-house con el dinero que ganaba con sus libros y desde entonces había vivido allí, mientras yo metía la pata en el ejército. Corrí hacia la puerta con la llave temblando entre los dedos. La abrí con manos torpes y casi tropecé al entrar.

—¡Anabella!

La encontré recostada en el sofá, con la cabeza gacha, apretando un pañuelo. Al verme, se levantó de un salto y corrió hacia mí. Me abrazó con tanta fuerza, que supe al instante que algo horrible le había ocurrido. Las manos se me enfriaron al tiempo que la miraba a los ojos, tratando de descifrar qué le ocurría. Sólo la había visto así cuando un tipo estuvo acosándola años atrás y me aterró pensar que toda esa pesadilla había empezado de nuevo.

—¿Estás bien? —le pregunté, con el corazón a punto de salírseme por la boca.

Ella me miró con los ojos vidriosos y dijo con voz quebrada:

—Hermanita, él ha vuelto.

Me helé.

—¿Quién?

—Mi acosador

Luke se había quedado en la sala, observando la escena como un halcón. Paseó la vista de mi hermana a mí varias veces, lucía muy sorprendido de que yo tuviese una hermana gemela.

—Hermana, te presento al coronel Luke—ella le tendió una mano nerviosa y abrió los ojos como platos al ver al coronel. Incluso en momentos como ese, el impresionante aspecto físico de Luke no pasaba desapercibido—. Ella es mi hermana Anabella.

Anabella, con su pijama gris, sus lentes de pasta y el cabello recogido en un moño improvisado, volvió a mirarlo como si estuviera orgullosa de que yo hubiese llegado acompañada de alguien que lucía así de bien.

—Hola, Luke disculpe que no lo saludara yo...

Luke le extendió la mano y parpadeó un poco, parecía que aún no se acostumbraba al hecho de que yo tuviera una gemela.

—No te preocupes —le dijo con voz suave, luego se giró hacia mí—. Por favor, cuéntame sobre el acosador. Puedo ayudar a evitar que pase a mayores.

Me senté en el borde del sofá y tomé aire. Agradecí que Luke estuviese allí, porque yo no tenía ni la más remota idea sobre cómo debía proceder. Las denuncias en la policía siempre quedaban en nada. Quizá lo más coherente fuera llamar a mi padre, contarle la verdad y que Anabella regresara a nuestra casa en Noruega. Todo ese tema del acosador me ponía tan nerviosa como a ella.

En ese momento, capté que mi hermana había cambiado su forma de vestir por culpa de aquel sujeto que la estuvo persiguiendo, quizá sentía que si no era provocativa él la dejaría en paz y por miedo había seguido así durante años. Me sentí el peor ser humano del mundo, porque hubo momentos en que intenté que cambiara su forma recatada de vestir por algo más alegre. Anabella se estaba protegiendo al usar atuendos menos coquetos.

—Cuando mi hermana estudiaba Literatura en la Universidad de Cambridge, un sujeto empezó a acosarla. Al parecer, leyó uno de los cuentos que ella publicaba en el blog de la facultad y se obsesionó con Anabella y sus escritos. Al principio sólo le enviaba cartas amorosas en las que la felicitaba por lo bien que escribía, luego empezó a enviarle invitaciones a salir a las que ella no respondía. Solía citarla en varios lugares, pero mi hermana nunca iba y eso lo descontroló. Empezó a enviarle amenazas de muerte, le mandaba fotos de ella misma en ciertos lugares con sus amigos para demostrar que la tenía vigilada, también enviaba amenazas de muerte a los amigos de mi hermana. Incluso mandó fotos del cuarto de mi hermana en Cambridge, el tipo tenía más acceso a ella de lo que parecía normal. Lo buscamos incansablemente, mi padre usó todo su poder para hallarlo, pero no había una sola pista o huella sobre él, hasta que un día simplemente desapareció. Pensamos que había muerto o había decidido dejarla en paz.

—¿Por qué piensas que tu acosador ha vuelto? —investigó Luke adoptando un tono respetuoso y profesional.

Anabella tragó saliva.

—Ayer le di la noche libre a mis dos guardaespaldas. Uno de ellos tenía a su esposa dando a luz y el otro debía ir al cumpleaños de su hijo. Este edificio es súper seguro, así que creí que no pasaría nada... pero a las dos horas de que se fueron, alguien empezó a tocar mi puerta, de forma fuerte e insistente. Me pasó algo muy parecido antes de que mi acosador desapareciera, era la misma forma de golpear la puerta, el mismo compás. Debía ser él. Intenté llamar a la policía, a ti, a papá... pero no conseguía línea por más que lo intentaba. Tuve un ataque de pánico y corrí a la sala, tomé un cuchillo y me atrincheré en mi habitación hasta que amaneciera. Los guardaespaldas regresaron esta mañana y encontraron una nota que decía: *"¿Me extrañaste bella? Porque yo a ti sí, mi vida no ha sido lo mismo sin ti, escritora promesa"*. El acosador siempre me ponía "escritora promesa" en las notas que enviaba.

—¿Y dónde están tus guardaespaldas? —pregunté.

—Los guardaespaldas llegaron esta mañana y han estado custodiando la entrada desde entonces, pero estoy muy nerviosa, Adara. Muy asustada.

—¿Tienes la nota contigo? —quiso saber el coronel.

—Los guardaespaldas la llevaron a la estación de policía más cercana.

—Bien, me encargaré de monitorear los estudios que le hagan, a ver si encontramos alguna huella digital o algo que nos permita dar con la identidad de tu acosador.

La abracé fuerte.

—Te estuve llamando hace rato y no respondías. ¿Tu teléfono no sonó?

Ella lo tomó de la mesa y me lo mostró. Revisé el registro. No había ni una sola llamada mía.

Era como si nunca la hubiese llamado.

Luke volvió a intervenir.

—Me encargaré de montar un operativo de investigación. También te asignaré una veintena de guardaespaldas y averiguaremos qué pasó con tu celular anoche.

Lo miré emocionada, era tan lindo cuando no estaba de malas.

—¿Harías eso por mi hermana?

—Claro que sí—contestó un segundo después—. No hay cosa que me cabree más, que los enfermos que molestan a las mujeres cuando estas los rechazan.

Le di un beso rápido

—Por eso te adoro.

Anabella nos miró y sonrió, un poco más animada.

—Tengo mucho que contarte —le dije con una sonrisa cómplice.

Ella me miró como si ya lo supiera todo.

—Seré toda oídos—respondió.

—Hermana, quizá deberías regresar pronto a casa. Yo estaré bien aquí, como ves el coronel me cuida mucho—luego miré a Luke—. Mi coronel, con lo que le pasó a mi hermana no creo que sea correcto que me vaya de paseo con usted, debo quedarme con ella.

—Claro que no, Ada, ve a ese paseo yo estaré bien. Tendré más seguridad de la cuenta y dudo que ese tipo pueda entrar. Me siento más tranquila.

—También le avisaré al presidente Dereck, es justo que él sepa lo que está pasando—informó Luke.

Anabella lo miró como si creyera que era una especie de ángel enviado del cielo para cuidar de ambas.

—Gracias... de verdad, coronel —murmuró.

—Tu seguridad es importante—dijo él con la voz profunda y firme—. Y lo es aún más si eres tan valiosa para Adara. No descansaré hasta encontrar al desgraciado que te hizo pasar por esto.

Mi hermana desvió la mirada, visiblemente conmovida. Acto seguido me miró como si creyera que Luke era lo mejor que podría haberme pasado en la vida.

Hablé a solas un rato con Anabella y le conté todo lo que estaba pasando entre el coronel y yo, me regañó por estar aferrada a la promesa que hice de no volver a amar a ningún otro tras la muerte de mi prometido.

—Ada, ¿crees que un hombre que te da entrenamiento adicional para que no te expulsen del ejército, que monta un operativo para cuidar a la hermana de la chica que acaba de conocer y que se preocupa de que estés bien, no vale la pena? Por todos los cielos, hermana. No seas tonta e intenta ser feliz con semejante hombre.

—Sé que vale la pena, pero tengo miedo de que alguien vuelva a morir por mi culpa. Es decir, me encanta estar a su lado, ya lo viste es impresionante físicamente, pero… tengo miedo de que algo le pase.

—No quiero ser dura al decirlo, pero el coronel Luke no es frágil como Santiago, se ve que es un hombre aguerrido, fuerte y poderoso. Si alguien intenta matarte frente a él, estoy más que segura de que Luke lo exterminará en el acto. —dijo ella—. Has sufrido mucho este año que pasó, quiero que salgas, que respires, que vivas. Que seas feliz de nuevo.

Nos abrazamos una vez más. Era ese tipo de abrazo fraternal que ambas necesitábamos, Anabella y yo siempre intentábamos ser la curita de la otra. Cuando me separé de ella, sentí un pequeño vacío en el pecho.

—Mi coronel... —murmuré mientras salíamos del pent-house unos minutos después de que me despidiera de mi hermana—. Gracias por lo que está haciendo. Mi hermana es una de las personas que más amo en la vida, me tranquiliza que usted esté al frente de su seguridad. ¿Aún no piensa decirme a dónde iremos?

Él me miró de reojo, con esa intensidad que hacía que las mariposas en mi estómago vomitaran arcoíris.

—Te aseguro que el lugar al que vamos te encantará.

Nos subimos al coche y mientras él conducía, yo miraba por la ventana, pero tenía el corazón dividido. Parte de mí seguía pensando en Anabella. La otra parte... bueno, estaba demasiado ocupada intentando no embriagarse con el perfume amaderado que invadía todo el vehículo.

—¿A dónde vamos, mi coronel? —insistí cuando llevábamos una hora de camino.

Él sonrió, enigmático.

—A un sitio donde nadie podrá molestarnos.

Llegamos a un lugar que parecía sacado de una película de vaqueros sexys y las posibilidades que se abrían gracias a eso eran infinitas y placenteras.

Imaginarme al coronel vestido como un imponente vaquero tatuado de ojos verdes, hacía que se me secara la garganta.

Sin duda, la iba a pasar de maravillas.

—Por cierto, Adara, ¿no recuerdas qué fue lo que hiciste anoche, verdad?

—¿Aparte de dormir como angelito? La verdad no.

Nos detuvimos frente a una casa impresionante rodeada por enormes prados y montañas. En donde el aire que respirábamos era extremadamente limpio y el cacareo de las gallinas era acompañado por el mugido de las vacas, y el aroma de las flores que cubrían la espesura. Estaba maravillada, nunca había estado en un sitio así de hermoso. Me daba la impresión de que en cualquier momento alguien aparecería con una guitarra para entonar una canción de música country.

—Bienvenida a mi granja, señorita King. Cuando estemos adentro, te contaré todo lo que hiciste anoche cuando te emborrachaste.

A juzgar por su cara, había vuelto a hacer de las mías.

Capítulo 17

Adara

Habíamos llegado a Nashville, Tennessee.

Nos adentramos en una senda amplia de tierra y grava, flanqueada por árboles altos cuyas hojas estaban matizadas de todos los tonos posibles del otoño: anaranjados vivos que te hacían pensar en el crepúsculo, rojos vibrantes como salsa picante y amarillos cobrizos que brillaban cuando la luz del sol se filtraba entre las ramas. El viento fresco levantaba las hojas secas que se movían en espirales, para luego dejarlas caer sobre la tierra conformando coloridas alfombras. Por un momento regresé a mi niñez, a las veces en las que amontonaba pilas de hojas en otoño, para luego acostarme sobre ellas y mirar hacia el cielo, creyendo que podría lograr cualquier cosa que me propusiera, porque la vida era hermosa y las nubes estaban a un centímetro de mis dedos.

Frente a nosotros apareció un cercado de madera barnizada que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. A simple vista el terreno era enorme.

El portón principal comenzó a abrirse y yo alcancé a ver que junto a este había un enorme letrero que anunciaba cuál era el nombre de la finca: *Autumn View*

Entorné la vista y sonreí.

—¿Vista otoñal? —pregunté, era un hombre hermoso y casi poético que representaba a la perfección toda la belleza natural que veía.

Luke asintió, con la vista en el volante, mientras el auto entraba en su propiedad.

—El otoño es mi estación favorita —dijo con esa voz grave que me erizaba la piel cada vez que la escuchaba—. Compré la hacienda en esta estación y me pareció adecuado ponerle un nombre así. Y como ya estamos en época otoñal, pensé que sería perfecto traerte aquí para que vieras lo espectacular que es.

—Es un nombre muy bonito y original mi coronel.

—Sí —afirmó con una ligera sonrisa—. Una buena amiga me ayudó a elegirlo.

Fruncí el ceño.

—No me diga que fue la loca de Madison, porque de una dejará de gustarme el nombre y retiraré lo dicho.

Él negó con la cabeza.

—No, lo eligió una de las primeras personas que creyó en mí… mi madrina Gleen.

—¿Y dónde está ella? Quiero conocerla.

—Te llevaré a conocerla cuando te lo ganes, te portes bien, no me avergüences y dejes de emborracharte con lo primero que encuentres. Mi madrina es muy importante para mí y conociéndote, eres capaz de hacer una tontería frente a ella.

Sonreí de medio lado.

—¿Cuándo yo me he portado mal?

Él me echó un largo vistazo, como si no pudiera creer que yo fuese tan descarada al hacer esa pregunta.

—Mejor entremos a la casa, si me pongo a enumerar las veces en las que te has portado mal desde que te conocí, jamás saldremos del auto—dijo, apartando la vista del camino para mirarme irónico.

—Yo no me porto mal, simplemente el resto del mundo es demasiado aburrido.

Me quité el cinturón y bajé de la camioneta azabache, al principio no entendía por qué Luke había cambiado de auto antes de subir al avión que nos llevó a Nashville, pero ahora comprendía que un Lamborghini no era un carro adecuado para el campo.

El aire fresco me llenó los pulmones, impregnado del inconfundible olor de la tierra húmeda y la madera recién cortada.

La brisa fresca sopló en mi cara y noté que tenía un toque dulce que no sabía de dónde provenía, hasta que miré en derredor y vi la comunidad de árboles de manzana y peras que se erigían a unos cinco metros de mí. El naranja de las hojas, en contraposición con el color vibrante de las frutas era un espectáculo en toda la extensión de la palabra.

Qué lugar tan fascinante y espectacular era la finca de Luke, me sentía agradecida de que me hubiera llevado.

Había varias camionetas y pick-ups estacionados en los predios de la construcción principal, algunos tenían tupidas pacas de paja en la parte trasera. El portón daba paso a un camino empedrado que conducía a una casa imponente estilo campestre de madera, con una enorme chimenea gris y empedrada y un porche amplio en el que había varias sillas mecedoras de madera. Alcancé a ver una mesa redonda en la cual había un par de botellas de whiskey sin abrir.

—¿No deberíamos cambiarnos de ropa y ponernos un atuendo más acorde a este lugar? —pregunté, mirando lo mucho que mi vestido celeste y mis tacones desentonaban con el lugar.

Luke me observó con picardía.

—Si quieres, te desvisto aquí mismo y me encargo de ponerte lo más campirana posible, mocosa.

Le saqué la lengua.

—Qué pervertido es usted, mi coronel.

Su sonrisa se volvió peligrosa, como si quisiera advertirme de que algo interesante estaba a punto de ocurrir. Antes de que pudiera reaccionar, me arrinconó contra la puerta de la camioneta; el frío áspero del metal golpeó mi espalda, pero fue eclipsado por el calor volcánico que emanaba el cuerpo del coronel. Acto seguido inclinó la cabeza despacio y le acercó a mi mandíbula, pero no llegó a tocarme, como si disfrutara del efecto que provocaba en mí. Solté un jadeo y él interpretó lo que hice como una invitación a besarme. El coronel deslizó sus labios por todo mi cuello y se quedó varios segundos en el centro de mi garganta, besando y acariciando mi piel con su lengua experta. Fue como si alguien me hubiera electrocutado el cuello. Un escalofrío me recorrió desde la nuca hasta los pies, haciéndome sentir que, si él no se apartaba, yo terminaría olvidando mis resoluciones de mantenerme virgen hasta el matrimonio y empezaría a suplicarle que me follara.

—¿Y qué más puedo hacer, aparte de intentar pervertirte? —susurró, su aliento tibio me acariciaba la piel—. Tengo a una muñeca deliciosa como tú para mí solo durante dos días.

Tragué saliva con dificultad.

—Como que hace calor, mi coronel.

Él volvió a besarme el cuello, esta vez con mucha más fuerza y potencia, como si quisiera dejarme una marca para que todos supieran que era suya.

—Si quieres, yo te refresco, nena.

—Usted lo que menos hace es refrescarme, coronel.

—¿Ah sí? —concretó arqueando una ceja—.¿Y qué es lo que te hago?

—Calentarme, cada vez que estoy cerca de usted me siento atrapada en un horno industrial.

Sus labios subieron por mi cuello de nuevo y se quedaron suspendidos a centímetros de los míos, cerré los ojos para recibir otro de esos besos que me agitaban cada órgano del cuerpo, pero fuimos interrumpidos.

—Ejem, buenas tardes.

Luke se apartó despacio, aunque sus ojos seguían fijos en los míos, como si quisiera dejarme en claro que aún no había terminado conmigo. Me asomé a un lado de la enorme figura del coronel y vi a un hombre que parecía salido de una postal del viejo oeste, el cual llevaba el pelo rojo y largo, atado en una coleta. Vestía una camisa de cuadros, jeans desgastados y en su cabeza había un sombrero de ala ancha.

—Bienvenidos, señor y señorita —saludó, inclinando ligeramente la cabeza.

—Hola, Vince —respondió Luke—. Te presento a Adara.

—Holi, mucho gusto —dije, levantando la mano alegremente como si nos conociéramos de toda la vida.

—Este es Vince, el capataz de la hacienda —añadió Luke.

—¿Usted es quien mantiene este lugar tan bonito?

—Eso intento, señorita.

—Ay, llámeme Adara, "señorita" es muy formal para mi gusto.

—Como usted diga, señorita Adara.

—Por favor, sólo Adara o Ada, es menos serio.

—Lo intentaré.

Luke me juzgó con la mirada.

—A mí siempre me dices coronel, y te niegas a llamarme por mi nombre...pero no te gusta que te digan señorita, irónico.

—Es porque usted tiene un rango militar que está millones de años luz por encima del mío, debo respetarlo mi coronel.

—Respeto es lo que menos me has tenido desde que nos conocimos.

Bufé.

—Ay, deje de quejarse mi coronel a su edad eso no es bueno porque le salen arrugas y aunque se convertirá en un viejo sabroso si pasa, evitémoslo mientras se pueda.

Él se cruzó de brazos, se veía tan guapo cuando se irritaba.

—Bueno, iré a buscar las maletas—manifestó Vince y pasó a nuestro lado.

Sonreí y el capataz también lo hizo. Podría tener unos cuarenta años más o menos y no había malicia en sus ojos almendrados. Parecía buena persona.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —expresé cuando él metió las maletas a la casa y estuvo de vuelta con nosotros—. ¿Me llevarán a ordeñar las vacas? Siempre quise hacerlo.

Luke soltó una pequeña risa.

—No creo que sea prudente llevarte a ordeñar vacas, eres mala influencia para cualquier animal.

—Para nada, al contrario, soy una experta domando bestias feroces usted es la prueba de ello, coronel.

Luke puso los ojos en blanco y Vince apretó los labios finos para no reírse.

—A mí no me has domado en lo absoluto—refutó.

—¿Quieres que haga un recorderis de lo lindo que eres ahora conmigo, comparado con cuando te conocí?

Él negó con la cabeza, cual si creyera que yo no tenía remedio.

—Mejor entremos, quizá el sol te está dañando el cerebro —dijo, y empezó a caminar.

Lo seguí, y mientras avanzábamos, no pude evitar quedarme embobada con la vista de nuevo. Las hojas anaranjadas seguían meciéndose al ritmo del viento como si danzaran para nosotros; los cultivos de calabazas cubrían varias parcelas a mi izquierda. A lo lejos, un lago cristalino reflejaba el cielo en compañía de una montaña cubierta de un enorme manto naranja.

—Tienes razón, coronel —comenté, sintiendo cómo la belleza del lugar me envolvía—. El nombre de "Vista Otoñal" es perfecto.

—Yo siempre elijo bien —contestó con esa seguridad que jamás perdía.

Subimos los escalones del porche y, justo antes de que los dedos de Luke llegaran a la cerradura, esta se abrió. Una chica pelirroja, mucho más joven que Vince, apareció con una sonrisa amplia bajo el umbral y jadeó como enamorada al ver al coronel.

¿Y esta descarada?

—Mi amor, al fin regresaste—manifestó y se me revolvió el estómago.

La mujer corrió hacia él, lo abrazó con fuerza y luego acercó los labios a los suyos para besarlo, Luke retrocedió y ella le agarró la mandíbula para posar sus labios sobre los suyos otra vez, como si creyera que él sólo estaba jugando al rechazarla.

¿Esa chica fue una de sus amantes?

—¿Qué te pasa Luke? ¿No estás feliz de verme?

—Hola—acotó él fríamente.

La mujer lo miró de hito en hito como si el coronel fuera un trozo de carne jugosa que ella quería comer.

—¿Por qué actúas así? —lo cuestionó y dio un paso hacia él de forma coqueta—. ¿Esto es un nuevo juego de seducción de tu parte? ¿Quieres hacerte el interesante? Oh, vamos ya di que estás jugando y que me extrañaste tanto como yo a ti.

—En realidad no.

Carraspeé y me interpuse entre ambos, por si a la perra esa se le ocurría por besarlo otra vez.

—La dignidad femenina salió del chat—manifesté.

—¿Perdón? —emitió en respuesta.

La chica llevaba unos pantalones cortos que tapaban sólo lo necesario y una blusita rosa de tirantes que dejaba su abdomen expuesto. Unas botas vaqueras altas y negras eran el elemento destacado de su atuendo de mujer extremadamente cariñosa y manoseadora. Era bonita, no podía negarlo.

Hermosa y muy accesible al parecer, al menos para Luke. Eso me puso de malas.

Ella me escaneó de pies a cabeza con evidente sorpresa. El coronel agitó la cabeza sonriendo de oreja a oreja y se alejó de la pelos de tomate en cuanto lo miré

—¿Y tú quién eres? —me preguntó como si no estuviera segura de si merecía la pena seguir hablándome.

—Soy la novia del coronel al que intentaste besar.

Ella arqueó una ceja.

—Pues yo soy Carrie y... soy la....

—En realidad no me importa saber quién eres, así que ni te molestes en presentarte.

—Disculpe a mi hermana, señorita Adara —intervino Vince con gesto incómodo—. Ella es muy cariñosa y pues...

—No te disculpes con una aparecida, hermano. Llevamos años trabajando para Luke, ella es quien debería disculparse por su actitud grosera.

Carrie se alejó un poco, y cuando miré a Luke, noté que estaba conteniendo una risita, parecía encantado con mi repentino arranque de celos. Me sentía rara, nunca antes había hecho escenas como esa en mi vida, pero en cuanto vi a esa atrevida tratando de besarlo, no me aguanté y actué en consecuencia.

—No soy una aparecida, estoy saliendo con Luke y por ende te quiero a metros de él.

—No hay nada más feo que demostrar celos cuando ni siquiera me conoces. ¿Tanta inseguridad te genero? Luke y yo somos muy... —soltó Carrie, con tono ácido.

—Pues es más feo andar tratando de besar novios ajenos, ya te dije que no me interesa conocerte, no te creas mucho —repliqué con petulancia.

Ella miró a Luke.

—¿En verdad es tu novia? Creí que tú no tenías novias.

Luke asintió, luciendo encantado con mis pataletas. Creí que se molestaría por mi actitud.

—Si ella dice que es mi novia, es porque realmente lo es.

***

El olor a canela y a leña recién encendida impregnaba la sala de la casa cuando entramos a la gran casa principal. Afuera, el viento de otoño seguía silbando y golpeteaba contra las ventanas, pero adentro todo se sentía cálido y hogareño. La estancia era iluminada por la luz dorada que caía desde una lámpara de hierro pegada en el techo.

—¿Piensas quedarte muchos días, Luke? —preguntó Carrie, sin dejar de mirar al coronel e ignorando por completo mi presencia.

Giré la cabeza y la miré directamente, sin disimular el fastidio.

—Eso no es asunto tuyo—contesté yo.

Carrie frunció los labios, y entonces su mirada viajó hacia Luke, como si esperara que él tomara cartas en el asunto. Se acercó unos milímetros más y deslizó sus dedos lentamente por su antebrazo esforzándose en contonear el tatuaje del dragón.

Maldita, ni siquiera yo había podido toquetear ese tatuaje.

—En verdad quieres que Adara te mate, ¿no? —enunció, escudriñando la expresión mortífera en mi cara.

—De hecho, siento que si le hago algo a tu amiga, la sociedad protectora de animales se molestará conmigo—aclaré.

El coronel soltó una carcajada y se puso a mi lado, enganchó un dedo en mi cintura y me dio un beso en el pelo.

—¿Vas a dejar que ella sea tan grosera con tu amiga de años, Luke? —preguntó, arqueando una ceja.

Luke se encogió de hombros y volvió a darme otro beso en el pelo.

—Adara puede hacer lo que quiera en mi casa.

Los ojos de Carrie brillaron con incredulidad.

—Pero tú y yo somos amigos de años, no es justo que ella sea grosera sin razón conmigo. Yo no le he hecho nada, es más ni siquiera sabía que tenías novia. No la mencionaste en los mensajes que intercambiamos ayer.

—No tengo que darte explicaciones sobre mi vida, te hablé porque a Vince no le llegaban mis mensajes y necesitaba que tuviesen todo listo para mi llegada y sí te informé que vendría acompañado.

—Pero no dijiste que venías con una mujer. Nunca traes a nadie por eso creí que vendrías con tu amigo Noah.

—No tenía por qué darte detalles sobre con quién vendría. No te pago para que te inmiscuyas en mi vida privada—debatió y tenía razón.

Vince, parecía molesto. Se notaba que no le gustaba en lo absoluto la actitud de su hermana.

—Carrie, ¿fuiste a buscar los quesos que te pedí encargar esta mañana en la panadería de la señora Swift?

—Sí —respondió ella, enderezándose—, envié a Lainey a eso.

Vince la miró fastidiado, me daba la impresión de que tampoco le tenía mucha paciencia a su hermana.

—Encargarte de organizar la comida es tu trabajo, Carrie, no puedes estar relegando tus funciones a otros como si fueras la dueña de este lugar.

—Adara, vamos a cambiarnos —intervino Luke, como si acabara de decidir que no perdería ni un minuto más de su tiempo con ambos—. Tengo mucho que mostrarte, te llevaré a recorrer la finca.

—¿Irás a la feria del pueblo, Luke? —preguntó Carrie, intentando captar su atención.

—Iremos —respondí yo antes de que él abriera la boca.

Carrie puso los ojos en blanco y se acercó a Luke de nuevo, puso una mano en su hombro y me miró con autosuficiencia.

—Siendo tan posesiva lo vas a espantar. A los hombres no les gustan las mujeres celosas.

—Pues a mí me gusta que sea celosa y pelee por lo suyo. Así que te pido que te comportes y la respetes, Carrie. Si no te gusta, hay más granjas en las que puedes trabajar aquí en Nashville.

—¿Me estás despidiendo?

—Tómalo como quieras.

A Carrie se le encendieron las mejillas, era claro que no esperaba una respuesta tan tajante de parte del coronel.

—Iré a buscar los quesos, no vaya a ser que se agrien y los hombres dominados por sus noviecitas se enojen —escupió antes de girar sobre sus tacones y desaparecer por el pasillo.

Vince expulsó aire por la boca, parecía contrariado.

—Disculpe a mi hermana, ella no suele ser así.

—No, en realidad la que debe disculparse soy yo, se me fue la mano—murmuré circunspecta—. No suelo ser así de celosa, no sé qué me pasó.

Luke sonrió de lado, me tomó la barbilla entre sus largos dedos y me dio un beso rápido.

—Quiero que emplees esa misma ferocidad de hoy en el ejército.

—Te imaginaré besando a otra cada vez que me toque pelear cuerpo a cuerpo con alguien.

—Esa es mi mocosa.

Elevé el mentón, satisfecha. Y me regodee al percatarme de la molestia que había en los ojos de Carrie, quien me miró con odio antes de abrir la puerta y cerrarla con violencia al marcharse. Esperaba que ella no siguiera molestando, porque había dos cosas en el mundo que no toleraba: los hombres infieles y las mujeres que no respetaban las relaciones ajenas.

—Nena, ¿no querías cambiarte de ropa?

Asentí.

—¿En dónde puedo hacerlo?

—En mi habitación si quieres e incluso te puedo ayudar con eso—propuso morbosamente.

El me guio hacia unas escaleras que llevaban al segundo piso. El pasillo estaba iluminado por la luz del día que entraba por los ventanales altos, proyectando sombras alargadas en las paredes.

La puerta de su habitación se abrió revelando un espacio enorme compuesto por gruesas cortinas azules que caían hasta el suelo, y una cama amplia cubierta por un edredón oscuro que seguramente era muy acogedor. El aroma de la colonia del coronel se volvió más intenso. Tenía la impresión de que en esa habitación perdería mi castidad.

Luke cerró la puerta tras nosotros y avanzó hacia mí como un depredador que al fin había logrado capturar a su presa.

—Entonces, ¿finalmente me dejarás desvestirte? —preguntó con una voz grave que hizo que estuviesen a punto de caérseme los pantis.

Tragué en seco, clavando mi mirada en la suya.

—¿Seguro que sólo quiere desvestirme?

Sus labios se curvaron con enorme malicia.

—También quiero hacerte mía… y que desahogues todos esos celos que sentiste hace rato preciosa. ¿Te habían dicho que el sexo es la mejor manera de relajar tu cuerpo?

—¿Le enciende verme celosa, coronel?

—Muchísimo. Me gusta ver tu carita de indignación cuando ves que otras tratan de aprovechar lo que tú desperdicias.

—¿Y qué es lo que desperdicio? —pregunté, anticipando cuál sería la respuesta.

—A mí —dijo, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿En qué sentido lo desperdicio, mi coronel?

Me atrajo hacia él con firmeza, y sentí su dureza. Fue como si me hubieran obligado a nadar en un río de lava en el infierno. Las venas me ardieron, las entrañas se me agitaron y las mariposas en mi estómago se convirtieron en una manada de aves fénix que se volvía cenizas y revivían una y otra vez en pocos segundos.

—Esto es lo que estás desperdiciando.

Su cercanía, su calor, su intensidad, su voz cargada de perversión y su aspecto de dios inclemente me abrumaban. Todo en él, resultaba provocativo. Me humedecí los labios, intentando mantenerme serena, pero sabía que si seguía a su lado terminaríamos en la cama. Aparté la mirada de sus extraordinarios ojos verdes, tomé la ropa de mujer que encontré doblada sobre el colchón y corrí hacia el baño, desesperada por apartarme de un hombre que tarde o temprano me haría pecar. Porque me tenía justo donde quería: caliente, dispuesta e incapaz de sacarlo de mi mente.

Lo escuché hablar desde el exterior.

—Te gusta ese jueguito de calentarme y dejarme a medias, ¿no?

Apoyé la espalda contra la puerta cerrada del baño y sonreí victoriosa, no era la única que estaba luchando consigo misma.

—Más que un juego, es una tortura… intentar mantenerse pura estando con un hombre como usted es muy difícil.

Escuché su risa baja, profunda.

—Me alegra que lo tengas claro, porque esa pureza no te va a durar mucho.

—¿Ah, no? —pregunté, jugando con el borde de la blusa que estaba a punto de ponerme.

—No, nena… tarde o temprano vas a ceder a tus más oscuros deseos —afirmó, y la seguridad en su tono me hizo estremecer—. Y estaré allí para complacerlos todos.

—¿Carrie y usted tuvieron algo?

Él no tardó en responder.

—Sí, pero fue algo pasajero, salí con ella durante mis vacaciones el año pasado.

—Pues al parecer para ella no fue tan pasajero, porque actúa como si fuesen algo más.

Me daban ganas de pedirle que la despidiera, pero no podía seguir comportándome como una loca celosa y controladora.

—Es normal, Carrie estuvo intentando que tuviésemos algo desde que compré esta finca hace cuatro años, así que cuando finalmente le hice caso, supongo que creyó que llegaríamos a más. Aunque siempre le dejé claras las cosas.

—¿Me encontraré con más sorpresitas en la feria del pueblo?

Lo oí reír desde el exterior.

—No vengo tanto a Nashville como quisiera, pero digamos que cada vez que vengo salgo con alguien, no voy a negarlo.

—O sea que iré colgándome los guantes de boxeo entonces—acoté indignada.

—En realidad no, eres la primera mujer con la que me pasearé oficialmente en el pueblo, así que eso debe bastarte para que te des cuenta de que sí voy en serio contigo.

Un enjambre de chispitas crepitaron en mi pecho.

—¿Madison nunca vino con usted?

—No, ella odia el campo.

Capítulo 18

Adara

Abrí la puerta del baño y salí. Luke había elegido para mí un atuendo conformado por un vestido corto de estilo vaquero. El trajecito estaba compuesto por un corsé negro que delineaba mis curvas y una faldita celeste de jean a la altura de los muslos, a juego con unas botas vaqueras de la misma tela que la falda. Era uno de los atuendos más espectaculares que me había puesto en mi vida y estaba fascinada.

Me quedé sin aliento al ver al pecado andante que se encontraba esperándome, vestido como el vaquero más jodidamente caliente que podía existir.

Luke estaba de pie junto a la ventana mirando hacia el exterior, la luz dorada delineaba su imponente silueta aumentando el impacto que su increíble apariencia estaba causando en mí. La camisa negra abrazaba sus hombros anchos y resaltaba su musculatura, sus brazos fornidos y su aspecto imponente, causando que mi estómago se agitara casi con desesperación. El sombrero oscuro sobre su cabeza hacía que sus gélidos ojos verdes destacaran aún más y emanaran tanta perversión, que sentí que eran capaces de desnudarme aunque él no me hubiera tocado.

Noté cómo el aire se me atascaba en la garganta. Un cosquilleo me recorrió desde la nuca hasta la punta de los dedos del pie. Olvidé cómo parpadear, cómo hablar, cómo ser yo misma. Me quedé contemplándolo embobada. Quería tocarlo en todos los rincones posibles, aunque sabía que no era correcto.

Tanta perfección física no podía ser real.

Él giró lentamente hacia mí, y su mirada me recorrió sin pudor, deteniéndose en mis piernas expuestas bajo la falda. Se relamió los labios y se acercó peligrosamente a mí, en otra ocasión habría retrocedido, pero estaba tan maravillada por lo imponente que se veía que no podía coordinar ni mis propios pensamientos.

—Estás preciosa, nena —dijo, con esa voz grave que me hacía olvidarme del resto del mundo.

Sonreí, intentando disimular que mi pulso se había disparado.

—Y usted es demasiado para la vista, mi coronel.

Él ni siquiera se lo pensó. Dio un paso y sus labios reclamaron los míos con una fiereza que me dejó sin aire. El beso fue un asalto delicioso que yo necesitaba más que nunca. Lo deseaba tanto que dolía. Sus manos se cerraron sobre mi cintura, atrayéndome con tal fuerza que sentí cada línea de su cuerpo, sólido y cálido, encajando contra el mío. La presión de su pecho fuerte, el roce de su respiración acelerada contra mi boca una y otra vez. La pasión que emanaba al dominarme con su lengua, me hacían pensar en sexo.

Y por primera vez en mi vida, sentí que no iba a llegar virgen al matrimonio y el culpable de ello me estaba besando en ese momento.

Lo besé de vuelta con la misma hambre, con la misma desesperación que él me transmitía. Me derretí contra su boca, contra sus labios expertos que mordisqueaban los míos, para después arremeter con su lengua dejándome sin aliento.

Cuando nos separamos sentí que el mundo dejó de tener sentido y tuve que apoyarme ligeramente en su pecho para recuperar el equilibrio.

—¿Podemos salir de aquí? — casi supliqué—Es muy peligroso que sigamos en esta habitación por tanto tiempo.

Su boca se curvó en una media sonrisa. Él sabía que yo estaba huyendo de lo que podía pasar si nos seguíamos besando.

—¿Tienes miedo de no resistir las ganas de estar conmigo?

—No me tengo ni un poco de fe, mi coronel —confesé, con total sinceridad.

Él rio, encantado por mi respuesta.

—Pues sufres porque quieres, nena… podríamos estar pasándola muy bien si no estuvieras dándotelas de niña buena.

—Es que soy niña buena —dije, levantando un poco la barbilla, como si eso lo hiciera más creíble.

—Sí, claro… —replicó, con un tono cargado de sarcasmo—. Aún no recuerdas lo que hiciste anoche, ¿verdad?

Parpadeé con genuina curiosidad.

—Pues no tengo ni idea de lo que pasó… parece como si me hubiera emborrachado, aunque no me acuerdo de nada.

Se cruzó de brazos, observándome con maliciosa diversión.

—Robaste una botella de tequila del refri y te la bebiste prácticamente entera. Luego escapaste de la casa y te metiste a una propiedad donde había un tigre. Y no sé cómo demonios lo hiciste, pero te las ingeniaste para domar al animal y que no te devorara. Yo no podía creerlo, el tigre me gruñó al verme y contigo se comportó como si fuera un adorable gatito.

Abrí los ojos como platos antes de soltar una carcajada fuerte y desvergonzada.

—Esta vez sí que me lucí… y eso que no le he contado qué pasó la primera vez que me embriagué.

Él arqueó una ceja y apretó los labios, como si estuviese seguro de que quizá estuve a punto de destruir el mundo la primera vez que tomé de más.

—No quiero ni imaginarlo.

Yo le saqué la lengua, y su pecho ascendió y descendió rápidamente. Por alguna razón que no entendía, el coronel se excitaba cada vez que le sacaba la lengua. Él entrecerró los ojos, gruñó algo parecido a: "jodida mocosa, me vuelves loco" y después se recompuso.

—¿Qué hiciste la última vez que te emborrachaste? —preguntó Luke, como si aún no pudiese controlar el caos que había en su interior.

Lo miré con una sonrisita traviesa y decidí no revelarle todo de una vez.

—Se lo cuento mientras recogemos unas manzanas, ¿le parece?

Alzó una ceja, desconfiado. Me daba la impresión de que Luke pensaba que si se descuidaba, yo sería capaz de incendiar la hacienda.

—¿Para qué quieres recoger manzanas? —consultó.

—Me gusta hornear pasteles y, si no le molesta, quiero hornearle una tarta de manzana —dije como si fuera lo más obvio del mundo.

Él soltó un gruñido de alivio y negó con la cabeza.

—Está bien, nena… vamos por esas manzanas.

Descendimos por la escalera de madera y llegamos a la sala, agarré un cesto grande que estaba junto a la chimenea y se lo pasé a Luke, yo tomé uno más pequeña para mí. El coronel miraba la canasta que colgaba de sus dedos, como si se sintiera fuera de lugar y debía reconocer que era bastante chistoso ver a un hombre de dos metros, con algo así entre sus manos.

—La última vez que horneé algo para usted no se lo comió, así que en agradecimiento por cuidar de mi hermana Anabella le hornearé un pie de manzana.

—La última vez que me llevaste pastelitos me abofeteaste.

Ella se encogió de hombros.

—Y bien merecido que se lo tenía por tratarme mal.

Luke hundió los hombros.

—Debo reconocer que tienes razón, ese día se me pasó la mano. Lo lamento mucho Adara.

Mis ojos se iluminaron.

—Se está portando usted como un hombre ejemplar mi coronel, casi ni lo reconozco.

Cuando salimos al porche, Vince estaba apoyado contra una columna, observándonos con una sonrisa socarrona. Apenas vio a Luke con la canasta, arqueó las cejas.

—No digas una sola palabra —advirtió Luke.

—No me atrevería, señor —respondió Vince, aunque su mirada evidenciaba que sólo estaba esperando que nos fuéramos para reírse del coronel.

No podía culparlo.

Luke y yo cruzamos el patio, y el olor a hierba fresca me llenó los pulmones al acercarnos a los árboles. Coloqué la canasta en el suelo y me arrodillé para empezar a seleccionar las manzanas más rojas.

—¿Cuándo aprendiste a hornear pasteles? —preguntó, mirándome mientras se agachaba a mi lado.

—Mi papá me decía que cocinar tranquiliza el corazón… pero nunca se me dio muy bien preparar platillos. El arroz siempre se me quemaba, la pasta me quedaba salada, y cualquier cosa que cocinara terminaba con algún desperfecto.

Me miró dudoso. Me daba la impresión de que Luke pensaba que yo prepararía veneno en lugar de un inofensivo pastel.

—¿Y los pasteles sí te quedan bien?

—Por alguna razón extraña, los pasteles sí me salen bien. Creo que cuando hay algo dulce de por medio, lo hago mejor.

Él me miró algo contrariado y no comprendí el porqué de su cambio repentino.

—Es porque los pasteles son dulces como tú. Se te da bien todo lo que alegra el corazón de las personas.

Lo vi negar con la cabeza, como si le afectara haber llegado a esa conclusión. Algo en su tono, no sonaba tan seguro como siempre. Era como si hubiera bajado la guardia y se arrepintiera de ello.

Le pasé una manzana para que se distrajera, y él la colocó en la canasta.

—¿Me convertí en tu asistente de recolección? —preguntó con fingida indignación.

—Sí… y uno muy guapo, por cierto —le respondí con descaro.

Él sonrió y metió una manzana en la canasta, la mía ya se estaba llenando.

—Y bien, ¿qué fue lo que hiciste la última vez que te emborrachaste?

Tomé otra manzana y la deposité con cuidado en la cesta antes de hablar.

—Tenía diecinueve años y asistía a mi primer evento de modas en la universidad. Mis amigas me convencieron de tomarme una copita… les hice caso por presión social y terminé ebria al tercer trago. Soy un peso ligero. Salí del salón y me fui a una fiesta donde una pareja estaba casándose. Le grité al novio que estaba embarazada de él… y luego me di cuenta de que era una boda gay.

Luke no pudo contener una carcajada sonora a la que me uní, su risa era potente como todo en él. Me gustaba que últimamente podía hacerlo sonreír con facilidad. Cuando estaba en la finca, era otro hombre. Uno mucho más alegre y relajado. Le hacía bien estar fuera de su puesto de todopoderoso coronel del ejército.

—Uno de los novios le reclamó al otro en plena boda, le dijo que siempre supo que lo engañaba con mujeres y que era bisexual. El otro tipo negó todo, lloró… pero al final resultó que tenía a dos mujeres embarazadas, y ambas estaban en la boda esperando el momento preciso para arruinarla, pero yo me les adelanté. Estuve en columnas de chismes todo el mes y me bautizaron como la hija alcohólica del Monstruo del Pentágono, … y desde entonces no había vuelto a tocar una copa. La prensa nunca ha sido buena conmigo, cualquier cosita que haga lo usan para joder a mi papá.

—No quiero ni imaginar lo que pasaría si te llegaras a emborrachar en la central militar.

—Sería divertido, ¿no le parece? —dije con malicia.

—Más que divertido, sería peligroso. Me temo que serías capaz de declararle la guerra a algún país en plena borrachera y meternos a todos en un lío enorme.

Terminamos de llenar los recipientes y nos sentamos en una banca bajo unos árboles frondosos que proyectaban sombras anchas y acogedoras. Él tomó mi mano y la llevó a sus labios, para luego besarla con una suavidad que me derritió.

—¿Cuándo compró esta finca? —pregunté, curiosa.

—Hace cuatro años. Estaba pasando un momento tenso y necesitaba respirar aire puro… —suspiró—. A mi hermana no le estaba yendo bien en la universidad. Unas chicas la estaban acosando por su condición de Asperger. La molestaban, subían memes sobre ella a redes… un día ella les pidió que la dejaran en paz, pero en lugar de escucharla la atacaron, la golpearon y la enviaron al hospital.

Me quedé en silencio, sintiendo cómo se le tensaba la voz. Me entristecía que su hermana hubiera pasado por todo eso.

—Ellie, ocultó que estaba siendo maltratada para que no nos preocupáramos, cuando me llamaron para contarme que estaba en el hospital quise destruir al mundo. Las familias de las chicas pagaron fianzas millonarias y fueron puestas en libertad. Luego hicieron un juicio, sobornaron a los jueces y las declararon inocentes… incluso dijeron que mi hermana era un peligro para la sociedad.

La rabia en sus ojos era casi tangible.

—Perdí el control al escuchar el veredicto. Le di una golpiza a los jueces en plena corte. Me demandaron y terminé en la cárcel. El presidente Dereck me sacó, borró los cargos y ordenó un nuevo juicio… pero el sistema volvió a fallar y de nuevo usaron la condición de mi hermana para salirse con la suya.

—Luke lo lamento mucho yo… en verdad me disculpo contigo en nombre del mundo—susurré y sus ojos cambiaron al escuchar que por primera vez le llamaba por su nombre y no por su cargo. En ese momento me dio un beso suave y amoroso, que hizo que un montón de chispitas florecieran en mi corazón.

—¿Y qué más pasó? —proseguí.

—El presidente intenta reabrir el caso, pero sé que pasará lo mismo, a veces siento ganas de pagar mucho dinero para que ellas sean enviadas a la peor prisión del mundo, pero mi hermana Ellie me pidió que no sobornara a nadie para obtener justicia; que no valía la pena. Desde entonces, se volvió más reservada. Abandonó la universidad y su sueño de ser doctora… dice que la gente no la verá por lo que es, sino que solo verán a alguien defectuosa y pensarán que no puede curarlos.

Le acaricié el rostro con ternura.

—Eres un buen hermano, Luke. Ahora tengo más ganas de conocer a Ellie, quizá hablar con alguien que ha sufrido lo que ella, le ayude a sentir que sí se puede salir adelante. Yo lo intento todos los días.

Me miró como si no entendiera por qué era tan linda con él.

—¿Cómo lo haces? —inquirió.

—¿Hacer qué?

—Lograr que te cuente todo con un par de palabras. No suelo abrirme con facilidad, y a ti siempre termino contándote todo.

—Lo haces porque tu corazón presiente que encontraré la manera de reconfortarlo. El mundo suele ser cruel con las personas que hacen lo correcto como tú. Es bueno encontrar a alguien que nos acompañe cuando creemos que las cosas no tienen solución.

Él soltó una risa seca.

—Ataqué a unos jueces, por poco los mato. Tan correcto no soy.

—Lo correcto siempre fue atacarlos. Son una mierda —respondí sin dudar.

Su sonrisa reapareció y supe que había dicho justo lo que él necesitaba escuchar.

—Gracias, nena.

—¿Por qué?

—Por encontrar la forma de brillar para mí cuando todo se siente oscuro y escabroso.

Aquello se sintió tan bonito, que me di cuenta de que al fin la oscuridad empezaba a abandonarme.

—Ese es mi trabajo, coronel. Intento darle a otros la luz que la vida ha intentado quitarme.

Él asintió, y sus ojos verdes se posaron en los míos, como si estuviese muy agradecido de que estuviera a su lado.

—¿Cuándo harás el pastel? —preguntó.

—Hoy mismo, si quiere.

—Quería llevarte a ver la cascada… ¿demorarás mucho en eso?

Mis ojos se iluminaron como si me hubiera hablado de un tesoro escondido.

—¿Hay una cascada aquí?

—Sí.

—Preparar el pastel no me tomará mucho tiempo y podremos salir. Pero avanzaré más rápido si usted se vuelve mi asistente de cocina, coronel.

****

El aroma a madera y canela se adueñaba del pasillo al dirigirnos hacia la cocina.

Caminaba al lado de Luke, y él me seguía con esa media sonrisa perversa que me alteraba las hormonas cada vez que la veía. Al entrar en la cocina, el golpeteo rítmico de los cuchillos contra las tablas de cortar se detuvo por un instante; las cocineras y empleadas levantaron sus cabezas y pasearon la vista de Luke a mí. Luego adoptaron una expresión de alegría, como si acabaran de ver a los protagonistas de su telenovela favorita.

—Hola, Gracie, Miley y Hope —saludó Luke con voz grave y segura—. Ella es Adara, y viene a hornear un pastel. Por favor, denle todo lo que pida… excepto alcohol.

Luke me las presentó y las saludé a las tres. Podrían rondar los cincuenta años, todas llevaban el pelo oscuro peinado en forma de puño y observaban al coronel con un cariño maternal.

—Es más, escondan todo el alcohol que haya en esta casa, mientras Adara ande cerca.

Rodé los ojos.

—¿No les parece que para ser un coronel vaquero es bastante aburrido?

Bajaron la cabeza disimulando la risa, Luke se cruzó de brazos a la espera de su respuesta. Aunque no había nada en su semblante que indicara que estaba enojado.

—Adara es mi novia. O eso dice ella.

Le di un codazo suave y me enfurruñé, fingiendo indignación.

—Me estás dejando mal parada con las damas que acabo de conocer.

Comencé a pedirle los ingredientes y ellas amablemente me entregaron todo: harina, azúcar, mantequilla, canela, nuez moscada, huevos.

Organicé las cosas en la mesa y empecé a lavar las manzanas para luego partirlas en trocitos.

—Pero antes de empezar —dije mirando a Hope, la más regordeta de las tres—, ¿podrías traerme dos delantales?

Luke frunció el ceño.

—¿Para qué quieres dos delantales? ¿No te basta con uno solo? —curioseó Luke.

—Es que uno es para usted, coronel.

—Oh, no, de ninguna manera.

En menos de un minuto, las mujeres regresaron con los dos delantales que pedí, mientras contenían la risa.

—¿Por qué le obedecen? —protestó Luke—. Quien paga sus sueldos soy yo.

—Tú les dijiste que me dieran todo lo que pidiera. Ellas solo te están haciendo caso.

Tomé el delantal verde nude y se lo mostré.

—Mire este, qué bonito. Combina con sus ojos, mi coronel.

Él retrocedió como si creyera que iba a emboscarlo.

—Venga acá, coronel, no sea miedoso. El delantal no muerde.

—No vas a ponerme esa cosa.

—Venga, que seguro se verá tan bonito como siempre con el delantal puesto.

Luke me quitó el delantal de las manos y lo levantó como si fuera un trofeo de guerra.

Brinqué para quitárselo, pero él lo alzó aún más. Di otro saltito para alcanzarlo pero fallé miserablemente. Luke me rodeó la cintura con uno de sus largos brazos. Mis manos se apoyaron en su cuello y me le quedé mirando con esa hambre carnal que sólo él podía despertar en mí.

Por un momento parecía que sólo estábamos él y yo en la cocina.

—Eres preciosa. Pero por más que lo seas, no pienso ponerme un delantal por ti.

—Usted gana por hoy, pero no pienso rendirme, mi coronel.

Él empezó a ayudarme a preparar la masa y para mi sorpresa no lo hacía mal, los largos dedos del coronel abarcaban tanta mezcla que resultó fácil moldearla de la forma que quería. Cortamos las manzanas en láminas finas, las mezclamos con azúcar morena, canela y un toque de nuez moscada. Preparé la base con harina, mantequilla fría en cubos y un poco de agua helada, amasando con paciencia hasta que quedó suave. Estiré la masa, coloqué el relleno y la cubrí con tiras entrelazadas que se dorarían poco después. Preparé tres pasteles y luego los metí en el horno. La cocina se llenó de un espectacular aroma a manzana y canela, que hizo que Vince se asomara por una de las ventanas y preguntara qué olía tan bien.

Cuando finalmente los pasteles estuvieron listos, los saqué del contenedor y me dispuse a cortar un par de rebanadas. Luke las miró como si no estuviese seguro de que eran aptas para el consumo.

—Pruebe el pastel mi coronel —le dije, sirviéndole un trozo.

Él lo mordió con desconfianza… y sus ojos se abrieron, luego volvió a probar otro pedazo y en un santiamén se terminó tres rebanadas.

—No puede ser, sabe increíble y eso que yo detesto las cosas dulces. Podría comer este pastel toda mi vida, debido a su rico sabor. Es delicioso.

—Como yo—presumí.

Él soltó una carcajada.

—En eso te doy la razón.

—Nena, llevemos unas rebanadas para comerlas junto a la cascada—propuso.

—Claro que sí.

****

Salimos de la casa y subimos a un jeep. Empezamos a recorrer la finca y yo parecía una niña chiquita que empezaba a descubrir el mundo. Vi vacas pastando, campos de maíz que se agitaban contra el viento, calabazas gigantes a las que podría dibujarle caras, caballos de pelaje reluciente relinchando en los establos. Era la primera vez que iba a Tennessee y pensaba regresar, incluso me habría gustado quedarme a vivir allí.

Nos detuvimos frente a un camino de tierra circundado por árboles alto cuyas hojas estaban impregnadas de otoño, y nos adentramos en el claro.

Tras unos minutos caminando, el sonido del agua se volvió más fuerte. Y entonces vi una cascada impresionante de agua cristalina que se precipitaba sobre un río ancho, rodeado por enormes piedras que parecían haber sido moldeadas para que pudiésemos sentarnos cómodamente sobre ellas. Un manto de flores se asentaba en cada extremo de la cascada, dándole un aire mítico y etéreo que parecía sacado de una película de fantasía sobre un río mágico.

—Wow, coronel… qué bonita primera cita me está dando.

Me miró con un brillo extraño en los ojos.

—¿Me creerías si te digo que es la primera vez que armo algo así para alguien?

Fruncí los labios en un mohín juguetón.

—Es posible que le crea. Me da la impresión de que es usted el tipo de hombre al que le cuesta mostrar sus emociones.

—Estás en lo correcto.

—¿Y por qué conmigo es distinto?

Luke suspiró, bajando la mirada hacia el agua.

—Créeme que ni yo mismo lo sé. No sé si es toda esa dulzura y bondad que emanas lo que hace que actúe distinto contigo… pero no puedo darte una respuesta definitiva. Ni yo mismo me entiendo.

Se sentó sobre la manta que había extendido, y yo me acomodé cerca de él, luego apoyé la espalda en su pecho. Sus labios encontraron mi cuello, y el murmullo del agua nos envolvió como una canción lenta. Nos quedamos sentados el uno contra el otro, admirando la hermosa cascada cuyo aguaje caía emitiendo un rumoreo suave que me acariciaba los oídos. Los grillos cantaban ocasionalmente y las mariposas revoloteaban sobre las flores que habían en la parte alta.

—¿Qué pasará después de que regresemos al comando militar? —pregunté en voz baja.

—Pues… seguiremos saliendo cada que se pueda, si estás de acuerdo.

Me giré para mirarlo.

—¿Cómo no estar de acuerdo? Si es usted guapo, atento y protector… o sea, ¿qué mujer se negaría a estar con usted?

—¿Eso significa que la pasas bien a mi lado?

—Digamos que es usted un buen prospecto de novio.

—Creí que ya lo éramos… si hasta se lo has dicho a todos—señaló con una sonrisilla pícara.

—Pues hace rato escuché que usted no tenía novias oficiales.

—Eso era antes de que aparecieras en mi vida para portarte mal y ponerla de cabeza.

—¿Y a pesar de eso le gustaría ser mi novio?

Me sostuvo la mirada y adoptó una expresión seria.

—Eres testaruda, irreverente, ocurrente, hermosa, creativa y excesivamente dulce… y esas son razones suficientes para querer estar contigo y no dejarte ir.

—Me alegra escuchar eso mi coronel, porque yo me siento de la misma manera. Nunca creí que tras el horrible año que pasé, podría volver a sentirme así.

—¿Así cómo? —investigó él, plantando un beso en mi clavícula.

—Viva.

Le envié un mensaje a mi hermana preguntándole cómo estaba, luego uno a mis padres, asegurándoles que estaba bien. Por primera vez en un año realmente lo estaba y esperaba seguir así.

La razón por la que me sentía tan tranquila se encontraba a mi lado, tenía ojos verdes y era el hombre más atractivo que había visto en mi vida.

Capítulo 19

Coronel Luke

El murmullo de la cascada era hipnótico. El agua caía con una fuerza constante y se transformaba en espuma cuando llegaba al río. El aire estaba cargado de frescura, mezclado con el aroma dulce del pastel de manzana y la reconfortante fragancia del pelo de Adara.

El sol se filtraba entre las ramas de los árboles que nos cubrían, haciendo sombra y dibujaban destellos dorados sobre la piel de mi acompañante. Yo me sentía demasiado cómodo a su lado y no quería pensar en nada más.

Estaba en paz cuando la tenía entre mis brazos, cuando la abrazaba y sentía su calidez iluminando cada rincón destruido de mi alma.

Yo no debía estar disfrutando tanto la compañía de la mocosa. No debía querer quedarme allí para siempre, lejos del caos de Washington, viviendo en el campo junto a esa pequeña hada testaruda que parecía tener la absurda capacidad de hacerme ver el mundo de la misma forma bonita en la que ella lo hacía. El deseo de ir más en serio con Adara, de olvidarme de mis rencores crecía como una mala hierba dentro de mí, una que no podía arrancar por mucho que lo intentara

—¿Qué quiere lograr en el futuro, mi coronel? —preguntó de pronto, su cabeza se recostó en mi hombro cuando la alzó para mirarme con esos ojos que parecían dos trozos de cielo.

Le di un mordisco al pastel y la observé atontado.

—Quitarte la virginidad, nena.

Se me quedó mirando como si acabara de decir la cosa más descarada del mundo.

—Qué atrevido se ha vuelto.

—Siempre he sido sincero contigo —repliqué con calma—. Me gustas y quiero tenerte. No creo que exista un hombre que pueda no desear lo mismo que yo, teniendo a una mujer como tú a su lado. ¿Cómo pudo tu novio resistir las ganas de estar contigo?

Sus labios se curvaron, como si acabara de recordar algo poco agradable.

—Lo intentó muchas veces, pero siempre le dije que no quería que tuviéramos relaciones antes de casarnos, a veces se molestaba pero terminaba entendiéndolo… aunque el último día de su vida, no tanto.

Una punzada de rabia me atravesó al imaginar que ese tipo había intentado propasarse con ella.

—¿Qué te hizo?

Su mirada se volvió menos alegre.

—Fue bastante brusco y me dijo que esperaba que yo sí fuera virgen, porque esa sería la única manera en la que valdría la pena tanta espera. Nunca me había hablado así, me sentí rara. Jamás había visto esa faceta de Santiago, él siempre era atento, amable y comprensivo. En general la noche del compromiso no se comportó muy lindo que digamos… me obligó a disculparme con su madre cuando ella me menospreció y habló mal de mi familia. Para la reina Francesca yo era una plebeya sin valor, eso me molestó y…

Fruncí el ceño. La reina Francesca odiaba a Adara y a los King en general, pero… ¿por qué?

Me daba la impresión de que ser una plebeya no era suficiente justificación para querer aliarse conmigo y destruir a Damon. Debía existir algo más que motivara tanto odio hacia los King.

—¿Y qué más ocurrió? —pregunté, mordisqueando un nuevo pedazo del pastel.

—Debo reconocer que no estuvo bien lanzarle un vaso de agua en la cara…Aunque para ser honesta lo que pasó ese día sólo fue el resultado de una acumulación de malos tratos hacia mí. Me harté de que fuera tan grosera y maleducada conmigo, Santiago siempre excusaba su actitud pero ese día llegué a mi límite —dijo contrariada—. Ahora me doy cuenta de que quizá sí se merecía lo que le hice.

—Estoy seguro de que sí —contesté sin dudarlo.

—Sin embargo, debí dejarla hablando sola y no demostrarle que sus palabras me habían afectado —admitió.

Me incliné hacia ella.

—¿No crees que idealizas mucho la relación que tuviste con Santiago? Entiendo que el chico sacrificara su vida por ti, pero… la forma en la que te habló sobre tu virginidad y lo que hizo con su madre me da a entender que no era tan perfecto como lo pintas.

Frunció el ceño, sus pestañas temblaron y sus ojos se enfocaron en el horizonte.

—Aún así dio su vida por mí, y no es justo que esté hablando mal de él. Intento recordarlo como el buen novio que fue, y no como el chico que me habló como si el hecho de que yo fuera virgen, era lo único bueno de contraer matrimonio conmigo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y, cuando la primera de ellas descendió por su mejilla sentí que alguien estaba enterrando varios clavos en mi pecho.

—Pues quizá sí —dije con suavidad—, pero es menos justo que te sigas culpando por su muerte.

Se puso de pie de golpe y comenzó a acercarse a la orilla del río, que en ese momento había desacelerado su movimiento.

—No sé si hago lo correcto al sentirme tan atraída por ti.

Me puse en pie y la alcancé para tomarla por la cintura.

—Lo correcto sería que te hiciera mía. Quizá así se te quite toda esa tristeza.

Ella se giró y me besó la punta de la nariz.

—Buen intento, coronel. Pero ya le dije que sólo me acostaré con mi marido.

—¿Por qué decidiste mantenerte virgen hasta el matrimonio?

—Porque sólo quiero estar con la persona que amaré toda la vida, no me veo estando con uno y con otro simplemente para pasar el rato.

—Eso es porque eres una mocosa. ¿Cómo sabrás qué te gusta si no lo has intentado?

—Será trabajo de mi futuro esposo ayudarme a descubrirlo.

Me incliné peligrosamente cerca de su oído.

—¿Y si mejor me dejas a mí ayudarte con eso?

Mis labios encontraron la calidez de su pálido cuello, y en cuanto mi boca rozó su piel, se le escapó uno de esos gemidos que eran música para mis oídos. Sentí cómo su respiración se agitaba, y coloqué mi rostro cerca del suyo. Mis manos se cerraron con más fuerza en su cintura y ella volvió a botar aire cuando la apreté contra mí. El latido acelerado de su corazón vibró contra mi pecho, cuando le di la vuelta para que me mirara a los ojos, y ese contacto me encendió de una manera peligrosa, obligándome a tentarla una vez más.

—Entrégate a mí, mocosa. Déjame darte la mejor tarde de tu vida… ¿es mucho pedir?

—Mi coronel… —susurró contra mi boca—. Nos conocemos desde hace un mes. No puedo cambiar mis principios por usted.

—¿Y qué tendría de malo que cambies por mí? —murmuré antes de morderle suavemente el labio—. Quiero que esos bonitos ojos queden en blanco mientras te llevo al paraíso, nena. Me vuelves loco.

Nuestros labios se encontraron con una intensidad que acabó con mi autocontrol. Adara se dejó ir contra el suelo y caímos sobre la toalla del picnic. Gruñí cuando su cuerpo se amoldó al mío y pude mirarla embobado porque estaba a punto de concretar lo que tanto había querido, la hija de King iba a ser mía. Sus dedos se enredaron en mi cabello con una urgencia que me hizo estremecer, su boca seguía besándome y yo me sentía en el paraíso, rodeado de la naturaleza y de la mujer que estaba poniendo mi mundo de cabeza. Me pegué a ella con fuerza, presionándola contra mí como si temiera que se desvaneciera o se arrepintiera de lo que estábamos a punto de hacer. Cada gruñido, cada beso, cada aroma que brotaba de su piel, alimentaba mis deseos de volver añicos mi propio pasado. Cambiarme el nombre, borrar mi apellido y empezar de cero con ella. Lejos de todo, lejos del ruido, de las voces en mi cabeza que me ordenaban que me alejara de ella.

—No imaginas las malditas ganas que te tengo, nena.

—Sólo béseme, coronel.

—Déjate llevar por lo que quieres… por lo que sientes. Déjame ser el villano que destruya tu pureza y castidad.

—Mi coronel, yo no puedo ser suya—se contradijo y callé sus palabras metiendo mi lengua en sus ricos labios.

—Pero es lo que quieres, dale a tu cuerpo lo que anhela e ignora lo que tu cabeza te grita que es correcto. Lo que tu conciencia te grita que hagas, no te hará sentir tan bien como yo.

Me miró entregada y sin dudas, me abofeteé mentalmente y me repetí que debía continuar con mi plan.

La hija de Damon King iba a ser mía y con ello, la primera parte de mi plan se completaría.

—Siento que me quemo cuando…

Volví a silenciarla; la atraje de nuevo hacia mí y la besé con una urgencia que borró cualquier palabra no dicha, mientras mis manos recorrían el contorno de su cuerpo con una devoción ansiosa. Cuando mis dedos comenzaron a desabrocharle la camisa, noté un leve temblor en su respiración, estaba nerviosa porque probablemente no tenía ni idea de qué hacer. Iba a guiarla y hacerle algo que jamás podría olvidar. Sus ojos no dejaban de buscarme brillando con una mezcla de inquietud y deseo, y eso solo hizo que me pegara más a ella, decidido a demostrarle que podría hacerle sentir lo que nadie.

Y entonces…

—Pero miren nada más a quién tenemos aquí —dijo una voz burlona.

Me aparté con un gruñido y vi a Carrie junto a tres tipos pelirrojos que conocía demasiado bien. Eran Dustin, Cody y Wyatt, los hermanos de Carrie. Eran 5 años mayor que ella, pero se comportaban como adolescentes.

Maldita sea

—Luke, hermano —dijo uno de los trillizos con una sonrisa socarrona—, no sabía que fueras tan exhibicionista.

Carrie parecía incómoda, miraba a otro lado mientras Adara se acomodaba la ropa. Me puse de pie, de muy mala gana.

Distinguía a los trillizos por los tatuajes que había en sus manos, uno tenía una brújula, otro una guitarra y el tercero una estrella.

—Debería prohibirle la entrada a mi finca después de lo que acaban de hacer.

—Hermano —dijo Cody, que era el que siempre hablaba primero—, sabemos que no ha sido fácil mantenerte cincuenta años virgen, y por eso lamentamos mucho haber interrumpido el momento en el que por fin le quitarías las telarañas a tu serpiente, pero sólo vinimos a saludar. Nos dijeron que estarías aquí.

—Creí que no regresarían a Nashville este año —solté con frialdad. Estaba molesto.

—Nosotros tampoco —intervino Dustin—, pero nos invitaron a la feria del pueblo a cantar y no pudimos negarnos. Esta noche nos presentaremos y esperamos verles allí—puntualizó y se quitó el sombrero en dirección a Adara.

—Adara, te presento a Cody, Dustin y Wyatt—murmuré, ella estaba hermosamente sonrojada— Tienen una banda de música country bastante famosa por aquí, *"One more glass of whiskey"*.

—¿Has escuchado sobre nosotros? —preguntó Dustin casi al instante.

—Me parece que cuando mi hermano compitió en el Grand Prix de Texas de fórmula 1, usaban una de sus canciones en los videos que subían sobre él.

Ellos se miraron sorprendidos.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—Damián King.

Sus caras fueron un poema.

—Oh, sí, conocimos a Damián ese día, nos presentamos y cantamos algunas canciones. Tu hermano es un completo loquillo y tan mujeriego como nosotros. Nos cayó muy bien—le explicó Wyatt.

Adara se encogió de hombros.

—Sí, ese es mi hermano. Damián tiene más mujeres que sentido común en su vida.

—Oye, eres tan bonita que inspirarías muchas canciones, ¿nos dejas componerte una? —murmuró Cody.

—Nunca suelo darle la razón a este idiota —añadió Dustin—, pero debo reconocer que es la primera vez que dice algo que vale la pena.

Los tres eran pelirrojos, tenían casi los mismos ojos verdes que Vince, pero eran más corpulentos y no tenían una pizca de madurez en sus cabezas. Teníamos la misma edad, pero parecía que ellos nunca sentarían cabeza.

A pesar de todo, me caían bien ese trío de imbéciles.

Y de pronto, se quitaron las camisas y saltaron al río.

—¿Van a quedarse allí toda la tarde y no se meterán al agua? —gritó Cody.

Carrie se quedó en bikini; Adara se despojó de la ropa, se quedó en ropa interior y yo me petrifiqué. Era la primera vez que la veía con poca ropa. Era lo más cercano que existía a un ángel y sin embargo tenía la capacidad de condenarme al infierno con su belleza.

Ella se lanzó al agua con una sonrisita cuando vio mi cara de pendejo enamorado.

Me obligué a respirar, me quité la camisa y me lancé tras ella, sin poder sacarme de la cabeza que sería difícil romperle el corazón, después de haber probado a cabalidad semejante fruto prohibido.

—No cabe duda que Luke come muy bien, ¿eh? —bromeó Dustin.

—Arruinaré sus carreras musicales si se les ocurre ponerse a lujuriar a mi novia otra vez —advertí.

Wyatt, el que tenía un tatuaje de brújula en la mano, sonrió.

—Qué bonito te ves diciendo "mi novia". Nunca te habíamos visto presumir a ninguna mujer. Creímos que algún día anunciarías que Vince y tú tenían algo y estaban esperando cuatrillizos.

Puse los ojos en blanco y me giré hacia Adara.

—No les prestes atención.

Ella sonrió y me besó.

—Toda mi atención siempre estará en usted, mi coronel.

—Como debe ser —respondí, y por un instante olvidé que no estábamos solos y volví a besarla.

El agua del río estaba tibia, la corriente nos acariciaba la piel en tanto flotábamos y nos movíamos sobre el inmenso charco. El reflejo de los rayos del sol caía sobre nuestros hombros cuando las hojas se mecían. Adara flotaba a pocos metros de mí, riéndose y lanzándome besitos con la mano. Me mantenía cerca, nadando en círculos a su alrededor como si fuera un tiburón cuidando a su preciosa presa

Carrie, que nadaba cerca de sus hermanos, no dejaba de mirarnos con mala cara cada vez que Adara hacía algo que me arrancaba una sonrisa, me besaba, o la abrazaba con tanto amor que no parecía fingido.

—Cuando fui al pueblo vi a Cora—soltó, como quien deja caer una bomba en medio de una iglesia—. Me dijo que te enredaste con ella hace un año Luke, no sabía. Me preguntó por ti. Le dije que habías venido con tu novia. Soltó una carcajada al escucharlo, no podía creerlo … ella dice que no durarás ni quince días con ella. Yo le dije que quizá menos.

Dustin, que nadaba más cerca de nosotros que de ella, resopló y le lanzó una mirada de advertencia.

—Carrie, no seas desagradable, ni sueltes ese tipo de comentarios frente a la novia de Luke. Creímos que ya habías superado esa obsesión que sientes por él.

Ella chapoteó y le hundió la cabeza en el agua.

—Claro que lo superé, sólo estaba comentando que vi a otra de las amantes de Luke en el pueblo. No es mi culpa que seamos tantas.

Adara, lejos de molestarse, me dio un beso y apoyó la cabeza en mi hombro, mientras se guindaba de mi cuello. Yo la alcé y la abracé con fuerza.

—Bueno, no importa cuántas hayan sido… al final a ninguna de ellas las presenta como su novia oficial, cosa que Luke sí hace conmigo.

Los gemelos aullaron como lobos a punto de atacar.

—Me agrada esta chica, es fiera —gritó uno de ellos—. Justo lo que Luke necesita para que deje de ser tan…

—Cuidado con lo que vas a decir —lo interrumpí, con una mirada que cualquiera con dos dedos de frente sabría que era de advertencia.

El trillizo levantó las manos en señal de paz.

—Iba a decir que eres "cariñoso". Qué sensible te pones.

Cody, que estaba más cerca de Adara, nadó hasta donde estábamos.

—Adara, ¿sabías que Luke nos patrocinó la carrera musical?

Ella sonrió, curiosa.

—¿En serio? Cuéntenme más, por favor.

Adara, siendo tan dulce como siempre, se mostró genuinamente interesada en la anécdota de los trillizos y se alejó de mí para escuchar más de cerca, yo la seguí en cuanto me percaté de que sus pies chapoteaban en otra dirección.

Wyatt, señaló en mi dirección con el mentón.

—Dios mío, pero es que ni la suelta. Me temo que el coronel más amargado del mundo se ha enamorado.

—Luke nos ayudó cuando nadie creía en nosotros —dijo Dustin—. Le enviamos varios demos a las disqueras más importantes de Tennessee, pero nos ignoraron. No teníamos a nadie influyente que nos recomendara, así que parecía imposible. Nos presentamos a varios concursos musicales y, aunque ganamos varios, siempre le daban el contrato a alguien más. Estábamos pensando en retirarnos…

—Hasta que un día nos llegó una llamada de Great Music Records —siguió Cody—. Luke hizo las gestiones a nuestras espaldas, sin que nos enteráramos. Consiguió que una gran disquera escuchara nuestra música, nos patrocinó parte del disco y ayudó a que nos ofrecieran un buen contrato. Ahora somos una banda en ascenso gracias a él y queremos pagarle todo lo que ha hecho, aunque sigue negándose.

—No tienen que pagarme nada, me gusta ver que la gente progrese y aunque ustedes tres son bastante idiotas debo reconocer que son buenos en lo que hacen.

Wyatt sonrió con orgullo.

—Esperamos algún día ganar un Grammy, planeamos mencionarte en nuestro discurso de agradecimiento.

—Son como Taylor Swift, pero pelirrojos y menos talentosos —les solté, solo para fastidiarlos.

—Sabes que no —replicó Dustin, salpicándome agua—. Por eso nos ayudaste con nuestras carreras.

Adara los escuchaba con atención, su cabello mojado caía en ondas artísticas sobre sus hombros, y tuve que apartar la vista para no decirle alguna frase cursi sobre lo bella que era.

Los trillizos jamás me dejarían en paz si escuchaban esa faceta mía.

Pasamos un buen rato entre bromas y chapuzones. Y a pesar de la mala vibra que Carrie seguía emanando, la estaba pasando muy bien.

Aunque debía conversar a solas con ella más tarde.

Teníamos asuntos pendientes que debían ser discutidos.

***

Cuando regresamos a la casa ya era de noche, Holy, una de las cocineras, salió a recibirme en el porche.

—Señor, se acabó la sidra de manzana y Vince no ha regresado. ¿Le servimos de otra clase en la cena?

—No —respondí—. Yo iré a buscarla.

Adara, que caminaba detrás de mí, habló enseguida:

—Yo te acompaño.

Negué con una sonrisa.

—No, nena. Contraté a alguien para que venga a arreglarte para la feria a la que iremos pronto. Me dijo que estará aquí en cinco minutos.

Sus ojos brillaron.

—¿En serio hiciste eso por mí? Eres maravilloso.

—Siempre tendré lo mejor para ti.

****

Salí en mi camioneta aún con el sabor de los labios de Adara conmigo. No podía sacarla de mi mente, pensaba en ella todo el tiempo. Era una maldita obsesión que me estaba carcomiendo por dentro y no estaba haciendo nada para controlarla.

Conduje unos diez minutos por el camino de tierra por el que había llegado en la mañana, el aire que entraba por la ventanilla me agitaba el pelo.

Cuando llegué a la curva junto al letrero que indicaba que mi finca quedaba a ocho kilómetros, vi a Carrie, estaba de pie junto a la camioneta que solía prestarle para que hiciera los mandados. Se encontraba apoyada contra una de las puertas con los brazos cruzados.

Frené y bajé.

—Vaya… hasta que al fin veo al coronel sin su novia—dijo, con ironía.

Le devolví la mirada y me dirigí hacia ella.

—Buen trabajo, Carrie. Adara se está comiendo el cuento completo de que sólo tengo ojos para ella. Fuiste muy convincente al actuar como un ex acostón. A las mujeres soñadoras como ella, les encanta sentir que han encontrado al hombre perfecto, uno que les da su lugar y es capaz de humillar a sus exs por ellas.

—Pues la verdad no me gusta para nada verla contigo, me alegré cuando dijiste que vendrías porque creí que podríamos retomar lo que dejamos a medias del verano pasado y volver a ser amantes.

—¿Y qué te asegura que no podremos hacerlo?

Ella alzó una ceja.

—Tu comportamiento a su lado. Pareces genuinamente interesado en ella.

—Estás delirando.

—Ay por favor, Luke. Ambos sabemos que esa chica es mucho más que un juego para ti.

Odiaba que tuviera razón.

—No digas tonterías, ya te dije que lo mío con Adara es más una cuestión de ego. Es una virgen y me resulta divertida la idea de tenerla y luego dejarla.

—Por la forma en que la besas, no pareces muy capaz de dejarla … —inclinó un poco la cabeza, observándome con esos ojos verdes que siempre parecían saber más de mí que nadie. — Pero bueno, si quieres seguir mintiéndote y creer que ella es sólo una más, no seré quien intente hacerte cambiar de parecer.

Me crucé de brazos, sin apartar la vista.

—Yo no siento nada por esa mocosa, ya te lo dije. Ella es sólo un juego para mí.

Carrie soltó una risa corta e incrédula.

—Pues creo que te tomas el juego muy en serio, porque cuando la miras… pareces dispuesto a destruirte a ti mismo para estar con ella.

Me encogí de hombros.

—No tengo que probarte ni demostrarte nada.

Ella se acercó un paso, bajando la voz.

—Apuesto lo que sea a que, llegado el momento, serás incapaz de romperle el corazón. Se nota que esa chica te tiene a sus pies… y no al revés.

—¿Qué te hace pensar que no seré capaz de romperle el corazón? —ladeé la cabeza, clavándole una mirada fría—. Te lo hice a ti cuando me confesaste que me amabas… y eso que te conozco desde hace años. ¿Qué te hace pensar que, si no tuve piedad contigo, la tendré con ella que es prácticamente una desconocida?

Carrie expuso una media sonrisa amarga y me puso la mano sobre el pecho, como si estuviera a punto de pronunciar una advertencia.

—¿Y si apostamos algo?

Imaginé a dónde quería llegar.

—Apuesto a que no serás capaz de apartarte de ella… y terminarás profundamente enamorado.

—Y yo apuesto a que te tragarás tus palabras.

—¿Entonces es una apuesta formal? —preguntó, arqueando una ceja.

—Claro —dije, sin titubear—. Apuesto a que terminaré con ella cuando más enamorada esté de mí.

—¿Y si yo gano… qué me darás? —preguntó, jugando con el borde de mi camisa.

—A mí —respondí sin pensarlo.

Ella me sostuvo la mirada un par de segundos y luego inclinó la cabeza con una sonrisa que conocía demasiado bien.

—¿Por qué no me demuestras en este momento que no sientes nada por ella?

En ese instante supe exactamente a dónde quería llegar. Avancé un paso, la sujeté de los hombros y la empujé con suavidad hacia la parte trasera de mi camioneta. Ella se acostó boca arriba y se preparó para que la hiciera mía.

—¿Quieres que te folle, para que te convenzas de que Adara no significa nada para mí? —le pregunté, con la voz grave.

—Deberías hacerlo… en compensación por lo mal que me trataste hoy —susurró, sin apartar los ojos de los míos.

—Habíamos quedado en que te trataría mal para que fuese más creíble eso de que sólo tengo ojos para Adara —le recordé, a centímetros de su cara.

—Pues parecías muy metido en el cuento del novio perfecto —respondió con un destello de burla.

En un movimiento rápido, me tomó por la camisa y me atrajo hacia su boca. Sus labios chocaron contra los míos con fuerza, casi con furia, intentando reavivar la pasión que alguna vez existió entre ambos. Yo le seguí el beso por pura inercia, pero no sentí nada. No había en mí ese fuego que me incitaría a desvestirla, ni deseo, ni pasión. Nada. Era como si estuviese besando a una roca fría que no me producía nada.

Era la primera vez en mi vida que mi cuerpo no reaccionaba a los besos de una mujer, y me pregunté qué pasaría si lo intentaba con otra. Quizá Carrie ya no me atraía lo suficiente.

Seguí besándola, pero no lograba sentir nada.

Cerré los ojos para tratar de dejarme llevar y, sin querer, imaginé a Adara apareciendo en ese momento. La vi en mi mente, con el cabello revuelto por el viento y los ojos anegados en lágrimas al verme con otra. El solo pensamiento me provocó un nudo en el estómago y una incomodidad en el pecho.

Mierda.

Fingí que el celular me había vibrado en el bolsillo y me alejé de Carrie para atender una llamada imaginaria.

—Debo contestar, es de la central militar.

Ella me observó molesta. Miré la pantalla y me llevé el teléfono al oído y fingí hablar con alguien.

—Sí, dime… —dije al aire, caminando hacia el asiento del conductor—.Sí claro, eso debe estar listo a más tardar en dos días. Yo dejé todo coordinado en la central, pero monitorearé la situación desde mi laptop.

Carrie se incorporó lentamente sobre la camioneta, ajustándose la blusa en el trayecto.

—¿Y quién era?

—Alguien importante, debo irme —corté, sin mirarla.

Ella entrecerró los ojos y sonrió con un gesto venenoso.

—¿Ves? Ya ni siquiera puedes besarme. Seguro te has vuelto impotente por culpa de tu noviecita.

Decidí no responderle, porque la desgraciada tenía algo de razón.

***

El motor de la camioneta rugió mientras volvía por el camino de grava hacia la casa. El eco de la conversación con Carrie todavía zumbaba en mi cabeza.

Ella tenía razón, yo me estaba apegando mucho a Adara. Me preocupaba que no fuese capaz de excitarme con otra que no fuera ella. Era muy extraño.

No quería pensar en ello. Ni reconocer que me había sentido como la peor persona del mundo mientras me besaba con Carrie.

¿Por qué me sentía como un infiel cuando lo mío con Adara nunca sería real?

Apreté los dedos en el volante, intentando apartar la idea de que sí podía llegar a enamorarme de la hija de King, pero en cuanto giré la curva final y vi la fachada de la casa sentí el impulso de disculparme con Adara por besar a otra.

Me sentía absurdo.

Adara estaba de pie en el porche, como si me hubiera estado esperando, lo cual provocó que mi ánimo empeorara. Sus rizos negros caían en ondas perfectas alrededor de un rostro tan precioso como inefable. Varios retortijones se adueñaron de mis entrañas en ese momento. Estaba decepcionado por haberle fallado a ese angelito y a la vez contrariado, porque no quería sentirme emocionalmente atado a ella.

Adara llevaba una camisa roja entallada que resaltaba el tono marfil de su piel, un maquillaje impecable enmarcaba sus ojos celestes y acentuaban la curva de sus labios. Calzaba botas rojas y un pantalón negro corto te permitía admirar lo torneadas que eran sus piernas. Un sombrero negro completaba el conjunto, dándole un aire de muñeca country.

En el instante en que la vi con más detenimiento, me sentí sucio. Sucio por haber dejado que otra boca me tocara y otros brazos que no fueran los suyos me abrazaran. Un impulso más fuerte que cualquier remordimiento me sacó del vehículo y me llevó hasta ella casi corriendo. Sin darle tiempo a reaccionar, la rodeé con los brazos, hundí mi rostro en el hueco de su cuello y me permití ser consolado por su calidez, aunque ella no tuviera ni la más remota idea de que había estado a punto de acostarme con otra minutos atrás.

Ella soltó una risa suave.

—Mi coronel… qué cariñoso anda hoy.

Cerré los ojos un momento, inhalando su perfume hasta que mis emociones se equilibraron. No sabía qué diablos me estaba pasando. Yo no era precisamente un hombre fiel, ni siquiera cuando estaba con Madison lo había sido, y sin embargo allí estaba. Sintiéndome como un peloto de mierda por haber besado a otra que no fuera Adara.

—Supongo que los trillizos tienen razón en algo—le dije.

Se inclinó un poco para mirarme a los ojos, con una ceja arqueada.

—¿En qué?

—En que realmente eres preciosa… y podrías ser la protagonista de muchas canciones.

Su sonrisa se ensanchó, aunque noté un leve rubor en sus mejillas.

—Vaya, coronel… parece que tuvo usted un verdadero cambio mientras iba al pueblo por la sidra.

Me separé y saqué la botella de sidra de manzana de la bolsa.

—La sidra de manzana es mi segundo sabor favorito en el mundo.

Ella ladeó la cabeza, curiosa.

—¿Cuál es el primero?

—El sabor de tus labios. —Lo dije sin dudar, viéndola abrir ligeramente los ojos antes de bajar la mirada con una sonrisa tímida.

Subí las escaleras hacia mi habitación con la excusa de cambiarme. Necesitaba un momento para recomponerme, aunque sabía que ni diez duchas frías borrarían el maldito cargo de conciencia que sentía.

Cuando bajé de nuevo, llevaba una camisa de mezclilla ajustada, el primer botón de la camisa abierto, pantalón negro y un sombrero vaquero que había usado solo en contadas ocasiones. Adara estaba junto a la puerta, revisando algo en su bolso, y al levantar la vista sus ojos recorrieron mi figura lentamente, de arriba abajo.

Sus ojos se encendieron y corrió hacia mí, la alcé en brazos sin esfuerzo y le besé los labios como un jodido enamorado.

—Voy a ser la envidia de las mujeres del pueblo cuando lleguemos a la feria y te vean —dijo, con un tono que mezclaba orgullo y un toque de picardía.

—Yo creo que será al revés, eres tan hermosa que aunque te ponga una bolsa en la cabeza encontrarás la manera de llamar la atención.

Necesitaba encontrar a otra mujer que me ayudara a borrar esa obsesión y apego que estaba sintiendo por ella.

¿Y si intentaba seducir a su hermana?

Eso haría que el vínculo entre ambos jamás pudiese ser reparado, por mucho que yo lo quisiera. Y sí, estaba buscando razones para que ella no quisiera volver conmigo, porque me daba la impresión de que si ella se alejaba yo la buscaría por cielo, mar y tierra.

¿Y si creaba brechas entre las unidas hermanas King?

Recordé la devoción en los ojos de Anabella hacia su hermana, rememoré lo mucho que Adara la adoraba.

No quería cruzar ese límite y estaba seguro de que Anabella jamás me haría caso, porque la lealtad entre ambas era más grande que todo lo demás.

¿Pero y si no era así y su hermana estaba dispuesta a traicionarla por mí?

Negué con la cabeza, Anabella no me atraía en lo absoluto a pesar de que era idéntica a Adara. Quizá lo que me gustaba tanto de la mocosa era su chispa, su sentido del humor, sus ocurrencias.

Mierda, sí me estaba enamorando.

Adara no me gustaba sólo por su belleza, sino también por su personalidad.

Tenía que tomar medidas, y debía hacerlo pronto.

Capítulo 20

Coronel Luke

El camino de entrada a la feria estaba iluminado por guirnaldas repletas de focos luminiscentes que envolvían los postes de madera, las cuales emitían destellos dorados sobre las caras sonrientes de la gente que iba de un lado al otro, riendo, mirando las distintas atracciones y conversando amenamente sobre las competencias que se realizarían a lo largo de la noche. Había música country por todos lados, caballos que avanzaban tranquilamente por la zona y familias ataviadas con sus mejores atuendos campiranos.

El aire olía a maíz tostado, manzana, caramelo, canela y algodón de azúcar, mezclado con el aroma del heno que provenía de la zona aledaña al rodeo. Era una combinación poco convencional que por alguna extraña razón funcionaba bastante bien.

Apreté con fuerza la mano de Adara mientras atravesábamos el arco que nos daba la bienvenida, y tuve la sensación de que las palabras "Infiel, embustero, rata inmunda y desgraciado" estaban tatuadas en mi frente, después de lo que había pasado con Carrie. Me encontraba tan intranquilo, que temía que en cualquier momento, la culpa me sobrepasara y tuviera que decirle a Adara sobre mi encuentro pasional con la pelirroja, para librarme del horrible cargo de conciencia que sentía.

¿Qué mierda me estaba pasando?

Lo mío con la mocosa nunca sería algo serio y sin embargo no hallaba una forma de serenarme. Era como si de un momento a otro me hubiera convertido en el criminal más grande del mundo y no fuera digno ni de respirar el mismo aire que ella.

—Coronel, ¿está bien? —preguntó ella, alzando el rostro para mirarme.

—Sí, ¿por? —murmuré, intentando disimular que tenía el pecho apretado.

—Has estado actuando muy raro, a ratos muy cariñoso y de pronto muy distante y silencioso.

—No me pasa nada, nena, es que ya casi se termina el día y mañana tendremos que regresar y siento que el tiempo se nos está yendo muy rápido.

Ella se inclinó hacia mí y me besó. Le correspondí, pero estaba tan paranoico que imaginé que Carrie había aparecido de la nada para decirle a Adara que minutos antes había tenido mi boca sobre la suya. Me obligué a apartar esa visión y a aferrarme al calor de sus labios, a la dulzura que me ofrecía, aunque entre más la besaba peor me sentía.

¿Qué diablos tenía que hacer para sentirme mejor?

Me separé de ella, le acaricié el rostro, la tomé de la mano y seguimos caminando. La música country sonaba a lo lejos, mezclada con las risas y los gritos de quienes se subían a las atracciones mecánicas y tenían las cabezas colgando a la vez que sus familias los veían y señalaban desde la tierra. Una montaña rusa iluminada con luces de neón era la más con concurrida de todas, y cerca de allí el rodeo reunía a un grupo que vitoreaba a un jinete montado sobre un toro mecánico, tenía entendido que más adelante se celebraría la competencia del toro mecánico femenino.

Pasamos cerca de la competencia de las verduras más grandes. Vi la sección de calabazas gigantes, también habían melones, sandías e incluso pepinos y tomates.

—Usted podría ganar la competencia del pepino más grande mi coronel. No tendría competencia —acotó la muy descarada.

—Y eso que el pervertido soy yo.

—¿Qué? —preguntó inocentemente—. Vi que tenía usted unos ejemplares muy grandes en su finca, cualquiera de ellos se ganaría el premio.

Negué con la cabeza, con Adara King uno jamás se aburría.

—¿Qué deseas hacer? —pregunté, entrelazando mis dedos con los suyos.

Mis ojos recorrieron el lugar, como si estuviera buscando minas en un campo aparentemente pacífico. En realidad, quería cerciorarme de que Carrie no andaba por allí cerca. No estaba de ánimo para lidiar con ella y algo me decía que Carrie haría algo para indisponerme con Adara sobre lo que había ocurrido entre nosotros. Ella no dudaría a la hora de usarlo en mi contra. La conocía muy bien.

—Mm—respondió Adara—. Déjeme pensar, hay tanto que ver, hacer y comer en esta feria.

—¿Es la primera vez que vienes a una feria de este tipo?

Asintió con entusiasmo.

—Crecí en los fiordos noruegos, allá hacían festivales y eso, pero eran más del tipo invernal. Y aunque hacían eventos en otoño, no se comparan con nada de lo que estoy viendo. Es decir, amo el lugar en el que crecí, pero me gusta probar cosas nuevas y estar aquí es una de ellas.

—¿Quieres que te cuente qué otras cosas nuevas puedes probar? —propuse con sorna.

—Mi coronel, no se me ponga cochino tan temprano, mejor sigamos viendo la feria. Anda usted desatado.

Eso me hizo reír.

Los stands de tiro al blanco exhibían rifles apoyados en mostradores de madera; un letrero brillante colgaba de extremo a extremo en el techo e invitaba probar suerte y ganar un premio sorpresa. Junto a él había un puesto de algodón de azúcar y Adara se mostró entusiasmada en cuanto lo vio.

Parada muy cerca de este, una anciana reía mientras su nieto intentaba darle a un globo con un dardo.

—¿A qué hora se presentan los trillizos? —preguntó Adara.

—Creo que como a las diez de la noche, según ellos son las estrellas del evento.

—En realidad son muy buenos, mi hermano Damián estaba súper contento cuando se conocieron, hasta salieron a emborracharse por allí y eso. Aunque Damián es feliz siempre que haya alcohol y fiestas de por medio.

—Pues esta noche tampoco habrá una sola gota de alcohol para ti.

Adara me miró con el entrecejo fruncido.

—Es más fácil que usted se emborrache a que yo lo haga, mi coronel.

—¿Cuándo volverás a llamarme por mi nombre? Me gusta cómo suena en tus labios.

—Lo haré cuando me deje embriagarme hasta perder la conciencia.

—Entonces sígueme diciendo coronel —respondí, horrorizado.

—Qué miedoso se ha vuelto mi coronel.

—Ponerte a ti en la misma ecuación que el alcohol, da como resultado la destrucción del mundo.

Ella puso los ojos en blanco y señaló hacia un puesto de tiro. Una pareja reía mientras el chico entregaba a su novia un osito de peluche diminuto que claramente se había ganado tras golpear muy lejos del centro.

—¿Ve ese osito minúsculo de allá? Estoy segura de que usted puede hacerlo mejor, mi coronel y ganar uno enorme para mí.

—Hecho preciosa, vamos a mostrarles cómo se hace, nena.

Nos acercamos al stand que de hecho era el que más personas tenía en espera.

Larry, un viejo amigo mío, estaba detrás del mostrador, usando su característica gorra azul de los *Cerveceros de Milwaukee,* echada hacia atrás para ocultar su pelo oscuro habitualmente despeinado.

—¿Qué tal va todo Larry? —pregunté y luego le presenté a Adara, ella lo saludó y el chico le dijo que nunca me había visto con una mujer tan bonita, luego se dirigió a mí.

—La venta va bastante movida y creo que ahora lo estará más porque ustedes se acercaron.

Un grupo de mujeres se acercó a nosotros, para observarme con atención como si quisieran confirmar algún rumor sobre mí. Había salido con varias de ellas y era evidente que sentían curiosidad sobre Adara. Sus ojos no dejaban de seguir cada uno de mis movimientos y luego la evaluaban, lanzándole miradas especulativas. Adara, captó la intensidad de las miradas y no pudo evitar rodar los ojos, claramente molesta por la atención que recibíamos.

—Déjame adivinar, anduviste con varias de ellas y vienen a ver si es verdad que tienes novia.

—Ignóralas.

—¿Y cómo hacerlo si me están señalando? Seguramente pensaron que yo estaba preñada de ti y por eso no te quedó más remedio que presentarme ante la sociedad.

—Pues ganas de preñarte no me faltan, nena.

Sus mejillas se tiñeron de rojo. Larry soltó una carcajada.

—Wow, Luke, qué raro es verte en tu nueva faceta.

—¿Cuál?

—La de novio ejemplar.

—Bueno, empecemos, es hora de conseguir ese oso gigante para ti nena —dije, enfocándome en el juego.

Larry me entregó un carcaj con flechas.

—Tienes que acertar en el centro, si lo haces te ganarás el premio mayor.

—Estoy segura de que lo hará al primer intento —dijo Adara, mirándome con una mezcla de desafío y confianza.

—¿Y tú, Adara? —la interrumpió de pronto una voz femenina a mi lado.

La acidez estomacal quemó mi estómago al ver que Carrie acababa de llegar.

—¿Eres una digna novia para el coronel y también eres capaz de dar en el blanco como él?

Adara la miró de arriba abajo.

—¿Crees que él estaría conmigo si fuese una mujer que no diera la talla? —se defendió.

—Entonces te reto a una competencia.

—Hecho—aceptó sin dudar—. ¿Qué estará en juego?

No quería ni escuchar la respuesta que Carrie iba a darle.

—La primera que acierte se queda a Luke toda la noche para ella.

—Oigan, yo no estoy en contienda ni soy intercambiab… —intenté decir, pero Adara me cortó con los ojos encendidos.

—Acepto, pero si yo gano, no te acercarás a nosotros en el resto de la noche, ni mañana tampoco. No quiero verte en ningún lugar en el que nos encontremos y eso incluye la finca, así que si yo gano tómate el día libre.

Sonreí de medio lado al verla tan envalentonada, aunque en el fondo me preocupaba que Carrie decidiera hablar más de lo debido. El murmullo de la gente se intensificó a nuestro alrededor, y la luz de las bombillas parecía volverse más intensa, como si los focos estuviesen trabajando el doble para que la gente pudiese ver mejor quién era la ganadora. Más personas se acercaron y de un momento a otro, el puesto de Larry parecía el epicentro de una competencia de carácter mundial.

La multitud se agrandó cuando Carrie alzó la voz, se cruzó de brazos y anunció que iba a explicar las reglas.

—Tenemos un máximo de cinco tiros cada una —dijo, girando el cuello para que todos pudieran escuchar—. Si ninguna logra dar en el blanco, ganará la que clave la flecha más cerca del centro.

Adara hundió los hombros despreocupada, ladeó la cabeza y la miró con tranquilidad. Lucía segura de su victoria.

—La competencia parece tan fácil como lo eres tú, Carrie.

La multitud vibró al escuchar a Adara y un par de tipos al fondo aullaron como si estuvieran en un bar. Carrie apretó la boca y vi cómo estrujaba ambos puños hasta que los nudillos se le pusieron más blancos que de costumbre.

—Pues ella sí que conoce bien a Carrie—expuso una rubia de pelo alborotado y camisa a cuadros.

Carrie giró la cabeza con brusquedad y rodó los ojos al ver quién se había atrevido a hablar mal en su contra.

—Cállate, Melody. Nadie pidió tu sarnosa opinión.

Melody le sacó el dedo del medio y sonrió como si le fascinara la idea de seguir sacando de quicio a Carrie.

—Uy, qué carácter. No es mi culpa que tu fama de mujer cariñosa sea conocida por todos.

Algunos se rieron, otros comenzaron a gritar y aplaudir, animándolas con voces cargadas de emoción y picardía, lanzando comentarios que empujaban a Carrie y Adara a enfrentarse.

—¡Vamos, que se vea quién es la mejor! —decían varias voces masculinas.

—¡Apuesto todo a la novia del coronel! —añadió Melody—. Cada palabra que decía le echaba más leña al fuego, avivando la competencia antes de que siquiera comenzara.

Larry, que seguía detrás del puesto, levantó las manos para que el gentío se calmara y empezara lo que tanto esperaban.

—Bueno… ¿cuál de las dos empezará primero?

Carrie levantó la barbilla.

—Lo haré yo, así le mostraré a la citadina cómo es que se hace.

Adara sonrió de lado.

—No estoy interesada en aprender nada de ti, Carrie.

Vi cómo Carrie se acomodó con cuidado, concentrada en el arco que sostenía. La había visto tirar en el pasado, era muy buena, pero algo me decía que los celos de Adara la motivarían lo suficiente para no dejarse ganar y al final la pelirroja perdería. Aunque la realidad era que si Adara perdía yo no pasaría la noche con Carrie, por mucho que ellas tuvieran un trato. Antes de tensar la cuerda para disparar, la pelirroja me lanzó un guiño y yo supe que esa era una treta pensada para desconcentrar a Adara. A juzgar por la expresión furibunda en la hermosa cara de la hija de King, Carrie había logrado su cometido.

—Vuelve a guiñarle el ojo y en lugar de clavar la flecha en el blanco, la clavaré en tu ojo.

Carrie soltó una risita cínica.

—Cómo se nota que no estás segura de que Luke sí te quiere para algo serio. Mira cómo te alteras con un simple guiño.

—Bueno… —dijo Adara, con una calma glacial—. Es evidente que a la única que nunca quisieron para algo serio fue a ti. Pero en fin, cada quien se consuela con lo poco que tuvo alguna vez. Si creer que Luke me dejará por ti te hace feliz, adelante. ¿Quién soy yo para arruinar tus sueños más platónicos e imposibles?

Tuve que morderme el interior de la mejilla para no soltar una carcajada. Nunca había visto a nadie poner a Carrie en su sitio con tanta facilidad. Adara tenía más carácter de lo que pensé.

Carrie tomó aire, tensó la cuerda del arco y soltó el disparo. La flecha se clavó bastante lejos del blanco y varios soltaron silbidos burlones.

—El que mucho habla, poco hace —dijo Adara—. Siempre lo he dicho.

Adara tomó el arco con seguridad, lo evaluó durante poco segundos y cuando me miró noté que estaba molesta. Carrie notó su inestabilidad y expuso una sonrisilla maliciosa.

—¿Quieres saber a dónde fue tu noviecito esta noche?

—Fue al pueblo a comprar sidra —respondió Adara, tajante—. Si vas a salir con chismes baratos, pierdes tu tiempo, porque no pienso creerle a una desesperada por atención como tú.

Yo sentí que una llamarada fuerte me golpeó el cuello. La presión en mi pecho se volvió más fuerte. Carrie había soltado la frase de forma casual y aunque la mocosa no le había prestado atención tuve el presentimiento de que tarde o temprano me diría algo al respecto. Adara, lucía enfadada y al soltar la cuerda, el disparo no fue lo que esperaba. La flecha ni siquiera rozó el blanco. Es más, ni siquiera logró impactar la diana.

—No cabe duda que sólo eres una citadina habladora que ni siquiera sabe sostener una flecha —escupió Carrie.

—Nena, tienes que ponerla en… —empecé a decir, pero Carrie me interrumpió.

—¿Acaso ella no puede hacer las cosas por sí misma?

Adara enderezó la espalda.

—No te preocupes, puedo con esto.

La segunda flecha que Adara lanzó también quedó lejos del centro. Carrie afinó la puntería en su turno y la suya pegó más cerca del blanco que la anterior. La multitud comenzó a murmurar y a alentar a Adara, pero ella no parecía cómoda con ello. Yo había notado que Adara se ponía nerviosa cuando otras personas la veían mientras hacía algo.

En el tercer disparo la cosa no mejoró, Adara apretó los labios, pero otra vez la flecha fue a dar donde no debía y se clavó en uno de los postes de madera que sostenían el stand. Carrie sonrió satisfecha porque la suya estuvo a unos diez centímetros del círculo central.

Adara cambió de estrategia y lanzó un cuarto tiro potente, pero la flecha en lugar de acercarse salió volando y le pegó a la carpa trasera. El tiro de Carrie, en cambio, se quedó a escasos centímetros del blanco en su última vuelta.

La victoria de Carrie era casi inminente, pues a la pelinegra sólo le quedaba una sola oportunidad. Adara respiró hondo, cerró los ojos, se masajeó las sienes y adoptó una expresión intensa. Como si de repente le hubiera echado gasolina a sus miedos e inseguridades y pretendiera quemarlos. Acto seguido le dedicó una mirada inquisitiva a Carrie y traqueó los huesos de su cuello, ladeando la cabeza.

—Soy la hija del Monstruo del Pentágono. Un estúpido juego de tiro al blanco no podrá conmigo.

Carrie palideció al instante.

—¿Eres la hija de Damon King?

Ella me miró como si acabara de resolver un rompecabezas que había creído imposible. Fruncí el ceño en su dirección. Carrie no tenía manera de saber sobre el odio que sentía por King. Nunca se lo había comentado.

¿Por qué me observaba como si supiera todo lo que yo siempre traté de ocultar?

Adara apretó la mandíbula, ajustó el arco entre sus manos y estiró los brazos. Desde donde estaba, noté cómo sus hombros se tensaban, como si estuviera acomodándose para lanzar el tiro de su vida. Acto seguido levantó el mentón, entrecerró los ojos y se mordió los labios, parecía dispuesta a ignorar los murmullos de la multitud que nos rodeaba.

—Vamos, nena… —emití, como si esa competencia fuera algo de vida o muerte. Quería que ganara, aunque una parte de mí, sabía que Carrie no se quedaría quieta si eso ocurría.

Adara soltó el disparo y yo dejé de respirar.

Un sonido fugaz rasgó el aire, y la flecha salió disparada en un tiro perfecto que se incrustó justo en el centro.

La multitud rugió, gritó, silbó y aplaudió a Adara como si ella acabara de convertirse en campeona mundial de tiro al blanco. Larry levantó las manos como un árbitro satisfecho, sonriendo de oreja a oreja y le entregó a Adara un oso enorme que ella abrazó completamente feliz.

—¡Y tenemos ganadora!

Adara no necesitaba que ganara osos de peluche por ella, podía conseguirlos por sus propios medios y algo dentro de mí siempre lo supo.

La tomé por la cintura y la atraje hacia mí como si estuviéramos solos, el sabor dulce y desafiante de su boca me llenó el paladar. Me esmeré en disfrutar en beso, en olvidarme de que a pocos metros de mí se encontraba una mujer que podría destruir mis planes con una sola palabra. Si Adara se enteraba que odiaba a su padre, todo terminaría para mí. Intentaba disfrutar el beso, dejarme llevar pero la preocupación y el cargo de conciencia por el beso con Carrie seguía fastidiándome.

Me obligué a olvidar momentáneamente lo ocurrido y entonces pude besar a mi muñeca como el maldito idiota que estaba loco por ella.

La seguí besando hasta que la multitud rugió y me percaté de que seguían allí chismoseando.

—Felicidades nena—susurré contra sus ricos labios.

—Al parecer me gané al premio mayor.

—¿Cuál? —fingí no saber.

—A usted, mi coronel.

Le sonreí de vuelta y entonces Carrie nos interrumpió.

—¿Crees que ganaste verdad? Espero que no te lleves una decepción al descubrir la verdad sobre él.

Adara negó con la cabeza.

—Guárdate tus supuestos buenos deseos y no seas mala perdedora. No me interesa ninguna verdad que quieras decirme.

Carrie me observó con perversidad, como si estuviese contando los segundos para desenmascararme.

Tuve un mal presentimiento respecto a ella y me prometí averiguar cómo era que ella se había enterado que yo detestaba a Damon King.

***

Pasamos junto a un establo abierto media hora después. El olor a paja, estiércol se mezclaba con el relincho inquieto de los caballos. Ella se detuvo un segundo para mirarlos, pero mantuvo cierta distancia, como si los encontrara intimidantes.

—¿Alguna vez has montado a caballo, nena? —pregunté, observando un caballo negro que me recordaba mucho a uno que yo tenía. El más fiero de todos, que sólo se dejaba montar por mí.

—No, me dan un poco de miedo.

Sonreí con suficiencia.

—¿Te dan miedo los caballos? Parece que eres como esas chicas de ciudad que son poco atrevidas.

Me miró como si estuviera lanzándome un reto.

—¿De verdad cree que no soy atrevida, mi coronel?

—Sí. Eres bastante mojigata. La prueba es que sigues siendo pura.

Sus labios se curvaron peligrosamente.

—Le voy a demostrar qué tan atrevida soy, mi coronel.

No le respondí. Algo me decía que me arrepentiría de retarla.

Seguimos caminando y pasamos junto a unas gradas abarrotadas por un público que vitoreaba al reciente ganador masculino de la competencia de lazo. Un letrero digital colgaba sobre la entrada y anunciaba en parpadeantes letras rojas: "La competencia del toro mecánico femenino, empieza dentro de unos minutos"

—¿Podemos ir a ver esa competencia? —preguntó más interesada de lo común.

—Claro.

En la entrada le compré una manzana acaramelada y ella empezó a comerla entusiasmada antes de que entrelazáramos las manos y entráramos por la puerta principal. Nos conduje al palco especial en el que siempre me ubicaba, porque no me apetecía lidiar de nuevo con un grupo de miradas curiosas.

—Iré al baño, mi coronel—anunció cuando acomodé las sillas cerca del borde de la baranda metálica.

—Te acompaño.

—No, mi coronel. Ya vi que queda cerca, no se preocupe. —Me señaló una puerta al frente.

—Pero no quiero que vayas sola, no conoces el lugar—rebatí.

—Pero si el baño queda cerca, usted podrá ver por dónde voy.

No podía seguir comportándome como una especie de loco obsesivo, así que al final dejé que fuera sola.

Pedí una cerveza, y me dejé ir sobre la silla mientras seguía a Adara con la vista pero de un momento a otro la perdí.

Mierda

Sentí el impulso de salir y verificar que estuviera bien, pero debía calmarme.

¿Qué pasaría cuando tuviera que terminar con ella?

¿No lo soportaría y saldría corriendo a buscarla, porque tenía ganas de verla?

¿Y si Adara se topaba a Carrie y ella le contaba que habíamos tenido un encuentro mientras iba hacia el pueblo?

Cálmate, Luke, estás sobre-pensando.

La gente terminaba de ocupar sus puestos y yo no lograba calmarme. La competencia empezó a los pocos minutos de que Adara se fuera.

La primera competidora salió a escena, era una rubia bajita que no duró ni diez segundos sobre el toro mecánico. La multitud la aplaudió, pero fue más por obligación que porque ella lo hubiese hecho bien.

Miré el reloj, y me di cuenta de que habían pasado cinco minutos desde que ella se fue. Era normal que no hubiese regresado, aunque la última vez que ella había quedado en ir al baño se saltó el castigo que le impuse y se fue a su habitación en la central militar. Con Adara nunca se sabía.

Cuando transcurrieron diez minutos desde que Adara se fue me puse más nervioso. Salí del palco y empecé a buscarla entre el gentío, pero no había una sola señal de que estuviera por allí.

¿Y si Carrie le dijo todo y ella regresó a la casa por sus medios, decidida a marcharse de Nashville?

Varias competidoras ya habían hecho su turno; pero yo no alcanzaba a prestarle atención a ninguna por estar preocupado por Adara.

Hasta que de pronto, escuché la voz del locutor.

—Y tenemos una participante de último minuto. Ella nunca había participado en un evento así y eso es precisamente lo que más la entusiasma de ello. Al parecer le dijeron que no era lo suficientemente atrevida y vino a demostrar lo contrario.

Por favor, Dios mío, que no sea quien estoy pensando.

—Ella nació en Noruega y está aquí para probar que las chicas citadinas se atreven a todo. Recibamos con un fuerte aplauso a la muñeca del rodeo: "Adara Atenea King"

El público aulló como si acabara de salir la estrella principal de un concierto. Y yo descendí por las gradas dispuesto a detener toda esa locura. Adara no sabía montar a caballo, iba a lesionarse si lo intentaba.

Dios mío.

¿Por qué ella no podía ser como una mujer común y corriente y no meterse en tantos problemas?

—La diosa nórdica que, según me han dicho, es la novia del coronel Luke. Felicidades a esta linda pareja.

Me lanzó un beso desde el borde del corral, justo antes de subirse al toro mecánico y yo sentí que se me detuvo el corazón.

Qué voy a hacer contigo mocosa, una vez más caí en tu excusa de ir al baño.

Una llamada de Madison entró en mi celular, pero la rechacé. No había parado de llamarme en todo el día.

Capítulo 21

Coronel Luke

El corazón me dio un vuelco cuando vi a Adara trepada en el maldito toro mecánico. La multitud rugió emocionada cuando la anunciaron, pero para mí fue como si me hubieran dicho que ella había saltado al centro de un tornado.

Volví a repetirme que no debía importarme lo que le pasara, que ella se merecía un buen susto por ser tan imprudente y sin embargo allí estaba, a punto de saltar el cerco que separaba las gradas del campo e ir por ella.

La multitud coreó su nombre, y una lucecita roja se encendió en el aparato, que estaba a punto de ponerse en movimiento.

Carajo, Adara…

Tenía que sacarla de allí. Ella jamás había montado un caballo en su vida, ¿cómo demonios pensó que en un toro mecánico le iría mejor?

Intenté atravesar la valla, pero de inmediato dos guardias de seguridad se me pusieron en frente.

—Coronel, no puede pasar —dijo uno, extendiendo un brazo como si creyera que yo era un tren al que podía detener.

—Déjenme pasar o les rompo la cara, no quieren tener problemas conmigo créanme—rugí, con los puños apretados—. Ella no sabe ni montar a caballo, si se cae o algo la lastima; les juró que incendiaré esta puta feria.

—La chica entró voluntariamente a la competencia, ella es mayor de edad y responsable de sus propias acciones. Todas firman un papel antes de subirse al toro, está estipulado en las normas de la feria —respondió el organizador del evento, un tipo con sombrero vaquero que parecía disfrutar el espectáculo —. Y además… compruebe por usted mismo que no hay de qué preocuparse coronel, porque la chica lo está haciendo muy bien.

Giré la cabeza con incredulidad. Adara estaba en lo alto del toro, aferrada a su cuello con una mano y meciendo la otra en señal de victoria. Como si aquello fuera pan comido para ella.

La mujer a la que habían bautizado como "la muñeca del rodeo" parecía que había nacido para eso. El toro giraba bruscamente, la zangoloteaba con más fuerza, pero no lograba hacerla caer. Adara movía la cintura con una agilidad que yo no alcanzaba a entender. Lo que mis ojos veían no tenían el más puto sentido. Perdí la cuenta de la cantidad de situaciones descabelladas en las que Adara se había metido, en todas salió bien parada y aquella vez no sería distinto.

La cantidad de castigos de las que se había librado, el tigre y ahora lo del toro mecánico.

—Es imposible que ella… —susurré, sin poder creer lo que veía.

—Pues crea que sí es posible señor—me interrumpió el organizador—. Está a punto de sobrepasar el minuto y medio, y si lo logra, será la ganadora. Su chica tiene talento mi coronel, no la subestime.

Cada giro abrupto del toro me descolocaba y me aceleraba el corazón. Cada vez que parecía que ella iba a caer, mis pulmones se negaban a recibir aire. No sabía qué demonios me pasaba. ¿Por qué estaba tan preocupado? ¿Por qué sentía que era yo quien estaba en riesgo en ese aparato mecánico y no ella? Yo no era un hombre de mostrar debilidades, y, sin embargo; en ese instante, era un maldito manojo de nervios por culpa de la mocosa insensata que me lanzaba besos de vez en cuando, mientras reía y la multitud la vitoreaba alegremente. Adara tenía la extraña habilidad de ganarse el corazón de la gente con suma facilidad, y esa era una de las principales razones por las que era peligroso abrirse con ella.

Me trepé a la baranda, incapaz de quedarme quieto.

Ella estaba logrando lo impensable y sentí el impulso loco de animarla. Últimamente nada me salía según lo planeado.

—¡Vamos, nena, tú puedes! —grité, con la garganta ardiendo.

El comentarista aprovechó la escena al instante:

—¡Vaya, parece que el coronel ya no está tan preocupado por la seguridad de su hermosa novia y en su lugar ha decidido alentarla! ¡Eso es lo que haría un verdadero hombre! Un aplauso para esta pareja que está enamorada.

La multitud estalló en aullidos y vítores. El nombre de Adara empezó a corearse con tanta fuerza que parecían fanáticos de futbol americano, que acababan de ver a su equipo ganar el *superbowl*.

—¡Adara, Adara, Adara!

—¡Muñeca del rodeo! —no dejaban de canturrear.

Ella levantó la mano en señal de triunfo mientras el toro seguía sacudiéndola sin piedad. Yo sentía que iba a morir cada vez que el aparato la movía en círculos y ella se agitaba peligrosamente en dirección al suelo. Era un revoltijo de emociones, por un lado, me preocupaba que se lastimara; por el otro me estresaba que ella me importara tanto y para acabar de rematar, también me sentía orgulloso de lo irreverente que era.

Dio un par de vueltas más, parecía que realmente lo estaba disfrutando. Su cabello suelto volaba en todas las direcciones posibles, pero ella no dejaba de sonreír y eso provocaba que el cariño de los presentes aumentara. Al final sonó la campana y para mi sorpresa, Adara logró lo que no creí que podría conseguir.

—¡Ella ha sobrepasado la marca anterior y ha conseguido estar sobre el toro durante: un minuto con cuarenta y cinco segundos! —gritó el anunciador—. ¡Damas y caballeros, les presento a la ganadora de la competencia del toro mecánico femenino, la bellísima: Adara King!

La multitud explotó en aplausos. Yo salté la baranda sin pensar, directo hacia ella. Adara respiraba acelerada y tenía las mejillas coloradas, y en cuanto estuvo al alcance, la tomé por la cintura y la besé entusiasmado, orgulloso y exaltado. Sentí el temblor de su cuerpo contra el mío y la manera en que sus labios respondieron a mi devoción fue digna del final de una de esas novelas cursis de comedia romántica, que tanto detestaba.

El ruido de la gente creció, los presentes no dejaban de gritar exaltados ante nuestro beso. Pero ese escándalo dejó de importarme, estaba tan inmerso en Adara, en su belleza, en la locura que había cometido que no podía pensar en nada más.

La sujeté con fuerza, temiendo que si la soltaba ella se iría a hacer de las suyas y yo la perdería, Adara era un sueño hermoso del que a ratos no quería despertar.

Sus manos se aferraron a mis hombros con una desesperación que me atravesó el pecho, la deseaba, me gustaba y no podía de pensar en todo lo que perdería si decidía darme una oportunidad seria con Adara. Mi madre me aborrecería y jamás querría saber de mí, mi hermana se enteraría de que les había fallado al fijarme en la hija del hombre que arruinó nuestras vidas, y yo no sería capaz de ver mi propio reflejo porque me convertiría en un traidor.

Por otra parte, la miraba mientras delineaba su boca con mi lengua y sentía que era una especie de bestia a la que una diosa pura había bendecido con su cariño.

Cuando dejamos de besarnos, acaricié su mejilla con mi mano y ella se me quedó mirando de una forma que me convenció de que jamás me perdonaría si le rompía el corazón.

—¿Qué tan atrevida le parezco ahora, mi coronel? —me susurró con picardía, rozando mis labios con los suyos.

—Estás malditamente loca —respondí, desconcertado—. Y un día de estos vas a matarme de un ataque al corazón… pero debo reconocer que lo que acabas de hacer fue lo más épico y atrevido que he visto en mi vida.

—Nunca en mi vida había montado un toro mecánico —dijo con esa inocencia que me mantenía embobado—. Pero fui gimnasta cuando era niña, aunque no me fue tan bien con eso, supuse que era parecido a dar vueltas sobre el caballo o salto del potro, como le dicen algunos.

—¡Maldita mocosa… ven acá!

La besé de nuevo, contrariado y alterado aún por todo lo que experimentaba al estar su lado. Ella reía contra mi boca, orgullosa y encantada de haberme llevado al límite una vez más.

Luego llegó la hora de la premiación. El organizador apareció con un sobre y anunció que el premio era de cinco mil dólares. Adara lo recibió, pero de inmediato preguntó si había fundaciones de caridad en el pueblo. Le dijeron que sí, que había un orfanato. Sin pensarlo, declaró que quería donar todo el dinero a este.

A ratos me costaba creer que una criatura tan bondadosa como Adara, llevaba en sus venas la sangre del monstruo de Damon King. Ella era un dechado de pureza, bondad y carisma.

La multitud la ovacionó.

Adara era tan inocente y tan descarada, tan loca y tan noble, que no podía definirla por más que lo intentara.

Los organizadores anunciaron que de todas formas querían entregarle algo por su buen desempeño.

La invitaron a subir al podio y así lo hizo, luego recibió un ramo de flores enorme y una medalla que decidió conservar. Los flashes de las cámaras la rodearon, la gente se acercaba a felicitarla, y yo no podía apartar mis ojos de ella, mientras la aplaudía. Nunca antes había vitoreado a nadie, pero cuando se trataba de ella me sentía momentáneamente libre de la amargura.

Los fotógrafos nos pidieron una foto y aunque no era habitual en mí, dejar que otros me retrataran en cuando la vi pestañeando ilusionada en mi dirección, simplemente asentí.

Cuando al fin salimos del lugar, todavía rodeados de murmullos y aplausos, Adara se volvió hacia mí.

—Gracias, mi coronel.

—¿Por? —pregunté, arqueando una ceja.

—Por traerme a un lugar en el que me hicieron sentir ganadora. Nunca había conocido esa sensación en mi vida. Siempre había aplaudido genuinamente a otros y ahora soy yo quien recibe el cariño de la gente por haber hecho bien las cosas.

Besé su frente, contento por lo que estaba viviendo. Aunque no quisiera decirlo, ella se merecía todos esos momentos bonitos.

—Tú lo hiciste todo, nena, yo no hice nada por ti.

—Si no hubiera estado entre la multitud, yo no me habría sentido tan motivada.

Levanté una ceja con picardía.

—¿Yo te motivo, nena?

—Sí, cada vez que lo miro me dan ganas de impresionarlo, mi coronel.

—Me impresionaste desde la primera vez que te vi y no has dejado de hacerlo.

—Eso significa que voy por buen camino—de pronto se quedó pensativa y callada—Ya casi lo logro, ¿verdad?

No entendí a qué se refería.

Lo único que hice fue besarle la punta de la nariz mientras la abrazaba.

—¿Qué exactamente es lo que quieres lograr, preciosa?

—Ser su novia, mi coronel. No le ha dicho a otros que no soy su novia, cada vez que lo anuncio porque es usted un caballero, pero ambos sabemos que nosotros no tenemos nada serio—expresó y quise proponérselo, pero algo dentro de mí me decía que no sería natural pedirle que fuera mi novia tan pronto.

Ella se daría cuenta de que era una propuesta acelerada.

Sin embargo, percibí en mi cabeza unas enormes ganas de pedirle que fuera mía de verdad. ¿Qué carajos me pasaba?

¿Por qué seguía saliéndome del plan?

Había momentos en los que me sentía incapaz de dañarla, otros en los que me llenaba de fuerzas para destrozarla y luego era inundado por un montón de cargos de conciencia por besar a Carrie, por querer romperle el corazón y no ser lo suficientemente honesto con aquella hermosa pelinegra.

—Te propongo algo —dije al fin.

—Soy toda oídos.

—Si pones de tu parte y logras un buen rendimiento en el torneo militar, te convertirás en mi novia oficial.

—Reto aceptado. Y si yo gano… tendrá que desfilarme desnudo como premio adicional.

Solté una carcajada atronadora.

—Me encanta lo descarada que te has vuelto.

—Quizá siempre lo fui —respondió, rozando mi boca—. Pero sólo me he animado a mostrarlo cuando estoy con usted.

—Es un verdadero privilegio —murmuré, besándola con calma, últimamente no podía pasar mucho tiempo lejos de su boca.

Salimos del recinto y nos adentramos de nuevo en la muy iluminada feria de Nashville.

—¿Ya casi es hora de ir a ver a los trillizos cantando? —preguntó ella.

—Creo que el show empezará en menos de diez minutos—declaré, mirando mi reloj.

Nos movimos entre el gentío y nos encaminamos hacia una enorme tarima con pantallas led de fondo. La multitud era enorme y vitoreaba a los gemelos que acababan de empezar a cantar su primera canción, un cover del tema *Fast Car* de Luke Combs, una famosa estrella masculina del country.

—Coloquémonos hasta adelante —insistió Adara cuando nos acomodamos en la parte media del lugar.

—Eso les dará a ese trío de locos una oportunidad para empezar a fastidiar—debatí.

—O les hará sentir bien ver que la persona que más los apoyó vino a verlos.

Rodé los ojos. Adara era tan buena persona.

Joder, su calidez complicaba mi vida.

—No sé por qué nunca puedo decirte que no a nada de lo que me pidas.

Ella sonrió como si acabara de anotarse una victoria más contra mí, cuando me las ingenié para colocarla en primera fila, y me puse detrás de ella para cuidarla como su guardaespaldas. Enganché ambas manos en su cintura y besé su cuello para que supiera que la resguardaría en todo momento.

La gente no dejaba de mirarnos, pero en la mayoría de los casos eran vistazos afectuosos.

En ese momento, Dustin agarró el micrófono y su voz potente retumbó por las bocinas.

—¡Wow! Pero miren nada más y nada menos a quién tenemos aquí… —dijo, apuntando hacia nosotros con teatralidad—. A la ganadora de la competencia del toro mecánico, la mismísima Adara King, en compañía de su novio, un coronel que todos en el pueblo conocen y que, además, es una de las razones principales por las cuales nuestra carrera musical despegó. ¡Denle un fuerte aplauso al coronel Luke que nos acompaña esta noche y a su bella novia la muñeca del rodeo!

La multitud rugió, gritando el nombre de ambos, luego aplaudió con euforia como si también tuvieran algo que agradecernos. El calor de la ovación me atravesó como un rayo. No estaba acostumbrado a ese tipo de cariño colectivo y una parte de mí, pensaba que si Adara no hubiera estado allí yo jamás habría entrado a verlos cantar, ni recibido tanto cariño genuino de un montón de desconocidos.

—Por lo menos esta vez no dijeron ninguna locura —murmuré por lo bajo.

Pero Dustin expuso una sonrisa de bribón y supe que no iba a dejarme en paz.

—A pesar de que Luke es un poco cascarrabias, prepotente y posee una personalidad tan blanda que su psicólogo le sugirió practicarse un exorcismo… es buena persona.

La gente soltó un cúmulo de carcajadas, y yo tuve que apretar los dientes para no mostrarle el dedo del medio.

De pronto, Adara alzó la voz desde donde estábamos.

—¡Se te olvidó decir que el coronel también es muy guapo!

Más carcajadas llenaron mi oído. Yo giré la cabeza hacia ella y la miré incrédulo, la muñeca hermosa me sonrió con descaro.

—Pues sí —respondió Dustin, llevándose la mano a la barbilla—. Digamos que el coronel no es feo… pero a mí me gustan un poco más femeninos y delicados.

Otra oleada de risas inundó el aire.

—Claro —replicó Adara con gracia—, no todos pueden tener mi buen gusto.

La multitud volvió a reír y a aplaudir, encantada con la espontaneidad que brotaba de la mocosa. Yo me quedé observándola, sin poder evitar sentir un pinchazo en el pecho: ¿cómo era posible que cada cosa que decía me pareciera grandiosa?

Mierda, en serio no podía seguir así.

Dustin retomó el micrófono.

—Sabes, Adara… el coronel te adora. Aunque sea bastante tosco a la hora de expresarlo, nos pidió que cantáramos una canción en tu honor. ¿Alguien aquí ha escuchado "*Just a Kiss*" de la banda *Lady Antebellum*?

La multitud explotó en gritos y silbidos de emoción.

Yo cerré los ojos un instante, le había pedido a los gemelos que la cantaran después que regresamos de la cascada, porque sabía que Adara estaría feliz de que tuviese un gesto romántico con ella. Mi plan seguía siendo enamorarla y dañarla y por ello ocupaba que cosas que le hicieran pensar que estaba loco por ella. Aunque a ratos las líneas entre mi plan y mis sentimientos comenzaban a desdibujarse y no me sentía lo suficientemente fuerte para cumplir lo que me propuse.

Los primeros acordes de la guitarra empezaron a sonar. Las voces armoniosas de los trillizos llenaron la feria, acompañados por una chica rubia de pelo corto que se encargaría de las partes femeninas de la canción.

—*"Estando tan cerca de ti, es difícil combatir estos sentimientos"* … —empezaron a entonar

La canción hablaba sobre un hombre distante al que le costaba abrirse con las mujeres, hasta que conoció a la chica correcta y su mundo empezó a cambiar, por mucho que intentara contener lo que sentía por ella.

Adara giró la cabeza hacia mí. Sus ojos celestiales se llenaron de lágrimas y una sonrisa se extendió en sus labios como si la canción fuera justo lo que necesitara escuchar. Yo me quedé observándola atontado, como un imbécil que no podía romper el hechizo que su rostro hermoso producía en mí . El viento le alborotaba el pelo azabache y el resplandor de las luces realzaba sus mejillas sonrojadas, era tan bella que no podía controlar lo mucho que mi corazón la admiraba. Era tanta la pureza y dulzura que emanaba, que sentí que no merecía respirar el mismo aire que ella.

—Ven acá, preciosa —le murmuré, atrayéndola contra mí—. Por favor, no llores. Purificas cada grieta en mí cuando te miro, no soporto verte llorar.

—La canción habla de un beso bajo la luna… —susurró ella, con la voz quebrada.

Levantó la cabeza hacia el cielo nocturno. Yo también lo hice. La luna nos regaló un brillo plateado y comprendí lo que ella quería que hiciera.

—Entonces es un momento perfecto para que la canción se vuelva realidad —le dije.

La besé. Y en ese beso comprendí cuán verdadero era lo que sentía por ella, estaba atrapado en su exquisito sabor, en esa belleza que me ponía a sus pies y en esa dulzura que tranquilizaba a mi corazón cada vez que la tenía junto a mí. Nunca pareció tan fácil querer a alguien hasta que la conocí y nunca fue tan difícil decirle que no a mis propios deseos.

Con ella estaba bien, con ella era otro Luke, con ella a mi lado mi horizonte jamás sería oscuro.

Y fue así como viví la noche más feliz y grata de mi vida.

Bailé con ella, la abracé, tuve su aroma contra mi piel, me reí de sus bromas y cada vez que podía le repetía lo preciosa que era. Ella reía y yo me dejaba arrastrar por su alegría. Cada vez que me sonreía o me daba un beso, sentía que algo dentro de mí sanaba, que mi piel se endurecía y mi pecho se volvía de acero.

Justo en medio de la última canción ella se me quedó mirando fijamente y en silencio. Lo había hecho varias veces en la noche, despertando mi curiosidad.

—¿Por qué me miras tanto, nena? —pregunté, acomodando un mechón rebelde de su cabello tras su oreja.

—Porque me gusta pensar que soy la razón por la que su rostro ha sonreído tanto esta noche —contestó ella.

Me quedé en silencio unos segundos.

—Eres mucho más que eso. Me haces pensar que podré sonreír cada día de mi vida mientras tú estés conmigo… y eso es aterrador, porque si llegases a alejarte de mí, significa que las risas también me abandonarían. Y volveré a estar infectado por la amargura. El ejército nunca fue fácil, pero debo reconocer que se ha vuelto interesante desde que entraste en él. Eres la mujer más imprudente y terca que existe y, sin embargo, no me imagino sonriendo por otra que no seas tú.

Ella parpadeó, sorprendida y yo hice lo mismo.

Esas palabras ni siquiera llegaron a mi mente antes de ser dichas, fue como si mi boca pronunciara lo que yo jamás querría decir, lo que yo jamás me animaría a confesar. Tragué duro e hice gala de una sonrisa que pretendió ser resplandeciente, pero por dentro era un tornado de emociones contradictorias.

¿Por qué le había dicho eso?

¿Acaso ya no controlaba lo que quería decir y lo que no?

—¿Me prometes que nunca más sonreirás por otra?

Todo en mi interior gritaba que debía decirle que no, que no podía prometer algo así. Pero algo más fuerte que yo me obligó a responder:

—Te prometo que mientras estés conmigo serás la dueña absoluta de mis sonrisas.

Ella me besó con una ternura desbordante.

—Y yo le prometo que siempre me las ingeniaré para provocarlas —dijo—, aunque tenga que emborracharme o subirme a un toro mecánico para lograrlo.

—A ratos siento que contigo terminaré yendo al cardiólogo antes de tiempo.

Ella rió de esa forma que habría derretido al ártico entero.

—No necesitará un cardiólogo, porque seré yo quien cure su corazón.

—Ya lo hiciste, nena.

Ella me miró con seriedad.

—A ratos siento que aún hay mucho que sanar dentro de usted, mi coronel. Y que lo de su hermana es sólo la punta del iceberg.

Le besé las manos.

—Todo a su tiempo, preciosa. Vayamos con calma.

***

Adara apareció envuelta en una batita ligera que apenas le llegaba a medio muslo, cuando estábamos por ir a dormir. El contraste entre la tela azul y la curva peligrosa de su silueta me arrancó varias maldiciones internas, porque era preciosa y no podría tenerla por siempre.

Estaba descalza y tenía los labios rosados.

¿Cómo iba a evitar enamorarme de Adara si seguía frecuentándola?

—¿Y... tenemos que dormir en la misma cama? —preguntó con un tono inocente que denotaba nerviosismo.

Me acomodé sin camisa sobre la cabecera de la cama, observándola como un lobo que ya había decidido a quién quería devorar.

—Es la mejor opción. En esta casa hay fantasmas... y suelen perseguir a las mocosas que se portan mal.

Adara se detuvo en seco y miró en derredor con los ojos abiertos como platos.

—¿Aquí hay fantasmas? —susurró, casi paralizada.

La carcajada que se me escapó retumbó en la habitación.

—¿En serio te dan miedo los fantasmas? Al fin encontré algo que aplaca a la mocosa y la obliga a portarse bien.

Ella frunció el ceño, ofendida y me sacó la lengua. Lo que ese gesto despertó en mí no parecía humano.

—En realidad, cuando tengo miedo me porto peor... porque estoy asustada.

Rodé los ojos, aunque en realidad la estaba pasando en grande.

—¿En verdad hay fantasmas aquí? ¿Y de quién es el fantasma? ¿De alguna anciana loca a la que su marido engañó con la criada y la está confundiendo con Carrie? ¿De algún vaquero que descubrió que sus hijos eran del lechero y se aferró a esta casa?

Me incliné hacia adelante, bajando la voz hasta hacerla ronca y darle cierto deje tétrico.

—Si yo fuera tú, no me arriesgaría a dormir sola y descubrir de quién es el fantasma.

Sus ojos se clavaron en mi pecho descubierto, y vi cómo tragaba saliva.

—¿Me promete que, si me quedo aquí, ningún fantasma vendrá por mí?

Me incorporé lo suficiente para que la distancia entre nosotros se redujera a un suspiro.

—Te estrecharé entre mis brazos, nena. No dejaré que nada te asuste conmigo aquí.

Un rubor le subió por el cuello hasta las mejillas.

—Entonces dormiré a su lado, mi coronel... pero sólo para evitar que los fantasmas vengan por mí.

Alcé una ceja, incapaz de ocultar mi diversión.

—¿Sólo por eso?

—Bueno... —sonrió con timidez—. También ayuda que un hombre grande y guapo como usted quiera protegerme. Me hace sentir segura

—Ven preciosa —murmuré, tendiéndole un brazo—. Permíteme protegerte de lo que trate de acecharte en la noche.

Ella me sostuvo la mirada con picardía.

—¿Seguro que no es usted quien me acecha como un lobo a su presa?

—Tú nunca serías una presa, nena... —le susurré, atrapándola contra mí—. Siempre serás un premio.

Capítulo 22

Coronel Luke

La cama era demasiado amplia para los dos y, aun así, la sentí pequeña en cuanto Adara se deslizó entre las sábanas y sentí que necesitaba más espacio para poder controlar las ganas que sentía de hacerla mía. Tenerla a mi lado y limitarme a besarla era un martirio. Esa batita ligera que vestía parecía diseñada para atormentarme, pues le cubría apenas lo esencial y ella era demasiado hermosa para pasar desapercibida. Se acomodó a mi lado con un movimiento tímido, la tibieza de su cuerpo llenó el espacio y se extendió hacia mí provocando que un aluvión de calor me incendiara el cuerpo. La miré de reojo y la expresión sin malicia que vi en su cara me convenció de que, la mocosa realmente era virgen.

—¿Al menos me permitirás besarte hasta que amanezca? —pregunté con la voz áspera, cargada de algo oscuro que no pude ocultar.

Adara volteó el rostro hacia mí y me echó un vistazo travieso.

—Ser besada por usted durante toda la noche, me parece la mejor forma de desvelarme, mi coronel.

No esperé a que dijera más. La tomé de la nuca y la besé con una intensidad que me calentó los huesos. No hubo espacio para nada más en mi mente. Sus labios eran un manjar divino por el que los dioses más antiguos se habrían peleado y, a su vez eran una especie de cura que calmaba la ansiedad que sentía respecto a mi futuro sin ella.

La habitación empezó a quedarse en penumbras, cuando me las ingenié para apagar las luces con un control remoto.

Un haz plateado proveniente de la luna, se filtró por la ventana lateral a la cama y delineó la preciosa silueta curvilínea de Adara. Me quedé perplejo al ver lo sobrenatural que lucía, era más hermosa que un hada, tan sublime como un ángel y tan tentadora que parecía un pecado transformado en mujer.

Me aparté un poco para admirarla, aún perplejo porque su luminosidad en medio de aquella extraña oscuridad, seguía siendo inigualable.

—¿Cómo es posible que seas tan hermosa, Adara King?

Ella se rio con suavidad, sus labios rozaron un segundo los míos antes de responderme.

—¿Y cómo es posible que bese usted tan bien, mi coronel?

Le acaricié la mejilla con el dorso de la mano, sonriendo contra su boca.

—Cuando se tienen unos labios como los tuyos al alcance, cualquiera se vuelve un buen besador.

No me dejó seguir hablando. Me rodeó el cuello con sus brazos y me incitó a volver a besarla. Esta vez fue ella quien parecía descontrolada, me besaba como si de pronto ya no se estuviera reprimiendo tanto, con urgencia, deseo fogoso y pasión desbocada, tanta que cuando mi lengua entró en sus labios ella la absorbió como si fuese adicta a mí. La estreché contra mi cuerpo, sin poder evitar que sintiera lo evidente: mi excitación latente que clamaba por ella. Adara se tensó al notarlo, pero enseguida se acomodó mejor en mi regazo y, con esa inocencia provocadora que tanto la caracterizaba, susurró:

—¿Cuándo volveremos a entrenar, mi coronel?

Solté un gruñido contra sus labios, forzándome a recordar que pronto la comedia romántica de vaqueros terminaría y regresaríamos al ejército, donde la disciplina el rigor y el orden eran lo más importante.

—Estaré ocupado tres o cuatro días con la organización del torneo militar de reclutas—expliqué—… pero me las ingeniaré para estar presente en tus entrenamientos e intentar guiarte en todo lo que pueda.

Se apartó un poco, para analizar lo dicho, sin mi boca distrayendo sus labios carnosos.

—Qué atento es usted, mi coronel.

—Es que de verdad me interesa que sigas en mis tropas. Así puedo verte cada vez que quiera con la excusa de estar vigilando a los soldados.

Me fulminó con la mirada, divertida.

—¿Así que buscará excusas para verme?

—Hasta que no te ganes ser mi novia oficial y hagas un buen torneo de militares, tendré que hacerlo, todo eso de verte a escondidas no es lo mío pero es por tu bien. Dijiste que te motivaba… así que quiero que pienses en los beneficios directos que tendrás siendo mi novia y te esfuerces en ser una buena soldado.

Ella ladeó la cabeza, como si estuviera resolviendo una complicada ecuación matemática.

—¿Y qué beneficios tendré siendo su novia?

Me incliné hacia su boca y murmuré con una sonrisa torcida:

—A mí, por supuesto. ¿Qué más beneficios necesitas?

Su risa me atravesó como una bala suave y deliciosa.

—Con semejante motivación que es usted, sin duda daré mi mejor esfuerzo, coronel.

—Nena, por favor llámame Luke.

Ella arqueó las cejas, saboreando la ventaja que le daba mi súplica.

Empecé a besarla con un hambre que no buscaba ocultar, una necesidad cruda que me atravesaba como una sierra afilada y me dejaba sin defensa. Sentí su sabor ardiendo en mi lengua y me aferré a su boca, embobado, hechizado y prácticamente enamorado.

—Me parece perfecto —susurré, recorriendo su boca—, porque pronto haré que gimas mi nombre.

—Sólo si se casa conmigo—me respondió desafiante.

La besé hasta que su respuesta murió contra mi lengua.

Pasamos así la noche entera. Besándonos, abrazándonos y mirándonos cada vez que nos quedábamos sin aliento. Para un hombre como yo, acostumbrado a obtener de cualquier mujer lo que quisiera, ser restringido a sólo besos, habría parecido insuficiente. Sin embargo, Adara King conseguía que fuese todo lo contrario y que aquella noche repleta de besos, fuera todo lo que yo necesitaba para sentirme satisfecho. Si sumaba sus ocurrencias que me arrancaban carcajadas, la delicia infinita de sus labios y esa juventud intranquila que parecía inventar formas nuevas de tentarme, sentía algo parecido a la felicidad. Algo que pocas veces había experimentado, la única vez en la que mi mente estuvo en calma fue cuando compré la finca.

Mi madre se mudó a Nashville cuando mi hermana y yo éramos pequeños. Vivimos allí durante tres años, los cuales fueron los mejores de mi vida porque ella tenía un buen trabajo y podíamos comer tres veces al día, pero sus jefes recibieron una llamada de Damon King, dando malas referencias sobre ella y la despidieron. Me sentí triste cuando tuvimos que dejar el rancho en el que vivíamos y mudarnos a otra ciudad, pues mamá logró conseguir un trabajo de aseadora en un instituto. Me prometí que me esforzaría para regresar a Nashville pues los mejores recuerdos de mi infancia estaban allí. Mamá nunca quiso volver, decía que las personas en Tennessee te juzgaban sin conocerte y con lo que le había pasado, no podía culparla.

—¿En qué piensa coronel? —preguntó la muñeca a mi lado cuando me quedé pensativo y callado.

—En ti, nena, siempre pienso en ti. No sales de mi mente, en ningún jodido momento del día.

—Pues espero que así sea para siempre—murmuró.

—Algo me dice que así sucederá.

Volví a succionar su boca. Mientras la apretaba contra mí supe que cuando lo mío con ella acabara, volvería a sentirme atrapado en ese gris estéril que siempre me acompañó. También barajé la tétrica posibilidad de que, sin ella, mi vida se cubriría de una oscuridad más negra que el alma de Lucifer.

Cuando amaneció yo seguía despierto. Adara se quedó dormida una media hora antes de que amaneciera, se acurrucó plácidamente a mi lado y de vez en cuando decía: “mi coronel”, en sueños. El cabello se le desparramaba sobre la almohada y había un poco de baba en sus labios entreabiertos, eso me hizo reír. Eran tan joven y a ratos tan tierna, que entendí por qué ella me trataba como si tuviese 20 años.

Adara tenía 22, yo 28 y aunque la diferencia no era tan grande, en cuestiones de madurez mental sí lo era.

La contemplé un instante más, incapaz de resistirme a la que ella provocaba en mí. Después me levanté con cuidado. No me sentía cansado ni somnoliento, lo cual resultaba extraño tras una noche en vela. Adara me contagiaba su vitalidad cada vez que estaba con ella.

Quería un momento a solas, lejos de su belleza. Hacía días que no me tomaba el tiempo para ordenar mis ideas y lo necesitaba más que nunca.

Me bañé, me vestí rápido y salí al patio.

El frío del otoño me golpeó en la cara, refrescando mis pensamientos. El aire estaba impregnado del aroma del pasto recién cortado y las hojas que acababan de caer. Las aves madrugadoras no dejaban de canturrear sobre los árboles y los trabajadores colocaban los garrafones de leche recién ordeñada sobre los autos, para después llevarlos a la procesadora en donde la pasteurizarían. Avancé hasta el establo, donde me esperaba Black Storm, el caballo más indomable del condado y por supuesto mi favorito. Lo habían maltratado cuando era un potrillo, pero las ingenió para huir de sus dueños y fue así como un día llegó a mi finca, hambriento, cansado y tan fiero que no podíamos acercarnos para tratar de curarlo pues tenía una herida bastante fea en la espalda y un sello en sus espuelas, que indicaba que había sido propiedad de alguien.

Nadie podía acercarse a él sin recibir a una coz o una mordida. Me aconsejaron rendirme con él, intentamos colocarles dardos tranquilizantes, pero los esquivaba como si supiera para qué servían. Estaba muriendo, y me frustraba no poder hacer nada por él. El pronóstico del tiempo previó que habría una tormenta horrible ese día, los truenos y las centellas inundaron un cielo oscurecido. La tormenta era tan negra, que apenas y me permitía ver más allá de mis ojos. Los caballos estaban muy alterados y Black Storm no era distinto, pero se negaba a entrar al establo y ponerse a salvo. Un rayo cayó muy cerca del árbol bajo el que se encontraba y estuvo a pocos metros de impactarlo, así que me preocupé y salí bajo el torrencial aguacero dispuesto a domarlo y ponerlo a salvo. Nunca supe cómo lo logré, pero conseguí que se dejara colocar una rienda y logré meterlo al establo. Vince me dijo que el caballo entendió que yo no quería dañarlo y por eso se dejó ayudar. Pero yo tenía otra explicación: Aquel animal tan salvaje tenía mucho en común conmigo, a ambos nos costaba confiar en otros y teníamos tantas heridas y cicatrices que no queríamos que alguien nos causara unas nuevas.

En cuanto crucé el portón del establo, Black Storm relinchó con fuerza, como si estuviera muy contento y a la vez molesto porque no había ido a verlo el día anterior. Su pelaje negro brillaba, era hermoso, rápido y probablemente habría sido un campeón hípico si no odiara a cualquier ser humano que no fuera yo. Él no se dejaría montar por ningún otro jinete.

—Hola, viejo amigo —le dije, acercándome despacio—. ¿Cómo has estado?

Relinchó otra vez, mucho más fuerte, como si me reprochara que había pasado más de un mes sin ir a verlo. Sacudió la cabeza, golpeó el suelo con la pezuña y mordió un poco de paja del recipiente especial que tenía su nombre.

—Lo sé, Black Storm. Lamento haber tardado tanto en venir a verte. Las cosas en el ejército no han estado nada fáciles.

El caballo bufó, y cuando extendí la mano, restregó su enorme cabeza contra ella. Esa muestra de confianza siempre me reconfortaba, porque significaba que él cada vez estaba más cómodo a mi lado.

—Conocí a una chica, ¿sabes? —dije en voz baja, como si se tratara de una confesión íntima. Black Storm giró un poco la oreja, atento a lo que tenía que contarle—. Es posible que te agrade tanto como a mí. Es todo lo opuesto a nosotros. Es luminosa, ingeniosa... y tan inmadura que a ratos no entiendo por qué me gusta tanto. Sé que cuando la conozcas te darás cuenta de que es medio absurda y puede que no la toleres mucho, pero con el tiempo te darás cuenta de que es encantadora y te gustará tanto como a mí.

El caballo resopló, levantando un poco la cabeza, como si me instara a seguir contándole sobre la chica.

—Aunque no puedo estar con ella como quisiera. —Apreté la mandíbula—. Ella es la hija del enemigo, Black Storm. Por mucho que me guste, no puedo enamorarme ni nada parecido. Por eso lo mío con ella es temporal. Haré que se enamore de mí y luego... bueno, la dejaré. Será mi venganza, amigo y necesito que me guardes el secreto, eres el único en el que confío realmente.

Black Storm relinchó con furia, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, golpeando con las patas el suelo como si rechazara mis palabras.

—¿No estás de acuerdo con mi plan? —pregunté, forzando una sonrisa amarga.

El caballo volvió a mover la cabeza, en un gesto que casi parecía una negación.

—Creí que tú eras el único que podría entenderme —susurré, apoyando la frente contra su cuello—. Pero te cuento que ella también lo hace, me dice cosas que me hubiera gustado escuchar antes y se ocupa de cuidarme, aunque yo no lo necesite, es muy extraño.

El establo quedó en silencio, salvo por el sonido de la respiración pesada de Black Storm.

El animal botó aire por la nariz y volvió a sacudir su cabeza.

—Quizá tú también necesites una novia.

Storm agitó la cabeza con fuerza, como si aprobara la idea.

—¿Te parece si vamos a dar un paseo? —pregunté en voz baja.

Me monté sobre él sin silla, el animal empezó a trotar sin que tuviera que hacer nada para que me hiciera caso. Sus patas golpearon la tierra con brío y juntos nos internamos en las montañas que rodeaban la casona principal.

El aire fresco me despejó de inmediato. Sentí la adrenalina recorriéndome las venas, amaba cabalgar, en el pasado siempre me relajaba sentir la fuerza del viento en mi cara. De alguna manera mis pensamientos se despejaban al ir a todo galope.

Black Storm avanzaba con fuerza, dominando los caminos como era habitual en él. No dudaba, ni se desviaba de la ruta correcta jamás. Pasear sobre su lomo era una de las cosas que más disfrutaba al ir a mi hacienda.

La brisa seguía azotándome y durante esos minutos, me permití olvidar la guerra, los planes que tenía, pero no pude sacarme de la cabeza al precioso torbellino pelinegro que seguramente aún dormía en mi cama.

Cuando por fin detuvimos la marcha, el sol había ganado fuerza en el cielo e iluminaba las hojas anaranjadas en las copas de los árboles. Bajé de un salto y acaricié la frente de Storm.

—Gracias por otro paseo agradable, viejo amigo. En verdad extrañé pasar un rato contigo.

El caballo me observó con esos ojos oscuros que siempre parecían saber todo sobre mí. La conexión que tenía con él era única.

—La próxima vez que venga quizá te presente a la chica de la que te hablé.

El equino siguió juzgándome con la mirada.

—No me mires así... —resoplé con una media sonrisa—. Ya te dije que debo seguir adelante con mi plan, por mucho que ella me...

—¿Por mucho que ella te guste?

Me giré bruscamente y vi a Carrie, apoyada contra el cerco de madera que nos separaba de las vacas. Nunca me había incomodado tanto su mirada como en aquel momento.

—¿Y si así fuera qué? —repliqué con dureza—. ¿A ti qué más te da que Adara me guste?

Carrie arqueó una ceja como si creyera que yo era muy idiota. Sus labios se curvaron en una sonrisa fastidiosa.

—Te he amado media vida, Luke, y aun así siempre eliges a otras. Pero bueno, tu karma será enamorarte de esa chica... y que cuando descubra tu verdadera identidad, te abandone. Porque ella siempre elegirá a su familia antes que a ti.

Apreté la mandíbula.

—Ese es mi problema, Carrie, no el tuyo. Yo me ocuparé de ganarte la apuesta sin importar qué tanto me guste Adara, a fin de cuentas, soy hombre y no sé si las has visto lo suficiente, pero es preciosa. Es normal que me atraiga, pero eso no tiene nada que ver con mis sentimientos, más bien es puro deseo.

Ella dio un paso al frente, sus ojos chispeaban rabia.

—Sé que tienes disputas con su padre—soltó de golpe—. Me enteré por error cuando le constaste a Vince que odiabas a un tal Damon King y así se llama el papá de la chica, no sé a quién quieres engañar, pero sí tienes sentimientos por ella y eso va a matarte lentamente cuando ella rechace lo que sientes.

Rodé los ojos con fastidio.

—Nunca se te va a quitar ese defecto de escuchar conversaciones ajenas.

—Ni siquiera te escuché adrede. Simplemente pasó.

No respondí. Me limité a tomar las riendas de Storm y dar la vuelta para largarme.

—Si sigues saliendo con Adara vas a terminar más destruido tú que ella —gritó Carrie detrás de mí—. Porque estarás tan enamorado que no soportarás su desprecio cuando ella sepa que eres hijo de…

La callé con un dedo en alto.

Me largué en un santiamén, no sin antes asegurarle que si volvía a hablar de más iba a echarla como un perro y dejaría de lado esa estúpida apuesta que teníamos.

—Eso te convertiría en un hombre sin palabra—Fue lo último que escuché de sus labios.

***

El día avanzó más rápido de lo que me hubiera gustado. Cerca de las seis, me encontraba sentado junto a Adara y los trillizos en el jardín trasero de la finca. El aire olía a leña encendida y golosinas dulces chamuscadas. Ella estaba envuelta en una manta gruesa, tan despeinada por el viento que parecía que había caído en un tornado y sostenía un palillo que tenía un malvavisco insertado, que se tostaba en el fuego.

Nos acompañaban los trillizos, junto a sus novias, las cuales también eran trillizas. Era la cosa más rara que había visto en mi vida, pero a ellos no parecían encontrar nada fuera de lugar en sus relaciones. Adara reía con ellos y les contaba sobre su casa en Noruega, nos invitó a todos a pasar una temporada allá y ellos asintieron entusiasmados. Yo dije que iría por cortesía, aunque lo que menos me apeteciera fuera ver a su padre.

La observé y acomodé su mano para que la parte que no había sido dorada en el malvavisco, fuera puesta sobre el fuego. Me costaba entender cómo demonios ella había logrado cautivarme con tanta facilidad. Yo no me dejaba deslumbrar por nadie, mujeres hermosas me sobraban; sin embargo había algo en Adara King que la haría resplandecer aunque yo fuera ciego.

—Nena, ya nos tenemos que ir —le dije, aunque yo tampoco quería irme. La había pasado de maravillas con ella.

Ella me miró con cara de súplica.

—¿Podemos asar una ronda más de malvaviscos?

Negué con la cabeza.

—Vas a llegar muy cansada a Washington si demoramos más, y mañana tenemos que estar temprano en la central militar.

Ella hizo un mohín que casi me arrancó una sonrisa.

—No cabe duda de que el coronel ha sido domado, miren cómo cuida de su novia —rió Wyatt, uno de los trillizos.

Adara alzó la voz con picardía.

—Y se ve tan sexy así.

Cuando ella aleteó sus pestañas e hizo un mohín para que le permitiera asar más malvaviscos no pude decirle que no.

—¿Entonces sí podemos quedarnos un poco más para asar malvaviscos?

—Está bien, pero sólo una ronda más.

Adara me dio un beso y los trillizos se echaron a reír.

—No cabe duda que ya lo perdimos—canturrearon.

****

Ya era de noche cuando terminamos de colocar las maletas sobre el auto. Adara se despidió de todos con efusivos abrazos, incluso de Vince que le sonrió como si fuera una niña pequeña le pidió, al igual que todos, que regresara pronto.

A la hora de subir al auto, los trillizos, me llamaron aparte.

—Cuida a esa chica —me dijo Wyatt con seriedad—. No le hagas daño.

Fruncí el ceño.

—No sé por qué todos actúan como si yo fuera capaz de destrozarla.

—Porque ya vimos cómo le fue a Carrie, contigo —intervino Cody—. Y aunque ella se lo ganó por insistente, no queremos que Adara sufra lo mismo. Es buena chica. No se lo merece.

Los miré uno por uno.

—Quédense tranquilos, Adara significa más para mí que el resto de mujeres que he conocido.

—Eso esperamos, trátala como se merece porque se ve que es un completo angelito. Sólo bastaron dos días para que nos convenciéramos de ello.

Les tendí la mano y me despedí de los tres.

Carrie nos miró desde el establo, como si creyera que lo mío con Adara estaba condenado al fin.

***

En el vuelo de regreso, Adara se quedó dormida media hora antes de que aterrizáramos en Washington. Habíamos visto una de esas comedias románticas que yo odiaba porque el conflicto siempre se resolvía de la misma manera: El chico o la chica hacía una cursilada épica para que la otra persona le perdonara mágicamente.

—En la vida real la gente no perdona tan fácil—expresé—. Si una persona la caga, no la disculpas simplemente porque alquiló un estadio de futbol para proyectar las palabras "lo siento" en pantalla gigante. No hay gesto que disculpe una metida de pata como la que acabamos de ver. Ella fue una tonta al perdonarle que la engañara con su prima, tras la muerte de su madre.

—¿Eso significa que no haría usted un gesto romántico para disculparse por algo, mi coronel?

Negué con la cabeza.

—No tendría por qué hacerlo, si yo meto la pata al nivel de ese chico simplemente me marcharía de tu vida por mucho que te extrañe.

Ella frunció el ceño contrariado.

—¿Ni siquiera intentaría que le perdone?

—No, nena. Algo así no tendría perdón de ningún tipo y me decepcionaría que disculparas cualquier cosa por amor. No seas ese tipo de mujer.

Estaba cavando mi propia tumba y lo sabía, pero quería que ella recordara mis palabras a futuro cuando yo acabara con lo que fuera que llegásemos a tener.

Adara se recostó a mi hombro, algo contrariada.

—Quizá tenga razón, coronel, pero no le veo en esa faceta de hombre infiel.

Si tú supieras.

Su cabeza cayó sobre mi hombro y se quedó dormida. Incluso dormida y calmada, su belleza lograba perturbarme y remover todo en mí.

¿Cómo iba a apartarme de ella, si cada vez me sentía más embelesado por cualquier cosa que Adara hiciera?

Cuando aterrizamos en Washington, seguía dormida. Intenté despertarla con suavidad.

—Adara, nena, despierta ya llegamos.

Ella frunció el ceño y se giró hacia mí, murmurando algo ininteligible antes de volver a sumirse en el sueño.

Suspiré y logré que bajara del avión aún somnolienta, al final terminé alzándola en brazos porque estaba muy adormilada y no quería forzarla a estar despierta si no quería.

Se quedó dormida en cuanto la metí al Lamborghini.

En ese instante el celular me vibró en el bolsillo, lo saqué para ver quién me hablaba y en cuanto vi el contenido del mensaje se me heló la sangre.

El teléfono resbaló de mis manos y cayó al suelo, debido a lo impactado que estaba.

Me quedé atónito, con la vista fija en la pantalla intentando convencerme de que lo que leía no podía ser verdad.

Mis empleados me miraron desconcertados, pero yo no aparté la vista del mensaje.

Adara dormía tranquil en el asiento trasero, le ordené a mi gente que la llevara a la central militar.

Lo que acababa de ocurrir cambiaba todo.

Lo que tenía con Adara tenía que llegar a su fin de forma definitiva.

Sentí un horrible retortijón en el pecho mientras vi que el auto arrancó y me dispuse a viajar en otro auto con rumbo a un sitio completamente inesperado.

Capítulo 23

Adara

Aquel lunes me sentía feliz y a la vez preocupada, cuando desperté frente a la entrada de la central militar la noche anterior, pensé que a Luke le había ocurrido algo, pero su gente me tranquilizó diciendo que había tenido que marcharse por trabajo, que era un asunto militar del cual no podían contarme. Me dolió un poco que no se despidiera de mí, pero su gente me dijo que lo hizo porque no deseaba despertarme. Aún así me sentía rara, pero luego recordaba lo lindo que había sido conmigo mientras estuvimos en Nashville y toda mi ansiedad se disipaba.

Luke era muy entregado a su trabajo y yo debía entenderlo.

Sonreí al recordar su expresión descontrolada cuando me vio bajar del toro mecánico y corrió a besarme, visiblemente asustado. Ese era el Luke que debía tener en mi mente a la hora de preocuparme de más.

Anabella me dijo que la habían cuidado muy bien durante esos dos días y que se sentía mucho más segura. La gente de Luke cumplió con su trabajo y eso debía bastarme.

A mi mente llegó la hermosa tarde que habíamos pasado en la cascada y no pude evitar soltar un suspiro largo y una risita de mujer enamorada.

—¿Me vas a decir por qué estás tan sonriente después que regresaste de tus días libres —me dijo Laura, la única amiga que tenía en el ejército?

Yo alcé la ceja y traté de sonar inocente. La latina me escudriñó inquisitiva.

—Pues pude descansar de toda la tensión que se respira aquí, ¿por qué no habría de estar contenta y más relajada que nunca?

Ella no me creyó ni media palabra, lo supe por la forma en la que sus labios carnosos se curvaron con suspicacia.

—Si tú lo dices, pero me da la impresión que ocultas algo.

Estábamos en el comedor, almorzando después de pasar toda la mañana lanzando cuchillos y afinando la puntería, contrario a lo que se pensase me había ido de maravillas. Era la mañana de entrenamientos más productiva que había tenido desde mi llegada al ejército y debía reconocer que los maravillosos días junto al coronel eran los responsables de todo.

Laura me observó inquisitiva. Ella tenía una especie de sexto sentido que le ayudaba a detectar cualquier cosa que ocultaras.

—Adara, algo te pasó en estos días libres—prosiguió—. Te fue de maravilla en el entrenamiento de hoy. Fuiste la única que acertó todos los tiros. El teniente Steven estaba que no se lo creía. Creo que hasta pensó que te habían trasplantado el brazo.

Solté una risa incrédula y mordí un trozo de pan con almendras, esa mañana hasta la comida era buena. Aunque no dejaba de pensar en el coronel y en lo mucho que me hubiera gustado desayunar con él como en Nashville.

—Sólo tuve suerte hoy y me enfoqué más que nunca.

Laura apoyó el codo sobre la mesa y se inclinó hacia mí como si fuera a contarme un secreto.

—Estás saliendo con alguien, ¿cierto? —curioseó, mordiendo su pan también.

Me atraganté con la rodaja que estaba masticando y tuve que beber agua para no morir de la manera más ridícula posible.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te veo más relajada, más libre… hasta mejoraste de golpe. Algo te tiene muy feliz y motivada y algo me dice que tiene que ver con el amor.

Puse los ojos en blanco, aunque sentía un ligero calor subiendo por mis mejillas.

—¿Y por qué lo que me motiva tiene que ser un hombre? ¿No puede ser que yo simplemente haya sentido ganas de mejorar y pusiera todo de mí para hacerlo? —acoté contrariada.

Sentía que sus opiniones eran algo machistas, aunque tuviera razón.

—Oye, no te ofendas —dijo levantando las manos en son de paz—. Sólo digo que esas sonrisitas que tienes, esos ojitos brillantes que me miran emocionados, no son casualidad, algo debe estarlos provocando

Me mordí el labio, tratando de esconder que ella había acertado.

—Pues me siento así porque por primera vez en más de un mes aquí, al fin me fue bien en un entrenamiento y no salí regañada y humillada. Aunque no estoy muy segura de que en la tarde me vaya igual. Nos toca entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo con Madison y ella me odia.

Laura arqueó una ceja y clavó su tenedor en un pedazo de tocino que olía maravillosamente, me arrepentí de no echar un poco en mi plato.

—Los del pelotón a me dijeron que Madison no vino hoy.

—¡Qué raro! —fruncí el ceño—. ¿Tendrá el día libre?

—Es posible, aunque imagino que se fue por allí con el coronel, ya que él tampoco vino hoy.

Sentí un retortijón en el estómago y me llené de celos.

Es una coincidencia que ninguno de los dos haya venido, me sugirió mi subconsciente.

—Pero tengo entendido que Madison y el coronel ya no tienen nada.

Laura me miró como si yo acabara de decir la mayor ingenuidad del siglo.

—Donde hubo fuego, cenizas quedan. Me dijeron que él no ha tenido novias después de ella, así que imagino que aún no la olvida del todo y por eso se ha mantenido soltero.

El coraje que sus palabras me produjeron fue evidente, pero tuve que morderme la lengua para no presumirle que el coronel y yo pronto seríamos novios oficiales.

—Pues a mí no me da la impresión de que aún la quiera. Él ni la determina a pesar de que ella anda de encimosa.

Laura me observó con detenimiento, alzando las cejas.

—¿Y tú por qué lo dices con ese tono?

—¿Cuál tono? —manifesté ácida.

—El tono de una mujer celosa, como si no quisieras que ella volviera con el coronel. ¿Acaso eres tú la chica que dicen que se estuvo besando con él?

Tragué en seco y sentí que alguien había metido mi cabeza en una fogata encendida.

—Claro que no, a mí me da igual con quién salga el coronel. Pero si Madison de por sí ya es bastante insoportable con eso de que es la ex del coronel Luke, no quiero ni imaginar lo loca que se pondrá si él decide regresar con ella.

Laura se me quedó mirando como si sospechara de mí, parecía una detective reuniendo las pistas de un rompecabezas.

—Adara, ojo de loca no se equivoca. Y yo noté muchísima tensión entre el coronel y tú cuando se conocieron. Dicen que él nunca castiga a nadie en persona y a ti, te acompañó a correr y luego te fue a buscar a las habitaciones militares para que terminaras de cumplir el castigo. Eso fue muy raro. Dicen que él es implacable y, después de lo que hiciste al escapar de un castigo, lo normal habría sido que te expulsara. Pero te perdonó y...

No pude evitar soltar una risita nerviosa.

—Ay, por favor, estás exagerando—emití, fallando al restarle importancia al asunto— Quizá le dio pereza gastar su tiempo expulsándome debido a lo inútil que soy.

Laura me señaló con su tenedor como si me estuviera acusando de un crimen pasional.

—El coronel y tú tuvieron los mismos días libres y desapareciste la noche en la que lo vieron besándose con alguien—Ella apoyó la barbilla sobre su puño cerrado—. Me levanté a orinar como a las once de la noche y no estabas en tu cama, y al día siguiente no viniste porque estabas libre. Ato cabos y me doy cuenta de que algo estás ocultando, picarona. Y tiene que ver con el coronel.

Sentí que mi corazón crujió, era cuestión de minutos para que yo dijera o hiciera algo que me delatara. Si seguía hablando con ella por más tiempo, iba a terminar confesándole todo lo que había vivido en Nasvhille con el coronel. Me levanté de golpe, fregué la bandeja y la coloqué en el escurridor.

—Vamos, que ya casi empieza la clase de combate. Deja las teorías conspirativas para otro día.

Laura se rio como si supiera que estaba usando la clase para escapar de su interrogatorio.

Yo caminé como si no pasara nada, aunque por dentro me moría de nervios, había quedado con Luke en que no haría oficial nada hasta que no formalizáramos y Laura era todo menos discreta. Además, yo tampoco quería gritar a los cuatro vientos que estaba saliendo con él, algo me decía que eso iba a traerme problemas. Caminé hacia la salida del comedor, con las voces de los soldados de fondo que comentaban sobre el torneo que se avecinaba, la gente parecía entusiasmada por lo que podía pasar. Yo en cambio sólo podía pensar en una cosa: *ojalá Luke esté bien.*

Volvimos a la pista de entrenamiento después del almuerzo. El sol estaba en lo alto y aunque no se sentía tan intenso, no se comparaba en nada con el agradable clima en la finca de Luke, el sudor me corría por la frente y yo intentaba soportarlo. Después de unos refrescantes días en Nashville, no quería estar en Washington. Nos ordenaron en filas y entonces apareció un hombre espigado al que no había visto antes. Su cabello rubio brillaba bajo la luz del mediodía y sus ojos azules eran tan oscuros que parecían negros casi todo el tiempo. No lucía tan desagradable como Madison, pero en el ejército todo era posible. Vestía el uniforme negro de entrenamiento y nos miraba de hito en hito, como si estuviera analizando qué tan buen pelotón éramos.

—Soldados —dijo con voz firme—. Soy el capitán Mark Perry y seré su instructor temporal, hoy sus rivales no serán hologramas, ya que tengo entendido que han venido enfrentándolos cada semana. Hoy pelearán contra uno de sus compañeros.

Hubo un murmullo inmediato. Yo sentí un pequeño nudo en el estómago. El combate cuerpo a cuerpo no era precisamente mi fuerte, pero había mejorado un poco gracias a las instrucciones de Luke y esperaba que no me fuera tan mal con un instructor que no fuera tan injusto como Madison.

—Los combates no deben durar más de cinco minutos, si pasado ese tiempo no hay un claro ganador, ambos perderán puntos debido a que en una guerra lo que menos se tiene es tiempo y deberán ser efectivos a la hora de eliminar al contrario—continuó—. Espero ver combates equilibrados y movidos, ya que todos han recibido el mismo entrenamiento físico-táctico y estarán en igualdad de condiciones.

La que menos está en igualdad de condiciones soy yo, Madison nunca me entrenó como se debía.

Hizo una pausa para mirarnos a todos, como si estuviera buscando cualquier signo de debilidad o indicio de temor e inquietud.

—Esta pelea será fundamental para su evaluación de rendimiento. La capitana Madison organizó las parejas. Que quede claro que: A cada perdedor se le restará una cantidad considerable de puntos en la evaluación final, lo que incluso podría impedir su participación en el torneo militar próximo. Así que... den todo lo que tienen.

La mayoría de soldados simplemente asintió.

—¿Alguna pregunta? — añadió Marcus.

Laura, levantó la mano.

—¿Sabe cuándo regresará la capitana Madison?

El capitán la miró inexpresivo.

—No lo sé—fue todo lo que respondió—¿Tienen alguna pregunta relacionada a la clase?

—Ah, no —respondió ella con naturalidad—. Me quedó clarísimo que tengo que patearle el trasero a quien me pongan en frente.

Las tropas contuvieron una risita, Laura a diferencia de mí sí era muy querida.

—Bien. ¿Alguna otra pregunta?

Laura volvió a levantar la mano.

—¿Me pasa su número, capitán?

Marcus arqueó una ceja y ensanchó las fosas nasales.

—Tengo novia, soldado.

Laura sonrió con descaro.

—No se preocupe, de ella no quiero el número.

Marcus se puso serio de golpe.

—Si vuelve a decir otra imprudencia, la castigaré. ¿Quedó claro?

—Bien valdría la pena si usted me acompaña al castigo, como el coronel a Adara —replicó sin filtro.

Quise que se abriera un hueco en medio de la tierra y tanto Laura como yo, cayéramos en él. Todos se giraron a mirarme de formas extrañas. No quería pensar en que la gente sospechaba que yo tenía algo con el coronel, pero era inevitable no hacerlo al ver algunas risitas en sus rostros.

Hice lo posible para no ponerme roja como un tomate, pero probablemente había fallado. Le di un codazo a Laura, ella levantó los hombros y susurró:

—¿Qué? Los castigos con hombres guapos son lo mejor que este ejército tiene para ofrecer.

Me dieron ganas de estrangularla allí mismo.

El capitán comenzó a emparejar a todos. Aún no anunciaba con quién me había tocado, así que me limité a esperar mi turno.

Primero le tocó a Valery, la rubia insoportable que me odiaba porque, según ella, Corvin había sido expulsado del ejército por mi culpa. Su rival era una chica negra de ojos verdes intensos, que lucía como una verdadera máquina de guerra. Alta, musculosa y ruda. Era de las pocas que no se había metido conmigo y por eso esperaba que le diera una tunda a Valery.

Desde que ambas se pusieron frente a frente, se sintió la tensión. Valery trató de mostrar seguridad, alzando la barbilla al emitir un comentario racista que hizo que varias persona de raza negra la abuchearan, me uní a los silbidos en su contra. La otra chica, en cambio, ni se inmutó.

La morena lanzó varios golpes secos que resonaron en el aire, Valery los esquivó con agilidad y respondió con una patada que tampoco logró golpear donde debía.

La morena avanzó como una fiera y acortó la distancia entre ambas.

Valery trató de sujetarla por el brazo en un intento desesperado de inmovilizarla, pero su rival giró con una agilidad casi felina y en un abrir y cerrar de ojos le pegó en el centro del estómago.

El aire se escapó de los pulmones de Valery en un jadeo lastimero y cayó al suelo, derrotada.

Comencé a aplaudir entusiasmada.

—¡Bien hecho! —grité, a punto de arrojarle flores a la morena.

Valery se levantó, me miró furiosa, me sacó el dedo del medio y al pasar frente a mí; me empujó con el hombro.

—Bueno —le respondí, sin perder la sonrisa—, es entendible que estés molesta. Acabas de perder y por paliza.

Sus ojos estaban impregnados de odio cuando me miró.

—Si yo fuera tú no estaría tan alegre, porque pronto te tocará pelear.

Me encogí de hombros.

—Tarde o temprano, a todos nos tocará—respondí despreocupada.

—Lo dices como si supieras pelear, ambos sabemos que eres terrible.

Solté un suspiro burlón.

—Pero por lo menos aún no he perdido mi combate y tú sí.

Ella intentó atacarme, pero el trío de víboras que siempre la seguían le dijeron que mejor se quedara tranquila y no cayera en provocaciones de gente inferior.

A veces me dan unas ganas de decirle a todas estas estúpidas quién es mi papá, para darles el susto de su vida.

—Y ahora es el turno de pelear Laura Ramos y Adara Hart.

—¿Qué? — chillé.

—¿Hay algún problema, soldado? —preguntó Marcus, arqueando una ceja.

Yo miré a Laura, ella negó con la cabeza como si no le sorprendiera que tuviésemos que pelear.

—Hagamos esto rápido. Sabíamos que Madison haría una mierda así.

Tragué saliva.

Me imaginé a la capitana Madison escribiendo la lista de parejas que pelearían y disfrutando la idea de ponerme a combatir con la única amiga que tenía en la milicia.

Nos colocamos en el centro del cuadrilátero, no estaba lista para golpear a mi amiga y tampoco quería hacerlo.

Laura adoptó la postura de combate con una facilidad pasmosa, como si quisiera terminar aquella disputa lo antes posible. Yo en cambio, no lograba idear una estrategia en mi mente. Tenía los brazos levantados, pero no podía lanzar ningún golpe, porque algo en mí se negaba a dañar a Lau.

Marcus nos ordenó empezar y Laura se fue contra mí con una velocidad que me dejó helada. Lanzó la primera trompada y esta fue a parar a mi rostro; logré cubrirme a tiempo, aunque el impacto me sacudió los huesos. Apenas había logrado contener el primer impacto cuando ella lanzó el segundo, obligándome a retroceder un paso. Mi respiración se aceleró, los latidos golpeaban en mis oídos como tambores de advertencia y en cuestión de segundos ya me tenía acorralada, lanzando golpes que apenas y lograba soportar o esquivar.

Laura era un torbellino, solía tener las mejores evaluaciones y yo no podría hacer nada contra ella. Tampoco quería lastimarla, atacar amigas nunca fue lo mío.

—¡Vamos, pelea, Adara! —me dijo entre dientes—. No seas estúpida, estás en peor posición que yo. Si pierdes, hasta podrías ser expulsada de la central.

—Pero no se me hace justo golpearte —jadeé—. Eres mi amiga y…

Ella me pateó el hombro, como si quisiera darme a entender que debía reaccionar.

—¿Te parece que una amiga te patearía así? Esto es el ejército, Adara. No vinimos aquí a hacer amigos, sino a convertirnos en soldados que pelearán para defender este país. Métetelo en la cabeza y da lo mejor de ti.

Me lanzó otro golpe directo a la mandíbula. Terminé en la lona viendo borroso por unos segundos.

Laura se inclinó hacia mí y susurró con malicia:

—Imagina que soy Madison y estoy besando al coronel.

Fue como si alguien derramara gasolina sobre mi pecho y luego lanzara una cerilla sobre este. La rabia se apoderó de mí con una fuerza irracional que me hizo perder los cabales. Me levanté de un salto y me fui contra Laura, alterada por la sola idea de que Madison estuviese besando al coronel. No veía a mi amiga, sino a la rubia de mierda que no me había dejado en paz desde que llegué.

Me lancé contra ella con una fiereza incitada por los celos que sentía. Mis puños se movieron con rapidez, impactando a quien yo creía era Madison. En ese momento no lograba ver a Laura, sólo veía a la rubia de mierda que no dejaba de perseguir a Luke.

Me arrojé contra ella y le di un puñetazo monumental en el tórax que la mandó a la lona y el silbato del capitán marcó el final, porque Laura no podía ni levantarse.

Respiré entrecortadamente y volví en sí justo para ver a Laura, tumbada en el suelo y sonriente, como si su plan hubiera funcionado a la perfección. Me sentí mal al instante y corrí hacia ella para auxiliarla.

—Sabía que estaba en lo cierto, tienes algo con el coronel —susurró mientras me guiñaba un ojo—. Pero no te preocupes, guardaré tu secretito.

***

La gente se acercó a felicitarme varias veces por mi repentina “explosión de talento”. Yo sólo pensaba en lo rápido que había reaccionado cuando Laura mencionó al coronel. Debía trabajar en ello, no podía volverme loca cada vez que los celos me atacaran.

Llegó la hora de la cena y me senté junto a mi amiga en el comedor. Me sentí mejor al ver que no tenía moretones en el rostro, aunque sí uno bastante feo en el hombro derecho, el cual se le había puesto morado y oscuro.

—Perdón por golpearte tan fuerte —expuse acongojada—. Yo no sé qué me pasó… supongo que estaba atontada por la caída y actué sin pensar.

Laura se rio con la boca llena.

—Ay, Adara… te pusiste así en cuanto mencioné al coronel. Es evidente que sí te gusta y no te preocupes por lo que pasó en la pelea, estábamos en un combate y es normal que algo así ocurriera.

Casi me atraganté con la sopa.

—No, la verdad es que el coronel no me gusta, me parece demasiado prepotente. No me involucraría con alguien así.

Ella me miró como si hubiera dicho la mayor mentira de la historia.

—¿Bromeas? Está buenísimo y es un verdadero macho alfa caliente, potente e indomable. Alto, imponente, con pinta de villano de Hollywood. Si ese hombre no te gusta, pensaré que eres lesbiana.

Yo fruncí el ceño, tratando de sonar convincente:

—No te niego que es atractivo, pero es muy creído y…

—Oh, mira —me interrumpió de pronto—. Acaba de llegar el coronel.

Giré la cabeza un segundo ante de que ella terminará de hablar. Una sonrisita de emoción escapó por mis labios y miré hacia la puerta con la esperanza de que un coronel de dos metros la atravesara.

Laura estalló en carcajadas.

—¡Tu cara se llenó de amor cuando dije que el coronel había llegado! No puede ser… ¡sí tienes algo con él!

—No tengo nada con él —protesté rápidamente, temerosa de que alguien nos hubiera escuchado—. No sé de dónde sacas eso.

Ella me miró como si me hubiera ganado una apuesta.

—Ya me indignaré más adelante, cuando estés a punto de tener bebés con él y confirme que mis sospechas eran ciertas y no querías contarme.

Yo solté una risita nerviosa.

—Tienes una imaginación enorme.

Laura se inclinó hacia mí y ladeó la cabeza.

—Pero no tan enorme como tu atracción por el coronel.

No supe qué responder. Sólo bajé la mirada hacia mi plato y fingí que tenía mucha hambre.

***

No supe nada del coronel en tres días. Le escribí varios correos, pero no respondió a ninguno. Madison tampoco había regresado a la central y eso me tenía con los nervios de punta.

¿Y si lo habían enviado a una misión y ella lo había seducido?

Si Luke había caído en sus garras y estaba con ella, significaba que...

Basta, Adara, deja de pensar lo que no es. Te llevó a su finca, se abrió contigo, te contó lo de su hermana. No tienes por qué ponerte paranoica. Aparte le puso seguridad a Anabella.

Y así fueron pasando los días. Consultaba mi correo cada vez que tenía un rato libre, pero Luke jamás respondió. Noah tampoco se encontraba por ninguna parte, así que no tenía a nadie que pudiera decirme qué le había pasado al coronel.

Tenía pesadillas en las que lo veía regresar casado con Madison a la central y ella decía que estaba embarazada de quintillizos.

El jueves, me senté a desayunar con Laura, contando con que aquel día tampoco vería a mi coronel.

—Vi llegar al coronel temprano esta mañana —me dijo de forma no tan casual,

Ella me miró fijamente a la espera de una reacción notable de mi parte.

Yo intenté disimular mi emoción, al llevarme la taza de café a los labios como si me diera exactamente lo mismo, pero mi corazón latía demasiado fuerte.

—Ah, qué bien —respondí encogiéndome de hombros y untando un poco de mantequilla en mi pan.

Laura me estudió con malicia.

—¿No vas a saltar de emoción porque regresó tu hombre?

—Él no es mi hombre —le repliqué con dureza.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Dirás lo mismo cuando te cuente que Madison también regresó hoy?

Mi estómago se encogió. Traté de que no se me notara la incomodidad, pero estaba apretando el tenedor con mucha fuerza, hasta lo había clavado iracunda en la mesa y eso no pasó inadvertido.

—La mirada te delata, amiga. No estás para nada contenta con que hayan regresado juntos a la central.

—Me da igual —repliqué y bebí más café. De un momento a otro, el sabor se tornó horrible—. Ya te lo dije, no tengo nada con el coronel.

Laura prefirió cambiar de tema.

—Dijeron que hoy será el sorteo para dividir a los soldados para el torneo ¿En el equipo de cuál coronel quieres quedar?

—No sé —respondí—. No será fácil estar en ninguno.

—Tienes razón. He escuchado que vienen dos coroneles nuevos.

La miré con incredulidad.

—¿Cómo le haces para estar enterada de todo?

—Tengo contactos.

No pude evitar reír.

—No estarás follando a alguno de esos contactos, ¿verdad?

Ella se encogió de hombros, Laura era muy popular entre los hombres de la central. En menos de un mes se había enredado con varios, incluidos soldados de alto rango.

—La vida hay que gozarla, Ada.

—Eso definitivamente es un sí —le dije entre carcajadas.

En ese momento el capitán Mark entró al comedor. Laura le lanzó una sonrisita cómplice.

Abrí los ojos como platos.

—¿Te metiste con el capitán Mark? Pero si te dijo que tiene novia, Laura...

—En realidad no tiene. Sólo lo dijo para ver qué tan insistente yo podía llegar a ser.

Negué con la cabeza.

—No sé... yo no le creería tan fácil. Un hombre soltero no tendría por qué decirte que tiene novia, a menos que... no le interesaras. Para mí que no está soltero y sólo te está viendo la cara.

Laura arqueó las cejas.

—Ay, amiga, algún día entenderás a los hombres como yo.

—Tú les crees todo a un chico simplemente porque este es guapo. No quiero llegar a ese nivel de entendimiento, créeme.

Solté una risa nerviosa, nos pusimos en pie y salimos hacia el campo de entrenamiento.

Pero en cuanto lo vi, todo dentro de mi gruñó, se alborotó y quiso correr hacia él para besarlo locamente. Vestía el uniforme de entrenamiento, pero el suyo le quedaba mejor que a cualquier soldado que hubiera visto antes. Tragué duro y me esforcé por actuar con normalidad. Recordé todo lo que había vivido con él en Nashville y mis hormonas enloquecieron, pero todo se desvaneció cuando vi quién estaba a su lado.

Luke estaba conversando amenamente con Madison, como si no hubiera ignorado mis mensajes, ni dicho una sola palabra durante los tres días que me dejó tirada sin dar más explicaciones. Incluso le sonreía coquetamente, y Madison también lo hacía. Mi estómago se revolvió y quise convencerme que las cosas no eran lo que parecían. Que los celos me hacían ver química donde no la había, pero esos ojos verdes la miraban con una intensidad que ella le devolvía.

Laura me clavó el codo.

—Ve por tu hombre y aléjalo de esa zorra ofrecida.

—No tengo nada con él —respondí mecánicamente.

Mi mirada lo buscó y durante un segundo, se cruzó con la de él. Pero Luke me miró como si yo fuese una criatura insignificante, con una frialdad que me heló los poros de la piel.

¿En dónde había quedado el hombre atento y amoroso? No había una pizca de deseo hacia mí en su mirada.

Era como si nunca hubiera cruzado palabra conmigo y lo que había paso en Nashville no significara nada.

Entonces Madison vio que estaba a pocos metros de ambos. Automáticamente se separó de Luke y caminó hacia mí con paso decidido.

—Forma fila rápido y deja de estar perdiendo el tiempo —ordenó mientras me empujaba con brusquedad.

La miré indignada y por reflejo, busqué los ojos del coronel. Esperaba que le dijera algo o que al menos le reprochara por la forma en que me trataba. Pero él permaneció impasible como si no le importara en lo absoluto lo que ella me estaba haciendo.

¿Era una estrategia para que nadie supiera que teníamos algo?

No seas estúpida, me recriminó mi subconsciente.

—Puedo caminar sola, capitana. No tiene por qué empujarme —me defendí, toscamente.

Ella soltó una risita cruel.

—Ay, ya se sintió la princesita. No aguanta ni un empujoncito.

Ese día no estaba para tolerarle sus malos tratos.

—¿Cuál es su problema conmigo, capitana?

El golpe llegó a mi cara mucho antes de que pudiera procesar lo que había pasado, caí al suelo y varios granos de arena se me metieron en el ojo cuando mi cabeza se hundió en el campo. La maldita zorra me había pegado y para variar nadie la detenía o abogaba a mi favor. Me tenía hasta la coronilla.

Luke dio un paso hacia el frente como si de repente quisiera ayudarme, pero no le di tiempo a que lo hiciera, pues le enseñé el dedo del medio y me removí para ponerme en pie.

—A mí no me hablas así, inútil—expuso la maldita capitana y varios rieron.

Me levanté temblando de furia, una corriente eléctrica me recorrió las venas y los pulmones se me agitaron, junto con el corazón debido a lo alterada que estaba. Había llegado a mi límite y si querían expulsarme del puto ejército que lo hicieran, pero ya no iba a ponerle la mejilla a esa perra para que me maltratara cada vez que le diera la gana.

Apreté las muñecas con los dedos y resoplé enojada.

—Este será el último día en que me pongas la mano encima, maldita rubia oxigenada.

—No digas tonterías, tú no eres nadie.

—Madison, Adara ya basta—intentó contenernos, Luke. Estaba a punto de revelarle a Madison quién era mi padre y darle el susto de su vida, pero en su lugar decidí hacer algo mejor.

Mi puño salió disparado como un misil a punto de destruir un edificio y se estrelló potentemente contra su rostro de rubia tonta.

Madison cayó hacia atrás, con los ojos abiertos de par en par y la sorpresa pintada en su cara. Su cuerpo se estrelló sobre la arena y aunque ella trataba de levantarse, era como si su cuerpo no le respondiera. Jadeaba de dolor, mientras el porrazo la inflamaba la mejilla hasta enrojecérsela completamente, tenía el rostro manchado de sangre pues mi trompada le había rasgado el pómulo.

Una parte de mí no podía creer lo que acababa de hacer, pero la otra sentía una satisfacción feroz e insana, porque al fin le había dado una cucharada de su propia medicina.

Un murmullo de sorpresa recorrió al pelotón, cuando levanté mi pie y le pateé la cara de la misma forma en la que ella lo había hecho conmigo días atrás. Varios soldados corrieron a apartarme de ella y evitar que la siguiera dañando.

—¡Ahora sí se meten, malditos lamebotas! —grité, forcejeando—. Pero cuando ella me maltrata y me humilla nadie hace nada. ¡Ni siquiera el coronel aquí presente hizo algo cuando Madison se extralimitó en sus funciones y me golpeó sin razón! Váyanse todos a la puta mierda.

Luke dio tres pasos hacia mí, como si quisiera calmarme, aunque no había un atisbo de cariño en su mirada. Elevé el mentón y lo confronté con la mirada.

—Soldado Hart, a mi oficina. Ahora —ordenó con voz dura.

—No quiero y no iré.

Su expresión se endureció más.

—¿Acaso no piensa obedecer la orden que le di?

—Cuando ustedes sigan sus propias normas, yo obedeceré —repliqué con rabia, y salí caminando sin mirar atrás.

Me dirigí hacia las habitaciones, si querían echarme pues que lo hicieran. Me había hartado de todo y de todos. Iba mirando hacia el suelo y de repente choqué con una enorme figura masculina que me empujó hacia atrás, pero de pronto unas manos me sostuvieron.

—¿Adara? —Una voz masculina que conocía muy bien, entró en mi oído.

Levanté la mirada.

Era el coronel Evan Lennox, hijo de un buen amigo de mi padre. Era muy atractivo y tenía el cabello cobrizo y los ojos ambarinos más bondadosos que había visto en mi vida.

Era todo lo opuesto a Luke, tendría como treinta y cinco años y en algún punto de mi vida había sido mi amor platónico. Pero eso cambió cuando conocí a Santiago, a esas alturas me había convencido de que Evan jamás se fijaría en mí.

—¿Evan? —dije en un hilo de voz—Es decir, coronel Evan—hice una especie de saludo militar trastabillante.

Sonrió ampliamente y me abrazó antes de que pudiera decirle más.

—¿Qué haces aquí, pequeña?

Sentí la calidez de su abrazo. Olía muy bien, como a menta y albahaca.

—Vine a la milicia —susurré—, pero papá no está enterado y nadie aquí sabe que soy su hija. Así que, por favor, no digas mi apellido, ni le cuentes que me viste aquí.

Él rio como si esperara que le dijera algo así.

—Tranquila, peque. Tu secreto está a salvo conmigo.

Entonces escuché unos pasos detrás de mí.

—Están prohibidas las demostraciones de afecto en el ejército y ambos lo saben—expresó Luke bruscamente, aunque sonaba como si estuviese a punto de agarrarnos a latigazos.

Evan le sonrió y le tendió la mano, después de hacerle un saludo militar. Luke no le devolvió el gesto. En su lugar se dedicó a mirarlo ácidamente.

—Oh, vamos, Luke. Conozco a Adara desde hace mucho y me alegra verla.

Luke entrecerró los ojos.

—Eres uno de los cinco coroneles que liderarán el torneo. Da el ejemplo y no des muestras de cariño innecesarias, ni tengas favoritismos con nadie.

Evan, no le hizo caso. Tenía entendido que Luke tenía un rango por encima, ya que era coronel de grado dos, al ser el jefe de todos a nivel nacional, pero Evan tampoco era un don nadie. Gozaba de prestigio en la milicia y no se dejaría amedrentar. Admiré mucho la tranquilidad con la que respondía a las groserías de Luke.

—No son muestras de cariño innecesarias. La conozco desde hace mucho. Además, no estoy en cumplimiento de funciones todavía. Acabo de ser trasladado y me sorprendió verla aquí.

Evan no parecía darse cuenta de que Luke estaba a un palmo de clavarle un cuchillo en la frente.

—Adara —dijo Luke con la mandíbula tensa—. Vamos a mi oficina, ahora.

Negué, retrocediendo.

—Ve con él, soldado. Es mejor evitar conflictos con el coronel Luke, yo te acompañaré.

Luke lo miró como si creyera que había perdido la cabeza.

—No te invité a mi oficina—debatió.

—Pero no veo nada malo en ir.

Luke dio un paso al frente y Evan también, parecía una guerra de poderes. Así que preferí evitarle problemas a Evan e ir con Luke sola a su oficina. Total, ¿qué era lo peor que podía pasarme?

Capítulo 24

Adara

Lo seguí en silencio, tenía el estómago encogido y la mente atacada por un enjambre de pensamientos que no me llevaban a ninguna parte favorable. El coronel Luke caminaba delante de mí con esa prepotencia que le caracterizaba, como si fuese el dueño del mundo y yo tuviese la suerte de que él me permitiera vivir en su territorio. Me sentía agitada y odiaba la forma en la que su presencia me alteraba, haciéndome sentir pequeña, aplastada y embobada.

¿Luke iba a disculparse conmigo por no defenderme cuando Madison me atacó?

¿Me quería contar por qué había desaparecido durante tres días?

Entramos en su oficina y la puerta se cerró tras de nosotros con un golpe seco que causó que me sobresaltara. Me daba la impresión de que dio semejante portazo para que me asustara.

El silencio que siguió fue sofocante, recargado con una tensión tan insoportable que resultaba ruidoso. No quise esperar a que él hablara, porque presentía que Luke no diría nada de lo que yo quería escuchar, así que lo miré de frente con el corazón latiéndome en la garganta sin mostrar signos de debilidad.

—Y bien —externé irónica, alzando una de mis oscuras cejas—, ¿organizo mis cosas tras la expulsión que me hará? — Él me devolvió la mirada, impasible, como si mis palabras le resultaran innecesarias y tontas.

—¿Por qué habría de expulsarte? —preguntó con una calma gélida que me sacó de quicio.

—Por haber golpeado a su noviecita *Godzilla* —respondí más ácida que nunca. Era evidente que estaba celosa, pero no pretendía ocultarlo.

Luke puso los ojos en blanco, como si estuviera cansado de mis provocaciones, y suspiró con fastidio. Se veía tan guapo todo enojado y brusco.

—No tendré que expulsarte. Si sigues así de descontrolada, serás de las primeras en salir tras el torneo militar. Atacaste a una capitana frente a todos, hiciste un berrinche y por si fuera poco te pusiste cariñosa con Evan en plena central, si hago una lista de las tonterías que has hecho, nadie ni siquiera tu padre se sorprenderá de que seas la primera eliminada.

—Creí que usted era el primer interesado en que me quedara y con respecto a Madison, ella empezó, pero claramente usted no tiene las bolas para llamarle la atención.

Él dio un paso al frente como hacía cada vez que quería acorralarme, pero en lugar de retroceder empujé la mandíbula hacia arriba y lo encaré.

—¿Pensó que encontraría a la misma mujer temerosa que bajaba la cabeza cada vez que se acercaba hacia mí?

El gesto de su rostro se endureció y su tono se volvió más autoritario.

—Siéntate, que tengo un par de cosas que decirte.

—Estoy muy bien de pie —contesté, desafiándolo.

Un músculo le brincó en la mandíbula, y noté cómo la vena de su cuello se marcaba más de la cuenta.

—¿Por qué nunca puedes obedecer una jodida orden? —gruñó.

—Cuando los coroneles sean capaces de cumplir sus promesas lo haré —repuse con voz firme.

Se inclinó hacia mí, con el ceño fruncido.

—¿De cuáles promesas hablas?

No podía creer que fuera tan cínico, si poco le había faltado para proponerme matrimonio en la finca.

¿En dónde había quedado aquel hombre tan romántico que me hacía sentir que todo estaría eternamente bien?

Era como si le hubiesen hecho terapia de electrochoques para borrarle su lado atento, caballeroso y detallista. Odiaba su cambio repentino.

—Me prometiste que solo sonreirías conmigo, y acabo de verte de lo más campante con tu ex, como si nada. Riendo y coqueteándole mientras a mí ni siquiera me saludas, Luke.

Él se quedó helado, sorprendido de que lo estuviera tuteando. Por primera vez desde que nos conocíamos lo había agarrado con la guardia baja e iba a aprovecharme de ello. Ya no iba a ceñirme a ninguna regla militar, no podía respetar a un hombre tan cambiante como él.

—Para ti soy el coronel Luke —replicó con ese tono intimidante que solía poner a mis piernas a temblar—. Respeta los rangos militares, tú no tienes permitido tutearme.

—No pienso respetar un carajo mientras no me digas cuál es tu maldito problema conmigo, Luke. Te desapareces durante tres días, no das señales de vida, haces que me preocupe—chillé señalándolo como si fuera el peor hombre que había conocido en mi vida—Me la pasé escribiéndote como payasa, pensando que te había ocurrido algo malo. Tuve pesadillas y me imaginé los peores escenarios por tu culpa. No tuviste la decencia de decirme nada, ignoraste todos mis correos electrónicos y reapareces en la central el mismo día que tu ex, como si nada. Como si mis mensajes y mi preocupación no valieran nada—proseguí subiendo la voz. Quería llorar de la rabia, pero las lágrimas se negaban a descender por mi rostro—¿Para qué me llevaste a tu finca y me hiciste pensar que era importante para ti, si después ibas a actuar como si nada hubiera pasado?

Su rostro se endureció, al tiempo que aplanaba los labios.

—¿De verdad creíste que iba a tomarte en serio? —soltó con crueldad—. Debes aprender que los hombres hacen cualquier cosa para obtener lo que quieren de una mujer y, como tú no quisiste darme lo que quería, pues simplemente dejaste de interesarme. No voy a perder el tiempo con una mocosa como tú que cree en flores, corazones, chocolates y arcoíris. Tienes 22 años y no te comportas como tal, eres muy inmadura.

Tragué saliva con dificultad, pero mi orgullo no me dejó derrumbarme.

—¿Y con tu ex sí tienes todo lo que quieres? —pregunté, envenenada por el gusanillo ponzoñoso de los celos.

Él no contestó. Se quedó callado, mirándome con esos ojos fríos que ansiaban amedrentarme.

—Contesta, Luke —lo presioné, con el corazón latiendo desbocado, porque no quería escuchar que ella sí le daba lo que yo no.

—No tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida privada. Tú elegiste creer ciegamente cada cosa que te dije, no es mi culpa que seas tan ingenua— respondió, tajante.

—Entonces ¿para qué me pediste venir aquí, Luke?

Sus ojos se oscurecieron y sus pupilas se dilataron, no le gustaba en lo absoluto lo que le estaba diciendo.

—Ya te dije que para ti soy el coronel Luke. Si vuelves a llamarme por mi nombre de pila, voy a sancionarte. Le autorizará a Madison que te imponga un castigo.

—Me importan una mierda tus sanciones y las de ella —escupí con rabia—. Rompí las promesas que le hice a mi novio muerto de no estar con nadie más por ti, y de la nada te liberas de toda responsabilidad conmigo sin dar una jodida explicación del porqué lo haces. Expúlsame si quieres, los hombres ególatras como tú necesitan reducir a las mujeres para sentir que son grandes.

Luke respiró hondo antes de responder.

—Te traje aquí para advertirte que no toleraré más insubordinaciones como la de hoy—espetó—. Madison es una capitana de este ejército y tú eres una simple recluta. Ella ha luchado por este país y tú has vivido toda tu vida siendo una niña rica que tuvo todo fácil.

Me eché a reír, la ira me arañaba la garganta y estaba dispuesta dejarla salir. Si Luke era cruel, yo también podía serlo. La balanza de toxicidad no iba a inclinarse a su favor, no lo permitiría.

—Pues dele una puta placa de oro a la gran heroína maltratadora de reclutas. Ustedes son tal para cual, ahora entiendo por qué se llevan tan bien. Sancióname como te dé la perra gana, Luke, puedo con eso. Y te juro que si tu noviecita vuelve a meterse conmigo le diré a mi padre que le destroce la carrera, y tu adorada muñeca inflable no podrá estar en este, ni en ningún ejército. ¿Me entiendes?

Él se inclinó hacia adelante, con el rostro endurecido.

—Eso, ve y llama a tu papi—atacó—. Es claro que sin él no puedes hacer nada.

Me hervía la sangre, si él quería guerra, eso iba a tener y sólo habría una sola ganadora y esa persona sería yo.

—Tienes razón. Si no tuviera los poderosos genes de la familia King, no habría llegado aquí ni, estaría a punto de demostrarle a todos que nunca debieron subestimarme. Yo tengo un apellido respetado, uno al que todos en el ejército veneran. Tú en cambio, ni siquiera tienes un apellido porque te da miedo mostrarlo.

Él pestañeó perplejo, era claro que no esperaba un comentario tan duro de mi parte. Pero Luke había empezado, mi padre no tenía nada que ver en nuestra disputa y él lo había involucrado sin razón.

—No me hagas reír, ni te las des de valiente. Tardarás medio día en venir llorando a mi oficina porque no podrás con el entrenamiento—escupió con roña—. A diferencia de ti, yo no necesito presumir el apellido de mi papi para destacar. Me tracé un camino exitoso en la milicia por mi propia cuenta, eso es algo de lo que jamás podrás presumir.

—¿Estás fingiendo que me detestas para que le eche ganas al entrenamiento? —ataqué, alzando la barbilla.

Aún tenía esa esperanza de que el Luke que estaba frente a mí sólo estuviera actuando.

—¿Qué parte de "ya no quiero nada contigo" no te queda clara? —replicó con dureza.

Sentí que mis entrañas se desgarraron al escucharlo, mis ojos ardían, pero me negaba a que se pusieran vidriosos y el llanto me ganara la batalla.

—Bien, espero que no te pongas como un loco cuando me veas con otros, porque pienso disfrutar mi estadía en este ejército de todas las formas posibles.

Su rostro se transformó de inmediato, fue como si le acabaran de decir que yo había matado a su madre y su hermana.

—Te prohíbo que andes de promiscua en el ejército —bramó, y noté cómo una vena se le inflaba en la frente.

—Con todo respeto —dije con ironía venenosa—, métase sus prohibiciones por donde no le da la luz del sol, mi coronel.

Y sin esperar respuesta, giré sobre mis talones y me dirigí hacia la puerta. Sentía una amarga satisfacción por haberle escupido en la cara cada palabra que merecía. Pero nada de eso borraría que para Luke yo había sido un juego, una partida de ajedrez fácil de ganar, una ruleta que giró muchas veces a su favor.

Escuché cómo golpeó su escritorio con el puño, pero yo no me detuve. Si iba a seguir comportándose como un imbécil pues que lo aguantara otra. Debía sentirme agradecida por haber descubierto que Luke era un poco hombre a tiempo, sin embargo eso no borraba lo mucho que me había gustado lo que vi de él en Nashville, pero ese hombre nunca había existido. Él fingió ser un buen tipo para quitarme la virginidad y como no le entregué mi preciado tesorito, mostró su verdadero rostro y se fue con quien sí se le daba todo lo que yo no.

Caminé con pasos rápidos, queriendo poner la mayor distancia posible entre él y yo, pero escuché su voz áspera detrás de mí.

—Adara, no hemos terminado de hablar.

Ni siquiera me inmuté

—Pues yo creo que sí.

De pronto, Evan salió a mi encuentro como si hubiera adivinado que las cosas terminarían mal entre el coronel y yo.

—Adara, ¿estás bien? —me preguntó, preocupado cuando notó mi expresión sombría.

Lo miré, y de pronto algo dentro de mí se quebró, me repetía una y otra vez que había sido una tonta al estar a punto de romper la promesa que le hice a Santiago por un desgraciado como el coronel. Necesitaba escapar de la vorágine en la que Luke me había arrastrado, y Evan podría ayudarme con eso.

—¡Adara, espera! —oí que pronunció Luke.

El bastardo no me dejaba en paz.

—¿Adara qué pasó? ¿Por qué traes esa cara? —insistió Evan—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí —respondí con voz quebrada, pero levantando la barbilla—. Y estaré mejor ahora que te vi.

Quería demostrarle a Luke que él no era el único que podía despertar un revoltijo dentro de mí, así que tomé una decisión apresurada y besé a Evan. Cerré los ojos e imaginé que no era Evan, sino Luke, el que estaba pegado a mis labios, el que me abrazaba con fuerza y se dejaba llevar por el movimiento de nuestras bocas. Toda la rabia que sentía contra Luke la descargué en ese beso, pero para mi desgracia por mucho que me esmerara en creer que Evan era el coronel que me quitaba el aliento, aquel beso tuvo tanto sabor como un vaso de agua.

Pero de la nada, alguien me separó bruscamente de Evan.

—¿Qué diablos hacen?

—Nos estábamos besando, ¿qué no ves? —le dije a Luke y Evan dio un paso hacia él, interponiéndose entre ambos.

—Si te vuelvo a ver besando a Adara…—Luke dio un paso al frente, Evan le dio un empujón y como era de esperarse, se armó el pandemónium.

Vi con horror que el coronel Luke traqueó los huesos del cuello, para después meterle un puñetazo al coronel Evan.

—¡Aléjate de ella! —rugió con una voz que hizo que los pocos soldados que estaban cerca quedaran perplejos, al ver el repentino arrebato del coronel más frío del ejército. La mayoría ya se encontraba preparándose para el sorteo del torneo militar, por lo que esa zona de la central estaba prácticamente vacía.

Evan trastabilló, pero en lugar de derrumbarse encaró a Luke.

Aquello no iba a terminar nada bien.

—Oigan, cálmense, no se peleen—emití, pero un sordo me habría hecho más caso.

—¿Cuál es tu puto problema, Luke? ¡¿Qué mierda te pasa?! —manifestó Evan.

El coronel no contestó. Se lanzó contra Evan como una bestia alterada, Evan lo esquivó pero Luke lo agarró con facilidad y lo estampó contra una de las paredes de las oficinas de tecnología.

Evan reaccionó al ataque, giró hacia un lado y le metió un rodillazo en el estómago a Luke. El coronel se encogió un segundo, pero enseguida le lanzó una trompada que lo derribó. Ambos cayeron al suelo, enredados en un tornado de puñetazos, rabia y actitud de macho alfa. Luke se colocó encima y empezó a lanzarle una marea de puñetazos que Evan apenas lograba contener.

Mierda, Evan no tenía oportunidad.

Sólo había visto a un hombre que peleaba tan bien como Luke, mi padre.

—¡No, suéltalo Luke! ¿Perdiste la razón? —grité desesperada, llevándome las manos al rostro—. ¡Qué te pasa… es decir, mi coronel! ¡Ay, Dios mío, ¡ya no sé ni cómo llamarte, voy a quedar loca yo!

Los ojos de Luke estaban desenfocados y tenía la mano en alto, era claro que pensaba seguir pegándole al pobre Evan.

—¡No te quiero cerca de ella, me entiendes! —escupió contra Evan, con los puños aún levantados.

Evan jadeaba con un labio sangrante.

—No tienes autoridad para evitar que me le acerque. La conozco mucho antes que tú y voy a seguir frecuentándola te guste o no.

Luke levantó el brazo de nuevo, listo para golpearlo, pero de repente una voz masculina, profunda y poderosa, retumbó en el aire.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

Me quedé helada.

Era imposible que fuera él.

Esa voz era inconfundible.

No existía nadie en el mundo que pudiese imponer tanto respeto con un par de palabras.

Me temblaron las piernas y empecé a sudar frío.

Me habían atrapado en la mayor mentira de mi vida.

—No… —susurré, dándole la espalda a quien acababa de llegar.

Joder, en el peor momento tenía que aparecer.

Miré por el rabillo del ojo y me cercioré de que era él.

Mi padre estaba de pie a unos metros de mí, su sombra se proyectaba malévolamente como una amenaza sobre todos los presentes.

—Adara Atenea King… ¿a dónde crees que vas? —preguntó, pero no sonaba para nada severo.

Decidí que lo mejor era huir, no quería que mi padre se enterara que lo único que había hecho bien era crear problemas entre los coroneles del ejército que él tanto amaba.

—Creo que me está confundiendo con alguien más, señor —murmuré, sin atreverme a mirarlo.

La carcajada de mi padre fue la mejor respuesta que pude obtener.

—¿Crees que no reconocería la voz de mi propia hija?

Con un movimiento nervioso, volteé hacia él. Su rostro estaba iluminado por una sonrisa de oreja a oreja. Había un brillo especial en sus ojos celestes que no supe cómo interpretar. Parecía tan feliz como el dueño de una juguetería en época navideña. De pronto recordé por qué siempre encontraba refugio y comprensión en él, papá me amaba profundamente y su mirada lo delataba.

—No puede ser... —dijo con orgullo. Se acercó y me rodeó para luego abrazarme—. Te queda tan bien el uniforme de recluta, hija mía. Me hace tan feliz verte aquí.

Un murmullo recorrió la zona. Algunos soldados que pasaban se detuvieron de golpe al ver a papá, parpadearon atónitos y le hicieron un saludo militar. Papá les ordenó que siguieran de largo.

—Papá, por favor no les digas que soy tu hija, no quiero un trato especial. Quiero ganarme las cosas por mi cuenta.

Él asintió como si comprendiera mi pedido.

—Está bien, hija mía—respondió y se apartó y me miró con una falsa expresión brusca.

—¿En verdad es el monstruo del Pentágono? —murmuraron varios soldados de golpe.

—Así es —tronó la voz de papá, como un cañón—. Vine a ver qué tan inservibles eran las nuevas tropas y la verdad es que es peor de lo que parece. Veo tropas poco disciplinadas, desorden y falta de mano dura.

De pronto, más soldados empezaron a salir de las oficinas, salas de entrenamiento y pasillos, atraídos por el rumor de que Damon King estaba allí. El murmullo creció, y de pronto una multitud de caras se arremolinaba a su alrededor. Todos lo saludaron con el respeto que papá se merecía, a fin de cuentas era una leyenda viviente, el director del Pentágono más famoso de todos los tiempos y el único general de flota en la historia de la milicia.

De una oficina lateral salió Noah, con expresión incrédula y una sonrisilla de duendecito a punto de cometer una travesura.

—Me dijeron que un tal Damon King estaba por aquí y tenía que venir a ver a la leyenda que aterró al mundo.

—¿Cómo va todo, Noah? —preguntó, mi padre empleando ese tono amable que muy pocos podían escuchar de su boca.

—De mi lado bien —contestó Noah, mirando de reojo a Luke y Evan—. Pero es a la susodicha aquí presente a quien debería preguntarle qué tal le va... porque fue la última persona a la que vieron con los coroneles que se andaban matando.

Luke estaba de pie, serio e imperturbable, junto con Evan Papá los observó como si creyera que no servían para nada.

Luke se merecía esa mirada, pero Evan no.

—De ustedes me encargaré después —dijo, con la voz grave y autoritaria—. No es posible que llegue a la central militar más importante de este país y lo primero que me encuentre sea a dos de sus coroneles principales, matándose como si esto fuera la sede de un torneo clandestino de peleas callejeras. No sé qué los motivó a dar semejante espectáculo, pero créanme que habrá consecuencias.

—Sí, señor —contestaron Luke y Evan al unísono, aunque uno de ellos lo hacía de mala gana y tenía los ojos verdes.

En ese momento Madison apareció, y miró a mi padre interesada, aunque me dio la impresión de que no notó el parecido entre ambos.

—En fin, a lo que vine. Estoy aquí para supervisar el sorteo torneo militar. Así que quiero ver a las tropas alineadas en menos de 1 minuto.

Los soldados corrieron en todas las direcciones, apresurados por la orden recibida. Yo también me moví apurada, pero mi propósito era distinto: huir de las preguntas que papá haría sobre por qué me encontró en medio de la pelea entre Luke y Evan.

—No tan rápido, hija mía — manifestó papá, deteniéndome con una mano en el hombro—. Tú tienes permitido llegar más tarde al sorteo.

—Papá —lo miré falsamente indignada—, acabas de llegar y ya estás usando tu poder a mi favor. No es justo con los demás reclutas.

Él negó suavemente, con ternura.

—No sabes lo orgulloso que estoy de verte aquí.

Intenté contener las lágrimas, pero era difícil con mi padre cerca. Quería enorgullecerlo, pero sentía que había hecho todo lo contrario.

—¿Cuándo te enteraste de que estaba en el ejército?

—Lo supe desde que te enlistaste—admitió, sonriendo—. Pero entendí que si habías decidido ocultármelo, tus razones tendrías y yo no debía meterme.

Me lancé a sus brazos, con los ojos nublados.

—Te extrañé mucho, papá.

—Y yo a ti, hija mía. Estoy orgulloso de ti. Me han contado que te esfuerzas mucho.

—Sí, lo hago, pero no me ha ido nada bien.

—Es normal. Yo tardé mucho en hacerlo bien, pero no me rendí, al igual que tú. Y con el tiempo, tanto esfuerzo valió la pena.

Lo miré con desconfianza.

—¿Seguro que no me estás mintiendo para motivarme? —me costaba creer que a mi padre no le había ido bien desde el inicio.

—No, hija. Yo tampoco fui una máquina de guerra desde el principio. Ningún recluta suele serlo. Pero con disciplina, empeño y la creencia de que podrás hacerlo, nada será imposible.

Me mordí el labio.

—Entonces también sabías que oculté que era tu hija, lo lamento papá yo...

—Sé que lo hiciste porque pensabas que si fracasabas, me avergonzarías, Dereck me mantenía al tanto de todo. Pero para mí siempre serás un orgullo. Siempre serás mi hija amada, y una ganadora, porque sé que jamás te rindes. Así que no te preocupes por nada.

Mis lágrimas cayeron sin control, mientras lo abrazaba sin que nadie nos viera.

—Y también me gustaría saber por qué dos coroneles parecían estar peleándose por ti, aunque te soy honesto, no me molesta que lo hagan porque eso significa que te estás dando la oportunidad de conocer a alguien.

Si tú supieras papá, no estarías tan contento.

—No, en realidad los vi peleando y quise intervenir.

Mi padre alzó ambas cejas, no me creía una palabra.

—No nací ayer, hija mía, pero esperaré que te animes a contarle a este viejo qué fue lo que pasó. Ya sabes que conmigo nunca estarás presionada.

Lo abracé y me sentí más tranquila, mi padre era el tipo de hombre que te apoyaría sin importar cuántas veces metieras la pata.

—Lo sé papá, eres el mejor de este mundo.

****

Más tarde, en el gran salón de reuniones, comenzó el sorteo. Los papeles se agitaban en la urna. Habían cinco coroneles que dirigirían los equipos: Luke, Evan, Calvin el hermano mayor de Corvin que era bastante parecido a él con el cabello rubio platinado y Parrish (la única mujer del grupo) que no hablaba mucho y tenía el pelo negro corto al estilo pixie.

Laura extrajo su papel y sonrió con satisfacción: le había tocado estar en el equipo de Evan.

Cuando llegó mi turno, respiré hondo y saqué la balota. Mis ojos se abrieron con incredulidad.

—Me tocó en el equipo del coronel Luke —murmuré, incrédula.

—¿No puedo cambiar de equipo? —pregunté en voz alta, molesta por tener que lidiar con el coronel ojiverde.

Luke me miró fijamente, con una sombra de arrogancia en sus labios.

—Está prohibido cambiar de *team*. La suerte ha decidido que esté en mi equipo. ¿Acaso tienes miedo, soldado?

Mi padre lo fulminó con la mirada, pero se quedó callado haciendo caso de mi petición de no meterse.

Luke empezó a dividir a los pelotones y las tropas se replegaron.

Paseaba entre las filas con paso firme, ordenando e intimidando hasta que se detuvo frente a mí.

Se inclinó lo suficiente para que solo yo lo escuchara.

—Si te vuelvo a ver besando a Evan, lo voy a expulsar del ejército aunque tu papi se oponga.

Lo miré alterada.

—Expúlselo. Eso no impedirá que pase la noche con él.

Sus ojos ardieron.

—No te atreverías.

—¿Quiere que le mande un video de cuando lo haga con él? —susurré con descaro.

La vena en su sien palpitaba. Pero antes de que pudiera replicar, Noah se interpuso entre ambos para detener el espectáculo que estábamos a punto de dar.

—Oigan, no sé si se han dado cuenta, pero este no es lugar para peleas de novios. Además, Damon King los está mirando muy interesado. Y no creo que quieran que se entere de que Luke quería matar a Evan... porque lo besaste, Adara.

¿Te gustó el capítulo?

Capítulo 25

Coronel Luke

Haber perdido el control y permitir que los celos me dominaran, me hacía sentir rabioso.

Habían pasado tres días desde que mi pelea con Evan se volvió la noticia del año y todo empeoró cuando se me ordenó ir a la oficina de Damon King.

En cuanto vi que Evan la estaba besando, sentí que acababa de caer en un río de lava y perdí la noción del tiempo y de la realidad. Me olvidé de actuar con cordura, de ser el hombre insensible de siempre. Los celos se adentraron en mi sistema, como un veneno letal que acababa de ser inyectado por la mocosa.

Y cada vez que la imagen regresaba a mi mente y recordaba sus labios sobre los de Adara, la sangre me hervía tanto que sentía que el pulso me palpitaba en la cabeza. Odiaba a Evan por haberla probado. Y me odiaba a mí por sentir esos celos ridículos que me hacían parecer un hombre desquiciado, un coronel incapaz de mantener la compostura frente a sus subordinados.

Quise matarlo por atreverse a unir su lengua a la de ella.

En el instante en que lo aparté de Adara y le estampé el puño en la cara, una voz en mi cabeza me gritaba que siguiera, que lo destrozara hasta dejarlo irreconocible para que ella no quisiera besarlo de nuevo. Me costó detenerme, y la única razón por la que no terminé con su vida fue porque Damon King había aparecido en escena.

El maldito hombre que odiaba más que a nada en el mundo se hallaba frente a mí, observándonos como un cirujano al órgano que debía extraer.

El Monstruo del Pentágono, estaba sentado tras su escritorio con los codos apoyados sobre algunos papeles y las manos entrelazadas para formar un puente en el que apoyaba su cabeza. Sus ojos, fríos, viajaban de Evan a mí como si estuviera decidiendo cuál de los dos era más incompetente.

—Y bien… —dijo con voz grave—. ¿Por qué se estaban peleando ustedes dos? No quiero respuestas absurdas, ni mentiras, porque más demoraré en expulsarlos del ejército, que en descubrir qué provocó que dos coroneles se estuvieran peleando como dos malditos novatos.

Su mirada se clavó en mí como si creyera que yo había empezado todo, pero fue Evan quien habló primero.

—Tuvimos algunos desacuerdos respecto al torneo de militares —contestó, como si no estuviera seguro de qué tan creíble sonaba.

Damon arqueó una ceja, escéptico.

—¿Ah, sí? No sabía que les importara tanto un torneo en donde ninguno de los dos se está jugando su puesto en la milicia. Además, el sorteo ni siquiera se había realizado en ese entonces, así que no tiene ningún sentido lo que comenta, coronel Evan.

Evan se enderezó en la silla, y evitó mirar a Damon. El imbécil no se daba cuenta de que entre más nervioso se mostraba, menos creíble se veía.

—Todo lo relacionado a este ejército me importa, señor King—argumentó—.Y si bien acababa de llegar, quería comentarle a Luke sobre algunas cosas que podían ser mejoradas en la organización del torneo.

Damon giró la mirada hacia mí, luciendo aburrido por la pésima mentira que Evan estaba pronunciando.

—¿Y qué me dices tú, Luke? ¿Tú sí vas a decirme por qué estaban peleando?

Quise decirle que estaba cabreado porque Evan había besado a su hija en mi lugar, que a ella sólo yo podía manosearla, pero me contuve porque tampoco quería poner en riesgo mi cargo por Adara. El malnacido de King no dudaría a la hora de arruinarme la vida otra vez. Aunque no dejaba de pensar en lo entretenida que sería su reacción, sin embargo se me hacía rara la forma en la que me hablaba. Era claro que sabía de quién yo era hijo, ¿por qué veía respeto en su mirada en lugar de desprecio?

—Tal y como lo dijo Evan, nuestro desacuerdo fue debido al torneo. Él acaba de llegar y no se siente listo para coordinar a un pelotón que no conoce. Le dije que eso lo volvía un incompetente y se molestó.

Vi al otro coronel endurecer la mandíbula indignado, como si quisiera pegarme para demostrarme qué tan capaz era.

Damon King lo miró fastidiado.

—¿Es eso cierto, Evan? Me sorprende que no te sientas capaz de liderar tropas desconocidas. Creí que eras más competente que eso. En todos mis años conociéndote, no te había visto dudar de tus capacidades.

Evan se apresuró a defenderse, como el lamebotas arrastrado que era.

—El coronel Luke malinterpretó todo.

—Sí, lo sé —lo interrumpió Damon, como si llevara toda la mañana esperando decirlo—. Ambos están mintiendo y debería darles vergüenza intentar engañarme. De todas formas, me tomará cinco minutos averiguarlo y, como sé que probablemente mi hija está involucrada en ello, quiero advertirles algo a ambos al respecto.

Sentí un vuelco en el estómago, cual si fuera un novio que estaba a punto de ser analizado al detalle por su suegro. Pateé dichos pensamientos de la mente y puse mi expresión más seria. Damon King jamás sería mi suegro.

—No quiero que arrastren a mi hija en sus peleas absurdas. Ella es una recluta que apenas está entendiendo cómo funciona la milicia. Ustedes llevan años aquí y deben dar el ejemplo, sobre todo tú Evan que tienes 35 años y deberías ser más prudente. Ambos han ascendido hasta convertirse en coroneles, y si me entero que están creando problemas otra vez sufrirán una sanción fuerte. Por el momento ambos se quedarán sin sueldo durante un mes y recibirán media falta. Bien saben que si completan una falta completa, serán suspendidos de su cargo por tres meses, y si acumulan tres faltas, serán expulsados definitivamente del ejército.

—Sí, señor —respondimos al unísono Evan y yo.

—Bien, hemos terminado.

Me puse de pie para marcharme, ansioso por salir de la oficina del hombre que tanto detestaba. Pero antes de que alcanzara la puerta, él me habló.

—Luke, aún tengo algunas cosas que discutir contigo. Eres el jefe de coroneles y debo hacerte algunos cuestionamientos.

Evan salió, no sin antes lanzarme una mirada de triunfo como si estuviera seguro de que Damon iba a decirme de todo. Yo volví a sentarme un tanto hastiado, porque lo que menos quería era quedarme a solas con ese desgraciado.

Damon me observó unos segundos antes de hablar.

—Mi hija Anabella, me contó que le pusiste seguridad adicional cuando te enteraste de que posiblemente estaba siendo acosada, y quiero agradecerte por ello, Luke. Mis hijas son el mayor tesoro de mi vida, y saber que existe alguien aparte de mí, capaz de cuidarlas, me agrada enormemente.

Lo miré perplejo, no sabía ni qué decirle.

Era extraño que el hombre que le había jodido la vida a mi familia me diera las gracias y lo era aún más, notar sinceridad en sus palabras.

—También sé que Adara salió contigo un par de días—prosiguió.

—Señor yo…

—No tienes que explicarme nada —me cortó con una sonrisa enigmática—. Si mi hija confió en ti lo suficiente para irse de viaje contigo, yo la respaldo. Me da gusto que al fin se esté animando a salir con alguien. Tuvo un año espantoso y lo que menos quiero es que piense que su padre no aprueba su nueva relación. Adara no sale con nadie sin tener un compromiso de por medio o algo serio, la conozco. Así que imagino que lo de ustedes no es algo pasajero.

Mierda, este hombre cree que soy el novio de su hija.

Y lo peor es que no me animaba a decirle que estaba equivocado, porque en el fondo sí quería serlo.

—Sabes perfectamente que la pelea que tuviste con Evan es motivo suficiente para que coloque una falta completa en tu historial —continuó—. Pero en agradecimiento por lo que hiciste por mis hijas, sólo te puse media falta. Gracias por cuidar de ambas.

Me tensé, incapaz de soportar ese agradecimiento. Lo odiaba, cada vez que lo veía recordaba los maltratos que mi madre había sufrido por su culpa, las veces que la despidieron y el hambre que pasamos mi hermana y yo.

—Pero quiero advertirte algo —su voz se endureció—. Si se te ocurre lastimar a Adara, me encargaré de destruirte, y sentirás ganas de mudarte al infierno para escapar de mí.

Inspiré hondo, no esperaba menos de un hombre como él. Sin embargo podía entenderlo, Adara había sufrido mucho y quería evitar que saliera lastimada otra vez.

—Adara es muy buena persona. Es hermosa, fascinante y…

No quería halagarla tanto como lo hice, pero en cuanto pronuncié su nombre las palabras salieron solas. Intentaba mostrar indiferencia respecto a ella, pero me costaba.

—Lo sé —me interrumpió con una media sonrisa—. La crie para que fuera buena persona. Precisamente por eso la cuido tanto. Porque ella no tiene malicia, no es capaz de dañar a absolutamente nadie en este mundo. Y si vas a estar con Adara, deberá ser para darle el valor que merece, para tratarla como lo mejor que te ha pasado. Si no piensas hacerlo, yo mismo me encargaré de sacarte de su vida.

Me llevé una mano a la nuca y la rasqué un poco incómodo.

—No sé si sea el adecuado para ella, Adara es…

—Realmente no existe nadie adecuado para ella, ningún hombre la merece, pero me conformaré con saber que eres capaz de protegerla —dijo, con un deje de tristeza— Si sigues saliendo con ella, hazla feliz. Si no piensas tomarla en serio, déjaselo claro. No quiero que mi niña se ilusione con alguien que no la va a valorar. También soy militar, sé cómo se piensa cuando se es joven en el ejército.

Damon King tendría poco más de cincuenta años, pero lucía muy conservado. Si me decían que no llegaba a los cuarenta años la habría creído. No se veían arrugas notables en su cara, lucía más como el hermano mayor de su hija. Era súper extraño.

Lo miré con desconfianza.

—¿Cómo sabe que su hija y yo…?

—No habría llegado hasta donde estoy si no fuese bueno obteniendo información.

Me mordí el labio.

—Bueno, yo…—intenté explicarle que yo ya no tenía nada con su hija, pero una vez más me silenció.

—He escuchado buenas cosas sobre ti, Luke. Sé que eres un buen soldado, que tienes logros importantes y que has tenido una carrera intachable. Espero que seas igual como pareja.

Tragué saliva.

—Puedes retirarte.

—Sí, señor.

Me levanté y salí de ahí sintiéndome raro, porque Damon King no parecía un mal tipo, y eso era contradictorio. Era el hombre al que había jurado odiar por lo que le hizo a mi madre. Y aun así, ahí estaba, hablándome como un padre protector, agradeciéndome y confiándome a su hija.

****

El día avanzó rápido, las tropas seguían entrenando para el torneo, pero yo tenía que hablar con Adara. Todo ese asunto con su padre me tenía de malas.

Le ordené a las tropas que se dispersaran, para que se fueran a cenar. El torneo se avecinaba y los reclutas se esforzaban el doble desde que Damon King había llegado a la central. Adara no lo hacía mal, mejoró bastante después de regresar de Nashville. También la ayudaba el hecho de que era Noah quien me asistía en todo y ambos se llevaban bien. Fue la mejor en la ronda de tiro, le fue muy bien en combate cuerpo a cuerpo y en las carreras de velocidad fue de las primeras en llegar, su debilidad seguía siendo su fuerza física porque aún necesitaba ganar más músculo pero iba por buen camino, era buena esquivando obstáculos y en las pruebas con la cuerda no era de las mejores, pero tampoco iba en último lugar.

El campo se vació poco a poco, los soldados marcharon en silencio, algunos murmurando entre sí sobre lo que pasaría en el torneo, la mayoría no tenía ni idea de lo que les esperaba, habíamos preparado un torneo repleto de pruebas exigentes. Adara fue la única que no se fue a cenar, tal y como preví. Se quedó hablando con Corvin, que había aparecido de la nada y no dejaba de abrazarla, contento al poder verla de nuevo. No podía culparlo.

Sin embargo esa cercanía me puso de malas y me acerqué a ellos, para evitar que él siguiera pasándose de la raya.

—No se preocupe, coronel —dijo Corvin al verme llegar—. Sólo pasé a saludar a Adara, no pretendo quedarme.

—Los que son expulsados de la milicia no tienen permitido volver —gruñí.

Calvin apareció de la nada, con esa maldita sonrisa insolente.

—Despreocúpate, Luke, mi hermano no se mete con cualquiera.

Lo encaré de inmediato.

—¿Qué mierda dijiste? —Me llené de ira en cuanto irrespetó a Adara.

A ratos, ni yo mismo me entendía.

—Lo que oyó mi coronel. Esa chica Adara es cualquier cosa al lado de mi hermano.

Me acerqué tanto a él que casi pude oler su cizaña.

—Estás buscando que te reviente la cara. Y quien quedará como un cualquiera serás tú.

Evan apareció para empeorarlo todo. Llevaba el uniforme de entrenamiento, pero no había hecho nada en todo el puto día más que sentarse bajo la sombra y ver a su grupo correr. Era un vago, no daba instrucciones, no se esmeraba en guiar a nadie. Ya sabía que era un perezoso antes de que llegara a la central, pero no creí que tanto. No le llamé la atención ni nada, si seguía así, el mismo Damon lo sacaría del ejército.

—Vaya, Luke—me dijo al ver que estaba a punto de atacar a Calvin—. Qué rápido quieres ganarte una sanción completa.

Lo fulminé con la mirada.

—Yo no soy un marica como tú, Evan. A mí una sanción completa no me afectará, ni me traumará.

—¿Recibiste una sanción completa? —la vocecita de Adara me atravesó como un rayo—. ¿Es decir, mi coronel, recibió una sanción completa?

Sus ojos enormes, me escrutaban con sorpresa.

—Ven, tengo que hablar contigo a solas—expuse acercándome a ella.

—Tengo que prepararme para la cena, Luke, es decir, mi coronel. Así que me retiro.

Calvin no se calló.

—Y hasta permites que te tutee—graznó—. Está claro por qué te andas peleando con medio ejército por ella.

Aquel comentario de vieja chismosa le iba a salir muy caro.

—Calvin, ve a dar unas cuarenta vueltas al campo por insubordinación e irrespeto a tu superior.

—Joder, eso es demasiado —masculló, alejándose de mala gana.

Los demás guardaron silencio.

—No quiero más irrespetos hacia mí —troné—. La próxima vez que alguien de ustedes se ponga respondón, lo echaré a la fosa de los cocodrilos y el que sobreviva, lo echaré al mar para que se lo coman los tiburones.

El silencio se volvió sepulcral. Volví a centrarme en Adara

—Adara, vamos a hablar en otra parte.

—No quiero —contestó, dándome la espalda.

Y sin pensármelo mucho, la alcé en brazos.

—Perfecto. No me interesa si no quieres, quiero hablar contigo y es lo que haremos.

Mis manos se cerraron en sus muslos y, en un solo movimiento, la levanté y la puse sobre mis hombros, para llevármela a otro lado y conversar. Su cuerpo se dobló contra mi clavícula cuando la subí sobre mis brazos, como si fuera un peso ligero.

Adara pataleaba, gritaba que la bajara y me amenazaba, repitiendo hasta el hartazgo que se las iba a pagar.

—¿Por qué siempre tienes que complicarlo todo? —gruñó tratando de zafarse.

—¿Yo? Tú fuiste la que anduvo besuqueándose con otro. Rompiste las reglas del ejército sobre contacto físico. Mi deber era llamarles la atención y sancionarlos.

—Ay, por favor Luke, ese cuento de coronel intachable no te lo crees nadie.

—¿Acaso no piensas volver a llamarme coronel en lugar de Luke?

—No—debatió.

—Eso lo veremos

****

La bajé apenas crucé la puerta trasera de la primera oficina que encontré. Allí nadie nos vería. El silencio era roto por el zumbido del aire acondicionado en la pared. Adara me miró como si yo fuera un loco que acababa de escapar de un manicomio.

—¿No te tomaste la pastilla hoy? —me soltó, con ese tono que le encantaba usar cuando buscaba ponerme de malas—. ¿Qué te pasa, Luke? Primero me dices que no te importo en lo absoluto, me tratas como si valiera menos que un mechón teñido y reseco de Madison, y luego te pones como bestia cada vez que me ves con otro.

Sus palabras me resultaron divertidas aunque no iba a demostrarlo. Me quedé callado un segundo, porque en algo tenía razón. Perdía el horizonte cuando la veía cerca de otro.

—Tu padre sabe que fuiste conmigo a la finca en Nashville —le dije al fin.

Adara cambió de expresión en un parpadeo. Se llevó las manos a la cara como si quisiera mudarse a otro planeta o borrarle la memoria a su padre, para que no estuviese enterado de sus escapadas conmigo.

—Ay Dios... —murmuró—. Mi padre pensará que le entregué mi tesorito a un amargado.

—¿Amargado? —fruncí el ceño.

—Sí, y estoy siendo generosa al hablar de ti —respondió, sin quitarse las manos de la cara.

—Tu padre piensa que tú y yo... —dudé un instante.

—¡Oh, no! —exclamó, apartando las manos con teatralidad—. Papá seguro cree que me preñaste y te obligará a casarte conmigo.

La fulminé con la mirada.

—Eso no es lo que él cree. —negué—. Tu padre piensa que tenemos una relación seria. Y hasta me amenazó para que no te rompiera el corazón.

Adara soltó una carcajada. No podía creerlo, esperaba que tomara el asunto con la debida seriedad pero ella parecía encantada con la actitud de su papá.

—Me hubiera gustado que te metiera un puntapié en las bolas, Luke. Pero con sus amenazas me doy por bien servida. Aunque considérate afortunado de que quien te amenazara fuera él y no mi madre. Ella es la que realmente da miedo.

—Intenté decirle a tu padre que tú y yo no tenemos nada, pero no me dio tiempo—expliqué.

—Qué conveniente para la trama —replicó, cruzándose de brazos—. Ni pienses que voy a fingir frente a él que somos novios.

Evan apareció como siempre, puse cara de asco al verlo.

Maldito metiche, me tenía harto.

—¿Tú qué diablos haces aquí? —le espeté.

—Vine a cuidar a Adara de ti —contestó, mirándome de arriba abajo con el mismo odio que yo reflejaba cada vez que lo veía—. No pienso dejarla sola contigo, con lo violento que eres no se sabe de lo que puedas ser capaz.

—Te encanta estar de mal tercio, ¿no?

—¿Mal tercio? —rió con ironía—. Yo no soy a quien Adara no quiere ver.

Adara levantó las manos como si quisiera detener un choque de trenes.

—Bueno, ya basta ustedes dos. No es posible que siendo un par de coroneles se comporten como niños de primaria.

—Lárgate de aquí, Evan —ordené—. Estoy hablando con Adara sobre algo en lo que no tienes cabida.

Evan dio un paso al frente.

—Si Adara me pide que me marche, me iré.

—¿Quieres que te mande a correr con Calvin? —le espeté—. Porque puedo hacerlo. No olvides que sigo siendo tu superior y hoy ya te toleré demasiadas insubordinaciones y berrinchitos de marica.

—Impón los castigos que quieras —respondió con insolencia—. Eso no evitará que cuide a Adara de un tipo violento como tú.

Me acerqué hasta quedar a centímetros de él.

—Entonces que Adara decida si quiere que te quedes y escuches lo que tengo que contarle, a pesar de que es algo muy íntimo y personal entre nosotros.

Adara carraspeó.

—Evan, después hablo contigo. Ahora necesito conversar con Luke un rato.

El imbécil me miró como si quisiera clavarme una espada en el pecho.

—Está bien. Pero los vigilaré de lejos—expuso, dándoselas de héroe—. No te pases de la raya, Luke.

Puse los ojos en blanco.

—Mira, intento barato de Romeo, si sigues aquí cuando cuente hasta tres, mi puño le hará una visita a tu cara.

Evan se plantó frente a mí.

—¿Ves? Por eso no quiero que se quede sola contigo. Eres un troglodita que sólo piensa en pelear.

—Ella muere por este troglodita —dije con sorna—. Así que lárgate.

—¡Ya basta! —exclamó Adara, harta—. Si siguen así, la que se largará seré yo. ¿Qué les pasa? Parecen un par de perros marcando territorio. Ni que yo fuera algo que pudieran disputarse. ¿Qué será lo próximo que harán? ¿Uno de ustedes intentará mear sobre mí?

Ella se acercó a Evan y, para colmo, le acarició el rostro. Apreté los dientes y respiré profundo, levanté la mirada y evité mirarlos, porque sabía que terminaría estrellando la cabeza de Evan contra uno de los aires acondicionados en la pared, tarde o temprano.

—Iré a verte al rato y hablaremos sobre hoy, ¿te parece? —le dijo a él, con una dulzura que provocó arcadas.

—De acuerdo, cariño —respondió Evan.

—¡Brincos dieras de que ella fuera tu cariño! —le solté.

—¿Celoso? —me provocó.

—¿De un poca cosa como tú? Para nada.

Adara resopló y, como si no bastara con ese toqueteo innecesario en su cara, Evan le estampó un beso en la mejilla antes de marcharse.

—Ve y dale cuarenta y cinco vueltas al campo —le ordené con frialdad—. Por andar de cariñoso en plena central.

Lo vi apretar los puños, visiblemente furioso, pero al final hizo caso y se largó a correr. Se unió a Calvin y los dos me miraron con odio desde la distancia.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Adara, girándose hacia mí—. Mi padre cree que tenemos algo.

—La verdad no sé. Ese es tu problema, así que habla con él y explícale que tú te enamoraste sola—espeté.

—¿Que yo qué? Si tú fuiste quien me anduvo acorralando cada que podía, tú empezaste así que ahora no te desentiendas.

—A mí me da igual lo que tu papi crea, pero de todas formas quise contarte para que te encargaras de parar esa tontería romántica que cree que tú y yo tenemos.

—¿De veras crees que si mi papá se entera de los desplantes que me has hecho lo dejará pasar? —me replicó—. Por tu bien y por el mío debemos encontrar una salida coherente, nada que dé a entender que terminamos abruptamente—ella resopló—. Me fui contigo a tu finca, papá sabe que no me voy con cualquiera. No quiero que piense que soy una facilota que se va de paseo con cualquier tipo.

Saqué el celular del bolsillo y revisé la hora. Tenía algo que hacer y debía marcharme pronto de la central.

—Debo irme.

—¿Cuándo vas a decirme qué hiciste estos tres días que desapareciste?

—Eso forma parte de mi vida personal. No tengo por qué decirte nada, King.

—Grosero.

Me detuve un segundo ante de salir.

—No quiero ver a ese idiota de Evan cerca de ti otra vez. Algo en él no me gusta.

—Pues no es a ti a quien tiene que gustarle —respondió con un brillo desafiante en los ojos—, sino a mí.

—Ese tipo no te gusta y ambos lo sabemos. Así que deja de provocarlo y hacerle pensar que quieres algo con él, porque entonces tendré que romperle la cara, cariño y eso no te va a gustar—le acaricié la mejilla y ella me dio un manotazo.

Me enseñó el dedo del medio cuando salí por la puerta y tuve que contener una sonrisa. Ella me alegraba la vida, por mucho que deseara que no fuera así.

****

Cuando regresé de Nashville recibí el mensaje de que mi madre había sufrido un infarto, porque creyó que yo estaba enamorado de la hija de Damon King, alguien le envió una foto de nosotros dos juntos. Mamá llamó a Madison para preguntarle si sabía algo sobre Adara, pero se fue alterando y se infartó. Madison la llevó de emergencia al hospital, viví los tres días más horribles de mi vida creyendo que mamá moriría por mi culpa. Madison estuvo allí conmigo, fue el soporte que necesitaba mientras caminaba por los pasillos sintiéndome el peor hijo del mundo. Si yo seguía con Adara, mi madre podría empeorar. Yo jamás me perdonaría si algo le ocurría por mi culpa.

—Su madre le espera coronel—dijo el cardiólogo Spears al verme llegar—. Sigue evolucionando de maravillas.

Asentí y caminé hasta la habitación. Al verla, el aire se me atascó en los pulmones, mis imprudencias la habían enfermado. Mi madre seguía rodeada de aparatos que pitaban a destiempo. Su piel parecía de papel y cuando abrió los ojos y me vio, sonrió débilmente.

—Hijo mío... llegaste.

Me acerqué, le tomé la mano y le di un beso en la frente.

—¿Cómo te sientes mamá?

—Quiero preguntar lo mismo de nuevo—susurró—. ¿Es verdad que sales con la hija de Damon King?

Me había hecho esa pregunta durante los seis días que llevaba internada, creo que mi madre ansiaba encontrarme con la guardia baja y descubrir que sí me sentía atraído por la hija de King.

—No, mamá. —La miré con firmeza—. La chica que viste no tiene nada que ver con él. ¿Quién te dijo algo semejante?

Ella se llevó la mano al pecho y negó con la cabeza. Madison dijo que cuando llegó, ya mi madre tenía la foto en sus manos, que no sabía quién se la había enviado.

—Por tu bien espero que digas la verdad Luke, porque serás el responsable de mi muerte si se te ocurre enamorarte de la hija de ese hombre malvado.

—Jamás estaría con una hija de ese hombre —afirmé.

En una de las esquinas de la habitación, mi hermana Ellie observaba en silencio.

—Yo vi la foto y me parece una chica muy bonita, hace una linda pareja con mi hermano—expuso y me habría gustado que no lo hiciera.

—Una mujer que tenga los ojos iguales a Damon King jamás será bonita —la cortó mamá—. Así que cállate, siempre andas diciendo anormalidades, me tienes cansada. Ni pareces hija mía, toda defectuosa y desubicada.

Ellie bajó la cabeza, quise abrazarla. Mi madre y ella no tenían buena relación. Mamá no le perdonaba que según ella fuera débil y no quisiera regresar a la universidad tras haber sido acosada. Le había pedido a Ellie mudarse a mi casa, pero mamá dijo que no quería quedarse sola y por eso mi hermana prefería quedarse a su lado. Había hecho lo posible para que se mudara a otra parte, pero no había tenido éxito.

—Está bien, mamá, me callo—murmuró mi hermana.

La puerta se abrió y Madison entró con un ramo de flores.

—Ay, disculpen, no quise interrumpir.

—Entra, querida —le dijo mamá, con una calidez que jamás le dedicaba a Ellie—. Me salvaste la vida. Si no hubieses estado junto a mí cuando me dio el infarto, no estaría aquí, porque a la inútil de mi hija se le ocurrió ir a recolectar mariposas al jardín, con lo que odio yo a esos malditos insectos.

—Doy gracias a Dios por haber estado allí señora—contestó Madison, acomodando las flores rojas junto a la cama.

—Ellie, agradécele a Madison por haber salvado a tu madre. A veces pareciera que no me quieres.

Ellie la miró con los ojos enrojecidos.

—No eres buena conmigo. Siempre me regañas.

—Bueno, no discutan —intervine, cansado—. A ambos nos alegra verte bien, mamá.

—A ti te lo creo, hijo mío, pero a tu hermana no—Me acarició la mano—. Has sido un gran hijo. Por eso me decepcioné cuando vi que estabas saliendo con quien yp creía que era la hija de Damon King. Pero te daré un voto de confianza y pensaré que me equivoqué, al creer que sales con la hija de Damon King. Verte con una King sería mi muerte y lo sabes.

—No tienes de qué preocuparte, mamá —mentí—. He estado pensando en volver con Madison.

La sonrisa que me lanzó Madison fue tan resplandeciente, que parecía que le acababa de proponer matrimonio.

—¿De verdad, mi amor?

La abracé con una frialdad que intenté disfrazar.

—Sí. Eres la mujer perfecta para mí.

Acto seguido, ella me besó. Yo cerré los ojos y le seguí la corriente sin sentir nada. Desde la esquina, Ellie hizo una mueca de asco que no se molestó en ocultar. Madison y ella jamás congeniaron mucho que digamos.

Y mientras fingía que aquel beso significaba algo, sólo podía pensar en el dulce sabor de Adara y en que nunca podría volver a tenerlo conmigo, porque había tomado la decisión de volver con Madison por el bienestar de mi madre y la paz de mi vida.

Capítulo 26

Coronel Luke

Habían pasado dos semanas desde que formalicé mi relación con Madison, y, como era de esperarse, ella no dejaba de presionarme para que anunciara que habíamos vuelto en la central.

Cada mañana me encontraba con su insistencia y yo ya no sabía ni cómo esquivarla.

"¿Cuándo podremos anunciar que somos pareja?, me emociona contarle la noticia a mis amigas, seré la más envidiada de la central. Si de por sí muchas morían de la rabia cuando les recordaba que había sido tu única novia oficial, no me imagino qué dirán cuando se enteren de que tú y yo estamos juntos de nuevo", decía cada vez que podía. Yo me mantenía reticente, porque una parte de mí sabía que anunciar que había vuelto con Madison significaría cerrar el capítulo con Adara para siempre, y no estaba listo para hacerlo. No podía, ni quería y eso era una mierda. Estaba con una y no podía dejar de pensar en la otra. Era fastidioso.

Pero era consciente de que lo mejor que podía pasar era que Adara se enterara de que tenía novia y se alejara de mí para siempre, porque yo era un imbécil que había estado a punto de pedirle perdón varias veces; por las groserías que le dije tras haber regresado de Nashville. Pensaba en ella cada minuto del día, era como si la hubiera tatuado en mi mente.

Y si a eso le sumábamos que me moría de celos cada vez que veía a Adara para arriba y para abajo con Evan, y con ese nuevo capitán que trasladaron de la central de Carolina del Sur, llamado Michael, la cosa no pintaba bien para mí. Me llenaba de celos al verla con ellos y ni yo mismo me aguantaba cuando estaba así, sancionaba reclutas a diestra y siniestra por cosas como: no levantar el cabeza a una altura adecuada cuando les hablaba.

Los rumores en la central decían que Adara se besuqueaba con Evan y Michael, y por dentro deseaba prenderle fuego al edificio en el que ambos dormían, para librarme de ellos y mear en sus putas tumbas por besar a mi muñeca. La rabia, los celos, la frustración de verla con otros y saber que ya no estaba a mi alcance me carcomía las 24 horas del día.

Esa mañana Noah estaba en mi oficina, reclinado en su silla, organizando las carpetas que contenían la última evaluación de los reclutas. Adara, para mi desgracia había pasado de ser la peor recluta, a formar parte del top 10 de mejores novatos; con un rendimiento impresionante que la había elevado hasta lo más alto. La llegada de su padre, junto con la rabia que sentía por mí, la habían impulsado y ahora no había quien la parara. Ni siquiera los intentos de Madison de sabotearla cada vez que podía. Una parte de mí quería que lo hiciera mal para tener que expulsarla y librarme del deseo que me consumía al verla y la otra quería que se quedara, porque al menos podría seguir admirándola aunque fuera de lejos. Mi cabeza era un infierno caótico y desequilibrado.

—Dile a Adara que venga a verme a las 12 en punto—le ordené a Noah—. Ni una hora más, ni una hora menos, adviértele que no debe llegar tarde. Tengo que darle un mensaje que su padre dejó para ella antes de irse.

Me miró como si hubiera dicho algo absurdo.

—¿De verdad tienes un mensaje que darle de parte de Damon King... o sólo quieres una excusa para quedarte a solas con ella? Hermano, francamente no te entiendo. Según tú te diste cuenta de que ella no es la mujer que quieres en tu vida, pero te vuelves loco cada vez que la ves con otro. Andas insoportable por culpa de algo que tú mismo provocaste, si la cagaste con Adara discúlpate y ya. Ese malhumor espantoso que cargas sólo se aplacará si vuelves a estar con ella, se nota que verla con otros te tiene muy alterado —manifestó tan indiscreto y malintencionado como siempre.

—Haz lo que te digo de una buena vez y deja de meterte en lo que no te interesa. Todo lo quieres saber—dije, sin suavizar mi tono.

—Has estado así desde que volviste de Nashville. Uno pensaría que andarías más contento después de pasar dos días con Adara, pero estás peor, más amargado e insoportable. ¿Qué diablos te pasó estando allá? ¿Te dieron a beber veneno de cobra rey en lugar de whiskey? ¿Te rebanaste las bolas sin querer y ahora te llamas Luciana en lugar de Luke? —añadió, con un sarcasmo que cada vez me resultaba más irritante.

Lo ignoré. Mi madre se había infartado por mi culpa mientras estaba en Nashville, si no hubiese estado saliendo con Adara King, Mamá no habría estado al borde de la muerte. No podía estar de buenas, por mucho que lo intentara.

Sabía que, si le contaba lo de mi madre, Adara se enteraría en cuestión de minutos e iría a mi oficina a intentar consolarme. Me diría que comprendía mi malhumor y me abrazaría. Así era ella, un maldito angelito capaz de enamorar al demonio más reticente. Y no podía permitirlo, verla en plan cariñoso me ablandaría y me pondría estúpidamente cursi, me pasaba cada vez que estaba con ella.

Noah tenía la habilidad de ser indiscreto hasta niveles peligrosos y saldría a gritar a los cuatro vientos lo que pasó con mamá.

Las horas pasaron lentamente. Cada tic tac del reloj era un recordatorio de que el momento que había planeado se acercaba. A las 12 en punto, Adara entraría a mi oficina, y se llevaría la decepción de su vida. Me odiaría y no querría saber más de mí y yo podría seguir con mi vida.

Decepcionarla, era la única forma que había encontrado para que lo nuestro se rompiera para siempre, porque yo estaba loco por ella y eso era difícil de cambiar.

Unos minutos antes de la hora señalada, Madison entró en mi oficina y una vez más no sentí nada al verla. La estaba utilizando y algo me decía que ella lo sabía, pero no le importaba. Se acercó con la misma sonrisa coqueta que ponía cada vez que me veía y me besó, le correspondí como un robot. Entre más tiempo pasaba con ella, más me aburría su compañía.

—¿Amor, ya estás listo para que vayamos a almorzar?

Negué con la cabeza, Adara aún no llegaba y hasta entonces no debíamos salir.

—Aún no, hermosa, quiero conversar algunas cosas contigo primero —dije, intentando sonar despreocupado.

—Estás asustándome, bebé. ¿Tiene que ver con nuestra relación? ¿Hice algo que te incomodara? Te juro que lo corregiré, estoy tan feliz de que hayamos vuelto que no quiero hacer nada que te perturbe —preguntó, con la misma actitud complaciente que tenía cuando empezamos nuestra relación varios años atrás.

Madison era el tipo de mujer que prefería sacrificar terreno con tal de que el hombre que amaba fuera feliz. En más de un sentido era la novia perfecta, en su momento lo pensé; hasta que conocí a Adara y su rebeldía me resultó lo más entretenido que había visto en la vida.

Mi madre aprobaba a Madison, mi reducido círculo social la conocía y era una soldado ejemplar siempre y cuando no hubieran celos de por medio. Lo correcto era seguir con ella.

—No tienes de qué preocuparte, Madi. Ya sabes que eres la mujer perfecta para mí. Haber salido con esa recluta tonta llamada Adara solo me hizo darme cuenta de que eres la única mujer que he amado y amaré —mi voz sonó más firme de lo que esperaba.

Nos besamos, y para variar no sentí nada, mi corazón no se aceleró, fue como si hubiera posado los labios en una pared fría, su sabor no me produjo nada. Mi mente no estaba en Madison; estaba en Adara y en lo que sentiría cuando nos viera.

La puerta se abrió de golpe y me separé de "mi novia" para ver el resultado de mi plan: Adara estaba bajo el umbral con los ojos llenos de lágrimas, mirándome con una decepción tan fuerte que sentí ganas de arrodillarme y pedirle perdón.

La mocosa no merecía mi mierda, era muy consciente de ello.

Sentí un nudo en el estómago, me odiaba a mí mismo por provocar las lágrimas que inundaban su rostro.

—¿Volviste con tu ex? —preguntó con la voz temblorosa y cargada de incredulidad.

—Sí, ¿qué no es obvio? —respondí, intentando sonar complacido al decirlo.

—No vales nada, Luke, ni como hombre, ni como pareja, ni como nada. Me llevaste a tu finca y me dijiste tantas cosas, me dedicaste canciones frente a una multitud, me declaraste tu amor frente a todos y me llevaste a recorrer tu finca mientras me agradecías por ser tan linda contigo. Creí que Logan Thorne era el peor hombre en la historia de la humanidad, pero tú estás muy cerca de igualarlo—sus palabras petrificaron cada músculo de mi cuerpo.

—Óyeme, zarrapastrosa, no le hables así a mi novio—intervino Madison, indignada.

Adara dio un paso al frente, desafiándola con tanta audacia, que supe en al instante que aquel encontronazo entre ambas iba a terminar muy mal.

—¿O qué harás? Intenta hacerme algo para que veas cómo te irá, maldita peliteñida alzada. Eres muy valiente cuando tienes a un montón de soldados protegiéndote de mí, pero sola no sirves para nada. No sirves como capitana, porque todos los reclutas que estuvieron bajo tu entrenamiento no aprendieron un carajo contigo. La mayoría ya venía con entrenamiento previo, no sé qué tanto presumes si eres una buena para nada arrogante que se cree lo que no es. Ojalá invirtieras todo ese tiempo que usas comprando tintes rubios, en mejorar como capitana y entrenadora —sus palabras estaban impregnadas de un odio potente y visceral que a Madison dejó perpleja.

—No le hables así a mi novia —dije con rudeza.

Ella se limpió los ojos y me encaró con una expresión tan aguerrida que pensé que me golpearía.

—Gran cosa tienes como novia, pero en fin, son tal para cual. La porquería siempre se junta con más porquería. Espero que ahora que tienes quien te abra las piernas cada vez que quieras, dejes de meterte en mi vida y pares de amenazar a cada recluta que se me acerca.

—No digas tonterías, por mí puedes hacer con tu vida lo que te venga en gana —respondí, conteniendo los celos que sentía al imaginarla con otro.

—Perfecto. Espero que en verdad cumpla su palabra, coronel, aunque siento que ese título también le queda grande. Crecí con la imagen de un militar que sí vale la pena, como mi padre. Hombres como usted que se dicen llamar coronel, son un chiste a su lado, porque no conocen lo que es la lealtad, la fidelidad. Usted no tiene palabra mi coronel, ni mucho menos honor. Es un intento barato de coronel que no es capaz de sostener ni sus promesas más tontas —dijo, con más seguridad que nunca.

Detesté lo mucho que su actitud me gustaba. Esa era la Adara que siempre quise ver, la Adara que no le tenía miedo a nada, ni a nadie. Una mujer que le hacía honor a su segundo nombre de diosa griega.

—¿Y quién se supone que es tu padre, Adara? Una inútil como tú, ni siquiera debe tener uno —intervino Madison, con desprecio y arrogancia.

Adara no esperó ni un segundo. Saltó sobre Madison, le agarró la cara y la estampó contra mi escritorio. Me quedé paralizado al ver la rapidez con la que lo hizo. Su rostro estaba rojo y sus manos aplastaban la oreja de Madison contra la madera pulida, como si quisiera dejar una huella en el barniz. Madison gimió de dolor, intentando liberarse, pero Adara no cedió terreno. La fuerza de su empuje me dejó sin palabras; me excitaba verla así de furiosa e imbatible, pero a la vez sabía que entre más descontrolada se mostrara más me odiaba. Mis ojos se fijaron en cada movimiento de su parte, en que había seguido mis consejos y ahora usaba toda la fuerza de su cuerpo para retener a Madison. Adara tenía el control absoluto y aquello no iba a cambiar a menos que yo interviniera.

—Soy la hija de Damon King, y si no quieres conocer por qué le apodaban el Monstruo del Pentágono, más te vale que vayas siendo más respetuosa conmigo, porque mi padre es capaz de borrarte a ti y a toda tu familia del mapa con un chasquido de sus dedos, lo hizo en el pasado con presidentes y directores de la CIA, ¿qué crees que le pasará a una minúscula capitana tonta como tú?. No puedes conmigo, que apenas soy una simple recluta. Imagina lo que te ocurriría si el poder de papá cayera sobre ti.

—¿De verdad eres su hija? —El terror en la voz de Madison era real, potente y descontrolado. Estaba asustadísima y el quiebre en su forma de hablar lo denotaba.

—Ya no eres tan valiente, ¿verdad perra? Maltrataste durante meses a la hija del Monstruo del Pentágono, la humillaste y te negaste a entrenarla. ¿Qué crees que pasará con una cucaracha mal teñida como tú cuando papá se entere?

—No le digas, yo no sabía que él era…es decir yo… si hubiese sabido que tú eras…—Adara le alzó la cara y se la volvió a estrellar contra la madera, Madison gimoteó en respuesta.

—Haces bien en tener miedo, zorra, porque me encargaré de que pagues por las mierdas que me has hecho.

Logré separarlas después de eso, aunque Adara lucía como si aún quisiera pegarle a Madison.

—Adara, basta. No puedes amenazar a oficiales con más rango que el tuyo, hasta tu padre te lo diría —dije reseco.

—De hecho sí puedo. Si me da la gana, hasta usted sería despedido, coronel —replicó desafiante.

—¿Harás que me despidan simplemente porque no quise tener nada serio contigo? No me hagas reír —respondí enfadado, aunque por dentro seguía orgulloso de la garra que ella mostraba.

—No lo sacarían del ejército por negarse a estar conmigo, sino por usar su cargo para expulsar reclutas por celos. ¿Ya se le olvidó qué pasó con Corvin y por qué lo expulsó de la milicia, coronel? —la mocosa era una completa fiera cuando estaba celosa y eso me resultaba jodidamente atrayente.

Madison, al enterarse de quién era realmente Adara, ni siquiera se atrevió a volver a mirarla. Se estremecía con cada palabra que salía de su boca.

—Corvin es un insignificante, al igual que Evan y Michael —dije, intentando restablecer algo de orden.

Adara chasqueó las manos con desprecio.

—¿Ves? —señaló a Madison—. Se la pasa vigilando con quién estoy y con quién no, y golpeó a Evan porque vio que lo besé —sus palabras estaban marcadas por la insurrección y una expresión furibunda.

—Ya vete de mi oficina, inmadura —dije, ya había logrado lo que quería de ella.

Cuando se fue, Madison me abrazó, buscando asegurarme que todo estaba bien entre ambos, que lo que pasó con Adara no le importaba en lo más mínimo. Algo dentro de mí me sugirió que Madison me aceptaría cualquier mierda con tal de que siguiera a su lado. Era patético y a la vez muy triste.

—Cariño, no te preocupes por lo que dijo esa zorra, no estoy molesta ni nada. Sé que me amas y que ella sólo fue un pasatiempo. Imagino que te divertía la idea de estar con la hija de King, pero ahora que tu madre sospecha que ella es Adara King, lo mejor será evitarla lo más que puedas y no acercarte a ella para nada—susurró, suavemente intentando calmarme.

—Lo sé, guapa —respondí, dejando que su abrazo me envolviera, aunque no lo necesitaba en lo absoluto.

La única persona que en esos momentos podía hacerme sentir mejor: Me odiaba.

—Entonces… ¿nos vamos a almorzar? —preguntó, con esa sonrisa que en el pasado me resultaba contagiosa. Ahora sólo me ponía de peor humor.

—Sí, claro —dije, y salimos de la mano hacia la central, la gente no dejaba de murmurar y felicitarnos al vernos.

Era la hora del almuerzo y al menos durante ese tiempo podíamos permitirnos un poco de cariño público. Adara King me sacó el dedo del medio en cuanto nos vio llegar y tomó a Evan por los hombros, para besarlo ardientemente justo cuando pasábamos cerca de un árbol bajo el que comían. Ella usaba a Evan para darme celos y yo hacía lo mismo con Madison, era un ciclo sin fin.

****

La semana se esfumó en un parpadeo. En 7 días el torneo militar empezaría. Adara estaba irreconocible en los entrenamientos. Su puntería, que era de las mejores, se había ido a la mierda. En las peleas, tampoco le estaba yendo bien se movía más lento, estaba distraída, y cada vez que algo le salía mal, gritaba y le lanzaba puñetazos al aire visiblemente molesta. Me enojaba verla así porque sabía que yo era el causante de su bajo nivel, Noah me dijo que la había visto llorar varias veces y me reclamó porque seguramente yo le había hecho algo.

Cuando faltaban seis días para el torneo, a todos se nos concedieron dos días libres, para que tanto coroneles como reclutas recargáramos energías. Era tradición en el ejército, asistir a una exclusiva discoteca que la milicia reservaba para todos en los días previos a la contienda final. Adara probablemente iría junto con los dos peleles que la seguían como perritos falderos.

Aquella tarde la observé en la máquina de obstáculos. Una rampa metálica enorme que debía ser atravesada mientras varias bolas de demolición, martillos de tamaño mediano, tubos de madera y bates gruesos intentaban golpearte, no eran tan grandes como los que se encontrarían en el torneo, esos sí eran capaces de matarte al menor descuido . Una bola de demolición de tamaño medio giró por el circuito y por poco le pega cuando ella dio un salto hacia adelante.

—Qué horrible lo estás haciendo, ¿acaso no aprendiste nada de mí? Tal parece que en una semana serás expulsada mocosa, tu cambio es el más abrupto que he visto en el ejército. Pasaste de ser una pésima recluta a tener un rendimiento destacado, y ahora nuevamente lo haces como la mierda. Tal parece que lo que te enseñé te entró por un oído y te salió por el otro—le dije, ella gruñó al oír mi voz.

—¿Quién podría aprender algo de un mentiroso y poco hombre como tú? —respondió, molesta. Ella tomó una toalla de la pila de implementos y se secó el sudor. Quise ser quien le restregara el paño por todo el cuerpo, pero ella me cortaría la mano si lo intentaba.

—Te mostraré cómo se hace, para que después no digas que al menos no tratamos de corregir tu deplorable técnica al atacar el circuito de obstáculos.

Me adentré en el circuito y, sin esfuerzo, esquivé todos los obstáculos que ella no pudo sortear. Salté, giré y logré eludir cada cosa que la máquina me arrojaba con una facilidad experta. Pero mientras lo hacía, me daba cuenta de que durante esos días solía inventar excusas para acercarme a ella. Intentaba darle instrucciones que ella no pedía, le enviaba correos con la excusa de que no quería que mi equipo perdiera el torneo al ser ella el eslabón más débil. Adara no respondía a nada que le enviara y me ponía mala cara cuando intentaba ayudarla.

—¿Ves? Es súper fácil—expuse cuando completé la vuelta en tiempo récord.

Extrañaba demasiado que me mirara con amor, pero ya no había marcha atrás entre ambos. Yo tenía novia y ella tenía una relación extraña con dos estúpidos.

—Eres un anciano que lleva siglos aquí —me dijo Adara, frunciendo el ceño—. Si no lo haces bien estando a punto de jubilarte, entonces eres un caso perdido.

—El secreto para esquivar obstáculos es aprender a escuchar al viento, detectar cuando algo rasga el aire y prever que el obstáculo va hacia ti y en qué dirección—solté, con una calma que no sentía.

—Ahora resulta que se siente usted como Jackie Chang en "Karate Kid" —bufó, procediendo a girar para salir del campo—. Mejor me voy, lo que menos necesito es que un mentiroso intente darme instrucciones.

No la detuve. Tenía que empezar a soltarla, aunque me moría por correr tras ella y besarla.

Perdía la razón cada vez que la veía con otros.

—¿Irás a la disco esta noche? —pregunté, intentando que mi voz sonara casual.

—¿Tú también vas? Creí que era solo cosa de reclutas —me respondió contrariada.

—Vamos cada año antes del torneo, es una tradición —le dije—. Todos lo esperan.

—Entonces, ¿nos vemos allá? —inquirí, con un destello travieso en los ojos.

—Sí, pero vomitaré cada vez que Madison pestañee y ni se te ocurra acercarte a mí estando allá —soltó con acidez y yo no pude evitar que la ansiedad burbujeara en mi interior.

Estar en un lugar en donde pudiese hablar con ella de forma más íntima sería peligroso, pero tampoco quería perderme la oportunidad de volver a verla en ropa de civil. Los vestidos le quedaban como a ninguna otra.

—Después dices que yo soy quien se pone celoso —le recordé, con voz firme—. La realidad es que no soportas verme con Madison.

—Esta noche le demostraré que me importa bien poco lo que usted tenga con la maloliente esa —respondió, y salió dejándome con la mirada fija en su figura alejándose. Cada vez que la veía lucía más hermosa.

****

La noche llegó en un pestañeo.

Entré al club y el olor a alcohol y perfume caro me golpeó de inmediato. Las luces rojas y azules se mezclaban con el humo que provenía de unas máquinas en el escenario. Una orquesta de música caribeña se encontraba poniendo a los presentes a bailar. Madison estaba a mi lado, para mi desgracia había insistido en acompañarme. Según ella, esa noche sería nuestro debut como pareja, aunque aquello no me estimulara en lo absoluto.

No me tomó mucho tiempo encontrar a mi adorado placer culposo, todo en mí se aceleró como si me hubieran inyectado nitroglicerina. Adara King estaba enfundada en un mini-vestido rojo que parecía haber sido creado para que yo se lo arrancara con mis manos, imaginar que se lo quitaba antes de follarla hizo que cada parte de mí se sintiera electrocutada. La curva de su espalda, la forma en que el vestido se ajustaba a sus caderas, hasta la manera en la que apretaba los labios me volvía loco. Los hombres la rodeaban embobados, pero sólo Evan podía acercársele lo suficiente.

Era una diosa hermosa, perversa que había sido creada para torturarme.

En cuanto me vio llegar con Madison, Adara besó a Evan, ante los aullidos de los soldados que los acompañaban. Mis puños se cerraron con fuerza y di varios pasos al frente para separarla de él. Noah, que estaba a mi lado me tocó el hombro y evitó que me dejara llevar por la ira que sentía.

—Fiera, recuerda que viniste con tu novia y no es que me caiga muy bien que digamos, pero no quiero que te lleves a Adara por delante otra vez.

No pude contestarle. Mis ojos seguían a Adara, ya había dejado de besar a Evan pero la sangre aún me hervía las venas. Madison me abrazó por la espalda y voltee a mirarla, lucía un vestido negro que acentuaba su elegante figura.

Quería concentrarme en ella, pero no lograba serenarme.

La pista estaba llena de cuerpos moviéndose al ritmo de la música. Adara salió a bailar con Michael y el chico comenzó a pegársele más y más mientras giraban sobre la pista. Yo sentí que los celos me quemaban el estómago. Tenía que parar esa mierda, no aguantaba verla con otro. Si alguien me hubiera pedido que le donara mis órganos a cambio de evitar que Adara siguiera bailando con Michael, habría aceptado.

Estaba decidido a detener lo que veía, así que accioné un dispositivo militar que simulaba el sonido de una explosión. Los militares creyeron que era un atentado y salieron en tromba del local, el caos se desató y la gente empezó a correr. La policía no tardaría en llegar.

En medio del desastre, corrí hacia Adara y la tomé de la mano para guiarla al exterior, ella estaba tan asustada que se dejó llevar y la saqué del lugar por la puerta de atrás. En cuanto estuvimos afuera la arrinconé contra la pared, hastiado de haberla visto con otro y decidido a besar esos labios que tanto ansiaba.

—¿Qué fue todo ese maldito teatro de andar besándote con otros? ¿No te prohibí que te acercaras a ellos? —le pregunté, enojado, celoso y más tóxico que nunca.

—¿Qué diablos le importa con quién me bese y con quién no, coronel? Tiene usted novia, respétela y déjeme en paz—replicó, ladeando la cabeza para que no tuviese acceso a su boca.

El gesto me volvió loco. Acerqué mi rostro al suyo, tanto que pude degustar el sabor de su aliento, ese que sólo había vivido en mis memorias por semanas. La necesidad de besarla me golpeó con una violencia insoportable, sentía que si no me adentraba en su boca moriría, habían sido tres semanas en donde sólo había podido admirarla a la distancia, mientras otros la acompañaban y hacían reír. Mi corazón palpitaba acelerado, estaba cansado de no poder devorarla, de tener que obligarme a mí mismo a revolotear alrededor del manjar sin poder comérmelo.

Pero en el segundo en que intenté reclamar lo que creía mío, ella me clavó un puntapié en la entrepierna, con una fuerza que me cortó el aire. Se deslizó entre mis brazos y salió corriendo, sonriente y victoriosa. Gruñí por lo bajo y giré para mirarla.

—Buen intento, mi coronel, pero tendrá que arrastrarse sobre lava ardiendo para conseguir que yo vuelva a permitir que me bese. Con todo respeto, váyase a la mierda.

Madison apareció de la nada con los ojos llenos de lágrimas, seguramente había visto lo que estábamos haciendo. Su expresión era la de una mujer herida y traicionada.

Adara, pasó al lado de Madison y no desaprovechó la oportunidad para restregarle su victoria.

—Parece que no lo complaces lo suficiente, porque no deja de buscarme. Deberías conseguirte alguien que sí te quiera, porque es claro que al coronel no le importa en lo absoluto serte fiel, querida Madi.

Y tras decirlo, se alejó triunfante.

Un mensaje entró en mi celular y cuando leí su contenido no podía creerlo: Habían echado a mi madre del hospital, por órdenes de Damon King. Mi equipo trasladó a mamá a una clínica privada, pero no podía creer que ese hombre se hubiese atrevido a poner en riesgo la vida de una mujer enferma.

¿Cuándo iba a detenerse ese maldito hombre?

Capítulo 27

Adara

En mi segundo día libre del ejército, decidí ir a visitar a mi hermana Anabella. Había tenido días horribles desde que regresé de Nashville y estaba segura de que hablar con ella me vendría bien.

Las últimas tres semanas habían sido un tormento constante. Luke había cambiado conmigo de una forma brutal, como si algo hubiese apagado la chispa que existía con nosotros. Y, por si fuera poco, él había regresado con Madison. Aquello me carcomía por dentro. Me sentía despreciada, humillada y confundida, porque el coronel ni siquiera se tomó la molestia de explicarme nada. Simplemente me ignoró al reincorporarse en la central y, cuando intenté hablar con él, se comportó como el peor de los patanes.

Quizá había vuelto con ella en los tres días que desapareció y por eso no se dignaba a darme la cara.

Rompí la promesa que le hice a la memoria de Santiago de no fijarme en ningún hombre, por uno que no valía la pena. Y eso dolía mucho, porque me había dejado convencer muy fácil de que Luke, era el hombre que podría sacarme del abismo en el que me sumí cuando Santi falleció.

Lloré mucho esos días, lo hacía hasta quedarme dormida y cuando despertaba en las mañanas, tenía un dolor de cabeza espantoso que me provocaba náuseas y no me dejaba concentrarme en los entrenamientos.

Mi rendimiento bajó, y volví a sentirme como la recluta inútil que era cuando entré a la milicia.

Cuando llegué al departamento de mi hermana, me sorprendió notar que aún había una veintena de guardaespaldas vigilando la entrada. Eran hombres altos y armados, con expresión impenetrable, que parecían preparados para soportar lo que fuera con tal de cumplir con su trabajo como se debía.

Anabella estaba sentada en su escritorio, redactando algo en su laptop. Esperaba verla en pijamas, despeinada, con una taza de café humeante a su lado y sin bañarse. Pero no, llevaba el pelo recogido en un moño alto y lucía un bonito pantalón blanco de hilo a juego con una blusa blanca con botones plateados. Estaba preciosa y eso se debía a que era idéntica a mí.

Me sorprendió de buena manera verla así, ya que Ana rara vez se preocupaba por su aspecto físico, lo de su acosador hizo que descuidara mucho su imagen y podía entenderla completamente.

Traté de no mostrar lo triste que estaba porque mi hermana parecía de buen humor, pero bastó que levantara la mirada y me viera a los ojos para que notara el desastre mental que yo era. Se puso de pie enseguida y me abrazó, como si supiera que eso era justo lo que yo necesitaba.

—¿Qué pasó, Ada? —me preguntó con dulzura, su voz estaba tan llena de preocupación que por poco me echo a llorar por millonésima vez en aquel terrible mes.

—Han pasado demasiadas cosas, hermana —respondí con un hilo de voz, sintiendo que si decía más me quebraría por completo.

—Puedo verlo —susurró mientras me acariciaba el cabello—. Ven, siéntate, hablemos. Por favor dime qué pasó.

—¿Pero no estás ocupada con tu libro? No quiero interrumpirte y que luego tengas que trabajar hasta muy tarde por mi culpa —dije, intentando ganar tiempo, porque me incomodaba la idea de ensombrecer su día.

Ella lucía de muy buen humor, no se parecía en nada a la chica aterrada que vi la última vez.

Anabella sonrió de esa forma gentil que siempre me transmitía paz.

—Nunca nada será más importante para mí que tú, Ada. Así que cuéntame qué ocurre.

Nos sentamos en la mesa del comedor. Sobre la mesa había un plato con pastelitos de canela que desprendían un aroma cálido y dulce, cuya receta conocía muy bien porque yo la había ideado. Anabella me ofreció uno mientras se sentaba frente a mí.

—Intenté prepararlos con tu receta —me confesó con cierta timidez—, aunque no me quedaron tan bien como a ti.

Le di una mordida y sonreí.

—Bromeas, están deliciosos —dije con convicción. Aunque por dentro pensé que estaban un poco más dulces de la cuenta, pero eso era algo que jamás le diría. No quería desanimarla; Anabella siempre había dicho que cocinar no era lo suyo, y verla intentarlo de nuevo me conmovía mucho.

A mí me había quitado la luz la muerte de Santi, a ella lo de su acosador.

Masticando con calma, le pregunté:

—¿Por qué tienes tantos guardaespaldas? ¿Contrataste más?

Ella frunció el ceño como si no entendiera a qué me refería, acto seguido apoyó un codo en la mesa.

—Son los guardaespaldas que el coronel envió. No se han movido de aquí desde que te fuiste y, de hecho, me siento muy segura con ellos alrededor. Son eficientes y todos los días me entregan un reporte y me dicen que no hay nada de qué preocuparse, que mientras estén aquí, nadie me molestará.

Me quedé helada, pensé que Luke le había quitado la seguridad de encima después de mandarme al carajo y como papá estuvo en la ciudad semanas atrás, no me preocupé al respecto porque supuse que él se encargaría de proteger a mi hermana.

—Es que pensé que Luke había ordenado que ya no te cuidaran—dije, tratando de ordenar mis ideas.

Ella arrugó el entrecejo como si no estuviese entendiendo nada de lo que yo le decía. No podía culparla, llevaba mucho posponiendo decirle la verdad.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Se pelearon?

Quise restarle importancia al asunto, encogiéndome de hombros, pero en cuanto comprendí que estaba a punto de revelarle lo ocurrido entre el coronel y yo, quise vomitar. Así que elegí desviarme del tema, antes de contarle cómo estaban las cosas entre él y yo.

—¿Papá no vino a verte hace unos días?

—Sí, vino a verme y a supervisar que todo estuviera bien. Le conté que fue el coronel Luke quien me envió a semejante equipo de seguridad y está muy agradecido con él. Incluso dijo que le daría las gracias personalmente.

Las ganas de vomitar aumentaron, suspiré y me timbró la cabeza. Papá seguramente en ese momento pensaba que Luke era un hombre ejemplar tras proteger a su hija. El coronel tenía razón, mi padre estaba convencido de que ambos teníamos algo.

Me pasaba de todo.

—Pues no estará tan agradecido cuando se entere de lo que esa rata inmunda que dice ser coronel me hizo.

Anabella arqueó una ceja.

—Se pelearon, ¿verdad?

Sacudí la cabeza, con amargura.

—Algo mucho peor: Luke volvió con su ex a los pocos días del viaje que hicimos.

Ella guardó silencio unos segundos y luego, con la calma macabra que la caracterizaba procedió a decir algo.

—Bueno, como escritora de libros de misterio conozco miles de maneras de esconder un cuerpo. Así que, si quieres, nos ponemos a eso y nadie nunca podrá encontrar el cadáver del coronel ni acusarte de asesinarlo.

No pude evitar reír.

—Lo peor es que no comprendo nada —confesé, y sentí unas genuinas ganas de llorar y darle puñetazos a la pared—. Tuvimos días increíbles en Nashville. Se comportó como si yo le importara, fue maravilloso, atento, caballeroso, detallista. Me llevó a una cascada increíble, conocí a una famosa banda de Country a la que patrocinó y me dedicaron una canción porque el coronel se los pidió, luego fuimos a una feria en el pueblo… e hice una locura: me monté en el toro mecánico y casi hago que al coronel le dé un infarto.

Anabella abrió los ojos de par en par, se llevó ambas manos a la boca y me miró entre atónita, horrorizada y divertida.

—¡Adara! ¿Cómo se te ocurrió hacer eso? Tú no sabes montar a caballo. ¿Qué tal que te hubieras caído y fracturado?

Solté una carcajada sincera, recordando el momento.

—Pues ahora tal vez sí sepa montar. Incluso gané la competencia del toro mecánico femenino. No lo sé… estando allá con el coronel me sentía libre, capaz de lograr todo, muy querida y más animada que en todo este año que pasó.

Un suspiro pesado escapó de mis labios.

Ella puso una mano sobre la mía queriendo consolarme, al notar el tono de frustración en mi voz.

—Te juro que no sé qué pasó. Cuando regresamos a Washington todo cambió. Me quedé dormida en el vuelo y, cuando desperté, ya estaba en la central. A Luke le salió un asunto de trabajo y ni siquiera se despidió de mí. Su gente me llevó directo a la central y después de eso, Luke desapareció durante tres días. Cuando regresó… era otro. No me saludó, y su ex empezó a molestarme en los entrenamientos. Me empujó, me hizo caer, así que la golpeé… y ¿sabes qué? Él me regañó a mí, en lugar de a ella que fue quien provocó todo.

—Qué cobarde, avisa y les ponemos fecha a ambos tanto a él como a la ex —murmuró Anabella con desprecio.

—Y hace una semana me enteré de que había vuelto con ella. Por eso me sorprende que no te quitara a los guardaespaldas.

Anabella se encogió de hombros.

—Quizá no se atrevió a hacerlo porque papá ya estaba enterado de que me los había asignado—concluyó y tuve que secundarla.

—Sí, quizá sea eso. Dudo mucho que ese mal hombre sea capaz de tener un gesto decente con alguien que esté ligado a mí.

—Por cierto, ¿eres consciente de que podemos usar a papá para vengarnos del coronel verdad?

Asentí, aunque no estaba muy convencida.

—Si uso a papá para vengarme, le estaría dando la razón cuando dijo que no puedo lograr nada sin mi papi.

Ella apretó los puños y puso una expresión de profundo asco.

—En serio deberíamos castrarlo.

—Sería como extraerle el cerebro—me reí.

Anabella me estudió con atención, como si buscara algo escondido en mi rostro.

—Hermanita, ¿te puedo hacer una pregunta? Y quiero que seas lo más sincera posible al responder.

—Claro, sabes que soy un libro abierto —respondí extrañada por el tono tan serio y susurrante que empleó al hablar.

—¿Te acostaste con Luke? —curioseó, alzando una ceja como una juez acusándome de un insólito crimen.

Me atraganté con el pastelito que estaba comiendo y tosí antes de responder.

—No, no me acosté con él… pero casi. De hecho, me dijo que había decidido no seguir conmigo porque no puedo darle lo que busca en una mujer, es decir, solo sexo.

El silencio se extendió unos segundos.

—¿Sabes algo? Conozco un veneno que es casi indetectable. Una gotita de eso y nadie se dará cuenta de cuál fue la causa de su muerte—murmuró en un tono frío.

La miré asombrada y solté una risa incrédula. Ahora podía recordar por qué muchos de nuestros amigos la apodaban: Anabella, la reina oscura.

Ella solía hacer comentarios muy siniestros y tétricos cuando entraba en confianza. Sucesos paranormales, biografías de asesinos en serie, brujería, documentales de terror, podcast de misterio, teorías conspirativas y libros de Stephen King eran sus temas favoritos a la hora de conversar.

—¿Te habían dicho que eres muy macabra y algo sádica?

Ella sonrió con un brillo travieso.

—Necesito serlo, soy escritora de misterio.

Suspiré.

—Quizá eso es lo que yo necesito: tener una personalidad más oscura, para que la gente deje de molestarme y me tengan miedo.

—Así como estás eres perfecta, sólo un idiota como el coronel no es capaz de ver el gran partido que dejó ir —me dijo con firmeza, y ese elogio me arrancó una lágrima que me apresuré a limpiar.

—Y hay algo más que no te he contado… —agregué, con la voz apenas audible.

—Soy toda oídos.

—¿Te acuerdas del coronel Evan Lennox, el hijo del amigo de papá que a ambas nos parecía guapo?

Anabella asintió de inmediato.

—Sí, claro. Pero… mamá una vez me pidió que no me acercara a él cuando me encontró mirándolo desde la ventana. Nunca me dijo el porqué—explicó—¿Qué pasó con él?

Me mordí el labio antes de confesar:

—Lo trasladaron a la central de Washington… y lo besé para darle celos al coronel.

Anabella se inclinó hacia adelante, intrigada.

—¿Y funcionó?

—Mejor de lo que crees —admití, con una sonrisa amarga—. Y por eso es que estoy más enredada que nunca.

—¿Por qué? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio que había caído tras mis últimas confesiones, su voz estaba teñida de curiosidad y cierta preocupación fraternal.

Tomé aire, tratando de organizar mis pensamientos antes de soltar todo de un tirón. Mis dedos jugueteaban con el último dulce de canela en el plato mientras mis ojos buscaban los de ella, necesitaba que entendiera el revoltijo que era mi cabeza en ese momento y por qué necesitaba su ayuda casi con desesperación.

—Bueno, el coronel se puso como loco cuando me vio besando a Evan y lo golpeó. Después de eso llegó papá y los vio pelear, y luego llamó a Luke a su oficina. Tras eso el coronel se acercó para decirme que papá piensa que tenemos algo, y me prohibió acercarme a Evan. Así que bueno… el día que me enteré que él había vuelto con Madison me llené de rabia y volví a besar a Evan, y anoche hice lo mismo al verlo llegar a la discoteca. Hubo una especie de atentado falso, y el coronel me sacó por la puerta trasera para protegerme. Allí me arrinconó, estaba muy celoso, y trató de besarme, pero le metí una patada en las bolas y lo dejé solo. Cada vez que puede, me prohíbe estar con Evan. Por eso no lo entiendo… O sea, según él no quiere nada conmigo, pero me prohíbe estar con otros. Que quede claro que sólo he besado a Evan tres veces, le expliqué que sólo lo estaba haciendo para fastidiar al coronel y él dijo que no había problema con eso que lo besara cada vez que quería—mis palabras sonaban atropelladas, como si fuesen un montón de carros tratando de avanzar en una autopista resbaladiza y cubierta de hielo.

Anabella frunció ligeramente el ceño, inclinándose hacia adelante y posando su mano sobre la mía de nuevo, como si buscara confortarme. Su mirada evaluaba mi rostro, cual si estuviera analizando cómo regañarme sin sonar excesivamente inflexible.

—Hermana, en primer lugar: ¿Por qué quieres darle celos a Luke? ¿No crees que después de cómo se ha comportado contigo, no merece que sigas gastando tus energías en él? —preguntó, y la seriedad en su tono era tan firme que me detuve, obligándome a reflexionar sobre lo que había hecho.

Mis hombros se encogieron ligeramente, y una sonrisa amarga se formó en mis labios. Había sido una completa boba al armar todo ese teatro de besos con Evan.

Al tratar de darle celos, sólo le había aumentado el ego al coronel.

—Tienes mucha razón. Es que cuando lo vi con Madison quise demostrarle que él no era tan importante para mí y no pensé en nada más —respondí, bajando la mirada.

El peso de mis equivocaciones, hacía que mi cabeza palpitara aún más que cuando lloraba por culpa de Luke. No podía entender cómo era que no había visto lo estúpida que lucía al tratar de darle celos.

—Entiendo perfectamente tu postura. Cuando uno se llena de rabia, no logra ver más allá. Pero es que siento que este jueguito de los celos puede jugarte en contra —su voz tenía un tono tranquilizador, pero también de advertencia, como si hablara desde la experiencia que yo aún no poseía. Aunque Anabella no había tenido un solo novio en su vida.

Quizá escribir y leer sobre tantos personajes le había ayudado a entender mejor la mente humana.

Moví la cabeza, incapaz de debatir lo que ella decía.

—¿Por qué dices que lo de darle celos al coronel puede irse en mi contra? —pregunté, con el ceño fruncido y los ojos fijos en los suyos, buscando una respuesta que aclarara mi confusión.

—Porque Evan puede malinterpretar que lo estés besando tan seguido. Puede pensar que deseas algo con él, y si no es así, podrías complicar una amistad que realmente valoras porque él sabrá que sólo lo utilizaste y eso es muy difícil de olvidar, aunque le hayas dejado claro que sólo lo besas para darle celos a otro. Puede que él piense que sólo estás buscando excusas para besarlo porque ambas sabemos que antes él te gustaba y eras muy obvia al respecto— su tono era calmado y su mirada compasiva me hacía sentir como si estuviera mirando a la mejor psicóloga del mundo.

Por eso me gustaba hablar con ella, porque Anabella era una especie de faro repleto de sabiduría que siempre sabía qué decir para que vieras las cosas desde una mejor perspectiva.

—Ay Dios, tienes razón —susurré nerviosa—. Creo que tengo la madurez mental de un orangután todavía.

—Tienes razón —confirmó.

—Auch —dije, fingiendo indignación—. Se suponía que debías ser buena hermana y decir: "No Adara, has madurado un montón, simplemente te dejaste llevar, eres mucho mejor que un orangután".

—En este caso me temo que lo mejor es no ser condescendiente contigo. Si no te interesa Evan, no te arriesgues a arruinar la amistad que tienes con él por un tóxico e inestable como Luke. El coronel ya te dejó claro que no quiere nada contigo, y por mucho que te disguste lo mejor es aceptarlo. Puede que le atraigas porque se muestra celoso cada vez que te ve con otro, pero eso no significa que vaya a tomarte en serio. Luke eligió a su ex y tú debes elegirte a ti misma por encima de todo. No te pongas en evidencia, ni trates de llamar su atención besando a otros porque eso sólo le hace pensar que estás ardida y loca por él, y aunque quizá así sea, ese idiota no merece que te humilles más—dijo.

Entre más la escuchaba, más sentía que estaba oyendo a un gurú de la sanidad mental.

Pensé en todo lo que había pasado en los últimos días, en cómo Luke me había desorientado con su comportamiento. No podía seguir dejando que lo que sentía por él dominara mis emociones. Debía sacarme a Luke de la cabeza, aunque tuviese que golpearme la nuca con una piedra y volverme amnésica para lograrlo.

—La verdad no sirvo para esto de los romances —confesé, dejando escapar un suspiro—. Antes Evan era como mi amor platónico, y ahora que quizá sí pueda estar con él, no me interesa en lo absoluto por estar botando la baba por un pendejo egocéntrico de ojos verdes.

Anabella asintió, y sentí la calidez que manaba de ella. Era claro que mi hermana pensaba que no debía permitir que los celos y la rabia condujeran mi vida, porque seguiría cometiendo errores.

—En este caso lo mejor es seguir adelante, enfocarte en tu carrera militar y dejar que el tiempo ponga cada cosa en su lugar. Tú eres una mujer fabulosa, hermosa, de buen corazón, y ya llegará quien sepa ver todo eso y valorarlo —expuso y por un instante mi pecho se relajó, como si mi hermana hubiera pinchado un globo que yo había dejado que se inflara más de la cuenta.

—Una de las cosas que más me molesta de esto —añadí, mordiéndome el labio—, es que rompí la promesa que le hice a Santiago por Luke.

—Ada, te amo y sabes que nunca te diría nada para lastimarte, pero Luke sí hizo algo bien y fue enseñarte que sí puedes volver a intentarlo con alguien y ser feliz. Quizá con él no te duró mucho la alegría, pero no creo que sea sano para ti retroceder a ese ciclo negativista con Santiago. Hermana, sigue adelante, por favor —dijo, y sus palabras fueron un bálsamo para mi mente agitada, recordándome la importancia de mirar hacia adelante sin culpas innecesarias.

Pasaron las horas y cuando se llegó la tarde me sentía mucho mejor. Mi hermana era el tipo de persona que te levantaba el ánimo sin esforzarse.

Decidimos ir hacia el centro comercial a comer helado, Noah nos estaba esperando y nos sentamos los tres a charlar sobre todo lo que se nos ocurrió.

Una chica de cabello castaño y ojos verdes, más oscuros que los de Luke, se acercó tímidamente cuando me estaba terminando mi helado de maracuyá.

—Ay, tú eres la chica de la foto de mi hermano, eres más bonita en persona. Hola, soy Ellie, y...soy la hermana de Luke

Me puse en pie, sintiendo la necesidad de responder con cortesía y calidez, porque, aunque fuera la hermana de Luke, no tenía culpa de nada de lo que había pasado entre nosotros y a mí no me gustaba ser grosera con nadie. La chica llevaba un pantalón negro y una camiseta del mismo color, también había un mechón rosa en su pelo. Tenía cierto aire gótico y a la vez dulce, me cayó bien al instante.

—Hola, Ellie. ¿Quieres un helado? Te invito a uno —dije, con sinceridad y una sonrisa que buscaba hacerla sentir bienvenida.

—¿Hay de chocolate? —preguntó, con una mezcla de timidez y entusiasmo—. Mi madre no me permite comer de chocolate, dice que me pondré más gorda y fea si lo hago y... bueno.

—Conmigo puedes comer todo el helado que quieras, Ellie. Te compraré un montón y nos los comeremos todo —aseguré, y su risa llenó el espacio.

Anabella le abrió un espacio entre ambas y Ellie se sentó emocionada, luego nos miró extrañada al ver que éramos gemelas. La chica muy agradable a diferencia del imbécil de su hermano.

En ese instante, Luke apareció. Su presencia imponente y su mirada fría interrumpió la poca calma que había conseguido almacenar. Estaba guapísimo y caliente como siempre, con una barba de pocos días que le hacía ver aún más candente.

—Ellie, vámonos —dijo con suavidad y pude notar el cambio en su voz cuando le hablaba. No había brusquedad en él.

Puse los ojos en blanco y lo saludé, intentando demostrar que él ya no me perturbaba en lo absoluto, aunque mi corazón se aceleró en cuanto puso sus ojos en mí y me observó con la misma hambre que yo a él.

¿Por qué es tan difícil resistirme a lo que siento por este hombre?

—Hola, coronel. Tal parece que tener buenos modales no es lo suyo —comenté sarcástica.

—Ellie, debemos irnos. Buenas a todos.

Ellie frunció el ceño, negándose a irse.

—No quiero irme, la chica bonita me prometió helados de chocolate, si tú no la quieres, yo sí. Si mamá no hubiera... la cosa sería tan...

—Sabes que no puedes hablar de ello —interrumpió Luke, y Ellie asintió rápidamente, se puso en pie con expresión triste.

Volteé hacia el coronel, con la ceja arqueada, mientras él ya se alejaba con Ellie de la mano.

—¿De qué no puede hablar? —pregunté— Oye Luke, no te la lleves.

Ellie se giró hacia mí con una sonrisita traviesa, como si disfrutara del caos que dejaba a su paso.

—Nos vemos después y comeremos helado, ¿te parece?

Le sonreí de vuelta, aunque por dentro me estaba retorciendo de curiosidad. Apenas se fueron, giré hacia el grupo con la mirada fija en Noah, porque si alguien iba a soltar la sopa, ese era él.

—Noah, ¿qué le pasó a la mamá del coronel?

—No tengo ni idea.

Anabella soltó un fuerte suspiro de decepción.

—Adara, habíamos quedado en que ibas a dejarlo ir y que no te preocuparía nada que estuviese ligado a él

—Perdón —dije, levantando las manos como si quisiera que me esposaran—. Soy débil cuando lo veo, ya viste lo guapo que andaba y mi corazón no se resiste a tanta hermosura. Le quedaba de maravillas esa camisa negra.

Noah rodó los ojos.

—Adara, Luke casi siempre anda de negro. No es como si nunca antes lo hubieras visto vestido así.

—Par de aguafiestas —resoplé, cruzándome de brazos—. No me dejan ni regodearme en la miseria de ansiar a un hombre guapo al que odio y me gusta al mismo tiempo.

Anabella me señaló con un dedo acusador, aunque con una media sonrisa.

—Eres un caso perdido.

Noah soltó una carcajada y me miró como si creyera que mi hermana tenía razón.

—No demora en ponerse a besar a Evan para darle celos a Luke.

—Oigan, dejen de hablar mal de mí en mi presencia —repliqué indignada,.

Anabella me dio un golpecito en el brazo.

—Entonces no te lo ganes.

Quise contestarle, pero la verdad era que no tenía defensa contra eso. La semana pasó más rápido de lo que esperaba, y cuando me di cuenta, faltaba apenas día para el torneo.

***

Veinticuatro horas antes del torneo, nos pasamos la mañana viendo videos sobre los anteriores torneos militares, en cada torneo preparaban una arena especial con retos militares que cumplir mientras eran atacados por todo tipo de cosas desde robots gigantes, insectos modificados de tamaño colosal que lanzaban granadas venenosas, hasta arenas desérticas en las que el reto era encontrar agua y sobrevivir, habían arenas sumidas en la completa oscuridad y otras en donde la luz era tan fuerte que tenían que usar lentes especiales para poder avanzar a través de ellas y aún así era muy difícil lograrlo. En los torneos había desde ciudades abandonadas repletas de minas activas, hasta pueblos fantasmas bajo los cuales se encontraban catacumbas de las cuales emergían gusanos gigantes a los que los militares debían exterminar. Era el primer año que Luke capitaneaba, sin embargo era el único coronel ausente en la reunión final.

El silencio reinaba en el salón que proyectaba los videos de los distintos torneos, la gente parecía preocupada y es que la realidad era que la vida de todos estaría en riesgo al día siguiente. El torneo era una trampa mortal en la que sólo los mejores sobrevivirían.

Mi rendimiento había vuelto a mejorar, pero no debía descuidarme, las siguientes horas serían cruciales y por eso cuando se llegó la hora del entrenamiento vespertino fui de las primeras en llegar a la zona de velocidad.

El coronel había estado ausente casi toda la semana y no pude averiguar nada sobre lo que le pasó a su madre. Madison también había asistido poco, imaginarlos vacacionando y disfrutando por allí me llenaba de rabia.

Aquel día sólo se nos permitía entrenar en carreras, así que me dispuse a entrar al circuito, pero Madison y Calvin me detuvieron, diciendo que todos debían usar unas botas especiales. Les entregaron a cada soldado la suya, las cuales según palabras de Madison habían sido preparadas según las capacidades de cada soldado. Fuimos divididos en varios grupos y a mí me tocó en el último.

Me puse las botas y en la primera vuelta no pasó nada, pero en la segunda sentí que mis piernas empezaron a entumecerse.

Sentí un dolor lacerante que me atravesó los mulos y se expandió como un incendio por todo mi costado. Apreté los dientes, intentando no gritar, pero un gemido se escapó de mis labios cuando traté de incorporarme y no logré hacerlo.

—Ayuda por favor—pedí, con la voz temblorosa y un nudo en la garganta, odiándome por sonar tan vulnerable delante de ellos.

—Tropas, retírense, nosotros nos encargaremos. El entrenamiento ha terminado.

Madison y Calvin se acercaron a mí y me miraron, como si compartieran un secreto macabro, y luego dieron un paso hacia mí. Una sonrisa torcida se dibujó en el rostro de Calvin, y lo entendí todo, ellos le habían puesto algo a mis botas.

—¿Ayudarte? —bufó con desdén, inclinándose lo suficiente para que solo yo escuchara—. Te hicimos esto para que pagues por haber hecho que expulsaran a mi hermano del ejército.

Su tono estaba cargado de un odio injustificado porque yo no había hecho nada para conseguir que echaran a Corvin. Intenté moverme, pero el cuerpo no me respondía.

Madison se agachó y clavó sus ojos marrones en mí.

—Si dices algo será tu palabra contra la mía —susurró con crueldad—. Y aunque tu papi intente perjudicarme, jamás podrá probar que te hicimos algo porque quizá ni sobrevivas.

Las carcajadas de ambos me golpearon antes de que se marcharan, dejándome tirada como si yo ya fuera un peso muerto.

Las lágrimas escocían en mis ojos, pero ni siquiera podía derramarlas.

¿Qué diablos me habían inyectado?

El dolor que sentía era insoportable. Cada intento de moverme se convertía en una tortura, y ya no podía ni siquiera respirar con normalidad.

Cuando ya no pude más, cerré los ojos, estaba sin fuerzas y era cuestión de tiempo para que todo acabara. Me ardía la mejilla sobre la que había caído.

Sentí que me hundía en una nube densa y tóxica que me estaba arrancando la vitalidad, todo se estaba apagando poco a poco. De pronto un movimiento brusco me sacó de mi letargo y unos brazos fuertes me levantaron del suelo con facilidad.

Abrí los ojos un instante y me encontré con la mirada de Luke, que lucía preocupado y contrariado

—¿Qué te pasó? —preguntó Luke, con la voz ronca.

Intenté hablarle, pero las palabras se ahogaron en mi garganta. El dolor se intensificó, un zumbido retumbó en mis oídos y la oscuridad me reclamó de nuevo.

***

Abrí los ojos lentamente y lo primero que vi fue un haz de luz que descendía sobre mi cara. El aire entraba en mis pulmones con dificultad, y aún sentía mucho dolor.

—Si hubiera llegado un minuto más tarde, ella habría muerto coronel.

El eco de aquellas palabras me heló la sangre. Traté de mover la cabeza en dirección de quien hablaba pero no logré menear un solo palmo, mis músculos parecían de piedra. Intenté sentarme, pero el cuerpo tampoco me respondió. Abrí la boca con desesperación, deseando articular una palabra, un gritito, algo, pero no salió sonido alguno.

El médico anotó algo en su tableta y asintió.

—Tranquila, te inyectaron un veneno muy fuerte y este te paralizó el cuerpo. Recuperarás la capacidad de hablar en unas horas, junto con la movilidad.

Mis ojos buscaron con urgencia al hombre que permanecía erguido a un lado de la cama, como un centinela dispuesto a todo por mí. No entendía absolutamente nada en su actitud. Se suponía que no quería saber sobre mí, pero en cuanto vio que algo me pasó corrió hacia mí para rescatarme. Luke era complicado y que estuviese allí, mirándome como si quisiera estar sufriendo en mi lugar me tenía confundida.

—Mañana es el torneo militar —dijo con esa voz profunda que tanto me gustaba y a la vez detestaba—. Ella debe estar lista para entonces, Adara debe competir, no voy a permitir que quien le hizo esto, evite que ella entre a la contienda.

El doctor lo observó con incredulidad, como si no pudiera creer la exigencia que acababa de escuchar.

—Haz que su cuerpo se reestablezca ya mismo—ordenó el coronel.

El médico bajó la vista hacia mí, dudando, y después suspiró. No sabía si eso era bueno o malo.

—Lo intentaré, pero no prometo nada. El compuesto venenoso que le inyectaron es muy potente. Puede que sea doloroso acelerar su recuperación, someterla a un tratamiento eléctrico la hará volver, pero no le recomiendo ese infierno a nadie.

Luke me pasó la mano por la mejilla en un gesto extrañamente cariñoso y luego me dio un fugaz beso en los labios que hizo que mi interior crepitara.

—Pestañea dos veces seguidas si estás de acuerdo en que te administren el tratamiento eléctrico.

Yo debía recuperarme, tenía que darle a Madison y al desgraciado de Calvin el susto de sus vidas al verme regresar. Me encargaría de ellos yo misma.

Los labios de Luke se tensaron cuando vieron mi gesto de aprobación al pestañear las dos veces.

—Adelante, doctor, ella está de acuerdo. Aunque no me apetece verla sufrir ni un poco.

El doctor asintió, aunque la incomodidad se reflejaba en cada línea de su rostro. Se acercó con un equipo que me daba mala espina, seis enormes pinzas platinadas sobresalían de una caja metálica repleta de interruptores brillantes y coloridos.

—Esto será muy doloroso, señorita King —advirtió con solemnidad.

No pude responderle, ni siquiera mover la cabeza para mostrar que lo entendía, pero estaba lista para lo que se venía.

Capítulo 28

Coronel Luke

Aquella noche fue la peor de mi vida. Ver a la muñeca sufrir, retorcerse y contraer la cara de dolor mientras abría la boca desesperada y no podía articular un solo sonido, me tenía desesperado. Sentía que era yo quien estaba sobre esa cama tratando de soportando el tratamiento médico y haciendo lo humanamente posible para resistir a algo, para lo que nadie estaba preparado.

Pero esa era la única manera de ayudarla a recuperar la movilidad que el veneno le había quitado, y por muy desesperante que fuese presenciar aquello Adara no iba a rendirse.

Varias veces estuve a punto de romperle la cara al doctor, al ver que las lágrimas descendían por el rostro de la pelinegra cuando encendía el aparato y lo ponía en su cuerpo.

La terapia era muy difícil de soportar y yo no podía aguantarlo, algo me apretaba la garganta cada vez que él oprimía el botón de encendido y daba inicio a una nueva ronda. Le pregunté miles de veces si quería que nos detuviéramos, pero ella negaba con la cabeza. Su valentía me conmovía y pulverizaba en partes iguales, porque yo no quería que siguiera sufriendo. Presenciar su llanto, su dolor, su martirio era como ser crucificado una y otra vez.

La abracé y besé su hermoso rostro varias veces, tratando de consolarla, pero en realidad lo estaba haciendo conmigo mismo. Le había pedido a Noah que revisara el registro de las cámaras de seguridad secretas, que había instalado tras el primer ataque que sufrió Adara, debido a que aquella vez no había registro en video de la persona que la había golpeado.

En el video que Noah me envió, vi que una persona a la que no pude verle el rostro le entregó unas botas a Madison y Calvin, ellos las colocaron en un sitio apartado y luego noté que Adara se calzó esas mismas botas después de que Madison se lo ordenara. Era claro que ambos estaban tras lo ocurrido y me encargaría de que lo pagaran. Y aunque podía conseguirlo por mis propios medios, necesitaba el apoyo de una persona con la que jamás pensé aliarme: Damon King.

Era lo justo.

Madison había tratado de matarla porque estaba enamorada de mí y Calvin, odiaba a Adara por la expulsión que le hice a su hermano.

Yo era el principal responsable de lo ocurrido y debía asumir mi culpa en lugar de repetir como loro, que se lo merecía por ser la hija de Damon King.

¿En qué clase de hombre me había convertido?

¿Qué sentido tenía hacerle a Adara lo mismo que le habían hecho a mi madre?

Aunque empezaba a dudar de la veracidad de sus palabras por mucho que no quisiera hacerlo.

Mamá salió del hospital y a los dos días de hacerlo, la encontré golpeando a Ellie como si la detestara, decidí llevármela a mi casa y desde entonces ha vivido allí. Me decepcioné bastante de mi madre ese día. Mamá siempre actuaba como si no quisiera a mi hermana y lo que pasó ese día me colmó la paciencia, Ellie se negó a mudarse conmigo durante años, pero aquel día estaba tan asustada que accedió a marcharse, mi madre despotricó contra ambos y nos acusó de querer llevarla a la muerte, llamé a un nuevo médico para que la revisara a pesar de su reticencia y este me dijo que todo estaba extrañamente bien con su salud. Lo cual era raro, dado que días atrás había sufrido un infarto. Me sentía conflictuado, porque la parte de mí que había recibido formación en criminalística notaba los indicios, notaba que las cosas no cuadraban, pero a la vez no quería dudar de ella.

Damon King no era para nada el ser detestable que mi madre decía, era un hombre al que sólo le importaba el bienestar de su familia. Mamá no representaba una amenaza para ellos. ¿Por qué habría de perjudicarla tanto?

Ver a mamá golpeando a Ellie, me quitó la venda de los ojos. Mamá nunca nos dejaba despedirnos de nadie en las ciudades que dejábamos atrás, cuando nos mudábamos porque ella había perdido sus trabajos. Se negaba a ser atendida por doctores que no conocía, no me permitía acompañarla a sus citas médicas y hablaba de mi padre como si fuera una especie de héroe incomprendido.

¿Y si toda esa historia de que King no dejaba de perseguirla era falsa?

¿Y si nunca la despedían de sus trabajos, sino que ella renunciaba?

Mi madrina Gleen habló conmigo días atrás, porque acudí a ella tras lo que pasó con Ellie y me contó que mi madre siempre se negó a recibir ayuda de mis abuelos, que ella nunca se atrevió a mencionarlo porque no quería tener problemas conmigo. Que esa historia de que ellos la habían echo a un lado, no era cierta. También le conté le conté cómo me sentía respecto a Adara y ella me aconsejó que si la quería luchara por ella, que no permitiera que mi madre siguiera dominando mi vida porque eso me haría infeliz.

Mi madrina Gleen nos había cobijado y ayudado incluso cuando mamá se negaba, ella pagó mi ingreso a la academia militar y la inscripción de mi hermana a la universidad. Mamá no quiso apoyarnos en ninguna de las dos cosas, ella dijo que aunque lo intentáramos el mundo nos bloquearía las puertas por ser hijos de quienes éramos.

¿Y si Damon nunca le hizo nada y mi madre nos mintió porque estaba llena de odio?

Me sentía mal por pensar así de ella, después de que estuviese tan enferma, pero una parte de mí deseaba creer con todo su corazón que no habían razones para odiar a King y torturar a su preciosa hija, pero la otra se sentía decepcionada por imaginar que toda mi vida había sido una mentira.

Cuando Adara recuperó parte de su movilidad, corrí a abrazarla, ella estaba tan agotada que simplemente se recostó a mi pecho y yo la acuné, sobrepasado por todo lo que sentía por ella. Negar que la pelinegra me importaba era absurdo. Seguir lastimándola también.

—Mi coro…—intentó decir, pero no pudo y entonces rompió a llorar en silencio.

Estaba sudada y el pelo se le pegaba a la frente, sus ojos que otrora lucían repletos de brillo ahora eran como dos estrellas que luchaban para no extinguirse. Adara trataba de mirarme con odio, pero estaba demasiada agotada para poder manifestarlo. Verla así tan destruida, tan débil, me hacía sentir como si yo no valiera nada.

Si no hubiera regresado con Madison, si no le hubiera dado alas, si no hubiese creado una especie de rivalidad entre ambas, mi ex no habría llegado a tanto por mí.

¿En qué momento Madison se había convertido en una psicópata capaz de matar por un hombre?

¿Acaso nunca la había llegado a conocer realmente?

—Tranquila, nena, sólo descansa, te lo mereces.

Varias lágrimas cayeron por su cara, estaba tan débil que apenas podía mantenerse despierta. Yo tenía el pecho apretado y una roca en la garganta, no solía quebrarme ante nadie, pero en aquel momento estaba a punto de hacerlo.

¿Por qué era ella quien siempre sufría?

¿Por qué el mundo se empeñaba en dañarla tanto, cuando Adara sólo tenía amor para todos?

Negué con la cabeza, el mundo no la había lastimado, sino yo.

Ella merecía sólo lo mejor de mí e intentaría dárselo aunque lo rechazara.

Adara era el santuario en el que me arrodillaría por siempre, sus lágrimas eran el agua bendita que podía purificar la oscuridad en mí. Ella era el ángel que me haría proclamar cientos de aleluyas y convertiría a un mundano como, yo en un centinela dispuesto a inclinarme ante su belleza por siempre.

—Perdóname, siento mucho haberte hecho esto nena. Te juro que encontraré a quien te hizo esto y me encargaré de que la pase peor—Pero ella ya estaba dormida y no pudo escuchar mis palabras.

Por primera vez en meses, no me abrumaba admitir que ella me importaba, que realmente la quería y ansiaba recuperarla.

****

Fui temprano a la oficina temporal que Damon King ocuparía en la base el día del torneo. La recepción estaba llena de oficiales de alto rango que entraban y salían con carpetas, órdenes firmadas y papeleo por organizar. Apenas podía con mi propia mente, para mí no era fácil recurrir a ese hombre, pero tras lo que le pasó a Adara decidí que lo correcto era protegerla a toda costa e intentar que me perdonara(aunque sabía que esto último sería muy difícil). Cuando su asistente me autorizó el paso, avancé por el abarrotado lugar y me metí a su oficina.

Damon estaba de pie junto a la ventana, con las manos cruzadas tras la espalda. Parecía que llevaba rato esperando mi llegada, por la forma en la que me observó.

—Señor, vengo a pedirle autorización para entrar directamente a la arena y participar en el torneo.

No se tomó ni un minuto para pensarlo.

—Petición denegada. Los coroneles sólo tenían permitido guiar a los reclutas en los entrenamientos, más no intervenir en la contienda final. En todos los años en los que se ha realizado el torneo ningún coronel ha participado.

Había previsto que King se negara.

—¿Ni siquiera si quiero hacerlo para proteger a su hija Adara?

Frunció el ceño interesado, tomó asiento, luego tendió una mano en mi dirección y me ordenó que lo imitara.

—Permiso para entrar al torneo: concedido.

Me sorprendió lo rápido que había cambiado de opinión.

—¿No va a preguntar qué pasó? —me atreví a insistir.

—No necesito cuestionar a nadie que quiera proteger a mi hija —respondió, como si mi pregunta fuese irrelevante—. Aprobaré lo que sea con tal de cuidarla. Pero de todas maneras, dime qué pasó.

Tragué saliva y me preparé para contarle, King se pondría como loco después de que le dijera la verdad.

—Ayer alguien en mis tropas intentó matarla colocando un veneno en las botas que usaría para correr.

Los ojos de Damon destellaron furibundos, al apretar los nudillos cual si estuviese a punto de estrellarlos contra la madera del escritorio. En ese momento comprendí por qué le apodaban el Monstruo del Pentágono, sus facciones se oscurecieron por completo y el demonio que escondía había salido a la luz dispuesto a expandir un apocalipsis sobre la tierra que había dañado a su hija. Otro en mi lugar se hubiese puesto a temblar al verlo, porque el aura destructiva que emanaba era intimidante.

—¿Identificaste a los malnacidos que la dañaron? Si tan sólo hubiera llegado ayer, puta madre, no puedo creer que mi propio ejército tratara de matar a mi hija. ¿Ella está bien?

—Sí, lo está, tuvo una noche difícil porque lo que le inyectaron casi la mata, por fortuna logré llegar a tiempo y la llevé a que recibiera atención médica, le inyectaron algo que le paralizó el cuerpo y aunque costó un poco minimizar los efectos hoy está mejor—expliqué —. Logramos identificar a dos de los implicados. Por desgracia hay una tercera persona implicada en el video de las cámaras de seguridad, que aún no ha sido identificada y me temo que puede volver a intentar algo contra ella, ya que probablemente se encuentre entre nosotros en la central. Por eso quiero entrar, por si trata de hacerle algo yo estaré allí para cuidar de Adara.

Damon asintió lentamente.

—¿Estás seguro de que Adara está mejor? Quiero ir a verla, me hubieran informado anoche lo que le pasó.

—Adara está mejor, aunque siento que no debe participar en el torneo, intenté llamarle y avisarle pero ella me detuvo, no quería preocuparle —confesé, bajando la voz—. Pasó una noche difícil cuando el médico revertía los efectos del veneno, pero ella quiere entrar al torneo. Se niega a descansar.

Una chispa de orgullo apareció en los ojos del general.

—No sería hija mía si tirara la toalla con tanta facilidad. Déjala que participe en el torneo, Luke. Nos odiará a ambos si no se lo permitimos. La conozco, y no creo que quieras que mi hija te deteste. Y por cierto, ¿quiénes fueron las escorias que la atacaron?

Inspiré hondo antes de responder. King me culparía de todo en cuanto se enterara.

—Mi ex novia, Madison, y otro coronel. Madison seguramente lo hizo por celos, y Calvin porque expulsé a su hermano. Lo pillé rozando más de la cuenta a Adara mientras supuestamente le ayudaba a mejorar su puntería, y ese tipo de cosas van contra el reglamento.

Damon entrecerró los ojos.

—¿Seguro que lo expulsaste por el reglamento y no por celos?

Tenía la verdad impresa en mi cara y él podía notarlo.

—Sí... lo saqué por celos.

Para mi sorpresa, Damon simplemente sonrió.

—Bien hecho. Yo también lo habría hecho. Sólo los maricas se quedan de brazos cruzados cuando alguien irrespeta a la mujer que le gusta.

Enseguida su expresión cambió y su voz ganó un par de decibeles de oscuridad.

—Sin embargo sé que mi hija ha estado sufriendo mucho porque volviste con tu ex.

Damon se levantó de golpe y, sin darme tiempo a replicar, me lanzó un puñetazo directo a la mandíbula. El golpe fue tan brutal que me fui de espaldas con todo y silla y terminé en el suelo, aturdido y humillado. El dolor me nubló la vista y la sangre me llenó la boca. Intenté incorporarme, pero Damon no me dio tregua: el segundo golpe llegó con la misma rabia demoledora que el primero. Sentí cómo el aire se me escapaba de los pulmones. Parpadeé varias veces y me puse en pie, nunca había recibido un puñetazo tan doloroso, ni me habían derribado con tanta facilidad.

Me sostuvo la mirada y yo escupí un poco de sangre. Mierda, aquel tipo tenía acero en las manos. Me dolía cada vez que movía la mandíbula y algo me decía que no me había pegado con todo lo que tenía.

No respondí porque realmente me merecía esas trompadas.

—Pero me daré por bien servido porque ayer salvaste a Adara y no te partiré la cara, por el momento—gruñó—. Soy débil cuando alguien hace algo por mis hijas. Pero que te quede claro: si vuelves a hacerla llorar o algo semejante, me olvidaré de que has cuidado de Adara y Anabella todo este tiempo y te lo haré pagar. Así que aprovecha esta última oportunidad que te estoy dando, porque no habrá una próxima vez. Tendrá que bajar Jesucristo en persona para convencerme de que te permita estar cerca de Adara. Sé de buena fuente que la quieres, así que deja de ser un marica y asume lo que sientes, sin meter a terceras personas en esto y sí hablo de tu ex.

Asentí, sabía que Damon King era una completa bestia infernal cuando de sus hijas se trataba. Era rara la forma en la que un sujeto tan poderoso, bajaba la guardia en cuanto Adara y Anabella entraban en la palestra. No podía culparlo, ambas parecían un imán para los problemas.

—Quiero que me pases el expediente de los dos soldados que atentaron contra mi hija —continuó Damon—. Yo me encargaré de ambos. Tú sólo ocúpate de cuidar de Adara y de que nada ponga en riesgo su desempeño en el torneo. No quiero errores, Luke Thorne.

Me quedé paralizado al escuchar mi apellido en sus labios.

Entonces él sí sabía que mi padre era aquel hombre tan repudiado por el mundo. Yo jamás lo había visto en persona, sólo escuchaba sobre él de labios de mi madre. Ella siempre decía que era inocente e intentaba verlo, pero Logan Thorne se negaba a recibirla.

—Sí... señor, haré lo que esté en mis manos para cuidar de Adara.

—Sé que me odias y piensas que te he hecho mucho daño, Luke —prosiguió con una calma extraña—, pero no imaginas lo equivocado que estás. A Gleen la envié yo para que te cuidara junto con tu hermana, porque sé que tu madre no estaba bien y hacía muchas locuras. Puede que en estos momentos no me creas lo que te digo, pero si decides al menos investigar al respecto, te recomiendo que te des una vuelta por la prisión en la que se encuentra tu padre. Puede que allí encuentres más respuestas de las que yo puedo darte.

Aquellas revelaciones hicieron que mi cabeza girara como un tornado en formación. Yo ya venía sospechando que muchas cosas no cuadraban en la historia de mi madre, pero escuchar que mi enemigo había tratado de ayudarnos a Ellie y a mí era más de lo que mi mente podía soportar.

¿Mi madrina Gleen había llegado a nosotros gracia a Damon King?

¿Por eso ella siempre me repetía que las cosas no eran lo que parecían?

Me dolía el pecho y no quería seguir un segundo más en esa habitación, sentía que el aire era irrespirable y el cuerpo me iba a estallar.

—Iré a organizar el torneo, señor —dije, mi mente bullía desaforada.

—No cargues con las culpas ni errores de tus padres, libérate de eso y serás mucho más feliz —concluyó Damon.

Lo miré, abrumado.

—Últimamente ya no sé ni en qué creer.

Caminé como un sonámbulo y llegué al campo. Tenía que calmarme y cumplir con la misión que había previsto, si era verdad que mi madre no era lo que decía ser entonces yo había cometido un error monumental al alejar a Adara.

Era un imbécil con honores.

Cuando fui a ver a Adara, ella estaba recostada contra una pared acompañada de su amiga Laura, lucía algo descompuesta y parecía tener problemas para respirar, quise estrecharla contra mi pecho en cuanto percibí el dulce aroma que emanaba. Al notar mi presencia, alzó la cara y retrocedió instintivamente. Aún no podía hablar bien y eso me tenía preocupado. Quise acercarme, pero sus ojos llenos de recelo, me hicieron detenerme.

En ese momento, Damon se encontraba hablando con Dereck y cuando vi a Madison a lo lejos, evaluándome como una loca obsesiva se me ocurrió algo. Me acerqué a King y al presidente y los saludé a ambos de forma militar.

—¿Podemos hablar a solas, general King? —pregunté.

—Adelante.

—Se me ocurre que la mejor manera de atrapar a la tercera persona involucrada en lo que le pasó a Adara, es haciéndole creer que aún no hemos descubierto que Madison y Calvin estaban implicados en lo de las botas. Si los dejamos participar en el torneo, la tercera persona podría hacer un movimiento en contra de Adara y allí podríamos atraparla.

Damon meditó, luego asintió.

—Bien pensado, soldado. Pero asegúrate de que nada le pase a mi hija. Redobla la seguridad

—Vaya, vaya —intervino Dereck con sorna—. Quién lo diría: Damon King colaborando con un Thorne.

Damon arqueó una ceja.

—Por mi hija soy hasta capaz de admitir que no eres un inepto, Dereck.

—Aunque no lo creas, Luke —bufó Dereck—, Damon toda su vida me ha tratado como si fuera su lacayo.

—¿Acaso no lo eres? —replicó Damon sin inmutarse.

Me dirigí hacia Adara, pero en el trayecto Madison apareció de la nada. Intentó besarme, pero la aparté y retrocedí de inmediato, sin embargo, alcanzó a posar su mano en mi pecho. Cuando vio a Damon mirándonos, puso una expresión de susto, como si temiera haber quedado al descubierto. Sin embargo, pronto se recompuso, como si estuviera segura de que nadie sabría lo que había hecho.

Debía provocarla y que descontrolara en el torneo. Eso la haría equivocarse, poniendo en evidencia a la tercera persona que trató de matar a Adara.

¿Quién podría ser?

—Madison, ya no quiero nada contigo —solté, fuerte y claro.

Ella se tensó, incrédula.

—He intentado estar contigo todos estos días, pero no siento nada por ti. Y no es justo que siga obligándome a estar a tu lado.

—¡Pero dijiste que era la mujer perfecta para ti! —exclamó, rota y decepcionada.

La miré con asco.

—Te dije eso porque tenía miedo de lo que sentía por Adara. Porque cada vez que la veía me imaginaba teniendo una familia feliz con ella, queriéndola y cuidándola. Un hombre como yo no podía permitirse desear tales cosas, así que te usé para alejarla, pero me di cuenta de que fui un imbécil al arruinarlo con una mujer maravillosa por ti.

El rostro de Madison se inundó de lágrimas.

—Me encargaré de que jamás seas feliz con ella.

—No te preocupes por eso, yo mismo me encargué de arruinarlo con Adara al volver contigo. No tienes que encargarte de arruinar mi felicidad, yo lo hice mucho antes.

Me giré hacia Adara.

—Nena, lo siento. Fui un imbécil.

Ella parpadeó y a pesar de que seguía prácticamente muda, su mirada me lo dijo todo, aún no me había perdonado y no lo haría pronto. Yo sentía que por fin quería ser libre de toda la mierda que cargaba por culpa del pasado de mi familia, pero sabía que tendría que arrastrarme por su perdón. Acerqué la mano para tocar su cara.

—N-n-no —logró susurrar con mucha dificultad

Retrocedió trastabillando hasta que Laura la sostuvo.

—Cuídala y no te separes de ella —ordené a Laura, reprimiendo la angustia que sentía al ver a Adara tan afectada por las secuelas de lo que le pasó—. Iré a organizar todo.

—Sí, señor.

—Y deja de mirarme como si fuera el culpable de lo que le pasó a Adara. Suficiente tengo con mi horrible cargo de conciencia.

Laura arqueó una ceja.

—Bueno, mi coronel, usted se merecía un poco de karma por hacer llorar a mi amiga.

Asentí serio.

—Lo sé.

Adara apartó la mirada indignada. Se veía preciosa a pesar de todo.

—Es como la sirenita —murmuré, intentando aliviar la tensión—, pero estoy seguro de que cuando pueda volver a hablar, lo que saldrá de su boca no serán precisamente canciones.

Ella me sacó el dedo del medio.

—Mira con qué facilidad me sacaste el dedo. Eso sí lo puedes hacer rápido, ¿no?

Laura soltó una carcajada.

—En verdad que ustedes dos son tal para cual.

****

El murmullo de las tropas en formación fue apagándose poco a poco cuando Damon King se levantó de su asiento. El eco de sus botas resonó en la plataforma metálica mientras se acercaba al podio central. El tipo que fungía de maestro de ceremonias levantó la voz al ver a la leyenda de la milicia, como si no pudiera creer que iba a presentarlo.

—Y ahora —dijo, con un timbre que sacudió cada fibra del lugar—, recibamos al legendario General de Flota del Pentágono, la leyenda viviente, el héroe nacional, el cual dará las palabras de bienvenida del torneo. Con ustedes: Damon King, el Monstruo del Pentágono.

El rugido de los asistentes estalló. Vítores, aplausos y varios aviones de combate se desplegaron sobre el cielo de Washington cuando King, vestido como un soldado más se posicionó frente a todos. Yo respiré profundo y lo miré, aquel hombre fungía como asesor del Pentágono, porque no quería ocupar su antiguo cargo de director pero todos sabíamos que él era quien mandaba. Su presencia enardecía a los soldados, la mayoría de ellos anhelaba ser como él.

—Este año... —tronó imponiendo respeto— tendremos un torneo muy especial.

Un silencio reverente se apoderó del lugar.

—Contará con la participación de los cinco coroneles líderes de cada pelotón: Luke, Calvin, Parrish, Evan y Sánchez —continuó—. Cada uno de ustedes coordinará a las tropas que entrenaron durante estas semanas. Serán llevados a una ciudad abandonada compuesta por varios sectores. Dentro de las ruinas de la ciudad habrán cinco llaves escondidas, deberán encontrar la que corresponde a su pelotón, la misma tendrá impreso el nombre del coronel que los lidera. Cuando obtengan la llave y presionen el botón que hay en el centro de esta, aparecerán unas coordenadas especiales que los llevarán hasta una torre. El primer pelotón en llegar a la torre y logre ascender y descender exitosamente será el ganador. No hay un máximo de tiempo para cumplir la misión, pero entre más rápido terminen, mejor evaluados serán. Los tres primeros pelotones en llegar participarán de una celebración especial y recibirán un bono por buen rendimiento.

Un zumbido recorrió la muchedumbre. Algunos se miraron entre sí, otros apretaron los puños, ansiosos por lanzarse a la batalla. King levantó una mano y el silencio regresó de inmediato.

—Podrán bloquear el avance de otros pelotones, impedirles ganar si así lo desean, no se confíen de nadie, en cada pelotón habrán soldados infiltrados cuya misión es hacer que se equivoquen, ténganlo en cuenta. Los coroneles serán los únicos autorizados para usar armas de verdad. El resto de ustedes contará con armamento de simulación: proyectiles que emulan el dolor que se produce en el cuerpo al recibir un disparo o al sentir el estallido de una granada. Serán evaluados en eficiencia, velocidad, puntería, liderazgo y, sobre todo, en capacidad para trabajar en equipo.

King ladeó la cabeza y sus ojos parecieron atravesar a cada recluta.

—Den lo mejor de sí. Demuestren por qué merecen un lugar en este ejército. Quien actúa con honor, muere con gloria. Quienes obtengan los mejores resultados automáticamente recibirán un rango militar cuando se gradúen, es decir que no entrarán al ejército como soldados rasos.

La ovación fue ensordecedora. El suelo vibró bajo nuestros pies, como si la misma tierra aprobara su discurso. Yo avancé hasta el centro cuando me anunciaron como jefe de coroneles a nivel nacional. Mi pecho se expandió cuando miré a Adara, ella me ignoró olímpicamente.

Alcé la mano, yo sería quien juramentara a las tropas.

—¡Juramos enorgullecer a la patria, avanzar con gallardía, pelear con valentía, levantarnos cada vez que seamos derribados... y convertir al enemigo en nuestras perras favoritas!

El rugido que se produjo en las tropas fue salvaje, casi animal. Un aullido colectivo que desgarró el aire. En ese instante la línea entre la disciplina y locura se desintegró, y los reclutas lucían como un ejército de bestias hambrientas de gloria.

Los helicópteros rugieron a nuestras espaldas para llevarnos a la ciudad abandonada, cinco gigantes metálicos y acorazados aterrizaron y las tropas comenzaron a abordarlos rápidamente. Sentí la mirada de Madison clavada en mí destilando tanto odio que no quedaba rastros de la mujer sumisa que solía ser conmigo. Giré hacia Evan, levanté el dedo del medio y me aseguré de que lo viera bien antes de dar media vuelta. Las venas se le marcaron en el cuello, pero no dijo nada.

Me acerqué a Adara para ayudarla a subir. Tenía la piel pálida, parecía que sólo se sostenía por la voluntad de hierro que la caracterizaba. Intenté sujetarla del brazo, pero ella me apartó.

—N.. n...n...no —murmuró, a trompicones. Me ardió el pecho al escucharla decir tan poco.

Valery, sonrió al ver el estado frágil de Adara y no pudo aguantar las ganas de burlarse.

—Mírala, no puede ni mantenerse en pie y aun así quiere competir la llorona inútil.

Mi ira brotó como un relámpago, la haría pagar por ese comentario.

—Quedas expulsada del torneo y de la milicia, Valery.

Sus ojos se abrieron como platos. Quiso replicar y avanzó hacia mí con lágrimas en los ojos, pero Laura se adelantó y le metió una patada seca que la hizo caer. Los soldados la sacaron de mi vista después de eso.

Evan apareció enojado. Valery estaba en sus tropas y yo la había echado como la perra maloliente que era.

—No puede expulsar a nadie de las tropas en este día, está prohibido, mi coronel.

Me giré lentamente hacia él.

—¿Y quién me lo va a prohibir? ¿Tú? Anda, corre y ve a decirle a Damon King que quieres conservar en el ejército a la mujer que se burló de que su hija estaba indispuesta. Y me avisas cómo te va cuando vuelvas.

Evan tragó saliva. Le tenía un miedo reverencial a Damon.

Adara tomó asiento dentro del helicóptero. Yo me acomodé a su lado y no pude evitar soltar:

—Te ves bonita cuando intentas alejarte de mí.

—No —susurró apenas, antes de que la voz le fallara.

Me dolió más que cualquier bala.

—Me duele lo que te hicieron, aunque no lo creas —confesé en voz baja—. He sido un imbécil estos días, de verdad lo siento nena, te he echado de menos.

—No..c...no

—¿Qué puedo hacer para que me perdones, preciosa?

—No.

Tragué duro.

—¿Eso significa que jamás me perdonarás?

—Sí.

Respiré hondo, con una media sonrisa amarga.

—Es una lástima... porque aún me muero por tenerte.

Ella me respondió con el dedo del medio. Me hizo sonreír, pese a todo.

El helicóptero descendió sobre la ciudad abandonada. Desde arriba, las ruinas parecían el escenario de una distopía: edificios derrumbados, calles fragmentadas, autos oxidados boca arriba.

El viento levantaba polvo y escombros, dibujando una atmósfera apocalíptica que parecía sacada de una película de ciencia ficción. Intentaría ser el villano que protegiera a Adara a toda costa.

Las tropas descendieron rápido del helicóptero, a la espera de mis órdenes. Yo avancé al frente, imponiendo disciplina. Afiancé el lanzamisiles en mi brazo y me coloqué delante de todos.

—¡Quiero a todos avanzando ya! Los más veloces colóquense al frente. Los soldados más corpulentos y voluminosos deberán armar una fila humana a ambos lados de los velocistas y una línea horizontal en la parte trasera, el resto de soldados irá conmigo en el centro, entre los velocistas y los soldados de resistencia. Nos moveremos en grupo para ver qué tipo de obstáculos hay ocultos en la ciudad. Llegado el momento separaremos las tropas para buscar las llaves, pero por ahora iremos de frente. Un pelotón dividido en zonas desconocidas está destinado al fracaso.

—¡Señor, sí señor! —rugieron al unísono.

Adara intentó colocarse entre los velocistas.

—No, nena —le dije, con firmeza—. Tú vienes conmigo.

Me miró enojada, ella no quería estar cerca de mí para nada, así que haciendo caso omiso a mi orden avanzó hacia la fila delantera y caminó lejos de mí, pero de pronto un tanque de guerra emergió entre los edificios viejos, poniendo el asfalto a temblar.

El rugido del tanque sacudió mi sistema nervioso cuando se dirigió hacia una Adara.

Mi corazón se detuvo. Todo mi cuerpo se tensó, cada músculo gritó que corriese hacia ella, pero no estaba seguro de poder llegar a tiempo y eso causó que mi pecho se contrajera.

El tanque avanzaba como una bestia de acero dispuesta a reducida a nada.

El polvo se levantaba en una ola que lo cubría todo, impidiéndome verla.

El mundo se redujo a un instante: Adara tratando de correr, pero tambaleándose al intentarlo; yo a unos metros, atrapado entre los soldados que intentaban reaccionar al movimiento del tanque; y esa mole blindada dispuesta a destrozarla.

—Adara, nena ... ¡No!

Los soldados se giraron atónitos al escuchar mi tono cariñoso y abrumado. Mi voz se quebró con la desesperación de quien estaba a punto de perder a la única mujer por la que había llegado a sentir algo real.

No iba a permitir que algo la lastimara, no de nuevo.

Capítulo 29

Coronel Luke

Mi corazón seguía golpeando contra el pecho como si estuviera a punto de reventar, y por más que intentaba calmar mi respiración, el rugido del tanque acercándose con saña hacia Adara me impedía hacerlo. El polvo levantado por su avance, propagaba sobre el ambiente una neblina densa y sucia que me impedía verla con claridad, como si todo aquello fuese parte de un plan perfectamente orquestado para acabar con su vida.

La vi tratando de apartarse de la zona de peligro, pero las piernas le flaqueaban como si el veneno que le habían puesto aún siguiera ardiendo en su cuerpo y ella no fuese capaz de controlar ninguna articulación en sus extremidades inferiores y superiores. Tenía que hacer algo. No iba a permitir que ese monstruo de acero la aplastara, aún si tuviese que morir en su lugar.

—¡Maldita sea! —grité con una desesperación que me desgarró la garganta.

Corrí hacia ella como un poseso, el lanzamisiles portátil golpeó contra mi hombro mientras traté de engancharlo, para apuntar y dispararle al maldito tanque. Mis manos se aferraron al arma, y elevé el disparador, al tiempo que corría y trataba de acortar la distancia entre el tanque y yo. Cada paso que avanzaba me parecía insuficiente, como si el suelo se estirara bajo mis botas para extender el metraje que me separaba de ella.

Adara intentó alejarse del vehículo acorazado, pero su cuerpo no respondió con la velocidad necesaria. El tanque rugió como si celebrara su inminente victoria, las placas metálicas chocaron contra sí mismas y las luces frontales la apuntaron victoriosas. Tenía miedo de no llegar a tiempo, de que el destino me la arrebatara justo cuando había decidido pelear por su amor.

Y entonces, de la nada, una figura irrumpió en mi campo de visión. Evan, el inepto apareció como una sombra inesperada y jaló a Adara hacia él justo en el instante en que el tanque iba a chocarla. El estruendo que produjo el metal cuando el tanque reviró hacia la derecha para evitar chocarse, me sacó del shock.

—¡Hasta que al fin haces algo bien, puto Evan inservible! —le grité, aliviado.

Pero no había tiempo que perder. Levanté el lanzamisiles y solté un disparo contra la mole de acero que seguía intentado dar la vuelta para dirigirse hacia la pelinegra.

El misil que lancé le pegó de frente al tanque, el cual retumbó como una torre que estaba a punto de caer, pero siguió avanzando como si nada hubiera sucedido.

Maldije alterado y corrí directo hacia el vehículo más enojado que nunca. Me encargaría de que la persona que quería matar a Adara se arrepintiera la vida entera de atentar contra ella.

Al llegar al tanque no lo pensé dos veces: salté sobre él, me sujeté de unas placas metálicas para no caerme y afinqué el lanzamisiles en mi mano. Sentí el calor del motor debajo de mis pies y la vibración constante que producía el vehículo al acelerar.

Apunté directo al centro de mando y disparé de nuevo con el lanzamisiles. La explosión fue tan potente que por poco me caigo del tanque. El vehículo bélico se sacudió y comenzó a perder velocidad hasta detenerse por completo. Abrí la escotilla con brusquedad, esperando encontrar al conductor herido o muerto. Pero lo que hallé me heló la sangre: no había nadie adentro. El tanque había sido controlado de forma remota.

—Mierda... —susurré, comprendiendo que quien estaba detrás de lo ocurrido era lo suficientemente experto para penetrar nuestros sistemas informáticos como si nada.

Salté de la máquina y corrí hacia Evan, no para agradecerle, sino para arrebatarle a Adara de sus brazos, porque se estaba aprovechando de que ella no estaba al cien de sus capacidades para abrazarla. Adara trataba de darle manotazos para alejarlo, pero él sólo le repetía: tranquila, todo va a estar bien y no dejaba de abrazarla.

Maldito arrastrado.

Ella seguía pálida y no respiraba bien, la necedad de Evan no la ayudaba en lo absoluto.

Caminé hacia ellos más cabreado que antes.

—¡Aléjate de ella!

—Sólo la estoy cuidando, al parecer tú no puedes hacerlo a pesar de que es de tu pelotón. Si no hubiese llegado a tiempo, quién sabe qué le habría pasado.

No iba a darle el gusto de quedar como el héroe frente a ella.

Pero no tuve tiempo de analizar en dónde le daría el primer puñetazo, pues de un pasillo contiguo surgieron Madison y Calvin, como buitres que habían esperado el momento justo para lanzarse sobre la presa.

En cuanto los vi quise arrancarles la cabeza.

—Te dije que no te dejaría ser feliz con Adara y pienso cumplirlo—me dijo la maldita desquiciada de Madison.

—¡Atrás! —rugí, pero fue inútil. Se abalanzaron sobre Evan y le arrancaron a Adara de los brazos con una brutalidad que me llenó de furia.

El idiota era tan inepto que no pudo ni darles pelea.

—¡No! —corrí hacia ellos, pero un montón de tropas aparecieron para frenarme.

Mi pelotón llegó para respaldarme casi un segundo después. A las tropas de Calvin se unieron las de Evan, en una alianza que no vi venir.

Pestañé sin entender.

¿Evan era la tercera persona implicada en lo que le ocurrió a Adara?

—¿Qué hacemos, coronel? —preguntó uno de los soldados, con la adrenalina cantando en su voz. Se notaba que no podía esperar para pelear contra la gente de Calvin.

Noah apareció a mi lado, visiblemente enojado.

—¿Evan te aliaste con ellos? ¿Acaso estás loco? —señaló molesto.

—No me he aliado con nadie, sólo quiero demostrarle al señor King que Luke no puede proteger a su hija. Adara no lleva ni cinco minutos en la arena y ya está en peligro de muerte.

—Pero por tu culpa, imbécil—manifesté—. Tropas, si atacan a alguien de nuestro pelotón, nos atacan a todos, así que adelante, acaben con ellos.

Mis tropas aullaron y fue un coro unánime que destrozó el aire como una descarga eléctrica que planeaba arrasar con nuestros enemigos. El campo se convirtió en un hervidero de soldados, lanzándose en una batalla campal contra los hombres de Calvin y Evan. Todo se volvió un caos, los soldados peleaban contra ellos en combates cuerpo a cuerpo que se esparcían por toda la calle. Los gritos, el retumbar de los puños chocando, tronaban por las ruinas de la ciudad. La vibración fue tan fuerte, que un edificio de dos pisos colapsó a los pocos minutos de que empezamos a combatir.

Avancé con el corazón en llamas, y entonces escuché la voz burlona de Calvin.

—Sabíamos que la mejor manera de debilitarte era trayéndonos a esta estúpida. Vendrías por ella de una vez.

—Calvin, habíamos quedado en que respetarías a Adara.

Calvin no hizo caso omiso y apretó a Adara contra su cuerpo, acto seguido le lamió la mejilla con una asquerosa lentitud. Sentí que alguien acababa de escupirme en la cara. Evan intentó separarla de Calvin este no le hizo caso y le dio un beso en la mejilla. Ambos coroneles discutieron, pero al final consiguieron ponerse de acuerdo, porque en sus trastornadas mentes yo era el único enemigo.

Mi pecho se comprimió y corrí hacia ellos cabreadísimo. Madison abofeteó a mi mocosa y, antes de que pudiera llegar a ella, la trepó a un nuevo tanque de guerra y se alejó con Adara como prisionera.

—¡Maldita bastarda demente! —rugí, corriendo tras ella.

Apunté con el lanzamisiles dispuesto a derribar el tanque, pero un disparo certero de Calvin derribó el arma de mis manos. Maldije, intentando recuperar el lanza proyectiles, pero me di cuenta de que podía ser peligroso, si el tanque se movía bruscamente podía terminar disparándole a Adara por error. Por alguna razón, mi lanzamisiles no era teledirigido como se suponía que debía ser. Alguien me había saboteado una vez más, cambiando el que debía usar. Un lanzamisiles teledirigido, marcaba el blanco, no importaba si este se moviera o no, el cohete siempre se impactaría en donde sea que su objetivo estuviera.

—¿Esta es la mujer que quieres en tu vida, Luke? —se burló Madison desde lo alto—. Una inútil que no puede ni defenderse y hasta quedó muda. ¿Aprenderás el lenguaje de señas como acto de amor hacia esta tonta?

—Estoy más que seguro de que si no le hubieras puesto unas botas envenenadas no habrías podido contra ella —escupí, corriendo tras ellas.

Fue entonces cuando Evan y Calvin vinieron en ambas direcciones y me emboscaron. Fue un ataque que debí prever, pero me desconcentré por estar pendiente de Adara. Evan hundió sus puños en mi espalda y me tambalee un poco.

—¡Esto es por golpearme sin razón cuando llegué y por hacer llorar a Adara! —espetó con el rostro desfigurado por la ira.

Me giré hacia él, se me desbordaba la rabia hacia ese pendejo entrometido.

—¿Estás loco? ¿Por qué te aliaste con quienes intentaron dañar a Adara?

Evan me sostuvo la mirada, como si estuviera seguro de que el único peligro para Adara era yo.

—Ellos no intentan dañarla, al contrario, quieren demostrar que no eres buen coronel, ya que no sabes ni dirigir a tus tropas y todos tus soldados están expuestos debido a las malas estrategias militares que empleas. Te descuidaste en cuanto entraron a la arena y por eso Calvin y yo tuvimos éxito en nuestro plan.

—Calvin y Madison trataron de matar a Adara ayer, la obligaron a usar botas envenenadas en mi ausencia y lo que acabas de hacer, te convierte en sospechoso de ayudarlos, Einstein. Te acabas de meter en un problema muy gordo, porque King está viendo todo, él ya sabe que atacaron a su hija y lo que estás haciendo te deja en mala posición. Te irá muy mal después de la estupidez que hiciste.

—Si todo eso fuera verdad, el señor King ya los habría expulsado y ni Calvin, ni Madison estarían en el torneo.

Evan avanzó con el rostro lleno de rabia y lanzó un derechazo directo a mi mandíbula, pero lo esquivé por centímetros, le metí un izquierdazo potente que lo envió contra un muro de concreto. Me acerqué a él y le metí una patada en la cara.

Evan se levantó tambaleante, con los ojos nublados por el odio. Gruñó como un animal herido y volvió a abalanzarse contra mí, pero lo recibí con un codazo en la sien que lo derribó de inmediato. No esperé a que se recuperara, lo sujeté del cuello y lo arrastré unos pasos hasta estrellarlo contra el alféizar de una ventana. El impacto lo dejó aturdido y aproveché para girar hacia Calvin, que ya venía hacia mí con un cuchillo en la mano, que obviamente había metido al torneo de manera mañosa. La hoja brilló bajo la luz antes de que él intentara hincarla en mi costado, pero conseguí esquivarla y le metí un rodillazo en el estómago en su lugar. El aire se le escapó de la boca en un gruñido entrecortado y lo tomé por los hombros para encajarle un rodillazo en el rostro. Sus dientes chocaron de forma brutal y un segundo después se desplomó, pero sabía que no estaría así por mucho tiempo.

Calvin se incorporó con el rostro desfigurado, tomó el cuchillo que había caído a sus pies y vino hacia mí con un alarido desesperado. Vi la hoja acercarse a mi abdomen, di un paso hacia atrás y bloqueé el movimiento con el antebrazo. La hoja me rozó la piel y dejó un corte superficial que apenas me ardió, pero aproveché que había bajado la guardia para tomar su muñeca y girarla con fuerza hasta escuchar cómo los tendones crujieron. Calvin soltó un grito desgarrador antes de que lo arrojara de espaldas contra el suelo.

Evan apareció otra vez por mi flanco derecho, levantando un bloque de cemento con ambas manos. Quería lanzarlo en mi dirección, pero el bloque en sus manos era una desventaja, en lugar de un peligro, porque él apenas lograba alzarlo. Avancé de golpe, le metí un empujón con todo lo que tenía y él se fue de bruces con bloque incluido. Su alarido retumbó, lo miré retorcerse de dolor y aproveché para lanzarle un derechazo que lo envió al suelo.

—Eres un maldito animal —escupió con los dientes impregnados de sangre.

—Y tú un incompetente, un imbécil y un ardido. Te convertiste en coronel porque tu padre tiene influencias y le robabas el crédito a soldados con rangos menores, eso te permitió ascender en la milicia. Ellos hacían todo y tú los intimidabas para que no dijeran que no servías para nada. El general King quizá ya sabía eso y por ello te trasladó aquí, para que yo me encargara de exponer lo inútil que eres. —respondí antes de golpearlo otra vez en la mandíbula.

Calvin no se quedó quieto. Con el rostro hinchado y los ojos llenos de rabia, me atacó desde atrás y logró engancharme con el brazo en el cuello. La presión me cortó la respiración por unos segundos, pero mis músculos se tensaron al máximo y lo derribé empujándolo contra una pared. Ambos caímos, pero fui más rápido al levantarme y estrellé el puño contra su cara varias veces.

Evan intentó reincorporarse para ayudarlo, pero lo recibí con una patada brutal en las costillas, debía reconocer que eran muy resistentes. El crujido que se produjo tras la patada fue rasposo y su cuerpo se dobló en un ángulo extraño antes de caer. Esperaba que aquella vez sí no volviera a joder.

Lo alcé y lo arrojé sobre Calvin.

Y así fue como me libré del rubio resentido y del pelirrojo inepto.

—La porquería siempre debe estar junta.

Mis tropas, mientras tanto, resistían contra dos pelotones completos que los superaban en número. Y aun así, los míos estaban haciendo retroceder a los enemigos con disciplina, rabia y valor. Vi de reojo a Laura que había conseguido trepar al tanque aprovechando que Adara le había dado una patada a los controles y había conseguido detenerlo, la muñeca no se rendía y eso me hacía sentir orgulloso de ella. Laura le soltó un rodillazo brutal en la mandíbula a Madison.

Madison reaccionó y pateó tanto a Laura como a Adara, haciendo que mi mocosa chillara y tanto Laura como ella, cayeran al suelo. Mi ex saltó sobre ambas con otro cuchillo en manos.

—¡Adara! —grité, antes de girar para bloquear el ataque de un soldado loco de otro pelotón que intentó hacerme frente. Lo aparté con un codazo y lo dejé inconsciente.

Pobre pendejo.

Un grito desgarrador me llenó los oídos. Madison tenía arrinconada a la pelinegra contra el suelo, con un cuchillo amenazadoramente en lo alto. Y a su lado, estaba Valery, que a pesar de haber sido expulsada seguía en la ciudad.

—¡No le hagan nada!

Otro recluta más intentó detenerme, pero lo estampé contra una pared y lo golpeé sin piedad.

Evan se levantó de nuevo y se interpuso en mi camino.

—Damon King me llamó inepto antes de que el torneo empezara, me acusó de no vigilar a los pelotones mientras no estabas; como si fuese mi trabajo hacer todo por ti—escupió, Evan que parecía decido a seguir dándome problemas, el imbécil ni siquiera se daba cuenta de que la loca de mi ex estaba por matar a Adara y que ahora estaba siendo ayudaba por otra demente más—. Dijo que era un inútil, que no servía para nada… y todo fue por tu culpa, por las mentiras que le dijiste. Temes que te quite a Adara. No debiste obtener el puesto de jefe de coroneles, yo debí ganarlo, pero te lo dieron por lástima, porque eres un hijo de nadie.

—Pues mentiras no dijo el general King, nunca has servido para nada. A diferencia de ti, me he ganado todo a pulso siendo un buen coronel y esa es la rabia que tienes. Que por más ayudas que tuviste dentro del ejército, jamás pudiste lograr gran cosa y eso tu padre ya debería entenderlo y dejar de intimidar para que te ayuden —le respondí con un rugido, y le di una patada brutal en las piernas que lo dejó en el suelo, inconsciente.

Corrí hacia el tanque, mientras veía a Laura herida en el piso, Valery la había acuchillado. Adara lloraba por lo que le hicieron a su amiga, en tanto hacía lo posible para defenderse de Madison que seguía intentando cortarle la cara. La rabia me nubló y tomé una decisión drástica. Logré alcanzar el lanzamisiles, lo encendí y disparé dos proyectiles hacia las dos desgraciadas que no dejaban a mi mocosa en paz. El primero impactó contra Madison, causando un estallido potente y anaranjado que la mató al instante. . El segundo proyectil alcanzó a una Valery, que perdió la vida segundos después.

El silencio se extendió por el campo. Las tropas se quedaron contemplando lo que había hecho, atónitas. Había matado a dos soldados, eso estaba prohibido y me acarrearía sanciones futuras, Madison provenía de una familia con altas influencias en el ejército, Valery también. Pero lo que habían hecho no tenía nombre y asumiría toda la responsabilidad. Aunque ambas fueran ratas traidoras, igual sería investigado y posiblemente sancionado.

Matar a mi ex no me produjo nada, me hastié de ella desde que intentó matar a Adara.

Y Valery siempre fue una cucaracha egocéntrica que atraería más problemas que logros en la milicia. Valía la pena librarse de ella.

—Esto es lo que le pasará a cualquiera que intente asesinar a miembros de este ejército. Hay pruebas de que Madison y Calvin trataron de matar a Adara anoche —rugí—. A los traidores los mataré yo mismo. A quienes utilicen artimañas para ganar, también los aniquilaré.

Noah se acercó, entre contrariado y sorprendido.

—Luke… gracias por salvar a Adara, aunque matar a Madison y Valery te traerá problemas.

—Lo sé —respondí, sin apartar la mirada de los trozos de Madison que habían caído cerca de mis pies—. Estoy dispuesto a asumirlos. Tanto tú como yo sabemos que ellas dos eran demasiado problemáticas para seguir aquí.

Adara se levantó tambaleante y corrió hacia Laura. Se inclinó sobre ella, llorosa. Luego, al ver los cuerpos de Madison y Valery, levantó el dedo del medio hacia ambas.

Alcé una ceja sorprendido. Ella parecía contenta de que ambas hubieran muerto.

Un helicóptero blanco descendió de pronto sobre la arena, los paramédicos emergieron de su interior para llevarse a Laura, que tosió sangre antes de ser colocada en la camilla.

—Gana este torneo por mí, y me doy por bien servida, amiga —susurró con mucho esfuerzo.

Adara se puso en pie, aún le costaba mantener el equilibrio. Yo la sostuve por la cintura para evitar que cayera, y aunque creí que me apartaría dejó que la ayudara a caminar.

El torneo apenas comenzaba y ya había pasado de todo.

—Vamos al otro lado —le pedí.

Las tropas de Calvin y Evan seguían en shock y ni siquiera trataron de atacarnos cuando nos dispusimos a cruzar hacia el otro lado.

—Sigan buscando la llave, soldados —les ordené—. El hecho de que sus líderes sean una bola de tramposos ineptos no debe limitar su desempeño.

Mis hombres respondieron con aplausos, los cuales retumbaron entre las ruinas de la ciudad. Avancé con Adara apoyada en mi brazo, el aire seguía impregnado de polvo, sangre y partículas de hormigón.

****

En cuanto llegamos al otro lado, le ordené a las tropas que nos reuniéramos en el edificio que se veía en mejor estado.

—Muy bien, quiero agradecerles a todos por su colaboración en el rescate de Adara. Como ven, ella no está muy bien de salud que digamos. Tal y como lo anuncié hace un rato, ayer intentaron matarla. Le pusieron veneno en las botas y ese veneno le paralizó el cuerpo de tal forma que apenas puede moverse, irá mejorando en las próximas horas y como ella quiere competir a pesar de eso, no pienso sacarla del torneo si tiene tanto empeño.

Entonces uno de los soldados se puso frente a nosotros. Tenía los brazos cruzados, parecía que quería manifestar algún tipo de protesta.

—¿Y no sería mejor que Adara saliera del torneo como Laura? —preguntó con tono desafiante—. No podemos seguir arriesgándonos a que su torpeza nos atrase, ya lo hizo una vez, ella pudo esquivar ese tanque y no lo hizo. No puede ni defenderse. ¿Qué pasará si la vuelven a atacar? No podemos estar protegiendo fracasadas problemáticas todo el tiempo, mi coronel. En la guerra los eslabones débiles suelen ser dejados atrás.

Avancé hacia él con pasos lentos. Me detuve frente a él, estábamos tan cerca que pude ver el sudor bajándole por la frente.

—No te preocupes —dije sin siquiera mirarlo—. Te ahorraré las preocupaciones. Quedas expulsado de la prueba en este momento. No quiero verte más en el ejército.

El soldado miró a sus compañeros como si esperara que alguien le apoyara.

—En el campo de guerra siempre se aconseja abandonar a los más débiles y seguir adelante con la misión.

—En mi pelotón no se abandona a nadie —le respondí sin apartar la vista—. Si cae uno, caemos todos. Quien no es capaz de mostrarle lealtad a un compañero tampoco será capaz de hacerlo con su país. Así que lárgate de mi vista en este momento.

Se giró y comenzó a caminar hacia la salida. Pero antes de cruzar la puerta volteó el rostro y escupió sus últimas palabras con veneno:

—¿Va a expulsar a todo aquel que se meta con su adorada Adara?

Levanté el lanzamisiles y apunté a un lado de su cuerpo. El proyectil salió disparado con un rugido ensordecedor, pasando tan cerca de su cabeza que el viento producido por el desplazamiento del misil le desordenó el cabello. Se detuvo en seco, dio la vuelta y me miró con los ojos a punto de salírsele por las órbitas.

—La próxima vez que digas algo contra Adara —gruñí— pondré un misil en tus bolas. Ahora esfúmate antes de que me arrepienta de perdonarte la vida.

Se fue corriendo como un perro apaleado. Si alguien más pensaba como él, también lo echaría. No me gustaba trabajar con traidores, ni quería tenerlos en mi equipo.

—¿Alguien más tiene algo que decir sobre abandonar a alguien del pelotón?

Varios agacharon la cara cuando pasee mi vista entre ellos, buscando indicios de rebelión. Uno de los soldados, al notar mi mirada fija, se persignó rápidamente.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunté.

—Es que... tengo un poco de miedo sobre lo que voy a decir —balbuceó.

—Solo habla.

Tragó saliva y volvió a persignarse.

—Nos van a seguir atacando por sorpresa para dañar a Adara. Si bien su ex novia y la Valery esa que me caía mal se fueron con San Pedro, los coroneles Calvin y Evan siguen molestos con usted, señor. Buscarán la manera de volver a atacarnos y eso nos meterá en problemas otra vez.

—Ve al grano.

—Pienso que debemos poner varios señuelos en caso de que nos ataquen y evitar que intenten llevarse a Adara.

Entrecerré los ojos.

—Dame más detalles.

—Tenemos varias pelinegras en el grupo. Deberíamos hacer que avancen por distintos sectores evitando mostrar el rostro, para confundir a nuestros rivales y que les cueste más. Así, las tropas enemigas tendrán menos oportunidad de dañar a Adara. Si tenemos varios señuelos, se dividirán y eso impedirá que nos vuelvan a atacar en grupos que nos duplican en número como hace rato. Está claro que saben que ella es la debilidad del pelotón... y sobre todo la suya, mi coronel.

Giré hacia Adara. Sus labios se entreabrieron en una mueca incrédula, como si no pudiera creer que alguien hubiera dicho en voz alta lo evidente. Noah soltó una carcajada seca.

—Ay, deja la payasada, Adara. Es evidente que el coronel hace lo que sea por ti y tú, aunque te resistas, sigues loquita por él.

Ignoré los murmullos.

—¿Cuál es su nombre, soldado?

El muchacho levantó el mentón, temblando.

—¿Para qué? ¿Me va a expulsar también? Ya decía yo que mi bocota me metería en problemas.

—No. Solo quiero felicitarte por tu buena estrategia. De eso se trata, tropas: de buscar soluciones entre todos. De contribuir con ideas que valgan la pena y no juzgar sin tener nada que aportar.

—Me llamo Harvey, señor.

—Buen trabajo Harvey.

El plan se puso en marcha. Varias pelinegras fueron distribuidas entre las tropas, y evitaban levantar la cabeza. Todas llevaban la misma trenza que Adara y aunque no eran ni remotamente tan bellas como ella, la estrategia podría funcionar si las veían desde lejos.

—Lo mejor es que tú te coloques a una distancia prudente de Adara, pero no a su lado. Sé que quieres protegerla, pero Evan y Calvin saben que no te despegas de ella y si te ven demasiado cerca, saldrán cuál de todas es la Adara correcta.

Tenía razón. Resoplé, aceptando a regañadientes su sugerencia.

Recorrimos la ciudad varias veces, revisando cada esquina, cada edificio, cada callejón buscando la llave que nos llevaría hacia la torre, pero no había señales de ella. Inclusive entre los túneles que había bajo la tierra. Pasamos horas en eso, en caminatas que no nos llevaban a ninguna parte. Levantamos escombros, incluso limpiamos un poco la zona. Rebuscamos en cada carro oxidado, en cada tanque de basura, entre los restos de los edificios que se habían derrumbado pero no había nada.

Supuse que Damon King había cambiado las posiciones originales de las llaves cuando aprobó que los coroneles entráramos al torneo, imaginé que había hecho más cambios. A fin de cuentas King probablemente querría un torneo justo para todos, pero estaba pasando completamente lo opuesto.

Evan, Calvin, Madison y Valery no habían jugado limpio en lo absoluto. Quién sabía cuántos más tenían trampas bajo la manga.

Entramos en edificios derruidos, avanzamos entre pasillos cenicientos que parecían tener un siglo de antigüedad, buscamos en alcantarillas oxidadas y en las pocas torres que quedaban en pie, pero no hallamos nada.

La noche cayó y le ordené a las tropas que entráramos al edificio en mejor estado de la ciudad, el único cuya pintura no lucía tan descascarillada y no parecía que en cualquier momento se derrumbaría sobre nuestras cabezas. Encendimos lámparas pequeñas y cada uno empezó a comer la primera ración de comida que llevaba en las bolsas que cargábamos.

Adara me hizo señas cuando terminamos de comer, me levanté de una vez y la seguí hasta un rincón apartado. Las tropas aullaron como una jauría cuando me vieron seguirla. Me alejé lo suficiente, para que creyeran que no podía oírlos. Apenas me asomé de regreso, todos callaron de golpe.

—Al próximo que escuche haciendo ruidos estúpidos —advertí— lo enviaré al pelotón de Evan, y es más que claro que estando en su grupo quedarán de último lugar y serán expulsados del ejército.

Se convirtieron en un grupo de estatuas silenciosas tras oírme.

Cuando estuvimos a solas en una habitación apartada, no pude resistir las ganas que le tenía a Adara.

La acorralé contra la pared, impulsado por lo mucho que ella me gustaba. Su cabello se movió cuando la recosté contra la pared y le solté la trenza para admirar esa hermosa cara resguardada por su brillante melena negra.

Incliné mi rostro y lo ubiqué a centímetros del suyo, dejando que su aliento alimentara el hambre que sentía por ella.

Estaba loco por ese angelito al que había puesto tantas veces en peligro.

—¿Me extrañaste, nena?

—No —murmuró, y luego agregó con esfuerzo—: Hablar.

—¿Qué ocurre, preciosa?

Ella trazó gestos en el aire, como si necesitaba algo para escribir.

—¿Quieres que te pase algo para que escribas?

Saqué mi tableta del maletín y se la entregué. Sus dedos se movieron rápido y al rato me entregaron un texto con perfecta ortografía que decía: *"Primero que todo gracias por rescatarme, es lo menos que podías hacer después de todo lo que me hiciste, pero que te quede claro que aunque me hayas salvado la vida no te he perdonado por lo que pasó. Fuiste cruel, déspota, grosero y me hiciste sentir mal sin ninguna justificación. Si lo que le dijiste a la difunta Madison es verdad y tenías miedo de enamorarte de mí, lo mejor habría sido que me lo dijeras, lo habría entendido y jamás te habría juzgado porque sé lo que es tener dudas cuando te estás enamorando. Pudiste evitar que la pasara tan mal, pero no lo hiciste, elegiste el silencio en lugar del diálogo. Sufrí por ti, Luke, lloré por ti y aunque está mal decirlo porque eso te hace fuerte frente a mí, quiero que entiendas las razones que tengo para no querer nada contigo. No te acerques a mí, ni pretendas reconquistarme con frases morbosas porque no lo lograrás. Tú mismo me sugeriste una vez que no fuera de esas mujeres que perdonan todo por amor y he decidido tomarte la palabra. Respeta mi decisión y mantente alejado o tendré que pedir que me trasladen a otra central militar para no tener que seguir viéndote. Habiendo dicho esto, cambiemos de tema. Cuando Evan y compañía me llevaron al otro sector de la ciudad, el que correspondía al pelotón de Calvin, noté que una luz azul se encendió cuando entré. Al principio no le presté atención, pensé que en nuestro sector habría algo semejante, pero luego me di cuenta de que no había luces en nuestro lado de la ciudad a pesar de que lo recorrimos múltiples veces. Los soldados del equipo de Calvin no parecían darse cuenta de la existencia de la luz azul en su lado, lo cual me pareció raro y entonces entendí que quizá esa luz se encendía para que sólo los de nuestro pelotón pudieran verla. Antes de venir para acá, nos inyectaron algo a todos, quizá fue algún compuesto que nos permitiera ver la luz que indicaba en dónde estaba la llave. Mi padre dijo que debíamos encontrar una llave, pero jamás especificó que esa llave estaría en nuestro sector. Hace rato sin que nadie me viera crucé durante unos segundos al otro sector(no te pongas loco, sólo quería comprobar mi teoría, no me pasó nada estando allá)Cuando entré, la misma luz azul que vi en la mañana volvió a encenderse. Es posible que Calvin, Madison y Evan al tratar de perjudicarte secuestrándome, te hicieron un favor y nos dieron la clave para ganar.*

La miré, sorprendido. Su teoría era brillante y no sólo eso, sino que ella había hecho lo posible para comprobar que tenía razón. Adara era el tipo de soldado que nunca dejaría de sorprenderme. Todos estuvimos en el otro sector, ¿cómo era posible que mientras luchaba contra Madison y los demás para seguir con vida, hubiese podido percatarse de que la luz se encendió cuando ella entró?

Era absolutamente fascinante su capacidad para atar cabos.

Que lograra hacer todo eso, estando convaleciente por el veneno, me dejó gratamente perplejo.

—Bien hecho, soldado. ¿Puedo comerme tu boca como premio?

Me acerqué, pero Adara se cubrió los labios con sus manos. Se las aparté suavemente. Yo haría caso omiso a su petición de que me hiciera a un lado y la dejara seguir con su vida.

Yo le atraía tanto como ella a mí, ¿quién rayos habría dejado ir semejante manjar con tanta facilidad?

—Esos labios siguen siendo míos y tarde o temprano volverán a mí, nena.

Mordí su labio inferior, sintiendo la tensión que nos envolvía, extrañaba tanto su boca dulce y carnosa. El calor entre nosotros se intensificó, recorriéndome como una corriente que sólo se activaba por ella, para hacer que la bestia dentro de mí que estaba loca por Adara pidiera más. Quise besarla, tentarla, dejar que lo que sentíamos nos sobrepasara y Adara terminara perdonándome, pero un sonido en la entrada cortó el momento. Giré la cabeza y vi a Harvey observándonos.

—Mi coronel, disculpe que interrumpa tan importante reunión eh… ¿de tipo militar? Gracias por todo lo que están haciendo para ganar la contienda. Se agradecen los esfuerzos suyos y de Adara, qué labor tan loable realizan; son un orgullo nacional. Sin embargo debe venir a ver algo al balcón.

Le lancé una mirada rabiosa, él volvió a persignarse, rezó para que no lo eliminara del torneo y nos pidió que lo siguiéramos.

Al llegar al balcón vi algo sorprendente. Una columna de fuego iluminaba el sector contiguo, como si un incendio se estuviera expandiendo sobre la carretera y estuviera a punto de llegar a nosotros.

Probablemente aquello era una treta preparada por los coordinadores del torneo para que siguiéramos buscando las llaves.

Entonces el humo empezó a llenar nuestro edificio.

—¡Que todas las tropas salgan del edificio! —ordené.

En el exterior, los soldados me rodearon.

—¿Cuál es el plan, mi coronel?

—Aprovechar la distracción de las tropas enemigas. Escuchen, Adara sospecha que la llave no está en este sector, sino en el sector dirigido por Calvin ya que cuando entró a ese sector una luz azul se encendió y sólo lo hace cuando alguien de este pelotón cruza hacia el otro lado. En cuanto crucemos, algo luminoso debe activarse, vayan hacia él y busquen cualquier indicio de nuestra llave.

Entramos sin darle muchas vueltas al asunto.

El choque entre ambos bandos fue inmediato: una batalla campal se desató y las tropas empezaron a pelear de una vez. Gritos, patadas, disparos provenientes de

—¡La prioridad es encontrar la llave y avanzar! —rugí—. ¡El primero que la encuentre debe seguir adelante, el resto lo respaldaremos!

Corrí en medio del caos, protegiendo a Adara. Ella ya se movía con más agilidad y se me adelantó cuando llegamos a un callejón rodeado por dos edificios con las ventanas rotas. Dos soldados femeninas la atacaron con cuchillas que no debían tener, parecía como si Calvin y compañía se hubiesen encargado de proveerle a sus tropas armas ilegales. Ella las esquivó y las tumbó con movimientos certeros. Fue como si de un momento a otro estuviese mejor, y luego recordé que el doctor le dijo que cuando se completaran 24 horas de haber recibido el tratamiento ella empezaría a reestablecerse.

Entonces Adara me señaló un callejón a la derecha. Una luz azul resplandecía y se abría paso hacia la carretera principal. Corrimos un par de metros más y nos detuvimos al alcanzar el punto establecido. Era una calle cerrada, simple y sin nada que le hiciera destacar en la ciudad, excepto porque brillaba como si hubiesen instalado un proyector en ella. De pronto Calvin emergió desde las sombras para bloquearnos el paso, estaba todo magullado y nos miraba con expresión de loco sin remedio. Levanté el lanzamisiles para acabar con él, pero Adara me lo arrebató para usarlo en mi lugar, le apuntó al pelirrojo y le disparó. El proyectil impactó en su pierna. Calvin cayó al suelo destrozado y aullando de dolor. El cohete le rebanó la pierna, mas no lo mató.

La miré atónito. Ella soltó una risita.

Mi muñeca se había vuelto muy sádica y eso me encantaba.

—Se lo…mere…ce.

Avanzamos juntos y llegamos al final del callejón iluminado en el que flotaba una llave holográfica. Un escáner leyó nuestros rostros y de pronto, el suelo se abrió bajo nuestros pies y caímos por un tobogán oscuro e interminable con rumbo a lo desconocido.

La nueva ronda del torneo, acababa de comenzar y seríamos los primeros en llegar a ella.

Capítulo 30

Adara

Caímos por un túnel que parecía no tener fin, la oscuridad nos envolvió en aquella ruta tenebrosa que parecía interminable. La velocidad al caer era tan elevada, que me desordenada el pelo y me agitaba la boca. Mi cuerpo entero no dejaba de sacudirse. Era como si de un momento a otro hubiera perdido el control de nuevo.

Pensé que el aterrizaje nos mataría, porque nos desplazábamos con tanta fuerza que apenas y conseguía respirar de vez en cuando, pero de pronto dejamos de movernos hacia abajo y entramos en una curva y tras un corto momento empezamos a avanzar en línea recta. Parecía que no faltaba mucho para que aterrizáramos, pues de pronto fuimos impulsados por una pendiente hacia arriba y logramos salir del túnel.

Luke me atrapó en el aire, cuando vio que fui impulsada hacia lo alto en vez de empezar a caer como él lo estaba haciendo, me apretó contra su torso y giró sobre su eje para que yo cayera sobre su cuerpo y fuese él quien recibiera el impacto al tocar tierra.

Su cuerpoe me retuvo cuando aterrizamos sobre la fría y silenciosa cueva a la que habíamos llegado. Un calor abrasador recorrió mi piel al sentir la fuerza y devoción con la que me protegía. El corazón me galopaba regocijado contra el suyo, por un momento cerré los ojos y me imaginé estando en su finca en Nashville asando malvaviscos y recibiendo su amor. El Luke de esos días me había hecho muy feliz, pero la cara que mostró después me impedía perdonarlo, por ello no podía seguir allí tan campante disfrutando de su fornido cuerpo.

¿Te salvó la vida dos veces en menos de 1 semana, recuerdas?

Si él no hubiera matado a su ex, no estarías vivita y coleando mamacita, me recriminó mi subconsciente.

Si él no hubiera llegado a tiempo cuando te pusiste las botas, ahorita estarías dándole uvas a Lucifer en el infierno.

Quise incorporarme de inmediato porque ya mis hormonas estaban alborotadas al sentirlo contra mi ya erizada piel, pero él me apretó contra su pecho y susurró con voz grave.

—Quédate aquí un rato al menos.

Cerré los ojos me merecía al menos un segundo de aquel hombre tan caliente.

Me sentía contrariada estando con él. Con Santiago nunca había experimentado todo ese fuego que me encendía la piel y me quemaba las bragas. A Santi lo amaba de esa forma bonita que despertaba chispitas en mi corazón, pero al conocer a Luke todo eso había sido eclipsado.

Cuando Luke me decía "nena o preciosa" y me lujuriaba con ese par de ojos verdes que sólo emanaban lava volcánica cuando se trataba de mí, sentía que 1 millón de huracanes, maremotos, tsunamis y explosiones galácticas sacudían mi torrente sanguíneo.

Maldije lo mucho que él me gustaba, maldije lo cómoda que estaba a su lado y maldije el hecho de que Luke hubiera anulado con tanta facilidad a Santiago en mi alma. Me costaba creer que un amor tan bonito como el que sentí por Santi, se hubiera apagado por culpa de uno tan tormentoso y repleto de espinas como el que sentía por Luke.

—¿Por qué no simplemente me dejas robarte un millón de besos? No imaginas cuánto lo deseo.

—No… tenemos que avanzar. Este es un torneo militar, no un motel—murmuré, notando con alivio que mi voz ya no se quebraba como antes. El veneno había perdido fuerza.

—¿Te imaginas estando conmigo en un motel? —manifestó, lanzándome una mirada sórdida.

—Estamos en un torneo militar, coronel. ¿No debería usted dar el ejemplo y no ser tan pervertido?

No sabía si había cámaras en el torneo, era posible que sí y a mi padre estaría viendo lo morbosas que podían llegar a ser mis conversaciones con Luke, me moría de pena imaginándolo.

Me aparté de Luke y mis piernas respondieron con más firmeza de lo esperado. Caminé unos pasos hacia la salida de la cueva y lo que vi me heló la sangre.

Al final de la cueva había un enorme acantilado que nos separaba de una torre ubicada en el horizonte, a la cual debíamos llegar para ganar el torneo. Una neblina densa, negra y opaca cubría todo el vacío frente a nosotros, ocultando algo turbio que pronto tendríamos que enfrentar. Tomé una piedra y la lancé con manos temblorosas hacia el vacío, esperando que algo pasara, que saltara algún corrientazo eléctrico que indicara que la neblina era producto de un holograma y que podíamos atravesarla con facilidad. La roca se hundió en la negrura y no volvimos a saber de ella.

—¿Qué se supone que debemos hacer? —pregunté, con un nudo en la garganta—. ¿Saltar al vacío y morir heroicamente?

Luke se situó a mi lado y observó con calma el panorama. Parecía que lo que sus ojos veían no le perturbaba tanto como a mí.

—No creo que sea necesario saltar —respondió—. Analiza lo que tienes frente a ti, tal y como lo hiciste para encontrar la llave en la ciudad. Eres buena descifrando acertijos.

Lo miré de reojo, el mayor rompecabezas seguía siendo él.

—Tú sabes cómo avanzar y no quieres decirme, ¿verdad?

Sus labios se curvaron en una sonrisa cínica. Luke había participado en la organización del torneo militar, era posible que supiera cómo salir de allí, pero por obvias razones no iba a decirlo. Iba contra las normas.

—Puede que sí sepa, pero creo que hicieron muchos cambios cuando aprobaron que los coroneles participáramos en el torneo. La ubicación de la llave fue uno de ellos, originalmente sí estaría en nuestro sector, resguardada por un campo de minas holográficas. Imagino que prefirieron forzar a las tropas a pensar un poco más, y que tuviesen que enfrentarse entre sí para conseguir la llave correspondiente a su equipo. Me atrevo a decir que fue obra de tu padre.

Sin duda alguna mi papá había orquestado complicar más las cosas. Era su estilo.

—El que mi padre haya tomado las decisiones finales, es una clara señal de que llegar a la torre no será nada fácil.

Luke asintió con serenidad.

—Por lo menos seremos los primeros en llegar.

Crucé los brazos, mirando la neblina que parecía mucho más tupida que antes. No tenía ni idea de cómo llegaríamos al otro lado.

—Es probable que los otros soldados ya estén enterados de que la clave para avanzar a la segunda ronda no se encuentra en su parte de la ciudad, sino en otra. Ahora mismo deben estarse matando unos con otros para conseguir las llaves—manifesté, con ganas de sentarme. Había sido un día largo y me sentía cansada.

—No sé si un pelotón dirigido por Evan y Calvin sea lo suficientemente eficiente para notarlo —contestó Luke con desdén—. Quizá los de la coronel Parrish o el coronel Sánchez lo consigan, pero los pelotones de esos estúpidos no.

Me giré hacia él, con una ceja arqueada. Luke no perdía la oportunidad de insultar a Evan y después de lo que pasé por su culpa, yo también lo odiaba un poco.

—Nunca te cayó nada bien Evan, ¿verdad?

Luke arrugó la nariz con asco.

—¿Después de todo lo que hizo? En lo absoluto. Incluso antes de que llegara me parecía un gran pendejo, me contaron que cuando fui nombrado jefe de coroneles a nivel nacional él le hizo un drama a su padre, porque no obtuvo el puesto.

Sacudí la cabeza, aún no podía creer que Evan hubiera llegado a tanto para joder a Luke. ¿Me había puesto en riesgo por una venganza personal?

Tremendo idiota.

—Aún no puedo creer que se aliara con Calvin y Madison para fastidiarnos, me cuesta aceptarlo.

Luke inclinó la cabeza, observándome con interés.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

—Sí —dije, bajando la voz—. Fuimos vecinos durante un año en Noruega. Pero después pasó algo en su casa y se mudaron abruptamente. Ahora que lo pienso, mi madre se ponía nerviosa cada vez que preguntábamos por qué se habían ido. Siempre nos decía que no nos acercáramos ni a él, ni a su hermano. Papá, en cambio, no mostraba tanto recelo. Bueno en general mi padre no le tiene miedo a nadie, creo que hasta sigue en contacto con el general Lennox. Eso sí, siempre estaba pendiente de que mi hermana y yo no nos quedáramos a solas con Evan y su hermano Silas.

Los ojos de Luke se entrecerraron, como si aquello último que narré lo hubiera agarrado con la guardia baja.

—¿Tiene un hermano?

—Sí, un gemelo. Era bastante curioso, cuando en mi casa nos reuníamos los tres pares de gemelos: Dante y Damián, Evan y Silas, junto con Anabella y yo.

Luke me miró como si yo fuera una extraterrestre.

—¿Y cómo es ese gemelo en cuanto a personalidad?

—Es muy parecido a Evan, hasta tienen el mismo tono de voz. De hecho tengo entendido que una vez les hicieron pruebas de semejanzas y resultaron ser el par de gemelos que más se parecen en el mundo. Es prácticamente imposible distinguirlos, hacen las mismas cosas, ven las mismas series, practican los mismos deportes, tienen las mismas opiniones. Tengo entendido que en lo único que no coincidieron es en las profesiones. Es raro incluso para mí, que tengo una hermana gemela. Evan es militar y Silas vive apartado de todos, nadie sabe a qué se dedica. De un momento a otro se mudó a un pueblito escocés y desde entonces no lo hemos visto.

Luke bufó.

—Qué turbio y rarito es todo, quizá el tal Silas es un psicópata ermitaño, no me extrañaría—opinó—.Supongo que después de lo que Evan hizo hoy, no te quedarán ganas de acercarte a él.

Suspiré, con un dejo de tristeza.

—La verdad no. Y me da pena porque a pesar de todo, éramos buenos amigos. No quiero ni pensar en lo que mi padre hará al enterarse de que él se alió con Calvin y Madison para ganar el torneo. No sé qué estaba pensando francamente. Traicionar a personas que conoces desde hace años, por una cuestión de ego.

Luke chasqueó la lengua.

—Los idiotas no piensan. Así que no debería sorprenderte.

Quise cambiar de tema, debía aprovechar que Luke estaba más conversador que de costumbre y entender qué había pasado por su cabeza cuando mató a Madison y a Valerie.

—¿No te sientes triste ni nada?

Frunció el ceño sin comprender.

—¿Por qué habría de hacerlo?

Me recosté contra la pared húmeda de la cueva y me dejé ir lentamente. Mi cuerpo aún estaba agarrotado.

—Descansemos un rato —sugirió él—. Ha sido un día muy pesado para ti.

—Sentémonos un rato nada más—acepté—. Estamos demasiado cerca de ganar el torneo y no quiero desaprovechar la ventaja que conseguimos.

Se sentó a mi lado. Yo lo observé de reojo y solté lo que llevaba horas queriendo preguntar.

—Luke eh… ¿No te sientes triste por haber matado a tu ex?

Luke soltó un suspiro lento.

—En realidad no. Sospechaba que ella te había atacado la primera vez que te pedí reunirnos de noche y llegaste a mi oficina con el labio roto, pero me pediste que no la castigara y eso hice. Luego cuando vi en las cámaras de seguridad que Madison era una de las responsables de envenenar tus botas, me sentí aún más asqueado. Luego ella trató de matarte y…

Lo interrumpí, porque yo también tenía mucho que decir. De alguna manera me sentía responsable de la muerte de Madison aunque no fuera mi culpa. Estaba tan tensa cuando ella murió, que hasta me alegré de que falleciera, pero esa no era yo. No solía ser una persona que se alegrara de las desgracias ajenas.

Madison era la segunda persona que había muerto por mi culpa y eso no se sentía del todo lindo, por mucho que ella hubiera hecho de todo para que la odiara.

—Su muerte fue traumática—expresé meditabunda—Debió ser horrible para ella saber que iba a morir a manos del hombre que amaba, el mismo que una semana atrás le dijo que era la mujer perfecta. Madison murió sabiendo que le quitaste la vida para protegerme a mí, la chica a la que ella consideraba un fracaso, la que detestaba y a la que le había hecho tanto bullying. También debió tener en mente que su carrera militar estaba arruinada, porque yo sobreviví al envenenamiento. Murió sin honor, sin amor y despreciada por el ejército al que tantas veces sirvió, porque seguramente borrarán de su historial todos los logros y medallas que obtuvo y en su lugar será enterrada como una traidora a sus propias tropas. Es una cruel justicia poética. Y si tomamos en cuenta que su ataúd ni siquiera tendrá un cadáver completo, porque su cuerpo fue partido en cientos de pedazos, es una muerte espantosa desde el punto de vista físico y psicológico.

Luke me miró como si estuviera seguro de que Madison no merecía ni una pizca de mi bondad y consideración.

—Si no la hubiese matado, no estarías aquí conmigo, nena. No contamines tu mente pensando en ella.

Me obligué a contener un estremecimiento, al sentir un suave beso de su parte en mi mejilla.

—Mi coronel, no puede ponerse cariñoso. Debe respetar mi decisión de mantener las distancias.

Él me sostuvo la mirada intensamente, Luke no parecía dispuesto a hacerme caso.

—La realidad es que me aparté de ti por mi madre.

Fruncí el ceño, confundida.

—¿Por tu madre? ¿Y yo qué le hice? Ni siquiera la conozco, nunca me la presentaste porque te avergüenzas de mí.

—Yo no me avergüenzo de ti, jamás lo haría. Ningún hombre que te conozca podrá resistirse a las ganas de presumir que sale con una mujer tan preciosa e inigualable como tú.

Suspiró, y por un instante lo vi más humano que de costumbre. Incluso había cierta vulnerabilidad en su expresión.

—Mi madre sufre del corazón. A la única mujer que aprobaba en mi vida era Madison, no suele confiar en la gente con facilidad y por eso le cuesta aceptar nuevas personas en mi vida. Sufrió un infarto cuando alguien le envió una foto de nosotros dos juntos, porque para ella yo sólo debía estar con Madison. Aún no he descubierto quién envió la foto, la verdad últimamente están pasando muchas cosas raras

Abrí los ojos sorprendida. Recordaba que Ellie, la hermana de Luke había mencionado algo sobre su madre, pero jamás imaginé que la señora se infartó.

—No quiero ser ave de mal agüero, pero… ¿qué pasará cuando se entere de que mataste a su adorada nuera?

Luke desvió la mirada hacia la neblina.

—Ya veré qué le digo más adelante.

Tragué saliva, incapaz de apartar la pesadez de mi pecho.

—No sé cómo sentirme. Me apena lo que le pasó a tu madre. Si no me hubiera ido de viaje contigo, ella no habría enfermado. Lo siento, Luke.

Él me miró severo y un tanto molesto, pero su tono de voz al hablarme fue muy suave.

—No te disculpes. Ni te sientas culpable, nena. La verdad es que yo nunca supe ponerle límites a mi madre y por eso se descontrola cuando no hago lo que quiere. Quise evitarle malos ratos, pero terminé causándotelos a ti, y no te lo merecías. Soy yo quien lo lamenta de verdad.

Me parecía mentira que las cosas hubieran cambiado tanto. Hacía unos días me ponía triste y de malas al pensar en él. Sin embargo Luke sólo estaba siendo un buen hijo al evitarle dolores de cabeza a su madre, aunque eso no cambiaba el hecho de que pudo haberme dicho las cosas como se debían, en lugar de volver con su ex.

—¿Es ese el egocéntrico coronel Luke que nunca se disculpa?

Sonrió con tristeza.

—Tú te mereces que baje cada estrella del cielo y la obligue a brillar para ti. ¿Por qué no habría de disculparme?

Lo miré en silencio, el pecho me cosquilleaba. Era tan bonito lo que acababa de decir que me costaba no saltar a sus brazos y decirle que lo adoraba.

Resiste, Adara.

—Pudimos ahorrarnos muchos malos ratos si me hubieras contado lo de tu madre.

—Lo sé —respondió—. Pero temía que, si lo hacía, no resistiría las ganas de estar contigo y terminaría pidiéndote que escapáramos juntos.

No pude evitar reírme un poco. La cueva permanecía en un silencio que sólo era rasgado por el eco de nuestras voces y el gruñido del viento que acariciaba el borde del acantilado. La neblina se movía con parsimonia, oscura y espesa, aguardando que decidiéramos el siguiente paso.

Él me miró con esos ojos capaces de desenredar la poca resistencia que quedaba en mí. Yo sabía que tarde o temprano volvería a caer en sus brazos, aunque intentara resistirme.

Recosté la cabeza a la pared y Luke se pegó a mí, no supe en qué momento me senté en sus piernas y él me abrazó con sus enormes brazos hasta que me fui quedando dormida.

—Quizá lo mejor sea dormir y resolver lo del acantilado de día.

—Es la mejor opción—murmuró y me dio un beso en el pelo.

—Buenas noches, mi coronel.

—Buenas noches preciosa, que tengas sueños calientes conmigo.

No respondí a eso, pero algo me decía que sí los tendría.

****

El amanecer se filtró en la cueva lentamente, había dormido bien a pesar de todo. Los brazos de Luke eran más cómodos que cualquier cama o colchón.

El silencio era tan extraño, tan absoluto, que me costó romper esa tranquilidad y levantarme.

Luke se puso en pie tras ver que me levanté.

—¿Dormiste bien? —preguntó interesado.

Alcé una ceja pícara y sonreí.

—Sus brazos siempre han sido muy cómodos mi coronel.

—Puedes dormir en ellos las noches que quieras.

Él caminó hacia la entrada de la cueva y se asomó. Parecía una estatua griega, imponente, musculosa y perfectamente tallada. Me acerqué a él, y me estremecí al ver el abismo de día. Sufría de vértigo y al ver lo que tenía en frente, algo dentro de mí se dobló.

Cinco puentes colgantes de madera conectaban el acantilado con otro que teníamos al frente. Los puentes se movían peligrosamente al ritmo del viento. Las sogas que los sostenían estaban tensas, pero algunas se veían gastadas y rugosas. Bajo los puentes había un lago inmenso y oscuro. En el acantilado de en frente se veía la torre a la que debíamos llegar.

Un nudo me apretó la garganta. El corazón se me aceleró tanto que sentí el eco en mis sienes. Me faltaba el aire, mis manos temblaban, y un mareo esporádico me obligó a aferrarme a la roca más cercana.

Luke me miró enseguida, al ver mi expresión aterrada.

—Nena, ¿estás bien?

Intenté responderle, pero lo primero que salió de mi boca fue un balbuceo.

—Sí... es que... sufro de vértigo. Saber que tenemos que atravesar ese puente me pone muy nerviosa.

Él se acercó, me alzó la mandíbula con su pulgar y me miró como si quisiera arrancar todos mis temores y arrojarlo al lago que teníamos al fondo.

—Ahora entiendo por qué el general King no quería poner el puente colgante en esta última etapa —dijo como si acabara de obtener el secreto de la vida—. Él insistía en que podíamos colocar un puente metálico, pero ya no había tiempo para cambiarlo. Él no quería que te enfrentaras a esto, pero te he visto sobreponerte a cosas peores. Yo sé que puedes, esto será pan comido para ti.

Negué con fuerza, le temía a las alturas desde que era niña y estaba segura que ese temor jamás se iría.

—No lo creo, Luke. Las alturas me aterran. Siento que no podré llegar a la torre y seré eliminada en el torneo.

Él soltó un suspiro pesado, me llevó hacia él y me abrazó fuertemente. No intenté apartarlo, lo necesitaba más que nunca. La ansiedad me estaba carcomiendo la mente y cada vez que miraba hacia los puentes, me sudaban las manos y quería salir corriendo para no tener que llegar al otro lado.

—Tú puedes con todo. Llegaste al ejército siendo una soldado que le tenía miedo hasta a levantar la cabeza y mirarme a los ojos. Odiabas correr, odiabas hacer esfuerzo extra, y no te iba bien en ningún entrenamiento. Y mírate ahora... estás dentro del top de mejores reclutas porque volviste a tener buen rendimiento y mejoraste tu evaluación general. Pasaste de tener una pésima puntería a ser la que casi siempre acierta en el blanco. No sabías golpear y ahora es difícil ganarte en un combate cuerpo a cuerpo. Te cansabas tras dar dos vueltas al campo y ahora eres la recluta más rápida.

Me temblaban los labios.

—Luke...

—Ganaste una competencia del toro mecánico a un montón de profesionales, ¿recuerdas? En la feria, las chicas contra las que competiste tenían mucha experiencia y aún así les ganaste y todo eso lo hiciste sin saber montar a caballo. No hay nada que no puedas lograr. Incluso rompiste las barreras de mi corazón, aunque yo juré que nunca nadie lo haría. Las derribaste todas, Adara. Y aquí me tienes, dispuesto a matar por ti, a soportar lo que sea por tí. Si tengo que llevarte en mis brazos para cruzar ese puente y demostrarte que soy invencible solo porque estás conmigo... entonces lo haré.

Las lágrimas brotaron sin control. Sentí cómo me quebraba de golpe. A ratos era difícil no quererlo. Luke me apretó aún más con sus brazos, como si quisiera dejarme claro que no estaba sola en eso.

—Eres un angelito con alma de acero. Así que adelante, soldado, demuéstrale a todos por qué fuiste capaz de derretir hasta mi corazón.

Hundí mi rostro en su pecho, dejando que su calor me devolviera un poco de coraje. Cuando me separé, respiré hondo y caminé hacia el puente que se conectaba con la cueva.

La madera crujió cuando puse un pie adelante, tuve que apretar los dedos contra las cuerdas que nos rodeaban y morderme los labios para no claudicar y abortar la misión. Avancé un paso y sentí que tarde o temprano iba a caerme. Sentía que un montón de voces me gritaban que no podría, que era una inútil, que el lago pronto me tragaría. Pero yo debía hacer oídos sordos a mis miedos y convencerme de que no necesitaba ser un fénix para volver de las cenizas, sólo tenía que ser valiente y confiar en mí misma.

—Estoy aquí —dijo Luke. Él me seguía para vigilar que nada me pasara—. No mires hacia abajo. Mira al frente, mira hacia la torre, no está tan lejos. Estamos cerca. Solo tienes que avanzar un par de metros más y saldremos de esto.

Obedecí, clavando mis ojos en la torre metálica que nos saludaba a lo lejos, con sus múltiples aristas y niveles. Mis manos se aferraban a las sogas ásperas, mis piernas temblaban, pero seguía caminando, ni siquiera sabía cómo lo estaba haciendo pero no paraba de avanzar. Una potente ráfaga de viento nos pegó de repente y el puente se movió peligrosamente. El corazón se me detuvo un segundo. Grité al sentir que estaba a punto de caer.

Me aferré con desesperación a una de las sogas y mi cuerpo se inclinó peligrosamente hacia el vacío. El vértigo se atoró en mi garganta, la bilis me quemó el esófago y quise vomitar. Pero de pronto una mano firme me sujetó por la cintura y me empujó hacia arriba, evitando que cayera.

—Mientras yo esté aquí, tú no caerás —murmuró Luke con esa fuerza inquebrantable que le caracterizaba—. Y si lo haces, te juro que saltaré contigo.

Me llené de fuerzas y seguí caminando, le agradecí a Luke por estar allí para salvarme una vez más.

Él me agarró una mano para que sintiera que seguía conmigo y no iba a dejar que nada me pasara. Cada metro avanzado disparaba mi miedo, pero Luke convertía ese infierno en algo soportable. El viento seguía golpeando caprichosamente al puente como si quisiera derribarlo.

Cuando por fin llegamos al otro lado, caí de rodillas en la tierra firme. Luke me levantó enseguida y me rodeó con sus gruesos brazos. Una euforia extraña me envolvió, como si hubiera ganado la competencia antes de tiempo. Luke me abrazó y yo le di un beso rápido en agradecimiento por lo que estaba haciendo por mí. Aún tenía mucho que reprocharle, pero me sentía tan aliviada que dejé mis rencores de lado por un rato.

Él me apretó contra su pecho y sus labios volvieron a estar tan cerca de los míos que casi pude saborearlos.

Pero la paz de acabó y unos brazos me alejaron de Luke. Solté un grito ahogado y noté que Evan me sostenía maliciosamente, acompañado de dos soldados armados con ametralladoras.

El aire se volvió espeso, imposible de respirar.

—¡Suéltala! —rugió Luke, con una voz tan peligrosa que incluso los soldados retrocedieron un paso.

Pero Evan sonrió con malicia, hundiendo más sus dedos en mis brazos.

—Tranquilo, coronel. Solo venía a salvar a Adara, a su lado siempre corre peligro.

Pero yo me harté y le metí un codazo en la cara, luego le patee las bolas. Evan me miró indignado, pero yo estaba harta de sus estupideces. Luke tenía razón, aquel rubio era un completo pendejo.

Luke aprovechó la distracción que cree para librarse de los dos soldados, les metió un par de puñetazos y los dejó inconscientes con mucha facilidad. Evan y los otros dos tipos perdieron el conocimiento casi a la segunda trompada que él les propinó en la cara.

Cuando Luke estaba a punto de lanzar a los tres al vacío le pedí que no lo hiciera, él parecía decepcionado de que quisiera salvarlos. En su lugar se las ingenió para atarlos con varias cuerdas que encontró y allí los dejó.

Finalmente llegamos a la torre metálica, que tendría unos seis o siete metros de altura. Junto a ella había una escalera por la que debíamos ascender, ya que un letrero lo indicaba

Ascendimos por la escalera en un silencio, que apenas era interrumpido por el eco de nuestras botas contra cada peldaño. El frío de la mañana nos envolvía con ráfagas que golpeaban el metal y lo hacían vibrar. Mis manos sudaban, el vértigo todavía me castigaba un poco pero la presencia de Luke tras de mí, me daba el valor suficiente para seguir subiendo.

Cuando llegamos a la cima, encontramos un papel clavado entre dos remaches oxidados. Lo arranqué con manos temblorosas y leí en voz alta:

“Ahora deben descender de la torre utilizando los arneses y cuerda disponibles para ganar.”

El corazón me dio un vuelco. Apenas había logrado vencer el desafió del puente colgante, y ahora el destino me ponía otra prueba peor. Luke se acercó, previendo que estaba nerviosa.

—Felicidades, soldado —dijo, su voz grave y orgullosa—. Estoy muy orgulloso de usted, es hora de descender y ganar la competencia.

—¿Si bajo primero seré la ganadora del torneo, verdad?

—Tú ya eres una ganadora, tu desempeño te ha convertido en ello.

El calor me llenó el pecho de inmediato, como si esas palabras hubieran derretido el frío que me congelaba cada vez que estaba asustada. Me coloqué el arnés de seguridad y preparé las cuerdas tal y como nos explicaron en el ejército. Cuando estaba a punto de lanzarme al vacío, mis piernas se doblaron un poco al ver ver lo que me esperaba. Ni siquiera pude disfrutar de la vista, por estar repleta de nervios.

—Solo tienes que saltar, no es tan difícil. Tú puedes— susurré—… ¿Lo veo al llegar abajo mi coronel?

—Por supuesto que sí nena, pero debes ser quien baje primero si quieres ganar.

Y como no quería extender más la tortura me dejé ir, apoyé un pie en la baranda para descender como nos habían explicado en los entrenamientos, pero en cuanto mis botas tocaron el metal sentí un tirón brusco y noté que la cuerda se rasgó y me lanzó al vacío, directo a una muerte segura.

—¡Luke! —chillé desesperada.

Estaba cayendo y mi muerte era inminente. Me quedé sin aire y pataleé en el aire, tratando de aferrarme a algo que me impidiera seguir cayendo. Pero al segundo siguiente noté que Luke saltó al vacío como un héroe dispuesto a todo por mí, él trató de engancharme con otra cuerda que tenía en sus manos, pero no consiguió hacerlo. Todo ocurría tan rápido que mi mente apenas podía procesar lo que estaba pasando.

Fueron momentos de angustia en los que él trataba de agarrarme, pero no lo conseguía. Luke gruñía, lanzaba el gancho metálico para capturarme, gritaba en voz alta dándose ánimo, se insultaba y me decía que no se rendiría.

Cerré los ojos aceptando mi destino. Me despedí de mis padres y me pregunté qué sentiría al volver a ver a Santiago. Quizás nos encontráramos pronto, pero no quería dejar a Luke. Quería seguir viviendo, desafiar la gravedad y pelear contra el viento para sobrevivir.

Estiré los brazos hacia Luke como pude, él al ver mi último esfuerzo lanzó el gancho con toda la potencia que le quedaba y ocurrió el milagro. Luke pudo anclarme a su cuerpo, cerró el broche metálico en mi arnés y me salvó la vida.

El coronel me estrujó con una fuerza feroz, como si no pudiera creer que me había salvado. Lucía nervioso, tenso, su cuerpo temblaba casi tanto como el mío.

Me apreté contra su pecho, sollozando, mientras él maniobraba con desesperación porque seguíamos cayendo sin control. La cuerda que nos sostenía no lograba estabilizarse, por ello girábamos violentamente hacia abajo.

El cuerpo de Luke se estrelló contra el metal y la fricción le estaba destrozando la espalda al descender, haciendo que contrajera varios aullidos de dolor. Estaba desesperada por ayudarlo.

Noté cómo su espalda crujía contra la superficie, cómo la fricción le arrancaba gemidos de dolor y él por estar tratando de que yo no recibiera ningún golpe soportaba todo como si estuviese hecho de hacerlo.

—¡Luke, por favor déjame ayudarte y recibir algunos golpes, no quiero que sigas sufriendo!

Él apretó más mi cintura como dándome a entender que no iba a permitir que nada me hiriera, su voz ronca me acarició el oído.

—Te tengo, nena… no voy a soltarte. No te preocupes por mí, merezco este dolor por todo lo que te hice.

La cuerda finalmente se estabilizó tras varios rebotes que por poco le trituran los huesos. Aquel descenso fue horrible, ver a Luke girando y haciendo lo posible para que los tubos metálicos sólo le pegaran a él y no a mí, me resultó traumático. Me aferré a su rostro con ambas manos, buscando sus ojos.

—¿Estás bien? —pregunté con la voz rota.

Él no contestó de inmediato. Solo me miró con esa intensidad que me atravesaba, como si quisiera grabar mi imagen en lo más profundo de su alma para llevarla consigo en caso de que algo nos separara. Entonces, sin poder contenerme más, lo besé. Fue un beso intenso, desesperado, en el que derramé toda la gratitud, el miedo y el amor que sentía por él.

Cuando me aparté jadeando, sus labios aún buscaban los míos. Era extraño cómo sus acciones habían sido tan cambiantes en esos días. Pasó de romperme el corazón a salvarme la vida como 4 veces en menos de un día.

—Gracias por salvarme —murmuré, temblando.

Su sonrisa fue breve y apagada.

—Espero que con esto te quede claro —susurró con voz ronca— que haría cualquier cosa por ti, incluso saltar al vacío y morir a tu lado.

Cuando toqué tierra, un avión de combate se replegó en el cielo.

Era la ganadora del torneo, pero a un costo muy amargo, pues cuando Luke bajó noté que su ropa estaba llena de sangre, él estaba herido de gravedad. Luego le vi perder el conocimiento y supe que las victorias en mi vida, nunca durarían lo suficiente.

Rompí en llanto y corrí hacia él.

Capítulo 31

Adara

Estábamos en la sala de urgencias y yo no podía dejar de llorar. Aún tenía la sangre seca de Luke en mis manos, me manché los dedos cuando me acerqué a él y lo abracé desesperada para que volviera en sí. La exclusiva clínica a la que había sido trasladado por órdenes de mi padre, no tenía tanto movimiento a esa hora del día. Sospechaba que papá ordenó que la vaciaran para que pudiésemos esperar las novedades en paz, sin tanta gente allí metida. Era algo que le agradecía.

No sabía cuánto tiempo había pasado desde que lo ingresaron, pero sentía que había sido demasiado. Me desesperaba no tener novedades sobre su estado. Me rasqué los brazos con las uñas hasta que la piel se me puso roja y papá me agarró los brazos para evitar que siguiera lastimándome.

Ya había vivido eso antes y el resultado había sido catastrófico. Tenía miedo de que en cualquier momento un doctor apareciera con noticias fatales. No lo soportaría, no de nuevo.

Luke no podía morirse, no iba a dejarme. Él daría pelea.

Tenía el rostro enterrado en el regazo de mi padre, lloraba como cuando era pequeña y la oscuridad me aterrorizaba.

En aquel entonces, él solía acariciarme el cabello y me repetía que la luz existía con el único propósito de asustar a la oscuridad, que cada vez que la necesitara ella me encontraría. Durante años creí que sí, que las sombras se espantarían cuando algo brillara y les tendiera la mano. Y siempre me apegué a sus palabras cuando las cosas se ponían difíciles.

—Papá —susurré con la voz entrecortada, había llorado tanto que apenas y podía conmigo misma—, no quiero pasar de nuevo por esto. No quiero que alguien más muera por mi culpa.

Sentí que la desesperación me desgarraba la garganta y por eso me quedé callada. Papá, que hasta entonces había guardado silencio mientras me dejaba llorar porque sabía que lo necesitaba, me abrazó con más fuerza y pasó las manos por mi pelo con ese amor paternal e infinito que sólo él podía brindarme.

—¿Te puedo contar una historia? —preguntó con suavidad, como si temiera que su voz me lastimara.

—Dime lo que sea que me ayude a convencerme de que Luke sanará, de que no lo perderé como a Santiago por favor papá. Necesito sentir que hay esperanza.

Él suspiró con fuerza y acomodó mi cabeza contra su pecho, como si quisiera darme a entender que no estaba sola en mi angustia. Que contaba con él y que si no existían ningún tipo de esperanza para Luke, él la crearía.

—Había una vez una mariposa que le tenía miedo a volar —empezó—, porque cada vez que lo hacía, el viento la empujaba hacia el infierno y sus alas se quemaban. Un día, mientras luchaba contra la peor ventisca posible, cayó en el círculo más oscuro del inframundo y fue así como lo conoció. Él era el demonio más peligroso que existía. Los de su clase lo llamaban monstruo y todos le temían porque era capaz de destruirlos con una sola mirada. Él no conocía el amor, le asqueaba la luz, y cuando la vio; pensó en destruirla porque era tan pura que temía ser contaminado por el brillo que ella emanaba.

Yo cerré los ojos, imaginando a esa mariposa con alas destrozadas que estaba a punto de enfrentar a un ser temible. No supe cómo, ni por qué, pero me sentí identificada con ella.

—La mariposa revoloteó alrededor de la bestia infernal, intrigada, porque nunca había visto un demonio en su vida y, a pesar de sus alas quemadas y de lo débil que estaba, se las ingenió para conseguir que él saliera de la fosa oscura en la que vivía sólo para admirarla. Lo hacía reír con sus ocurrencias, le atraía su valentía y belleza, y fue así como empezó a enamorarse de la luz que tanto repelús le provocaba—continuó mi padre—. El tiempo pasó, y la mariposa le enseñó al demonio que no importara si pertenecieras a la luz o a la oscuridad porque también tenías derecho de ser feliz, le mostró que no importaba cuántas veces el mundo incendiara sus alas, ella siempre hallaría una forma de volver a volar. Ella le enseñó a tener esperanzas, a no rechazar algo por ser diferente...

Su voz bajó unos tonos más, como si aquella no fuera una simple historia, sino el relato más importante de su vida.

—Ella le ayudó a descubrir que también podía ser bueno, lo llevó a perdonarse por los errores que lo atormentaban y por culpas que no le pertenecían. Y aunque en ocasiones esa mariposa también se equivocaba, él la amaba más allá de lo que podía ser escrito con palabras, de lo que el hombre podía pronunciar. Pero los otros demonios, cegados por la envidia, intentaron separarlos, les pusieron cientos de obstáculos en el camino. Hicieron lo posible para alejarlos y sembraron mentiras a su alrededor. Y cuando el demonio estaba a punto de confesarle a la mariposa lo que sentía, alguien apareció de la nada, arrancó las alas de la mariposa y la empujó por un acantilado. Ella cayó al mar, y era cuestión de tiempo para que muriera.

Lo miré ansiosa, no estaba de ánimos para escuchar que aquella historia tan increíble tenía final feliz.

—El demonio ni siquiera lo pensó. Saltó al vacío para salvar a su mariposa y por fortuna logró rescatarla. Esa noche ambos abrieron su corazón y se prometieron luchar para seguir juntos. Esa mariposa es tu madre, cuando vi que cayó al mar, ni siquiera lo pensé. Salté a las fauces de la muerte dispuesto a todo por salvarla. No puedo evitar encontrar un paralelismo entre lo que Luke hizo hoy por ti y lo que yo hice por tu madre aquella vez. Cuando tu arnés se rompió, el coronel ni siquiera lo pensó, saltó al vacío a pesar de que su arnés también podía estar dañado. Luke eligió morir contigo a estar sin ti. ¿De verdad crees que un hombre capaz de algo así se dejará atrapar tan fácil por la muerte?

Quise creer en sus palabras, pero estaba tan desanimada que sólo podía pensar en que los milagros rara vez estaban de mi parte. No vi nada bien a Luke cuando aterrizamos, él convulsionó varias veces mientras lo llevaban en la ambulancia. Vi el rostro de los paramédicos al tratarlo, no necesitaba ser una doctora para saber lo que ellos anticipaban.

—A veces siento que yo soy el albatros, un ave que trae mala suerte a todos los hombres que llegan a sentir cariño por mí—confesé, con un nudo en la garganta.

Él acarició mi rostro con ternura, como cuando era niña y lloraba en sus brazos.

—Hija mía, perdóname por decírtelo, pero Luke es mucho más resistente que Santiago, creo que tu hermana también te lo ha dicho porque me contó sobre tus preocupaciones respecto a entrar en una relación con Luke. Puede que los golpes que sufrió hayan sido bastante potentes, pero algo me dice que él va a estar bien. Los militares somos más duros de lo que parece.

Negué con la cabeza y las lágrimas volvieron a embarrar mi cara. No podía sacar de mi mente los espantosos golpes que vi en su rostro el crujido que producían sus huesos cada vez que las inestables cuerdas lo estrellaban contra los tubos metálicos de la torre. Estaba aterrada de que el doctor saliera con malas noticias. Me costaba respirar y me ardía la nariz.

—No sé qué será de mí si algo le pasa. Me salvó tantas veces que siento que no merezco estar aquí.

Mi padre me apretó contra su pecho con más fuerza.

—Me gustaría que dejaras de culparte por las elecciones de otros y que te dieras cuenta de lo valiosa que eres para las personas que te conocen, todos te queremos tanto que llegamos hasta las últimas instancias porque deseamos que sigas en nuestras vidas. Te juro que cuando vi que estabas cayendo estuve a punto de lanzarme por la ventana. Me sentí impotente, no podía creer que algo así te ocurriera a pesar de todas las medidas de seguridad que implementé. Me sentí un mal padre por permitir que compitieras estando convaleciente, pero cuando vi a Luke saltar un segundo después que tú, supe que estarías a salvo. En la central estaban transmitiendo el torneo y hubieras visto la reacción colectiva de todos, saltaron y gritaban apoyando a Luke. La mayoría me dijo que tenía un tremendo nuero y debo reconocer que sí. Esta mañana, cuando fue a hablar conmigo para pedirme que le permitiera entrar al torneo; porque quería protegerte, entendí que él haría lo que fuera por ti, y le di un voto de confianza a pesar de que él te había fallado todas estas semanas.

Me estremecí recordando que el coronel solía mirarme como si estuviese dispuesto a enfrentar una jauría de leones con tal de preservar mi vida. Hacía de todo por mí, a pesar de su carácter áspero, de su personalidad mandona y controladora. Luke sí me quería y eso era evidente hasta para mi padre, que solía mostrarle su cara más ruda a cualquier hombre con el que saliera.

Noah apareció en el pasillo con una expresión sombría y los hombros hundidos. Se dejó caer en el asiento contiguo, con un café en las manos. Había algunos golpes en su cara, Noah era el capitán adjunto de Luke, así como Madison lo era para Calvin. Era normal que también estuviese hecho polvo.

—Luke realmente te quiere, Adara —murmuró con voz apagada—. Nunca lo había visto sacrificar nada por nadie. Él es el tipo de persona que si te equivocas y mueres, le dice a tu familia que lo merecías por no hacer las cosas como se debía. En pocas palabras le da a entender a quienes te quisieron en vida, que te moriste por inútil. Él no se sacrifica por nadie, no se arriesga por nadie, no se muestra débil ante nadie. Él fue quien te rescató de la turba que te persiguió en Italia y te llevó al hospital.

Sentí que el aire se me escapaba de los pulmones. Un sollozo desgarrador escapó de mi boca y me refugié en el regazo de mi padre con más desesperación. Ese día en Italia estuve a punto de sufrir algo horrible y nunca supe quién me había rescatado de todo.

Ahora lo sabía y eso me hacía sentir peor.

Por eso Luke me miró con tanta intensidad cuando lo vi por primera vez, él me reconoció.

—Noah, llevo rato tratando de calmarla por favor no lo arruines —lo reprendió papá con severidad.

Noah levantó las manos con torpeza y se llevó el vaso desechable de café a la boca.

—Disculpe, señor King. Es que estoy atónito. Nunca creí que él sería capaz de algo así por Adara. A fin de cuentas, él...es el hijo de...

—Él es el hijo de una mujer que me odia —lo interrumpió papá, con el rostro endurecido—. Una que seguramente lo ha envenenado en mi contra durante años.

Me limpié las lágrimas con el dorso de la mano y lo miré confundida.

—¿Por qué la mamá de Luke te odia?

Mi padre se recostó hacia atrás, como si llevara mucho tiempo esperando responder a esa pregunta.

—Ella piensa que yo destruí su vida, pero la realidad es que fueron las decisiones que tomó las que lo hicieron. Nunca le he hecho nada.

Un escalofrío me recorrió al imaginar la juventud de Luke marcada por ese rencor.

—¿Entonces Luke te odia también? —pregunté en un susurro.

Papá permaneció imposible.

—No podría juzgarlo si lo hiciera. Creció escuchando que yo le arruiné la vida a su familia. Aunque realmente no importa si me odia, lo que Luke hizo hoy me demostró que te adora y eso para mí es suficiente. Que me mande a la mierda si quiere, te salvó y estaré agradecido cada día de mi vida con él. No seré ni el primer, ni el último suegro que no se lleva bien con su yerno.

—Ahora lo entiendo todo... por eso Luke se apartó de mí, porque no quería tener problemas con su madre.

—La madre de Luke es casi sagrada para él y odia a los King. He visto cómo se pone cuando lo menciona a usted señor King. Una vez destrozó una taza con las manos porque a su hija se le ocurrió decir que era fanática de Stephen King. Ella no soporta ni que mencionen el apellido.

¿Por qué la mamá de Luke odia a mi padre?

—Lo sé, está mal de la cabeza. Ella jura que yo me la paso persiguiéndola para dañarla. ¿Por qué habría de hacerlo? Vivo feliz con mi mujer y mis hijos. Tengo una carrera estable y todos los que amo están bien. No tendría por qué hacerle algo.

—Por eso la mamá de Luke se infartó —murmuré, con la voz ahogada por la desesperación—. Descubrir que él y yo estábamos saliendo fue demasiado para ella. A fin de cuentas, soy la hija del hombre que tanto detesta. No entiendo por qué Luke no me dijo la razón real.

—Supongo que no quería que te sintieras mal, te conoce y sabe que sueles culparte hasta del calentamiento Global. Cuando Luke vio que Madison se envenenó creo que hizo corto circuito y se dio cuenta de lo importante que eras para él y que incluso si su madre se oponía, él quería estar contigo. Estaba tan desesperado por ti, cuando me llamó para pedirme que revisara las cámaras de seguridad, que creí que estaba a punto de ponerse a llorar. Se le escuchaba tan abrumado y triste que yo quedé en shock al oírlo así.

—¿A la mamá de Luke le dio un infarto? ¿Y Luke le cree? ¿No estará fingiendo estar mal para manipularlo? —inquirió papá, aflojándose el botón superior de la camisa gris.

Me encogí en la silla, pensar que existiera una madre capaz de algo así me dejaba sin palabras. Crecí con una mamá tan amorosa y comprensiva, que me costaba creer que todas no fueran como ella.

—¿Crees que ella sería capaz de fingir un ataque al corazón? Se me hace muy turbio y enfermizo.

—Conozco a Eleanor Dupont lo suficiente, como para saber que es capaz de lo que sea para manipular a sus hijos y quedar como la víctima.

Agité la cabeza, si mi padre tenía razón, la madre de Luke era una persona horrible que me daría muchos problemas si más adelante formalizaba con él.

—¿De verdad alguien le mentiría a ese nivel a su propio hijo? —pregunté con incredulidad, como si necesitara que alguien me dijera que estaba equivocada.

Papá entrelazó sus manos y exhaló un lánguido suspiro.

—Te sorprendería de lo que son capaces algunas personas.

Antes de que pudiera responderle, la puerta se abrió y el médico salió con el rostro endurecido. Algo en su cara seria no auguraba nada bueno. Temblé en mi puesto y papá tomó mi mano derecha y la apretó entre las suyas. Me recosté a su hombro y empecé a llorar de nuevo. No estaba lista para escuchar cómo estaba Luke, me sentía al borde de un ataque de pánico. Me sudaban las manos, tragaba saliva una y otra vez y me mordí los labios a punto de colapsar mentalmente.

Mi padre se puso en pie, me instó a hacer lo mismo, me abrazó y me repitió que todo iba a estar bien.

—El paciente tiene varios coágulos en la cabeza, debemos operarlo de emergencia o...mo....

—No te atrevas a terminar la frase —interrumpió papá, con una dureza que heló la sangre en mis venas—. Sálvalo o me encargaré de que vayas a acompañarlo en caso de que no salga bien.

El médico tragó saliva, bajó la cabeza y respondió algo corto.

—Sí, señor.

Lo vi alejarse y sentí que las paredes del hospital me asfixiaban. Pasaba mi mano por la cabeza de cabo a rabo, me la pasaba yendo al baño cada vez más nerviosa. Tenía los dedos entumecidos aunque la temperatura del aire acondicionado no fuer tan baja.

El tiempo se volvió una tortura, pasaron un montón de horas y fui a una capilla de la clínica para rezar. No era la más religiosa, pero necesitaba sentir en aquel momento que alguien en las alturas podía escucharme.

—Querido Dios, sé que durante este año que pasó tú y yo hemos estado un poco alejados. O más bien yo me he apartado de ti. Debo reconocer que estaba molesta contigo por quitarme a Santiago, no entendía por qué te lo habías llevado y aún no puedo hacerlo. No sé si estemos en buenos términos y te pido perdón porque a pesar de ello he venido a pedirte que me ayudes. Sonaré un poco berrinchuda pero...¿No te parece que con llevarte a Santiago fue suficiente? ¿Por qué quieres quitarme a Luke también? Por favor no me hagas esto, te lo suplico—Mis lágrimas cayeron sobre la baranda caoba en la que estaba reclinada—. Sé que esta no es la mejor manera de pedirte que lo salves, pero no puedo irme de aquí sin exponer las razones por las que no merezco que mates a Luke. ¿Sigo siendo virgen sabes? Ni siquiera he caído en tentación con él y la verdad es que, te pido que valores un poquito más eso, porque otra ya habría hecho cositas con él. Por favor no te lo lleves, Luke es la razón por la que pude levantarme después de lo de Santi. ¿Si me lo quitas qué haré?

—Esa es la manera más peculiar que he oído, de pedirle a Dios que salve a quien quieres—Voltee la mirada y me encontré a un sacerdote muy joven, alto de ojos claros y cabello negro, que transmitía mucha bondad—. Pero Dios siempre nos escucha, aunque en ocasiones sintamos que sólo nos envía sufrimiento, pide con fe y él te escuchará.

—Padre, ¿siempre anda escuchando peticiones ajenas?

El sacerdote se rio, puso la Biblia que portaba en una mesita cerca de la puerta. Yo apoyé una rodilla sobre el reclinatorio, me levanté, acto seguido me sequé las lágrimas con un pañuelo que papá me había entregado antes de irme para la capilla.

—Iba pasando por aquí y escuché tu petición y vine a decirte que tengas fe y el hombre que quieres se recuperará—aclaró el párroco—. Dios nunca hace oídos sordos cuando sus hijos lo necesitan

—¿Alguna vez se ha enamorado padre?

El sacerdote carraspeó y su mirada se apagó. Se puso triste en cuanto me oyó.

—Todo en algún punto de la vida nos hemos enamorado de alguien, los sacerdotes somos simples humanos constantemente expuestos al corrupto aroma del pecado—externó.

—Suena usted como que tiene mal de amores, padre. Con todo respeto, cuénteme a ver si me relajo un poco porque estoy hecha polvo. Escuchar sobre los problemas ajenos, quizá me haga sentir menos miserable.

—Que pases buenas tardes hija, y que tu novio se recupere—concluyó y me dio la espalda.

—¿Por qué me dice hija, si tiene casi mi edad? —Él no me respondió.

El cura se marchó y yo me persigné. Al menos conversar con el sacerdote apagó momentáneamente mi estrés.

Al volver me refugié de nuevo en el hombro de mi papá, incapaz de controlar el sollozo cuando regresé a la sala de urgencias. Mientras estaba lejos de aquel deprimente lugar, mi mente se convencía de que no me encontraba en una clínica, que Luke no estaba siendo operado y que todo estaba bien.

—¿Qué voy a hacer sin Luke? —mi voz volvió a quebrarse por millonésima vez en el día—. ¿Por qué siempre pongo en riesgo de muerte a los hombres con los que salgo? ¿Acaso estoy maldita?

Papá me rodeó con sus brazos, y aunque su abrazo era firme, su voz fue tan suave como un susurro.

—La vida es así, hija mía. Hay ocasiones en las que sentimos que todo es nuestra culpa, pero lo cierto es que nada de lo que pasó fue tu responsabilidad. No te tortures por aquello que se escapa de tus manos. No tenías forma de saber que ese arnés iba a reventarse. Tú no causaste esto y te prometo que investigaré qué pasó, y en caso de que exista un culpable este recibirá su merecido.

Me limpié el rostro con torpeza, aunque las lágrimas no dejaban de caer. Noah seguía al lado de papá, pero no parecía que hubieran conversado mucho en mi ausencia.

—¿No le avisarán a la mamá de Luke? —quiso saber el capitán

Papá se enderezó y clavó sus ojos sagaces en el hijo del presidente de Estados Unidos.

—Le avisaremos después. Ella solo vendrá aquí a dar problemas, la conozco lo suficiente para saberlo.

—Para Luke sería importante que su madre estuviera aquí —susurré, mordiéndome el labio con impotencia.

Noah negó con la cabeza, y sus ojos reflejaron la misma incomodidad que segundos atrás había visto en las pupilas de mi padre.

—Creo que tu papá tiene razón. No conoces a la mamá de Luke. Es una señora muy difícil de sobrellevar. Armará un escándalo apoteósico y te echará la culpa de todo. Creo que ya pasaste por eso una vez, no creo que quieras repetirlo.

La discusión murió allí, los tres estábamos de acuerdo en que no queríamos más estrés en ese momento.

Pasaron muchísimas horas, lloré, caminé por el pasillo una y otra vez. Fui a recepción cada 5 minutos con la esperanza de tener novedades. Mi padre tuvo que obligarme a comer algo. Fui a la central a cambiarme de ropa, me bañé y luego regresé. Estar en la sede militar fue durísimo porque rompí en llanto varias veces. Pensé que todos me juzgarían por ser la responsable de lo que le pasó al coronel, pero recibí abrazos y palabras de aliento. Estaba preocupada por Luke y por Laura que había sido acuchillada. Aunque los doctores decían que ella sí se recuperaría pronto.

Regresé a la clínica y me senté a la espera de novedades, sentía que el tiempo pasaba lentamente.

Cuando finalmente el doctor salió de cirugía me puse de pie de golpe, con las piernas temblorosas.

—¿Cómo está Luke?

El médico respiró hondo, lucía cansado y visiblemente tenso.

—Fueron horas difíciles. Tuvimos que contener una hemorragia y estuvimos a punto de perderlo. Sin embargo, el paciente…

—¿Cuándo podré verlo? —lo interrumpí, incapaz de soportar su voz pausada.

El silencio que siguió fue más cruel que cualquier palabra.

—Lamento decirle que el paciente se encuentra en coma.

Sentí que alguien agarró mi corazón y lo partió en millones de pedazos con una espada oxidada untada de veneno. La bilis me subió a la garganta y estuve a punto de desvanecerme, pero mi padre me sostuvo.

Fue como si me hubieran exiliado de mi propio cuerpo, mis manos estaban allí, mis piernas seguían sosteniéndome, mi corazón seguía latiendo, pero mi alma seguía cayendo de la torre hacia una fosa sin fin. Parpadeé y me dejé ir sobre el suelo, las lágrimas mojaron la baldosa cuando agité el rostro en negación. Mi padre me levantó y me pidió que escuchara lo que tenía que decir el doctor, que estaba seguro de que había una solución.

—Pero no será permanente lo que le pasa a Luke, ¿verdad? ¿Cuándo despertará el coronel? —mi voz era un quejido débil que apenas y lograba tener el volumen suficiente para ser escuchado—. Este es uno de esos casos en los que el paciente es inducido al coma para que se recupere sin sufrir, ¿cierto?

El doctor bajó la cabeza.

—Lo siento, señorita King. El paciente está en coma debido a su mal estado de salud. No sabemos cuándo despertara o si algún día pueda hacerlo.

Luke estaba en coma y eso era mi culpa.

Capítulo 32

Adara

—Es mi culpa —grité, con la voz rota—. Laura casi muere tratando de protegerme, y ahora Luke.

Noah se posicionó a unos centímetros de mí.

—Estando en el ejército, nuestras vidas siempre estarán en riesgo y nada de eso es tu culpa, Ada.

—En este caso sí —repliqué, hecha un mar de lágrimas—, porque tanto Luke como Laura fueron heridos al tratar de protegerme.

Mi hermana Anabella, apareció con mi madre y mis hermanos Dante y Damián. Todos me observaron fugazmente, como si no quisieran demostrar que sentían lástima por mí.

—¿Otra vez culpándote por cosas que no causaste?

Negué con la cabeza, ella nunca comprendería lo que yo sentía.

—Es fácil juzgarme, pero jamás has estado en mi posición. No sabes lo que se siente ver cómo las personas que te quieren sufren por tratar de protegerte.

Anabella cruzó los brazos y tomó mi mano derecha entre las suyas.

—Tienes razón, no sé lo que se siente. Pero ¿sabes qué sí sé? Que tú no querías que les pasara eso, que tú no querías que Laura y Luke fueran heridos. No estás festejando mientras él se encuentra convaleciente. ¿Acaso no le tienes fe a tu hombre? ¿Crees que él dejará que una simple caída lo mate y evite que puedan estar juntos?

Me mordí el labio frustrada, sabía que tenían razón pero me costaba mucho salir de ese estado derrotista en el que estaba. Yo sólo vislumbraba puertas cerradas en mi futuro.

—Bueno, bueno —intervino mamá, alzando las manos como si quisiera detener una tormenta—. Dejemos que Adara se desahogue, llore y se queje todo lo que quiera, tiene derecho a hacerlo. Tampoco le hace bien que intenten reprimirla. El cuerpo necesita llorar, la mente necesita quejarse, el dolor tiene que salir de alguna manera.

Se acercó a mí y me envolvió entre sus brazos. Sentí su perfume y, por un instante, la angustia cedió un poco.

—Mamá, gracias por estar aquí.

—¿Cómo no habría de estarlo? —me susurró al oído—. Tu padre no me dijo que estarías en el torneo para que no me pusiera nerviosa, quería llevarse el gusto de verte competir y ganar él solo, pero me enteré por Dereck de lo que pasó y vine a verte.

El peso del dolor seguía anclado en mi pecho, pero la presencia de ella me sostuvo. Y mientras me refugiaba en su abrazo, me di cuenta de que quizá mamá me entendía más que cualquiera en esa habitación. Mamá era la mariposa del relato que mi padre me contó.

Yo sabía que ellos habían tenido que luchar mucho para poder estar juntos, que mi madre incluso fue reina de belleza y que papá tuvo que derrocar al director de la CIA cuando este trataba de implantar una dictadura en el país y que todo eso lo hizo mientras trataba de ser feliz con mamá. No tenía tantos detalles al respecto, pero de lo que sí tenía conocimiento era de que aquel hombre llamado Logan Thorne casi les destruye la vida a mis padres.

****

Pasaron tres largas semanas y Luke seguía sin despertar. Iba todos los días a verlo y me quedaba durante horas a su lado, hablándole, rogando que volviera.

Me senté al borde de la cama y me puse a llorar, verlo así inmóvil y prácticamente muerto me estaba destrozando. Los doctores decían que la actividad cerebral de Luke estaba bajando y que, si seguía así, pronto llegaría al punto en el que lo mejor sería desconectarlo.

De más estaba decir que tanto mi padre como yo, amenazamos al médico con clausurar la clínica si se les ocurría quitarle un solo cable a Luke.

Los soldados se turnaban para llevarle ramos, los cuales eran dejados en la puerta porque no podían estar dentro de su habitación por indicaciones médicas.

Papá nos había enviado a todos los soldados de la central de Washington de vacaciones durante un mes, antes de la graduación militar. Supuse que él tenía la esperanza de que Luke volviera en sí, mientras estábamos libres. Me ponía nerviosa cada vez que el celular sonaba, porque me aterraba que llamaran para darnos malas noticias respecto al estado de salud de Luke.

—Hola, mi amor… —susurré con la voz quebrada, y de inmediato las lágrimas me nublaron los ojos—. Tristemente nunca pude decirte así mientras estabas consciente.

Apreté la sábana con fuerza, deseando que aquel leve movimiento le reestableciera de alguna forma. Mi garganta ardía y el corazón me golpeaba con una desesperación que no podía calmar, porque era un dolor que iba más allá de lo físico y no sabía cómo definirlo. Era como si de alguna manera mi alma se hubiera vuelto tangible y la ausencia de Luke la destazara constantemente.

—Papá nos dio un mes de vacaciones a todos después de lo que pasó, pero nada parece tener sentido desde que no estás. Los soldados han estado muy pendientes de ti, vienen te dejan flores, incluso rezan por ti… Todos desean que te recuperes y están orgullosos de lo valiente y aguerrido que fuiste al salvarme. Me gustaría decirte que estoy bien, que sé que despertarás y que la esperanza de saber que volverás conmigo me sostiene, pero la realidad es que vivo atrapada en una pesadilla de la que sólo tú puedes despertarme.

Me incliné sobre él, acaricié su mano fría y tuve que ahogar otro sollozo. Los aparatos a su alrededor emitían pitidos rítmicos que me irritaban porque aquella música macabra me recordaba que la vida de Luke dependía de ellos.

—Te suplico que vuelvas, mi coronel. Abre esos hermosos ojos verdes y mírame como lo hacías, regáñame como te gustaba hacerlo, prohíbeme mirar a otros hombres o inventa cualquier excusa absurda para hacer que sólo tenga ojos para ti, haz lo que quieras pero por favor regresa con nosotros. Ni siquiera Noah es capaz de reír, bromear o decir las estupideces de antes. El mundo entero parece haberse apagado contigo y ninguno de nosotros sabe cómo encenderlo.

Me quebré, cubriendo mis labios con la palma de mi mano para llorar a todo pulmón.

—Solo te pido que regreses, Luke. Por favor, vuelve conmigo. ¿Qué tengo que hacer para que abra los ojos, coronel?

Mi voz se transformó en un susurro cargado de impotencia, de angustia, de una desesperanza que no tenía fin. Besé sus nudillos con la desesperación de quien no sabía cómo hacer que el hombre que tanto le gustaba, volviera a la vida.

—Aún no le hemos dicho a tu madre lo que te pasó. Tu hermana sí lo sabe, y por eso se mudó a vivir con mi familia, mis padres se mudaron a la ciudad desde que caíste en coma y junto con mis hermanos hemos estado pendientes de ti. Es lo menos que podemos hacer por ti. Papá insiste en que si tu madre se entera, vendrá a sacarte de aquí y te llevará a otro sitio, aunque eso ponga en riesgo tu vida. Perdónanos por eso, pero no podemos permitir que nada ponga en peligro tu recuperación.

Me pasé la mano por el rostro empapado en lágrimas. Cada palabra dicha me desgarraba más que la anterior, hablarle sabiendo que no me respondería, que no despertaría, se sentía como arrancarme la piel y después echarle sal a lo que quedara en su lugar.

—Le dijeron a tu madre que estabas en una misión especial en Francia… —me detuve para tomar aire, cada vez que iba a verlo no hacía otra cosa que llorar—. Te alegrará saber que Evan fue expulsado del ejército y aunque su padre insiste en que todo fue un malentendido, le abrieron un caso penal y está preso. Papá ni siquiera le contesta las llamadas al general Lennox, es cuestión de tiempo para que Evan sea enjuiciado. Calvin también fue expulsado y tengo entendido que se encuentran en la misma prisión. Y Laura… bueno mi amiga sigue evolucionando, perdió mucha sangre y hubo momentos críticos, pero ya está mejor. Es posible que sea dada de alta antes de la graduación. Por otra parte, el papá de Madison confrontó a mi padre y dijo que si alguna vez despertabas, él iba a encargarse de que fueras enjuiciado y pediría la pena de muerte, sé que no son noticias muy alentadoras que decirte pero sé que querrías estar al tanto de todo. Papá le quitó todas las medallas a Madison y puso una mancha de honor en el legado de su familia. Incluso le aplicó un veto y ya ninguno de sus familiares presentes y futuros podrá entrar al ejército. El papá de Valery también intentó dar problemas, pero no logró mucho que digamos.

Me levanté y caminé hasta la ventana. Afuera el cielo estaba nublado, como si el mundo mismo me compadeciera y lo expresara a través de la lluvia que pronto caería. Golpeé el vidrio con los nudillos, me abrumaba sentir que él jamás volvería.

—No entiendo por qué el destino se empeña en arrebatarme todo lo que quiero y parece injusto lo que voy a decir, pero por alguna razón tu ausencia me duele mucho más que la de Santiago, es tan extraño. Sé que ya no debo compararlos y me prometí que dejaría de hacerlo, pero es inevitable sentir que el dolor que siento al verte allí en esa cama es más grande que el que experimenté cuando Santi murió. Me siento maldita, Luke, como si mi amor fuera una condena para quienes lo reciben y a ratos pienso que cuando despiertes, lo mejor que puedo hacer es apartarme de ti y no ponerte en riesgo, pero sería estúpido de mi parte hacerlo, ¿sabes? Porque no soportaría estar sin ti, sin hacerte berrinches y que me digas que soy una mocosa inmadura a la que te encanta besar.

Me giré hacia él, observando la quietud de su pecho bajo las sábanas, la palidez que reemplazaba la dureza de su rostro. Su silencio era el peor de los castigos.

—Quiero creer que puedes escucharme, que aunque tu cuerpo esté atrapado en este maldito coma que no te deja ir, tu alma aún permanece conmigo y es capaz de abrazarme cada vez que lloro. Ojalá puedas ver cuánto me importas, cuánto te necesito, cuántas veces he estado aquí suplicándote que despiertes. Tal vez pienses que soy débil por llorar así, pero no soy capaz de serenarme Luke. No consigo entender cómo pude permitir que arriesgaras tu vida por mí.

Apoyé la frente contra su mano y dejé que las lágrimas cayeran sin pudor.

—No sabes cuántas veces he soñado con verte abrir los ojos y que luego me digas que soy una mocosa muy ruidosa. No tienes idea de cuántas veces te he abrazado en mis sueños y luego despierto y siento ganas de volver a caer en la inconsciencia, porque es la única forma de volver a estar a tu lado.

El pitido del monitor me interrumpió para recordarme que no importaba qué dijera, su recuperación ya no dependía de nada terrenal, sino de un milagro, porque ni siquiera los mejores médicos habían conseguido traerlo de vuelta. Luke estaba en coma y sólo algo divino lograría que despertara.

—Si me escuchas, aunque sea un poco, aunque sea en lo más profundo de tu mente, por favor sigue mi voz y vuelve a mí. Deja que el eco de mis palabras te guíe y abre esos ojos que me dan vida. Al estar contigo me sentía como una hoja que en otoño alcanzaba su estado máximo de fuerza y belleza, desde que no estás me marchité, caí del árbol y luego fui congelada por una ventisca invernal que ni siquiera me permitió pudrirme como merecía. Tú eras mi otoño vibrante e inigualable Luke, ese que llenaba de colores todo aquello que la tristeza, la impotencia y la cobardía había cubierto de gris.

Un silencio espeso inundó la habitación. Mi corazón golpeaba tan fuerte que me dolía el pecho. Me sentía atrapada en un mundo en pausa, donde todos se movían menos yo.

—Luke… —susurré, apenas y podía escucharme—. No te rindas, por favor. Sé que puedes volver, porque tú siempre has sido invencible.

Las lágrimas volvieron a brotar de mis cuencas y me cubrieron el rostro. Ansiaba tanto su calor, la fuerza de sus brazos, la potencia de su mirada y la delicia erótica con la que me besaba. Extrañaba al Luke gruñón que a pesar de todo tenía palabras bonitas para mí.

Y entonces salí de la habitación, porque ya era tarde y debía regresar a casa. Me desanimaba que aquel día él tampoco conseguí que volviera en sí.

Tenía el corazón encogido, las lágrimas todavía me empañaban los ojos.

Me pasé las manos por el rostro intentando calmarme, pero lo único que conseguí fue mancharme con la humedad de mi llanto. Caminé por el pasillo y noté que una señora muy enojada, me miraba a lo lejos como si quisiera enviarme al paredón de fusilamiento. Vestía completamente de negro, llevaba un dramático sombrero con un velo que ocultaba parte de su frente, sus manos estaban resguardadas por guantes azabache y un abanico del mismo tono.

—¡¿Con que tú estabas detrás de lo que le pasó a mi hijo Luke?! ¿Cómo se atreven a ocultarme que estaba en coma? ¿Quién demonios se creen que son ustedes los King, para pasar encima de mí que soy su madre y hacer lo que se les venga en gana?

—Mierda… —susurré al reconocerla.

¿Cómo se había enterado de lo que le pasó a Luke?

La señora Eleanor, la madre de Luke avanzaba iracunda. Sus ojos enrojecidos parecían brasas encendidas, y en cuanto estuvo a pocos metros de mí, retrocedí. No quería problemas y menos si era cierto que ella se había infartado, conociendo mi suerte terminaría tras las rejas por haberle provocado un ataque al corazón.

—¿Qué haces tú aquí, maldita zorra? —escupió con la voz repleta de tanta toxicidad que me sentí aturdida.

Me quedé paralizada, no sabía qué decirle para que no se alterara más.

—¿Disculpe?

—Me acabo de enterar de que mi hijo está en coma por tu culpa, estúpida. No te hagas la que no sabes —entre más se aproximaba, más peligrosa me parecía—. ¿Cómo se atreven tú y tu maldita familia a esconderme esto?

No tuve tiempo de contestar. Se lanzó furiosa sobre mí, sus manos delgadas y huesudas se cerraron alrededor de mi cuello. Mi respiración se cortó un poco pero no lo suficiente para que empezara a desvanecerme. Mis dedos se aferraron a sus muñecas, tratando de que me soltara. Se estaba poniendo muy roja y temí que si la enfrentaba la situación empeorara ¿y si le daba otro infarto en ese mismo instante? No sabía si defenderme o dejar que siguiera así hasta que se cansara y me liberara. Aunque ella no parecía muy dispuesta a hacerlo.

—Voy a matarte —susurró colérica—. Le quitaré a tu padre su felicidad de la misma forma que él me quitó la mía. Tú causaste que mi hijo cayera en coma, seguramente eres como tu madre una maldita bruja que los hechiza a todos con artimañas. Pero yo evitaré que uses tus oscuros poderes con mi hijo, a él no me lo quitarán las Hart.

Mi mente me gritaba que debía apartarla, porque parecía que quien la estaba pasando mal era ella y no yo. Respiraba con dificultad, varias gotas le perlaban la frente y tenía la boca muy abierta. Esa mujer tendría más o menos la edad de mamá, pero a diferencia de ella, tenía la cara surcada por tantas arrugas que parecía que se había envuelto en una enorme telaraña. Si me hubieran dicho que tenía setenta años en lugar de los cincuenta y tantos que posiblemente tenía, pues me lo habría creído.

Mi madre me estaba esperando en la sala contigua, sólo bastaba con que atravesara una puerta para que llegara a nosotros y se desatara el pandemónium. Mamá no se contendría al ver que la madre de Luke intentaba ahorcarme.

Con poco esfuerzo y procurando que no saliera lastimada, aparté sus manos de mi cuello.

—Señora por favor no se exalte, eso la puede enfermar—dije abrumada

En lugar de agradecerme el gesto, levantó la mano dispuesta a abofetearme, pero el golpe nunca llegó porque la mano de mi madre la detuvo con una firmeza brutal.

—No se te ocurra ponerle una mano encima a mi hija, trastornada.

Mamá levantó la mano y el primer golpe impactó en la mejilla de la madre de Luke haciéndola retroceder de lleno. La señora Eleanor apenas alcanzó a llevarse la mano al rostro cuando el segundo impacto la sacudió con más fuerza, arrancándole un jadeo de sorpresa. El eco de las dos bofetadas recorrió el pasillo y la mujer cayó al suelo, con la dignidad hecha añicos y las mejillas encendidas por un rojo que evidenciaba su ira y humillación.

—¿Cómo te atreves a golpearme? —gritó desde el piso—. No hace mucho sufrí un infarto, puedo demandarte por agredir a una persona incapacitada.

—Tu única incapacidad es mental, y esa no tiene cura —escupió mamá con rabia—. Maldita loca, en lugar de estar preocupada por tu hijo vienes a atacar a la mía. ¿Acaso no ves cómo lo está pasando de mal por él? Pedazo de vieja decrépita e inestable, por eso es que te vas a morir sola y sin nadie que te acompañe. Porque ni tus propios hijos te aguantan ya. Enferma psicópata, busca ayuda aunque en tu caso lo mejor que podría pasarle a la humanidad es que te aplicaran la inyección letal.

Mi madre era una fiera y cuando se metían con alguno de nosotros, podían irte comprando el ataúd. Eleonor acababa de despertar al monstruo y yo no hablaba precisamente de mi padre.

Eleanor se incorporó tambaleante e intentó abalanzarse sobre mi madre, pero varios enfermeros intervinieron y las separaron.

—¡Si a mi hijo le pasa algo por culpa de tu hija, me encargaré de que lo paguen! ¡Ya suficiente daño me ha hecho tu familia como para que eso se siga perpetuando!—vociferó Eleanor.

—Quiero verte intentándolo, loca traumada. No puedo creer que un vientre podrido como el tuyo haya dado a luz a un buen hombre como Luke —le devolvió mamá con desprecio.

—¡Nunca permitiré que estés con Luke! —gruñó señalándome—. Prefiero que mi hijo no despierte del coma a verlo contigo, y en caso de que vuelva a la vida me encargaré de que jamás puedas estar con él. Te maldigo una y mil veces y por esa razón no podrás estar con él. Tendrás que pasar sobre mi cadáver para poder ser feliz a su lado.

Nos sacaron del hospital para evitar más intercambios. Afuera, el aire fresco me golpeó queriendo refrescarme, pero no conseguía calmarme por más que lo intentara. Las advertencias y amenazas de la madre de Luke me tenían conmocionada

—Mamá, ¿y si la madre de Luke se enferma por el altercado de hoy? Luke la pasará muy mal cuando despierte y se entere de que su madre recayó —pregunté, aún con la garganta adolorida.

Ella me besó en la mejilla, acto seguido me acarició la mejilla con la yema de su dedo pulgar.

—Adara, mi querida hija, en verdad no hay una pizca de maldad en ti, eres demasiado gentil. Mira que preocuparte por esa demente. Solo quiero decirte algo: Eleanor no es ninguna víctima, nunca la veas de esa manera porque se aprovechará de ello para usarlo en tu contra, ya lo hizo con su propio hijo y lo envenenó contra tu padre. No repitas tus errores del pasado, ni permitas que una suegra te diga qué hacer y cómo comportarte. Ya lo viviste con la Francesca esa, que se creía la última coca cola del desierto por ser la reina de Italia, no vuelvas a caer en lo mismo porque una vez más saldrás lastimada. Una suegra es parte de tu familia, siempre y cuando te trate como tal, si no lo hace entonces no tiene por qué importarte en lo absoluto lo que le pase. La madre de Damon me trata como si yo fuera su hija y ese mismo cariño le brindo, pero si fuese como la esquizofrénica de Eleanor ni le dirigiría la palabra.

Asentí en silencio, aunque presentía que Eleanor jamás me dejaría ser feliz con su hijo.

***

Dos días horribles transcurrieron.

La ausencia de Luke me pesaba a toda hora, y mi tristeza se multiplicó cuando me enteré de que su madre lo había sacado del hospital y lo había llevado a otro sitio y había prohibido que nos dieran detalles al respecto. Era como si me hubieran arrancado una parte del alma.

Papá llevaba horas investigando, y me prometió que encontraría a Luke, aunque tuviese que torturar a Eleanor de la peor manera. La verdad no quería a tales extremos, pero no por ella, sino por el coronel porque a fin de cuentas era su madre.

—Ya tengo la dirección del centro médico en el que se encuentra Luke —anunció papá con firmeza—. Eleanor lo trasladó a una clínica privada de su familia, me sorprendió que lo hiciera ya que tengo entendido que está peleada con ellos, pero imagino que su odio hacia nosotros es más fuerte que el que siente por los Dupont. Ya di la orden para que te permitan ver a Luke. No puedo creer que me tomara casi dos días hallarlo. Sabía que Eleanor sería un problema; prohibió terminantemente que pudieras entrar a ese hospital y por eso me bloquearon las averiguaciones por más horas de las que creí posible, pero no existen obstáculos suficientes para mí. Sin embargo, y para preservar la salud de Luke, porque no sabemos de qué pueda ser capaz la esquizofrénica de su madre y sabiendo que legalmente tiene el control sobre todo, no puedes quedarte tanto tiempo como antes, hija mía. Lo lamento, quiero organizar que lo trasladen de allí, pero necesito algo de tiempo. Aunque le consulté a unos especialistas y me recomendaron no moverlo de nuevo, lo que su madre hizo al trasladarlo fue muy riesgoso para su salud.

Me limité a abrazarlo con fuerza. Mi papá nunca me decepcionaba.

Unas horas después, terminábamos de ver una película sobre una chica que había recorrido el mundo en un bote, y se había convertido en la persona más joven en lograrlo.

Hacía días que quería consultarle a mi padre al respecto, pero siempre pasaba algo y me impedía hacerlo.

—Papá... ¿qué crees que se puede hacer para que Luke vuelva en sí? He leído que si les hablas o intentas recordarle cosas de su pasado vuelven en sí, pero no he tenido éxito con eso. Mamá dijo que el tío Cole también estuvo en coma. Me asusta un poco el hecho de que los médicos recomiendan desconectar a Luke si sigue así, me temo que su madre sería capaz de hacerlo. Esa señora es espeluznante.

Él lo pensó un momento.

—Sí, Cole, estuvo en coma durante varios días. Volvió en sí poco después de que naciera su hijo. Quizá el llanto del bebé lo ayudó a regresar. En ese entonces teníamos a un médico japonés muy bueno que se encargó de su recuperación, pero por desgracia murió y no tuvo hijos, ni nadie que heredara sus conocimientos. Dale algo tangible, algo que de alguna manera lo traiga de vuelta. Pero debe ser algo que lo conecte con este mundo, no basta con palabras, debe ser algo distinto.

Mordí un trozo de manzana con amargura, en esos días había perdido el apetito.

—Bueno, de momento no tengo bebés de Luke a la mano… pero creo que algo se me acaba de ocurrir. Ojalá funcione.

Y después de eso, puse manos a la obra, rogándole a Dios que lo que tenía en mente funcionara.

****

Unas horas después me infiltré en la clínica disfrazada de doctora. Llevaba una mascarilla gris que ocultaba mi rostro, un gorrito y una bata blanca, junto con unos lentes que ocultaban el celeste vívido que ella reconocería en mi mirada. Los ojos que heredé de mi padre eran poco comunes y era fácil reconocer que pertenecían a él o a alguno de los King.

Eleanor estaba en la entrada, vigilando todo como un tétrico fantasma con peluca y cuando me vio se cruzó de brazos con desconfianza. Una enfermera de rostro ancho me acompañaba.

—¿Y usted quién es? Me parece conocida, pero no recuerdo de dónde.

Inspiré hondo. Era el momento de realizar la mejor actuación de mi vida.

—Buenas tardes. Soy la doctora Janina Rockell, especialista en neurocirugía con especialización en coma y reanimación. El ejército me envió para que revisara al paciente. Soy una de las mejores del mundo en mi especialidad y quien puede traer de vuelta a su hijo.

Eleanor entrecerró los ojos, como un animal desconfiado.

—No se me informó de que ninguna doctora nueva atendería a mi hijo. Pedí expresamente que se me mantuviera al tanto de cualquier eventualidad.

El sudor me corría por la espalda.

Inventa algo y hazlo rápido, me dije.

—Debido a mi apretada agenda y a la cantidad de solicitudes de revisión médica que recibo, solo atiendo casos especiales como el de su hijo cuando se abre un hueco en mi itinerario. Ser atendido por mí es una oportunidad difícil de conseguir. Por eso simplemente me presenté para analizar su caso y dar un diagnóstico que pueda ayudarlo a despertar.

Ella me miró durante largo rato, hasta que finalmente cedió con un bufido.

—Bueno, de ser así, adelante. Espero que no sea una vendehúmos como los otros incompetentes que han venido a revisarlo, pensé que mi familia tendría mejores doctores a la disposición, pero han llegado puros inservibles. Mi hijo no puede morirse sin haberse vengado de Damon King, así que encárguese de que despierte o no la volveré a dejar entrar.

Definitivamente está loca, pensé conteniendo las ganas de sugerirle que se atendiera con un psiquiatra.

Entré al cuarto. La enfermera me dejó sola con él, y en cuanto la puerta se cerró corrí hasta la cama.

—Mi amor, no sabes cuánto te extrañé. Pero aquí estoy contigo, pude encontrarte. Tu mamá ya sabe lo que te pasó, por eso te cambió de hospital y me negó la entrada pero eso jamás detendrá a alguien como yo que te quiere mucho —saqué el trozo de pastel de manzana que había preparado y que llevaba en mi supuesto maletín médico—. Te traje una sorpresa, espero que te guste.

El aroma especiado llenó la habitación en cuanto destapé la servilleta y el dulce

—¿Te acuerdas de este pastel? Me ayudaste a hornear varios de estos cuando estuvimos en la finca. Dijiste que te había encantado y te comiste varios pedazos. Ese día no quisiste ponerte el delantal, y aún así fuiste el mejor ayudante de cocina del mundo.

Mordí un trozo, saboreando la nostalgia de los hermosos días que pasé con él en Nashville, y luego acerqué un pedazo a sus labios inmóviles. Pasé el pastel por su nariz, rezando para que el aroma lo trajera de vuelta, pero no pasó nada.

Las lágrimas se me escaparon sin remedio.

—Por favor, Luke… —susurré—. Vuelve a mí.

Partí otro trozo y me lo tragué entre sollozos, sintiendo que el pastel me quemaba en la garganta, como si cada migaja me recordara lo absurdo de intentar traerlo de vuelta con algo tan simple. Acerqué mi rostro al suyo con la certeza de que nada cambiaría y, en un acto desesperado, le rocé los labios y luego planté un beso casto en esa boca que tanto extrañaba.

Cerré los ojos, sabiendo que al abrirlos nada cambiaría. Sentí que iba a quebrarme por completo. Abrí los párpados lentamente, no quería descubrir que mi boca tampoco había conseguido que volviera a la vida. Estaba agotando todos los recursos posibles y no quería dejarlo ir.

Pero entonces, me armé de valor y le eché un vistazo para encontrarme con algo que me dejó perpleja: un par de magníficos ojos verdes me miraban desconcertados.

—¿Tú quién eres? —me dijo Luke con tanta frialdad que no supe cómo reaccionar.

La puerta se abrió de repente y su madre irrumpió como una tromba marina a punto de arrasar con un puerto.

—¿Mamá? —dijo Luke—. ¿Quién es ella y qué hace aquí?

No podía creerlo.

¿Era la única a la que Luke no podía recordar?

Capítulo 33

Coronel Luke

Tres semanas después de despertar del coma regresé al ejército. Aún tenía en mi mente el rostro de aquella muñeca que vi cuando abrí los ojos y a la que mi madre echó de la habitación sin miramientos. Era preciosa y me sorprendía que yo no tuviese recuerdo alguno sobre ella en mi cabeza.

Todos los días conseguía escabullirse en mi cuarto e intentaba conversar conmigo, pero mamá siempre la expulsaba antes de que pudiéramos hablar lo suficiente, la pelinegra parecía molesta de que yo no la recordara. Mamá me dijo que por culpa de esa chica yo sufrí el accidente que estuvo a punto de matarme. Traté de obtener más detalles al respecto, pero nadie quería dármelos.

Sin embargo, entre más me negaban información sobre ella, más curiosidad sentía.

Era absolutamente hermosa.

Nunca había visto unos ojos tan extraordinarios y puros en mi vida, ni unos labios que quisiera besar tanto.

¿Qué me había hecho ella que mi mente la bloqueaba?

¿Acaso era una criminal?

Era evidente que nos conocíamos, sino no hubiera sido coherente que ella se metiera a mi cuarto a la mínima oportunidad.

Mis recuerdos sobre cómo fue que terminé en el hospital eran difusos, sabía que había ido a pedirle a Damon King que me permitiera entrar al torneo, pero cuando intentaba recordar el porqué, mi mente se bloqueaba y me empezaba a doler la cabeza.

Los doctores decían que mi amnesia era temporal y que pronto recuperaría mis memorias, pero me fastidiaba sentir que había una parte de mi vida que yo mismo desconocía.

Madison estaba muerta, y yo era el responsable de ello. Recordaba que me sentía lleno de ira cuando le disparé un misil a ella y a otra chica más.

No entendía qué me había motivado a llegar al extremo de asesinar a mi ex novia y a otra soldado. Mi madre estaba destrozada por el fallecimiento de Madison y no podía culparla.

Me enfundé el uniforme oficial negro de gala, entré a la central militar y me preparé para regresar a un mundo que me exigía disciplina, entrega, frialdad y poderío. Cualidades que por supuesto poseía.

Al llegar al campo abierto en el que se realizaría la ceremonia, sentí que todas las miradas estaban sobre mí. Yo había regresado de entre los muertos, pues los médicos estaban prácticamente seguros de que yo jamás podría despertar del coma.

El eco de mis botas resonaba contra el suelo al caminar, cuando vi Noah cerca de una mesa de comida. Él me miró sonriente, y seguramente dispuesto a sacarme de quicio a la menor oportunidad. Para el resto de soldados yo llevaba casi 2 meses fuera de combate y era normal que me observaran como si yo fuera un submarino del que se decía que jamás podría emerger, pero que contra todo pronóstico había logrado hacerlo.

—Mi amor, qué guapo te ves volviendo de la tumba. La faceta de zombie militar le queda de maravilla a esos bellos ojos verdes que tienes, precioso.

Blanquee mis ojos, no creí que empezara con sus estupideces tan pronto.

—Prefiero seguir en coma si vas a seguir con maricadas.

El imbécil soltó una carcajada como si yo acabara de hacerle un cumplido.

—Ni regresando de la tumba te vuelves un ser menos oscuro y aterrador.

—Estamos en el ejército, no en Disney. Ya deberías saber que me fastidian tus tonterías.

—Aguafiestas amargado, dicen que cuando regresas de la muerte te vuelves una mejor persona porque conoces lo que hay en el más allá, pero supongo que en tu caso visitaste a tu buen amigo Lucifer y por eso regresaste de tan mal humor. Lo extrañas

Rodé los ojos, pero antes de poder responderle, un peso se apretó contra mi pecho. Damon King se acercó a nosotros complacido.

Mi espalda se tensó como si me hubieran pasado una descarga eléctrica a través de la columna vertebral. Aún no me sentía del todo cómodo en su presencia a pesar de que podía recordar mi conversación con mi madrina Gleen. Si ella decía que King no era mala persona quizá tuviese razón. Tenía fragmentos en mi mente sobre otra plática que tuve con el monstruo, en la cual le pedía que me dejara entrar al torneo, pero mi mente borraba la razón por la que solicité tal cosa. Era muy extraño.

Los coroneles no solíamos entrar al torneo, ¿por qué razón yo pedí intervenir?

¿A cuenta de qué?

—Es bueno verle de vuelta, coronel —dijo con esa voz grave que imponía respeto, pero que por algún motivo inaudito me resultó amable.

Tragué saliva, enderecé los hombros y levanté la mano en un saludo militar. Noah hizo lo mismo.

—Buenas tardes generaL, King.

—Descansen soldados.

—Supe que usted y su familia estuvieron muy pendientes, y le agradezco tal gesto.

A mi lado, Noah bufó como si conociera la razón de tanto interés.

—Yo diría que más bien tu sueg...

—Noah... —la voz de Damon lo interrumpió abruptamente.

Noah se encogió de hombros.

—Cómo odio no poder decir las imprudencias de siempre—se quejó.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿De qué imprudencias hablas?

—No, de nada. Me temo que si te cuento, el general King es capaz de colgar mi cabeza en el paredón por meter la pata.

Damon arqueó una ceja, sin perder la compostura.

—En realidad le diré a tu madre que otra vez estás hablando de más y diciendo cosas que no debes.

Noah abrió los ojos con fingido horror.

—¿Acaso no valora mi vida, general? Mi madre es latina, y créame, ella ejerce un amor muy violento para que me comporte. Prefiero que me castiguen en la milicia a que ella lo haga.

Damon sonrió, algo que era inaudito, considerando que las pocas veces que le había visto siempre estaba serio.

—Mariana no tiene tan mal carácter. Antes trabajaba conmigo y era muy calmada, aunque supongo que juntarse tan seguido con Anastasia la corrompió. Le pasa a todas, hasta mi mujer se descontrola un poco cuando ella anda cerca.

Noah iba a replicar, pero un soldado que tenía el gafete de miembro de protocolo se acercó a nosotros.

—Buenas tardes tengan todos, General King y Coronel Luke ya la ceremonia va a empezar. Se solicita a los coroneles, generales y demás soldados ponerse en formación.

—Oye, ya sé que no soy coronel, ni general, pero me omitiste del saludo como si mi cargo no te intimidara en lo absoluto. Tengo que volverme más salvaje y hacer que el pueblo me tema.

El soldado puso los ojos en blanco.

—Tenemos el mismo cargo Noah, es normal que no te dé el saludo.

—Patrañas, el buen Noah siempre merece ser saludado. Es más la próxima vez que me veas debes hacerme hasta una reverencia—dijo sonriente.

Nos movimos en dirección al área ceremonial, en donde un enorme estrado era rodeado por cientos y cientos de sillas, delante de ellas se ubicaba un espacio vacío en el que las tropas de graduandos presenciarían la ceremonia. La brisa aleteaba contra las banderas colocadas al fondo de la tarima y el sol caía en un ángulo que iluminaba las medallas que entregaríamos, haciéndolas brillar como si quisiera dejar claro que habíamos conseguido un buen grupo de reclutas.

—¿A quién le tengo que entregar la medalla como ganador del torneo? —pregunté mientras avanzábamos.

Noah silbó con descaro.

—¿Ganador? Por primera vez en la historia de la milicia, el torneo lo ganó una mujer.

Me detuve en seco.

—¿Quién?

—La hija de Damon King.

—Ah —respondí sin titubear—. Siendo su hija no me sorprende que haya ganado el torneo. Debe ser una soldado disciplinada, enfocada y aguerrida como su padre. Una mujer muy responsable y ejemplar.

Noah soltó una carcajada tan fuerte que varias cabezas se giraron hacia él.

—¿Que Adara es qué cosa? ¿Responsable y ejemplar? Este ha sido tu mejor chiste hasta ahora, y eso que ser un gran comediante no es lo tuyo.

Una punzada atravesó mi sien, como si el nombre hubiera desbloqueado un candado cuya llave estaba extraviada hasta aquel momento. Sentí que el corazón se me aceleró y que la piel se me erizó. No entendía qué demonios me estaba pasando, pero todo había sido desencadenado por ese nombre tan bonito.

—¿Qué te pasa? —preguntó Noah, con los ojos fijos en mí e intrigado por la forma en la que estaba frunciendo el ceño.

—Nada.

—Te pusiste así cuando escuchaste el nombre de Adara.

Un nudo se me formó en el estómago en cuanto ese nombre tronó en mis oídos. Las palabras de Noah se mezclaban con una extraña sensación de añoranza. Era como si algo dentro de mí se emocionara al escuchar sobre aquella misteriosa soldado que había ganado el torneo.

¿Por qué no la recordaba?

¿Por qué diablos me embargaba esa especie de alegría al escuchar ese nombre?

—Ay, cómo odio no poder decirte las cosas —murmuró Noah con fastidio.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Decirme qué?

Nos acomodamos en las filas de oficiales de alto rango mientras los familiares de los soldados terminaban de llenar las sillas. El aire vibraba ante la expectativa de lo que iba a pasar. Noah seguía a mi lado a pesar de que ya debía estar ubicado en otra zona junto con los demás capitanes, incluida la nueva capitana Ivory. Una rubia bastante coqueta que no dejaba de mirarme.

Estaba claro que quería que me la tirara.

—¿Qué fue lo que pasó antes de que cayera en coma? ¿Por qué la mayoría de ustedes se niega a decirme más?

—Lo que pasa es que tuviste un romance gay con otro soldado y por eso perdiste la memoria. Te descubrieron jugando a los espadazos en pleno torneo y el shock fue tan grande que perdiste la memoria. Hermano, no puedo creer que tanta amargura se debía a que no te animabas a salir del clóset, pero tranquilo, yo siempre te apoyaré y te ayudaré a conseguir el novio de tus sueños.

Lo miré fastidiado.

—A veces siento ganas de procesar tu expulsión de la milicia o implementar viejas prácticas en el ejército y ordenar que te corten la lengua.

—No te atreverías. Le doy vida a este ejército. Si yo me voy, este lugar nunca será el mismo y hasta tú te deprimirías.

El redoble de tambores nos interrumpió. El anunciador tomó el micrófono, su voz se expandió por los altavoces y los soldados terminaron de alinearse en la entrada de graduandos.

—Y por este medio damos inicio a la ceremonia de graduación de la generación 2049 del Ejército de los Estados Unidos.

Los soldados respondieron al anuncio, marchando en perfecta sincronía hasta ubicarse frente al estrado en donde se darían los discursos pertinentes y se entregarían los reconocimientos especiales.

—Démosle la bienvenida al nuevo director del Pentágono, el prestigioso General de Flota del Ejército de los Estados Unidos, Damon King. El militar con el más alto rango de la historia de este país.

El estruendo fue inmediato. Los vítores no se hicieron esperar y los flashes fueron disparados en su dirección. En el cielo, los aviones de combate trazaban figuras y dejaban rastros de humo cada vez que él caminaba. El poder de Damon no solo se sentía, se veía, se respiraba. Era habitual en él dar ese tipo de entradas llamativas.

Aunque lejos de la parafernalia de los aviones, lo que más me impresionaba era que había retomado su puesto como director del Pentágono. Él solía fungir como Asesor adjunto del Pentágono, aquel cambio fue sorpresivo.

¿Por qué había decidido tomar el cargo de nuevo?

Eso sólo significaba que había alguna amenaza mayor de por medio y por eso Damon quería estar al mando.

—Saluden a su superior.

El mar de reclutas levantó la mano al unísono, y yo lo hice con ellos.

—Ahora recibamos al comandante en jefe del ejército de los Estados Unidos, el general y presidente de este país: Dereck Klein.

Otro estallido de aplausos llenó el campo. La ovación fue digna de un rey, aunque nada se comparaba al fervor que despertaba Damon. Si bien Dereck era muy popular, a quien la mayoría de soldados realmente admiraba era Damon.

—Ahora recibamos al jefe de los coroneles a nivel nacional, el Coronel Luke. Quien realizó una destacada participación en el torneo y su equipo obtuvo la victoria en su debut al mando de un pelotón. Felicitamos al coronel por sus heroicas acciones en plena contienda.

¿Heroicas acciones?

¿De qué diablos hablaba?

Si yo sólo había guiado a un montón de reclutas a la victoria, no había heroico en eso.

Los vítores retumbaron en mis oídos. Subí al estrado y me senté tras la mesa principal junto a Damon y Dereck.

Después de eso un sacerdote acudió a bendecir a las tropas, Damon dio un discurso heroico y Dereck uno parecido. Ya había escuchado algo similar antes y me empezaba a aburrir un poco.

—Y ahora recibamos a la primera mujer en la historia de la milicia en ganar el prestigioso torneo militar de la base militar de Washington, la más grande del país. Con ustedes, nuestra oradora del día, quien a partir de este momento obtiene el rango de soldado de primera clase: Adara Atenea King Hart.

Una descarga eléctrica me recorrió los brazos, removiendo cada uno de mis órganos mientras veía a la preciosa mujer que había visto al despertar del coma ascendiendo al estrado con paso seguro. Mentón en alto, vestido militar de graduación y un maquillaje perfecto que sólo la hacía ver más jodidamente hermosa y caliente de lo que ya era.

Mierda, qué buenos genes tiene King.

Qué cosa tan rica y deliciosa es su hija.

Un cuerpo curvilíneo, un rostro de hada y unos ojos que parecían brillar en cada pestañeo lanzando magia sobre todo aquel que se atreviera a mirarlos, la convertían en una mujer imposible de ignorar. Sentí que mi mundo se detuvo, me imaginé llenándola y haciendo que gimiera mi nombre cada noche.

El anunciador prosiguió, y yo tuve que carraspear para apartar mi mente de mis pensamientos tan fuera de orden.

Era la hija de King, yo no podía involucrarme con ella, aunque algo me decía que sí lo estaba y mucho.

—La soldado de primera clase King, demostró un alto nivel de inteligencia al ser la primera persona en resolver el acertijo con las llaves y avanzar a la siguiente ronda del torneo. Su rapidez mental, su astucia y su capacidad para analizar las pistas que tenía en frente mientras estaba en riesgo de muerte fue extraordinaria.

En las pantallas gigantes apareció un video, en donde Adara me decía que había notado que cuando pasabas al otro lado de la ciudad unas luces azules se encendían, que quizá sólo nosotros podíamos verlas y que allí podía estar la clave para avanzar a la siguiente ronda. No recordaba nada de eso, pero a juzgar por la forma en la que la miraba, parecía que estaba jodidamente loco por ella.

¿Cómo era posible que me sintiera tan atraído por la hija de King?

¿En qué demente universo eso había ocurrido?

—Ella llegó a la segunda ronda y le tocó enfrentar un reto aún mayor—añadió el anunciador.

En la pantalla apareció Adara confesando su temor a las alturas, mientras las imágenes nos mostraban a ella y a mí atravesando un puente colgante de aspecto peligroso e inseguro, la pelinegra no dejaba de temblar pero aún así seguía avanzando y debía reconocer que era muy valiente. Otra en su lugar no habría atravesado esas tablas colgantes. Yo la seguía como si no pudiera estar mucho tiempo lejos de ella.

¿Por qué parecía que yo estaba dispuesto a saltar al vacío por la hija de King?

Luego nos mostraron maniobrando en la torre, hasta aterrizar. Trataron de difuminar la parte en la que yo me estrellaba con la torre, pero estaba más que claro que había recibido todos esos golpes para evitar que ella saliera lastimada.

¿Por qué había expuesto mi vida para cuidarla?

¿Acaso su belleza me había desquiciado a ese punto?

No tenía sentido que yo llegara a esos extremos y menos por alguien que fuera hija de King. En mi mente había recuerdos esporádicos en los que yo desconfiaba de mi madre y empezaba a creer que King no era tan malo.

Mi cuerpo se estremeció.

La hermosa pelinegra abrió la boca, y su dulce voz me acarició los oídos, llenándome de un cariño que ni yo mismo entendía. Me dolía la nuca de tanto analizar lo que sentía.

—Buenas tardes, tengan todos. Si esperan un discurso súper épico, desde ya les digo que eligieron a la oradora equivocada.

El mundo se sumergió en el silencio.

El murmullo de los soldados y el viento se detuvo de golpe, o quizá únicamente ocurrió para mí porque sólo podía concentrarme en ella. Me preguntaba por qué el destino me había negado el recuerdo de esa mujer tan hermosa y, aun así sentía que algo dentro de mí le pertenecía.

El viento le movió un mechón de su cabello oscuro y su presencia angelical llenó el campo irradiando tanta luz que me sentí abrumado. Tomó aire, y su primera frase arrancó carcajadas inmediatas.

—Cuando llegué a este lugar, era la peor soldado del mundo. Debo reconocer que de mi padre sólo heredé mi increíble belleza física.

Las risas retumbaron entre los asistentes, incluso entre los coroneles y generales que pocas veces se permitían romper el protocolo. Sentí algo extraño, un cosquilleo interno que me empujaba a sonreír como ellos.

¿Por qué me sentía tan contento al oírla? Yo, que nunca reía de las bromas de nadie, tenía ganas de hacerlo como el resto.

Ella sonrió con picardía, aprovechando el ambiente distendido para soltar otra bomba.

—Por esa razón, y para que la gente no pensara que los genes de Damon King estaban defectuosos, decidí no usar mi apellido mientras entrenaba para convertirme en una mejor soldado. Tampoco quería recibir un trato especial o que por el miedo que algunos le tienen a mi padre, me evaluaran incorrectamente y me dieran puntajes que no merecía… ya saben, con todo eso de que es el Monstruo del Pentágono.

El público volvió a reír, y esa vez hasta los generales más viejos lo hicieron. Damon miró a su hija con el pecho inflamado de orgullo. Lo que Adara hizo era histórico, ninguna mujer había ganado el torneo antes. Ella quedaría registrada para siempre como alguien destacado en la milicia.

Adara prosiguió.

—Pero comprendí que no importa qué apellido tengas, ni de quién seas hija. En un lugar como este tendrás que esforzarte todos los días para conseguir lo que quieres.

Un murmullo respetuoso recorrió la multitud. Sus palabras removían algo especial en todos, no solo en los graduandos como ella, sino también a los veteranos de guerra.

—Llevo casi cinco meses en este ejército y desde el primer día fui puesta a prueba. Nunca fui buena siguiendo reglas de ningún tipo, la puntualidad no era lo mío y no era capaz de darle dos vueltas al campo sin sentir que me estaba quedando sin pulmones. Era cuestión de tiempo para que fuese expulsada por mi mal rendimiento. Digamos que estaba atrapada en una especie de fosa oscura de la que ni el vuelo de un dragón podía sacarme.

El silencio se hizo absoluto. La intensidad de sus palabras atrapaba cada oído, cada corazón, incluyendo el mío, que ni siquiera disimulada lo conmovido que estaba.

—Pero bien dicen que las leyendas suelen nacer del polvo, de las cenizas que consumen al fénix, de las voces que perturban tus oídos al decirte que no puedes e intentan hacer que les creas. Te conviertes en leyenda cuando peleas contra tus miedos, no cuando los vences. Te conviertes en leyenda cuando te sientes insuficiente y aún así sigues intentando alcanzar tus sueños. Te conviertes en leyenda cuando todos te menosprecian por ser diferente, y en lugar de deprimirte, transformas esas palabras en un viento potente que arrasa con aquellos que se sienten orgullosos de ser comunes y corrientes.

Mis manos, metidas en el bolsillo del pantalón, se crisparon. No entendía por qué me sentía orgulloso de ella aunque ni siquiera pudiera recordarla.

—Los seres humanos somos efímeros, somos inconstantes, somos tercos e imperfectos. Estamos repletos de temores, de dudas que nos desgarran sin piedad, de instantes dolorosos, de sueños que el tiempo no borra, de recuerdos que la vejez tratará de arrebatarnos, de amores inclusos y otros que son tan grandes que no caben dentro un solo corazón, de sonrisas alegres que algún día la muerte apagará… pero eso es lo que nos hace extraordinarios. Esa dualidad que nos convierte en ganadores y perdedores a la vez. Esa capacidad de vivir la vida al máximo, sabiendo que algún día se acabará y nos convertiremos en el mejor recuerdo de aquellos que nos querían.

Era imposible no sentirse conmovido por sus palabras. Había escuchado muchos discursos en mi vida, pero ninguno me había calado tan hondo como aquel.

—En la vida he perdido muchas cosas, pero también he ganado. Y no me refiero a mi victoria en el torneo. Sino a todo lo que he aprendido estando aquí. Aprendí que la tristeza no es mala si te impulsa a florecer en medio de la adversidad, que te mereces cada instante feliz de tu vida sin importar lo que otros digan, que los amigos verdaderos sí existen, que no hay amor más incondicional que el de tu familia, y que no importa cuántas veces te rompan el corazón siempre llegará alguien capaz de sanarlo.

Yo no sabía qué me ocurría. Sentía un nudo en la garganta, y mis ojos me escocían como si quisieran traicionarme, temía que en cualquier momento una insólita lágrima se me escapara. ¿Por qué esas frases me atravesaban de esa manera?

—Y sí, puede que este sea el discurso que daría una universitaria que acaba de graduarse, pero cuando pasas de ser la villana que te culpaba de todo y te conviertes en la heroína que hoy está orgullosa de la mujer que eres, créeme que dirás un discurso semejante.

Vi cómo la multitud entera estaba cautivada por lo que expresaba, como si un hilo invisible nos uniera a ella y nos impulsara a admirarla.

—A mi padre, gracias por ser el mejor de este mundo, por apoyarme en cada uno de mis desastres y decir que cada uno de mis errores es una maravilla. No tengo palabras suficientes que expresen cuánto he aprendido de ti. Puede que para otros seas el Monstruo del Pentágono, pero para mí siempre serás el mejor padre del mundo. Ese que se comía las galletas que le preparaba cuando estaba aprendiendo a hornear, decía que sabían delicioso, aunque les hubiera echado sal en vez de azúcar y otras veces hasta jabón en polvo. Gracias por ser el padre ejemplar que me decía que la única heroína que debía admirar habitaba dentro de mí, porque yo jamás me rendía.

Damon no intentó secarse la lágrima que descendió por su rostro. La mujer a su lado que supuse era su esposa, tampoco dejaba de llorar.

—A mi madre, gracias por amarme sin importar si soy la damisela en apuros o la guerrera letal que vence al enemigo. Gracias por enseñarme que mi corazón y mi gentileza son tesoros que no debo entregarla a cualquiera. Tú eres la mariposa que me enseñó que no existen límites a la hora de volar, que el cielo no es el límite, sino el infinito.

La mujer sonrió con lágrimas en los ojos.

—A mis hermanos, gracias por soportarme en cada uno de mis múltiples fracasos. Los amo a todos ustedes, y como no les gusta que me ponga cursi en público, sólo quiero expresarles mi admiración por lo talentosos que son en cada una de sus ocupaciones. Siempre me sentí orgullosa de ustedes y de todo lo que han logrado.

Los tres se pusieron de pie para aplaudirla, noté que había una chica de lentes idéntica a Adara.

—Y a ti, que hoy escuchas este discurso sin saber cuánto contribuiste a que esté aquí. Gracias por todo, por hacerme sentir tan invencible como tú, gracias por mostrarme que al final de cada noche cruel vuelve a salir el sol. Gracias por enseñarme que el amor es capaz de germinar en terrenos áridos y espinosos, gracias por devolverme la esperanza y las ganas de brillar. Gracias por creer que podía convertirme en una gran soldado cuando me sentía derrotada, gracias a ti, el otoño se convirtió en mi estación favorita.

Mi corazón golpeó con tanta fuerza que me dolió. ¿Por qué sentía que esas palabras iban dirigidas a mí? ¿Por qué me invadía la absurda necesidad de levantarme y abrazarla? ¿Qué rayos nos unía?

—Gracias a todos y que Dios nos bendiga. Protejamos al país con entereza y actuemos siempre con la justicia por delante.

Aplausos ensordecedores llenaron el campo. Los soldados se pusieron de pie, las palmas chocaban unas contra otras con una fuerza que parecía hacer temblar la tierra. Era una ovación que no quería terminar y ella se la merecía.

Adara, con lágrimas resbalando por sus mejillas, se secó el rostro y sonrió. Era la sonrisa de alguien que había vencido sus miedos y justo cuando la miré, ella levantó la mano en mi dirección y me lanzó un beso con las manos.

Quise levantarme una vez más y estrecharla entre mis brazos, aunque no comprendía muy bien el por qué.

El comentarista anunció con solemnidad que había llegado el momento de la entrega de la medalla a la ganadora del torneo. Los aplausos aún no se habían detenido cuando Adara se puso frente a mí. Su rostro brillaba con una mezcla de triunfo y emoción que parecía iluminar todo el estrado. Me miraba con esos ojos encendidos que parecían atravesar mi armadura de frialdad, y lo peor era que yo no encontraba fuerzas para apartar la vista de su preciosa cara.

—Por protocolo debe mostrarse seria, soldado —le advertí con la voz áspera, intentando recuperar mi compostura.

—Es una lástima que no recuerde que yo jamás sigo el protocolo, mi coronel —respondió ella, con una insolencia que me dejó desarmado.

Me quedé embobado, y lo supe porque tuve que carraspear para no delatarme.

—¿A qué te refieres? —pregunté, fingiendo que la curiosidad no me estaba quemando por dentro.

—A esto.

De pronto me abrazó. Sentí la presión de su cuerpo contra el mío y, antes de que pudiera apartarla, sus labios rozaron mi mejilla. Sentí que habían derramado un montón de lava sobre mi cabeza, la entrepierna se me infló en cuanto sentí sus dulces labios en mi piel. Estuve a punto de arrinconarla contra la mesa y besarla hasta que ambos nos cansáramos.

—No importa si no me recuerda, coronel. Me encargaré de que lo haga. Gané un torneo siendo la peor soldado del ejército, ¿cree que me quedaré tan tranquila sabiendo que está amnésico y que me ha olvidado?

Bajó del estrado con un aire triunfal mientras yo me quedaba inmóvil, con la piel ardiendo en el lugar donde me había besado. Después, los demás soldados comenzaron a subir para recibir sus medallas de graduación, y la ceremonia continuó como si nada hubiera pasado, aunque dentro de mí nada estaba en orden.

****

Al terminar le ceremonia, se organizó un cóctel especial únicamente para soldados y miembros del pelotón. El ambiente estaba cargado de risas, música ligera y conversaciones que llenaban el salón. Fue entonces cuando se acercó la nueva capitana: una rubia de ojos negros, sonrisa pícara y curvas que cualquier hombre notaría.

—Es un placer conocerlo, mi coronel —dijo Ivory, con voz melosa.

La miré y no pude evitar pensar que era bonita, con unas tetas generosas y un porte elegante. Era del tipo de mujer que siempre había llamado mi atención, y sin embargo, no sentí absolutamente nada al mirarla. Mi mirada se desvió por inercia hacia la pelinegra que reía a lo lejos, rodeada de soldados que parecían hipnotizados por ella. Una rabia extraña me atravesó: ¿por qué diablos me molestaba verla tan cerca de ellos?

El imbécil de Noah me lo diría…, pensé con frustración. *¿Será que yo tenía una relación con Adara? ¿Por qué demonios nadie quiere decirme la verdad?*

La voz de Ivory me sacó de mis pensamientos cuando puso una mano sobre mi hombro de manera coqueta.

—Lo felicito por dirigir a su equipo hacia la victoria coronel—susurró.

Antes de que pudiera responder, apareció Adara. Su mirada fulminante atravesó a la rubia y, sin pensarlo dos veces, le quitó la mano de mi hombro. La miré estupefacto.

—Ver y no tocar significa respetar, capitana. Así que deje de estar manoseando al coronel—la riñó.

Ivory frunció el ceño.

—Yo no estaba manoseando al coronel, solo le estaba saludando.

Adara le tendió la mano con una sonrisa venenosa.

—Así se saluda a una persona, no se le saluda manoseándole los hombros anchos y musculosos. Así que no ande toqueteando al coronel ¿Le quedó claro?

La carcajada de Noah retumbó cerca de ambos.

—¿Por qué todos permiten que me hable así? —reclamó Ivory, indignada—. Puede que sea hija de Damon King, pero sigo siendo una capitana y por ende tengo muchos rangos por encima de ella.

—Uy, ¿quiere saber qué le pasó a la última capitana rubia que dijo algo parecido? —dijo Adara con voz juguetona.

—¿Qué?

—Se murió a los pocos días de hacerlo. Así que, con todo respeto, capitana, no repita los errores de su antecesora porque no le irá bien.

—¿Me estás amenazando en tu primer día como soldado de primera clase?

—Sí, y más le vale tenerlo en cuenta. El que yo sea la primera mujer en ganar el torneo debería darle una clara señal de que para mí no existen imposibles.

Ivory la miró incrédula y buscó apoyo en mí.

—¿Y usted, coronel? ¿No le dirá nada por excederse y hablarle así a un soldado con más rango que el de ella?

—No voy a meterme en dramas de mujeres —respondí con sequedad.

—Hace bien, mi coronel —replicó Adara, y antes de que pudiera reaccionar se acercó otra vez para darme un beso en la mejilla, el cual provocó que por poco se me detuviera el corazón.

—¿Qué haces? —murmuré, desconcertado.

Noah soltó una carcajada atronadora, tomó a Ivory del brazo y la sacó del lugar.

—Estos dos tienen que hablar, así que vámonos—le indicó.

Ivory trató de oponerse, pero Noah no le dio tiempo a que lo hiciera y la alejó sin que pudiera hacer mucho.

—¿Por qué te sientes con la libertad de besarme cada vez que te plazca? —le pregunté con dureza.

—Porque es lo que solía hacer.

—Ni siquiera logro recordarte.

—Es una pena que no recuerde nada, y se supone que no debo decirle nada, pero… usted perdió la memoria después de enterarse de que llevo a un hijo suyo en mi vientre.

Me quedé atónito. La miré y luego mis ojos se clavaron en Damon King, que conversaba a lo lejos con Dereck, pero no nos perdía de vista. Un escalofrío recorrió mi cuerpo. Si eso era cierto… la batalla campal que me esperaba cuando el monstruo del Pentágono se enterara que había embarazado a su hija sería brutal.

Debía ser mentira.

¿Y si no lo era?

¿Y si era verdad que el nieto de Damon King llevaba mi sangre?

La tomé de la mano y la saqué del lugar.

—¿Tan pronto irán a hacer bebés? ¿Ya recuperaste la memoria, desmemoriado? —gritó Noah detrás de nosotros.

Ignoré su risotada y subí a Adara al carro. Luego encendí el motor y salí de la central. Esperaba que King al verme con su hija me detuviera, pero en su lugar levantó un pulgar sonriente como si aprobara lo nuestro y siguió hablando con Dereck.

—¿A dónde me lleva, mi coronel? —preguntó con ironía.

—Al ginecólogo. Vamos a cerciorarnos de que dices la verdad.

Su risa llenó el auto.

—¿De qué te ríes?

—De que sigues siendo el mismo exagerado de siempre. ¿En verdad vas a llevarme al ginecólogo por una simple broma?

Detuve el auto de golpe.

—No. En realidad quiero saber por qué eres la única persona que no recuerdo.

—Deme un beso y lo sabrá.

—¿Por qué me hablas con tanta confianza? ¿Por qué no me respetas en lo absoluto?

—Porque usted solía repetirme que quería follarme. ¿Le parece que debo tratarlo de señor e inclinarme en un saludo militar cada vez que lo vea?

—No te creo.

El auto siguió avanzando.

—Si no vamos al ginecólogo, entonces, ¿a dónde?

—Ni yo mismo sé. Solo quería un rato a solas contigo, para tratar de entender qué me pasa contigo y por qué no te recuerdo. Pero supongo que todo se salió de mi control.

—Bienvenido a mi mundo desde que lo conocí, mi coronel. Nunca nada salió como quería y al final terminé enamorada de alguien que ni siquiera me recuerda.

La miré serio, atrapado entre la incredulidad y un temblor en el pecho que no entendía.

—¿Hablas en serio o esta es otra de tus bromas?

—Béseme y lo sabrá. O en todo caso, fólleme, así quizá termine de recuperar la memoria.

Sentí que el caos dentro de mí alcanzaba un punto insoportable. La incomprensión, el deseo, el desconcierto y la atracción que sentía por ella me estaban llevando al límite. No sabía qué me unía a Adara, pero lo que sí sabía era que pronto lo descubriría.

Porque la ganadora del torneo militar, me acompañaría en una misión militar en Corea del Sur la próxima semana. Los altos mandos me la habían asignado porque querían verla en acción.

Capítulo 34

Coronel Luke

Después de la graduación de los reclutas, todos ellos entraron en una nueva etapa. El ejército había evolucionado con los años, y no sólo nos dedicábamos a defender el país sino también a colaborar en distintas misiones en países aliados, Corea del Sur era uno de ellos.

La semana previa a nuestro viaje a la isla Jeju, en Corea del Sur fue una completa locura.

Pasó de todo.

Mi madre apareció furiosa en mi oficina porque se enteró que me embarcaría en mi primera misión tras salir del coma.

Aquel día llegó temprano, vestida de negro como siempre y no me quedó más remedio que recibirla. Llevaba días posponiendo mi conversación con ella, tras las cosas que descubrí en sus últimos estudios médicos.

—Me enteré de que te irás pronto a Corea del Sur —dijo apenas se sentó frente a mí, con la voz cargada de reproche, un enojo visible quemaba sus pupilas.

Solté un suspiro y cerré el expediente que tenía sobre el escritorio.

—¿Cómo es posible que estés enterada de ello? No comprendo de dónde obtienes información que debería ser confidencial—pregunté con el ceño fruncido.

Ella agitó la mano molesta, como si la pregunta fuera irrelevante.

—Eso no es importante. Lo que quiero saber es por qué demonios vas a ese lugar. Acabas de salir del coma, Luke, tu cuerpo todavía no está listo para una misión de ese tipo, no es bueno que te expongas de esa manera.

Me incliné hacia atrás en la silla y la miré con calma, no imaginé que se enteraría tan pronto.

—Mamá, soy un militar. Es lo que hago.

Ella chasqueó la lengua exasperada, y apoyó los codos sobre el escritorio.

—Seguramente te vas con la hija de King a ese lugar repleto de gente rara. Por culpa esa tal Adara casi te mueres y aún así aquí sigues, sirviéndole al ejército de su malnacido padre y sufriendo las consecuencias de haberla protegido porque su papá te obligó a hacerlo. Pudiste matarla en ese torneo y cobrar venganza por lo que le hizo a tu papá, pero no lo hiciste y te comportaste como un cobarde.

Me tensé de inmediato, apretando los puños sobre la madera de la mesa.

—Ya basta, mamá.

—¿Disculpa? —se echó hacia atrás, como si no pudiera creer lo que había escuchado.

—Lo que oíste. Ya estoy cansado de que siempre te metas en mi vida y me digas qué hacer. Te amo, y siempre lo haré, pero no soy un maniquí para que me manejes a tu antojo. Si no te gusta que esté en el ejército, pues es tu problema. Este es mi trabajo y pienso cumplirlo.

El rostro de mi madre se tensó y me señaló con un dedo tembloroso a causa de la rabia que sentía.

—¿Cómo te atreves a hablarme así?

—¿Y qué quieres que te diga? —respondí abrumado—.Si te la pasas intentando controlar cada cosa que hago en mi vida. Ya tuve suficiente de esto, mamá. Si vas a reclamarme por cosas sin sentido, entonces no deseo escucharte. Soy militar, sirvo al ejército y eso jamás va a cambiar.

Ella se levantó de golpe, parecía que iba a marcharse, pero no lo hizo y en su lugar volvió a señalarme con una larga uña negra acusadora.

—Eres igual a tu hermana Ellie. Esa ingrata ni siquiera ha ido a visitarme desde hace semanas parece que ni le importa que yo haya sufrido un infarto. ¿Sabías que se mudó con los King mientras estabas en coma? Seguramente la pusieron en mi contra, igual que a ti. Damon King es capaz de lo que sea para verme destruida.

La observé mientras empezaba a abanicarse con una mano, como si el aire de la oficina se hubiese vuelto irrespirable, y luego se dejó caer sobre una de las sillas cercanas. Sus hombros temblaban, su respiración era irregular, sudaba mucho y se pasaba la lengua por los labios una y otra vez.

Tomé el celular, quizá necesitara atención médica, aunque quizá fuera un teatro. Sin embargo, tenía todos los síntomas de una persona a la que se le estaba subiendo la presión, pero había descubierto cosas sobre mamá que me hacían dudar de ella en las semanas recientes.

—Llamaré a un médico para que te revise.

—No llames a nadie —se levantó de inmediato, con un fulgor extraño en los ojos—. ¿Para qué? No trates de quedar como un buen hijo porque no lo estás siendo actualmente. Ni siquiera te importa lo que me pase, por estrás de las faldas de la hija de King.

Dejé el celular sobre la mesa, todos los síntomas que presentaba desaparecieron de golpe. Ella estaba bien, sólo había fingido estar mal para que yo hiciera lo que quería.

—Bien, mamá. Entonces si no deseas que te ayude no vale la pena que sigamos conversando, contigo no se puede.

Sus labios se apretaron en una línea rígida.

—¿Me estás echando?

—Si no quieres que te ayude, ¿qué más puedo hacer? Traté de llamar a un doctor y lo único que hiciste fue reclamarme. Mi hermana fue bien atendida por los King y está muy contenta. No la había visto tan animada en años. Hasta habló de retomar sus estudios, y estoy seguro de que tú ni siquiera te alegrarás de ello, porque la única manera en la que pareces sentirte tranquila es viéndonos a ella y a mí siendo infelices, o estando estresados con tus constantes órdenes y reclamos.

Ella entrecerró las manos, como si estuviera decidiendo cuántas bofetadas merecía de su parte.

—¿Sabes una cosa, mamá? —continué, hastiado—. No eres la única que tiene problemas. Yo perdí parte de mis recuerdos y no tengo ganas de seguir peleando contigo. Ya te lo dije: eres mi madre y la persona más importante en mi vida, pero si sigues así, tendré que alejarme. Parece que te incomoda vernos bien a mi hermana y a mí. Toda mi vida he hecho lo que tú has querido, pero ya me cansé de esto. Me cansé de que si no hago lo que quieres es el fin del mundo, soy un adulto desde hace mucho, uno completamente autosuficiente que está harto de que no respetes mi espacio, que quieras imponer tus deseos y trates a mi hermana como si te lamentaras por haberla traído al mundo.

—Tu hermana Ellie es una...

No dejé que siguiera hablando.

—Deja a mi hermana Ellie en paz. Durante años no la has tratado bien y aunque he hecho todo lo posible para protegerla, siempre consigues asustarla y sembrar una nueva inseguridad en ella.

Las palabras salían de mí como un torrente descontrolado, cargadas de todo aquello que me había consumido por años. Mi madre fue sagrada para mí durante tanto tiempo, pero la venda que me cubría los ojos y me instaba a santificarla estaba desapareciendo.

—Hace unos días fui a consultar con un cardiólogo respecto a los resultados de tus últimos exámenes, porque me di cuenta de que me mostraste pruebas con datos alterados, las fechas no coincidían y en vez de 2049, estaban fechados en el 2047 y por si fuera poco, tu fecha de nacimiento era incorrecta y el sello puesto no tenía el nombre del cardiólogo que te atendió, sino el de otro. Fui al hospital, reclamé y me entregaron los originales. Luego me dijeron que nunca los fuiste a retirar, cuál fue mi sorpresa cuando llevé los exámenes al especialista, y este me dijo que el estado de tu corazón no coincide con el de una persona que sufrió un infarto recientemente, que era como si no hubieses sufrido nada. Estás completamente sana, no hay señales de actividad cardiaca riesgosa. ¿Tienes algo que decirme, mamá?

Ella retrocedió un paso, como si le hubiese lanzado un balde de agua helada.

—¿Qué insinúas? ¿Qué me inventé lo del infarto? ¿Cómo te atreves?

—No insinúo nada. Tus estudios médicos hablan por ti. ¿Por qué falsificaste unos exámenes si no tenías nada que esconder?

Mi madre se llevó la mano al pecho, como si quisiera sostener un corazón que yo estaba seguro que no le dolía. Su respiración se volvió un jadeo dramático, pero en sus ojos brillaba una chispa oscura que me hizo pensar que su única enfermedad era el odio que no dejaba de envenenarla.

—No tienes idea de lo que dices —susurró.

—Sé exactamente lo que digo. Durante años nos hiciste creer que vivías al borde de la muerte, que cada disgusto podía llevarte a la tumba. Vivimos con el miedo constante de que algo te pasara y te aprovechabas de ello para manipularnos. A ratos pienso que Damon King jamás te saboteó, ni hizo que te despidieran de tantos trabajos, que tú misma te inventaste todo para seguir en ese papel de víctima del que no quieres salir. Mi padre no era un héroe, no era un buen hombre y ya es hora de que lo asumas y dejes de culpar a otros por sus errores.

Ella negó con la cabeza, se notaba que lo único que había en su mente era rencor, cólera y toxicidad.

—¿Cómo puedes acusar a tu propia madre de algo así? ¿Qué te pasa? ¿Cómo es posible que me digas todo esto, sabiendo lo enferma que estoy y estuve?

—Porque la verdad está frente a mí y ya no puedo seguir ignorándola. Me negué a creer que eras capaz de algo así, incluso dudé de la veracidad de lo que decía el doctor. Luego investigué y descubrí que tus supuestos médicos de confianza, eran actores que pagabas para que te dieran los diagnósticos que quisieras. Lo que hiciste fue ilegal y si no fueras mi madre en estos momentos estarías tras las rejas, necesitas ayuda mamá, pero sé que no la buscarás y seguirás en esa terca faceta de que tú eres la buena y el resto del mundo te pagó mal.

El ambiente en la oficina se cargó de un silencio tenso e insoportable. Yo sentía el pecho apretado y era consciente de que estaba cruzando una línea de la que no habría regreso y que mi madre jamás me perdonaría por lo que le dije, pero ya no podía callar. La mujer que tenía delante no era la madre frágil que creí que tenía, era una mujer calculadora que siempre buscaría que hiciéramos lo que ella quería al costo que fuera.

—Mamá —proseguí—, permíteme ayudarte. No es normal que inventes tantas cosas. No es normal que almacenes tanto odio dentro de ti, todo eso no te deja descansar, ni vivir en paz.

Su mirada se clavó en la mía, me miró como si yo ya no fuera su hijo.

—Eres un desagradecido, Luke. Lo único que he hecho durante años es darlo todo por ti, cuidarte a ti y a tu hermana y así me lo agradeces. Mírate, ahora eres un empresario reputado, un militar con una carrera impecable y un hombre con prestigio y todo eso, es gracias a que tuviste una madre que lo dio todo por ti. Pero ahora te has convertido en un hombre débil por culpa de una mujer que te embrujó. Las Hart siempre le hacen eso a los hombres que conocen. Pero por lo visto no vale la pena seguir discutiendo contigo. Ella te llevará por el mal camino, te hará sufrir y yo no estaré allí para ser tu apoyo. Si ya la elegiste, entonces no quiero saber más de ti, ni de tu hermana. Ya no eres mi hijo. Para ti, soy una completa extraña.

—No soy débil —repuse, con los dientes apretados—. Pero tampoco me convertiré en una marioneta a la que puedes manejar a tu antojo.

Dio media vuelta, y caminó hacia la puerta sin decir más. Por un instante creí que se iría en silencio, pero antes de salir giró el rostro hacia mí.

—Algún día vendrás a mí, suplicando que te perdone porque esa mujer no era lo que esperabas, pero yo ya no estaré para ti. No querré escucharte, ni disculparte. Sobrepasaste todas las líneas al dudar de mí y de mi enfermedad, seguramente fue King quien le pagó a ese doctor para que te dijera mentiras sobre mi estado de salud. Para ti estoy muerta, tú y tu hermana ya no son nada mío.

La puerta se cerró con fuerza y el eco retumbó en toda la oficina. Me dejé caer en la silla, sintiendo un cansancio insoportable, como si aquella confrontación me hubiese drenado hasta el alma. Por primera vez en años, había enfrentado a mi madre y no había permitido que ejerciera ningún tipo de chantaje emocional sobre mí. Respiré profundamente y me pasé la mano por el pelo, si bien era liberador finalmente hacerle frente; a la vez me sentía mal, a fin de cuentas era mi madre.

El eco del portazo que dio aún resonaba en mi cabeza cuando escuché que la puerta se abrió y una silueta femenina apareció bajo el umbral.

Era la capitana Ivory.

Su expresión era curiosa y un tanto nerviosa, aunque lo disimulaba con una sonrisa que pretendía ser encantadora.

—¿Era su madre quien salió hace un momento? Qué señora tan guapa—preguntó con un dejo de picardía—. Se le veía muy enojada, mi coronel. Habló conmigo antes de venir a verlo y me dijo que yo le parecía una novia perfecta para usted. Que le recordaba mucho a alguien que quiso mucho.

Seguramente a Madison, la loca que la apoyó al fingir un infarto. Era más que claro que así había sido.

Me recliné en la silla y la observé con frialdad.

—No estoy de acuerdo con mi madre.

La sonrisa de Ivory se congeló un segundo, pero luego soltó una risilla como si creyera que mi actitud reticente se debía a que yo no quería ponerle las cosas fácil.

—¿Acaso me está rechazando, coronel?

—Sí —respondí sin titubear—. No me interesas como mujer, así que no importa lo que te haya dicho mi madre. No estoy interesado en ti, ni en ninguna.

Por un instante vi cómo la seguridad que siempre proyectaba se quebraba, aunque intentó disimularlo con un gesto coqueto.

—¿Ni siquiera en Adara?

—No tengo por qué responder a eso.

—Yo quería venir a discutir todo sobre la nueva reunión. Es que… tengo entendido que una de las soldados que le acompañarán en la misión se hará pasar por su esposa y quería saber si podía ser yo.

Apreté la mandíbula.

—Todo eso se decidirá en la reunión más tarde.

El reloj marcó justo la hora del almuerzo y me levanté, dispuesto a salir. Ivory, hizo lo mismo y se paró a mi lado como si quisiera que nos vieran salir juntos.

Qué pesada.

—¿Almorzamos juntos? —me ofreció, con un tono dulzón que me fastidió.

—No —fue todo lo que contesté.

Ella abrió la puerta y yo esperé a que se fuera. Luego la seguí, pero mantuve una distancia prudente para que no se me pegara como chicle. Pero en cuanto llegamos al patio y vio que los soldados nos miraban, la muy astuta se acomodó el uniforme y se pasó los dedos por el cabello, como si intentara arreglarse después de un momento íntimo. La intención era clara: dar a entender que habíamos estado teniendo sexo en mi oficina.

Y por si fuera poco, Adara nos vio. Sus ojos se cruzaron con los míos y la vi detenerse en seco. Su mirada pasó de Ivory a mí, como si estuviera decidiendo qué hacer. Negó con la cabeza, sus labios se fruncieron en un rictus de enojo, y supe que estaba celosa.

Genial.

Lo que me faltaba.

Más drama.

Adara volvió a negar con la cabeza y clavó en mí una mirada de rabia, luego se marchó. Un impulso loco me incitó a seguirla y así lo hice, ignorando a Ivory, que trató de sujetarme por una mano. Aparté su contacto con un movimiento seco y toqué a Adara por los hombros, ella se giró en cuanto estuve cerca.

—Sé que no debería darte explicaciones —dije con voz baja, grave—. Y tampoco tengo ni idea de por qué quiero hacerlo, pero quiero que sepas que no pasó nada entre Ivory y yo. Ella ni siquiera me gusta.

Adara arqueó una ceja y cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Y quién sí le gusta, mi coronel?

La respuesta estaba en mis labios, pero me obligué a no decirla.

—Conoces la respuesta.

Ella me sostuvo la mirada con descaro y luego sonrió. Era tan bonita como el otoño que había mencionado en su discurso.

—Me gustaría escucharlo de su boca, mi coronel.

Giré la cabeza hacia los reclutas que se organizaban en filas para recibir la comida, pero que no dejaban de mirarnos como si estuvieran presenciando la serie romántica del momento, protagonizada por la hija de King y yo.

—¿Te gustaría almorzar conmigo? —propuse, evitando revelarle lo que tanto deseaba oír.

—Por supuesto, mi coronel—enunció y tomó mi mano, para que entráramos juntos al comedor. No quise soltarla, parecíamos una pareja de novios y eso, lejos de desagradarme, me hizo sentir como el hombre más afortunado del mundo.

Los cuchicheos se propagaron de inmediato, y cuando tomé la comida de Adara y la organicé en una bandeja junto a la mía, las miradas se intensificaron aún más.

Nos sentamos en una mesa apartada, pero los murmullos no se detuvieron. Parecía que todo el mundo había estado esperando vernos así por mucho tiempo.

—¿Qué les pasa? —solté exasperado—. ¿Acaso nunca habían visto a dos personas comiendo?

—¿Comiendo o comiéndose? —gritó Noah desde otra mesa.

Una carcajada colectiva estalló en el comedor.

Adara saludó con un gesto burlón a Ivory, que acababa de entrar y se sentaba de mala gana en una mesa distante, su cara era un mar de celos en el que ella misma había decidido ahogarse, porque yo jamás le di señales de que me interesara.

Me incliné hacia Adara y ella me dio un beso en la nariz cuando lo hice. Era muy descarada y eso me encantaba.

—Quiero que me digas qué hiciste para que no pueda recordarte.

Ella suspiró, con un dejo de tristeza en los ojos.

—Los doctores dicen que si le cuento todo lo que hemos vivido juntos, su mente puede saturarse y será contraproducente para su recuperación.

—¿Tan malo fue lo que vivimos juntos que no puedes contarme?

—Haz un autoanálisis de ti mismo y sabrás la respuesta —contestó sin titubear—. Tuvimos momentos maravillosos y otros un tanto complicados debido a la cantidad de malentendidos que nos rodearon. Pero lo cierto es que desde que nos conocimos la atracción entre ambos fue demasiado fuerte, y eso es algo que ni siquiera la amnesia puede vencer y una prueba de ello es que, aunque no me recuerde seguimos conectados.

Ella tenía razón, había un hilo irrompible que nos ataba e impedía que dejáramos de sentirnos atraídos el uno por el otro.

—Sé que no debería decirte esto, porque se supone que es confidencial —emití cambiando de tema—, pero en la isla de Jeju tendré que actuar como esposo de una de las soldados que me acompañarán en la misión. Y aunque por su experiencia en este tipo de situaciones la elegida debería ser Ivory… me gustaría que fueses tú quien actuara como mi esposa. Quizá la convivencia me ayude a recordarte.

Los ojos de Adara brillaron osadamente.

—¿Qué implicará ser su esposa en la misión, mi coronel?

La miré con picardía, dejando que mis palabras se tiñeran del morbo que quería expresar.

—Dormir en la misma habitación que yo. Besarnos en público. Actuar como una pareja de enamorados.

Sus labios se curvaron en una sonrisa atrevida.

—Entonces acepto, mi coronel. Seré su amorosa esposa falsa. Quién quita y algún día me convierta en la verdadera.

Un estremecimiento me recorrió de arriba abajo.

—No sé por qué siento que recordarte pondrá mi mundo patas arriba.

Ella se levantó, inclinándose hacia mí con una seguridad que me desarmó, y me dio un beso rápido en la mejilla. Dejé de respirar cuando lo hizo y me pregunté qué sentiría al probar esos labios de la forma que quería, estando en Corea del Sur.

—¿Qué no hago eso ya? —susurró.

—Quizá debería tomarte la palabra y follarte intensamente en Jeju, a ver si así recupero mis recuerdos sobre ti, muñeca.

Ella rió, encogiéndose de hombros con descaro.

—Todo sea para que usted logre recordar a su mocosa favorita, mi coronel. Sus deseos son órdenes.

****

De camino al salón de reuniones avancé con Adara a mi lado. Yo no podía dejar de mirarla. Noah salió al paso cuando doblamos la esquina para llegar al área asignada, en la cual les explicaría lo concerniente a la misión en Corea del Sur.

—¿Es verdad que la coronel Parrish también irá a Corea con nosotros? —preguntó con los ojos brillantes.

—Sí —respondí seco.

Noah casi saltó de la emoción.

—Ay, qué emoción, quizá allá consiga que se enamore de mí.

Adara se giró a verlo asombrada.

—¿Y tú no eras gay?

—Claro que no, estúpida. Soy de gustos exquisitos, por eso no me ves con una y con otra como el resto de militares. No cualquiera se gana mi corazón —replicó Noah indignado.

Rodé los ojos.

—Dudo mucho que Parrish te haga caso si sigues con tantas payasadas.

—Claro que lo hará —insistió con convicción absurda—. Estoy loco por ella desde que la vi. Es ruda, fuerte, valiente, uf… me encantan las mujeres que me hacen sentir que puedo ser su damisela en apuros.

Adara soltó una carcajada que me resultó contagiosa y también me reí. Entramos al salón de reuniones, donde ya estaba todo preparado. Los soldados se fueron acomodando en sus asientos y yo encendí el proyector. La pantalla iluminó la sala y apareció la imagen de una horquilla tradicional para el pelo con forma de dragón, de oro puro y adornada con rubíes.

Me puse al frente y empecé a hablar.

—Eso que ven en pantalla es un adorno conocido como *Binyeo*. Este en particular recibe el nombre de "La devoción del Rey" o Wang-ui Heonshin, si quieren tener el nombre en coreano. Les hablaré un poco más de esta horquilla para que entiendan qué tiene que ver con lo que iremos a hacer a Corea del Sur.

—Qué masculina suena su voz al hablar coreano, mi coronel—me felicitó Adara y le sonreí un poco.

—La leyenda cuenta que en la era Joseon de Corea, el rey Tae le regaló este adorno para el pelo a su concubina favorita, una mujer de origen humilde llamada Ara, que había sido sirvienta de la reina Yun, la esposa del rey Tae. Ara también había sido la sirvienta más querida de la madre del rey, y cuando esta murió le pidió a su nuera, que cuidara de ella. Por esta razón Yun no podía deshacerse de ella, pues sería considerado una ofensa a su fallecida suegra.

Los soldados escuchaban atentos, incluso Noah parecía interesado.

—La reina Yun, que aún no había consumado su matrimonio con el rey de Joseon, se preocupó al ver la belleza de la sirvienta. Temía que sedujera al rey cuando este fuera a visitarla a sus aposentos para conversar como era su costumbre, así que celosa de la belleza de Ara, la golpeaba para cubrir su rostro con moretones y así evitar que su majestad se fijara en ella por encontrarla defectuosa. Pero un día la reina fue al templo a rezar y el rey visitó sus aposentos, sin saber que su esposa no estaría. Allí vio a Ara y quedó prendado de su belleza. Al ver que la muchacha le correspondió con la mirada, al día siguiente fue a ver a la reina con la esperanza de poder observar a la sirvienta una vez más, pero cual fue su sorpresa al encontrarla llena de moretones. El rey se percató de que era la misma chica a la que había visto varias veces llena de golpes, pero la reina le había dicho que Ara era medio ciega y que se caía con facilidad y por eso siempre estaba llena de golpes. Tae le ordenó al médico real que la examinara, esa misma noche descubrió que los golpes que la pobre Ara sufría eran causados por la histeria de la reina. Así que ordenó que le otorgaran su propia ala del palacio y fue así como se convirtió en la concubina imperial de primer rango, Ara.

—La reina Yun pertenecía a una de las familias más poderosas de Joseon y el rey no podía divorciarse de ella, porque hacerlo desestabilizaría al país, así que siguió con ella a pesar de que ni siquiera habían consumado su matrimonio. Ara se convirtió en su concubina favorita, la única con quien pasaba las noches y ella lo amaba profundamente, el rey la trataba como si fuese su reina y era inmensamente feliz a su lado. Fue así como Ara dio a luz al primer hijo de Tae y el rey completamente enamorado de ella, le regaló este *binyeo* con forma de dragón, un adorno reservado solo para reinas y princesas. Ya que el dragón no podía ser usado por plebeyas ni concubinas.

Adara no apartaba la vista de la pantalla. Sus ojos reflejaban algo que no supe interpretar.

—La reina, ofendida y herida por el gesto de su marido al regalarle la horquilla a una simple concubina, mandó asesinar a Ara. El rey quedó devastado por la muerte de su amada y rechazó a la reina durante cinco años, hasta que esta enfermó misteriosamente y murió. En la época era común que las mujeres murieran a temprana a edad. Pero el palacio de la reina no podía quedarse vacío por más tiempo y una nueva soberana debía ser nombrada, así que tras un nuevo proceso de selección el rey presentó ante la corte a una supuesta princesa extranjera de una poderosa nación vecina como su nueva esposa. Pero la verdad era que aquella princesa no era otra que Ara, quien había sobrevivido al ataque. El rey la había enviado lejos del palacio para protegerla, sin embargo, jamás dejó de visitarla, ni de tratarla como a su reina. Ninguno de los ministros descubrió que la concubina seguía viva, porque a las mujeres del rey no podía verlas ningún hombre que no fuera él o sus eunucos, así que nadie sospechó que Ara no era ninguna princesa de una nación vecina.

Se escucharon suspiros y hasta algún murmullo incrédulo.

—Hoy, esta horquilla para el pelo es considerada uno de los grandes tesoros históricos de Corea. La próxima semana será exhibida en la isla de Jeju, y nuestro deber es evitar que sea robada. En las últimas semanas varias joyas históricas fueron sustraídas en Asia, y no quieren que ocurra lo mismo con esta.

Apagué el proyector.

—Nuestro trabajo será vigilarla haciéndonos pasar por amantes del arte. Adara y yo seremos una pareja de empresarios norteamericanos interesados en la joyería histórica, los cuales acudiremos a su exhibición. Ivory será nuestra asistente. Noah y Parrish actuarán como especialistas en museología de Nueva York, que se sienten intrigados por la famosa leyenda romántica en torno a este Binyeo. Nuestra tarea será evitar que la roben y atrapar al ladrón. ¿Alguna pregunta?

Noah levantó la mano como un niño en primaria.

—Sí, ¿el rey y la concubina pudieron ser felices como esposos?

Me quedé mirándolo en silencio unos segundos.

—Me refiero a preguntas sobre la misión, Noah.

—O sea que no me vas a decir si el rey y su concubina fueron felices...

—No.

Noah le pidió a Adara con la mirada que interviniera para obtener información y ella así lo hizo.

—Mi coronel, yo también quiero saber.

Respiré hondo, al parecer a ella no podía negarle nada aunque ni siquiera pudiera recordarla.

—Existen dos versiones. Algunos historiadores dicen que el rey Tae y Ara contrajeron matrimonio y fueron muy felices, y que incluso ella dio a luz a doce príncipes. La otra versión asegura que Ara fue asesinada en su noche de bodas por la familia de la antigua reina quienes descubrieron el engaño y se vengaron del rey, asesinando a su gran amor.

—Prefiero creer que sí tuvieron un final feliz —dijo Adara.

—Yo también —intervino Noah con entusiasmo—. Tan felices como espero que lo seamos tú y yo, Parrish.

Parrish lo miró con frialdad.

—No te hagas ilusiones.

—Me encanta cuando me rechaza, me enamora más —dijo él con una sonrisa bobalicona.

Adara arqueó una ceja.

—No sabía que fueras masoquista en el amor.

—Sí, pero solo con mi amor Parrish.

La sala estalló en carcajadas. Parrish parecía a punto de clavarle un cuchillo en el cuello.

—La reunión terminó. Así que prepárense para la misión, le enviaré a sus correos toda la información que les expliqué hoy, junto con los datos del hotel en el que nos quedaremos y todo lo que deben conocer para interpretar su papel.

Cuando salimos al pasillo, Noah como si siempre se puso a hablar de más. Se inclinó hacia Adara con una sonrisa maliciosa.

—¿Lista para dormir con el lobo?

Adara no se achicó, se giró hacia mí y me sostuvo la mirada con esa insolencia que me resultaba adorable.

—Caperucita siempre está lista para dormir con el lobo, porque ya lo tiene bien domado.

Ni siquiera pude contradecirla, porque algo dentro de mí, me decía que ella tenía razón.

Capítulo 35

Coronel Luke

El avión descendió sobre la isla de Jeju y el sol que caía sobre el océano parecía querer darme la bienvenida con un resplandor cegador, había sido un viaje larguísimo, pero en lo absoluto aburrido gracias a la pelinegra que no dejaba de hablar y hacerme reír con sus ocurrencias.

El bus del hotel nos recogió en el aeropuerto, para llevarnos a las instalaciones.

Adara sacó su celular para que nos tomáramos una *selfie*, ni siquiera me negué e hizo que nos tomáramos como 50 fotos más porque según en todas yo salía guapo y ella no tanto, pero la realidad era que su carita de muñeca iluminaba cada foto y la hacía digna de una postal.

El hotel al que llegamos era impresionante, enormes ventanales de cristal reflejaban el mar y ocupaban gran parte de las paredes. Columnas blancas de mármol sostenían el techo, jardines colgantes rodeaban los cuartos y una fuente que parecía sacada de un cuento oriental se encontraba al frente de la puerta principal. Era un hotel diseñado para que quisieras volver a Corea y sin duda, quería regresar allí pero en un viaje que no tuviese que ver con ninguna misión.

Noah y Parrish llegarían en otro auto una o dos horas después para no levantar sospechas.

Al entrar al lobby, una recepcionista de ojos rasgados nos saludó con una reverencia.

—Bienvenidos al hotel Lotus, señores Becker —dijo en un inglés marcado por un acento oriental—. Su habitación tiene una entrada directa al mar. Espero que disfruten su estadía en la isla Jeju.

Vi cómo los ojos de Adara se iluminaron. La emoción se pintó en su rostro al escuchar las palabras "su habitación tiene entrada directa al mar". Era raro cómo podía disfrutar de algo tan simple como verla contenta.

Subimos a un ascensor abarrotado mientras los botones cargaban las maletas.

Salimos al cabo de pocos segundos, le tomé la mano y emprendimos la caminata por un pasillo amplio alfombrado con terciopelo azul y adornos dorados.

Cuando llegamos a la puerta de nuestra suite, Adara se detuvo y se quedó inmóvil, mirándome indecisa. La observé de reojo y me sentí intrigado.

—Pueden irse —les dije a los botones al ver la intranquilidad en el rostro de mi supuesta esposa.

Los empleados asintieron y se marcharon, dejándonos solos frente a la puerta.

Adara ladeó la cabeza y me lanzó una pregunta rápida.

—Entonces, ¿no veremos a los otros mientras estemos aquí?

—Sí —respondí, acercándome a ella con paso lento—, pero solo al final del viaje. La idea es que no nos vean juntos. Ni que levantemos sospechas.

Ella suspiró. Podía oler su nerviosismo, pero no entendía bien qué lo estaba provocando.

—¿Entonces estaremos solos todo el tiempo?

—¿Qué pasa, nena? —murmuré con voz grave—. ¿Tienes miedo de lo que pueda pasar cuando entremos?

—No realmente —dijo rápidamente, aunque una risita la traicionó—. Pero debo reconocer que estar a solas con un hombre tan guapo como usted le alborotaría las hormonas a cualquiera.

Una sonrisa se me escapó. Di un paso al frente, reduje la distancia entre nosotros y la arrinconé como seguramente había hecho antes, Adara estrujó la nuca contra la pared y me miró como si esperara ser besada. Incliné el rostro hacia el suyo y estudié el mar que habitaba en su mirada, no importaba cuántas veces la observara su belleza siempre me quitaba el aliento. El sol de Corea le había coloreado las mejillas de un precioso rosa pastel.

—¿Así que te alboroto las hormonas? —le susurré, dejando que el calor de mi aliento acariciara su piel.

—Bien sabe que sí —contestó envalentonada y esa respuesta me hizo querer devorarla en ese instante.

Levanté el brazo con lentitud, disfrutando del modo en que sus ojos se abrieron, convencida de que iba a comerle los labios. La vi contener un jadeo, su pecho se elevó con un movimiento involuntario. Pero en lugar de besarla, solté una carcajada baja y deslicé la tarjeta de entrada por el panel de acceso. La puerta se abrió con un leve clic y Adara soltó un gruñido refunfuñador.

—Siempre anda jugando con mi corazón de pollo, no es justo coronel—se quejó, y ese tono de dulce enojo me enterneció.

Entramos al cuarto, mis ojos recorrieron la habitación en cuanto lo hicimos y tuve que reconocer que el gobierno de Corea se había lucido al otorgarnos semejante habitación.

La suite era un paraíso. Una piscina privada se extendía al otro lado de los ventanales y conectaba la habitación con el océano azul tal y como la recepcionista nos había dicho. El resplandor del agua al ser agitado por el viento producía destellos que se reflejaban en los cristales, haciendo que pareciera una obra de arte moderno. Varias sillas blancas de madera estaban rigurosamente ordenadas junto al piso de baldosas oscuras que acompañaba la piscina.

—Wow —murmuró Adara asombrada—. Este lugar es maravilloso. Siento que estoy en una serie coreana.

Me acerqué a ella con sórdidas intenciones.

—Pero en las series coreanas no follan intensamente, y eso es lo que pienso hacer contigo.

El rubor volvió a cubrir su rostro en cuestión de segundos. Se mordió los labios, entrelazó los dedos y me miró con timidez.

—Mi coronel, hay algo que tiene que saber antes de que pase lo que tenga que pasar entre ambos.

—¿Qué cosa? —pregunté intrigado.

Ella titubeó, y ese simple gesto fue suficiente para causar que me sintiera tenso.

¿Se sentía mal?

¿Acaso estaba enferma?

—Yo... estem... no he dejado que nadie me sacuda el tesorito.

Parpadeé, incrédulo. No comprendía de qué hablaba

—¿Qué?

—Ya sabe... nadie me ha regado la flor y la ha hecho germinar. Que el aguijón de ninguna abeja me ha picado.

—Nena, por favor —me pasé la mano por la cara, aún sin comprender—Sé más específica. Esas analogías las usaría el pendejo de Noah y por eso no las entiendo.

Ella rodó los ojos y se encogió de hombros.

—Que soy virgen, pues.

Sentí un golpe seco en la cabeza, como si un martillo invisible me hubiera caído encima cuando ella terminó de hablar. Llevé la mano a la frente y me tambaleé cuando un dolor punzante me atravesó el cráneo. Era como si algo en sus palabras hubiera activado un circuito escondido en mi cerebro, como si mi mente me estuviera diciendo que yo ya había escuchado algo así de su parte. De repente un recuerdo me asaltó y comprendí que al fin estaba recuperando la memoria.

Me mareé y tuve que apoyarme en la pared para no caerme, porque si bien la amnesia se estaba esfumando, no lo haría sin dar pelea.

—Luke, ¿estás bien? —corrió hacia mí con los ojos abiertos de par en par—. ¿Necesitas algo?

Tragué saliva, intentando ordenar el caos en mi mente. Aún me dolía la cabeza, pero era más soportable que segundos atrás.

—Es que tuve... como una especie de recuerdo. En él cual me confesabas que eras virgen y... bueno, me vibró la cabeza cuando apareció de golpe en mi mente.

Ella sonrió, aliviada, y me rodeó con los brazos. Su calor me devolvió el equilibrio. —Dios mío, eso significa que empiezas a recordarme. Aunque me preocupa que te duela la cabeza cada vez que lo hagas.

—Estoy bien —aseguré, acariciándole el cabello—. Por lo menos voy avanzando.

—Sí —asintió, mirándome con esos ojos que parecían dispuestos a quererme a pesar de que no podía recordarla—. Bueno, creo que debemos cambiarnos y ponernos algo más refrescante para salir a recorrer la isla. Así que dese la vuelta, mi coronel.

Fruncí el ceño.

—¿Para qué?

—Porque voy a cambiarme de ropa.

—¿Y no me dejarás ver? —pregunté con un deje de frustración—. ¿No se supone que todo eso que ocultas bajo la ropa será mío muy pronto?

Ella sonrió con picardía y me besó la nariz.

—Mi coronel, le dije que era virgen y casi le estalla la cabeza. Imagine qué le pasará si llegamos a tener más contacto físico o si se me ocurre desnudarme frente a usted.

—Sería feliz —murmuré más honesto que nunca.

—Por favor voltéese.

Le hice caso a regañadientes.

—¿Y por qué no te cambias en el baño? Solo quieres hacerme sufrir al saber que te estarás desvistiendo y no podré verlo.

—Mi coronel, no proteste y haga caso.

No me parecía justo saber que tenía la manzana prohibida tan cerca y no podía morderla.

—Y eso que se supone que el coronel soy yo, y quien manda también. Y una mocosa me dice qué hacer... y hasta le obedezco.

Su risa llenó la habitación, y ese sonido era tentador y muy provocador, se notaba que la mocosa estaba disfrutando impedir que yo viera de más. Cerré los ojos, pero la necesidad de verla con poca ropa me estaba matando.

Giré un poco el rostro, para verla aunque fuera de medio lado.

El aire se me atascó en los pulmones. Su cuerpo era una obra maestra, torneado, perfecto, cubierto apenas por la ropa interior. No pude apartar la mirada y sentí que tenía gasolina en las venas en lugar de sangre y que Adara King era el fósforo que me encendía por completo.

Ella se dio vuelta en ese instante y me atrapó lujuriándola descaradamente.

—Mi coronel, ¿estuvo usted mirando de más?

Me giré por completo y la enfrenté.

—Sí —dije con voz firme—, y no me arrepiento.

Una chispa danzó en sus ojos.

—Espero que tampoco se arrepienta de ver esto.

Y sin más, dejó caer el sostén.

La sangre me rugió en las venas. Rompí la distancia que nos separaba y la tomé salvajemente por el mentón para luego devorarla con mis labios. Su sabor era un veneno dulce, adictivo, que me hechizaba. La alcé entre mis brazos y la arrojé suavemente sobre la cama, como si el colchón fuera el único lugar capaz de soportar la intensidad de lo que sentía.

Mis besos descendieron con desesperación por sus pechos. Su piel ardía bajo mis manos y sus gemidos ahogados llenaron mis oídos cuando la disfrutaba y besaba como quería. Mi boca se llenó de ella, de sus senos, de su dulzura angelical.

Mis labios descendieron por su piel ardiente y cada estremecimiento que le arrancaba me encendía aún más. El sabor de su cuerpo me enloquecía, y mientras la escuchaba jadear bajo mi boca, supe que no existía fuerza capaz de apartarme. No quería frenar, no quería pensar, sólo necesitaba tenerla, besarla. Excitarla como lo estaba haciendo.

No había poder humano que pudiera separarme de ella, no cuando mis manos ya habían encontrado la suavidad de su piel y mis labios se hundían en la tentación prohibida que era su cuerpo. Deslicé los dedos alrededor de sus muslos lentamente, sintiendo la tensión eléctrica que vibraba entre nosotros, y estuve a punto de quitarle las bragas, pero entonces mis ojos se clavaron en los suyos, necesitaba saber que quería eso tanto como yo, que ansiaba que fuéramos uno. El deseo rugía dentro de mí como una fiera indomable.

Acerqué mi boca a la suya, volví a besarla y luego le acaricié las manos con mis nudillos. Ella me miró con adoración.

—¿Estás segura de que quieres entregarte a mí?

—Lo quiero todo contigo, Luke. Lo quise desde que te vi por primera vez y me di cuenta de que nunca había conocido a un hombre tan intrigante, atractivo y masculino como tú—Ni siquiera dudó al responder y eso me hizo sentir como si pudiera atravesar la atmósfera y luego caer sobre la tierra sin sufrir ningún daño.

—Hazme tuya, Luke.

Sentí un golpe directo en la entrepierna. Me lo dijo con convicción, como si llevara toda su vida esperando que le preguntara algo así. La besé con fuerza, con desesperación, mi boca se deslizó por su cuello y disfruté de cada gemido que llenaba sus labios, cuando me prendaba de su piel. Sus manos se aferraron a mis hombros cuando mis labios volvieron a recorrer sus pechos con un frenesí que apenas lograba controlar. Estaba a punto de perder la razón, de dejarme arrastrar por ese fuego que nos envolvía, pero de pronto la puerta se abrió de golpe.

—Ah, mis ojos. Acaban de ser arruinados para siempre —escuché la voz inconfundible de Noah—, no perdieron el tiempo, eh picarones. Cuando dijeron que había que premiar a Adara por ganar el torneo, no se referían a esto, Luke.

Me giré furioso, cubrí el cuerpo de Adara con el mío de inmediato, sentí ganas de estrangular a Noah. Él por su parte, nos miraba campante con canasta repleta de dulces en la mano, acompañado de Ivory, que nos escudriñaba contrariada y fastidiada.

—Hola querida, ¿cómo estás? —dijo Adara, saludando a la rubia con una mano en alto, como si no estuviera semidesnuda debajo mí anatomía—. Disfruta de la vista, porque jamás tendrás al coronel así como yo.

Ivory arqueó una ceja, dio media vuelta y se marchó sin decir nada, aunque noté en su mirada que estaba muy molesta.

—Bueno, Noah, lárgate —gruñí, con la paciencia colgándome de un hilo.

—No trates mal al buen Noah —respondió él con una sonrisa burlona—. Mira que misteriosamente alguien puede decirle a King lo que estabas haciendo con su hija, cuando se suponía que debías estar en una misión.

Cerró la puerta de un portazo, dejándome aún rabioso. Volví a concentrarme en Adara y la besé con una intensidad brutal, como si necesitara borrar con sus labios las ganas que sentía de triturarle las pelotas a Noah.

—No imaginas las ganas que tengo de recordarte, muñeca —susurré contra sus labios—. De saber por qué esos ojos tuyos me vuelven loco a pesar de que apenas sé sobre ti.

La besé con más fervor y pasión, hasta que mi respiración se mezcló con la suya, hasta que mis manos ya no supieron distinguir dónde terminaba su piel cálida y dónde empezaba la mía. Entre más la besaba más necesitaba sus labios, más hambriento me sentía. Pero de pronto, una imagen repentina golpeó mi mente y en la cual Adara estaba besando a Evan. El recuerdo me palpitó en el cráneo y me llené de rabia. Llevé la mano a la cabeza, sintiendo cómo esta pulsaba con violencia. Me sentí celoso, enojado, indignado y ofendido de que ella hubiera estado besando a otro.

Y más a ese pelele.

—Luke, ¿estás bien? —me preguntó, preocupada.

Me senté en la cama molesto.

Aún me dolía la cabeza, pero eso no se comparaba con nada a la incomodidad que sentía al recordarla besando a Evan.

—¿Te estuviste besando con Evan?

Ella abrió los ojos de par en par y, para mi sorpresa, rompió a reír.

—No cabe duda de que eres un tóxico sin remedio. De todas las cosas que pudiste haber recordado, justo tenías que acordarte de eso.

—¿Por qué lo besaste? —pregunté, indignado, con un fuego extraño corriéndome por las venas—. ¿Acaso me fuiste infiel? ¿Cómo pudiste besar a esa cosa?

Adara sentó sobre mis piernas. El simple contacto bastó para que mi cuerpo reaccionara al instante, para que la rigidez en mi entrepierna me delatara y de pronto la rabia se me pasó. Ella lo notó, una sonrisa traviesa apareció en sus labios mientras abría su boca sonrosada para hablar.

—No le fui infiel, mi coronel. En ese entonces usted había vuelto con la loca de Madison, y yo estaba celosa, así que hice una tontería para regresarle lo que me había hecho. No me siento orgullosa de eso, pero… se merecía lo que pasó.

—¿Yo? —murmuré, ofendido.

Ella se inclinó y me dio un beso breve, empapado de ternura y picardía al mismo tiempo, antes de levantarse de mis piernas. Protesté en cuanto se alejó.

—¿Por qué te vas? —pregunté, atrapando su muñeca para que no se apartara de mí—. Yo quiero seguir devorándote.

—Mi coronel, vamos poco a poco —contestó y puso una carita dulce que logró apaciguar momentáneamente a la bestia en mí—. Me preocupa que te duela la cabeza cada vez que nos besamos.

—Puedo con el sufrimiento —repliqué, frustrado—, pero no me alejes de tu cuerpo, joder.

Ella soltó una carcajada y me señaló con un dedo acusador.

—Pervertido, lo más importante es su salud.

—¿Y quién lo decidió? Te prefiero a ti por encima de todo—bufé.

Ella soltó una risa suave y me besó la nariz antes de alejarse y meterse al baño.

Pocos minutos después, reapareció con un vestido beige que resaltaba cada curva de su cuerpo de diosa y un sombrero blanco que le daba un aire más angelical del que por sí ya tenía. Me quedé mirándola como un idiota.

—Luces como una niña buena a la que me gustaría llenar —dije, con la voz cargada de deseo.

—Mi coronel —me reprendió con una risita—, vaya a ponerse ropa cómoda y vayamos a recorrer la isla. Creo que debemos revisar el itinerario y eso.

—Ojalá ese itinerario incluya follarte —repuse, con un tono burlón—, porque te juro que me volveré loco si dicha actividad no está incluida, es más la pondré al inicio de la lista.

Adara soltó una carcajada y negó con la cabeza. Me levanté de la cama, me puse un suéter blanco de mangas largas, vaqueros negros, zapatos caros y mis lentes de marca favoritos. Al regresar, ella me observó de arriba abajo y su comentario me hizo sonreír.

—No cabe duda que estoy en un dorama y el *bad boy* millonario me quiere hacer bebés.

—Quiero hacerte tantos hijos que podremos llenar un estadio de fútbol —contesté, con media sonrisa.

—¿Alguien quiere pensar en la pobre Adara que tendrá que darlos a luz? —replicó ella, riéndose.

—Sé que puedes con eso, preciosa —dije, rodeándola con un brazo y acercándola a mí.

Su risa quedó atrapada contra mi pecho y, mientras la abrazaba, me di cuenta de que con todo y lo amnésico que estaba, empezaba a enamorarme de ella.

Pasamos el resto de la tarde recorriendo parte del hotel y algunos rincones de la isla, en una cita romántica que ninguno de los dos planeó. Ella la estaba pasando en grande y yo también. Estaba casi seguro de que en los últimos meses gran parte de mis momentos felices se debían a ella. Caminamos juntos por el vestíbulo adornado con detalles alusivos a la era Joseon desde atuendos ceremoniales de boda en intensos tonos de rojo, hasta vasijas e instrumentos de cuerda, pasamos por los jardines internos repletos de flores que según, los expertos del hotel eran las flores favoritas de la concubina Ara, y llegamos hasta la playa privada del resort, donde la brisa marina nos relajaba mientras nos besábamos en todos los rincones posibles. Ella se reía por cualquier cosa, señalaba los detalles que más le gustaban, y yo no podía apartar mis ojos de su rostro cada vez que algo la hacía reír.

No podía evitar sentir que no estábamos fingiendo en lo absoluto y que éramos una pareja de verdad, que vacacionaba en un hotel de lujo y parecía tener el mundo a sus pies.

Las horas se esfumaron y el anochecer llegó, por lo que tuvimos que regresar a la habitación para prepararnos para la cena de bienvenida.

En cuanto vi a Adara salir del baño con aquel vestido rojo ceñido a sus curvas, supe que estaba perdido. Pensé en arrancarle ese vestido con los dientes y hacerla mía de una vez por todas.

Ella se detuvo en la puerta, jugando con su cabello suelto y sus labios pintados del mismo color de la tela. Me regaló una sonrisa coqueta y preguntó con descaro:

—¿Qué tal me queda, mi coronel?

El demonio que vivía en mí no supo callarse. La devoré con la mirada y contesté sin rodeos.

—Se verá mucho mejor cuando lo vuelva trizas antes de hacerte el amor.

Ella fingió escandalizarse, aunque no logró ocultar el brillo travieso en sus ojos.

—Mi coronel, pórtese bien.

—Es imposible hacerlo cuando luces tan apetitosa —le susurré, tendiéndole la mano.

Salimos de la habitación tomados de la mano, como si fuéramos una pareja real y no dos militares entrenados para ello. Descendimos por el pasillo iluminado con lámparas de cristal y llegamos hasta el gran restaurante del hotel, abarrotado de extranjeros y coreanos que ocupaban las distintas mesas. Los camareros se movían de un lado a otro sirviendo bebidas y bandejas, realizando anotaciones en tabletas tecnológicas y recibiendo propinas generosas de parte de los asistentes. No había nada que no estuviera en su lugar, pero yo no me confiaba, entre ese mar de caras amables probablemente estaba la persona que intentaría robar la horquilla real cuando fuese exhibida al día siguiente.

Un camarero se nos acercó e hizo una leve reverencia. Saqué la tarjeta con el número de nuestra mesa y se la entregué. Nos condujo hasta el fondo, donde una mesa cubierta por un mantel blanco nos esperaba. Adara se sentó frente a mí, cruzó las piernas con naturalidad y yo tomé sus manos entre las mías para besarla como un caballero de principios del siglo veinte.

—Creo que esta es nuestra primera cena formal —dijo, apoyando la barbilla en una mano mientras me observaba.

—¿No te había invitado a ningún restaurante antes? —pregunté, intrigado.

Ella entrelazó sus dedos con los míos por encima de la mesa.

—No tuvimos tiempo. Siempre estábamos yendo y viniendo del ejército. Pero te aseguro que las veces que salimos fue maravilloso, sobre todo cuando fuimos a Nashville.

Se mordió el labio inferior de inmediato, como si hubiera cometido un grave error.

—Lo siento —murmuró.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué te disculpas?

—Porque no debo darte datos puntuales sobre aquello que no recuerdas —respondió, bajando la mirada—. Eso podría causar que te duela la cabeza.

Me quedé en silencio unos segundos. Su preocupación era genuina.

¿Cómo era posible que no recordara a una mujer tan maravillosa?

Durante la semana previa a la misión, hubo un pensamiento que me perturbó la mayor parte de tiempo. Me conocía lo suficiente para saber que le había ocultado a Adara algo importante. Quizá cuando se enterara no querría saber más de mí y podía entenderla.

—Hay algo de lo que quiero hablarte —dije despacio—. Y bueno, no sé si en algún punto de lo que tuvimos te lo dije. Lo más probable es que no, porque no suelo revelarle a nadie esto.

Ella arqueó una ceja y apretó mis nudillos con la palma de su mano derecha. Su tacto era reconfortantemente dulce.

—No me asuste, coronel.

—Yo... —dudé, no estaba seguro de si era buena idea decirle, pero era lo correcto hacerlo.

—Tranquilo —susurró—. Sea lo que sea, yo lo entenderé.

Respiré hondo.

—Yo soy hijo de Luke Thorne. Mi padre y el tuyo son enemigos declarados, y bueno... no me parece correcto que te entregues a mí sin saber que soy el hijo del hombre que por poco destruye a tu familia.

Ella pestañeó sorprendida, pero en lugar de alejarse y mirarme como si fuese una escoria por ser un Thorne tal y como otros hacían, ella sonrió con ternura. No comprendía por qué era tan buena.

—No me importa de quién seas hijo, Luke. Tú me demostraste durante todos estos meses que no eres como tu padre, que eres un hombre increíble y que vale la pena estar a tu lado.

Tragué saliva, no esperaba una respuesta como esa. Por más bondadosa que fuese Adara, incluso ella se estremecía ante la mención del nombre de mi padre.

—He luchado mucho para no convertirme en él —confesé—, pero no sé si tu padre quiera que estés con el hijo de un criminal.

—Mi padre probablemente ya sabe que eres hijo de Logan Thorne—dijo con seguridad—, y desde el primer momento nos ha apoyado. Lo conozco lo suficiente para saber que no me enviaría a una misión contigo si creyera que representas un peligro para mí. Damon King siempre va un paso delante de todos nosotros. Toda la vida ha sido así, terminas acostumbrándote a ello.

—Entonces, ¿no te importa en lo absoluto que yo sea un Thorne? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—No —contestó sin dudar—. Porque un apellido no define lo que eres, sino lo que habita en tu corazón. Y tú me has demostrado que lo que hay dentro de ti merece ser querido y valorado.

Sus palabras me atravesaron, la gente solía apartarme cuando descubrían de quién era hijo, jamás había sido tan bien aceptado antes. La miré, sintiendo que el mundo podía desmoronarse en cualquier instante y aún así yo seguiría en pie mientras ella estuviera conmigo. Para Adara yo no era Luke Thorne, ni el hijo del enemigo de su padre. Era simplemente el hombre al que quería y aceptaba con todas mis múltiples imperfecciones.

¿Cómo era posible que una mujer como ella me quisiera tanto?

¿Qué había hecho bien en la vida para ser tan premiado?

—Podría casarme contigo en este mismo momento—confesé—. Lo haría a pesar de que no recuerdo casi nada sobre ti, pero eres lo suficientemente maravillosa para que no me importe. Algo dentro de mí me dice que eres la mujer correcta y que si no me uno a ti para siempre, viviré eternamente amargado.

—Nunca dudes de cuánto te quiero, y de cuánto me importas—manifestó y sentí que mi pecho se infló.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y yo besé sus dedos. Su piel de porcelana era tan suave que quise besarla por más tiempo.

—Viví momentos horribles mientras estabas en coma. Creí que te perdería.

Le acaricié la mano, buscando transmitirle el mismo valor que ella me dio cuando le revelé que Logan Thorne era mi padre.

—Hace unos días logré recordar que fue tu voz lo que me trajo de vuelta. Pude escucharte cuando me pedías que despertara, luego sentí el aroma del pastel y mis sentidos despertaron. Algo dentro de mi subconsciente me dijo: regresa con ella, es en donde debes estar.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas y yo me incliné para besar los lugares en los que estas caían.

—Tengo la fe de que pronto recordarás todo —dijo con voz temblorosa—. Y si no lo haces, estoy segura de que aun así seremos felices.

Estaba a punto de responderle cuando sentí la vibración de mi celular en el bolsillo. El suyo también sonó sobre la mesa. Saqué el mío y fruncí el ceño.

—Tengo un mensaje de Noah —expliqué—. Dice que me reúna con él en la habitación que compartimos tú y yo, nena.

Ella miró su pantalla y asintió, confundida.

—Yo tengo uno igual de Parrish. Pero ella dice que debemos reunirnos cerca de la tienda de ropas interna del hotel.

Un mal presentimiento se incrustó en mi estómago.

—¿Les habrá pasado algo?

—Vamos juntos a ver a Noah y luego a Parrish —propuso.

Negué lentamente.

—Se me hace muy extraño que llegaran ambos mensajes a la vez.

En ese instante, Ivory apareció junto a nuestra mesa, llevaba toda la noche apartada vigilando que no hubiera movimientos extraños, tal y como le encargamos

—Noah y Parrish me pidieron que les dijera que los están esperando —anunció.

La miré fijamente.

—¿Te dijeron por qué?

—Me dijeron que deben conversarlo con ustedes —respondió con frialdad.

Me despedí de Adara y me apresuré hacia la habitación, pero en cuanto abrí la puerta, me di cuenta de que Noah no estaba por ningún lado y en su lugar se encontraba Ivory con un *babydoll.*

Maldije, por supuesto, me había tendido una trampa.

Y por si fuera poco, la puerta se abrió de repente y Adara entró.

Apreté las cejas y me preparé para el drama.

Pero ella en lugar de armar un alboroto, se acercó a Ivory y la miró como si estuviese segura de que nos había tendido una trampa.

—Eres patética Ivory, armaste todo un plan para quedarte en una habitación con el coronel. Fuiste demasiado obvia y por esa razón quedas fuera de la misión.

Ivory dio un paso al frente y Adara hizo lo mismo.

—Tú no tienes autoridad suficiente para expulsarme.

—Pero yo sí—la secundé—. Quedas fuera de la misión por utilizar los recursos tecnológicos disponibles para hacerte pasar por el capitán Noah y la coronel Parrish y clonar sus números para enviarnos mensajes que pudieron haber comprometido la misión. Se te impondrá 1 falta completa en tu historial y a partir de este momento quedas suspendida según lo establecen las normas del ejército.

Ivory se retiró de la habitación con los ojos llenos de lágrimas. Cerré la puerta y me aseguré de que no estuviera cerca. Llamé a la recepción y pedí un cambio de tarjetas de acceso.

Luego me giré hacia Adara para agradecerle por confiar en mí, y lo que me encontré me dejó sin palabras.

Adara se había quitado el vestido y estaba desnuda y de espaldas frente a mí. Me quedé maravillado y atónito, mientras intentaba decirle algo.

Abrió el panel corredizo y me instó a seguirla, haciendo una señal con los dedos.

—¿No quiere obtener su premio y hacerme suya, coronel?

Sentí que todo dentro de mí, estalló y la seguí dispuesto a darle la mejor noche de su vida.

Capítulo 36

Coronel Luke

La vi entrar en aquella piscina que se conectaba con el mar abierto y, por un instante, me quedé paralizado, contemplando cómo el reflejo de la luna acariciaba su cuerpo conforme se iba hundiendo. Parecía la fantasía más inalcanzable de cualquier hombre. El hechizo al que ningún demonio sería inmune.

Mis pies se movieron solos, como si una fuerza invisible me arrastrara hacia ella, volviéndome incapaz de resistirme a la angelical mujer cuyas alas estaban teñidas de lujuria y descontrol esa noche.

Ella se recostó contra la baranda transparente, se relamió los labios, y entonces ya no tuve voluntad propia. Su lenguaje corporal me decía que quería que la poseyera.

Atravesé la piscina a grandes zancadas, y me detuve frente a Adara dispuesto a entregarle mi alma a cambio de un segundo en su interior. Era un poseso al que sólo su belleza podía exorcizar.

Mis labios absorbieron los suyos con un hambre feroz, con la desesperación de quien se aferraba al aire después de estar a punto de ahogarse. Su lengua me enredó en la mía y eso dinamitó tanto caos bajo mi piel, que mi entrepierna rugió aclamando por ella. Sentí que el mundo desaparecía, que no había nada más que ese roce húmedo, salvaje y perfecto de nuestros labios peleando por tener el control. La besé sin darle tregua, con la certeza de que jamás había probado algo tan adictivo, de que ella era la droga de la que jamás quería ser rehabilitado. El movimiento de su lengua contra la mía me encendía y cada vez que la miraba a los ojos sentía que jamás tendría suficiente de ella. Yo estaba perdido, rendido, condenado y bendecido al mismo tiempo.

—Nena —murmuré con la voz ronca, apoyando mi frente contra la suya—, te deseo tanto, que si esto no termina como quiero enloqueceré.

Ella sonrió con insolencia, como si estuviera dispuesta a dominarme de tal forma que mis demonios se convirtieran en sabuesos a su servicio.

—Solía ser de las que decían que quería llegar virgen al matrimonio —susurró con sinceridad, mirándome con descaro—, pero contigo ya no me importan esos tecnicismos de mojigata.

—¿Entonces me harás el candente honor de permitir que te haga mía?

—Sí, y de paso también quiero que seas el único que lo haga el resto de mi vida.

Un rugido sordo nació en mi pecho, ya no podía aguantar las ganas de poseerla.

La sujeté por la cintura, y la alcé para que sintiera mi dureza.

Me acomodé frente a su núcleo sensible y noté lo bien que encajábamos. Era como si hubiera sido diseñada para ser mía, y entonces me hundí en ella y todo dentro de mí ardió. El gemido que brotó de los labios de Adara mientras me adentraba en ella, hizo que mi pecho se inflara y que cada órgano de mi cuerpo se sintiera pleno. Rodeé su espalda baja con un brazo y comencé a reclamarla como mía.

—Preciosa —jadeé contra su oído—, si quieres que pare, avísame. Quiero que disfrutes esto tanto como yo.

—Sí, mi coronel. Joder, hoy eres más mío que nunca.

—Siempre lo he sido, aunque no hubiéramos hecho el amor antes.

Ella me miró con esos ojos que me seducían en cada parpadeo, con esa luz que había encendido en mí algo que ni el rencor, ni el odio pudieron opacar. Rodeó mi cuello con sus brazos, aferrándose como si quisiera sentirme en lo más profundo de su alma. El bamboleo de nuestras caderas me elevaba sin control, me aceleraba el corazón y me llenaba de fuego los pulmones.

El mundo se volvió un paraíso malicioso que me incendiaba de placer. El agua salpicaba nuestros cuerpos mientras la luna nos iluminaba al fusionarnos. El cabello mojado le caía sobre los pechos, conformando una obra de arte por la que pagaría millones de dólares.

Ella gimió mientras mordía su cuello y seguía arrinconándola sin control. Adara no dejaba de arquear el cuerpo llena de placer, queriendo más, ansiando más.

La besé muchas veces y mientras la adoraba y llenaba de pasión, los recuerdos que creí perdidos para siempre reaparecieron.

Recordé cuando la rescaté de una turba en Italia, vi su rostro por primera vez y me sentí tan cautivado que dejé de respirar por lo que pareció una eternidad. Luego rememoré nuestro primer encuentro en el ejército y el castigo que le impuse, enviándola a correr. Ese día estaba tan idiotizado por ella que hasta la acompañé. Recordé todos y cada uno de los momentos que viví a su lado, cuando la encontré acariciando un tigre en la casa de mi vecina, o cuando nos fuimos a Nashville y dormí por primera vez a su lado. Cuando montó el toro mecánico y casi me da un infarto. A mi mente también regresó la apuesta que hice con Carrie. Ella decía que yo no podría enamorar a Adara y después dejarla, porque estaba loco por ella y tenía razón, pero no sólo eso: Yo amaba a Adara King y jamás volvería a hacerle daño. Esa estúpida apuesta quedaría atrás, junto con mi absurda venganza.

Sentí que todo dentro de mí palpitaba, que el vacío que me había consumido al no recordarla finalmente se llenaba de ella, de su magia, de su inocencia, de su hermosura, de la pureza que había destrozado al hacerla mía.

—Esto es maravilloso —murmuré contra su boca, perdido en el frenesí y en el fuego que ella despertaba. Estaba hundido en el infinito placer que sentía al masajear su piel, mientras los embates la agitaban contra el agua.

Aquello era perversamente poético, fundirme con ella me había ayudado a recordarla. Le besé el cuello, la apreté aún más contra mí e inhalé el dulce olor que brotaba de su piel húmeda.

—Es aún más maravilloso haber recuperado la memoria. De alguna manera logré recordarte mientras te hago mía, nena —añadí pletórico y feliz.

Sus ojos se abrieron de par en par, como si mis palabras fueran un milagro.

—¿En serio puedes recordarme? —preguntó en un susurro tembloroso.

—Sí, nena… —respondí, y ella enroscó sus manos en mi nuca para abrazarme enamorada.

Nuestros labios se juntaron una vez más, en un beso desesperado que buscaba evitar que la olvidara de nuevo. La sensación de tenerla, de poseerla, se mezclaba con las imágenes que seguían volviendo a mí. En ese momento lo tenía todo, una felicidad inconmensurable al tenerla, los recuerdos perdidos y a la mujer más hermosa sobre la tierra. Mi boca incendió su cuerpo mientras la recorría y ella me abrazó tras decirme que yo la hacía feliz.

Ella se movía como una experta, arrancándome jadeos bruscos que la incitaban a besarme.

Y entonces cuando aumenté la potencia de mis movimientos, Adara clavó sus uñas en mi espalda y ambos llegamos al punto culminante y tocamos un paraíso que ardía con la fuerza de miles de infiernos. Estallé miles de veces y la observé cautivado, sobrepasado, extasiado por las candentes sensaciones que se expandían en mi piel.

La amaba, de mil y un formas perversas, pero lo hacía.

—Te amo—dijimos a la vez y entonces un montón de fuegos artificiales estallaron sobre nuestras cabezas en la lejana Asia. Aquella imagen de las luces contorneando su cara, de las palabras "te amo" brotando de su boca y de lo hermosa que lucía tras haber perdido su pureza, quedarían guardadas en mi memoria para siempre, como el mejor recuerdo de mi vida.

La escuché gemir mi nombre una vez más y sentí que todo en mí renacía.

La llevé en brazos hacia la cama, aún incapaz de soltarla. La recosté con cuidado, y me quedé unos segundos solo mirándola, admirando el milagro de tenerla conmigo.

—No sabes cuánto te amo, muñeca —susurré, acariciando su rostro.

Ella sonrió, con los labios húmedos y los ojos brillantes.

—Yo también te amo, me di cuenta de ello mientras estabas en el hospital y sentí que estaba muerta en vida.

Me incliné sobre ella y le hice el amor de nuevo, recorrí su piel con mis labios y mis manos la acariciaron con devoción.

Su respiración se agitaba, sus dedos se enredaban en mi cabello, y yo solo pensaba en que no había mayor gloria que escucharla suspirar mi nombre.

Me dediqué a adorarla, a hacerla sentir que no había en el mundo otra mujer capaz de encenderme así. La vi estremecerse, la escuché perder el control, y cuando por fin alcanzamos el infinito de nuevo, supe que la vida me había dado la segunda oportunidad con ella que nunca creí merecer.

—Eres mi todo, Adara —confesé, trazando un camino de besos por su clavícula.

—Por favor vuelvas a dejarme nunca más, y no se te ocurra volver a intentar sacrificarte por mí.

La abracé con fuerza, apretándola contra mi pecho, porque aún me costaba creer que era real, que Adara King era mía.

Pasamos horas amándonos sin control. Cada vez que ella me tocaba, un recuerdo nuevo emergía en mi cabeza: la primera vez que me retó delante de todos los soldados y la llevé a mi oficina para regañarla, o cuando me llevó pastelitos de chocolate para agradecerme por llevarla a la enfermería.

Ella se acurrucó en mi pecho, y sentí una paz que nada podría derrotar.

Y cuando al fin se durmió entre mis brazos, comprendí que mi devoción por ella no tenía límites. Que podría perder cualquier cosa, menos a la siempre hermosa Adara King.

La guerra, el pasado, el rencor, el odio, las rivalidades familiares, los malos entendidos, fueron enterrados en el cementerio en el que siempre debieron estar. Lo único que en aquel momento valía la pena era el infinito amor que sentía por ella y lo mucho que quería vivirlo al máximo.

****

Abrí los ojos y por un instante tuve que pellizcarme para asegurarme de que no estaba soñando. Adara estaba tumbada a mi lado con un brazo sobre mi tórax y la cabeza apoyada en mis pectorales, la luz suave de la mañana iluminaba su rostro y se derramaba sobre su cabellera oscura haciendo que el marfil en su piel resplandeciera. No podía creer que finalmente había sido mía, enfrentamos tantos obstáculos que me costaba creer que finalmente habíamos concretado nuestro amor.

La mujer a la que tanto me había resistido, la misma chica a la que planeé seducir por venganza y por la que estuve dispuesto a dar mi vida en cuando la vi en peligro, era completamente mía y no estaba dispuesto a permitir que eso cambiara. Un estremecimiento fuerte me sacudió la espalda, no quería ni imaginar qué sería de mi vida sin ella.

Salí del cuarto, cuidando de no despertarla y me encaminé hacia la recepción, pregunté lo que quería y me dirigí hacia el lugar en el que prepararía una sorpresa para Adara. Le expliqué a los trabajadores locales lo que quería y aunque al inicio dijeron que sería complicado, cuando les ofrecí el triple de lo que pedían pusieron manos a la obra. No era tan difícil de lograr, pero teníamos el tiempo en contra y la brisa marina que intentaría derribar lo que ellos prepararían, pero Adara merecía algo espectacular y yo iba a dárselo.

Después de dejar finiquitado el asunto con los trabajadores, me dirigí a una joyería en la isla y pedí que tallaran unas palabras en una hermosa pulsera de oro y diamantes celestes, que estaba seguro que le gustaría. Mi ventaja era que Adara era muy dormilona y probablemente seguiría dormida cuando yo estuviera de vuelta en el hotel.

Regresé a la habitación y me acosté a su lado, ella seguía durmiendo y babeaba la almohada al estar acostada boca abajo, lo cual me hizo reír bastante.

—Buenos días, mi coronel —susurró la pelinegra, acto seguido se sentó sobre la cama y estiró los brazos para desperezarse. Estaba preciosa—. ¿Cómo durmió?

—Fabulosamente —respondí con voz ronca, fingiendo estar adormilado—. Aunque hubo cierta mocosa ruidosa y escandalosa a mi lado que estuvo bastante activa toda la noche, pero logré dormir muy bien.

Ella soltó una risita traviesa y me miró con esos ojos que siempre lograban volverme loco.

—Uy, qué mocosa más necia y atrevida. Me parece que merece un castigo, mi coronel.

—Pues yo creo que en realidad esa mocosa se merece ser premiada —dije con una sonrisa morbosa, acercándome lo suficiente para rozar su deliciosa boca.

—¿Y qué incluye ser premiada por usted? —preguntó, con un brillo de picardía que hizo que un escalofrío descendiera por mi espalda. Yo sabía qué tipo de premio quería.

—Ya lo verás —respondí, dejando que mis dedos jugaran con los mechones de su cabello—. Primero quiero saber cómo te sientes, después de lo que pasó anoche entre ambos.

Ella me lanzó una mirada de absoluto amor. Le brillaban los ojos y la piel cremosa la tenía sonrosada de tantos besos que le había dado.

—¿Está preocupado por mi tesorito, mi coronel? —susurró, y no pude evitar soltar una carcajada.

—Por supuesto, nena. Yo siempre me preocupo de que estés bien —contesté.

Me acomodé en la cama para observarla mejor y de paso disfrutar cada detalle de su rostro de diosa inefable.

Ella cruzó las piernas y apoyó una mano en el colchón, como si estuviera buscando las palabras correctas en el diccionario de su mente.

—Jamás creí que sería posible experimentar tanta felicidad —dijo, bajando la vista y mordiendo suavemente su labio inferior—. Es decir, creí que me levantaría hoy y diría: "Qué hiciste, Adara, te acostaste con un hombre sin haberte casado, eres una zorra", pero no siento remordimientos, ni nada parecido. Al contrario, me arrepiento de no haber estado con usted antes, mi coronel, porque todo lo que hicimos anoche fue absolutamente maravilloso, me sentí tan amada que podría escribir todo un libro contando cómo me siento aunque ni siquiera tengo talento para escribir la lista del súper.

Tomé su rostro entre mis manos para acercarla más a mí.

—A ratos creo que es irreal todo lo que siento cuando estoy contigo —confesé, dejando que mis dedos acariciaran su mejilla—. Me vuelves loco y, sin embargo, eres la única capaz de curar esta locura. Siento que podría hacer cualquier cosa, por más absurda que fuera, con tal de hacerte feliz.

Ella arqueó una ceja, con ese toque travieso que siempre me desarmaba.

—¿Cualquier cosa? —preguntó, juguetona.

—Sí —dije, con una sonrisa que no podía contener—. Siempre y cuando no implique ponerte en riesgo.

Ella se rio con esa naturalidad que me hacía querer robarle besos a todas horas.

—Le quita lo divertido a la vida, mi coronel —dijo, acercándose para rozar sus labios con los míos en un beso suave, impregnado de amor verdadero.

—¿Te parece si bajamos a desayunar? —pregunté, besando su frente—. Tengo algunas sorpresas preparadas para ti.

Ella asintió con entusiasmo y tras desayunar salimos de las instalaciones del hotel. Adara apareció con un vestido rosa que parecía hecho de algodón de azúcar, el cual se movía con la brisa como si fuera ligero como el papel.

—Y si nos quedamos en la habitación todo el día a hacer cosas ricas, ¿mi coronel? —dijo, arqueando una ceja.

—Me encantaría, nena —respondí—, pero me temo que una vez que entremos allí no querré salir hasta el próximo milenio, y tenemos que reunirnos con Parrish y Noah antes de la exposición de esta noche. A más tardar en dos horas. Y quiero que veas algo antes de ponernos a trabajar.

Sus ojos brillaron con curiosidad, y yo disfruté cada centímetro de su atención mientras caminábamos hacia la salida.

Tomados de la mano, nos dirigimos hacia el volcán de la isla Jeju, ascendimos por los senderos serpenteantes, rodeados por la vegetación tropical, esculturas de bronce tradicionales que emanaban cierto aire mítico. El aroma salado del viento marino parecía querer guiarnos hacia la cima.

Ella tomaba fotos a cada cosa que veía y me hacía posar despreocupado junto a ella. La complací en cada cosa que quiso, incluso si eso nos retrasaba más de la cuenta. Estaba tan contento por haber recuperado mis recuerdos sobre ella, que no le negué nada de lo que me pidió. Incluso cuando grabamos un video besándonos cerca de la cima del volcán.

Cuando alcanzamos la cima, Adara se detuvo, apoyándose sobre la baranda natural del mirador. La brisa jugaba con su cabello, y el sol pacífico de Corea del Sur iluminaba su piel, dorándola con el calor sutil de la mañana. Miró hacia el fondo marino, y sus ojos se abrieron con un asombro que me hizo sonreír. Se veía impresionada.

Sobre el aguaje, los artesanos florales de Jeju, habían elaborado con flores blancas las palabras: "¿Quieres ser mi novia, Adara?"

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, y en ese instante la abracé con fuerza, sintiendo cómo su cuerpo se pegaba al mío, temblando de emoción.

Ella me besó enamorada, y mis labios respondieron con igual intensidad.

—Sí, sí quiero ser tu novia.

La elevé en brazos y estuve girando con ella durante muchísimo tiempo. No sabía que aquel tipo de felicidad podía ser posible, era tanta que tenía para regalarle a otros.

—Las flores del letrero se llaman: flores de Azahar o de naranjo —dije, apoyando mi frente contra la suya—. Y en idioma árabe se les llama: Adhara o Adara. Significan pureza, creí que sería apropiado usarlas en tu honor después de haberte robado la virginidad muñeca.

—Usted no me robó nada mi coronel, yo quise entregarle todo de mí.

Ella me miró, sonriente y llorosa, me sostuvo el rostro entre sus manos como si no pudiera creer lo que había armado para ella.

—Eres maravilloso, Luke, pensaste en todo —dijo, con la voz quebrada por la emoción—. Jamás me cansaré de decirlo. Gracias por tenerme la paciencia necesaria e insistir cuando me negaba a salir contigo por culpa de promesas al pasado que sólo me hacían sufrir. Gracias por haber preparado una propuesta tan hermosa, es única en todos los sentidos. Estamos en la cima de un volcán asiático, con un letrero elaborado con flores que llevan mi nombre flotando sobre el mar. Es lo más hermoso y único que alguien ha hecho por mí, te amo Luke. Y nunca dejaré de darle gracias a Dios por ponerte en mi camino.

—Quiero ser tu presente y tu futuro —confesé, acariciando su mejilla con la palma de mi mano—. Tú también me ayudaste a dejar de lado mi pasado. Quizá este no sea el momento para decirlo, pero al inicio me costaba aceptar que me gustabas… debido a la rivalidad pasada entre nuestras familias.

Ella me besó el puente de la nariz, le encantaba hacerlo.

—Al contrario, Luke —dijo suavemente—. Este es el momento perfecto para decirlo. Empezar una relación hablando con sinceridad y demostrándole a la otra persona que confiamos lo suficiente para confesarle cosas desagradables, me parece la mejor manera de iniciar lo nuestro.

—No quiero que vuelvas a estar triste por mi culpa nunca más —le susurré, estrechándola contra mí—. Quiero hablar con tu padre y pedirle su aprobación para estar contigo. Sé lo importante que es para ti todo lo concerniente a él y quiero demostrarle que mi interés en ti es genuino.

Ella soltó un suspiro lleno de incredulidad y felicidad.

—No puedo creer que estoy escuchando esto, sabes? —dijo, apoyando su cabeza sobre mi pecho—. Me parece mentira lo feliz que soy gracias a ti, que a pesar de los múltiples obstáculos que tuvimos jamás te rendiste y aunque te equivocaste hiciste lo posible para rectificar las cosas y lo lograste. Por eso te admiro mucho, Luke, porque pocos lograrían cambiar tanto para bien.

—Tengo una hermosa razón de ojos celestes para cambiar —dije, acariciando su cabello—. Antes no tenía motivos para intentar ser mejor. Ahora te tengo a ti, y eso me motiva a querer transformar los pecados que he cometido en sonrisas para ti. Tú eres mi razón de ser, el motivo por el que quiero ser un mejor hombre. Te amo mucho, muñeca.

Ella me besó y ese beso fue el más largo y dulce que experimenté en mi vida, lleno de ternura y promesas de un futuro a su lado.

Cuando terminamos de abrazarnos, saqué otra sorpresa del bolsillo. Una pulserita con diamantes celestes que si la mirabas en el reverso tenía las palabras: *Eres mi debilidad.*

En cuanto vio la cajita la abrió emocionada y se guindó de mi cuello.

—Gracias por esto, es fabulosa. Me encanta.

—Gracias a ti por recibir mi cariño de tan buena manera, ¿puedes voltear la pulsera y leer el reverso?

Ella así lo hizo y en cuanto leyó la inscripción que evidenciaba que ella era mi debilidad, saltó de vuelta a mis brazos.

—Eso significa que soy: *"La debilidad del coronel"*

—Sí, lo eres y siempre lo serás. Eres la debilidad más hermosa de mi vida y la única que quiero tener.

No supe cuánto tiempo estuvimos en la cima del volcán, solos y conversando respecto al futuro. Quedamos en que hablaría con su familia en cuanto regresáramos a Washington, y que iríamos a Nashville en las próximas vacaciones.

Tras varias protestas de su parte, tuve que recordarle que debíamos concretar la misión, por lo cual descendimos del volcán y nos quedamos un rato en la playa antes de que fuese hora de reunirnos con Noah y Parrish.

La arena se colaba entre nuestros dedos y el agua acariciaba nuestros pies mientras caminábamos, disfrutando de la tranquilidad del lugar. Había muchos turistas en los puestos de comida junto a la costa.

—¿Nos podemos tomar otra *selfie*, mi coronel? —preguntó, levantando el celular con entusiasmo.

—Las que quieras —dije, tomando su cintura para abrazarla mientras posábamos frente al mar.

—Eres tan guapo que siento que la cámara no te hace justicia —dijo, acercándose para posar junto a mí.

—Yo creo que a la única a la que no le hacen justicia las fotos eres tú —contesté, con una sonrisa—. Irradias tanta luz que el sol es un simple punto brillante a tu lado.

Tomamos la *selfie* juntos, y ella frunció el ceño cuando la foto salió en pantalla.

—¿Notaste eso? —dijo intrigada.

—¿Qué cosa? —respondí, acariciando su mejilla.

—El flash de una cámara se disparó en nuestra dirección. Y no fue el de la mía porque no me gusta tomarme *selfies* con luz excesiva, por eso jamás activo el flash—dijo, nerviosa—. Espero que no sea que la prensa italiana otra vez me anda persiguiendo.

—¿Quieres que echemos un vistazo por los alrededores? —pregunté, tomándola de la mano para manifestarle que la protegería ante cualquier mínima preocupación. Luego la estrujé entre mis brazos y la besé. Noté un leve resplandor por el rabillo del ojo al hacerlo, pero cuando giré la cabeza para cerciorarme de si había algún fotógrafo, no vi nada.

—Sí, es que me da la impresión de que no fue una sola foto la que tomaron parecía uno de esos flashes que disparaban varias veces en pocos segundos. —confesó, apoyando la cabeza sobre mi hombro.

La abracé más fuerte, deseando que el sonido de las olas, mis ganas de protegerla y la brisa marina la calmaran.

Recorrimos la isla buscando indicios de la persona que nos había tomado las fotos sin permiso, pero no teníamos un rostro que perseguir y al final nos rendimos.

Tras una reunión con Parrish y Noah, en la que no hubo grandes novedades, nos preparamos para la exhibición. La horquilla original que el rey Tae le regaló a su concubina estaba resguardada en una bóveda de seguridad y la que sería expuesta al público era una copia exacta de ella.

Sin embargo yo seguía preocupado, porque aunque no lo demostrara, no me gustaba en lo absoluto que hubiera gente persiguiendo a Adara. Lo que hicieran conmigo no me importaba, pero cuando se trataba de ella la cosa cambiaba y era incapaz de sentirme tranquilo.

****

El recinto en el que sería exhibido el *binyeo* estaba colmado de luces blancas que caían sobre las vitrinas y sobre los trajes elegantes de los presentes. El murmullo de las conversaciones llenaba el aire, en medio de la expectativa que generaba el mítico adorno para el pelo que sería mostrado al público. Adara entró conmigo y de inmediato todas las miradas se desviaron hacia ella. Llevaba un vestido azul que resaltaba el tono claro de su piel y la pulsera que yo mismo le había obsequiado, como un recordatorio silencioso de que era mía.

De repente las luces se esfumaron y la sala quedó sumida en penumbras, y una gran pantalla se encendió con imágenes que narraban la historia de la horquilla denominada: "La devoción del Rey". Un actor hacía del rey Tae en el video que proyectaron, el público suspiró cuando este le entregó a una coreana que actuaba como la concubina Ara, aquel objeto como símbolo de un amor prohibido y eterno, mientras la voz del narrador contaba lo ocurrido. Los invitados miraban con interés, algunos grababan con sus teléfonos, incluida Adara.

Al concluir la proyección, un maestro de ceremonias avanzó al centro del escenario con voz solemne:

—Y ahora, damas y caballeros, con ustedes... La horquilla real denominada: La devoción del rey.

El suelo vibró suavemente cuando una urna emergió bajo la tarima principal, cubierta con un manto de terciopelo rojo que caía como una cortina pesada y resguardaba el ornamento para el pelo labrado en oro y rubíes. Dos asistentes se acercaron, tomaron el manto y lo levantaron lentamente. El silencio se volvió absoluto cuando nos percatamos de lo que había bajo la tela.

Esperaba ver los elaborados relieves que sobresalían de la horquilla y el brillo dorado que emitiría al ser iluminada. Pero lo que apareció frente a nuestros ojos heló la sangre de todos: la horquilla falsa no estaba por ninguna parte. En su lugar había una tiara con una gran esmeralda en el centro, cubierta de lo que parecía ser sangre seca.

Sentí cómo Adara se tensaba a mi lado. Su rostro perdió el color de golpe y ella enganchó su brazo al mío para no caerse de la impresión.

—No puede ser... es *la Rossi*.

Fruncí el ceño, intentando comprender.

—¿Qué cosa? —pregunté, sujetándola por la cintura pues su cuerpo seguía tambaleándose.

Ella me miró con los ojos muy abiertos, parecía que iba a desvanecerse y que estaba entrando en pánico, sus pupilas estaban dilatadas y tenía la piel erizada.

—Es la corona que usé el día de mi compromiso con Santiago Rossi... pero se suponía que había desaparecido.

Tragué saliva y conecté las señales: primero las fotos que nos tomaron sin permiso en la playa y luego la aparición de la tiara que usó en su fiesta de compromiso con el italiano ese. Aquello no me gustaba en lo más mínimo.

Mi madre no era la única que odiaba a Adara, la reina italiana Francesca también lo hacía. Me había propuesto colaborar para destruirla en el pasado, estaba más que claro que ella podría estar detrás de todo aquello.

—Cuando le dispararon a Santiago, yo salí corriendo desesperada hacia el hospital con mi familia y la tiara se me cayó sin que me percatara de ello. Papá tuvo que pagarle veinte millones a la monarquía italiana por su desaparición. No entiendo por qué la pusieron aquí—Su respiración se aceleró y su voz se tornó chillona—. ¿Acaso tratan de darme un mensaje? ¿Por qué colocan esto aquí justo cuando empecé a ser feliz?

La estreché contra mí, mi mirada fija en la corona ensangrentada como si quisiera partirla en mil pedazos con los ojos.

—Averiguaremos quién la puso en esa urna, nena —le prometí—. Te juro que encontraremos al culpable.

Ella apoyó la frente en mi pecho y cerró los ojos.

—Han estado pasando cosas muy raras hoy, Luke… esto no me gusta.

A mí tampoco me gustaba en lo absoluto lo que estaba pasando.

Besé la cima de su cabeza y la aferré con más fuerza a mi pecho, quería que sintiera que yo era tan devoto a ella como en su momento lo fue el rey Tae a su concubina.

—Tranquila, preciosa. No dejaré que nada te lastime.

El público comenzaba a murmurar con inquietud. Algunos levantaban sus teléfonos para grabar, otros preguntaban en voz alta qué significaba todo aquello. Pero yo no escuchaba nada. Solo tenía presente a Adara temblando entre mis brazos y a esa corona maldita cubierta de sangre, que había regresado para recordarle un pasado que debió quedarse enterrado junto con aquel príncipe italiano caído en desgracia.

Capítulo 37

Príncipe Santiago

Crecí escuchando que algún día sería rey de Italia, mi madre me preparó para ello con una devoción que rayaba en lo insano. Era estricta, exigente y no toleraba fallos de mi parte. Yo debía ser perfecto, carismático, culto y tenía que ganarme el amor del pueblo a toda costa.

"Un rey sin súbditos dispuestos a morir por él, no es nada. Tener payasos idiotas que te idolatren es la única manera de preservar el poder, incluso si te equivocas a menudo. Necesitas que te quieran hasta un punto casi religioso, que sean fanáticos de tu causa y estén dispuestos a interponerse entre miles de balas y tú. Un rey sin nadie que se postre ante sus pies, es como un dios sin gloria, tarde o temprano será desplazado por un poder mayor", me repetía cada vez que podía.

Ella no veía en mí a su hijo, no veía a la sangre de su sangre; veía al heredero de la noble y dinástica casa real de los Rossi, por esa razón jamás fue una madre particularmente amorosa. Para ella las demostraciones de cariño eran innecesarias, pues las consideraba costumbres de plebeyos y de gente carente de materia gris. No celebrábamos navidad, ni cumpleaños, ni ninguna fiesta en especial. Cada vez que alguien intentaba organizar alguna celebración que no fuese protocolar en el castillo principal, ella la clausuraba por considerarla innecesaria.

"No eres como ellos Santiago, tú eres el príncipe heredero de la gran nación italiana, la sangre que corre por tus venas no es común y corriente como la de los plebeyos. Tu rango es muy superior al de todos tus conocidos, no desperdicies tu tiempo en trivialidades, ni sentimentalismos. Eres un Rossi, naciste para la grandeza. No busques amigos, busca aliados, gente que tenga algo que ofrecerte. No te apegues al amor de nadie, ni siquiera al mío que soy tu madre. Lo único que tiene que importarte, es que el oro del trono en el que vas a sentarte sea de la más alta calidad. Conviértete en un monarca temido y gobierna con mano dura, quien siembra terror en otros, jamás llega a sentirlo. Serás grande si sigues mis enseñanzas. Un rey debe aniquilar cualquier emoción que ensombrezca su corona", respondió la primera vez que le pregunté por qué a otros chicos sus madres sí los abrazaban y ella a mí nunca me daba ni la mano.

Mi padre murió cuando yo era muy joven por una deficiencia pulmonar. Ella se encargó de criarnos a mi hermana Fiorella y a mí, bajo un estricto régimen. No me permitía llamarle "mamá" al estar frente a plebeyos y solía referirse a mí como: su alteza real, incluso en las cenas familiares. Sólo usaba mi nombre de pila cuando quería regañarme o compartirme alguna reflexión importante.

Francesca Lombardo viuda de Rossi, se encargó de que tuviese la mejor educación, los mejores profesores, la mejor ropa, la mejor comida, los mejores autos, el mejor palacio y se aseguró de que también tuviese la mejor esposa al presentarme a las herederas de las casas reales más importantes del mundo, sus favoritas eran las herederas de España, Reino Unido, Holanda y Dinamarca. La mayoría de ellas soñaban con casarse conmigo, a fin de cuentas no había un mejor partido en las monarquías del mundo que yo. Era lo suficientemente atractivo para que todas babearan por mí y tenía el título de príncipe heredero de Italia, una de las 5 monarquías con el patrimonio más grande del mundo .

Sin embargo, me desvié un poco del camino y harto de que mi madre dirigiera cada instante de mi vida, empecé a salir con la plebeya más bonita que había visto en mi vida y eso era extraño, ya que las mujeres sin alcurnia no solían ser tan hermosas. Adara King era ingenua, tonta y manejable, justo lo que yo necesitaba de una futura esposa. Quería una mujer estúpida que se comiera el cuento de que yo era el príncipe de cuento de hadas con el que soñó, y jamás dudara de mí. Adara no poseía sangre de la nobleza, por lo que no tendría a un país extranjero presionándome para que tuviésemos herederos, ni tendría amenazas de guerra por parte de algún rey que se sintiera ofendido ante mi falta de fidelidad a su hija. Yo era incapaz de ser fiel, ya que ninguna mujer en el mundo merecía mi exclusividad.

Adara hablaba mucho de su padre, pero yo nunca le presté demasiada atención en los primeros meses de nuestra relación. A mí qué carajos me importaba que su papá fuera un militar, total, tenía montones de esos bajo mis órdenes en Italia y ese, fue precisamente mi mayor error. No investigar con quién me estaba metiendo, ni darme cuenta de que su papá no era un "simple militar" y que jugar con los sentimientos de su hija podría salirme muy caro.

Damon King tenía más poder que todos los reyes juntos del mundo y cuando mi madre se enteró de que él era el padre de Adara, estuvo a punto de volverse loca. Me amenazó con destronarme si se me ocurría seguir adelante con mi relación. No entendía por qué odiaba Damon y ella se negaba a revelarme la razón. El monstruo del Pentágono tampoco me simplificó el camino, al parecer yo no le agradaba mucho y jamás desaprovechaba la oportunidad de sugerirle a su hija que terminara conmigo, en mi propia cara.

Yo veía mi relación con Adara como una oportunidad para expandir mi poder. Con un suegro como el Monstruo del Pentágono, nadie se atrevería a atentar contra mi trono, en los círculos bajos de Italia la familia real no era muy querida, los plebeyos decían que gastábamos dinero en exceso e incluso gestaron varios golpes de estado fallidos.

La reina Francesca, me sugirió buscar aliados y Damon era justo lo que necesitaba. Era poderoso, temido, respetado y uno de los hombres más ricos del mundo.

Sin embargo las cosas siguieron empeorando, pues Adara se negaba a tener sexo conmigo, aduciendo que quería llegar virgen al matrimonio, lo cual me resultó fastidioso y sentí ganas de terminar la relación varias veces, porque no me gustaba tener que esperar por nadie. Pero aún así acepté porque me convenía seguir con ella. Total, tenía mujeres a tutiplén que podrían complacerme cuando quisiera. Era una de las ventajas de tener un aspecto físico como el mío, todas caían como moscas.

Lo que más me gustaba de Adara, era que fracasaba en todo lo que hacía. No tenía logros y nada a su alrededor que me opacara, excepto su poderoso apellido, pero usaría eso a mi favor. Yo no sería tonto como ella, yo sí me aprovecharía del poder y fama que su familia ostentaba. Todo el mundo respetaba a Damon King, el director del Pentágono legendario y a Isabella Hart; la mujer que había creado la fundación global: "Mariposas", que ayudaba a mujeres que habían sido víctimas de violencia física, emocional y secuestros a salir de sus malas situaciones. Tener unos suegros así, eran beneficioso desde cualquier perspectiva que se viera.

Mi tonta novia quería ser diseñadora de modas y empezó a mostrar tanto talento que la marca Versace quiso colaborar con ella en una colección. No me convenía que Adara empezara a destacar, así que presioné a Versace para que le hicieran creer que querían colaborar con ella gracias a mí, que no la habrían volteado a ver si no fuera la novia del príncipe heredero de Italia. Me encargué de que ellos rechazaran todos sus diseños, por muy buenos que fueran y de paso le bajaran la moral al hacerle pensar que los bocetos que presentó eran un completo asco. Adara terminó deprimida creyendo que no tenía talento para el diseño, cuando en realidad sí lo tenía y mucho. Pero la muy necia no se rendía y seguía luchando para ser una diseñadora de modas renombrada, así que lanzó cuatro colecciones más, las cuales tenían todo para triunfar porque eran propuestas innovadoras de muy alta calidad, pero una vez más intervine y me encargué de que las reseñas en internet sobre su ropa fueran tan malas, que nadie quisiera comprarle nada.

Yo fui el héroe que la consoló en un problema que yo mismo le había provocado. No me gustaba verla llorar, en el fondo sí la quería. Era difícil que no llegases a sentir nada por una mujer tan bella y dulce.

El tiempo pasó y a pocas semanas de mi boda con Adara, conocí a una chica llamada Bianca en una de las fiestas a las que solía asistir. Pensé que sería un acostón más, pero la pasé tan bien con ella que terminé teniendo sexo con ella más de una vez.

Luego desaparecí de su vida tal y como lo hacía siempre, hasta que me llegó un mensaje de un número que no tenía agendado. Era ella y estaba embarazada y peor aún me amenazaba con contarle a su muy peligroso padre sobre su estado gestante.

La chica con la que me acosté, era nada más y nada menos que Bianca Santori, la hija de Lorenzo Santori, el líder de la mafia italiana. Si ese capo se enteraba que su caprichosa hija llevaba un hijo mío en su vientre me mataría o me obligaría a casarme con ella.

Ninguna de las dos opciones era buena. Yo jamás me casaría con una mujer proveniente de una familia de criminales.

Lo mejor que se nos ocurrió a mi madre y a mí, fue fingir mi muerte mientras ella encontraba la forma de deshacerse del líder de la mafia italiana y del problema que representaba mi paternidad. Le tomó casi año y medio deshacerse del viejo Capo. Y estaba planeando matar a la esposa de Alessandro Santori el nuevo líder de la mafia italiana, un tipo de veintitantos años que se había casado con una mujer que no tenía poder alguno dentro de los círculos de la mafia y no era bien recibida por los allegados de Alessandro. Según mi madre ellos se habían casado por amor y la muerte de esa mujer debilitaría tanto al nuevo líder mafioso, que no tendría ánimos para seguir tratando de dar con la ubicación de su hermana, ni conocer la identidad del hombre que la embarazó, ya que era por todos sabidos que Alessandro la amaba inmensamente. Mi madre envió a Bianca a un lugar secreto y dio a luz allí, sin embargo la reina me impedía ver a mi hijo o visitarla, ya que se negaba a darme la ubicación de ambos. Era frustrante, porque a fin de cuentas mi hijo llevaba sangre real en sus venas, pero mamá no lo veía así. Ella le llamaba: El bastardo que no deberías nombrar.

La economía de Italia no andaba nada bien, después de lo que pasó con Adara y la mala prensa que recibió el país por culpa de los malos tratos hacia Damon y su familia, por parte de mi madre y sus súbditos; ocasionó que el comercio y las inversiones extranjeras cayeran. Habíamos entrado en números rojos y necesitábamos desesperadamente una inyección de capital si queríamos seguir manteniendo nuestro alto estilo de vida. El parlamento hablaba incluso de inhabilitar la monarquía en un referendo, debido a que nos consideraban un gasto innecesario que había metido al país en aprietos.

El trono para el que había nacido pendía de un hilo.

Pero como siempre había una solución para todo, la nuestra estaba al alcance de la palma y tenía ojos celestes. Si la gente veía que Adara había regresado conmigo, se darían cuenta de que todo fue un mal entendido y las cosas empezarían a mejorar.

Faltaba muy poco para regresar a la vida de Adara, planeaba excusar mi desaparición diciéndole que yo había establecido que en caso de sufrir algún accidente que me dejara en coma o imposibilitado de alguna manera, no quería que nadie (salvo mi madre) estuviese enterada que seguía vivo, que el resto del mundo debía pensar que yo había muerto. Mi tonta prometida debía creer que yo era tan bueno que deseaba que siguiera con su vida.

Aquel día me entregarían el informe sobre lo que había pasado en la vida de Adara en los últimos seis meses, supe que se que se había metido al ejército. Seguramente allá también lo estaba haciendo horrible, como era habitual en una mujer que no era buena en casi nada de lo que hacía.

Encendí la laptop y respondí a la videollamada que programé con la persona que contraté para que la siguiera, el rostro del investigador apareció frente a mí. Sus ojos se veían cansados, parecía como si no hubiera dormido en días por estar pendiente de que no se le escapara ningún detalle respecto a mi prometida.

—Alteza —saludó con un leve movimiento de cabeza—. Acabo de enviarle una carpeta con los resultados de la investigación sobre la señorita Adara King al correo. Le sugiero que la abra de inmediato.

Tecleé la contraseña y abrí el correo en la computadora. Una carpeta comprimida se descargó, y en cuanto hice clic para ver lo que contenía, la primera imagen apareció en grande frente a mis ojos. La sangre me hirvió en las venas en cuanto la vi, aquello tenía que ser un montaje, Adara no podía estar con otro. No podía creer que la muy zorra en vez de estar llorando mi supuesta muerte, no hubiera durado ni dos años de luto y tuviese una nueva relación. Se merecía una ronda de latigazos por traidora.

¿No se suponía que la muy idiota iba a llegar virgen al matrimonio?

¿Qué hacía teniendo sexo con otro tipo cuando a mí me lo negó cientos de veces, a pesar de que era su prometido y futuro esposo?

Sentí tanto asco que le metí un puñetazo a la pantalla al ver a Adara haciendo de todo con quien sabía qué estúpido. Tomé un vaso de agua que había junto a la computadora y se lo lancé a una empleada imbécil que venía entrando con una bandeja de galletas. La mujer se puso a recoger los pedazos de vidrio y se marchó cuando le indiqué que si volvía a entrar sin permiso, el próximo vaso roto iría a parar a su garganta.

—¡¿Qué mierda significa esto?! —grité, mis manos temblaban de furia mientras me inclinaba hacia la pantalla, creyendo que había descargado la foto que no era—. ¡¿Quién demonios es este tipo y por qué carajos mi prometida está con él?!

El investigador tragó saliva antes de responder, como si temiera que yo volviese a perder el control y me negara a pagar por su trabajo.

—La señorita King está con el coronel Luke Thorne, señor. Ellos han estado saliendo desde que ella entró al ejército.

—Thorne... ese apellido me resulta conocido.

En mi mente se encendió una idea, y por muy retorcida que esta sonara, algo me decía que tenía razón al pensar que ese Luke podría ser hijo de Logan Thorne. Pero quería creer que Adara no eran tan imbécil para involucrarse con alguien de semejante calaña.

—Eso es porque el coronel Luke Thorne es hijo de Logan Thorne, el antiguo director de la CIA —explicó el investigador—. El enemigo declarado del padre de la señorita King.

Hice una mueca de estupefacción. Yo siempre supe que Adara no era muy inteligente, pero meterse con el hijo del enemigo de su padre era ir demasiado lejos. Había superado sus propios niveles de estupidez, que de por sí eran muy altos.

—¿Adara anda saliendo con el hijo del enemigo de su padre? ¿Acaso no puede ser más incoherente y absurda? —apreté los dientes hasta casi romperlos.

El investigador guardó silencio. Se limitó a mirarme desde el otro lado de la pantalla, a la espera de que yo me tranquilizara otra vez.

—¿Son novios? —pregunté con un hilo de voz, aunque lo que sentía era un rugido atrapado en el pecho.

—Probablemente sí. Soborné a una de las empleadas del hotel y me dijeron que anoche escucharon mucha actividad intensa proveniente de la habitación que comparten el coronel y la señorita King. Aunque ambos están registrados con otro nombre, creo que están en una misión oficial del ejército, en la noche tienen programado asistir a la exhibición de una horquilla real que usó una famosa concubina coreana.

Golpeé el escritorio con la palma abierta.

—¡Cállate! —le grité con desesperación—. No me des detalles de ese tipo, no seas asqueroso. Te recuerdo que la mujer de la que hablas es mi prometida.

Me pasé las manos por el cabello, intentando contener la rabia. Respiré hondo, pero el aire ardía como fuego en mis pulmones.

—¿Qué más sabes sobre Luke Thorne?

—Pues... al parecer goza de la aprobación de Damon King —respondió él con una calma profesional que se me antojó irrisoria—, ya que este autorizó su nombramiento como jefe de los coroneles en los Estados Unidos. También descubrí que la madre del coronel odia a la señorita King y...

—Esos son detalles triviales, esa información no es útil—lo interrumpí—. ¿No hay algo oscuro en el pasado de Luke? ¿Nada que pueda dejarlo mal parado ante la opinión pública y les haga pensar que es igual o peor que su padre?

El investigador dudó un segundo.

—El coronel golpeó a unos jueces cuando estos declararon que su hermana, que sufre de autismo, era peligrosa para la sociedad. Al parecer la chica fue acosada y golpeada por sus compañeras en la universidad, pero un juez determinó que Ellie Thorne, era un peligro mayor y por eso sus compañeras se protegieron de ella. Luke estuvo preso, pero fue puesto en libertad con ayuda del presidente Dereck, luego hicieron otro juicio y el veredicto volvió a ser contra su hermana. El presidente ordenó una reapertura del caso e insisten en limpiar la imagen de Ellie Thorne.

Mis labios se curvaron en una sonrisa torcida.

—Así que golpeó a unos jueces y aun así el presidente estuvo de su lado. Me pregunto qué dirá la opinión pública respecto a esto, estoy seguro de que no les gustará para nada saber que el hijo de un criminal está recibiendo tanta ayuda de las principales autoridades de su país—concluí con malicia

—¿Luke tiene alguna ex novia tóxica o amante que pueda usar para arruinar su reputación ante Adara? El tipo debe tener su buen par de defectos, he escuchado que los militares suelen ser hombres mujeriegos y poco fieles. No me extrañaría que él fuera igual. Adara no sólo se fijó en un plebeyo sin moral, sino en un hombre que seguramente la hará sufrir—señalé con frialdad.

—Bueno… —el hombre acomodó sus lentes—. Una ex novia del coronel murió recientemente en un evento del ejército, pero no pude obtener mayores detalles. Todo lo que pasa dentro de las instalaciones de la milicia es confidencial y es muy difícil obtener grandes datos. Por otra parte descubrí que Luke posee una finca en Nashville y en ese lugar, es conocido por ser un mujeriego. Se dice que su amante más recurrente es una trabajadora de su hacienda llamada Carrie. Al parecer ella y la señorita King tuvieron un encontronazo en una feria en Nashville y Adara le prohibió a Carrie acercarse al coronel.

¿Por qué Adara había caído tan bajo al ponerse celosa de una simple empleada?

A mí jamás me hizo escenas de celos, a pesar de que yo era muy popular entre las mujeres.

¿Por qué a ese coronel de mierda sí lo celaba?

Definitivamente mi madre tenía razón y las plebeyas eran mujeres de bajo nivel.

—Envíame todos los datos que tengas sobre esa ex novia de Luke —ordené con voz dura—. También prepara un informe completo sobre el caso de los jueces, y sobre todo lo que hayas encontrado que pueda ser usado en su contra. Destrozaré a Luke Thorne de tal manera, que no le quedarán ganas de vivir en el mismo planeta que yo. Me encargaré de destruirle la vida por atreverse a estar con mi prometida.

—Sí, señor, ¿algo más?

—Te enviaré la imagen de una tiara que debes colocar en la estúpida exhibición a la que Adara asistirá con el imbécil ese. Consigue una replica en internet y llénala de sangre, quiero que Adara recuerde que me sacrifiqué por ella y que debería estar llorando por mí en lugar de estar con otro. Esta tiara le dará el mensaje de que el pasado siempre la perseguirá y que nunca podrá librarse de él.

Cerré la videollamada de golpe, y la pantalla quedó en negro. Un rugido salió de mi garganta. Barrí con las manos lo que encontré sobre el escritorio. Un grupo de carpetas, vasos y hasta un portarretratos se estrelló contra el suelo. El sonido del vidrio al romperse no calmó mi furia; al contrario, la alimentó.

Tomé una de las sillas y las estrellé contra las ventanas. Pateé varias mesas y derribé todo lo que vi a mi paso, preso de un ataque de histeria.

Tomé un florero y lo tiré contra la pared. El agua manchó una maqueta de la torre inclinada de Pisa que mi madre guardaba como si fuese un tesoro, pues había sido un regalo de papá. Derribé un librero y tomé varios libros caídos y empecé a destrozarlos.

¿Cómo era posible que Adara se hubiera olvidado de mí con tanta facilidad?

La puerta se abrió con brusquedad y la voz de mi madre, la reina Francesca, retumbó en el aire.

—¡Su alteza real! ¿Qué ocurre? ¿Por qué se comporta así?

Me giré hacia ella con los ojos desorbitados, señalándola con un dedo acusador.

—¡Por tu culpa! —rugí—. ¡Por tu maldito plan de fingir mi muerte, Adara anda acostándose con otro en lugar de estar llorando por mí!

Francesca no se inmutó. Avanzó con ese aire altivo que siempre llevaba encima, como si incluso en medio del desastre siguiera siendo la reina que nadie podía desafiar.

—Te hice un favor al mostrarte lo que esa ramera es en realidad —dijo con desprecio—. No me digas que estás pensando en volver con ella más adelante.

Mi pecho se agitó. Me llevé las manos al rostro y luego bajé los brazos, hastiado.

—¿Qué crees? —respondí con una voz ronca—. Italia se está yendo a la quiebra por tu culpa, desde que te peleaste públicamente con los King y les prohibiste la entrada al país la gente se fue en contra nuestra. Necesitamos que alguien le inyecte capital al país o no quedará trono ni monarquía que defender. Será fácil convencer al papá de Adara de invertir en este país si Adara se lo pide. Los King tienen el dinero suficiente para que salgamos de esta mala situación y ambos podamos conservar el trono.

La reina frunció el ceño, su porte regio seguía intacto aunque yo acababa de escupirle la verdad en la cara. Dependíamos de una plebeya y eso era algo que ella no soportaba.

—No puedo tolerar que estés con ella. Mucho hice al permitir que llegaras tan lejos con ella e incluso estuvieras dispuesto a casarte. Además, lo que pasó no es mi culpa, sino tuya por involucrarte con la hija de un mafioso. Si no te hubieras involucrado con una criminal, no habríamos tenido que hacer tantas cosas para preservar tu vida, alteza.

—¿Por qué no toleras que esté con Adara? Nunca comprendí por qué odias tanto a Damon King y a su familia—pregunté con un hilo de voz, aunque dentro de mí la furia aún ardía como un incendio.

La reina me sostuvo la mirada, y el silencio que siguió fue tan espeso que sentí que me aplastaba el pecho.

Mis pasos resonaron en el mármol mientras me acercaba a ella. Cada músculo de mi cuerpo estaba en tensión, mi respiración era un jadeo entrecortado. No podía asimilar la traición de Adara. No podía digerir la humillación de verla con otro, y peor aún, con el hijo de un maldito presidiario.

Mi estómago se revolvió y una oleada de rabia me recorrió de arriba abajo. Golpeé con el puño la pared, y el dolor no fue suficiente para apagar lo que sentía.

—No lo permitiré —murmuré—. No voy a permitir que un Thorne me quite lo que me pertenece. Adara es mía.

Mi madre me miraba con un gesto inescrutable, como si en el fondo le complaciera saber que Adara era una mujer de baja moral.

—Supongo que ya es hora de que te diga la verdad y el por qué te pido que recapacites en tu deseo de volver con Adara. Hace unos años mi padre era un científico que colaboraba con la Interpol para crear un ejército de súper-soldados. Él los manipulaba de tal forma que los convertía en máquinas de matar que sólo obedecían las órdenes de aquellos que pagaran lo suficiente. Damon King descubrió lo que hacía mi padre y lo persiguió por todo el país, hasta que sus hombres consiguieron arrinconarlo y matarlo, ya que según King lo que mi padre había creado en colaboración con Robert Vent y Logan Thorne representaba un peligro para el mundo. Papá me dejó sola, viví en la calle, fui maltratada, pasé hambre, hasta que logré cobrar una indemnización que él me dejó al morir. Tuve que huir a Europa debido a que yo poseía los archivos de papá y Damon estaba a la caza de ellos y podría ser peligroso para mí, llegué a la casa de una familia de condes en Florencia y empecé a trabajar para ellos. Los condes tenían una hija enferma de mi edad que no salía de su habitación, ni siquiera los empleados podíamos verla excepto sus padres. No te voy a negar que me pagaban bien y me trataban igual, pero vivir siendo eternamente una empleada no era lo mío. Así que incendié la casa y me hice pasar por su hija enferma que milagrosamente había sobrevivido, nadie la había visto nunca así que para mí fue fácil que todos creyeran que era ella, ya que los empleados también habían muerto. Falsifiqué algunas pruebas de ADN y logré mi cometido. Heredé el título nobiliario, el prestigio y los millones. Fue así como conocí a tu padre y me convertí en su esposa. Si Damon King hubiera apreciado la genialidad de mi padre en lugar de verlo como un peligro, él seguiría conmigo, pero sus hombres lo mataron y...

La interrumpí atónito.

—¿Eres una plebeya? Me das asco, madre—le pregunté anonadado.

¿Yo era hijo de una mujer de baja cuna?

Capítulo 38

Adara

Viví un año entero atrapada en la torre de un tenebroso castillo abandonado, rodeada por enredaderas venenosas que me impedían descender y volver a ser la chica torpe que se reía por todo, que corría por el mundo sin detenerse, que pensaba que si trabajaba duro, un día todos sus sueños se volverían realidad, la chica que amaba el algodón de azúcar, hornear y las historias de amor con final feliz.

Las enredaderas que me impedían descender de la torre eran mis miedos, mi baja autoestima y los cargos de conciencia que experimentaba. Cargaba con culpas que no debían ser mías, con inseguridades que yo misma alimentaba al repetirme constantemente que era una incapaz, me creí tanto el papel de ser una perdedora que lo convertí en mi mantra.

Mientras todos decían: Eres una King, el éxito está en tus venas, yo les respondía que quizá había sido adoptada.

Estaba tan inmersa en mi faceta de: "Soy una fracasada", que no me daba cuenta de que si seguía así jamás dejaría de serlo.

Necesitaba una sacudida fuerte, algo que me dijera: Sigues viva, tienes que pelear, puedes con todo.

Luke Thorne fue mucho más que una sacudida fuerte, fue un sueño salvaje que se hizo realidad, un vendaval tormentoso que me agitó cada fibra del cuerpo y me enseñó que los villanos te ofrecían el mejor tipo de amor, ese que era lo suficientemente egoísta para arrasar con todos los que se opusieran a él. Ese que no pedía permiso para entrar en tu corazón, sino que lo agrietaba y se metía sin que te dieras cuenta y era capaz de envenenar a todo aquel que intentara sacarlo.

Luke me raptó de la torre en la que estaba cautiva, la destruyó y me protegió de los escombros mientras intentaba dejar atrás mi pasado. Él no ocultó su oscuridad, ni intentó que recurriera a él cuando las cosas se pusieran difíciles, él me enseñó a cuidar de mí misma y a destruir cualquier nueva torre en la que fuese encerrada. Me ayudó a ser fuerte, a confiar en mí, a creer que sí podía. No me vio como la muñeca frágil a la que cualquiera podría quebrar, sino como a una diosa de la guerra que tarde o temprano despertaría y se convertiría en aquello para lo que siempre estuvo destinada.

Habían pasado dos semanas desde que regresamos a la central militar, la misión a Corea del Sur fue un éxito pues evitamos que robaran la horquilla, pero la aparición de la corona que usé la noche en que me comprometí con Santiago todavía me perturbaba al estar de vuelta en la milicia. Luke y mi padre se estaban encargando de las investigaciones pertinentes, las primeras pesquisas arrojaron que la tiara que apareció en Jeju era una copia de la original y aunque eso debía tranquilizarme, la realidad era que me perturbaba el hecho de que alguien insistiera en recordarme el pasado.

Luke me había pedido que fuera a verlo y en aquel momento me encontraba junto a él.

La oficina del coronel era un lugar que imponía respeto. Las paredes revestidas de marfil, las estanterías que contenían un historial de las misiones exitosas del coronel y esa ventana enorme que dejaba entrar la luz de la tarde, le daban un aire solemne que se mezclaba con el intenso aroma de su perfume. A Luke le encantaba poseerme en su oficina, desde que habíamos regresado no desaprovechaba la oportunidad de estar dentro de mí en cualquier sitio posible. Aquel lugar repleto de medallas, logros militares y privacidad era su favorito a la hora de tenerme, algo respecto a ser atrapados mientras hacíamos el amor lo excitaba.

Yo ya no era virgen, me había entregado gustosa a él y había vivido la primera de muchísimas noches repletas de placer a su lado. Lo que tantas veces le negué a Santiago, le fue entregado a un hombre que me hacía sentir viva cada vez que el verde de sus ojos llegaba a mí.

Cada vez que sus labios se apoderaban de los míos, todo lo demás desaparecía, porque lo único que importaba era él y la fuerza con la que me hacía sentir suya.

Sus manos se enredaron en mi cabello con firmeza, tirando de él de una manera que me obligó a arquear el cuerpo contra el suyo. Un jadeo escapó de mi boca y fue ahogado por un beso intenso y violento que me robó hasta la respiración. Sentía la dureza de su pecho contra el mío, el calor que desprendía su piel incluso a través del uniforme, y la manera en que cada caricia de sus manos me encendía de tal manera que me sentía atrapada en un horno industrial a máxima temperatura.

Luke me devoraba con esos labios ásperos, feroces y desesperados que me reclamaban con tanto ímpetu que parecía que me estaba absorbiendo el alma.

Él arrastró su boca hacia mi cuello y empezó a succionarlo de tal forma que mi ingle vibró.

—Tengo unas ganas de inmensas de desvestirte—escuché su voz ronca y cargada de deseo.

Tragué saliva, mis dedos temblaron en el borde de su chaqueta, y lo miré con una sonrisa juguetona que intentaba disimular la desesperación que hervía en mí.

—¿Y qué se lo impide, mi coronel?

Él dejó escapar una risa grave contra mi clavícula y el sonido se expandió hasta llegar a mi garganta. Luego alzó la cabeza y me miró con esos ojos verdes que ya no me resultaban glaciales, sino cálidos.

—Tengo una reunión dentro de diez minutos y no puedo faltar por mucho que quiera.

Fruncí los labios, lo apreté más contra mí

—¿Y si hacemos algo rápido? —murmuré en un susurro cargado de malicia.

Sus labios se curvaron en una sonrisa peligrosa, de esas que sabían cómo dejarme sin aire.

—Preciosa, para ti jamás será rápido. Si voy a disfrutarte lo haré a mis anchas y sin nada que nos apure.

Su manera de decirlo me hizo estremecer, un calor me recorrió de la cabeza a los pies, y sin embargo no pude evitar provocarlo un poco más.

—¿Y con quién es la reunión? —pregunté, fingiendo desinterés, aunque lo que quería era retenerlo conmigo.

—Con tu padre. —Su voz se volvió más seria, aunque seguía sosteniéndome por la cintura como si no quisiera soltarme jamás—. Ahora que retomó el puesto de director del Pentágono, quiere darnos ciertas directrices a los coroneles principales de esta central. Así que debo asistir y demostrarle a mi suegro que tiene un yerno responsable que cumple con sus funciones, y vive pendiente de su preciosa hija.

Un cosquilleo me acarició la nuca.

—Qué guapo te ves diciéndole suegro a mi papá.

—Es lo que es —me respondió, apretando mi mejilla con su mano áspera—. Y espero que así siga siendo el resto de mi vida, porque no pienso dejarte ir, muñeca.

La seriedad en sus palabras me caló hondo, porque se notaba convencido de lo que expresaba.

—¿Eso significa que tendré que seguir tolerando sus regaños, mi coronel? —pregunté con un tono medio burlón.

Él me miró con esos ojos intensos que me desnudaban hasta el alma.

—Sí, nena, tendrás que soportar algo más.

No pude resistirme, mi mano se deslizó con lentitud hacia su zona baja, rozándolo con un descaro que encendió la chispa en su mirada.

—¿Y qué más tendría que soportar? —pregunté con un tono morboso, apretándome contra él.

—Mocosa, te has vuelto muy pervertida desde que dejaste de ser virgen—Él ahogó una risa, alejando mis manos de esa zona pecaminosa—. Me refería a que tienes que soportar mi amor.

Solté una risita contra sus labios, y él se inclinó para besarme con una fuerza que me robó hasta el aliento. No existía nada más que ese momento que la presión de su boca contra la mía y la manera en que me sujetaba como si quisiera fundirme con él.

—Nunca me cansaré de decirte cuánto te amo —murmuró entre beso y beso—, y lo feliz que soy de estar contigo.

Me quedé observando su rostro a centímetros del mío, con el corazón golpeando enloquecido en mi pecho.

—¿Qué le parece si hacemos una locura y nos casamos dentro de un mes?

Sus ojos se abrieron con un brillo inesperado, como si mis palabras lo hubieran sorprendido y emocionado a la vez.

—Si por mí fuera, ya hubiera un anillo en tu dedo —respondió con voz grave—, pero temo que pienses que voy muy rápido.

Me mordí el labio, yo sentía que habíamos demorado en darnos una oportunidad.

—Pues yo me propuse que solo iba a tener intimidad con mi marido, y solo he estado con usted, mi coronel. Así que, técnicamente, tiene que convertirse en mi esposo.

Su mirada se suavizó de una manera que me dejó sin defensas. Me acarició la mejilla con la yema de los dedos, había un brillo extraordinario en su mirada. Una chispa de felicidad que llevaba semanas ardiendo y que él no dejaba de mostrarle al mundo.

—No puedo esperar a llenarte de bebés.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, me sentí tan emocionada que apenas pude respirar.

—¿En verdad le gustaría que tuviésemos hijos? —pregunté con la voz temblorosa.

Él frunció el ceño, como si no pudiera creer que yo dudara de ello.

—¿A ti no?

Me humedecí los labios, un nudo me apretó la garganta. Un año atrás, la idea de tener bebés era improbable.

—Es que me parece un sueño poder estar con alguien que quiera tener hijos conmigo.

Su ceño se frunció aún más.

—¿Por qué dices eso, nena?

Respiré hondo, cerré los ojos antes de contarle algo que quizá no le agradara escuchar.

—Santiago solía decir que no quería tener hijos porque los pondría en riesgo de muerte al ser sus hijos, que nombraría como futuros herederos a los hijos de su hermana Fiorella cuando ella los tuviera. También decía que los hijos creaban brechas en los matrimonios, porque las madres descuidaban al marido por estar pendiente de ellos y él no quería que nada me robara su atención.

Luke me besó la frente con una ternura que contrastaba con la rudeza de su carácter. Siendo sincera, con el resto del mundo el coronel era un ogro, pero conmigo era una persona completamente diferente.

—Ay, nena... ¿Y por qué aceptaste casarte con ese tipo, si no deseabas lo mismo que él?

—Tenía la esperanza de que en algún momento cambiara de opinión —susurré con vergüenza.

Él me sostuvo el rostro con ambas manos, acto seguido me estrechó entre sus brazos y yo no fui capaz de decir nada más porque la cercanía de su cuerpo me bloqueaba el cerebro y no podía pensar en nada más.

—Cuando el hombre que amas te pide que dejes de lado tus sueños, entonces tú debes renunciar a él y pelear por lo que deseas. Una relación no debe ser una competencia de poderes, sino un trabajo en conjunto. Si tú me haces feliz, yo debo brindarte lo mismo. Nena, si algo de lo que yo llegue a hacer te incomoda o no te gusta, debes decírmelo. No quiero hacer nada que te haga pasar malos ratos.

Mis ojos se humedecieron, lo abracé con fuerza y me aferré a su cuello.

—Entonces... ¿puedes enviar a Ivory a otra central?

—Hecho. —Su respuesta fue inmediata, como si nada pudiera importarle más que complacerme—. Ya mismo emito la orden de traslado.

Lo besé y me reí. Se había vuelto extremadamente complaciente.

—Coronel, no puede estar trasladando soldados a otras centrales por mis caprichos.

—¿Por qué no? —me respondió con esa sonrisa arrogante que tanto me enloquecía—. Eres la mocosa caprichosa que me hace más feliz en el mundo. Ningún soldado en este ejército me dará lo que tú.

—¿Y si te pido trasladar a Noah? —pregunté, con malicia en la voz.

Él soltó una carcajada relajada, me fascinaba ver que conmigo se reía por cualquier cosa. Luke no era una persona particularmente risueña, al menos no cuando lo conocí.

—Eso haría que te amara aún más.

Justo en ese momento, la puerta se abrió de golpe y apareció Noah tapándose los ojos con las manos, luego separó sus dedos de las cuencas y exhaló un suspiro calmado.

—Oh, felicidades a ambos por estar vestidos esta vez y no producirme un trauma mayor.

Me separé un poco de Luke, tratando de contener la risa, pero él se limitó a arquear una ceja y replicar con desdén.

—Si cogieras como la gente normal, dejarías de espantarte por ver a dos personas adultas teniendo acción.

—Perdón por no ser un promiscuo y preservarme para mi gran amor, la coronel Parrish. —Noah puso una mano en el pecho con fingida solemnidad—. Esa mujer morena de aspecto salvaje que me dice "apártate, cucaracha" cada vez que me le acerco y le digo lo bella que se ve. Sé que entre más me insulta más me quiere.

Rodé los ojos, negué con la cabeza e hice una mueca resignada.

—Noah, tienes un concepto medio raro del amor, pero no soy quien para abrirte los ojos. Quizá Parrish no se sienta...

Él bajó la mirada, hundiendo los ojos con desgano.

—Lo sé. En la isla me demostró que no le intereso cuando fue a comprar un colchón inflable y dijo que dormiría allí, que ni se me ocurriera acercarme a ella. No puedo creer que mi sensualidad no la enamore.

Luke entrecerró los ojos, divertido.

—Imagino que fuiste caballeroso y dormiste en el colchón en lugar de ella.

—No, decidí cumplir sus deseos y dejarla durmiendo en el suelo. ¿Eso no era lo que tenía que hacer?

Me llevé la mano a la frente, en verdad se le daba mal conquistar a una mujer.

—Ay, Noah, ahora entiendo por qué estás más solo que otra cosa. Si no sabes cómo conquistar a una mujer.

—Ahora que tienes novio te sientes la nueva gurú del amor. —Él señaló a Luke con descaro—. Por cierto, ¿ya le dijiste a King que desfloraste a su hijita? Me enviaron a decirte que la reunión está por comenzar.

—Ya vas a empezar... —gruñó Luke, mirando su reloj y luego inclinándose para darme un beso antes de marcharse.

—Puaj. —Noah hizo una mueca exagerada—. Están en la milicia, no en el motel del amor.

—No es culpa nuestra que no sepas conquistar a una mujer —replicó Luke con sorna.

—Amor, no seas cruel —le dije, acariciándole el brazo.

—Es cierto, amor, no seas cruel conmigo —añadió Noah con voz fingidamente herida.

Luke bufó y lo miró con fastidio.

—Andando, antes de que sienta ganas de trasladar a Parrish de central y te quedes sin tu mayor maltratadora.

—Lo dices como si Parrish no me quisiera —replicó Noah, levantando la barbilla.

—Es que no te quiere —contestó Luke con total seriedad.

Me tapé la boca para contener la risa, y mientras ellos se iban discutiendo, mi corazón todavía ardía por todos los besos que nos dimos en su oficina, por todo lo que sentía cuando estaba entre los brazos del coronel No había duda: estaba irrevocablemente enamorada de Luke.

Me senté en el comedor de la base, coloqué la bandeja de comida frente a mí y hurgué en el postre a la espera de que el budín de Kiwi oliera bien. El ruido de platos, voces y conversaciones cruzadas llenaba el aire, pero mi mente seguía atada al recuerdo de la última vez que estuve en la oficina del coronel y lo feliz que era a su lado. Sentía todavía el eco de su voz ronca llamándome "pervertida" mientras yo me burlaba contra sus labios. No importaba lo que sucediera a mi alrededor, parecía que jamás podría dejar de pensar en él.

El tiempo se me hizo eterno, habían pasado como 2 horas desde la última vez que lo vi y sentía que llevaba como 10 años sin él, todo cambió cuando lo vi aparecer. Su figura imponía, como siempre, pero había algo distinto en su rostro: un gesto serio que de inmediato me inquietó. El corazón me dio un vuelco, pero justo en el instante en que sus ojos encontraron los míos, su expresión cambió. Sonrió de esa manera que desarmaba cada defensa que me quedaba y me hizo olvidar todo lo demás. Se acercó y se sentó a mi lado y, sin importarle que medio comedor nos observara, me rodeó con su brazo y me llevó hacia él para darme un beso lento, cargado de la lujuria que había estado almacenando en el tiempo que estuvimos separados.

Escuché cómo las conversaciones se apagaban por unos segundos y sentí que todos nos miraban. Yo misma habría volteado a mirar si alguien más hacía semejante despliegue en público. Aun así, no me importaba que nos vieran. Ya media central sabía que el coronel y yo teníamos una relación.

Noah apareció con una bandeja y se dejó caer en el asiento libre frente a nosotros. Luke frunció el ceño.

—¿Y quién te invitó a sentarte con nosotros? —preguntó, fastidiado.

—Oye, relájate precioso—replicó Noah con total descaro—. Vine porque el señor King me pidió que vigilara que su yerno no embarazara a su hija.

Me atraganté con el agua y tuve que taparme la boca para no escupirla, mientras Luke lo fulminaba con la mirada.

—No empieces, Noah, sabes muy bien que no estoy de humor —gruñó, besando mi cabello.

Había tensión en la línea de su mandíbula, y sus dedos tamborileaban de forma casi imperceptible sobre mi costado. La mirada que Luke le lanzó a Noah no manifestaba el fastidio de siempre, había algo más y tenía que averiguar qué era.

—Amor —susurré, lo bastante bajo para que solo él me oyera—, ¿ocurrió algo en la reunión?

Noah arqueó una ceja, se levantó con teatralidad y se sacudió las manos.

—Yo me retiro. Tengo que ver si Parrish desea que le compre algo de comer.. —Y salió del comedor como si acabara de salvarnos de una tragedia.

Luke me dio un beso fugaz en la sien y negó con la cabeza.

—No te preocupes, nena, todo está bien.

Lo miré con insistencia.

—¿Mi papá te dijo algo?

—En realidad no —dijo, suspirando—. Tu padre y yo nos llevamos mejor de lo que se esperaría. Es que... bueno...

Le tomé las manos entre las mías, obligándolo a mirarme.

—Amor, confía en mí.

Su expresión se suavizó, pero su voz mantuvo un filo de cansancio.

—Es que los padres de Madison y Valerie vinieron con exigencias a la milicia. El papá de Madison quiere que restaure sus logros y el de Valerie exige que quite el veto que le impide a su familia entrar al ejército. Si no lo hago, harán que me abran un expediente por asesinato y tienen las pruebas suficientes para hacerlo, quedaré suspendido de mi cargo mientras duren las investigaciones.

Tragué saliva.

—¿Y mi padre sugiere que no aceptes?

—Al contrario. Tu padre me dijo que me respalda en todo y que si quiero restaurarles los logros, puedo hacerlo sin problemas. Incluso me sugirió que acepte para no dejar que ellos arruinen mi carrera. Pero no quiero ceder a sus chantajes. Si lo hago, les daré a entender que tu no vale nada para mí, porque perdoné que Madison y Valerie intentaran matarte al devolverle los logros, sólo para no perjudicar mi carrera.

Me amaba tanto que prefería arruinar su impecable historial por mí.

—Mi coronel, yo sé cuán valiosa es mi vida para usted, ya me lo demostró saltando de aquella torre. Pero mi papá tiene razón: permitir que te arruinen el historial será una victoria para ellos.

Él apretó los labios, miró a un punto indefinido y luego suspiró con frustración.

—No puedo creer que ni después de muertas ese par de locas nos dejan en paz. —Se inclinó hacia mí y me acarició el rostro con el dorso de los dedos—. Por cierto, hoy es viernes y tengo una conversación pendiente con tu padre. ¿Te parece si invito a tu familia a cenar a mi casa hoy?

Le sonreí, ya con la emoción encendiendo mis mejillas.

—Claro que sí, mi coronel.

Él me guiñó un ojo.

—Y después que se vayan, te follaré todo el fin de semana—dijo y eso me erizó cada vello liso del cuerpo.

Una ola de calor me recorrió la nuca.

—Me parece un plan perfecto.

***

Las horas pasaron con una lentitud pasmosa.

Al caer la noche la mansión de Luke brillaba bajo las luces del jardín, junto con la fuente iluminada en la entrada y las flores que adornaban los jardines. Entramos juntos, y poco después comenzaron a llegar los invitados.

Papá fue el primero en cruzar el umbral.

—Lastimosamente Dante y Damián no pudieron asistir —anunció—, pero te agradecen la invitación.

Anabella rodó los ojos.

—Seguro Damián anda con el drama de que su mejor amiga ahora tiene novio. No sé cuándo le va a decir que está enamorado de ella. Es un completo tonto, me fastidia que lleve años suspirando por la misma chica y no se anime a confesarle la verdad.

Antes de que pudiera replicar, apareció Noah como si fuera parte de la familia.

—Ay no puede ser —se quejó Luke apenas lo vio—. ¿Tú de dónde saliste?

—Me autoinvité —respondió Noah con una sonrisa cínica—. ¿Creíste que me iba a perder el evento familiar del año?

Mi padre soltó una carcajada.

—Vete acostumbrando, Luke. Yo viví lo mismo con el padre de Noah y su tío. Dereck y Allan vivían para fastidiarme. Parece que la maldición va de generación en generación.

La cena transcurrió entre risas, comentarios y miradas furtivas que me llenaban el pecho de calidez. Era genial ver a mi padre relajado, a mi madre sonriendo, y a Luke comportándose como un novio ejemplar. Las comidas familiares con Santiago solían ser bastante incómodas debido a los múltiples apodos que mi padre le ponía.

Al final, cuando los platos ya estaban vacíos, Luke se aclaró la garganta.

—Bueno, señor y señora King...

—Llámame Damon, por favor —interrumpió mi padre.

—A mí también puedes llamarme Isabella —añadió mi madre con dulzura.

Luke asintió.

—Primero que nada, quiero agradecerles a ambos por asistir y permitirme compartir con su hermosa hija Adara. Le propuse que fuera mi novia hace unas semanas y...

—Ay, qué lindo y romántico se ve siendo buen novio, mi coronel —interrumpió Noah con cara de bobo.

Me reí a carcajadas mientras Anabella lo tomaba por las orejas y lo arrastraba fuera de la sala.

—Oye, creí que tú y yo nos llevábamos bien —se quejaba él.

—Sí, pero eres muy impertinente y este es un momento importante para Luke y Adara, no dejaré que lo arruines con tus impertinencias—replicó ella.

—Ni que le fuera a proponer matrimonio —alcanzamos a escucharlo decir antes de que la puerta se cerrara tras él.

Luke suspiró y prosiguió.

—Sé que mi padre no fue precisamente un buen hombre y que tienen razones suficientes para desconfiar de mí. Pero les garantizo que amo a su hija con todo mi corazón. Durante mucho tiempo dudé si era correcto estar con ella, pero ahora estoy convencido de que es la única mujer que quiero en mi presente y en mi futuro. Les aseguro que en mí tendrá un novio que la valore, que la apoye y que le haga sentir que puede comerse al mundo si se lo propone. Sé que Adara es su mayor tesoro, Damon, y créame cuando le digo que también es el mío. Así que de mi parte solo me resta pedirles su aprobación para estar con su hija y, de ser posible, que me permitan a futuro casarme con ella.

El silencio se extendió durante unos segundos que me parecieron eternos. Mi corazón latía tan fuerte que sentía que iba a salirse de mi pecho. Entonces, en un gesto que jamás olvidaré, mis padres se levantaron, rodearon la mesa y abrazaron a Luke como si fuera un miembro más de nuestra familia.

—Bienvenido a la familia, Luke —dijeron al unísono.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. En ese momento, una voz femenina interrumpió la escena.

—Esperé durante años para ver a Luke tan contento. Tú debes ser Isabella.

Una morena pelirroja de mirada intensa había entrado en la sala, tendría la edad de mi madre, y nos observaba maravillada enfundada en un vestido elegante de diseñador.

—Ella es mi madrina, Gleen.

Tras ella apareció Ellie, con un pastel en las manos y una sonrisa tirando de su cara.

—Perdón por llegar tarde. Mi hermano me dijo que a Adara le gusta hornear y quise intentar algo para ella, pero no salió tan bien.

Corrí hacia ella con entusiasmo y tomé el pastel entre mis manos.

—Estoy segura de que estará delicioso, cuñada.

Ellie me miró, sorprendida, antes de que su rostro se iluminara con una sonrisa amplia.

—Entonces... ¿ahora sí es oficial? ¿Somos cuñadas?

Luke se acercó y nos rodeó a ambas con los brazos.

—Lo son —dijo con orgullo.

Y era verdad, el coronel y yo, éramos oficialmente novios y no dejaríamos que nada lo arruinara.

Capítulo 39

Coronel Luke

Dos semanas después nos encontrábamos en una cabaña que alquilé en un pueblito apartado en Japón en donde podíamos respirar aire puro y estar lejos del bullicio de Washington. La noticia de nuestra relación se había filtrado en los medios de comunicación y lo que estaban diciendo sobre mí, no era precisamente agradable. No me importaba en lo absoluto sus opiniones, pero supuse que Adara sí se sentiría mal por lo que decían de mí y quise alejarla de ello lo máximo posible. En la central casi no podían usar los celulares ya que todo se manejaba por medio del correo del ejército, eso se hacía para cuidar la privacidad de las misiones y que no se filtrara información de las mismas por la utilización constante de los móviles. En la milicia sería fácil que no se enterara de lo que se decía sobre nosotros, pero los fines de semana la cosa cambiaba porque podíamos salir del comando, tener nuestros celulares de vuelta y enterarnos de todo.

El mundo no había cambiado en lo absoluto y seguían juzgándome por ser hijo de Logan Thorne, como si yo me sintiera orgulloso de que él fuera mi padre. Nunca en mi vida lo había visto, ni tampoco me interesaba hacerlo. Pero los periodistas solían crear morbosas teorías conspirativas en torno a nosotros y decían que quizá yo había enamorado a Adara, para que ella convenciera a su padre de liberar a Logan.

Damon King estuvo de acuerdo en mantener a Adara lo más lejos posible de los chismes y por eso cuando salíamos de la central los fines de semana, me la llevaba a los rincones más apartados e inhóspitos del mundo, para que no descubriera las cosas espantosas que comentaban sobre lo nuestro. No quería que nada la abrumara, ella se había asustado mucho con la aparición de la tiara que usó en su fiesta de compromiso y lo que menos yo quería, era sumarle una nueva preocupación.

Estábamos moviendo todas las influencias posible para acallar los chismes y aunque el publicista del ejército sugería que diera una declaración contando mi versión de los hechos, me parecía que aquello era ceder a las tonterías de los periodistas y darles el gusto de ver que nos tenían hartos. Damon pensaba igual que yo.

Llevaba semanas sin ver a mi madre, sabía que estaba bien de salud porque le ordené a una empleada que me mantuviera informado sobre cualquier eventualidad, pero decidí cortar todo contacto con ella hasta nuevo aviso. Quizá se pensase que era mal hijo, pero estaba tan decepcionado de ella que no sentía el más mínimo deseo de hablarle.

No quería verla, ni ella a mí, aún no le perdonaba las mentiras que dijo, pero tampoco deseaba que nada malo le pasara. Vivía más en paz sin su influencia, control y comentarios repletos de odio.

La lluvia golpeaba con suavidad el techo de madera, en aquel pueblo escondido entre las montañas más míticas y apartadas de Japón. Estábamos en *Higashiyama*, Kioto un lugar remoto, ocupado por templos antiguos que parecían repletos de fantasmas, casas de madera que databan de la época samurái y ancianos que aún vestían kimonos al amanecer para barrer las escaleras de piedra frente a los santuarios, encender velas y meditar durante horas.

El olor a tierra mojada se mezclaba con el incienso que escapaba de los templos, impregnando todo con un aire místico que me hacía sentir como si hubiéramos retrocedido siglos, cada vez que caminábamos cerca de los santuarios.

Adara estaba descansando con poca ropa sobre mi pecho, cubierta apenas por una manta ligera que dejaba al descubierto la línea de su espalda.

Sus cabellos oscuros caían sobre mis pectorales y eso me permitía aspirar su dulce aroma sin siquiera moverme. Tenerla así, entre la seguridad de mis brazos, sabiendo que no permitiría que nada la dañara me llenaba de una paz infinita.

La miré fijamente, intentando memorizar cada palmo de su cuerpo perfecto y torneado. Estaba tan enamorado de ella que a ratos quería renunciar al ejército e irme a vivir en un lugar remoto en el que nadie se interpusiera entre nosotros.

—Mi coronel —murmuró con voz somnolienta, levantando un poco la cabeza para mirarme—, ¿por qué últimamente me trae a lugares tan lejanos?

Sonreí, acariciándole la espalda con la palma abierta. Recorrí su piel aún sonrosada por la cantidad de veces que se la había besado intensamente hasta hacerla gemir, y entrelacé sus dedos con los míos.

—¿No te gustan?

Ella dejó escapar una risa suave, afianzando el agarre de su mano contra la mía.

—Claro que sí. Me encanta cualquier lugar en el que tú estés a mi lado. Pero he notado un patrón en los sitios a los que venimos… no hay señal en el celular y suelen ser pueblos bastante apartados de las ciudades. Es como si quisieras alejarme de algo, amor y me pregunto por qué.

Su observación no me sorprendió en lo absoluto. Adara era demasiado atenta y demasiado lista para su propio bien. Y esa de las mayores cualidades que la convertían en una soldado excepcional, no se le escapaba nada. Adara analizaba los detalles, indagaba en las cosas más minúsculas.

—Es que tengo una novia tan preciosa —contesté con voz grave, mirándola directo a los ojos—, que temo que me la roben si me voy con ella a una gran ciudad.

Ella arqueó las cejas con picardía, y ese gesto provocó muchas cosas obscenas en mí.

—Es más fácil que yo me lo robe a usted, mi coronel, aunque como es mi jefe en el ejército, debería tener cuidado con eso.

Solté una carcajada ronca, incapaz de contener la ternura que me provocaba su descaro.

—Róbame las veces que quieras, muñeca. Soy feliz de ser tuyo y de que hagas conmigo todo lo que quieras. Aunque eso de ser tu jefe en el ejército tiene sus ventajas, podría ordenarte que cada vez que entres a mi oficina te quites la ropa.

Ella sonrió con una inocencia que me resultó pecaminosa.

—Cumpliría sus órdenes gustosa, mi coronel ¿Le habían dicho que tiene mucha labia?

—En realidad, no. Eres la primera mujer que me hace decir cosas que no le diría a ninguna.

—Es decir que antes sólo tenías que existir para que las mujeres cayeran a tus pies, ¿no?

La miré con malicia, dejando que mis labios se curvaran hacia un lado.

—¿Tú no? Estoy seguro de que era así. Eres absolutamente hermosa.

Ella desvió la mirada, presa de una ruborizada timidez.

—La realidad es que siempre he sido bastante torpe. Me cuesta darme cuenta cuando le gusto a alguien. Entonces digamos que rara vez descubría cuando un chico se sentía atraído por mí. Mi hermana solía decir que yo era pésima captando indirectas.

Besé su cabello, aspirando su fragancia dulce e insuperable.

—Aunque existieran otros hombres interesados en ti, no me importaría.

Ella me miró extrañada, como si esperara otra respuesta.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

Apreté su cintura contra mí, en realidad era muy celoso cuando se trataba de ella.

—Porque estarán muertos antes de que puedan acercarse a ti con intenciones románticas.

Ella estalló en una carcajada que no sólo iluminó la habitación, sino que también a mí.

—Ya me había extrañado que estuvieses tan tranquilo respecto a la posibilidad de que otros hombres me miren.

—Que te miren todo lo que quieran —le respondí sin dudar—. Tú has sido de un solo hombre, y ese soy yo. Los demás sólo pueden anhelar una pizca de tu belleza, pero yo la tengo toda para mí.

Ella me empujó suavemente con el dedo en el pecho.

—Anda muy creído hoy, mi coronel.

—Con una mujer como tú a mi lado, tan jodidamente caliente y preciosa, mi ego anda por las nubes.

—Puedo notarlo —dijo, sonrojada, aunque su sonrisa revelaba que disfrutaba cada palabra que le dije—. Y me hace sentir muy bien.

Le acaricié el rostro, degustando la tibieza de su piel.

—Hoy hay un festival de otoño con linternas en el pueblo. ¿Quieres ir?

Sus ojos brillaron como si le hubiera dicho que en Japón estábamos en nochebuena.

—¿Podré usar kimonos y eso?

—Por supuesto, nena.

Ella se incorporó un poco, dejando que la manta resbalara peligrosamente por sus caderas. Mi ingle palpitó al instante.

—Amo los kimonos. Un amigo de papá vive en Tokio y siempre que iba a su casa, nos vestían con kimonos a mi hermana y a mí. Me sentía como atrapada en una historia de la época de los samuráis.

Ella ni siquiera se daba cuenta de que apenas y podía escucharla, por estar prestándole atención a su silueta descubierta.

—Si quieres, vamos a visitar al amigo de tu papá antes de irnos.

—Me encantaría, aunque no sé si quieras ir después de que te enteres de que es el jefe de los Yakuza.

Parpadeé incrédulo, intentando procesar lo que acababa de decir.

—¿Así que tu padre es amigo de un mafioso japonés?

—Suena muy loco, ¿verdad?

—Bastante.

Ella se acomodó de nuevo en mi pecho, con ese aire de mujer traviesa que acababa de soltar un secreto muy perverso.

—También es amigo de un sultán, de otro ex presidente y de varios señores que uno no esperaría que tuviesen cosas en común con papá, pero bueno así es él. Se hace amigo de la gente más *random* y peligrosa que se te ocurra.

Sacudí la cabeza, recordando titulares de hace años.

—Ahora recuerdo que leí algo en las noticias sobre Kai Nakamura, decían que ayudó a tu papá cuando peleaba con Logan. No sé si Kai quiera recibirme en su casa al saber que soy hijo de...

Ella me interrumpió, tocando mi mandíbula con sus dedos suaves.

—El tío Kai ya sabe que somos novios. Mi padre le contó, y creo que respondió algo parecido a: "Es una digna hija de su madre con tan malos gustos, pero dile a ese tal Luke que si hace feliz a mi sobrina, la Yakuza lo dejará vivir".

No pude evitar reírme, Adara estaba protegida en todos lados y eso, lejos de hacer que me sintiera intimidado, me inundaba de tranquilidad.

—Qué bueno saber que no habrá un montón de mafiosos japoneses esperando que meta la pata contigo para cortarme la cabeza.

Ella me miró con picardía, mordiendo su labio inferior.

—Yo que tú no cantaría victoria.

Su risa volvió a llenar la habitación, y la lluvia afuera se convirtió en la melodía perfecta para acompañarnos, suave y calmada. La apreté contra mí y la besé, listo para hacerla mía una vez más. Nos habíamos estado cuidando, pero una parte de mí quería poner un bebé en su vientre y tener la excusa perfecta para pedirle matrimonio sin que pareciera apresurado.

Adara, semidesnuda en mis brazos, riendo contra mi boca era la razón por la que aceptaba cualquier desastre futuro, porque la guerra sólo valía la pena si ella era el premio tras la ardua batalla.

La noche descendió sobre *Higashiyama, Kioto* como una alfombra de terciopelo oscuro repleta de luces navideñas.

El aire esparcía un aroma a tierra a mojada, y al incienso que escapaba de los templos donde los monjes aún se encontraban meditando. Al caminar cerca del bosque se podían oír los cantos que pronunciaban. Las linternas de papel iluminaban las calles estrechas con sus cálidos resplandores, y los faroles colgados en hileras parecían estrellas que habían decidido posarse entre los mortales. Adara caminaba a mi lado, envuelta en un kimono color marfil con flores azules que resaltaban contra la palidez de su piel. Su cabello, recogido con delicadeza, dejaba escapar algunos mechones rebeldes que se mecían con la brisa, y yo no podía dejar de sentir que esa mujer eclipsaba todo lo que me rodeaba. La gente la miraba y algunos de ellos se acercaban a verla más de cerca, atónitos por su belleza.

Los ancianos nos miraban y se inclinaban levemente al pasar a nuestro lado, pronunciaban algunas palabras en su idioma y se iban animados cuando Adara les respondía en un claro japonés que me dejó desconcertado.

—¿Hablas japonés? —pregunté, sin poder disimular mi sorpresa.

Ella sonrió con modestia, acomodando la manga del kimono.

—No con la fluidez que me gustaría, pero digamos que puedo comunicarme de forma decente con los japoneses.

Me detuve un instante, asimilando esa revelación, y luego solté una carcajada breve.

—Eso quiere decir que tengo a la mejor traductora conmigo.

Ella me miró traviesamente, y seguimos caminando entre los puestos de comida que inundaban el aire con aromas irresistibles: pescado a la parrilla, fideos recién salteados, dulces de arroz que brillaban bajo la luz tenue de las linternas y sushi presentado al más tradicional estilo japonés.

—Lo que más me gusta de Japón es su comida —dijo con entusiasmo—. Es tan saludable que siento que la piel me brilla mucho más cuando paso varios días aquí.

Me incliné hacia ella, rozando su mejilla con mis labios.

—Tu piel siempre es perfecta.

Ella rodó los ojos en un gesto que me resultó encantador.

—Es porque me ves con ojos de amor.

—Son los únicos que siempre tengo y tendré para ti —susurré con firmeza.

Me incliné para besarla, incapaz de resistir la tentación, pero ella me abrazó suavemente y acercó sus labios a mi oído.

—En Japón la gente suele ser menos abierta a las demostraciones de amor excesivo, mi coronel. Puede que se espanten si nos besamos apasionadamente y no quiero incomodarlos ya que son personas muy formales y respetuosas.

Reí bajo, apretándola contra mí.

—Respetaré sus costumbres, pero me ofende muchísimo no poder comerme tu boca como quisiera.

Ella iba a responder, pero entonces una señora de mediana edad, vestida con un kimono rojo bordado en plata se acercó a nosotros con una sonrisa enigmática. Sin pedir permiso, colocó un pequeño broche con colgantes amarillos sobre el kimono de Adara, justo a la altura de su pecho.

—Ay, gracias… ¿para qué son? —preguntó Adara en inglés, con un gesto curioso.

—Nena —intervine con una sonrisa ladeada—, le hablaste en inglés, seguramente no te entendió.

Ella abrió la boca para corregirse y comenzar a hablar en japonés, pero la mujer levantó la mano y la interrumpió.

—No se preocupen, hablo inglés. Este amuleto es para preservar un amor puro en medio de la tormenta. Normalmente son los más difíciles de conseguir porque son muy buscados, pero quiero otorgárselo, señorita, porque veo que tiene buen corazón.

Adara la miró fascinada y contrariada a la vez.

—¿Y cómo sabes que tengo buen corazón?

La mujer inclinó la cabeza y señaló alrededor de Adara con una serenidad que se me antojó extrañamente antinatural, como si algo en ella no fuera humano.

—Sé que tienes buen corazón porque las luciérnagas te persiguen. Ellas sólo se acercan cuando una persona de corazón puro está enamorada y el brillo que emite su alma es tan inigualable que las luciérnagas necesitan acercarse a él.

Pequeñas luces doradas y circulares flotaban alrededor de nosotros, como si estuviesen seguras de que Adara era una de ellas. El resplandor se reflejaba en su piel y en sus ojos, haciéndola parecer aún más mística de lo que por sí ya lucía con ese atuendo tradicional japonés.

—Es verdad, estoy rodeada de luciérnagas, son hermosas —susurró Adara, llevándose la mano a la boca, maravillada.

Alguien nos tomó una foto y yo me giré a ver de dónde provenía, entonces otra chica se acercó y nos entregó una polaroid. La imagen de Adara, vestida con aquel kimono blanquiazul rodeada de luciérnagas parecía sacada de un cuento asiático sobre la princesa más hermosa que había caminado por Japón.

—Puedo entenderlas —le dije, sin apartar la mirada de su rostro—. Creo que si yo fuera una luciérnaga, también te perseguiría, nena.

Ella miró a la mujer, un tanto intranquila. Adara solía mostrarse amable con la gente, pero algo en la desconocida que le regaló el broche con cuentas, la tenía desconcertada.

—¿Por qué me das particularmente este amuleto? Es decir, siento que no eres una persona común, y que estás aquí por algo. No te he visto parpadear desde que te acercaste a nosotros y llevas rato aquí.

La contemplé perplejo, ni siquiera yo me había dado cuenta de que la recién llegada no pestañeaba.

La mujer sostuvo su mirada sin inmutarse mucho, ni alterarse ante el interrogatorio de mi preciosa novia.

—Y tiene usted razón. Por eso precisamente te regalo este amuleto. Porque sé vienen pruebas muy fuertes para ti, y necesitarás mucha ayuda extra para sobrellevarlas. Te espera mucho dolor, decepción y un pasado que se niega a irse. Pero debes ser fuerte, tomar las decisiones con madurez y no permitir que los malos entendidos te alejen de tu gran amor. Serénate antes de tomar decisiones apresuradas.

Sentí cómo mi ceño se fruncía de inmediato. Adara me miró, buscando respuestas, pero yo no entendía qué carajos estaba pasando. Ambos negamos con la cabeza al mismo tiempo, como si intentáramos restarle importancia a lo dicho por la aparecida.

Luego volteamos para mirar al sitio en el que suponía debía estar la mujer, pero ella ya no estaba.

Había desaparecido.

Una ventisca fría me agitó la nuca y la voz femenina de la mujer del amuleto me susurró: *Si la amas, dile lo que le ocultas. Hazlo antes de que se entere por otros de lo que hiciste.*

Adara apretó mi brazo con fuerza.

—¿Tú entiendes lo que acaba de pasar?

Respiré hondo, un escalofrío me agitó cada articulación del cuerpo.

—No tengo ni idea. Pero al menos sabemos que no todo en ella era sobrenatural.

—¿Por qué lo dices?

Señalé con la barbilla el pecho de Adara.

—Porque el amuleto sigue contigo, no desapareció junto con ella.

Ella lo levantó con cuidado, observándolo a contraluz. Las cuentas amarillas que caían del broche centelleaban como si la luz de la luna activara algo en él.

—No sé si sea correcto conservarlo… todo lo que acaba de pasar fue tan raro.

Iba a responderle que quizá lo mejor fuera tirarlo, pero una anciana aún más misteriosa que la primera se acercó a nosotros. Caminaba lentamente, apoyada en un bastón de madera tallada, y sus ojos, aunque arrugados por los años, tenían una claridad inquietante, como si en ellos se escondieran las enseñanzas de varias generaciones de familias japonesas.

Se detuvo frente a Adara, y sin mirarme siquiera, extendió la mano temblorosa hacia el amuleto.

La noche se había vuelto más densa de lo normal, con un silencio extraño que me apretaba el pecho. Todavía tenía el recuerdo fresco de lo que acabábamos de ver y ninguno de los dos comprendía lo ocurrido.

—No se asusten, lo que acaban de ver es una dama del bosque, un anima inofensiva.

Arqueé una ceja y la observé con el recelo de siempre, ese que nacía en mi mente cada vez que alguien intentaba meterme cuentos de fantasmas o espíritus.

—¿Y qué hacen las damas del bosque? —pregunté.

Adara soltó un suspiro y asintió, quizá ella sabía lo que era una dama del bosque.

—Oh… he escuchado sobre ellas —externó con un tono de voz que no supe cómo interpretar—. Se cuenta que después de la guerra muchas mujeres japonesas que habían perdido a sus maridos iban a los bosques a recolectar flores para llevarlas a sus tumbas. Y cuando morían, sus espíritus regresaban a esos lugares para seguir recolectando flores eternamente con la esperanza de que algún día sus seres amados aparezcan a recibirlas. Escuché que se le aparecen a las mujeres que están a punto de enfrentar grandes obstáculos.

Era una historia triste, no me extrañaba que ella lo contara como si en algún punto de su vida se hubiera sentido identificada.

—También se dice que esas damas se aparecen a las mujeres que aman intensamente, para cuidarlas o ayudarlas a ser felices y evitar que vivan un destino tan triste como el que a ellas les tocó—agregó, bajando la cabeza.

La anciana avanzó hasta quedar frente a nosotros. Su rostro estaba marcado por arrugas profundas, pero en sus ojos había una ternura inquietante. Extendió una mano temblorosa y la apoyó en el brazo de Adara.

—No desaproveches la ayuda de la dama del bosque, niña —la aconsejó como una sabia abuelita—. Sé feliz con tu amor, sin importar los obstáculos que se presenten.

Tragué saliva en silencio. Vi el rubor subir por las mejillas de Adara y sentí cómo algo en mi interior se tensaba. No me gustaba la forma en que esas palabras resonaron. Yo no era supersticioso, pero algo en esa situación me resultaba inquietante.

—Siempre que venimos a Asia nos pasa de todo —murmuró cual si quisiera robarle la seriedad al momento.

Ella rió bajito y me rodeó con los brazos, hundiendo el rostro contra mi pecho.Yo la sostuve con firmeza, rodeándola con los míos, como si pudiera mantenerla a salvo de todos esos fantasmas, reales o inventados. Siempre me vencía esa necesidad de tenerla cerca y aprovechaba la mínima oportunidad para probarle que estaba allí por ella.

La anciana se marchó al ver que todo estaba bien entre nosotros.

El silencio del bosque fue interrumpido por el anuncio de una chica desde una escalera.

Ella habló y Adara tradujo para mí casi al instante.

—En media hora se lanzarán las linternas del festival del perdón otoñal. Los que aún no tengan la suya, pueden acercarse al puesto del alcalde para obtenerla de forma gratuita. Recuerden que deben ascender en pareja a buscarlo, ya que una doble intención al pedir su linterna ayuda a obtener mejores resultados.

El cambio abrupto en los acontecimientos me ayudó a destensarme y me recordó que el mundo seguía girando, aunque hubiéramos visto algo que parecía sacado de otra dimensión. Ella levantó la mirada hacia mí, también parecía menos estresada.

—¿Vamos por la nuestra? —preguntó, con la respiración un poco acelerada.

Asentí.

—Vamos.

Caminamos por un sendero iluminado con faroles de papel, por el que muchos ascendían con quienes parecían ser sus familiares, algunos en pareja y otros con la primera persona que encontraban con tal de no llegar solos a recoger sus linternas. Mi novia se aferraba a mi brazo orgullosa.

Llegamos al puesto del alcalde. Una mesa larga, cubierta por telas coloridas, mostraba docenas de linternas aún sin encender. El hombre que las repartía nos recibió con cortesía. Le entregó a mi pareja una linterna roja, con dibujos dorados de ramas de cerezo. Yo recibí la mía que era más sobria de un azul casi tan oscuro que se veía negro.

—Son hermosas —murmuró ella, acariciando con cuidado la superficie de papel.

La miré de reojo. Me importaba más verla fascinada que la linterna en sí.

—Pero no tanto como tú—respondí, aunque una sonrisa casi imperceptible se me escapó en los labios.

El rubor en las mejillas de Adara fue suficiente recompensa.

Un hombre que parecía ayudante del alcalde se acercó con una caja de papeles pequeños y plumas. Su tono fue solemne cuando habló.

—Deben tomar un papelito y escribir un pecado del que se arrepientan. Cuando lo introduzcan en la linterna y el fuego lo consuma en las alturas, la culpa se volverá más ligera y los dioses tomarán las cenizas de su pecado como ofrenda y se los perdonarán.

Adara tomó uno enseguida, y yo hice lo mismo.

Tenía un solo pecado en mente: Mi apuesta con Carrie.

No me arrepentía de los demás, ni quería perdón alguno por ellos. Había matado, castigado y actuado en base a mis creencias, no me arrepentía de haber tomado la justicia en mis manos y aniquilar a quienes se lo merecían, pero con Adara la cosa cambiaba, ella era inocente de cualquier culpa.

Empecé a redactar todo lo relacionado a mi apuesta con Carrie, me arrepentía tanto de haber sido un imbécil al poner los sentimientos de Adara en juego por mi absurda venganza.

Mientras trazaba cada letra, sentí cómo el recuerdo volvía para recordarme que las malas acciones nunca desaparecían, y que el Karma siempre aparecía para cobrarte las cuentas pendientes.

Coloqué el papel doblado en el interior de la linterna azul y me preparé para encenderlo.

Adara me miró con curiosidad y yo me quedé contemplando mi linterna, con el deseo de que aquel pecado jamás tuviera consecuencias.

Porque si estas llegaban a mí… sabía que lo perdería todo.

La perdería a ella.

Capítulo 40

Coronel Luke

La observaba mientras acomodaba el pequeño papel doblado en el interior de su linterna roja, los dibujos dorados que adornaban la farola centelleaban bajo la luz de las antorchas que rodeaban la plaza. Sus dedos se movían con delicadeza, como si tuviera miedo de rasgar el frágil papel que le acababan de entregar. Yo apenas podía apartar los ojos de ella, porque incluso al hacer algo tan simple como escribir un par de letras en un papel, mi novia me resultaba hechizante.

—¿Qué tipo de pecado puede anotar en ese papel un angelito como tú? —pregunté, incapaz de ocultar una mueca irónica.

Ella levantó la mirada y me regaló una sonrisa que podría haber pertenecido a una diosa.

—También tengo mis pecados, coronel. Si me cuenta el que usted anotó en su papel, yo le cuento el mío.

Por mi bien y felicidad, esperaba que ella jamás descubriera el contenido del papel en el que había anotado todo sobre mi apuesta con Carrie. Lo concerniente a eso me estaba perturbando mucho últimamente.

—Sospecho que si le contamos a otra persona qué pecado hemos anotado—dije mientras me acercaba a ella—, quemar los papeles en las linternas no servirá de nada.

Adara arqueó las cejas con picardía.

—A mí me parece que sólo está buscando excusas para no contarme qué pecado anotó, mi coronel.

La rodeé con mis brazos y la atraje a mi pecho. Estaba obsesionado con tocarla, abrazarla y besarla. Desde que nuestra relación se fortaleció, no podía pasar mucho tiempo lejos de su belleza fascinante.

—Tu curiosidad es adorable, nena, pero no puedo decirte qué pecado anoté en el papel, porque entonces esta ceremonia no servirá de nada.

Ella apretó los labios, fingiendo una indignación que me resultó más adorable que el leve rubor que había en su rostro.

—Entonces yo haré lo mismo y no le diré cuál pecado anoté.

—Creo que dormiré en paz sin saberlo —respondí, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—, porque estoy seguro de que ni siquiera es un pecado como tal. De hecho, dudo que alguna vez tú hayas hecho algo malo en tu vida que requiera el perdón de algún dios poderoso.

Ella frunció el ceño, entre seria y juguetona.

—Siempre hablas de mí como si fuera una especie de virgen pura e inmaculada incapaz de hacerle mal a nadie.

Incliné la cara hasta que mis labios rozaron su oído.

—Sé que virgen no eres, muñeca, me encargué de que ya no lo fueras. Y con respecto a lo otro… estoy plenamente seguro de que lo único malo que hay en ti es tu exceso de bondad y buen corazón, porque otros podrían aprovecharse de ello y entonces tendré que matarlos por atreverse a tal cosa.

Sus mejillas se tiñeron de un rojo encantador y me miró complacida.

—Eres muy protector conmigo.

—Eres la única que merece algo así de mí.

No tuve tiempo de añadir nada más porque la voz del alcalde resonó fuerte, pidiendo que todos se acercaran al río para soltar las linternas en torno a este, o al menos esa fue la traducción que Adara me ofreció. La multitud japonesa comenzó a moverse con linternas en mano. Un murmullo de emoción llenó el aire, las familias avanzaban en una procesión luminosa que me hizo sentir raro. Como si mi pecado al apostar sobre Adara, fuera el más abominable de todos.

—Ya oyó, mi coronel —dijo ella, con una sonrisa luminosa—. Vayamos hacia el río.

Tomé su mano con firmeza y caminamos entre la gente hasta llegar a la quietud que rodeaba el río. Las aguas reflejaban la luz de las antorchas y los rostros curiosos que observaban su profundidad. El ambiente estaba cargado de expectación. Una a una, las linternas comenzaron a elevarse, iluminando el cielo oscuro con destellos de colores. El rojo, el azul, el amarillo y el blanco se mezclaban hasta formar un océano de luces que se movía hacia lo alto como si los pecados de todos realmente estuvieran ascendiendo para que los dioses los recogieran.

—Y es así como el cielo se llena de los oscuros pecados de Adara King —murmuré mientras su linterna se elevaba en consonancia con la mía.

Ella apretó los labios y suspiró.

—Espero que los dioses me perdonen, aunque creo que mi pecado no es tan grave, pero quién sabe.

—¿Te preocupa que te nieguen la entrada al cielo, preciosa?

—En realidad no —respondió con honestidad—. Lo que me preocupa es que a ti sí, y tengamos que estar separados al morir.

La atraje contra mí con un gesto repentino, incapaz de tolerar siquiera la idea vivir sin ella.

—La muerte no evitará que te haga mía por toda la eternidad, eso tenlo por seguro, aunque tenga que raptarte del cielo y llevarte conmigo al infierno.

La vi estremecerse y supe que mis palabras habían hecho eco en lo más profundo de su ser. La gente aplaudía mientras las últimas linternas se perdían en la negrura de la noche. La música que emitían ciertos instrumentos tradicionales de Japón se unió a la ceremonia.

Dos horas después un aplauso pausado se produjo, dando por culminada la festividad.

Mi novia y yo, emprendimos el regreso hacia la cabaña donde nos hospedábamos. El sendero estaba iluminado por la luna, y por los postes de luz empotrados en la acera.

—Creí que este lugar sería más tétrico de noche —dijo Adara, mirando a su alrededor—, pero no lo siento así.

—Es porque del único que te tienes que cuidar es de mí, nena.

Ella giró la cabeza con coquetería, sus labios se curvaron en una sonrisa desafiante.

—¿Ah sí, mi coronel? ¿Y por qué?

Me acerqué, disfrutando del brillo en sus ojos.

—Porque quiero soy la bestia que quiere comerte a besos.

Ella se giró hacia mí, dispuesta a entregarme su boca, y yo casi podía saborearla, pero justo en ese instante, la calma y pasión que sentíamos fue interrumpida por algo completamente inesperado y fuera de orden.

Un flash nos cegó a ambos, al primer fogonazo se le unieron varios más junto con el sonido de voces atropelladas e impertinentes que saturaron mis oídos.

Un concurrido grupo de periodistas emergió de entre los arbustos, invadiendo nuestro espacio y privacidad con su necedad. Cámaras, micrófonos y grabadoras se abalanzaron sobre nosotros sin que tuviéramos oportunidad de alejarlos.

Adara retrocedió sorprendida, mientras los flashes seguían estallando alrededor nuestro. Yo la sujeté por la cintura y la pegué contra mi pecho para protegerla, la rabia me ardía en cada órgano del cuerpo.

—¿Es verdad que ya eran amantes cuando el príncipe Santiago murió? ¿Acaso fue usted quien lo asesinó para quedarse con Adara, coronel? ¿Es verdad que anda usted con la señorita King por interés? —gritó uno, con el micrófono extendido hacia mí.

Adara lo miró perpleja, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

Sin darme tiempo a reaccionar otro periodista más colocó un micrófono a la altura de su barbilla.

Era inaudito que nos hubieran seguido hasta Japón.

—¿Qué se siente haber traicionado a su padre al volverse novia del hijo de un ex presidiario? ¿Le ha pedido a su padre Damon King que intervenga a favor de su suegro Logan Thorne, para que este sea liberado de la cárcel? ¿No le parece que es un mal ejemplo para la juventud, enredarse con el hijo de un mal hombre, habiendo estado usted a punto de convertirse en la princesa de Italia?

Los flashes no paraban y yo intenté meterles una paliza, pero Adara me detuvo y me susurró que podría empeorar la situación. Que no les diera el gusto de verme enojado.

—¿Ya fue a ver a su suegro a la cárcel, señorita King? ¿Ha sido mala nuera y ha evitado hacerlo? ¿Se avergüenza usted de ser la suegra de Logan Thorne, el ex director de la CIA que se convirtió en criminal? —insistió otro, con voz incisiva.

Quise triturarle la cara en cuanto lo escuché.

Vi cómo Adara retrocedía un paso, y sentí que me ardía la piel de pura rabia.

—¿No le parece que le ha guardado muy poco luto a su alteza real el príncipe Santiago, que en paz descanse? Es decir... fue su culpa que muriera y mírela aquí bien feliz con otro hombre, como si nada. ¿No le parece que es injusto andar de lo lindo por allí, mientras otro hombre dio la vida por usted y yace bajo tierra? ¿Desde cuándo se acuesta con el coronel?

La ira rugió dentro de mí y avancé hacia el imbécil que había dicho algo tan desagradable, dispuesto a matarlo.

La rabia me nubló completamente y no pensé en las consecuencias de golpear civiles siendo un coronel. Ellos habían sobrepasado todos los límites e iba a enseñarles a respetar. Miré al atorrante que había emitido esa pregunta tan horrible, y le pegué un puñetazo que le rompió el pómulo al instante.

Le di un nuevo puñetazo que le destrozó la mandíbula, otro le fracturó la nariz y yo no podía dejar de pegarle. Quería que cada nueva trompada llevara impresa las palabras: No vuelvas a hablar así de mi novia en tu maldita y desgraciada vida.

Cuando ya estaba lo suficientemente hecho mierda para poder siquiera ponerse de pie lo estampé contra el tronco de un árbol. La madera tronó cuando los miserables huesos del tipo se estrellaron contra ella. El sujeto, un rubio flacucho que parecía una ratita de biblioteca, se apoyó en la madera pero se desvaneció casi al instante con la boca llena de sangre. Le ordené a uno de los presentes que lo recogiera y se lo llevara antes de que lo matara.

Los flashes se detuvieron de golpe, nadie se atrevía a hacer un solo movimiento.

Adara se quedó paralizada con los labios entreabiertos. La sujeté del brazo y la pegué contra mi pecho. La abracé convencido de que protegerla era lo único que quería hacer el resto de mi vida.

—¿Estás bien? —le susurré, aunque sabía la respuesta. Su respiración se fue calmando, poco a poco. Me miró agradecida, otra en su lugar se habría quebrado, pero no mi Adara. Ella era fuerte, ella podía con todo, incluso con mis peores arrebatos.

Los periodistas retrocedieron, aterrados. Al tipo del árbol lo ayudaron a ponerse en pie, luciendo muy asustados. Mi pulso martillaba, quería matarlos a todos por bombardearla con preguntas tan desconsideradas.

¿Quién demonios se creían para intentar herirla con sus palabras?

—Digan una palabra más contra Adara y me encargaré de unirlos al club de fantasmas de este bosque —gruñí más letal que nunca.

—¿Nos está amenazando, coronel? Seguramente quiere hacer con nosotros lo mismo que hizo con los jueces que dictaminaron que su hermana era un peligro para la sociedad —replicó uno, con una sonrisa nerviosa que delataba que había entendido el mensaje a medias. La mayoría se había posicionado a muchísimos metros de distancia.

Di un paso al frente y se escondieron tras el árbol más alto que vieron.

—Tómenlo como quieran, pero a mi novia la respetan o haré que lo hagan, de la peor manera que se les ocurra. Y si no quieren terminar como los jueces que jodieron a mi hermana, es mejor que se callen de una puta vez.

Sujeté a Adara del brazo para apartarla de aquella jauría de miserables, quería sacarla de allí, protegerla de la podredumbre que habitaba dentro de esos malnacidos. Pero ella estaba como en shock, sus ojos temblaban y su respiración se había vuelto irregular otra vez. Ya no era la chica calmada que me pidió que no los golpeara. Se le notaba nerviosa e intranquila.

No podía culparla. Esos desgraciados habían sobrepasado todos los límites.

Entonces otro de esos carroñeros disparó una frase que destrozó mi paciencia.

—¿Qué se siente ser la única fracasada entre los hijos de Damon King?

Vi cómo los ojos de Adara se volvieron vidriosos.

—¿Esas lágrimas también las derramó por Santiago? ¿O en verdad no le importó su muerte?

—Están pidiendo a gritos que los mate.

Los periodistas retrocedieron de golpe, las cámaras bajaron, y comenzaron a correr como ratas que huían de un incendio.

Pero no se fueron sin lanzar una última puñalada.

—¡Coronel los medios quieren saber si tiene usted las mismas mañas de su padre!

Me detuve en seco, cada fibra de mi cuerpo estaba lista para aniquilarlos.

—Si no se largan en este momento me encargaré de que no puedan salir de la cárcel el resto de sus vidas —espeté, harto.

El bosque recuperó su silencio, el cual apenas era interrumpido por la respiración entrecortada de Adara y el crujido de las ramas bajo nuestros pasos al avanzar.

Si esos desgraciados volvían a acercarse a nosotros, no quedarían ni las cenizas de ellos.

Adara se detuvo de pronto, escondió el rostro contra mi cuello y sentí su respiración agitada, cuando le acaricié el rostro.

—Estoy contigo en esto, preciosa, no dejaré que esos pendejos vuelvan a estresarte.

El regreso a la cabaña fue silencioso, quería insistirle con preguntas, saber si estaba bien pero entendía que lo mejor era esperar a que ella se animara a contarme cómo se sentía. Yo la sujetaba con firmeza, como si mis manos fueran lo único que la mantenía a salvo del veneno que había quedado flotando en el aire por culpa de esos impertinentes. La luna nos guiaba, y los faroles que aún quedaban en el camino parecían más apagados que antes. No me importaba nada más en el mundo que ella y llegaría hasta las últimas consecuencias para protegerla.

Al llegar, Adara se detuvo en la entrada, necesitaba quitarle ese Kimono que vestía y hacerla mía.

Sus ojos reflejaban cansancio, pero también se le veía determinada. Me miró fijamente, como si al fin hubiera descifrado algo dentro de mí.

—¿Es por la prensa que estuviste trayéndome a lugares remotos? —preguntó con voz suave—. ¿Querías evitar que me molestaran, tras enterarse de nuestra relación?

Solté un suspiro pesado y me pasé ambas manos por el cabello, intentando arrancar la impotencia que sentía.

—Nena... yo lo siento. No quería que los periodistas te hicieran pasar malos ratos y...

No me dejó terminar. Se acercó y me calló con un beso. Un beso inundado de la tranquilidad que sólo ella era capaz de darme cuando yo me hundía en mis propios demonios.

—No te culpo por nada, Luke —susurró sobre mis labios—. Sé que no me dijiste las cosas para protegerme, pero recuerda que ahora somos una pareja. No es justo que cargues tú solo con todo, estamos juntos en todo, no solamente cuando las cosas marchan bien.

Apoyé mi frente en la suya, respirando hondo, decidido a permitir que su calor me devolviera a tierra.

—Es que ya has sufrido mucho por mi culpa, Adara. Quiero evitar a toda costa que siga sucediendo.

Ella me besó otra vez, con más amor y devoción.

—Te amo, Luke Thorne. No me importa lo que otros digan o piensen sobre lo nuestro. No te voy a negar que fue bastante desagradable escuchar las preguntas que hicieron, pero tengo al novio más fuerte y protector. Debo estar a su altura y no desanimarme por lo que otros digan. Lo único que quiero y me importa es estar contigo. Nada logrará separarnos, ni los chismes, ni la cizaña de gente que no sabe nada sobre nosotros. Ellos no te conocen como yo, no saben de lo que eres capaz porque me amas. Sus pequeñas mentes jamás comprenderán el novio maravilloso que eres.

La apreté contra mi cuello, y lo que sentí en ese instante fue un orgullo tan inmenso que me llenó el pecho de fuego. Amaba que se mostrara tan fuerte, que ya no se dejara derribar con tanta facilidad.

—Estoy tan orgulloso de lo fuerte que te has vuelto, nena.

Ella sonrió, se había vuelto tan resistente, tan aguerrida que me sentía aún más enamorado.

—Antes le daba mucha importancia a la opinión de unos desconocidos. Ahora ellos no me quitan el sueño.

Yo asentí, aunque dentro de mí la furia todavía no se apagaba.

—De todas formas quiero ponerles un alto.

Ella arqueó una ceja, curiosa.

—¿Cómo lo harás?

La miré con esa media sonrisa que solo se me escapaba cuando tramaba algo que nadie debía conocer.

—Ya verás, nena. Tú déjamelo a mí.

Ella suspiró y me miró con una mezcla de ternura y deseo.

—Ahora... por favor, ¿podrías hacerme el amor para olvidar todos los malos ratos?

La sujeté por la cintura, acerqué mis labios a los suyos y dejé que la devoción que sentía por ella, me inundara las venas al reclamarla como mía.

—La amo, señorita King —murmuré con una voz ronca, cargada de verdad—. Tanto que cuando veo que otros dicen cosas malas sobre ti siento que me ofenden a mí.

Sus ojos se llenaron de brillo y me acarició la mejilla con delicadeza.

—Nada evitará que te ame, como lo estoy haciendo.

La tomé del rostro y hundí mis labios en los suyos, reclamando cada rincón de su boca como mío.

—Amo cada palmo de ti.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso, y yo aproveché para alzarla entre mis brazos. La llevé hasta la habitación de la cabaña y la acosté sobre la cama. La tela del kimono se abrió un poco al entrar en contacto con las sábanas, y el simple destello en su piel expuesta fue suficiente para encenderme.

—Eres mía, Adara y te lo recordaré esta y todas las noches que vengan.

Le quité el Kimono y me hundí en ella, dejando atrás los chismes de los periodistas.

Sin embargo, tomé una decisión que nadie esperaría de mí.

No me haría a un lado y dejaría que hablaran de Adara sin consecuencias, sino que saldría al frente y le dejaría claro al mundo que la amaba más que a mi propia vida. Que no me importaba el pasado, pero sí convertirla en mi futuro y que pelearía con cualquiera que se atreviera a decir algo malo en su contra. Adara era mi vida, mi norte y yo haría lo que fuera para ser digno de su amor, aunque tuviera que extraer toda la sangre que había en mis venas y reemplazarla por otra.

****

Mi pelea con los periodistas había trascendido como era de esperarse y estaba por todos lados. La central se convirtió en el epicentro del acoso de los medios que no dejaban de perseguirnos, queriendo una declaración. Necesitaba dejar en claro que cualquiera que se metiera con Adara me tendría como enemigo y que no permitiría que nada la perturbara, así que por esa razón iba a dar una conferencia de prensa.

El pasillo de la sala de prensa del comando olía a café y al pan recién hecho que nos acababan de llevar. El publicista del ejército se paseaba nervioso por la habitación, estuvo la mañana entera tratando de que adoptara una postura menos problemática, incluso sugirió que me disculpara por golpear al tipo que había perturbado a Adara, pero yo jamás permitiría que me impusieran qué decir, ni me mostraría arrepentido ante alguien que la había hecho sentir mal.

—Recuerde que lo más importante es actuar con diplomacia, coronel—me dijo con la mano repleta de notitas—. Ellos deben entender que usted ama a la señorita King y que sus intenciones con ella son las mejores, también sería bueno que reconsiderara mi sugerencia de disculparse por golpear a un periodista. Escuché que hasta quiere demandarle.

Ni siquiera lo miré.

—Ya me lo has dicho como cien mil veces, no pienso disculparme con nadie. Ese tipo se ganó lo que le hice—contesté.

El hombre frunció el ceño y miró a mi novia en busca de apoyo. Adara se encogió de hombros, ella me conocía mejor que cualquiera. Mostrarme dócil y complaciente nunca había sido mi estilo.

Mi muñeca vestía un traje de ejecutiva blanco y se veía adorablemente hermosa.

—Es muy importante que se muestre menos grosero, coronel. Si desea que la prensa deje de ser tan dura con ambos, hay que ceder un poco.

—Ejercer la violencia soluciona cualquier mal entendido con imbéciles.

Me apoyé en la pared acristalada y cerré los ojos un segundo. No iba a aceptar que me moldearan, resolvería las cosas a mi modo y que se jodiera quien no estaba de acuerdo.

—Conozco a mi novio lo suficiente para saber que lo mejor que puedes hacer es no entrometerte en sus asuntos —dijo en voz baja, cortando el necio murmullo del publicista—. Déjalo que se exprese de la manera que quiere. Si intentas hacer que muestre una personalidad que no tiene, saldrá peor. Ellos verán que Luke está fingiendo y hablarán en consecuencia.

Tomé la mano de Adara, apreté algo en mi bolsillo y me preparé para algo que cambiaría mi vida para siempre si salía bien.

Entramos en la sala y las fotos empezaron de una vez. Me coloqué en el atril, miré a los presentes y encendí el proyector tal y como había previsto.

En pantalla apareció la foto de Adara, rodeada de luciérnagas en medio de aquel bosque, la imagen era tan perfecta y hermosa que el recinto enmudeció, atrapado en lo preciosa y mística que mi novia se veía enfundada en un kimono y rodeada de luces flotantes que le daban un aura más angelical del que por sí ya tenía.

—Mírenla —dije sin poder apartar del todo la vista de la foto—. ¿De verdad es difícil entender que esté tan enamorado de ella, y que no me importen los códigos morales a la hora de defenderla? Estando en Japón, varios periodistas se pasaron de la raya y la irrespetaron en más de una manera, hicieron preguntas terriblemente crueles que ni ella, ni ningún ser humano deberían tener que soportar. ¿Por qué yo tengo que permitir que irrespeten a mi novia y se sientan con el derecho de incomodarla? ¿Por qué tengo que quedarme de brazos cruzados mientras ustedes con sus chismes de pasillo, la abruman con preguntas innecesarias?

—Quiero dejar algo muy claro —proseguí—. Amo a Adara King. La amo con tanta fuerza que no me importa nada a la hora de protegerla y créanme que tampoco me detendré si tengo que llevármelos a todos ustedes por delante con tal de evitar que le digan estupideces. Sí, soy el hijo de Logan Thorne, ¿y eso qué? ¿Acaso no tengo derecho a amar porque mi padre es un criminal? ¿Por qué debo privarme de estar a su lado, si yo no cometí los mismos pecados que Logan? ¿Por qué debo cargar con la culpa de pecados que ni siquiera forman parte de mis recuerdos? Logan jamás fue un padre para mí, jamás en mi vida lo he visto, ni tampoco me importa hacerlo. Lo único que él y yo tenemos en común es el apellido y si tengo que quitármelo par que dejen en paz a mi hermosa novia, lo haré.

Un jadeo de sorpresa se propagó entre los presentes.

—No voy a permitir que nadie la perturbe, la acose o la abrume. Quien diga algo en contra nuestra tendrá que sostenerlo con pruebas, porque me encargaré de demandarlos y meterlos a la cárcel por difamación.

—No voy a tolerar que mi vida privada sea convertida en objeto de calumnias y chismes. Si alguien pretende interponerse en mi camino y evitar que siga siendo feliz con la mujer que amo, —continué impositivo—, tomaré cartas en el asunto, están advertidos. No vine aquí para caerles bien, vine a exigirles que controlen lo que escriben y difunden en redes sociales, páginas de prensa, periódicos, noticieros televisivos y cualquier medio que se les ocurra, o de lo contrario moveré mis influencias para callarlos. Tómenlo como un atentado a la libertad de expresión o cualquier estupidez que se les ocurra, pero van a tener que pensarlo muy bien antes de decir algo contra ella.

—Soy un hombre que se enamoró de la mujer más maravillosa que camina sobre la tierra, una que defenderé con todo lo que soy y seré. Entre más la ataquen, más duras serán mis respuestas. Entre más la molesten menos piedad tendré a la hora de destruirlos.

El publicista me indicó que debía permitir que los periodistas me hicieran un par de preguntas y aunque no me gustaba la idea, al final cedí.

—¿Entonces no anda usted con la señorita King por poder político? ¿De verdad espera que creamos que usted sí la ama? —preguntó.

—Mi relación con Adara no es un instrumento para lograr algo, yo la amo honesta y genuinamente, si no me crees es tu problema. Tal vez si intentaras vivir sin estar tan pendiente de otros, entenderías que la gente común y corriente se enamora y no hay nada raro en ello.—respondí sin dudar—. Estar con ella es mi decisión, la mejor elección que he hecho en mi vida y si alguno de ustedes duda de ello, entonces les reto a encontrar a un hombre que la ame más que yo.

La sala entera quedó en un silencio tan denso que parecía que estaban dejando de respirar. Moví mis manos con calma, y las puertas se abrieron de golpe. Las miradas de los periodistas se dirigieron a la familia King que entró sonriente porque sabían lo que pasaría, seguidos por Noah, Allan, Dereck, los tíos de Adara, su inseparable amiga Laura, mi hermana Ellie y mi madrina Gleen.

Bajé del estrado sintiendo cómo el corazón me golpeaba el pecho con una fuerza que no había experimentado ni en el campo de batalla. Adara miraba a su familia sin comprender la magnitud de lo que estaba por suceder.

Caminé hacia ella y sin titubeos me arrodillé a sus pies. Un suspiro colectivo recorrió la sala, pero yo sólo podía concentrarme en la hermosa mujer frente a mí, a la que amaba con cada ápice de oscuridad que habitaba dentro de mi ser. Saqué el pequeño estuche de terciopelo negro de mi chaqueta y lo abrí, dejando que la luz iluminara el anillo de compromiso, una hermosa flor de azahar elaborada con detallados pétalos celestes y verdes, que representaban el color de nuestros ojos y la unión que esperaba concretar. En el centro, había un diamante blanco redondo que simbolizaba la pureza que ella me había entregado.

—Desde que este amor tan grande que siento por ti brotó en mi corazón, anhelé caminar de tu mano hacia mi vejez. Anhelé que mis futuros hijos tuvieran tus ojos, tu bondad e inteligencia. Anhelé despertar cada mañana a tu lado y sentir que estaba soñando despierto, porque estar contigo siempre ha sido y será el mejor sueño hecho realidad de mi vida.

Un nudo se me formó en la garganta, los instantes maravillosos que viví a su lado cobraron vida una vez más. Ni siquiera la amnesia, el coma o los múltiples obstáculos que habían querido separarnos eran más fuertes que lo que yo sentía por ella.

—¿Me harías el incomparable y casi bendito honor de convertirte en mi esposa, para venerarte en cuerpo y alma cada día de mi vida?

La sala entera quedó expectante, contuve la respiración a la espera de una respuesta que me inflara el corazón. Adara me observó con los ojos inundados por las lágrimas.

No me importaba si sólo llevábamos un mes siendo novios, no me importaba si la gente pensaba que estaba loco por querer casarme con ella tan pronto. No me importaba si el mundo dudaba de mi amor por ella, no me importaba nada más que ser digno de una mujer como ella y demostrarle que yo le pertenecí mucho antes de que Adara incluso supiera cuál era mi nombre.

Sólo me había bastado un segundo a su lado, para saber que jamás querría separarme de ella.

Me aterraba que dijera que no, pero a la vez la entendería y seguiría haciendo lo necesario para que ella en algún futuro no muy lejano aceptara ser mi mujer, la madre de mis hijos. Mi eterna y hermosa debilidad.

¿Te gustó el capítulo?

Capítulo 41

Adara

Me quedé inmóvil, con el corazón retumbando en mi pecho y los ojos fijos en el anillo que brillaba frente a mí con sus hermosos pétalos verdes y celestes representando la unión perfecta entre Luke y yo, entendí al instante por qué ese anillo de compromiso tenía diamantes de esos colores. Era hermoso, tan delicado y a la vez tan imponente que parecía un pequeño universo repleto de naturaleza y mar, atrapado en aquel estuche de terciopelo. Me llevé las manos a la boca, incapaz de contener el temblor de alegría que se apoderaba de mis labios. El aire se volvió más liviano, como si de pronto hubiese sido liberada para siempre del dolor que me ataba al pasado.

La sala entera desapareció cuando lo miré a esos ojos otrora glaciales y fríos, que me miraban como si todo su mundo dependiera de una respuesta afirmativa de mis labios.

Arrodillado frente a mis pies estaba el coronel que había cambiado mi vida y me hacía sentir que nada en el mundo podía derrumbarme mientras él estuviera ahí.

—¿De verdad quiere casarse con la mocosa imprudente, mi coronel? —pregunté con la voz entrecortada, quería llorar de emoción, pero a la vez no deseaba hacerlo para no arruinar el momento tan bonito que estábamos viviendo.

Él sostuvo mi mirada con esa intensidad desbordante que me enamoró desde la primera vez, y respondió sin titubeos, con la certeza de un hombre que ya había tomado la decisión más importante de su vida.

—Quiero casarme con la mujer de mi vida y esa eres tú.

El nudo en mi garganta se rompió y sonreí entre lágrimas, dejando que el amor que sentía hablara por mí.

—Entonces acepto ser tuya para siempre.

Luke colocó el anillo en mi dedo y el mundo explotó en aplausos y vítores, pero yo apenas escuchaba. Me lancé a sus brazos y nuestros labios se encontraron en un beso que fue todo menos tímido. Mientras nos besábamos nuestras bocas se profesaban amor eterno, uno que iba más allá del entendimiento humano. Luke me abrazó con tanta fuerza que sentí que quería fundirme con su cuerpo y jamás separarme de él.

Cuando el beso terminó, noté que sus ojos estaban ligeramente llorosos. Se le veía feliz, extasiado y completamente seguro de su decisión de querer convertirse en mi esposo. Luke era un hombre que no solía exponer emociones fuertes, que las ocultaba siempre que podía, pero conmigo solía mostrarse humano, abierto y cariñoso.

Él me otorgaba un amor tan grande, que habrían sido necesarias miles de canciones para relatarlo.

—No tienes idea de cuánto te amo —susurró, acariciando mi mejilla—, de cuántas propuestas ensayé en mi mente, temiendo que dijeras que no. Quería que lo que te dijera te conmoviera al punto de que fueras incapaz de decirme que no, aunque al final no dije nada de lo que había ensayado. Fue…

Me incliné y le besé la punta de la nariz, para mí todo lo que había dicho era perfecto.

—Fue maravilloso —contesté con el corazón desbordado—. Habría dicho que sí aunque lo hubieras escrito en un papel y no me lo dijeras directamente, Luke Thorne.

Él sonrió, y me sentí tan dichosa que ni siquiera podía pestañear, porque temía que al cerrar los ojos el hermoso cuento que estaba viviendo terminara.

De pronto, un abrazo cálido me rodeó por la espalda. Giré la cabeza y me encontré con mi padre, que me miraba tan feliz como Luke.

A los periodistas se les permitió grabar nuestro momento feliz, que dijeran lo que quisieran, pero el mundo iba a enterarse que sus difamaciones nos habían unido aún más.

—Por primera vez en mi vida —dijo con voz profunda—, me siento tranquilo de entregarte a alguien que sé que será capaz de protegerte como yo lo haría, hija mía. Felicidades a ambos, que su amor siga creciendo y pase lo que pase, siempre se tengan el uno al otro.

No pude contener el llanto. Me lancé a sus brazos y lo abracé con fuerza, como cuando era más joven y necesitaba recordar que la oscuridad también podía ser vencida.

Unos segundos después, noté que mi madre nos abrazó a ambos.

—No sabes lo feliz que soy de saber que mi hija pudo encontrar el amor en un hombre dispuesto a todo por ella. Mi nena hermosa, eres mi orgullo y siempre lo serás, que seas tan feliz que cupido se convenza de que jamás podrá crear un amor más grande que el de ustedes.

Luke le devolvió el gesto con un apretón de manos solemne que contrastaba con el brillo emocionado en sus ojos.

Ellie, la hermana de Luke y mi cuñada, se acercó con una sonrisa pícara.

—¿Me regalarás tu ramo en la boda? —preguntó con ilusión.

Solté una risita nerviosa y asentí.

—Por supuesto. Pero le compartiremos una flor a mi hermana Anabella para que no se ponga celosa, ¿te parece? Ella no sabe que eres mi hermana favorita y no quiero levantar sospechas.

Anabella sonrió al escuchar mis palabras y nos guiñó un ojo a ambas.

—Felicidades, hermanita. Mereces que todos tus días sean tan felices como este. —Luego se volvió hacia Luke con una seriedad inesperada—. Hágala feliz, coronel. Mis padres se han ablandado un poco y no son tan exigentes con usted, pero yo sí. Mi hermanita es un tesoro que casi ningún hombre merece, así que cuídela como tal o me encargaré de hacer justicia en su honor, no se le olvide que soy la sádica de la familia y cuando lastiman a los míos actúo en consecuencia.

Luke inclinó la cabeza y asintió, sin soltar mi mano.

Dante y Damián también se acercaron para abrazarme.

—Terremoto, no puedo creer que al fin te irás de casa para siempre —dijo Damián, estrujándome como si aún tuviera cinco años.

—¿Es esta tu forma de decirme que me extrañarás? —repliqué, sin poder dejar de sonreír, lo había hecho tanto que quizá al rato sintiera la mandíbula tiesa, pero no importaba. La ocasión lo ameritaba.

Dante soltó una carcajada.

—Damián me estuvo preguntando si te irás a vivir lejos y qué tan seguido podremos verte, así que creo que sí te extrañará. Felicidades, hermana, que tus alegrías jamás se terminen.

Incluso Dante que solía ser indiferente y distante, se alegraba por mí.

—Gracias, Dante, eso es lo más cariñoso que me has dicho en meses.

—Pues la ocasión lo amerita. Sabes que ser sentimental no es muy lo mío, pero eres mi hermana mayor y jamás desearé verte mal.

—Ah, sólo querías aprovechar la ocasión para decirme vieja.

Todos nos reímos.

Mi tío el sultán Akim y su esposa, la sultana y mi tía querida, Emily también nos abrazaron.

—Y recuerda, princesa, que siempre tienes la opción de casarte en Las Vegas, aunque no lo parezca, suele resultar en matrimonios muy felices.

—Siempre y cuando el esposo obedezca en todo, como Akim a Emily—emitió mi tía favorita, Anastasia. La más rebelde y ocurrente de todas, aunque no compartíamos lazos sanguíneos, mi personalidad era muy parecida a la de ella.

Mi madre decía que era el Karma porque mi padre y Anastasia vivían en constante batalla campal.

—He preparado un almuerzo familiar para celebrar el compromiso, y me encantaría que todos asistieran. Incluso Noah. Estoy tan feliz que estoy dispuesto a soportar que vaya—expresó mi prometido cuando las felicitaciones culminaron.

Noah, por supuesto, aprovechó para bromear.

—En el fondo me quieres y vas a nombrarme tu padrino de bodas.

Luke lo miró como si aquellas palabras fueran lo peor que había oído en su vida, sin embargo, después cambió su cara y asintió como si no tuviera más remedio. Al final Noah nos había apoyado bastante en todo y se notaba que quería mucho a Luke aunque se pelearan a menudo.

—Si Adara está de acuerdo, supongo que puedo hacer una concesión y aguantar sus impertinencias en la boda.

—Me parece bien —intervine—. Total, Noah fue el primero que notó que había algo entre nosotros.

Noah levantó las cejas con orgullo.

—Oh, sí, cómo olvidar cuando me encontré a Luke arrinconando a Adara en su…

Corrí a taparle la boca antes de que terminara de hablar.

—Creo que no necesitan tantos detalles.

Él logró zafarse lo justo para añadir:

—Como si la gente no supiera que ustedes se aman y hacen cositas de enamorados, no sé por qué se ponen así.

Me sonrojé, mientras todos reían a carcajadas.

****

Una hora después llegamos a la mansión de Luke, el cual se había esmerado en preparar una fiesta de ensueño en el jardín. Era un espectáculo digno de un cuento de hadas: flores de azahar decoraban cada rincón en guirnaldas que se enredaban artísticamente en postes de madera, las mesas estaban adornadas con manteles tejidos y velas aromáticas con aroma a manzana y canela; las fragancias que ayudaron a que despertara del coma. Él había pensado en todo.

La comida rebosaba las bandejas distribuidas en cada mesa y en el bufet principal, y una orquesta en vivo llenaba el aire con melodías que flotaban en el aire. Había incluso un fotógrafo profesional que capturaba cada instante, enmarcando nuestra felicidad en imágenes que guardaríamos por siempre.

Luke y yo caminamos de la mano de mesa en mesa, saludando a los invitados y agradeciéndoles por acompañarnos en un momento tan bonito de nuestras vidas. Aquella fiesta de compromiso era justo lo que siempre quise tener. Algo en familia, con gente que en verdad se alegraba de verme feliz junto al hombre que amaba.

—Gracias por asistir a nuestra fiesta de compromiso—murmuré abrazando a Laura y su pareja de turno. Un cabo con el que empezó a salir apenas nos convertimos oficialmente en soldados.

Cuando llegamos a la mesa donde estaba mi tía Anastasia, ella estiró la mano y tomó el dedo en el que reposaba mi anillo de compromiso.

—Mi niña, a ver ese anillote de compromiso.

Le mostré la sortija y ella abrió los ojos como platos.

—¡Dios mío, qué anillo más hermoso, dicen que entre más caro es el anillo de compromiso más te ama tu prometido! Esto sí es una sortija de compromiso, no como el miserable diamante de sólo medio millón de dólares que me dio tu tío Allan. Uno esperaría que un alto funcionario del gobierno con negocios por todas partes invertiría más en la mujer que según ama, pero aquí me ves con esta triste roquita que no le llega a los talones al anillo que le dieron a la mujer de un famoso futbolista hace unos años.

Mi tío Allan, sentado a su lado, suspiró con resignación.

—A veces pienso que te casaste conmigo por interés.

Reí curiosa.

—Tío Allan, mi madre me dijo que te costó mucho conquistar a la tía Anastasia, ¿es verdad?

Anastasia soltó un resoplido digno de villana de telenovela.

—Pues digamos que una se da a desear, mi reina —contestó con una sonrisa coqueta—. Habían pasado varios años desde que Borak murió y yo quería darme una nueva oportunidad, pero también tenía miedo. La muerte de mi anterior esposo fue muy dolorosa y me aterraba pasar por algo así otra vez. Un día, en un viaje por las Bahamas, coincidí con Allan. En ese entonces él estaba con una teniente insoportable con la que salía, la chica era una perra en toda la extensión de la palabra y fue súper grosera conmigo, incluso me lanzó una copa de vino en mi vestido cuando fui a saludar a Allan según ella por error, así que me propuse quitarle a Allan por esa gracia.

—¿Entonces mi tío no te atraía? —pregunté divertida.

—Digamos que no estaba tan feo como ahora —respondió con picardía.

—Eso no lo decías cuando te besé por primera vez—protestó Allan.

—Ay, cariño, no estés presumiendo. Ambos sabemos que me casé contigo por el buen sexo que tenemos.

—¿O sea que no me quieres ni un poco?

—Digamos que te aprecio y finjo que me caes bien.

Estallé en carcajadas.

—¿En qué momento te diste cuenta de que estabas enamorada de él?

Anastasia suspiró.

—Digamos que me di cuenta de que lo quería un poquito cuando lo veía llegar con ella a las fiestas que organizaban tus padres y yo deseaba ser la chica que le acompañara y no esa zorra militar que se la pasaba presumiendo medallas que le habían dado. Si le daban una medalla por ser la que cagaba más rápido ella llegaba a presumirlo, era insoportable.

—¿Y cómo lo separaste de ella?

—Le pedí a Damon que la transfiriera a la central militar de Alaska.

Allan la miró sorprendido.

—¿O sea que tú estuviste tras el traslado de Maryorie?

—Sí, cariño, y no me arrepiento. Algunas mujeres vinieron al mundo para ser buenas y correctas como mi preciosa sobrina Adara, otras nacimos para ser tóxicas y calculadoras.

—¿Y cómo conseguiste que Damon te concediera lo del traslado? —preguntó mi tío.

—Lo amenacé con hacerle creer a Isabella que él tenía otra.

—¿Y papá cedió tan fácil? —pregunté con los ojos abiertos. Mi papá jamás habría cedido ante una mentira.

—En realidad no. Tu mamá entró cuando estaba tratando de convencerlo y me pidió que lo hiciera. Y si tu madre decreta que de ahora en adelante tu padre se llamará María Josefina, él acepta su nuevo nombre porque la ama con locura. Nunca pude lograr manipular a un millonario como tu madre y Emily, justo me tienen que tocar los que no se vuelven pendejos por amor.

Allan resopló.

—En conclusión, quitaste a Maryorie del camino con ayuda del peso pesado en la milicia.

—No me dejaste otra opción, no querías dejarla.

—Tú me dijiste que no querías estar en una relación seria y yo quería tener una familia e hijos. Maryorie quería lo mismo que yo, así que prefería seguir a su lado porque quizá algún día volviese a quererla.

—Ay, no seas dramático, total ni la querías tanto. Al final tuvimos tres hijos y obtuviste lo que querías.

Me reí hasta las lágrimas. Luke escuchaba divertido y cuando fue la hora de irnos a otra mesa mi tía le aconsejó a Luke que no fuera avaro como su esposo Allan.

—Ahora entiendo por qué tu papá a veces se ve abrumado con las amigas de tu madre.

—Creo que la que es más tranquila es mi tía Mariana, la mamá de Noah, pero él dice que tiene su carácter porque es latina.

—¿Esa fue la que se casó por error con un príncipe árabe en Las Vegas?

—No, esa es mi tía la sultana Emily. Si crees que mi tío Allan es complaciente con su esposa aunque ella diga que no, es porque no has visto cómo el sultán Akim trata a la sultana. Es el hombre más poderoso de Oriente y le tiene más miedo a su esposa que a cualquier ejército del mundo.

Luke me besó la frente y murmuró con ternura:

—Ahora entiendo por qué me tienes a tus pies. Has sido entrenada por grandes maestras de la manipulación femenina.

Le sonreí y lo besé suavemente.

—Así es, mi amor. Qué bueno que vayas entendiéndolo.

***

La música seguía envolviendo el jardín, las luces doradas colgadas en los postes iluminaban cada rincón con un resplandor cálido que parecía sacado de un sueño, y yo todavía no lograba procesar que iba a casarme con un hombre del que estaba enamorada hasta los huesos. Ya era de noche y sólo quedaban mis padres y hermanos en la celebración.

Mi tío Kai Nakamura también asistió con su grupo de allegados, y le reiteró a Luke que si me hacía algo la Yakuza se encargaría de él. Se fue temprano debido a que alguien que quería mucho, no se sentía bien.

Cuando nos acercamos a la mesa donde estaban mis padres. Me incliné hacia ellos y sonreí con los ojos húmedos. Sentía tristeza porque me hubiera gustado que la madre de Luke estuviera allí, sabía lo importante que Eleanor era para él. Pero me dijo que estaba bien con eso.

—Papá, mamá, gracias por acompañarnos.

Papá me sostuvo la mirada.

—Cómo no hacerlo, hija mía —respondió con la voz cargada de emoción—, si verte tan feliz nos hace sentir igual.

Mamá acarició mi mejilla.

—Sé que apenas estamos procesando la noticia de que se casarán, pero… ¿tienen prevista una fecha?

Luke se adelantó antes de que yo pudiera responder.

—Si fuera por mí, hoy mismo estaría firmando los papeles.

Reí nerviosa, apretando aún más su mano.

—Me gustaría que fuese en al menos dos o tres meses. Así podemos organizar algo espectacular en tu finca de Nashville, ¿te parece, amor? —giré la cara hacia Luke.

Él arqueó una ceja, como si nunca hubiera imaginado que quería que nos casáramos en su hacienda.

—¿Quieres una boda vaquera, preciosa?

—Quiero una boda en la que tú seas el novio. La idea de casarnos en tu finca *"Autumn View"* me parece genial, me gustó tanto estar en ese lugar que no me imagino casándome contigo en otro sitio.

Me giré hacia mis padres, con un entusiasmo imposible de ocultar.

—Tienen que ver la finca de Luke, es un espectáculo. Tiene cascadas, hay un rodeo cerca de su casa y él es amigo de los integrantes de la banda de música country *"One more glass of whiskey"*, que espero que canten en la celebración.

Papá soltó una sonrisa casi imperceptible, pero sus ojos brillaban de orgullo. Mamá entrelazó sus dedos con los de él, como si mi boda le emocionara tanto como el recuerdo del día en el que se casó con papá.

—Tu boda será genial, hermanita. No puedo esperar a que un toro furioso empiece a perseguir a Dante y a Damián por todo el patio y les dé el susto de su vida —expresó Anabella, que también seguía en la fiesta

—Gracias por eso, hermanita. Tú siempre tan linda y con tan buenos deseos—bufó Damián, ganándose las risas de todos.

Una invitada sorpresa llegó y alguien en la fiesta cambió de expresión casi al instante.

—¡Amiga, felicidades! —gritó Tara Patel, la mejor amiga de Damián, una preciosa chica hindú de ojos color café que llegó corriendo hacia mí con los brazos abiertos—. Perdón por llegar tarde, apenas salí de la facultad y había un tráfico horrible.

La abracé con fuerza y luego la tomé de la mano para presentarla.

—Amor, esta es Tara Patel, la mejor amiga de Damián.

Luke la saludó amablemente.

Noté cómo los ojos de mi hermano Damián se encendieron apenas ella apareció. Caminó hacia nosotras con ligera torpeza. Cuando él estaba cerca de ella, no era Damián King, uno de los mejores pilotos de fórmula 1 del planeta y un mujeriego consumado. Era simplemente Damián, el chico que estaba profundamente enamorado de su mejor amiga y no se atrevía a intentar algo con ella, por miedo a que sus padres lo alejaran de Tara, ya que Damián no profesaba su misma religión, ni costumbres. Él decía que incluso si intentaba convertirse a su religión, ellos lo rechazarían porque los padres de Tara a duras penas aprobaban que fuesen amigos.

—Tara, ¿quieres ir a recorrer la mesa de comida? Imagino que tienes hambre, le pedí a Luke que incluyera comida vegetariana para ti en el menú.

Ella lo miró con ternura y asintió sin dudar. La forma en la que Damián la observó enamorado cuando ella le dijo que sí, fue tan obvia que me mordí los labios para no reírme.

—Míralo, cómo se transforma en un ser de luz cuando Tara está cerca. Tenemos que hacer algo con ese par, Damián jamás le dirá que la ama por miedo a que la familia hindú de ella los aleje para siempre y sospecho que Tara no se da ni cuenta de que mi hermano está loco por ella —me susurró Anabella al oído mientras los observábamos alejarse.

Yo asentí con complicidad.

—Me temo que tenemos que intervenir, o ellos jamás tendrán algo. Sospecho que Damián hasta finge ser un mujeriego para que Tara no se dé cuenta de que está enamorado de ella.

—Patético—opinó Anabella.

—Y tú hermanita, ¿cuándo te enamorarás?

—Ninguno es digno, así que quizá nunca.

—Quizá pronto vivas una historia de amor tan intensa como la mía. ¿Recuerdas la profecía de la hablaban papá y mamá, que existía sobre nosotras? Pues empezó a cumplirse porque yo me enamoré del hijo del enemigo, o sea de Luke, así que a ti te toca enamorarte del criminal.

—Prefiero quedarme soltera por siempre.

—Ya lo veremos —acoté.

***

Luke me llevó de la mano hasta la piscina, cuando la fiesta ya había terminado.

Las luces se reflejaban sobre el agua y el silencio se mezclaba con el rumor distante de la orquesta que seguía tocando a lo lejos. Mi novio me rodeó la cintura y me besó despacio, mientras su mano acariciaba mi nuca.

—¿Te gustó tu fiesta de compromiso, preciosa? —me preguntó contra mis labios.

Me apoyé en su pecho y lo apreté enternecida. Aquel día había sido el más feliz de mi vida.

—¿Cómo no va a gustarme, si trajiste a todas las personas que amo para que nos acompañaran? Eres tan detallista, me haces sentir tan querida, tan amada que siento que jamás podré devolverte ni la mitad del amor que tú me das.

Él sonrió y besó mi frente con adoración.

—Noah me ayudó a preparar todo.

Abrí los ojos sorprendida.

—¡No puedo creer que Noah guardara semejante secreto por tanto tiempo! ¿Cómo lograste que lo hiciera?

Luke expuso una mueca maliciosa.

—Lo amenacé de muerte para que no dijera nada.

No pude contener la carcajada que solté.

—No me sorprende en lo absoluto, qué maquiavélico se ha vuelto mi coronel.

Su rostro se volvió más serio de pronto y sus manos se aferraron a mi cintura con fuerza, como si tuviese que contarme algo que no quería decir.

—Nena, mañana debo viajar a Italia.

Me quedé en silencio unos segundos, digiriendo esas palabras que me cayeron como un balde de agua fría.

—Me gustaría acompañarte —murmuré con un nudo en la garganta—, pero ya sabes que no me permiten entrar. ¿Es necesario que vayas? Con todo lo que ha pasado no me gustaría que por ser mi novio te lo hicieran pasar mal en Italia.

Él acarició mi mejilla y negó.

—No me importa lo que intenten hacer conmigo. Pero debo resolver algunos asuntos pendientes allá.

—¿Pasó algo malo?

—Un informante anónimo me reveló que alguien en Italia está pagando para que nos difamen y que todos los chismes y artículos mal intencionados que estuvieron siendo divulgados, son patrocinados por alguien de allá.

Tragué saliva con fuerza.

—¿Crees que sea la reina Francesca?

Sus labios se tensaron en una línea dura.

—Tengo que ir a reunirme con un investigador privado que contraté allá. Algo me dice que quizá sí sea ella… y que lo de la reina Francesca es solo la punta del iceberg de lo que en verdad está pasando. Han pasado cosas raras, Adara. Primero trataron de matarte en el torneo militar, luego apareció la réplica de la tiara que usaste en Jeju, después los periodistas que irrumpieron en Japón, y por si fuera poco, alguien estuvo tomándonos fotos mientras estuvimos en Corea del Sur. Algo aquí no anda nada bien. Y si descubro que en efecto ella está detrás de todo esto, le daré motivos adicionales al parlamento italiano para que la inhabiliten como reina y la monarquía italiana desaparezca, tras presentarle todo el sabotaje que han intentado hacerte, a pesar de que pelear con tu padre y su familia no es de beneficio para el país.

Lo abracé con fuerza, escondiendo mi rostro en su cuello. No quería que fuera, tenía miedo de que algo malo le pasara y perderlo a él también.

—Mi amor, ten cuidado, temo que te hagan algo. Ojalá papá pudiera ir contigo.

Él asintió lentamente.

—Él irá, pero no saldrá a la luz pública. Digamos que se camuflará para no entorpecer mi encuentro con el investigador.

Levanté la cabeza, suplicante.

—Entonces yo también puedo ir, acompañaré a papá y…

—No, preciosa. No deseo arriesgarte de ninguna manera. Tu padre está de acuerdo en que permanezcas aquí. No te preocupes, estaré bien.

Apreté sus brazos, sintiendo una mezcla de impotencia y admiración. Él estaba dispuesto a llegar hasta las últimas consecuencias para protegerme.

—Después de mi viaje a Italia iremos a París. Te tengo una sorpresa allá.

—Me intranquiliza mucho que vayas a Italia, Luke. Temo que esa reina loca sea capaz de hacerte algo porque sabe que te amo y más ahora que la noticia de nuestro compromiso debe estar por todas partes.

Sus dedos recorrieron mi cabello con suavidad.

—Te aseguro que todo estará bien y volveré para disfrutar de mi felicidad al lado de mi hermosa prometida.

Me besó el cuello despacio, con una devoción que me desarmó por completo. Debía confiar en Luke, él no dejaría que un par de intrigas monárquicas lo derribaran.

—Recuerda siempre que te amo y que estoy dispuesto a enfrentarme a quien sea con tal de protegerte.

Y aunque no quería darle importancia, tenía un mal presentimiento respecto a ese viaje.

Capítulo 42

Adara

Supe que algo andaba mal desde que Luke regresó de Italia. Parecía más pensativo y preocupado que de costumbre. Le pregunté si todo andaba bien, y me dijo que habían asesinado al investigador privado que contrató. Mi padre por su parte, se la pasaba metido en reuniones en el Pentágono y me repetía que todo iba a estar bien. Ninguno de los dos decía mucho y eso me daba a entender que ocultaban información clasificada con la intención de protegerme.

Me encontraba en París, la ciudad del amor, acompañada de mi prometido.

El sol ya se había escondido tras los edificios de la hermosa ciudad, y la noche ya había descendido sobre nosotros. Las luces titilaban sobre las calles empedradas, los cafés bullían de gente y, en las afueras del hotel en el que nos hospedábamos, una limusina nos esperaba. Ver aquel vehículo aparcado me sorprendió, porque su presencia indicaba que quizá íbamos a un evento importante, quizá una premier de cine o a una cena de caridad, no era muy creativa al respecto. Aunque lo que realmente me robó el aliento fue la manera en que Luke lucía con el traje oscuro que llevaba puesto. Tan elegante, tan imponente y tan increíblemente atractivo, que me hacía babear y suspirar. No podía dejar de mirarlo, y lo peor era que él lo sabía, porque me lanzó una de esas sonrisas arrogantes que me dio a entender que sabía el efecto que tenía en mí y lo disfrutaba.

Yo llevaba un vestido de satén plateado, con aberturas delicadas que exponían elegantemente mis piernas. Él mismo me había pedido que lo usara, y debía reconocer que me quedaba de maravillas, aunque estaba segura de que sin un acompañante como él a mi lado el vestido no me habría hecho lucir tan inalcanzable. Me acomodé a su lado en el asiento trasero de la limusina y lo observé, intentando adivinar lo que se traía entre manos.

—¿A dónde vamos? —pregunté al fin, incapaz de contener la curiosidad.

Luke arqueó una ceja y sonrió con esa picardía que evidenciaba que disfrutaba ocultarme a dónde iríamos.

—Siempre tan hermosamente curiosa, nena.

—Es que has estado muy misterioso últimamente —dije, recostando mi cuerpo contra el suyo mientras él me rodeaba con el brazo y el auto emprendía la marcha.

—Preciosa, no estoy siendo misterioso. Simplemente te preocupas de más.

—Mi coronel —murmuré suavemente, mirándolo a los ojos—, hay cosas que no se pueden ocultar. Mi padre y tú han estado jugando a los detectives últimamente. Me doy cuenta de todo. Incluso le pregunté a mi madre si sabía algo, y ella también se puso rara.

Luke tomó mi mano con firmeza y la llevó a sus labios, para besarla con devoción.

—Preciosa, todo está bien. ¿Crees que estaría tan campante aquí contigo si algo anduviera mal? Han pasado dos semanas desde que nos comprometimos, ya la prensa no está molestando tanto y pronto nos casaremos. No te preocupes tanto, hermosa. Todo está bien. Mejor disfruta la noche que tenemos por delante.

Quise replicar, pero me quedé en silencio al ver la seguridad con la que me hablaba. No había nada en su expresión que me indicara que mentía. Decidí hacerle caso, aunque mi intuición gritara lo contrario. Apreté su mano y apoyé la cabeza sobre su hombro, disfrutando de la calidez que irradiaba.

Había pasado tanto tiempo siendo infeliz, que me costaba aceptar que finalmente las cosas estaban saliendo bien, que mis enemigos no eran tan peligrosos como yo creía y que el hombre que merecía se encontraba a pocos centímetros de mí.

La limusina nos condujo por las calles iluminadas de la capital de Francia, durante más de media hora, hasta que de pronto se detuvo frente a un recinto majestuoso. Era una de esas construcciones antiguas de París, que habían sido renovadas para convertirse en el epicentro de grandes desfiles de modas, *premiers* de cine, cenas de caridad y eventos exclusivos para la élite del mundo.

Una fuente iluminada decoraba la entrada y guardias impecablemente vestidos controlaban el acceso. Luke me ofreció su brazo y me condujo con elegancia por la alfombra que nos dirigía a la puerta principal.

Al llegar a la recepción, una mujer vestida de negro nos dio la bienvenida y luego nos entregó unas credenciales doradas que me hicieron sentir como si estuviéramos a punto de entrar en un club secreto, aunque la realidad era que las credenciales decían: Bienvenidos al exclusivo evento privado de la marca Dior. Lo cual me dejó perpleja, porque ese tipo de invitaciones eran difíciles de conseguir, incluso para mí que era hija de Damon King. Si no estabas directamente involucrado con la moda era difícil que te invitaran. Tampoco solía aprovecharme de mi apellido para que me tomaran en cuenta, quería que cuando me invitaran a esos lugares fuera por mi talento al diseñar. Aunque parecía difícil conseguirlo de esa manera.

Quizá Luke sólo quería que disfrutara de un evento privado, porque sabía que me gustaba la moda y para variar yo estaba sobre analizando las cosas.

—¿Me trajiste al lanzamiento de una nueva colección o esto es alguna cena para recaudar donaciones? Es raro que las credenciales no especifiquen nada al respecto —le susurré a Luke mientras avanzábamos hacia el interior.

—No comas ansias, muñeca. Falta poco para que descubras a qué hemos venido —respondió con una sonrisa misteriosa que me desquició aún más.

El vestíbulo estaba lleno de gente desconocida, todos elegantemente vestidos. Varias personas se acercaron a Luke para saludarlo, como si lo conocieran de toda la vida. Yo los observaba desconcertada, no sabía que a Luke le gustaran ese tipo de eventos. Él no parecía ser de esos hombres que disfrutaban la atención, pero en aquel momento parecía otro. Incluso lo noté entusiasmado estando allí.

—No sabía que estabas tan relacionado con la marca Dior —comenté, sorprendida.

Él soltó una risa baja.

—Sigues lanzando comentarios al azar para ver si revelo algo, ¿verdad?

Me limité a sonreír, porque tenía razón. Caminamos a través de un cóctel donde los camareros ofrecían copas de champán y pequeños bocados exquisitos. El ambiente estaba impregnado de perfumes costosos, risas refinadas y conversaciones en varios idiomas. Todos nos trataban con amabilidad, y Luke se movía como pez en el agua entre aquellas personas que pertenecían a un mundo que no tenía nada en común con el nuestro. Porque todo lo relacionado al diseño de modas pertenecía a mi pasado.

Finalmente fuimos conducidos a un recinto amplio y espectacular. Una gran pasarela se alzaba en el centro, iluminada con luces doradas como el sol. Lo que me dejó sin palabras fue la decoración: toda la atmósfera estaba inspirada en la naturaleza, pero de una manera tan elegante que parecía sacada de un cuento de hadas. La pasarela no era un simple camino iluminado, sino que simulaba un riachuelo cristalino, con reflejos de agua que daban la ilusión de que las modelos caminarían sobre un río encantado.

—Ah, vinimos al lanzamiento de alguna colección secreta—dije, incapaz de ocultar mi emoción—. No sabía que habría uno esta semana. Dios, la decoración es fabulosa. En la página de la marca Dior no anunciaron que tendrían nuevas colecciones, pero igual no me quejo. Gracias por traerme aquí, amor. Sabes que amo la moda, aunque nunca haya podido destacar lo suficiente en ella.

Luke me condujo hasta la primera fila, donde nos sentamos junto a un diseñador muy famoso, al que admiraba más que a nada en el mundo. Reconocí su rostro al instante, y mi corazón dio un salto.

—Buenas noches a ambos —dijo él, acomodándose con elegancia—. Espero que disfruten de la colección.

Yo casi no podía respirar.

—Amo todo lo que usted diseña —dije emocionada, hice lo humanamente posible para no gritar como fanática loca y pedirle un autógrafo—. No puedo esperar a ver qué nuevos diseños saldrán.

El hombre era mayor, tenía un bigote excéntrico y largo que lo hacía parecer un artista salido de otra época, me guiñó un ojo con complicidad y asintió cuando vio que no pude contener una risita.

—Estoy seguro de que te llevarás una enorme sorpresa cuando la pasarela comience.

Luke sonrió de lado.

—Pienso lo mismo.

Antes de que pudiera preguntar más, un anunciador apareció en el escenario. Su voz resonó en el recinto.

—Bienvenidos a este espacio que la marca Dior ha preparado para exponer el talento de una diseñadora que nos deslumbró desde que sus bocetos llegaron a nuestras manos. Con una colección repleta de fantasía, magia y misticismo, presentamos ante ustedes el talento de esta colección, a la que su creadora bautizó como *Ethereum*.

Fruncí el ceño de inmediato, *Ethereum* era el nombre con el que había bautizado la colección que le presenté a Versace cuando surgió la idea de colaborar con ellos y que rechazaron sin miramientos. El aire pareció escaparse de mis pulmones cuando la primera modelo apareció en la pasarela. Llevaba un vestido celeste adornado con aplicaciones moradas y brillantes que simulaban las alas de un hada. Le siguieron otras modelos en tonos verdes, plateados, amarillos, rosados y lila, todos inspirados en las criaturas mágicas que protegían el bosque y la naturaleza. Era mi colección, mis diseños, en una pasarela de la marca Dior. Mis ojos se llenaron de lágrimas y lloré mientras veía cómo un sueño que creí imposible se materializaba frente a mí y era desfilado por grandes súper modelos.

—No... —susurré, con los ojos abiertos como platos.

Luke me observaba en silencio, esperando mi reacción. Lo miré con los ojos empañados de lágrimas.

No necesitaba hacer preguntas para saber que él estaba detrás de todo lo que estaba pasando. Luke se encargó de cumplir mi sueño, de luchar una batalla que creí perdida y ganarla.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo preparaste esto para mí?

Él entrelazó sus dedos con los míos y habló conmovido.

—Estando en Italia, tu padre me contó que estaba feliz con tu cambio. Me dijo que cuando la marca Versace rechazó tus diseños y presentaron otros fingiendo que eran tuyos sólo para ganar dinero con el hecho de que eras la prometida de un príncipe, sufriste mucho. Me contó que en ese momento se sintió un mal padre al no poder lograr que confiaras más en ti y te dieras cuenta de que eras maravillosa. Entonces me propuse demostrarte que quizá en aquel momento las cosas no salieron como querías, porque aún no era tu tiempo. Pero estaba seguro de que tus diseños eran increíbles, te conozco y sé que dentro de ti habita tanta magia que a veces ni tú misma eres consciente de ella. Mi madrina Gleen me enlazó con Dior, les presenté los bocetos y...

El diseñador famoso que estaba sentado a nuestro lado se giró hacia nosotros.

—No pudimos negarnos a aceptarlos. Es la colección más hermosa, delicada e innovadora que he visto en mi vida. Me imagino a todas las mujeres del mundo enloqueciendo al verla y queriendo comprarla, tus diseños son la muestra de talento y dedicación más grande que he visto en todos mis años en la moda. No se me ocurre por qué Versace la rechazaría. Aunque, supongo que se debe a que no va con su línea, ellos apuestan por algo menos fantasioso. Sin embargo, creo que incluso ellos debieron maravillarse al ver cada diseño. Lo que creas no es simple moda, mi niña, es la expresión más pura y extraordinaria del arte del buen vestir.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Ver mis vestidos desfilar en ese escenario, ante los aplausos y miradas de admiración de todos, era como vivir un sueño que había dado por perdido. Luke me rodeó con su brazo, apretándome contra él, y yo supe que todo aquello lo había hecho por mí, para recordarme que era capaz de lograr lo que sea que me propusiera.

La pasarela terminó y los aplausos seguían resonando como un eco interminable en mi pecho, cuando de pronto la voz de la anunciadora volvió a llenar el recinto.

—Recibamos a la creadora de esta bella colección —dijo con solemnidad—, con ustedes la talentosísima Adara Atenea King Hart.

Me quedé inmóvil. Sentí que el aire me abandonaba por completo, como si mis pulmones hubieran dejado de funcionar. Mi nombre retumbó en aquellas paredes adornadas con ramas artificiales que simulaban un bosque, y yo solo pude girar la cabeza hacia Luke, agradecida por todo lo que estaba ocurriendo.

Él me sostuvo la mirada con firmeza y me acarició la mano.

—Ve, nena —susurró con voz aterciopelada—. Es tu momento. Disfrútalo, te mereces esto y un billón de aplausos más. Yo estaré aquí para apoyarte como tu orgulloso futuro marido.

Las lágrimas volvieron a acumularse en mis ojos. Lo besé llena de felicidad, y me encaminé hacia la pasarela para cumplir un sueño que jamás creí posible.

Subí al escenario entre aplausos y vítores. Las luces me cegaron momentáneamente, pero no le di importancia; pues el calor humano de tantas personas celebrando lo que había nacido de mi imaginación me llenaba el corazoncito de alegría. Les di las gracias a todos, mientras algunas lágrimas se deslizaban por mi cara. Jamás creí vivir algo así, porque años atrás me habían hecho sentir que no era suficiente, que mis sueños no valían nada, y ahora todo París aplaudía mis diseños.

Le agradecí a Luke lanzándole un beso de aire, y supe que nunca olvidaría aquella noche.

Cuando por fin bajé de la tarima, mis piernas seguían temblando, y lo primero que hice fue correr hacia el coronel. Él se levantó para recibirme y yo me lancé a sus brazos, hundí el rostro en su pecho y seguí llorando.

—Usted merece ser muy premiado, mi coronel —susurré contra su oído, con la voz rota de emoción.

Él me sujetó fuerte y bajó la cabeza hasta que sus labios quedaron cerca de los míos.

—No puedo esperar a tenerte—murmuró con un tono grave que me hizo estremecer.

Le acaricié la mandíbula, con los ojos fijos en los suyos, y sentí que el deseo se mezclaba con la euforia de lo que acababa de vivir.

—Esta noche no quiero barreras entre ambos—dije, con una certeza que me sorprendió incluso a mí.

Sus cejas se arquearon, y me miró como si quisiera asegurarse de que hablaba en serio.

—¿Estás segura? —preguntó con una intensidad que me atravesó.

No dudé.

—Sí.

***

En aquel momento la fuerza de su cuerpo me agitaba contra la ventana del hotel. Apoyé la mano en el cristal y solté un alarido estruendoso, cuando su boca se posó en mi nuca. La torre Eiffel, bañada por una lluvia de fuegos artificiales servía como escenario perfecto para nuestra entrega.

—¿Qué le parece su premio mi coronel?

—Así te voy a tenerte todos los días de mi vida, cuando seas oficialmente mi mujer.

Sus manos se aferraron a mi cuerpo y yo me arqueé cuando nuestra unión se tornó más intensa, lo que sentí cuando su intensidad aumentó no parecía humano. Estaba perdida en el amor que sentía por el coronel, en lo detallista que era Luke y las increíbles sensaciones que mi cuerpo experimentaba.

Cada movimiento suyo era un recordatorio de que le pertenecía, de que pronto nos casaríamos en su finca en Nashville y yo pasaría a ser la señora Thorne. La orgullosa esposa del hombre más impredecible, valiente, rudo y guapo del mundo.

—Te amo muñeca, ojalá el tiempo pase rápido y podamos casarnos lo antes posible.

—¿Tiene prisa por ser mi marido, coronel?

—Tengo prisa por atarte a mí para siempre y evitar que nada nos aleje.

Lo amaba, no imaginaba un futuro sin él, una realidad en la que jamás nos hubiéramos encontrado me parecía inconcebible.

Las luces de París estallaban en lo alto y se unían a un hermoso manto de estrellas.

Aún apoyada contra el cristal, sentí cómo el calor recorría mi piel. Cada agitación me arrancaba jadeos sonoros, y el vidrio empañado reflejaba mi respiración desbocada.

Sus labios buscaban mi cuello y su aliento ardiente me erizó la piel.

—Te amo, nena y no me canso de repetirlo, entre más te lo digo, más crece lo que siento por ti. Es como si me estuviera hechizando a mí mismo, al gritarle al planeta entero que eres el amor de mi vida—murmuró con esa voz grave que me hacía perder la razón.

Me aferré con fuerza a la ventana mientras su ritmo seguía aumentando. Me consumía la pasión y la necesidad de gritarle al mundo cuánto amaba a ese hombre.

—Luke… Te amo tanto… — gruñí.

Él me sujetó fuertemente, y yo me arqué aún más. Su intensidad aumentó hasta que las luces de los fuegos artificiales parecieron explotar dentro de mi corazón. Un calor insoportable recorrió mis venas, y un grito escapó de mis labios mientras sentí que todo estallaba dentro de mí.

El coronel me sostuvo, jadeando en mi oído, y el temblor de su cuerpo me reveló que también había llegado conmigo al infinito. Nos besamos, mientras París nos iluminaba con su magia romántica y yo sentía que nada en el mundo podía superar lo mucho que amaba al coronel.

***

Acabábamos de llegar a Nashville, Tennessee. Había pasado un mes desde el evento de moda en París, y la colección que diseñé se encontraba en boca de todos. Estábamos preparando el lanzamiento en línea, y todas las ganancias irían a parar a la caridad, me interesaba sobre todo aportar en refugios de animales y personas sin hogar. También donaría a orfanatos. No me interesaba el dinero, con haber cumplido mi sueño era suficiente.

La nieve comenzaba a cubrir los techos, los árboles que rodeaban la propiedad y arropaba los caminos, reflejando que el invierno había llegado para quedarse.

La idea de casarme con Luke me parecía tan fabulosa que ni la crudeza fría del invierno podía opacarla. Sin embargo, no estaba segura de que casarme en invierno fuera buena idea. Quería que mi familia y los demás invitados disfrutaran de la hermosa finca y eso sólo se lograría en otoño, cuando el clima estuviera en su versión más hermosa y agradable.

—Mi coronel, ¿le parece si nos casamos en el otoño del próximo año? —le pregunté con voz suave, acariciando su brazo.

Luke me miró horrorizado, como si acabara de pronunciar una blasfemia.

—¿Por qué? ¿Empezaste a arrepentirte? ¿Ya no quieres casarte conmigo?

Negué con firmeza y le besé el rostro, ligeramente enrojecido por el frío.

—No, amor, jamás me arrepentiría. Es que siento que será mucho más bonita una boda en otoño por lo espectacular que se ve esta finca en otoño. Además, los invitados podrían disfrutar más de este lugar sin estar muriendo de frío. Te amo y realmente deseo casarme contigo, eso jamás cambiará.

Él suspiró, como un rey que aceptaba un trato que no le convenía.

—Ya que demoraremos en casarnos, entonces… ¿te mudarías a vivir conmigo?

Arqueé una ceja con picardía.

—¿Quiere que vivamos en concubinato, mi coronel?

Él apretó la mandíbula, con esa intensidad que tanto me seducía.

—Ya no resisto vivir separado de ti.

—Me lo voy a pensar —respondí, alargando la palabra para provocarlo.

Él se inclinó hacia mí.

—¿Qué tengo que hacer para que me digas que sí?

Lo abracé fuerte y apreté mi mejilla contra su pecho fornido.

—Ser un novio ejemplar.

Luke bufó sarcásticamente.

—Lo soy y con honores.

—Lo eres, pero siempre se puede mejorar —le sonreí, disfrutando de verlo descolocado.

—Patrañas, yo ya alcancé la perfección cuando se trata de ser buen novio.

Él entrecerró los ojos, resignado, y de pronto cambió el tono.

—Quiero que conozcas a alguien.

Me llevó al establo y el aroma a heno y tierra húmeda me envolvió. Entre los caballos que reposaban en silencio, destacó uno negro como la noche, tan imponente y majestuoso que estaba segura era el favorito de Luke.

—Te presento a *Black Storm*.

Me acerqué con cautela, levanté la mano para acariciarlo y la coloqué en su cabeza. Luke trató de advertirme.

—Cuidado, él es muy…

Se detuvo al ver cómo el caballo movió la cabeza feliz contra mi palma.

—No puede ser… —murmuró.

—¿Qué cosa, amor?

Él me observó con asombro.

—*Black Storm* nunca había dejado que alguien que no fuera yo se le acercara o tocara. Siempre se ponía violento.

Apoyé mi frente en la del caballo y lo acaricié con ternura.

—¿Por qué? Es el caballo más hermoso que he visto en mi vida.

Luke también le acarició la cabeza y el animal relinchó un poco, como si prefiriera que sólo yo lo tocara.

—Al parecer sus dueños anteriores lo maltrataban. Llegó muy herido y cansado a la finca. Intentamos curarlo, pero no lográbamos acercarnos a él. A las pocas horas de su llegada empezó a llover y un rayo cayó cerca del árbol donde estaba. Me preocupé y salí bajo el aguacero para convencerlo de entrar al establo. Al final aceptó, pero desde entonces solo permite que yo me acerque a él. Es el caballo más indomable del condado y… mi favorito.

—Es precioso —susurré—. Supongo que no eres la única fiera a la que he podido domar.

Él rió bajo.

—Y por eso debes mudarte conmigo, para que me sigas domando.

Le devolví una sonrisa traviesa.

—Buen intento, Luke Thorne.

Acaricié el lomo del animal.

—¿Crees que el caballo me permitirá montarlo algún día?

Luke me miró desafiante.

—¿Por qué no lo intentamos ahora y das una vuelta en él?

Abrí los ojos, nerviosa.

—¿En la nieve? ¿No le hará daño?

—Los caballos disfrutan cabalgar en la nieve, son animales que se adaptan a cualquier condición atmosférica. Si quieres, vamos, damos un par de vueltas y luego lo traemos de vuelta al establo.

Me giré hacia el caballo.

—¿Estás de acuerdo, precioso?

El animal relinchó con fuerza. Luke puso cara de fastidio.

—A mí nunca me dices "precioso".

Reí divertida.

—¿Está celoso, mi coronel?

—Sí. No es posible que mi propio caballo me esté robando el cariño de mi prometida.

Sonreí y tomé su mano.

—Vamos a pasear, coronel.

Él me ayudó a montar el caballo, y la verdad fue más fácil de lo que pensé.

—Es curioso que los caballos te den miedo, pero los toros mecánicos no.

Estallé en una risa nerviosa.

—Noté cierto reproche en tu voz, mi amor.

—Todavía no me recupero del susto que me llevé cuando te vi en ese toro mecánico dando vueltas —refunfuñó.

—Qué exagerado eres, solo fueron un par de vueltitas.

—Tu sentido de preservación es inexistente.

—Para eso te tengo a ti, para cuidarme siempre.

Él me miró de reojo, satisfecho.

—Qué bueno que eres consciente de ello. Por eso deberías mudarte a vivir conmigo.

Reí, él no desaprovechaba ninguna oportunidad.

—Vamos a cabalgar.

Y así lo hicimos. Tras un par de vueltas felices entre la nieve, llevamos al caballo de regreso al establo.

Al salir de la caballeriza, me agaché, formé una bola de nieve y la lancé contra mi novio.

Él se detuvo, sorprendido, y luego estalló en carcajadas.

—¿Quieres guerra, preciosa?

Formó una bola enorme y me la lanzó, la nieve se derritió al tocar mi nariz. Corrimos y formamos una guerra de bolas de nieve hasta que caímos exhaustos sobre el manto blanco que cubría la tierra, riendo sin poder parar. Nos abrazamos, y en ese instante un copo de nieve descendió sobre nosotros, seguido de una leve nevada que envolvió todo.

Luke me miró con ternura cuando nos pusimos en pie, me dio un beso en la frente y luego me abrazó.

—Incluso la fría nieve que cae se siente como un soplo de calidez al estar a tu lado.

—Eso es porque me amas.

—Sí, lo hago y mucho. Gracias por derretir el hielo que había en mi corazón y cubrirlo con las flores que llevan tu nombre.

****

Regresábamos a la casa grande, para abrigarnos, porque el frío se volvía más inclemente.

A lo lejos, distinguí la figura de Carrie observándonos con los brazos cruzados, envuelta en un abrigo de piel. La incomodidad se instaló en mi pecho y, como si leyera mis pensamientos, Luke me tomó la mano.

—No pensé que Carrie estaría aquí cuando llegáramos. Le dije a Vince que preparara su liquidación, porque ya no deseo que siga trabajando en la finca. Te gusta mucho venir a este lugar y lo que menos quiero es que ella te esté molestando.

—No me gusta dejar a la gente sin trabajo —respondí con sinceridad, aunque sin poder disimular el nudo en la garganta—. Pero realmente lo único incómodo de venir aquí son las impertinencias de Carrie, así que te agradezco lo considerado que estás siendo.

—¿Eso quiere decir que te mudarás a vivir conmigo?

—Otro buen intento de su parte, mi coronel, pero aún tengo que pensarlo.

Él asintió, y alzó la mano para llamar a Vince. El hombre obedeció de inmediato se acercó a Luke, intercambiaron un par de palabras y luego se dirigió a su hermana.

Vince, el capataz de la finca, le susurró algo a Carrie ella se dio media vuelta con evidente disgusto y desapareció. Respiré un poco más tranquila, aunque una sensación extraña permaneció instalada en mi pecho, cuando ella me lanzó una última mirada ponzoñosa. Estaba casi segura de que esa no sería la última vez que la vería

***

Esa noche, en nuestra habitación, el mundo entero era eclipsado por los besos que Luke me daba y había tomado la decisión de que quería mudarme a vivir con él. Mis padres habían vivido juntos antes de casarse, así que no creí que les sentara mal mi decisión. El calor de sus labios me envolvía y la fuerza de su abrazo, era mi paraíso. Pero de repente, la puerta se abrió de golpe y Carrie entró sin pedir permiso, con el fuego de la rabia ardiéndole en los ojos.

—¿Crees que puedes despedirme así nada más? —escupió con voz cargada de veneno—. ¿Vas a dejarme tirada simplemente porque ahora tienes novia?

Luke reviró hacia ella de inmediato.

—Vete de aquí, Carrie.

Ella, lejos de retroceder, avanzó con una sonrisa retorcida y maquiavélica.

—No pienso irme sin que tu noviecita se entere de que te volviste su novio para ganarme una apuesta y de que la has estado engañando conmigo todo este tiempo.

Me quedé sin palabras.

¿De qué rayos hablaba?

¿Te gustó el capítulo?

Capítulo 43

Este capítulo es tan largo que cuenta como un maratón.

Adara

Carrie sacó el celular de su bolsillo y reprodujo un audio que me destrozó el corazón. La inconfundible voz de Luke retumbó desde el altavoz, él le decía que terminaría conmigo cuando yo más lo amara, y que si no lo lograba se volvería su amante. De hecho, parecía bastante entusiasmado ante la idea de volver a enredarse con ella.

La situación me producía asco, decepción, angustia y un vacío profundo en el pecho, como si acabaran de extraerme el corazón sin anestesia.

¿En serio había apostado que podía destrozarme a su antojo?

¿Eso era para Luke?

¿Una prenda desechable y fácil de controlar?

Me quedé atónita, ni siquiera podía llorar, era como si de repente hubiese aparecido en otra galaxia y las palabras dichas por Luke fueran sólo un doloroso eco que no lograba procesar, porque mi mente no toleraba hacerlo.

Fue como si varios meteoritos acabaran de caer sobre mi cabeza, produciendo un impacto devastador que marchitó por completo la felicidad que con tanto trabajo había germinado en mí. Sentí cómo la sangre se me enfriaba en las venas, cual si hubiese entrado a una cueva helada de la que jamás podría salir. Carrie disfrutaba cada segundo de mi desesperación, como un verdugo que finalmente había logrado ejecutar a su gran enemigo.

—Dime que ella miente, Luke —susurré, con la voz rota—. Dime que ese audio que mostró fue creado con inteligencia artificial. ¡Di algo! ¿En serio apostaste con ella, que podrías enamorarme y herirme a tu antojo?

Pero Carrie no le dio tiempo a responder. Me mostró una foto en la que ella y Luke se besaban, mis rodillas flaquearon. Puse ambas manos sobre mi cara, deseando con todo mi corazón que las cosas no siguieran empeorando.

—¿Quieres saber qué pasó después de ese beso? —preguntó con crueldad— Luke fue a buscarme a la primera oportunidad, mientras tú te quedabas en la casa como la tontita crédula que eres ¿De verdad vas a casarte con un hombre que apostó que podría enamorarte? ¿En verdad serás tan patética y seguirás a su lado?

Me giré hacia Luke, con el alma hecha girones.

—Luke... por favor di que no apostaste que podrías conquistarme.

Él extendió la mano, desesperado por tocar mi rostro.

—Adara, yo puedo explicarlo. Escúchame, yo...

No soporté oírlo. No quería hacerlo. Él no era capaz de negarlo, lo cual significaba que Carrie tenía razón. Quizá siguieran siendo amantes.

—Lamento decirte que has perdido la apuesta, Luke, porque hemos terminado, soy yo quien te dejará. Lo cual me convierte en la única ganadora—expuse destrozada.

Salí corriendo de la habitación, con el corazón latiendo a un ritmo frenético, como si fuera a estallar. Luke me siguió hasta la sala, desesperado y pidiendo perdón cada vez que podía.

—Nena, yo te amo, por favor escúchame, las cosas no son como ella te las está contando.

Me giré bruscamente, me ardían los ojos por estar luchando contra las ganas de llorar.

—¿Qué vas a decirme, Luke? ¿Que no es lo que parece? ¿Que no apostaste con ella que podrías tenerme y luego dejarme? ¿Qué no te acercaste a mí para enamorarte y vengarte de mi padre?

Él dio un paso hacia mí, con los ojos encendidos de dolor.

—En ese entonces estaba lleno de odio. No era capaz de ver a la mujer maravillosa que eres. Yo te amo, Adara. ¡Por favor, escúchame! Perdóname, yo quiero casarme contigo, tener contigo la familia que jamás tuve.

Carrie bajó las escaleras con una sonrisa cruel.

—¿Si lo perdonas qué te garantiza que él no va a dejarte plantada en pleno altar para cumplir la apuesta? Pero algo me dice que eres tan patética y aferrada a los hombres que terminarás perdonándolo por amor, aunque Luke sólo te haya visto como un instrumento para vengarse de tu papi.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Luke intentó tocarme el rostro, sus labios se acercaron a los míos como buscando demostrarme que él me amaba, que lo de Carrie era sólo un horrible malentendido, pero me aparté, completamente herida. Mis latidos eran lentos y acompasados, y varias veces la vista se me nubló.

El aire se volvió insoportable, ponzoñoso y pesado.

Luke apretó los puños, furioso con su amante.

—Carrie, cállate. Sabes muy bien que las cosas no son como las estás diciendo. Yo sí amo a Adara, desde un principio tú misma notaste cuánto ella me gustaba. Mi error fue hacerte caso con esa estúpida apuesta. Viniste a arruinar mi felicidad con Adara porque estás dolida ya que te despedí para que dejaras de molestarla, pero no importa lo que hagas jamás te veré como una mujer con la que valga la pena tener una relación. Si no te tomé en serio cuando aún no conocía a Adara, ¿qué te hace pensar que recurriendo a semejante treta para separarme de ella, conseguirás tener algo de mí?

Ella arqueó una ceja, le temblaba un labio, pero en lugar de mostrar descontento resopló y le sonrió encantada.

—Sé hombre y admite que sólo querías jugar con ella, Luke. ¿Por qué sigues con este teatro? Sé que eres un hombre al que no le gusta perder, pero ya es hora de que le digas a Adara que jamás la has amado. Que sólo fue un juego más que ganar, y que sólo querías destrozarla de la misma forma que tu padre lo había hecho con tu madre.

El rostro de Luke se contrajo.

—Si no te largas ahora mismo, juro que…

—¿Por qué quieres que se vaya? —interrumpí, sin poder contener la rabia y el dolor que me recorrían—. ¿Acaso escondes más cosas?

Luke respiró con dificultad, como si estuviera conteniéndose.

—Vince ven acá —llamó con voz firme.

En cuestión de segundos, el pelirrojo capataz apareció en la puerta.

—Llévate a Carrie ya mismo.

Ella trató de resistirse, pero él la sujetó por el brazo y la sacó de la casa sin decir una palabra. En cuanto la puerta se cerró, el silencio se hizo tan denso que sentí que me asfixiaba.

—Tuviste muchas oportunidades para contarme la verdad —le dije con la voz baja, intentando mantenerme en pie, aunque parecía imposible—. Quizá si me lo hubieras dicho desde el principio, si hubieras sido sincero, yo no estaría tomando todo tan mal. ¿Cómo fuiste capaz de hablar así de mí, Luke? ¿Por qué te expresaste de tan mala manera? Entiendo que odiabas a mi padre, ¿pero yo qué culpa tenía? Y no conforme con eso, también te besabas con ella a escondidas.

—Sé que fui un imbécil y debí decirte, ese beso con Carrie no significó nada, para lo único que sirvió fue para que me diera cuenta de que nunca desearé y querré a una mujer que no seas tú —murmuró, con los ojos irradiando tanta culpa que incluso quise perdonarlo—, pero tenía tanto miedo de perderte que temí que si te decía la verdad tú me dejarías y yo no podría soportarlo…

—Quiero irme de aquí, Luke —lo interrumpí—. Quiero regresar a mi casa y pensar las cosas con claridad. Lejos de ti.

Él intentó abrazarme, pero retrocedí y no le di la oportunidad.

—No necesitas pensar nada. Me amas. Yo te amo. ¿Por qué vas a permitir que Carrie nos separe después de todo lo que hemos vivido?

Se acercó de golpe y me besó. Fue un beso desesperado, de esos que nacían del miedo a perderlo todo, como si sus labios intentaran recordarme que nunca podría sentir todo aquello con otro hombre. Su respiración chocó con la mía y su mano se aferró a mi rostro como si tuviera miedo de que me desvaneciera. Todo en él gritaba arrepentimiento, necesidad, amor… tristeza, caos, desesperación, culpa y un dolor tan grande, que parecía superar al que yo experimentaba.

Logré apartarme de él, acto seguido lo observé enojada.

—No —expresé alterada—. No puedes hacer esto. No después de todo lo que hiciste.

Luke me miró como si mis palabras lo estuvieran matando.

—Nena, por favor yo te amo… —susurró, dando un paso hacia mí.

Retrocedí. No podía soportar que me tocara. Me dolía el cuerpo solo de pensar en cuántas veces me había dicho que me amaba mientras había apostado con Carrie sobre mis sentimientos.

—¿Crees que un par de besos borrarán lo que hiciste? No funciona así, Luke.

Él se pasó una mano por el cabello, frustrado, y su voz se quebró cuando habló. —He lamentado haber aceptado esa maldita apuesta cada día desde que la hice. Te quise desde el principio, estaba loco por ti y me negaba a aceptarlo, por eso acepté esa estúpida apuesta, porque era una forma de obligarme a alejarme de ti, de la hija del hombre que yo creía que era mi enemigo.

Lo miré, con el corazón hecho pedazos, intentando no dejar que la compasión me ganara.

—No importa lo que digas, nada de eso borrará lo que pasó. No sé si alguna vez pueda mirarte a los ojos sin pensar en esa apuesta y preguntarme si en verdad todo ese amor que dices sentir por mí es real y no algo dicho para quedar bien conmigo y concretar tu venganza.

Sus hombros se hundieron, y por primera vez lo vi sin esa coraza de coronel. Solo quedaba un Luke vulnerable y perdido.

—Entonces déjame demostrarte que sí te amo—dijo con voz rota—. Déjame probarte que cada segundo de mi vida es feliz sólo porque tú formas parte de él.

Lo observé, y por un momento, quise creerle. Quise hacerlo con todo mi ser. Pero el sabor amargo de su traición seguía en mi mente.

—Llévame al pueblo —le interrumpí de nuevo, con la voz firme—. A alguna pensión donde pueda dormir esta noche e irme mañana si el clima lo permite.

—Quédate aquí. Esta es tu casa. Si quieres, seré yo quien se largue al pueblo.

Negué con la cabeza.

—No puedo quedarme a dormir en un lugar donde apostaste a costa de mis sentimientos.

Se quedó en silencio, derrotado.

—Bien —dijo al fin—. Te llevaré al pueblo.

Subí a mi habitación a recoger mis cosas y cuando estuve de vuelta a su lado por poco rompo en llanto.

El trayecto fue silencioso, le pedí a Luke que no me hablara o me iría caminando al pueblo, el terror que vi en sus ojos cuando me escuchó fue suficiente para que no me dirigiera la palabra el resto del camino. La nieve golpeaba el parabrisas y el ruido del motor era el único sonido que quedaba entre nosotros.

Llegamos a un hostal elegante parecido a unas cabañas que mi familia solía alquilar en Aspen.

Luke le habló al recepcionista antes de que yo pudiera reservar la habitación.

—Quiero reservar dos habitaciones, una al lado de la otra, pagaré lo que pidas para que ambas estén pegadas—dijo al encargado.

Lo miré con incredulidad.

—¿Vas a quedarte aquí también?

—Puede que te dé tu espacio para que pienses —respondió con calma—, pero no voy a dejarte sola en un lugar que no conoces. Me quedaré en la habitación contigua para asegurarme de que no te pase nada.

Subimos juntos por el pasillo.

Cuando llegamos a la habitación, abrió la puerta y me miró en silencio.

—¿Segura que no quieres que me quede contigo?

—No, Luke. Y por favor, respeta mi decisión y mantente a raya.

Saqué el anillo de compromiso y lo puse en su mano.

—No puedo seguir usándolo.

Él lo observó con tristeza.

—No lo quiero. Es tuyo.

—No, Luke. Este anillo representa mi unión con la mentira que me ocultaste, y no puedo cargar con eso.

—Quémalo junto con mi corazón si quieres —susurró—, pero no me lo devuelvas. Prefiero vivir con la esperanza de que algún día volverás a usarlo, antes que verlo sobre mi escritorio y saber que te he perdido para siempre.

Cerré la puerta tras de mí y me dejé ir sobre el piso, completamente devastada. Miré el anillo en mi dedo y por absurdo que sonara, fui incapaz de quitármelo.

Sentía tanto dolor que apenas lograba respirar.

Me senté en la cama en lo que pareció una eternidad después, no quería volver al ejército porque tendría que verlo y eso me haría anhelarlo. Quizá pedir un traslado fuera lo mejor, pero la idea de llegar a otra central militar sin amigos y de nuevo sola no me agradaba en lo absoluto. No estaba de ánimos para empezar de cero.

Sentí que mi corazón llevaba horas detenido y que no importaba cuántos voltios emanara el desfibrilador que intentaría revivirlo, algo dentro de mí jamás volvería a latir de la misma manera. Quizá lo mío con Luke jamás tuviera arreglo.

Llamé a Anabella. Cuando escuché su voz, sentí que podía respirar de nuevo.

—¿Qué pasó, Adara? —preguntó alarmada.

—Todo —susurré—. Luke apostó con Carrie que sería capaz de enamorarme y dejarme cuando yo más enamorada estuviera de él, él pensaba que nuestro padre había dañado a su madre y por eso quería vengarse de papá rompiéndome el corazón, incluso se besó con ella y esa desgraciada dice que han sido amantes todo este tiempo. Él jura que me ama, que cuando descubrió la verdad dejó la apuesta atrás y decidió ser feliz conmigo, pero yo no logro sacar lo de la apuesta de mi cabeza y me siento terrible.

Hubo un largo silencio.

—Sé que no es momento para decir esto —dijo finalmente—, y no quiero justificarlo, porque lo que hizo fue una mierda, pero si yo hubiera crecido con una madre que todo el tiempo me repite que un hombre horrible la destruyó, probablemente lo odiaría a él y a toda su familia y querría llevármelos por delante de la peor manera. No lo estoy excusando, pero puedo entender por qué actuó así y por qué hizo algo tan terrible. Aquí el culpable de todo no es Luke, sino su madre. Si bien él pudo ser lo suficientemente adulto para darse cuenta de que estaba metiendo la pata, supongo que estaba tan cegado por las cosas que ella le decía que no fue capaz de dimensionar el error tan estúpido que estaba cometiendo. Es complicado hermana, porque he notado cuánto ustedes se aman, y aunque la apuesta enturbió todo, Luke ha hecho tantas cosas para probar que sí te ama que creo que de lo que menos debes dudar es de lo que siente por ti. Y con respecto a que tuvo una amante, no le creas a esa tipa, yo no lo haría. Si ella de verdad le importara, él no la habría despedido.

—No sé si pueda perdonarlo.

—Es entendible si no quieres hacerlo, estás en tu justo derecho—respondió con ternura—. Pero no te cierres. Esa chica Zorrie, o como se llame, está ardida. Y aunque suene raro en mí dado que suelo ser la mayor *hater* de los hombres en general, se nota que ese Luke sólo respira y es feliz porque tú vives en su mundo. Hasta cuando pronuncia tu nombre se nota lo especial que es lo que siente por ti.

Una parte de mí quería creerlo.

—Una parte de mí quiere perdonarlo —admití—, y la otra prefiere mantenerlo a raya hasta que mi mente esté en paz. Pero la boda… se cancela. Por lo pronto llegaré mañana a Washington y podremos hablar con más calma.

—Mañana te espero en el aeropuerto —me dijo—. Si no quieres contarle a papá y mamá lo de la cancelación de la boda, no te preocupes yo lo haré por ti y evitaré que hagan preguntas incómodas.

—Gracias, Ana. No sé qué haría sin ti.

—Yo tampoco —respondió, y su voz sonó tan cálida que estuve a punto de romper en llanto.

La noche se hizo me eterna, porque no logré dormir nada. Di vueltas y vueltas en la cama, incapaz de poder sacarme la estúpida apuesta de la cabeza.

Cuando al fin amaneció, salí al pasillo y lo encontré dormido junto a mi puerta, recostado contra la pared. Parecía un hombre roto, con las ojeras marcando su semblante y el rostro demacrado. Sentí un impulso incontrolable de arrodillarme y abrazarlo, pero me contuve. Me acerqué lentamente y le toqué la cabeza.

Luke abrió los ojos y me miró con una tristeza que parecía más grande que el universo entero.

—¿No entraste a tu habitación? —pregunté en voz baja.

Se incorporó despacio.

—Tenía miedo de que si entraba, te marcharas sin que me diera cuenta.

—Luke... no puedes ser tan intenso.

—Dije que te daría tu espacio —respondió con voz ronca—, pero jamás mencioné que iba a dejar de luchar para recuperarte, nena.

—Ya puedes regresar a tu casa —le dije, intentando mantenerme firme—. Yo iré al aeropuerto.

—De ninguna manera —replicó—. No vas a andar sola por allí, yo te llevaré.

—Luke, ya no somos novios. Hemos terminado. No tienes por qué estar tan pendiente de mí.

—¿Y? ¿Crees que por eso voy a dejarte tirada a tu suerte? Iré contigo y me aseguraré de que llegues a salvo al aeropuerto, ha estado nevando mucho y no voy a dejar que andes por allí en un taxi que podría ser inseguro. Prefiero que estés conmigo y me reclames mientras te llevo, a dejar que andes por allí en el taxi de un desconocido.

No respondí. Él tenía razón en lo de andar sola por allí, era peligroso.

Horas después me despedí de Luke, le di las gracias por todo y evité de todas las formas posibles abrazarlo y no derrumbarme contra su pecho.

Tomé asiento junto a la ventana en el avión, quizá pudiera dormir un poco aunque la verdad no tenía ganas de hacerlo. Cerré los ojos para intentar no pensar en él. Pero entonces alguien se sentó a mi lado. Abrí los ojos para ver de quien se trataba y me llevé una sorpresa al ver al coronel acomodando su maleta cerca de la mía.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, exasperada.

—Asegurarme de que la mujer que amo llegue bien a casa.

Rodé los ojos.

—¿En serio no vas a dejar de aparecer en donde sea que esté?

Él sonrió con cansancio.

—No importa si me desaparezco de tu vida, seguiré en tu mente y en tu corazón porque me amas tanto como yo a ti. Reconozco que lo de la apuesta fue lo peor que he hecho en mi vida, y por eso pediré que mi nuevo rango militar sea "imbécil de segundo grado", en lugar de coronel de segundo grado, pero no voy a rendirme contigo.

Tuve que morderme la lengua para no reírme sobre lo del rango de imbécil de segundo grado, porque el apodo le quedaba como anillo al dedo.

—Estuviste a punto de reír—susurró con una chispa de esperanza—. Eso significa que empiezas a perdonarme.

Intenté levantarme, pero una azafata se acercó.

—Señorita, por favor, regrese a su asiento. Ya casi despegamos.

Obedecí en silencio. Luke me miró encantado de que no pudiera alejarme de él.

—El universo entero quiere que sigamos juntos —dijo.

Puse los ojos en blanco.

—Te estás comportando como un ex tóxico.

—Y me pondré peor si no regresas conmigo.

Suspiré.

—Entre más insistas, menos me apetecerá perdonarte.

—Cuando vuelvas a ser mi mujer, te echaré estas palabras en cara mientras te como a besos.

****

Fingí dormir el resto del camino, aunque la cercanía de Luke, su intenso perfume y lo guapo que se veía mientras vigilada que yo no me alejara de él, era distractor.

Después de que retiramos las maletas, él me miró esperanzado.

—¿Te llevo a casa? —preguntó con una voz grave que intentaba ocultar la angustia que sentía.

Negué despacio, sin atreverme a sostenerle la mirada.

—No, Luke. Llegaré por mis medios.

—Por favor, déjame acompañarte yo...

No alcanzó a terminar cuando escuché una voz conocida.

—¡Adara! —era Anabella, que se abría paso entre la multitud. Corrí hacia ella y la abracé con fuerza, ella me preguntó si quería que pateara a Luke, muy a pesar de mí le dije que no.

Luke se quedó de pie junto a amabas, con las manos metidas en los bolsillos, mirándonos desanimado. Como si al fin hubiera captado que tendríamos que separarnos.

—Por favor —dijo en voz baja y protectora—, avísame que llegaste bien a casa.

—Lo intentaré.

Él arqueó una ceja.

—Que llegues bien —añadió, y sus ojos se suavizaron—. Y cualquier cosa que necesites no dudes en pedirla, sabes que estoy y seguiré estando para ti, porque te amo.

Esa última frase se me clavó en el pecho como una espada impregnada de ácido. No dije nada.

Solo lo vi alejarse y sentí que se llevaba mi corazón en su maleta. Cuando desapareció entre la multitud, las lágrimas me nublaron la vista. Anabella me abrazó con ternura.

—Nena, perdónalo si quieres hacerlo y sé feliz con él, odio verte así —me dijo.

Negué con la cabeza.

—Ojalá nunca hubiera ido a esa finca. Si no lo hubiera hecho, ahora estaría feliz, sin esta maldita apuesta dándome vueltas en la cabeza.

El camino a casa fue silencioso.

En cuanto crucé la puerta, subí las escaleras corriendo y me tiré boca abajo sobre la cama y me ahogué en llanto hasta que anocheció. Todo el orgullo que había fingido en el aeropuerto se fue por el desagüe, amaba tanto a Luke que me costaba creer que el hombre maravilloso con el que había vivido los mejores momentos de mi vida, era el mismo que se había besado con Carrie y dicho cosas horribles sobre mí. Me dolía el alma, y no sabía cómo dejar de amarlo.

El celular vibró sobre la mesita de noche. Por un segundo creí que era Luke, que me había escrito para pedirme perdón una vez más. Pero la notificación provenía de un número desconocido. Sentí un nudo en la garganta al abrirla, el mensaje contenía una foto de Luke besándose con la reina Francesca.

El celular se me resbaló de las manos al instante y se despatarró sobre la alfombra azul que cubría el suelo. Lo recogí temblorosa y le reenvié la foto a Luke.

Adara: *¿Esto es en serio? ¿También te enredaste con mi exsuegra?*

Tardó menos de un minuto en responder.

Luke: *Esa mierda no es lo que parece.*

Las lágrimas se mezclaban con mi rabia.

Adara: *¿Ese no eres tú besando a la reina Francesca? ¿Cómo pudiste Luke Thorne?*

Luke: *¿Puedo ir a verte? Estas cosas las tenemos que hablar como dos personas adultas, no discutirlas por chat porque se puede malinterpretar todo.*

Sentía que mi pulso estaba tan descontrolado que pronto me infartaría.

Adara: *¿Entonces sí te besaste con ella?*

Me ponía nerviosa al ver la notificación de que él estaba escribiendo un nuevo mensaje.

Luke: *Esa loca se me abalanzó mientras le reclamaba porque sospecho que está detrás del acoso mediático que has sufrido. Yo la esquivé, pero en la foto parece que sí la estoy besando. Sin embargo no fue así.*

Respiré hondo, sin poder detener el temblor en mis manos.

Adara: *¿Y por qué no me dijiste lo que había pasado?*

Luke: *Porque no quería que te estresaras pensando en ello. Sabes muy bien que a la única mujer que amo eres tú. Tu padre estaba conmigo en Italia, él puede decirte que le conté lo que pasó. Él me aconsejó no decir nada, porque sabía que Francesca era capaz de todo. Puedes preguntarle, no tengo nada que esconder.*

Suspiré agotada.

Adara: *Entre más pasa el tiempo, más cosas turbias descubro sobre ti.*

Luke: *Sé que te he dado razones para desconfiar de mí, pero también te he dado muchas más para que sepas que a pesar de mis errores, te amo. ¿Qué necesitas que haga para que entiendas que mi felicidad sólo es posible contigo a mi lado?*

Me quedé mirando la pantalla. Por un momento pensé en decirle que se fuera al infierno. Pero mi corazón aún le pertenecía y gran parte de él me decía que Luke no mentía, que Francesca había intentado besarlo para que le tomaran la foto y seguirme lastimando. Y la parte más loca e incoherente en mi cerebro, incluso sugería que se había aliado con Carrie para separarnos porque le divertía verme sufrir.

Adara: *Necesito que me des al menos un mes para pensar bien las cosas. Entiéndeme, Luke. No es fácil para mí saber que apostaste con Carrie que podrías enamorarme, que fuiste a besarla, que tuviste un montón de tiempo para decirme la verdad y no lo hiciste. Y ahora también me entero de lo de la reina Francesca. ¿Cómo esperas que procese todo eso de golpe y lo perdone con facilidad? Tú no fuiste capaz de darte cuenta de que no merecía esa apuesta, solo porque detestabas a mi padre. ¿Qué me garantiza a mí que más adelante ese odio no volverá a ser más fuerte que lo que sientes por mí?*

Pasaron segundos eternos antes de recibir su respuesta.

Luke: *Tú fuiste capaz de transformar todo ese odio que sentía en esperanza. Limpiaste cada litro de rencor en mis venas y lograste que sintiera que todos mis pecados habían valido la pena porque me condujeron hasta ti. Me equivoqué, fallé de todas las formas posibles y no sabes cuánto lo lamento y cuánto me jode que estemos así, pero que te quede muy claro, mocosa testaruda, que no voy a rendirme. Tarde o temprano volverás a usar el anillo que te di y serás mi esposa, aunque tenga que volar hacia el sol y regresar con vida para conseguirlo.*

Leí y releí el mensaje hasta que las letras se volvieron borrosas.

En verdad lo amaba con tanta fuerza, que era incluso incomprensible.

***

Pasó un mes y medio y en efecto, Luke no se rindió. Pedí dos meses de vacaciones adelantadas del ejército para no verlo, mi padre me las concedió sin hacer preguntas. Todos sabían que las cosas entre nosotros se habían terminado, pero no preguntaban de más para no incomodarme y se los agradecía.

Luke iba a mi casa cada vez que podía. Llevaba regalos e incluso un pastel de canela y manzana que él mismo horneó, que lucía y sabía mejor de lo que esperaba. En esas visitas nos besamos en más de una ocasión y estuvimos a punto de llegar a algo más, amaba demasiado a ese hombre y su cercanía no me permitía reflexionar lo suficiente sobre lo que quería en mi vida. Tuve que pedirle a mis padres que le prohibieran la entrada y fue entonces cuando empecé a extrañarlo con desesperación y tuve que marcharme a otro lado para no atravesar la ciudad a ir a verlo.

Al final me fui con Anabella a una casa que alquiló en un pueblito escocés para terminar su última novela. Yo la acompañé, buscando cualquier excusa para desaparecer del mapa. Luke no sabía a dónde iría y tenía entendido que en ese lugar había mala señal, así que no tendríamos una comunicación fluida. Lo cual me vendría bien.

Los primeros días fueron horribles, pensaba en él a toda hora. En cada jodido minuto del día.

La casa vecina a la nuestra fue ocupada pocos días después de nuestra llegada, pero ni mi hermana, ni yo logramos ver quién era nuestro nuevo vecino.

Últimamente tenía muchos problemas estomacales, me mareaba con facilidad y no tenía muchas ganas de comer, achacaba mis males a los líos emocionales que tenía con mi ex, porque eso era Luke para mí: *mi ex*.

Vomité lo poco que había desayunado aquella mañana. Anabella entró con el ceño fruncido.

—¿Otra vez estás vomitando?

Fruncí la nariz, mareada.

—¿Qué perfume te echaste encima?

—El de siempre —respondió—. Es la primera vez que lo notas. Es tan suave que casi nadie lo percibe.

Me aparté de ella, ese aroma dulce y floral me arrancó varias arcadas.

—Está demasiado fuerte hoy, parece que te hubieras echado medio tarro encima.

Ella cruzó los brazos, acto seguido me miró como si acabara de resolver un acertijo.

—A ver, hermanita... ¿cuándo fue la última vez que tú y Luke tuvieron relaciones?

Carraspeé, fingiendo que no sabía de qué hablaba.

—Este... soy virgen.

—Adara King, a mí no me engañas —bufó—. Tú y Luke llevan meses haciendo de todo.

Suspiré derrotada.

—Pues... hace mes y medio, más o menos.

—¿Se cuidaron? —preguntó, alzando una ceja.

Mi corazón dio un salto.

—Dios mío... —chillé—, no puede ser. Ya se me hacía raro que tuviese un retraso de casi dos semanas, no es habitual que me pase. Creí que se debía al estrés que estoy viviendo.

—Bueno, hermanita, hay que ir al médico para que te hagan una prueba de embarazo. Aunque estoy más que segura de que voy a ser tía. Tendrás que hablar con Luke y llegar a un acuerdo por el bien de ese bebé. Nada de: mi orgullo esto, mi orgullo lo otro y ni se te ocurra ocultarle que estás embarazada porque yo misma iré a decirle.

La miré horrorizada.

—¿Por qué hablas como si ya estuviera a punto de ponerle una demanda de pensión alimenticia a Luke?

—Porque algo me dice que viene un bebé o una bebé Thorne-King en camino —replicó con una sonrisa traviesa—, y que se prepare el mundo, porque esa mini-granada que estás gestando va a llegar pisando fuerte.

Rodé los ojos, pero al instante volví a vomitar.

Salimos con rumbo a la clínica media hora después. El camino se me hizo eterno. Sentía las manos heladas y la cabeza llena de pensamientos que no lograban ordenarse.

Cuando la doctora nos recibió, sonrió con amabilidad, pero nada de eso logró calmarme. Le conté sobre mi retraso y los síntomas que tenía, ella ordenó que me practicaran exámenes de sangre. Así lo hicieron diez minutos después.

—Los resultados estarán listos en unos cuarenta minutos.

—¿Tan pronto? —pregunté intranquila. Me temblaban las rodillas.

La doctora sonrió.

—Sí, señorita.

Anabella intervino con sarcasmo.

—Ni tan señorita.

Le lancé una mirada asesina, pero no tenía fuerzas para discutir. Nos sentamos afuera a esperar.

Los minutos transcurrían con una lentitud que me resultaba tortuosa.

Sentía que el corazón me iba a salir por la boca.

Al cabo del tiempo, una enfermera salió y me llamó por mi nombre.

Entré despacio, conteniendo la respiración. La doctora me recibió con una sonrisa que no supe descifrar.

—Felicidades, señorita King —dijo con dulzura—. Tiene usted seis semanas de embarazo.

La cabeza me dio vueltas. Me quedé muda, con las manos sobre el vientre, mientras el mundo se desdibujaba a mi alrededor. Sentí un nudo en la garganta, una mezcla de miedo, sorpresa y una alegría tan pura que fue como si de pronto toda la oscuridad que me había encerrado en una cueva repleta de espinas, se hubiera disipado para que pudiese salir y caminar sobre un prado lleno de flores, de colores y de la vida que se gestaba dentro de mí. Aquella noticia me hacía extrañamente feliz. No esperaba reaccionar así después de lo que Luke había hecho.

Siempre quise ser madre, y escuchar que tendría un hijo era lo más hermoso que alguien podía decirme. Era como si, en medio del caos, la vida me ofreciera una razón para seguir, una esperanza que brillaría por encima de cualquier contratiempo.

Lo demás no importaba, tendría a mi hijo y viviría para hacerle feliz.

—Definitivamente tu vida es como una novela romántica —soltó Anabella entre risas nerviosas—. Repleta de dramas, giros inesperados, un villano que te ama aunque tenga que destruirse para demostrarlo y mala suerte.

—Mierda… —susurré—. Voy a tener un hijo del coronel.

—O dos —añadió ella—. Nuestra madre tuvo un doble parto gemelar, así que hay posibilidades de que tengas unos dos, tres o diez hijos. No existirán límites para ti, hermanita.

La miré con incredulidad.

—Gracias por tu consideración, Anabella. Cuando las cosas se ponen feas, tus comentarios siempre las empeoran.

Ella sonrió con descaro.

—De nada. Para eso existo: para demostrarle a otros que las cosas siempre pueden ponerse más feas. Sus miserias me hacen feliz.

Me quedé en silencio, con la mirada perdida. Lo único que tenía claro era que dentro de mí crecía algo que me unía para siempre al hombre que más amaba y más me había hecho sufrir.

****

Salimos del consultorio en silencio. Yo llevaba el sobre en la mano, apretado contra mi pecho como si fuera un tesoro que no debía ser visto por nadie, aún estaba impactada por el embarazo. Anabella caminaba a mi lado, hablando de cualquier cosa, intentando distraerme, pero mi mente seguía atrapada en una sola idea: iba a ser madre.

Cuando salimos a la calle una corriente de aire repentina me arrancó el papel de las manos. El papel flotó y se posó junto a los zapatos de alguien a quien no le había visto el rostro.

—¡Mierda!

Me agaché para recogerlo, pero el dueño de los zapatos lo hizo en mi lugar.

El tiempo pareció detenerse cuando alcé la vista y lo vi.

Frente a mí estaba Santiago.

Mi respiración se congeló, y por un segundo creí que me había vuelto loca.

El hombre que había recibido varias balas para protegerme y a quien creí muerto estaba frente a mí, vivito y coleando. Miré a mi hermana, quien también lucía estupefacta. Lo cual significaba que Santiago sí estaba allí, que no era una alucinación producida por mi mente atolondrada.

Él bajó la mirada, vio el papel en el suelo, lo tomó con cuidado y lo leyó sin decir una palabra. Cuando sus ojos regresaron a los míos, estaban llenos de asombro, desconcierto y algo que no supe cómo interpretar, pero me dio la impresión de que tampoco era una emoción positiva.

—¿Estás… embarazada? ¿Estuviste con otro hombre en mi ausencia? —preguntó con voz baja, como si no pudiera creerlo.

Mi corazón golpeó tan fuerte que me dolió el pecho. No pude responder. Solo lo miré, con los ojos muy abiertos, mientras todo mi pasado regresaba con la misma fuerza con la que el viento había arrancado ese papel de mis manos.

Próximo capítulo: Pasado mañana(Martes 7 de septiembre)

¿Qué revelación te sorprendió más?

¿El retorno de Santiago en el peor momento?

¿El embarazo de Adara?

¿Lo del beso entre Luke y Francesca? ¿Creen que sea verdad que Damon le aconsejó no decir nada?

¿Ustedes en el lugar de Adara perdonarían a Luke con facilidad?

¿Les agrada la personalidad de Anabella? Ella tiene un humor bastante turbio jajaja

¿Quién creen que se ponga más loco? ¿El tío Noah, el abuelito Damon o el Coronel?

Capítulo 44

Príncipe Santiago

No podía creer que Adara se hubiera atrevido a embarazarse de otro y menos de un plebeyo, y peor aún que no se arrastrara a mis pies para pedirme perdón por haberme sido infiel con otro durante el tiempo que me creyó muerto.

Ver su expresión confundida y casi asustada, me provocó una mezcla de placer y rabia. Placer, porque al fin la tenía frente a mí, después de tanto tiempo y podía restregarle lo puta que había sido al meterse con otro hombre. Y por si fuera poco llevaba el hijo de un plebeyo en su vientre. Y ni siquiera mostraba remordimiento ante su falta. No había lágrimas de emoción en sus ojos, ni un solo gesto de amor, nada. Ni siquiera culpa.

En lugar de eso, me miraba como una inestable que no sabía qué hacer con la noticia de mi regreso.

—¿En verdad eres tú? —preguntó Adara, con la voz temblorosa, como si temiera que yo fuera un fantasma.

Qué estúpida eres, claro que soy yo.

Sonreí con una falsa calidez, aunque por dentro estaba enojadísimo.

—Sé que hay mucho por explicar hermosa, y por eso me gustaría que habláramos a solas en un lugar más privado. Reservé una mesa en el mejor restaurante de este pueblo para que podamos charlar a gusto.

Su hermana Anabella, me observó con desconfianza. La mirada de vulgar recelo que lanzó en mi dirección, me recordó que siempre la desprecié por tener incluso menos clase que su hermana. Pero bueno, era la solterona de la familia, no podía pedirle mucho a una mujer que se vestía como si quisiera ocultar kilos de más a través de su ropa ancha y de mal gusto.

—Por supuesto —añadí enseguida, sin perder la compostura—, si Anabella desea acompañarnos, con gusto está invitada. Sabes que la aprecio mucho.

—Claro que iré —dijo ella, cruzándose de brazos—. No pienses que la dejaré ir sola contigo para que emplees algún juego manipulador de tu parte.

Le sonreí de nuevo a la maldita insolente.

Ya me encargaría de ella después.

Siempre supe que esa inculta no me toleraba en lo absoluto, que me hablaba por hipocresía y para quedar bien con su hermana.

—Yo jamás la he manipulado. Me extraña que digas algo así, Anabella.

Ella me sostuvo la mirada con desprecio.

—Pues no esperes nada bueno de mí, después de que tu familia le hizo creer a todos que estabas muerto y culparon a mi hermana por ello. Cuando probablemente sabían que seguías vivo y sólo querían seguir torturándola.

Mi familia hizo lo que debía y era correcto: preservar mi vida al ser el príncipe heredero (protegiéndome de la mafia italiana) y dejarme ante la opinión pública como el héroe que era. Que culparan a Adara de todo era inevitable. Pero las gemelas King jamás entenderían la magnitud de ser un miembro de la realeza y el compromiso que aquello acarreaba, ya que sólo eran un par de mujeres de poca alcurnia con mucho dinero.

—Todo es muy extraño, Santiago —dijo Adara, como si aún no estuviera segura de mi sinceridad—. Cuando me dijeron que habías muerto, el mundo se me vino encima. En verdad creí que nunca volvería a verte, tu regreso me resulta abrumador. No me malinterpretes, me alegra que estés vivo, pero a la vez estoy muy *shockeada* de que así sea, después de todo lo que tu familia me hizo.

Intenté tomar su mano, en un gesto de ternura que quería probarle falsamente que yo entendía su estúpido drama, pero apartó la mano dudosa y sentí ganas de decirle que las rameras no tenían derecho a desconfiar de un príncipe como yo. Se apartó como si el roce de mi piel la manchara. Y en ese instante algo dentro de mí ardió.

¿Cómo se atrevía a rechazarme después de lo malagradecida que había sido al meterse con otro?

¿Cómo podía apartarme cuando yo había evitado que le dispararan aquel día?

Esa zorra debía estar de rodillas y pidiendo perdón por sus faltas, no alejándose de mí como si los errores los hubiese cometido yo y no ella.

—¿Podemos conversar en el restaurante que reservé? —pregunté, tratando de controlar la ira mi voz.

Adara asintió con lentitud.

—Si no hay remedio —bufó Anabella.

****

Llegamos al restaurante que había elegido. Paredes de madera rodeaban las mesas cubiertas de manteles color mantequilla. Fue el lugar menos espantoso que vi en el catálogo de restaurantes de aquel horroroso pueblito escocés, carente de buen gusto y sitios lujosos.

Apenas nos sentamos, la camarera se acercó. Cuando vi su barato atuendo azabache, su delantal rojo y la malla en su cabeza me arrepentí de haber reservado en ese espacio de mala muerte.

—¿Desean ordenar algo?

—No deseo nada, gracias —dijo Adara.

—A mí tráigame lo más caro del menú —intervino Anabella—. Ya que el muertito reapareció, que pague lo justo tras su ausencia.

Adara suspiró.

—Ana, no seas tan dura.

—Espero que ahora que Santiago regresó no te pongas en la misma actitud sumisa de antes, porque te llevaré con un exorcista y te someteré a una ronda de veinte cachetadas para que no vuelvas a caer en lo mismo.

Aunque su sarcasmo me resultaba repugnante me obligué a sonreírle.

—Trae un café italiano—le ordené a la camarera, aunque no planeaba beberlo, seguramente su sabor era tan asqueroso como el restaurante en sí.

—Disculpe, no tenemos de ese tipo de café, tenemos el café escocés cargado —respondió ella con torpeza.

—Comprendo. Traiga el de más calidad que tengan, por favor.

Cuando se alejó, pensé que el servicio de aquel sitio era peor de lo que imaginaba. Sólo un restaurante para plebeyos no tendría el café de altísimo nivel de mi país. Aunque debí imaginar que un sitio escogido por Adara y Anabella para vivir, jamás tendría lugares prestigiosos que frecuentar.

—Y bien —preguntó ella, clavando sus ojos en los míos—, ¿qué fue lo que pasó? ¿En dónde estuviste todo este tiempo?

Noté que ni siquiera parecía feliz de verme. No estaba acostumbrado a la indiferencia de nadie, Adara merecía que la enviara a la guillotina por comportarse de forma tan desconsiderada conmigo. Apreté la mandíbula y respondí con voz suave, modulando cada palabra para que no se me notaran las ganas que tenía de matarla.

Si no fuera porque necesitaba del dinero e influencia de su familia, ya me habría deshecho de ella.

No podía negar que seguía siendo muy bella, pero su actitud carente de buenos modales y su hablar poco elocuente me resultaba intolerable. El ejército la había vuelto más ordinaria de lo que ya era.

—Una vez le dije a mi madre que si algún día caía en coma y no había esperanzas de que despertara pronto, que por favor no le dijera a la mujer que amaba que seguía vivo, quería que siguiera con su vida sin estar pegada a mi cama esperando un milagro que no se sabía si sería posible. Cuando me hirieron, caí en un coma del que quizá no podría despertar, mi madre movió cielo y tierra para hacer que volviera en sí. Estuve así durante casi año y medio y desperté hace poco, desorientado y creyendo que algo te había pasado. Estaba desesperado, le pregunté a los sirvientes entre gritos si estabas bien porque al día siguiente nos casaríamos y recordaba que los rebeldes te habían atacado. Mi madre al ver mi confusión me contó la verdad, había pasado más de un año y medio y tú me creías muerto, por lo que me propuse recuperarme por ti, para regresar a tu vida y poder vivir nuestro amor. Lo que para ustedes fueron meses, para mí se sintió como segundos. Mi madre me explicó que había seguido mi petición porque todos decían que no despertaría y yo no pude juzgarla, porque sólo cumplió con lo que creyó era mi última voluntad.

Era una historia lo suficientemente trágica como para ganarme su compasión. Pero la voz ácida de Anabella rompió el encanto.

—¿Y por eso tu madre tenía que culpar a mi hermana de todo y hacerle la vida imposible con ayuda de la prensa? Ni siquiera la dejó asistir a tu supuesto funeral, y no ha hecho otra cosa que llamar a Adara asesina, haciéndola sentir horrible e incluso responsable de tu muerte. Hizo todo eso a sabiendas de que tú seguías vivo. Espero que mi padre se encargue de tu familia cuando se entere de todo, porque calumniaron a Adara de la peor manera.

Solté un suspiro, fingiendo cansancio.

—Tu padre ya sabe que estoy vivo. Lo descubrió cuando fue a Italia con... el novio de Adara, el coronel. —bajé la cabeza como si aquello me entristeciera profundamente—Él también sabe que sigo con vida. Tu padre me prohibió acercarme a Adara hasta no saber qué realmente había pasado conmigo y si era verdad que estuve en coma. Intenté respetar su decisión, pero fue muy difícil hacerlo porque para mí Adara sigue siendo mi prometida, la mujer que amo. Me cuesta entender que ya no estamos a punto de casarnos y que ya no es mía. Y después de ver a su novio besándose con mi madre, no pude quedarme quieto sabiendo que quizá él no es lo que parece.

Mi madre sabía que Luke iría a verla y al final decidió colaborar conmigo en mi plan de separarlo de Adara, le dije que cuando le quitara el dinero que heredaría de su padre me desharía de la pelinegra. Eso la tranquilizó.

Vi cómo Adara palideció y supe que había dado un golpe contundente.

—¿Luke y tú se vieron cara a cara?

—Sí —respondí con solemnidad—. Vi a Luke entrar al castillo para hablar con mi madre. Como era un extraño, se me hizo raro, y por eso lo seguí, los escuché hablando y cuando entré lo vi besándose apasionadamente con ella. Me quedé en shock, y cuando ambos se separaron, mamá le dijo que estaba celosa de que estuviera contigo. Luke le respondió que tú eras solo una apuesta. Quedé enojadísimo e intenté golpearlo por hablar así de ti, pero fue más rápido y me esquivó porque a fin de cuentas es un militar. A los días recibí una invitación especial de tu padre para hablar conmigo. Le conté lo sucedido entre Luke y mi madre. No me creyó nada y me pidió que no me acercara a ti hasta que él averiguara si decía la verdad. Entiendo que quiera protegerte, dado lo que ocurrió, pero yo no represento un peligro para ti. Al contrario, casi me matan porque arriesgué mi vida por ti y...

—¿En serio viste a Luke besándose con tu madre? —interrumpió Adara.

Su voz sonó todo lo frágil y desconcertada que esperaba. Eso era justo lo que yo quería, agrietarla, debilitarla, que estuviera tan vulnerable que decidiera volver a mis brazos. En resumen, quería que mi estúpida e inservible novia volviera a ser la misma tonta de antes.

—Ay, por favor, Ada —dijo Anabella con un bufido—. ¿Te vas a creer ese cuento? Es obvio que lo está inventando porque vio en las noticias que estabas comprometida con el coronel y sabe que alguien más ocupa tu corazón.

—No tendría por qué inventar algo así y menos poniendo en tela de duda la reputación de mi propia madre, la reina de Italia —repliqué con calma—. Adara me conoce. Sabe que soy muy honesto cuando de ella se trata.

Ella me observó con confusión, como si buscara alguna señal que le indicara que yo mentía. Jamás la encontraría porque yo era muy buen actor.

—Yo tengo la cabeza hecha un desastre Santiago, realmente sólo puedo agradecerte lo que hiciste, pero no me pidas nada más —susurró.

Tomé su mano sin pedir permiso. Sentí su piel tibia, y una punzada amarga me recorrió el cuerpo cuando ella volvió a retirarla. Su rechazo era inadmisible.

—Yo en cambio, aún te amo —le dije como si en verdad su falta de amor me destrozara—. Me resulta difícil saber que estás embarazada de otro y que ese sujeto no es un buen hombre, porque claramente te engaña.

Anabella recogió la taza de avena que le sirvieron, acto seguido me lanzó una mirada venenosa.

—Algo debió notar mi padre para pedirte que no te acercaras a mi hermana.

—Anabella, por favor —intervino Adara—, deja de atacarlo. Santiago acaba de despertar del coma, y para él todo esto debe ser muy nuevo, trata de entenderlo. Yo no estoy para pelearme con nadie ya, suficientes conflictos tengo con Luke como para también ponerme a replicarle a Santiago y acusarlo sin tener pruebas de que miente.

—¿Y si todo lo que está diciendo no es verdad? —replicó ella—. ¿Y si todo este tiempo fingió estar muerto por otros motivos?

Esa maldita insolente era bastante inteligente después de todo.

Adara se le quedó mirando sin decir nada.

—Yo amo a tu hermana, Anabella y estoy dispuesto a esperarla el tiempo que sea necesario si ella me da una oportunidad.

No esperaré una mierda, pronto me desharé del coronel y ella volverá a mí.

—Santiago, yo te agradezco inmensamente que estuvieras dispuesto a dar tu vida por mí. Pero como ya viste, estoy embarazada, y en este momento de mi vida necesito organizarme, no es justo para ti que esperes una oportunidad que posiblemente jamás llegue.

Ese muro de frialdad que estaba imponiendo entre ambos me indignó más que las estupideces que siempre decía.

—¿Acaso ya no me amas? —pregunté, falsamente dolido y destrozado—. ¿Tan fácil me olvidaste?

—No Santiago, ya no te amo. Para mi desgracia estoy profundamente enamorada de Luke y seguiré estándolo.

—Pues si, según tu psicótica familia, estabas muerto, ¿qué querías que mi hermana hiciera? ¿Que te guardara luto hasta su muerte? —intervino Anabella con sarcasmo.

La miré sin responder, aunque mi sangre hervía. Si no fuera por Adara, habría hecho que Anabella entendiera su lugar como mujer de baja cuna. Pero no podía perder el control y debía seguir interpretando el papel de príncipe intachable.

****

La llevé a ella y a su hermana a la casa en la que se encontraban viviendo. No hablamos mucho en el camino. Adara miraba por la ventana con los ojos perdidos en el horizonte, mientras Anabella no dejaba de escrutar cada movimiento de mi parte como si estuviéramos en medio de una inquisición medieval.

—¿Eres nuestro vecino? —dijo, cruzándose de brazos y arqueando una ceja cuando les indiqué que me encontraba viviendo en la casa de al lado—. Eso es un poco acosador de tu parte, ¿no?

Sonreí, quitándole importancia.

—En realidad fue una coincidencia —Me provocaba cortarle la lengua a ver si dejaba de ser tan metiche—. No quedaban muchas casas que alquilar en este pueblo, pero quería hablar con Adara lo antes posible, así que curiosamente alquilé la que quedaba cerca de donde ustedes vivían. Me di cuenta esta mañana de que éramos vecinos.

Adara giró levemente el rostro y me dirigió una sonrisa débil, Anabella frunció el entrecejo como la maldita cizañosa que era.

—Gracias por haber hecho todo lo que hiciste, Santiago —susurró, tras bajar. Había llegado el momento de despedirnos, pero no sería por mucho tiempo—. A pesar de todo, pasé buenos momentos contigo, aunque me hubiera gustado que me defendieras más con tu madre y te mostraras más abierto en ciertos temas. Pero bueno, ya eso es parte del pasado y, como ves, ahora cumpliré mi sueño de ser madre. De mi parte deseo que seas feliz.

Mi respiración se detuvo un instante, ¿de verdad no le importaba en lo absoluto mi regreso?

Hacía un año me juraba amor eterno. Ahora parecía deseosa de que me alejara.

¿En dónde había quedado lo que decía sentir por mí?

Me incliné y posé un beso rápido en su mejilla. Ella se alejó un poco, y eso me revolvió las entrañas. Ya me había rechazado como tres veces en un solo día.

Cuánto atrevimiento.

Habían sido demasiadas ofensas provenientes de una plebeya.

—Entiendo y respeto tus decisiones, bonita —dije, escondiendo la ira bajo un manto de serenidad—. Espero que tengas un feliz parto y que tu hijo tenga una gran vida.

—Gracias, Santiago —respondió, sus ojos brillaron con una dulzura que inflamó mi rabia, porque daba la impresión de que me tenía lástima.

Regresé a la casa que había alquilado, y al abrir la puerta me sentí ridículo y absurdo viviendo en ese maldito cuchitril de apenas dos plantas, para recuperar a la tonta de Adara. Me dejé caer sobre un sillón y marqué el número de Carrie, la pelirroja a la que había convertido en mi amante de turno. Me desharía de ella lo más pronto posible, de momento la necesitaba para vigilar cada movimiento del coronel de pacotilla que se había atrevido a embarazar a Adara.

Desgraciado tipejo

Carrie no tardó en responder.

—Adara está embarazada del coronel —manifesté, envenenado por las ganas de golpear al ordinario ese—. Probablemente la muy tontita vaya a hablar con él por lo de su hijo y se reconcilien. Necesito que estés pendiente de eso y te encargues de preparar algo para que Adara piense que el tal Luke le es infiel con otras mujeres.

—¿Está preñada? —dijo Carrie, audiblemente molesta. Ella seguía obsesionada con el coronel—. Esa malnacida no puede ser más patética y aferrada.

—Pienso lo mismo —gruñí—, pero necesito del dinero e influencias de su familia, así que ya sabes qué hacer. Vigila a Adara y encárgate de que el coronel quede ante ella como un infiel. Le pagaré a varias personas para que te ayuden con eso, no escatimes en nada. Te enviaré fondos suficientes para que hagas un buen trabajo.

—Claro que sí, majestad —respondió—. ¿Cuándo nos volveremos a ver? Quiero repetir todo lo que hicimos.

Mi mente recordó los momentos que había compartido con esa ramera pelirroja, y no pude evitar que una sonrisa oscura se adueñara de mi boca. Estar con ella no estaba del todo mal, considerando que era una mujer sin clase, educación, modales, valores, dinero, prestigio e inteligencia.

—Si consigues separar a Adara de Luke para siempre, tendrás todo lo que quieras —le aseguré.

—Perfecto —respondió, y su voz prometía caos y destrucción.

Justo lo que yo necesitaba.

****

Pasaron los días, y finalmente Carrie me llamó. Esperaba que tuviese novedades favorables. Adara se había marchado días atrás y supuse que iría a hablar con Luke, así que le ordené a la pelirroja que acelerara todo y estuviese pendiente del más mínimo movimiento de mi prometida.

—Ya todo está hecho. El coronel se enfermó y se tomó unos medicamentos que lo mandaron a dormir para que recobrara fuerzas. Adara fue justo ese día a visitarlo. Lo encontró junto a dos mujeres a las que les pagué para que le hicieran creer que Luke pasó la noche con ellas. Aunque, él estuvo dormido todo el rato y ni siquiera se dio cuenta de que Adara y las demás habían ido a su cuarto. Las mujeres estuvieron como dos minutos en la habitación, pero fue suficiente para que Adara creyera que eran sus amantes. Seguramente ella ya regresó a Escocia con su hermana, porque la gente que la tiene vigilada escuchó algo al respecto. Luke no tiene ni idea de que la ha perdido para siempre porque anda mal de salud. La ausencia de Adara lo ha tenido bastante mal; se descuidó y su resfriado se transformó en neumonía.

—Aliarme contigo fue lo mejor que se me pudo ocurrir —susurré, dejando escapar un gruñido de satisfacción.

—Yo soy útil para el que me sabe apreciar —respondió Carrie.

—Sin duda alguna —gruñí.

Todo estaba saliendo a pedir de boca.

Faltaba poco para que Adara volviera a mí y esa vez para siempre.

****

Tres días después regresé a Escocia. Caminaba por el jardín de la casucha en la que vivía, cuando vi a Adara sola y llorosa a lo lejos.

Me acerqué a ella desde la cerca y la saludé, fingiendo que su dolor me afectaba.

—Cariño, ¿por qué lloras? —pregunté, con falsa preocupación—. Eso no le hace bien a tu bebé.

—No quiero hablar de ello, Santi —respondió con la voz resquebrajada—. Han sido días pesados.

—¿Te hizo algo el padre de tu hijo?

Ella negó.

—Algo así, pero dejemos este tema hasta allí.

—Si necesitas un padre para tu hijo, yo puedo serlo, amor no le faltará de mi parte. Me casaría contigo en este mismo momento si quieres —mi oferta caducaría pronto y esperaba que ella la tomara, porque me aburría estar esperando por una mujer que no estaba a mi nivel.

—Lo lamento, Santiago, pero no voy a casarme con nadie por despecho —expuso determinada.

Eres una tonta cursi que prefiere dañar su reputación a casarse conmigo y que tu hijo no se convierta en bastardo.

—Lo entiendo, bella —susurré—. Pero la oferta siempre estará en pie para ti.

****

Horas después, la ira aún bullía en mi interior, cada vez que Adara me rechazaba sentía ganas de aniquilarla.

Yo era un príncipe, ella una plebeya, se suponía que debía estar soñando con estar junto a mí y no echándome a un lado como si mi propuesta no tuviese valor.

Tomé el teléfono y le marqué a mi sicario de confianza.

—Necesito que te deshagas del coronel Luke Thorne —dictaminé hastiado de esperar que algo cambiara—. Encárgate de que muera lo antes posible y que la noticia llegue hasta Adara. No quiero errores. El coronel debe estar muerto a más tardar en una semana, si no lo logras, no volveré a contratarte nunca más. Me informaron que ha estado enfermo, así que puedes aprovechar esa situación para acabar con él. Te enviaré todos los datos que tengo de él.

—Sí señor, no se preocupe, sabe que mi gente y yo somos muy efectivos. Jamás hemos fallado.

—Bien, esperaré las novedades.

Colgué y me preparé para mi siguiente golpe.

Adara quedaría triste, sola, vulnerable, embarazada y sin un padre para su hijo. Yo sería el hombre que la salvara de la vergüenza de dar a luz a un bastardo, y me casaría con ella.

Tras apoderarme de la fortuna que ella heredaría cuando me deshiciera también de su padre, la haría a un lado, porque si bien me gustaba mucho como mujer, el hecho de que ya no fuera virgen la había arruinado para mí. Adara estaba sucia y yo no quería envejecer con ella.

El ruido de pasos acelerados interrumpió mis cavilaciones.

Salí del despacho y vi a Anabella corriendo con un celular en mano muy desesperada, como si hubiera escuchado mi conversación y se estuviese preparando para decirle a su hermana lo ocurrido.

Era claro que me había escuchado ordenándole al sicario que matara a Luke.

—Sabía que no eras un santo y que toda esa fachada de príncipe perfecto no era real, eres un psicópata. Seguramente también fingiste que estabas en coma y quién sabe qué otros horrores más ocultarás.

—¿Nunca te habían dicho que no debes entrar en casas ajenas sin permiso?

Salí tras ella, no permitiría que hablara de más. La vi correr por el jardín con el celular en la mano, tropezando con las piedras en el camino como una loca desequilibrada.

—¡Anabella! —grité—. ¡Detente ahora mismo!

Siguió corriendo, y eso solo aumentó mis ganas de silenciarla. Cruzó la verja lateral y corrió hacia el bosque que rodeaba la propiedad, para luego internarse en él. Un rayo de sol iluminó su silueta cubierta por un enorme traje azul que le impedía avanzar con más rapidez, pues la tela se le enredaba en los pies y causaba que se tambaleara.

No iba a malgastar más energía en ella, dejaría que mis hombres la atraparan.

—¡Guardias, vengan aquí! —ordené con voz seca.

De inmediato varios hombres aparecieron a mis espaldas listos para obedecer sin hacer preguntas.

—¡Agárrenla! —grité.

Los vi correr hacia el bosque mientras yo permanecía en el borde del jardín, mirando cómo la cacería comenzaba. Era cuestión de tiempo. Anabella pagaría por estar fisgoneando en la entrada y yo me libraría de una entrometida.

No pasaron ni cinco minutos cuando uno de los guardias me llamó.

—Jefe, la hemos capturado. ¿Qué hacemos con ella?

Sonreí malévolamente. Anabella no tenía ni idea de lo que le esperaba.

Total, nunca me cayó bien.

Capítulo 45

Adara

No confiaba en Santiago, había algo nuevo en su mirada que me resultaba perturbador, o quizá esa turbiedad en sus ojos siempre estuvo allí, pero yo lo idealizaba tanto que nunca fui capaz de detectarla.

El ejército me volvió desconfiada, ser la novia de Luke Thorne mucho más, tener la sangre King en mis venas me dio el impulso extra que necesitaba.

Cuando regresé a Washington me enteré de que el coronel estaba enfermo de Neumonía y fui a verlo.

La sospechosa mención que hizo Santiago a lo de la apuesta despertó mis alarmas y quise hablar con él porque sentía que algo no cuadraba. Luke me había decepcionado al apostar con Carrie, pero estaba segura de que él jamás habría usado la apuesta para presumírsela a nadie. En las semanas lejos de él, me di cuenta de que, aunque necesitaba tiempo para procesar las cosas y perdonarlo, Luke no había sido en lo absoluto un mal novio.

Al contrario, ¿por qué habría de enviarle mis diseños a la marca Dior si yo no le hubiera importado?

¿Por qué se habría tomado la molestia de entrenarme para que fuera una mejor soldado y no me expulsaran del ejército, si no me amaba?

¿Por qué había saltado de la torre para protegerme, si sólo me veía como el medio para ganar una apuesta?

La miseria en su rostro cuando lo dejé, me dio a entender que él ya no era el tipo de hombre insensible que era al principio.

Noah me contó que Luke estuvo realizando misiones en zonas inhóspitas e infernales, como si quisiera castigarse a sí mismo por lo de la apuesta. Luego contrajo un resfriado que no cuidó de forma adecuada, porque se negaba a descansar, diciendo que le había roto el corazón a un angelito y lo justo era que lo pagara exigiéndose más de la cuenta.

Eso me hizo comprender cuán grande era su amor y por eso fui a verlo, porque deseaba cuidarlo, aunque él no se diera cuenta de ello. Al llegar me encontré con un cuadro inesperado, él junto a dos mujeres en una escena que daba a entender que habían pasado la noche juntos, pero Luke estaba enfermo y entendí que aquello había sido preparado. Que probablemente estuvieron vigilándome y sabían que iría a verlo y por ello prepararon ese teatro.

La pregunta era: ¿Quién se había encargado de que Luke quedara ante mis ojos como el peor de los infieles?

Até cabos: Quizá en el torneo militar no trataron de matarme a mí, si no a él. La persona que lo hizo, sabía que Luke me amaba de forma incondicional y que no dudaría en saltar de la torre para protegerme. Quizá era una teoría descabellada y la más débil de todas. Pero… ¿y el resto de cosas raras que pasaron?

La tiara que apareció en la isla Jeju en Corea, los periodistas que fueron a acosarnos a Japón, la supuesta demanda que querían meterle a Luke por haber golpeado a un civil, todo parecía orquestado por una mano maestra que parecía ser la reina Francesca.

Pero… ¿y si no era ella quien había estado detrás de todo, sino Santiago?

¿Por qué?

¿Acaso se había dado cuenta de que separarme de Luke era muy difícil y por eso recurrió a medios extremos?

Y si tomaba en cuenta que después del enfrentamiento con la prensa, el coronel fue a Italia en compañía de mi padre y ambos vieron a Santiago, pero prefirieron no decirme que seguía con vida, las cosas seguían conectándose.

Quizá Santiago mostró su verdadero ser ante el coronel y por eso Luke estaba tan preocupado.

¿Temía que yo regresara con Santiago y por eso no me dijo?

No estaba segura de que fuera eso, Luke nunca dudó de mi amor.

De hecho, el coronel se encargó de abrirme los ojos respecto a lo mucho que idealicé mi romance con Santiago, un príncipe que parecía más interesado en que siguiera siendo virgen que en mí como persona, un hombre que no quería tener hijos conmigo y que nunca me defendió de las majaderías de su madre.

El hecho de que Santiago apareciera de la nada, tras mi rompimiento con Luke y que alquilarla una casa al lado de la nuestra acrecentó las alarmas en mi cabeza.

Estando en el ejército aprendí que las mentes manipuladoras, solían subestimar al resto de personas. Santiago estaba acostumbrado a que fuera una Adara complaciente que aceptaría cualquier migaja que él me diera con una sonrisa. Por eso adopté una postura que mezclaba mi dulzura del pasado, con mi perspicacia del presente.

Que actuara con diplomacia, que lo escuchara sin juzgarlo y que le brindara mi tiempo, era lo que él esperaría recibir de mí. Si quería saber qué ocultaba, debía impedir que sospechara que yo había cambiado y que ya no era la chica tonta que le creía todo. Usé la excusa de mi embarazo para no regresar con él, pero a su vez, podría mantenerlo cerca con todo mi drama al haber terminado con Luke.

También me servía que Anabella lo estuviera fastidiando todo el tiempo, con sus comentarios ácidos y su forma de ser tan opuesta a la mía. Esperaba que en algún momento tanto ataque directo por parte de ella, llevara a alguna parte.

Intenté decirle a Anabella que yo no creía ciegamente en Santiago, pero ella no me creyó.

Cuando regresamos a Escocia, supuse que Santiago volvería a los pocos días, porque estaba segura de que él era quien nos vigilaba.

Y cuando apareció a los dos días de nuestro regreso, supe que tenía razón, por lo cual decidí regresar a los Estados Unidos y organizar un operativo con mi padre aquel día.

Anabella se había ido al pueblo a comprar unas cosas, y yo esperaba que regresara pronto para decirle que debíamos marcharnos porque no confiaba en Santiago.

Pasó una hora y pensé que era normal que aún no regresara.

Pero cuando transcurrieron casi dos horas y no había señales de mi hermana, tuve el presentimiento de que algo andaba mal.

Intenté llamarla varias veces, pero en aquel pueblito lejano la señal era malísima, o quizá era nuestros teléfonos, porque recordaba haber visto a Santiago hablando campante por su móvil días atrás, mientras para nosotras era casi imposible conseguir línea.

Intenté convencerme de que seguramente Anabella aún estaba en el pueblo, comprando las legumbres que quería, pero algo dentro de mí gritaba que no. Que algo andaba mal. Ella no era así, Anabella era práctica, el tipo de persona que no se complicaba a la hora de hacer compras.

Me quedé quieta, mirando el bosque a través de la ventana.

Una sensación extraña me recorrió el cuerpo, como si algo dentro de mí me estuviese diciendo que mis presentimientos eran certeros y que Anabella corría un grave peligro.

Si algo le pasaba a Anabella, jamás me lo perdonaría.

Respiré hondo y traté de ordenar mis pensamientos.

Esperaba que mi padre ya hubiera recibido el pastel que le envié antes de regresar a Escocia, que contenía las coordenadas de la casa que mi hermana alquiló. Anabella nunca había querido revelar la dirección de esa casa, ya que era su refugio secreto para escribir, pero con tantas cosas turbias ocurriendo, lo mejor era informarle a papá en dónde estábamos.

No había ido a entregar el pastel directamente, porque temía que Santiago infiltrara a alguien dentro del círculo de papá. Si mis sospechas eran ciertas, Santiago conocía nuestros movimientos y se daría cuenta de que desconfiaba de él.

¿Qué había descubierto mi padre tras su regreso de Italia que lo mantuvo tanto tiempo en reuniones en el Pentágono?

Quizá me había arriesgado demasiado al no explicarle las cosas de forma más directa a papá, pero esa era la única manera de lograr que Santiago no descubriera que sospechaba de él.

Maldije y me sentí estúpida al no haber solicitado otro guardaespaldas, cuando el primero tuvo que dejar su puesto en la mañana, porque su madre había enfermado. Debí notar que quizá no había ninguna madre enferma, y que Santiago estaba detrás de todo eso.

El aire dentro de la casa se volvió irrespirable, cuando pasaron dos minutos más.

Salí de la vivienda, dispuesta a encontrarla.

Los bosques siempre habían tenido un efecto extraño en mí, a la mayoría le parecían aterradores, pero a mí me tranquilizaban, sin embargo en aquella ocasión me sentía como el resto. Asustada, estresada y presintiendo que algo me acechaba tras los árboles.

El viento se colaba entre las ramas y movía las hojas secas que cubrían el suelo, creando un ruido seco y constante, que me ponía los nervios de punta.

Di un paso y el sonido de las ramas quebrándose como huesos rotos me helaba la nuca.

Mi respiración se volvió más rápida cuando me adentré en un claro y no habían señales de mi hermana, luego me di cuenta de que mis pasos inestables me estaban conduciendo a la casa de Santiago, que había caminado en esa dirección.

¿Mi instinto de gemelas me sugería que Anabella estaba en casa de mi ex?

—Anabella en dónde estás… —susurré, temiendo nunca volver a oír su voz.

Me adentré un poco más en la espesura boscosa.

A lo lejos la señorial y tenebrosa casa que Santiago alquiló emanaba un aura maligna.

Cada metro que avanzaba me hacía sentir más inquieta.

Tuve el impulso de regresar, de ir al pueblo y alertar a la policía sobre la desaparición de mi hermana, pero cuando me giré vi a Santiago de pie junto a un árbol de roble. La mirada oscura que lanzó en mi dirección, me incómodo en cuanto la noté.

Hice lo posible para que su presencia no me sobresaltara, ni se notara lo mucho que me alteraba verlo allí.

Tenía las manos en los bolsillos y la camisa blanca perfectamente abotonada. De sus labios tiraba una sonrisa, que no llegaba a unos ojos que lucían completamente inexpresivo.

Aquella era la mirada de un sociópata.

—¿Qué pasa, cariño?

Mi corazón se aceleró, pero fingí estar tranquila.

—Eh… nada —mentí con voz seca —. Salí para respirar un poco de aire fresco.

Él me observó con atención, ladeando un poco la cabeza.

—¿Te sientes bien? —preguntó con ese tono dulce que usaba para quizá ocultar su verdadera personalidad—. ¿Quieres que llame al doctor? Estás embarazada, y no deseo que nada te pase, por favor ven conmigo déjame ayudarte.

Tragué saliva.

Ni loca iría con él a ningún lado.

—Estoy bien, Santiago —respondí, cautelosa.

Dio un paso hacia mí, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Por qué no me dices qué estás buscando realmente, Ada?

El corazón me dio un vuelco, pero mantuve el rostro sereno.

—No estoy buscando nada. Solo… necesitaba un poco de aire, es todo.

Santiago entrecerró los ojos, y su expresión se transformó de golpe, como si de pronto ya no le apeteciera ser un chico bueno.

—¿Por qué no quieres decir que estás buscando a Anabella?

Por dentro me paralicé, pero fingí que sus palabras no me alteraban. Aunque en realidad quería meterle una patada en las bolas y salir corriendo.

Me obligué a seguir caminando, aunque mis piernas temblaban.

—Porque no la estoy buscando —repetí con firmeza—. Anabella salió al pueblo y no debe tardar en llegar, suele demorar mucho cuando se va de compras.

Dentro de mí, una sola frase se repetía sin cesar: "Él la tiene"

Santiago avanzó hasta quedar más cerca de lo que me hubiera gustado.

—Ya veo… —murmuró en voz baja y muy peligrosa—. Quieres seguir fingiendo que nada pasa. Muy bien, puedo hacerlo yo también.

—No comprendo de qué hablas —dije, tratando de no mostrar que el pánico me recorría.

—¿Por qué no dejas de fingir que confías en mí? —su voz se cubrió de un matiz espeluznante, como si ya no deseara seguir conteniéndose—. Noto lo tensa que estás. Cómo tragas en seco cada vez que me acerco ¿Acaso te da miedo revelar que no confías en mí?

Intenté apartarme, pero él me tomó del brazo con fuerza.

Su tacto me quemó.

No quise retroceder, aunque cada fibra de mi cuerpo me pedía hacerlo.

Mostrarle miedo era lo peor que podía hacer.

—¿Por qué no apartas tu brazo? —preguntó, con una sonrisa torcida—. ¿Acaso no me tienes miedo?

—¿Por qué habría de tenerte miedo? —respondí con una calma que no sentía—. Siempre has sido un buen tipo, Santiago.

Su rostro se contorsionó, y lo que vi en sus ojos fue pura locura.

—Deja de fingir que confías en mí, maldita ramera, tú y tu hermana son iguales. ¿Cómo se atreven dos mujeres con poca clase a dudar de mí? Si no fuera por mí nadie te conocería, si no fuera por mí Versace nunca te habría volteado a ver. —gritó y le metió un puñetazo al árbol más cercano.

El sonido del impacto me hizo estremecer, pero no retrocedí.

No iba a darle la satisfacción de verme asustada.

—Santiago —dije, con voz firme—, no me habías dado razones para desconfiar de ti… hasta ahora.

Él me miró iracundo.

Y antes de que reaccionara, lo empujé con todas mis fuerzas.

Su espalda chocó contra el tronco haciéndolo crujir, y yo aproveché el momento para atacar. Lo tomé del cuello de la camisa y lo empujé otra vez, con toda la rabia acumulada que me ardía por dentro.

—Dime dónde tienes a mi hermana —escupí con furia—. Dímelo, o no vivirás para contarlo.

Santiago gruñó, la mirada descompuesta.

—¿Cómo te atreves a golpear a un príncipe?

—Tú no eres ningún príncipe —respondí, apretando los dientes—. Solo eres un pendejo caprichoso y loco. No sé qué demonios te pasa, pero vas a decirme dónde está Anabella. ¡Ahora!

Santiago soltó una carcajada seca, y antes de que pudiera reaccionar, intentó tomarme del cuello. Me moví rápido, esquivando su agarre, y le di un puñetazo en la mandíbula que lo hizo tambalearse.

Su cuerpo se estrelló contra el suelo, y lo siguiente que escuché fueron pasos.

Cuatro hombres emergieron tras los árboles para rodearnos y evitar que siguiera pegándole a mi ex

—Deténganla —ordenó Santiago, tocándose la mandíbula ensangrentada—. Atrapen a esa zorra.

El primero sujeto me atacó de una vez, pero evité que me alcanzara y le di una patada en el abdomen que lo mandó al suelo. Me habían enseñado a golpear puntos estratégicos, no necesitaba ser la más fuerte, pero sí la más efectiva.

Escuché el zumbido de otro sujeto acercándose y giré el cuerpo, acto seguido le metí un puñetazo directo en la nariz, el sujeto retrocedió bañado en sangre y yo aproveché para rematarlo con otra patada en la mandíbula.

—¿Qué mierda hacen? —chilló Santiago—. Es sólo la inútil de mi ex, ¿por qué no pueden agarrarla? Ahora resulta que ocurrió el milagro y ya no es una inútil.

El tercer individuo intentó sujetarme los brazos, pero logré darle un rodillazo en el estómago.

Por unos segundos, creí que podría con ellos.

Pero el embarazo me estaba pasando factura y ya no era tan rápida, ni certera como al inicio.

La vista me daba vueltas, y el aire empezó a ser cada vez más reducido.

Uno de los guardias aprovechó y me sujetó por la espalda, inmovilizándome.

Luché con todas mis fuerzas, pero sentía que el suelo se movía bajo mis pies.

Logré liberarme, y coloqué los puños a la altura de mi mandíbula, dispuesta a todo, si ellos querían pelea, iba a dárselas. Hiperventilaba, pero no podía rendirme. En ese mismo instante escuché un grito demasiado familiar y se me heló la piel.

—¡Adara!

Volteé, y el mundo se me derrumbó de golpe.

Entre los árboles, otro guardia apareció empujando a Anabella.

Tenía la cara llena de moretones y la ropa llena de sangre.

Una pistola apuntaba directo a su cabeza.

El corazón me dio un vuelco.

—¡No! —grité, avanzando, pero Santiago levantó la mano para detenerme.

—Si no te comportas, la mataré —dijo, y su voz sonó más fría que nunca.

Me quedé inmóvil, con la mente hecha pedazos.

—¿Qué demonios quieres de mí? —pregunté, apenas respiraba.

Santiago sonrió.

—Quiero que te cases conmigo.

Por un instante, el silencio fue absoluto.

Ni el viento se atrevió a soplar.

—¿Qué? —susurré, incapaz de creer lo que había escuchado.

—Lo que oíste —repitió, acercándose con paso lento—. Te casarás conmigo, Adara. Si lo haces, tu hermana vivirá.

—Estás enfermo —escupí, sin poder contenerme—. ¡¿Crees que voy a casarme contigo después de ver cómo eres en realidad?!

—No tienes más opciones—replicó—.Si no te casas conmigo las mataré a ambas

—Santiago, suéltala. Por favor… —mi voz se quebró—. Yo haré lo que quieras, pero déjala ir.

Él negó con la cabeza.

—No confío en ti. Primero nos casaremos y luego veré si es adecuado dejarte ir.

Mis piernas temblaban, pero no iba a dejar que me viera derrumbarme.

—Si la tocas, te juro que te mataré.

Santiago soltó una carcajada.

—Mira a tu alrededor, ¿crees que es conveniente que me amenaces?… —hizo una pausa, mirando hacia el guardia que sostenía el arma contra la sien de Anabella—, después de que nos casemos, me cederás la fortuna que heredes de tu padre cuando lo mate.

Anabella sollozó, intentando liberarse.

—Adara, no lo hagas… no te cases, papá nos encontrará—susurró entre lágrimas.

—¡Cállate! —gritó Santiago, y el guardia le presionó la pistola contra la cabeza.

—¡No! —grité desesperada—. ¡No le hagas daño!

Santiago me miró fijamente.

—Deberías agradecer que te estoy dando la opción de aceptar casarte conmigo por las buenas.

Mi respiración se volvió errática.

No había salida.

Ni un solo camino posible que no terminara en tragedia.

Podía sentir cómo el miedo me calaba hasta los huesos, cómo el corazón me martillaba el pecho.

Lo odiaba.

Odiaba no haber sido capaz de ver el monstruo que era.

Lo miré directo a los ojos, no había ni el más mínimo rastro en él, del tipo que alguna vez creí amar.

—Está bien… —murmuré en voz tan baja, que parecía que ni yo misma quería escucharme decir algo así—. Me casaré contigo.

Santiago sonrió, satisfecho.

—Sabía que entrarías en razón.

****

La habitación en la que Santiago nos enclaustró tenía un aire pesado, tétrico, casi irrespirable. Las cortinas estaban cerradas y una sola bombilla parpadeante iluminaba el espacio con un tono amarillento que acentuaba la sensación de encierro.

Anabella estaba sentada a mi lado, analizando quizá una forma de salir de allí.

Al lado de la cama en la que ambas estábamos, yacía una chica inconsciente en un pequeño catre. Tenía el rostro pálido, un vendaje le cubría la frente y respiraba con dificultad. No sabíamos su nombre, ni de dónde había salido.

Más o menos dos días después de que Santiago nos llevara a ese maldito lugar, unos hombres la colocaron en ese catre y salieron sin decir más.

El silencio era tan denso que podía escuchar los latidos acelerados de mi propio corazón. Me acerqué a la chica, observé su rostro de facciones delicadas y atractivas. Tendría más o menos nuestra edad.

—¿Crees que en algún momento ella despierte? —pregunté en voz baja.

—No lo sé —murmuré—. Me da la impresión de que es más fácil que se muera.

Anabella negó con la cabeza, y durante unos segundos solo se escuchó el sonido débil de su respiración.

El chirrido de la puerta nos sobresaltó a amabas. Santiago entró con el paso tranquilo y despreocupado de un sociópata, emanaba una frialdad que parecía haber sustituido cualquier rastro de humanidad en su interior.

En sus manos llevaba un control remoto.

Sin decir palabra, se dirigió hacia el televisor empotrado en la pared y lo encendió. La pantalla se iluminó de golpe, mostrando imágenes que me helaron la sangre.

El titular que apareció en la parte inferior de la pantalla me rompió el corazón: "Explosión en la residencia del coronel Luke Thorne: No hay sobrevivientes"

Mi respiración se detuvo.

Las imágenes cambiaron y mostraron los restos calcinados de una casa que yo recordaba perfectamente. Los noticieros repetían los nombres de las víctimas: "Coronel Luke Thorne, su hermana Ellie Thorne y el capitán Noah Klein, hijo del actual presidente Dereck Klein"

El micrófono de un periodista temblaba mientras hablaba de un incendio que se extendió tan rápido que nadie pudo escapar de la casa.

Mi mundo estalló en billones de pedazos.

La cabeza me dio vueltas y dejé de respirar, Anabella me apretó la mano mientras yo hiperventilaba presa de un ataque de pánico y desesperación.

Noah... Ellie... Luke.

Todos.

Mi garganta se cerró, y un grito mudo se formó en mis labios. Sentí un vacío inmenso en el pecho, un dolor tan agudo que me impedía moverme.

—¿Tú hiciste esto? ¿Tú los mataste? —chillé desquiciada, mirándolo con el corazón hecho trizas—. Si lo que querías era dinero, lo hubieras pedido. Mi familia tiene de sobra, hasta nos gusta hacer caridad... pero ¿por qué tenías que quitarme a Luke? ¿Por qué a Noah y a Ellie también?

Santiago se quedó en silencio unos segundos, observándome con esa calma perturbadora que le era tan propia. De pronto, un destello de furia cruzó su rostro. Se le tensó la mandíbula y el color rojo cubrió su rostro.

—¿Por qué? —repitió con un tono grave—. Porque en algún momento de mi vida sentí un ligero aprecio por ti, Adara. Y tú, en lugar de respetarlo y rendirle honor —dijo, acercándose hasta quedar a escasos centímetros de mí—, decidiste pisotearlo al enamorarte de otro, dejaste que te preñara y ahora no vales nada para mí.

Sus ojos se clavaron en los míos, fríos y enloquecidos.

—No suelo sentir nada por nadie. Pero contigo... era diferente, parecía que a pesar de tus miles de defectos, no eras tan insuficiente, pero tú no supiste apreciarlo.

Soltó una carcajada amarga.

—Y ahora prepárate, porque en tres días nos casaremos. Agradece que te dejaré tener a tu hijo, y que lo haré pasar como mi heredero. Es lo menos que puedo ofrecerte por los viejos tiempos.

El aire se volvió helado.

Mi mente se negaba a procesar lo que acababa de escuchar.

—Estás jodidamente enfermo si piensas que lo que le hiciste a Luke se va a quedar así —espeté, con la voz quebrada pero firme.

Santiago inclinó ligeramente la cabeza, con una sonrisa torcida.

—No tienes forma de salir airosa de esto, cariño —dijo con un tono casi tierno, que me revolvió el estómago—. La capilla estará lista muy pronto, te encantará.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación, dejando tras de sí un silencio sepulcral.

Me dejé caer de rodillas, llorando con todas las fuerzas de mi alma.

Anabella me apretó la mano.

—Algo me dice que Luke y los demás no están muertos.

—¿Cómo puedes saberlo?

Anabella suspiró.

Capítulo 46

Adara

Conforme los días pasaron, me llené de valor y me convencí de que Luke seguía con vida y que probablemente estaba haciendo lo posible para encontrarme. La esperanza de que así fuera me mantenía cuerda, mientras planeaba cómo salir del cuarto en el que Santiago me tenía encerrada.

La chica misteriosa que nos acompañaba a mi hermana y a mí, despertó un día antes de mi boda con Santiago, luciendo muy desorientada.

Al principio pensé que era mi imaginación, cuando escuché el gorjeo extraño de una respiración acelerada, giré la cara hacia el punto en el que se producía aquel raro eco, y me di cuenta de que la desconocida había despertado.

Tenía los ojos abiertos y nos miraba con seriedad, como si estuviese enojada con la vida.

Anabella y yo nos acercamos cautelosamente a ella.

Ella se puso en guardia antes de que pudiéramos decirle una palabra. No quedaba nada de la chica débil y pálida que parecía estar a punto de morir cuando llegó. Anabella la examinó en silencio; yo sentí una mezcla de curiosidad y alarma. Ella no se veía pacífica y nosotras no estábamos en condiciones de pelear con nadie. Aunque el hecho de que Santiago la tuviese encerrada con nosotras, debía darle a entender que no éramos sus rivales, que a la larga podríamos ser aliadas.

—Chica —dije despacio, no quería provocarla y causar una pelea innecesaria. No somos tus enemigas. No sé quién seas, ni cómo llegaste aquí, pero al igual que tú, también estamos encerradas.

Ella nos miró con desconfianza.

—¿Ustedes son las hermanas King, cierto? —La voz le salió áspera, casi desafiante.

—Sí, somos Adara y Anabella King—contesté enseguida. —. No queremos hacerte daño, ni nada parecido. Santiago nos encerró aquí, porque quiere que me case con él para poder acceder a la fortuna de mi familia. En pocas palabras, quiere quitarme todo mi dinero.

Los ojos de la chica se estrecharon, Me dio la impresión de que entendía perfectamente mi frustración

—Entonces una de ustedes es la chica con la que Santiago se iba a casar hace más de un año—dijo al fin.

—Sí, soy yo —fue mi respuesta, corta.

—Yo soy Cara Santori —anunció con la voz dura—. Y mi hermana Bianca Santori, es la razón por la que tú y Santiago no pudieron casarse hace más de un año.

—¿Cómo así? —pregunté, porque necesitaba respuestas y no podía permitir que la incertidumbre se enredara más en mi cabeza.

Cara se sentó en el borde del catre, lanzó un largo suspiro, se pasó la mano por la oscura melena y luego negó con la cabeza. Como si relatar lo que sea que fuera a decir le resultara pesado, incómodo e innecesario.

—Mi hermana Bianca Santori conoció a tu novio semanas antes de su boda contigo. Tuvieron una aventura de una semana y Bianca quedó embarazada. A mi hermana nunca le interesó ahondar más en la vida de los hombres con los que se acostaba, pero con un embarazo en puerta las cosas cambiaban. Así que cuando descubrió que se había embarazado del príncipe de Italia y se enteró de que este iba a casarse contigo, la cosa cambió por completo. Nosotros somos hijas del antiguo capo y líder de la mafia italiana Lorenzo Santori. Si Santiago no accedía a casarse con mi hermana, los matarían a ambos para salvar el honor de Bianca. Así que ella llamó a Santiago para darle un ultimátum sobre lo que iba a pasar si no la apoyaba en su embarazo. Santiago siendo el poco hombre que es, fingió su muerte para no hacerse cargo del bebé —Se detuvo y dejó que las palabras cayeran sobre mi cabeza como una avalancha—. Bianca desapareció a los pocos días de la muerte de Santiago. Más tarde supimos que Francesca la secuestró. Mi padre empezó a buscar a mi hermana por cielo mar y tierra, y tampoco creyó la supuesta muerte de tu novio. Meses después le hicieron creer que Santiago llevaba meses escondido en un búnker cerca de Filipinas, sin embargo, no había señales de Bianca por ningún lado. No sabemos si ya dio a luz o si Francesca le hizo algo mucho peor. Mi padre era un hombre muy testarudo y fue solo al encuentro de Santiago, dispuesto a arrancarle la verdad sobre el paradero de mi hermana con sangre. En la mafia un hombre debe salvar el honor de su hija sin intervención de otros, sin ayuda de lacayos, ni nada parecido, por eso se fue sin avisarle a nadie y llegó al búnker en el que supuestamente estaba Santiago. Papá ya era muy mayor cuando todo esto ocurrió y la emoción de saber que vería al hombre que mancilló el honor de su hija, le provocó un infarto fulminante en la costa, murió allí mismo. La reina Francesca presume que ella lo mató en su círculo cercano para hacer ver que es muy poderosa y derribó a un capo legendario como mi padre, pero la realidad es que esa víbora sólo se atribuyó el crédito de algo que nunca hizo, ni podrá hacer: Derribar por completo a un Santori. Ahora mi hermano Alessandro Santori es el nuevo líder de la mafia italiana, aunque por desgracia hace unas semanas quedó viudo tras el asesinato de su esposa embarazada y todo apunta a que Santiago y su madre están detrás de eso, ellos intentan debilitar la imagen de la mafia para que no tengamos fuerzas para hacer justicia por los caídos. Mi hermano amaba a su esposa Valentina y lo ocurrido fue un terrible golpe a sus ánimos. Perdí a mi padre, no sé nada de mi hermana hace semanas y ahora me toca ver cómo mi hermano se sobrepone a la muerte de la mujer que amaba. El amor es un elemento raro en la mafia, siempre nos casamos por conveniencia y deber, pero lo de Alessandro y Valentina era especial, ahora ella ya no está y Alessandro, aunque se muestra fuerte, yo sé que está destrozado. Por eso decidí buscar Santiago por mis propios medios y pude dar con él, vine dispuesta a matarlo y me confié de mis habilidades, pero jamás imaginé que me descubriría y me encerraría en este lugar

Me costó procesar todo de una vez. Era demasiado, lloré durante más de un año por un hombre que nunca estuvo muerto, sufrí el acoso mediático de la prensa italiana que me culpaba de haber matado a su príncipe, fui humillada, rebajada, acosada y destruida. Mi autoestima decayó más que nunca, me deprimí, lloré, me hundí en un foso sin salida y aunque logré salir de él lo que viví fue injusto, cruel e innecesario.

Santiago era una rata de la peor calaña, un infiel miserable y un mal padre que salió corriendo en lugar de hacerse cargo de su hijo. Nunca me quiso, estaba conmigo por interés. El príncipe dulce que idealicé, jamás existió.

Fui una tonta, una estúpida que vio las banderas rojas en su cabeza y las quemó porque iba a convertirse en la esposa de un príncipe.

Apreté los puños y me repetí que haría lo que fuera para evitar casarme con él.

Miré a Cara Santori y me compadecí de ella, de su búsqueda, de su lucha, de todo lo que también perdió por culpa de Santiago y su familia.

—Lo lamento mucho, Cara. Santiago también destrozó mi vida —Y tras decirlo le conté todo lo que pasé por su culpa, aunque en realidad no era necesario. Pues Cara estaba enterada de todo. Era muy joven y hermosa, una melena corta azabache enmarcaba su cara y sus ojos claros evidenciaban dolor, tristeza y rabia.

—¿Y sabes algo sobre el paradero de Bianca? —pregunté, agarrándome a esa pregunta como a un clavo.

—No —concretó Cara—. No la he visto. Pero no te preocupes por ella: si supiera que vas a casarte con Santiago, te mataría. No creo que esté enamorada de él, pero es lo suficientemente posesiva para no dejarlo ir de buenas a primeras, aunque Santiago sea una completa montaña de mierda de ratas. Mejor preocúpate por salir de aquí.

—Si colaboramos quizá podamos salir —propuse.

Cara asintió con desconfianza.

—Algo me dice que mañana habrá muchas sorpresas —continuó hablando—. Estoy segura de que mi hermano Alessandro pronto me encontrará y vendrá a acabar con Santiago.

Anabella me miró y, yo sentí un extraño pinchazo al recordar la profecía. Sería posible que....

—¿Y si ese Alessandro Santori es el criminal del que te enamorarás según la profecía? No sé por qué siento que el hecho de que termináramos envueltas en un lío que involucra a la mafia italiana, no es coincidencia. La profecía dice que una de nosotras se enamoraría del hijo del enemigo, o sea Luke y la otra parte dice que la gemela restante se enamorará de un criminal. Podría ser que Alessandro Santori sea ese criminal que amarás.

Cara nos miró curiosa.

—Disculpa, Cara, si tu hermano es un mafioso, santo no es.

—Haces bien en tenerlo presente.

Anabella resopló y me dio un codazo en el brazo.

—Otra vez te estás armando películas locas —contestó—. Al menos estás más animada, eso es un avance.

—Algo me dice que Luke no está muerto y que la llegada de tu futuro esposo mafioso mañana hará que esto se ponga bueno —susurré.

—Tienes una imaginación más grande que la mía —dijo Anabella—. Deberías escribir todas las locuras que se te ocurren, ganarías millones. Y no es por destrozar tus ilusiones, pero yo jamás me enamoraría de un mafioso, son tipos demasiado codiciados y presumidos para que alguno de ellos me interese.

Cara, que nos escuchaba atenta, hizo una mueca irónica.

—Reconocerán a mi hermano porque usa una máscara que cubre la mitad de su rostro —dijo—. Por si te interesa ver de lo que te estarías perdiendo, ustedes son bonitas y provienen de una familia poderosa, serían bien recibidas en la mafia a pesar de que su padre es un militar. En nuestro círculo valoramos el poder que se ostenta, mas no el origen de este.

—¿Y por qué tu hermano usa una máscara? —pregunté, porque me pareció intrigante.

—En la mafia, cuando a un capo le matan a la esposa, usa una máscara que cubre la mitad del rostro hasta que venga la muerte de su mujer. Es una tradición antigua; pocos la practican hoy, pero los que la siguen son considerados hombres de honor que no reniegan mostrar el profundo afecto que sentían por sus esposas. Para algunos mafiosos el cariño es signo de excesiva humanidad y una señal de que son fáciles de derribar. Mi hermano piensa que son tonterías, nadie evitará que el mundo se entere de que alguna vez amó a una mujer valiosa —respondió Cara con frialdad.

—Uy, ¿no sientes eso, Anabella? —dije con un hilo de burla.

—¿Qué cosa? —contestó ella.

—¿El aroma de tu futuro marido llegando a tu vida? —concluí.

Anabella me tocó la frente y frunció el ceño.

—Fiebre no tienes, lo cual significa que has perdido la razón y no me gustan los viudos, porque no me gustaría competir contra el recuerdo de una esposa muerta—acotó, mirándome con las cejas apretadas.

****

Me hubiera gustado decir que logré escapar antes de que el día de la boda llegara, pero lo cierto era que seguía en la misma maldita habitación, encerrada y rumbo al matadero.

Santiago apareció con su acostumbra actitud arrogante. Se detuvo a la puerta, miró la habitación con suficiencia y soltó una risita que evidenciaba lo trastornado que estaba.

—¿Estás lista para firmar el acuerdo prenupcial? —preguntó con calma.

La cara de Anabella se llenó de asco, la mía de un resentimiento que no iba a mostrar.

—¿Un acuerdo en el que te ceda toda mi fortuna para que sigas siendo un mantenido inútil bueno para nada? —contesté, deslenguada—. Por supuesto, querido, estoy llena de emoción por firmar y demostrarte que no eres más que un pobre príncipe que no tiene casi nada en el banco y que dependes de mí para salir de tu chiquero.

Santiago se acercó y la expresión en su rostro, era semejante al de la ventisca maligna que antecedía a una tormenta.

—Cállate, zorra —dijo, convencido de que yo lo era.

—¿Te duele que te digan la verdad? —dije—. No es mi culpa que no hayas logrado nada en la vida sin la ayuda de tu mami.

Él perdió un segundo la compostura y fue suficiente para sentirme ganadora.

—Y yo que pensaba mostrarte el video del funeral de tu adorado Luke porque soy muy benevolente —dijo con sorna.

Mantuve una expresión anodina. Ese perro miserable no iba a lastimarme. Algo dentro de mí, me gritaba que Luke seguía con vida, que Santiago no se había salido con la suya y tarde o temprano el coronel aparecería. No sabía si era el bebé en mi vientre lo que me motivaba a creerlo, pero si me desanimaba estaría perdida.

—Ni reencarnando millones de veces serías como él —respondí—. Un hombre de verdad que sí logró tenerme, algo que tú y tu falta de hombría jamás podrán conseguir.

Él me tomó del brazo y me llevó de mala gana hacia una mesa en la que habían papeles por firmar, un juez bigotudo claramente corrupto y testigos que certificarían que yo no estaba siendo obligada a nada a la hora de firmar el acuerdo prenupcial. Sus ojos buscaban un signo de debilidad, pero no encontró nada en mí que denotara fragilidad.

—¿Qué se siente tener que recurrir a una plebeya para poder tener un poco de dinero? —murmuré.

—Por más que reniegues o intentes hacerte la empoderada nada cambiará, no tienes más opción que hacerme caso por tu bien y el de la poca familia que te queda—ordenó después—. Así que firma.

Ni siquiera leí el bendito papel, estaba segura de que papá encontraría la forma de anularlo en caso de que la boda se realizara. En ese momento dejé de lado mi estúpida manía de no aprovechar el poder de mi familia, porque a fin de cuentas lo necesitaba.

Tras firmar, Santiago me llevó hacia un vestido de novia que pendía en un gancho, era sencillo y estaba elaborado con una tela que parecía barata y con varios hilos sueltos, lo único medianamente decente era el enorme velo que ocultaría mi cara. Al lado de mi traje había otro vestido para Anabella, mucho más feo y deshilachado que el mío, de un tono naranjado que no la favorecería en lo absoluto, pegado a este, se hallaba una especie de horrible sombrero con plumas y un velo naranja que le cubriría gran parte de la cara. Parecería una naranja empezando a pudrirse.

—Serás la dama de honor de tu hermana —dijo Santiago—. Así presencias en primera fila cómo consigo todo lo que quiero.

Anabella miró el vestido con una mueca de desagrado.

—¿A esto llamas conseguir todo lo que quieres? Porque yo sólo veo a un intento barato de príncipe, que está en quiebra y no sabe cómo ganar un poquito de dinero y por eso debe recurrir a mi hermana, aparte qué son esos vestidos tan feos. ¿El poco dinero que tenías ya se te acabó y por eso elegiste esas porquerías para nosotras? —rebatió.

—Elegí los vestidos más feos y baratos que encontré, porque combinan con ustedes. Un par de gemelas que se creen mucho, pero cuyo origen común y corriente.

—Pues con todo y lo común y corriente que somos, necesitas de una de nosotras para salir del aprieto económico en el que tu estupidez y la de tu familia los han metido, porque dudo mucho que estés tan interesado en el dinero de mi padre si tus cuentas bancarias estuvieran bien. En estos momentos probablemente seas tan pobre que te repudias a ti mismo—intervine yo. Se sentía bien restregarle a Santiago que no sólo era un miserable, sino que también estaba en quiebra.

—¿Qué tan inepto debes ser para quedarte sin dinero, proviniendo de una monarquía a la que tu nación mantiene? —secundó Anabella.

—Ustedes no saben nada sobre cómo se manejan en la realeza—nos respondió enojado.

—Pues por lo visto tú tampoco, porque quedaste en quiebra querido cuñado.

Había una sola persona en el mundo a la que jamás podrías ganarle una discusión y esa era Anabella. Santiago se marchó enojado, no sin antes ordenar que estuviésemos listas en menos de dos horas.

El tiempo se agotaba.

****

Me miré en el espejo, tenía que hacer algo, pero a la vez no quería precipitarme porque estaba embarazada. Y tampoco deseaba poner en riesgo la vida de mi bebé.

Pero con Santiago no me esperaba nada bueno. Él no iba a tratarnos bien más adelante, yo debía encontrar una salida.

Analicé la situación, Santiago tenía muchos guardias a su cuidado y por más que me hubiera vuelto excelente en el combate contra cuerpo, eran demasiados contra mí sola. Incluso si Anabella o Cara me ayudaban. Debía encontrar una grieta en la boda y aprovecharla, un momento de distracción que me permitiera acabar con Santiago o en su defecto, tomarlo de rehén.

La tela del vestido me resultaba demasiado pura e impecable para una ceremonia en la que tendría que casarme para preservar la vida de mi hermana.

Había escuchado que Santiago le dijo a las estilistas que me dieran lo que pidiera para mi arreglo, siempre y cuando no fueran cuchillos o algo parecido, así que decidí demostrarle al estúpido príncipe que no iba a casarme y ser la esposa complaciente que él esperaba.

—Tráiganme tierra negra y agua —ordené a los empleados, sin apartar la mirada del reflejo en el espejo.

Los hombres me miraron extrañados, como si no entendieran para qué quería algo así.

—¿Acaso Santiago no les dijo que me arreglaran de la mejor manera y que me dieran lo que pidiera para verme bien? —pregunté, intransigente.

Asintieron y al poco tiempo regresaron con lo que pedí. Agarré la tierra, la mezclé con agua hasta formar la cantidad de lodo que necesitaba. Arrojé el barro sobre mi vestido y lo distribuí por toda la tela hasta que adopté la apariencia de una novia mendiga. Sin pensarlo, hice lo mismo con el vestido de Anabella, la cual me miró divertida.

—No puede ir así a la boda, este tipo de atuendos no va con el protocolo—dijo uno de los empleados, pero yo ya había decidido que nadie impediría que le mostrara el mundo que si la novia lucía como una indigente, era porque el novio no tenía dinero para conseguirle algo mejor.

Quería humillarlo, que supiera que yo no le iba a simplificar nada.

Un empleado se asomó por la puerta.

—Es hora de la boda, el príncipe quiere que la novia salga ya mismo—anunció.

—Perfecto —expresé, mientras retocaba el lodo en mi vestido.

—¡No puede ir así! —gritaron los empleados, horrorizados cuando vieron que salí por la puerta.

—¿Y quién va a impedírmelo? ¿Ustedes? —salí corriendo, dejando a todos atónitos.

La reina Francesca me observó con desdén cuando entré a la iglesia que no tenía ninguna decoración especial por la boda, se notó que no le gustaba en lo absoluto mi aspecto.

—No esperaba menos de una mujer sin clase como Adara, luciendo como una mugrienta el día de su boda —comentó, con acidez. Llevaba una tiara dorada que combinaba con su vestido del mismo color. Parecía un trozo gigante de mantequilla, con ese traje abolsado y exageradamente pomposo de época medieval.

—Si yo fuera usted no sería tan alzada, majestad, ya que sin mi dinero esa corona que tanto presume perderá valor.

Ella se acercó para abofetearme, pero la detuve en el aire y le di una trompada tan fuerte que la envié al suelo con la nariz rota. Solté una risita maliciosa y amagué que le pegaría de nuevo. Ella se puso en pie con ayuda de algunos guardias y me apretó la mandíbula con los dedos, la empujé y por poco la tumbé de nuevo.

—Tengo entrenamiento militar ahora, doña Francesca, quien intente ponerme una mano encima saldrá herido. Ya no soy la chica de antes, puede que me hayan orillado a esta boda, pero no aceptaré los maltratos de antes sin oponerme.

Entre los presentes se encontraban el general Lennox, su hijo el coronel Evan claramente incómodo y nervioso. Entre más los miraba menos podía creer que se habían puesto en contra nuestra, por algo que su propio hijo se buscó. En la banca contigua se encontraba la inútil de Carrie vestida de blanco, con una absurda tiara sobre su cabeza. Su presencia allí confirmó mi teoría de que Santiago estaba detrás de todas las cosas raras que habían pasado previamente en mi vida.

Probablemente Carrie me había dicho lo de la apuesta que ella y Luke hicieron para allanarle el terreno a Santiago cuando este regresara a mi vida. Seguramente esperaban que mi amor por el coronel no fuera tan fuerte y que saltaría a los brazos del príncipe sin dinero en cuanto lo viera.

Vi a un tipo bastante parecido a Madison, otro a Valery y entre ellos también estaba el coronel Calvin, uno de los que más odiaba a Luke.

—¿Qué demonios hiciste con el vestido y cómo te atreves a golpear a mi madre? —dijo Santiago con la voz cargada de incredulidad y enojo.

—Si voy a casarme con un príncipe en quiebra y pobre como tú —contesté, sarcástica—, debo lucir como una mendiga llena de tierra, ¿no? Sólo quiero estar a tu altura, mi amor.

El sacerdote apareció en escena y Santiago me dijo que pronto le pagaría lo que le hice a su madre.

El cura era un hombre alto, mayor y extrañamente imponente que hablaba en voz muy baja, como si tuviese problemas de garganta. Algo en él me resultaba familiar y mi corazón se aceleraba cada vez que lo escuchaba, pero no entendía bien el porqué.

—Apúrese, inútil —gruñó Santiago, impaciente, al ver que el cura trastabillaba al subir los escalones que le llevarían al altar.

La ceremonia empezó, mi mente trabajaba a todo vapor buscando una salida. Cara se encontraba en la iglesia, contemplando todo mucho menos desanimada que nosotras. La posible aparición de su hermano mafioso la mantenía alerta.

Había guardias armados por todas partes, uno de ellos tenía a Anabella

La voz del cura era tan baja que apenas se entendía, pero su presencia me provocó una inquietud rara, indescriptible.

—¿Acepta usted por esposo a su alteza real el príncipe Santiago? —preguntó el hombre, y en ese instante un tipo armado puso un rifle contra mi cara.

—Responde rápido —ordenó Santiago, impaciente

—Yo… —balbuceé, me negaba a aceptar sin pelear, pero no tenía otra opción.

Miré a Anabella y vi que varias armas también le apuntaban. No tenía más remedio que acatar lo que pedían, por mi bien y el de ella.

—Acepto —dije finalmente.

—Pues yo creo que no —dijo el cura, y en un instante me quedé paralizada al ver cómo se quitaba una especie de máscara, para revelar el rostro del hombre que más amaba: El de mi coronel.

Luke estaba vivo.

Capítulo 47

Adara

Estaba parada junto al altar, incapaz de procesar lo que veía. Sentía que estaba soñando. Mi amado coronel estaba en la iglesia, vivo y dispuesto a todo por mí. La sotana pegada a sus músculos le hacían lucir como el sacerdote más caliente del mundo. Su arma apuntaba directamente a Santiago y sus ojos verdes se enfocaban en los míos, cual si quisiera cerciorarse de que estaba bien.

Mi corazón se detuvo y sentí que el alma volvió a mi cuerpo. Hice lo posible para quitarme el horrible velo y verlo mejor pero no lo logré, porque estaba enredado en mi trenza.

No podía creerlo. El miedo, la ansiedad, el estrés y la angustia de no saber si él estaba bien, abandonaron mi cuerpo de golpe y en su lugar me le quedé mirando embobada.

—¡Mi coronel! —grité, y en un movimiento casi instintivo me pegué a él. Sus ojos se encontraron con los míos y, me vi reflejada en ellos. En esa mirada glacial que se había convertido en el eje de mi felicidad.

—¡Mi amor! ¡Estás vivo! —le susurré, con lágrimas mezclándose con la incredulidad—. No lo puedo creer, temí tanto no volver a verte yo…

Luke bajó su arma un instante y me lanzó una sonrisa cargada de arrogancia y ternura, como si estuviese seguro de que yo la había pasado horrible sin él. Su mirada se fundió con la mía con una intensidad que me dejó sin aire. Cuando su mano subió hasta mi rostro, sentí el roce áspero de sus dedos y me estremecí. Me sostuvo la cara como si temiera perderme, y entonces me besó con urgencia, como si estuviera saciando un vacío que sólo mis labios podían llenar. La fuerza de su boca me inundaba de ese amor tan grande que le había ganado a la muerte varias veces. Todo a nuestro alrededor desapareció: solo quedamos él y yo, respirando el mismo aire, disfrutándonos el uno al otro, aferrados a ese único y pequeño instante de paz posible en medio del caos.

—Jamás moriría sin haberme casado contigo, nena. Tú eres mi mujer y no voy a permitir que te cases con ninguna princesita pendeja —su voz grave me hizo estremecer, mientras sus dedos se entrelazaban con los míos, como si nada ni nadie pudiera separarnos.

—¡¿Cómo te atreves a decirme princesa pendeja, plebeyo?! —gritó Santiago furioso.

Luke se giró hacia él con una rapidez insólita.

En un movimiento seco y preciso, alzó la pierna y lo derribó con una patada brutal que hizo que el príncipe se estrellara contra el suelo alfombrado. El impacto causó que los huesos de Santiago traquearan y su cara se torciera a causa del dolor.

Los guardias reales apuntaron sus armas hacia Luke. Sin embargo, él no mostró miedo.

Sus ojos se oscurecieron mientras los miraba, parecía un felino decidiendo cuál presa atacar primero.

Una ligera sonrisa se dibujó en sus labios, y noté cómo la mira de casi todas las pistolas de los guardias reales se agitó mientras miraban al coronel, una muestra de que Luke infundía un terror absoluto en ellos.

El coronel avanzó un paso, sin bajar la mirada, con el porte de un hombre acostumbrado a tener la muerte demasiado cerca como para temerle.

—Bajen esas armas —ordenó con voz baja, transmitiendo tanta autoridad que incluyo yo sentí ganas de bajar una pistola, aunque no tuviera ninguna en las manos.

Luke meneó la cabeza, preparado para atacar si ellos no obedecían, los hombres titubearon y se miraron entre sí. Sabían que, si alguno disparaba, probablemente no saldrían vivos del lugar porque el coronel probablemente los mataría a todos sin esforzarse.

En el suelo, Santiago soltó un gemido ahogado. Luke lo miró con asco sin dejar de apuntarle, como si quisiera dispararle en lugar de darle más largas al asunto. Había algo en su postura que lo convertía en un depredador silencioso, paciente y muy letal. Nadie se atrevió a dar el primer paso.

—Si intentan algo, su adorado príncipe sufrirá las consecuencias —dijo sin inmutarse lo suficiente.

—¿Viniste solo?

Luke me guiñó un ojo.

—Por supuesto que no.

Con un gesto decidido, presionó un botón en su muñeca. De inmediato, el rugido de varios aviones de combate resonó sobre nosotros, provocando que los invitados alzaran la cabeza temerosos.

Pero entonces ocurrió algo inesperado: una extraña explosión tronó en el cielo y Luke miró perplejo su aparato, incapaz de comprender qué acababa de pasar.

La reina Francesca se levantó del asiento, acompañada por el coronel Lennox, el padre de Evan, quien parecía muy a gusto con ella.

—Ay, coronel… qué tonto fue de su parte haber venido sin Damon King —dijo Lennox, con un toque de sarcasmo en la voz—. ¿De verdad creíste que no me daría cuenta que intentarías intervenir en la boda? A pesar de que estoy suspendido del ejército, tengo gente que sigue trabajando para mí. Esos aviones de combate que trajiste no te servirán de nada, ni toda la gente que te acompaña. Tengo todo controlado, incluso si Damon King está en este lugar, nada evitará que la reina obtenga lo que quiere.

En ese momento, un guardia entró arrastrando a Noah, el cual tenía una espantosa cortada en la cara, y parecía que algo le estaba secando la piel.

—¡No, Noah! —grité, intenté correr hacia él pero Luke me detuvo.

—Estoy bien, Ada, no te preocupes, intentaron arruinar mi belleza cortándome la mejilla, pero se sabe que aún así soy el hombre más hermoso del planeta.

Su buen humor me dio esperanzas.

La reina Francesca soltó una carcajada cruel.

—Que entre el verdadero sacerdote y prosiga con la ceremonia. Si no acatan mis órdenes mataré a Noah —manifestó, dando órdenes con esa voz de bruja malévola que no podía ocultar.

Un cura viejo apareció de pronto, ajustándose las gafas y con voz temblorosa nos saludó. A él también le apuntaban, me dio la impresión de que ese sacerdote ni siquiera sabía en dónde estaba.

—Declárelos marido y mujer ya mismo —dictaminó Francesca.

—¿A quién? —preguntó el cura.

—A ellos, viejo estúpido —ella nos señaló a Santiago y a mí.

El sacerdote se rascó la cabeza.

—¿Y quiénes son ellos?

—Ay Dios, sólo diga lo que le ordené o lo mataré.

—Bueno, bueno, pero cuánta violencia —Se quejó el cura, pero se calmó al ver que uno de los guardias reales presionaba la pistola contra su nuca—Y entonces los declaro marido y muje...

Pero antes de que pudiera terminar, una mujer irrumpió en la estancia gritando con desesperación. Entró corriendo a la iglesia, con el rostro desencajado y los ojos desorbitados, sujetando un arma con las dos manos, como si esa pistola fuera lo único que la mantenía con vida. Tenía enormes ojeras y los ojos enrojecidos como si hubiera llorado por meses.

Su cabello oscuro, enredado y húmedo, caía sobre sus hombros, pegado al rostro. Tenía la cara sudorosa y parecía que había corrido durante horas.

¿Quién era?

—¡Santiago, tú no puedes casarte con otra!

Intentó dispararme, pero Luke reaccionó como un relámpago, colocándose frente a mí para evitar que me dañara, le dio una patada a la pistola que salió volando por los aires y aterrizó entre algunas bancas de la iglesia. Anabella saltó sobre la recién llegada, logrando derribarla, pero la chica fue más rápida, se arrastró y logró agarrar la pistola. Ambas forcejearon durante un rato, dando vueltas y peleando por tener el control del arma. Pero de pronto un disparo tronó y yo ahogué un grito temiendo que mi hermana hubiese sido herida. Pero Anabella se alejó de la recién llegada, completamente ilesa.

La otra chica había recibido el tiro y se agitaba sobre el suelo, bañada en sangre.

—¡No, Bianca, hermana!

De repente, varios militares irrumpieron en la iglesia, apuntando y cubriendo cada rincón.

—Perdón el retraso, coronel —dijo uno de ellos—. Tuvimos algunos inconvenientes con una explosión repentina, pero ya estamos aquí.

Luke esbozó una sonrisa fría y confiada.

—Sabíamos que intervendría, general Lennox, así que vinimos preparados para este tipo de cosas. No eres el único que va un paso adelante.

Lennox frunció el ceño.

—Aún así, sin Damon King, ustedes no son más que un montón de niños jugando a ser militares. Ya me encargué de que no pudiese venir y es cuestión de tiempo para que todo salga como queremos.

Un enjambre de disparos comenzó a resonar. Los militares se estaban enfrentando a la guardia real del príncipe, mientras este intentaba escapar, pero no lo lograba pues Luke le apuntaba al más leve movimiento.

Alguien más llegó a la iglesia y en ese instante la atmósfera cambió por completo. La luz del sol que entraba por los ventanales perdió fuerza de golpe, como si el mismo sol se inclinara ante él y tuviese miedo de perturbar al recién llegado con sus rayos.

No necesité analizar por mucho tiempo la situación, para saber que el enmascarado que había llegado era nada más y nada menos que: Alessandro Santori, el hermano de Cara, un peligroso capo italiano.

Alessandro era un rey de la mafia italiana que no necesitaba palabras para dominar la habitación. Su cabello negro azabache, perfectamente peinado hacia atrás se encontraba ligeramente aplastado por una máscara oscura que le cubría la mitad de la cara, cuyas facciones imponentes, frías y masculinas eran jodidamente llamativas. Sus ojos de un azul profundo y turbio emanaban tanta destrucción, que incluso Anabella movió la cabeza en su dirección, quizá tan perpleja como yo.

El capo avanzó amenazante hacia su hermana y nos miró como si estuviera decidiendo a cuál de nosotros mataría primero.

De pronto apuntó con la pistola a Anabella.

—¡Muéstrame tu rostro!

—Ni siquiera lo sueñes.

—Te di una orden.

—¿Y? No tengo por qué cumplirla, así que no me molestes—Anabella intentó tomar la pistola con la que le había disparado a Bianca, pero Alessandro fue más rápido y la pateó lejos, luego le regaló la sonrisa más fría e inexpresiva que había visto en mi vida.

Era un hombre que parecía disfrutar con la tensión que provocaba, que se alimentaba del miedo y del caos que sembraba a su alrededor.

Cada músculo de su cuerpo imponente lucía tenso, preparado para cualquier movimiento, pero al mismo tiempo irradiaba una seguridad absoluta, como si estuviese seguro de que nada ni nadie pudiera desafiarlo. De no haber sido porque el coronel estaba allí, la habitación entera habría girado en torno al mafioso que acababa de llegar. Incluso los hombres de aspecto peligroso que le acompañaban, parecían gatitos inocentes frente a su presencia dominante.

Me daba la impresión de que él no conocía el significado de lo que era la misericordia y Anabella sería su víctima si no hacíamos algo.

—Di tus últimas palabras, *bella donna* —dijo con una voz profunda y mortal.

Mi corazón latía desbocado, tomé la pistola del guardia que estaba a mi lado y le apunté al mafioso a la cara.

—Si tú le disparas, me encargaré de que tú y tu hermana mueran.

Alessandro giró su arma hacia mí y me sostuvo la mirada.

—¿Quién eres tú para dirigirte la palabra al *capo dei capi*?

—Más bien, ¿quién eres tú para atreverte a hablarme? —respondí, sin un atisbo de miedo.

Anabella se puso de pie, aún con el rostro cubierto.

—Es a mí a quien quieres, déjala fuera de esto —dijo, con una firmeza que sorprendió incluso al mafioso.

Luke me colocó detrás de él, poniéndose en guardia frente a Alessandro, altanero y desafiante. Por un instante, toda la iglesia se convirtió en un campo de batalla silencioso: el coronel más importante del ejército contra el capo reinante en la mafia italiana. Aquello no iba a terminar bien.

Alessandro sacó una pistola de su bolsillo, y le apuntó a Luke con ella. Con la otra mano siguió apuntándole a Anabella. Debía ser un buen tirador para atreverse a manejar dos pistolas a la vez.

—Si la matas —dijo Luke, con voz grave y amenazante—, desatarás una guerra sin sentido entre dos bandos que no tienen por qué ser enemigos.

Alessandro ni se inmutó y alzó aún más la pistola hacia Luke. El coronel hizo lo mismo.

—¿Y por qué crees que me interesaría hacer alianzas con su ejército, coronel?

—Tampoco nos interesa aliarnos con ustedes, no los necesitamos, pero tenemos un enemigo en común y esa es la reina Francesca y su hijo. —contestó Luke, apuntando con precisión a Alessandro. Sabía que si el coronel disparaba el Capo no tendría oportunidad de sobrevivir, pero me dio la impresión de que si el italiano atacaba primero, a Luke tampoco le iría bien.

Ambos se midieron durante segundos eternos, apuntándose mutuamente.

—Uno de tu bando acaba de dispararle a mi hermana —dijo Alessandro, con una voz fría.

—Bianca solo tiene un rozón en el brazo, no va a morir —expuso Cara, para apaciguar la tensión.

Santiago volvió a intentar escapar, pero le disparé en una pierna.

—¡¿Por qué me haces esto?! —chilló.

—Por imbécil, y dale gracias a Dios que no te disparé en la garganta porque ganas no me faltan.

La reina Francesca corrió hacia la salida aprovechando la distracción que había creado el capo, y Luke la observó furioso. Aprovechó la situación para escapar y ni siquiera le importó salvar a su hijo.

—Maldita sea, se escapó.

Alessandro, sin despegar los ojos de Anabella se dirigió a nosotros.

—¿Cómo se supone que van a borrar la afrenta que tu bando le hizo al mío al atacar a mi hermana?

—Con una boda, mi señor —respondió uno de los hombres que le acompañaba. Un tipo con barba entrecana y alto que podría tener cuarenta años y seguramente era su asesor.

—¿De qué estás hablando? —interrumpió Alessandro, con desdén—. Yo nunca me casaría con una mujer que no sea italiana.

Anabella se puso en pie, tan desafiante como siempre.

—¿Y qué te hace pensar que quiero casarme con un mafioso prepotente que no es capaz de ver que quien atacó primero fue tu hermana? Técnicamente ustedes empezaron esta guerra. Yo simplemente respondí y evité que tu desquiciada hermana hiciera de las suyas.

Alessandro le regaló una sonrisa fría.

—Eso es una buena respuesta, considerando que estás a punto de morir.

—Entonces mátame ya y deja de parlotear tanto —expresó Anabella un tanto hastiada—, ¿o es que acaso te enamoraste de mí sin ver mi rostro y estás considerando casarte conmigo?

Solté una risita nerviosa y Luke me miró como si hubiera perdido la razón.

—Nena, te amo y lo sabes, pero ¿crees que es el momento correcto para andar riéndote? —susurró, incrédulo.

—Perdón, mi vida, pero, ¿es que no te das cuenta? Su relación de *enemies to lovers* está comenzando—respondí, juguetona.

Alessandro replicó, con desprecio.

—Una mujer vulgar y sin prestigio jamás podría convertirse en la señora Santori, ese lugar no es para cualquiera.

Anabella respondió de una vez. Ni siquiera un mafioso italiano era rival para ella cuando de discutir se trataba.

—Para qué quiero ser una Santori si soy una King. Llevar un apellido de la mafia me haría bajar de categoría.

El mafioso la estudió, desde la cabeza hasta los pies. No parecía enojado con mi hermana, pero sí intrigado a pesar de que no podía verle el rostro, porque ella seguía con la tara tapada por un velo sucio.

—Estás completamente sucia y no me apetece limpiar la contaminación que hay en ti convirtiéndote en mi esposa.

Su acompañante intervino tratando de apaciguar las aguas. Era el único en su grupo que no parecía un asesino experto.

—Pero debe considerarlo, señor. Si no, nos veremos obligados a declararle la guerra al ejército de Damon King. La guerra entre dos bandos enemigos y con mucho poder, siempre se resuelve con una boda.

Alessandro miró a Anabella con intensidad.

—Este es el momento en que suplicas mi perdón —concretó sin dejar de apuntarle a mi hermana.

Anabella reaccionó con rapidez, corrió hacia el arma que el mafioso había pateado minutos atrás y le apuntó directamente a Alessandro.

—¿Y si mejor eres tú quien suplica mi perdón?

Alessandro estalló en una risa fría de medio lado.

—Así que la pequeña pordiosera piensa que puede hacerme frente —dijo, empujándola contra la pared y quedando a centímetros de su cara tapada.

No entendía qué susurraban, pero era claro que el mafioso y mi hermana discutían en voz muy baja.

Luke suspiró y, dio un paso al frente para proteger a Anabella.

—Iré a ayudar a tu hermana.

—No —le respondí—. Déjalos, se están conociendo, así empezamos tú y yo.

Luke me miró, entre divertido y resignado.

—En serio no tienes remedio, nena.

Una paz momentánea se rompió en mil pedazos cuando un grupo de tipos desconocidos apareció, armados hasta los dientes. Algo en ellos me hizo estremecer, porque nos miraban de forma ausente, como si fuesen un grupo de locos que sólo habían llegado para matarnos. Los disparos comenzaron a retumbar, rebotando entre las paredes de mármol, y el caos se extendió como un incendio imposible de apagar. Yo sentí cómo mi corazón se disparaba mientras Luke me empujaba ligeramente detrás de él.

Los hombres que acompañaban al capo se pusieron a hacerle frente a los guardias reales.

—Colaboraremos por ahora, pero después solucionaremos las cuentas que tenemos pendientes coronel —murmuró el italiano.

—Ninguna cuenta pendiente, tu hermana sigue viva y eso debe bastarte.

—Está bien, Santori.

—En la mafia no olvidamos las ofensas hechas, que quede claro.

—Qué rencorosos son— manifesté.

—Preciosa, quédate a mi lado, por favor, no hagas imprudencias — me dijo Luke, con la voz grave y firme. Él sabía que yo era imprudente, pero en aquel momento sólo pensaba en proteger a mi bebé y salir bien librada de ese lugar.

Tomé su mano sin titubear.

—Con usted hasta el fin del mundo, mi coronel —respondí, con un hilo de voz que revelaba tanto miedo como determinación.

Luke me miró, sorprendido, como si necesitara confirmar mis palabras.

—¿Eso significa que me has perdonado? Porque si es así podría ponerme a bailar en este mismo momento —murmuró, aliviado

—Digamos que imaginar que habías muerto me hizo darme cuenta de que el Luke que hizo esa apuesta... no tiene nada que ver con el actual, con el hombre que me ama y es capaz de disfrazarse de cura para impedir mi boda. Con el coronel vaquero, seductor y amoroso, que se comporta como un jefe mandón en el ejército —dije, y por un instante y entrelazamos las manos.

Noah que había conseguido zafarse del guardia que le apuntaba se acercó a nosotros.

—Oigan, ya tendrán tiempo para darse besitos y todas esas cochinadas que les gustan a ustedes, pero... ¿No les parece que deberían enfocarse más en la pelea que tenemos en frente? Parece mentira que tenga que ser yo quien madure de golpe y no ustedes.

El estruendo de disparos continuaba, pero Luke y yo nos movíamos en sincronía perfecta. En cada paso que daba él me protegía. Saltábamos, nos cubríamos detrás de bancos y pilares, y aunque los hombres a nuestro alrededor parecían tener fuerza sobrehumana, Luke encontraba siempre la manera de enfrentarlos y neutralizarlos con movimientos medidos y letales.

De pronto, uno vestido como militar italiano, con el logo del ejército en el pecho, apareció entre las columnas y se plantó frente a Luke en el centro de la iglesia.

—Cavani —susurró Luke con una mezcla de desdén y reconocimiento.

—Vaya, coronel —respondió el tipo, sonriendo con una frialdad que helaba la sangre—. Qué gusto verlo en estas circunstancias. Usted y yo tenemos una pelea pendiente.

Luke ladeó la cabeza, tan confiado como siempre, haciendo gala de esa arrogancia que lo hacía imparable.

—Yo ya te vencí una vez, y al parecer vienes por más —replicó, mientras el ambiente se cargaba de tensión.

En ese instante, Luke y Cavani se enzarzaron en un combate feroz, y la iglesia se convirtió en un campo de guerra. Cada golpe que intercambiaban hacía vibrar los cimientos, y el sonido de sus puños y patadas retumbaba en mis oídos como un tambor de guerra. Cavani se movía con una precisión inaudita, sus movimientos eran casi imposibles de seguir, como si su cuerpo estuviera dotado de fuerza sobrehumana. Luke, con la misma intensidad, respondía a cada ataque, bloqueando, esquivando, y contraatacando con una velocidad que parecía desafiar las leyes de la física.

Sentí el aire vibrar cuando Luke recibió un golpe brutal que lo empujó hacia el altar. El impacto resonó en toda la iglesia. Antes de que pudiera reaccionar, Cavani giró sobre sí mismo y se lanzó hacia mí con intención de hacerme daño, sus ojos brillaban con malicia y desprecio. En otro momento me había plantado a pelear, pero el embarazo volvía a desgastarme y me sentía sin fuerzas para hacerle frente.

Mi corazón se detuvo por un instante, pero Luke reaccionó instintivamente, se puso en pie de golpe y se colocó frente a mí, erigiéndose como un muro impenetrable que iba a protegerme hasta el fin de sus días. Pude sentir la fuerza de su presencia, esa seguridad que siempre me había hecho sentir segura y que ahora parecía multiplicada por sus ganas de evitar que Cavani hiciera de las suyas.

Alessandro apareció a mi lado, disparó en dirección a Cavani, obligándolo a retroceder lo suficiente para que Luke me apartara hacia un lugar seguro. El combate continuaba, y cada segundo que pasaba el caos se acrecentaba.

El tiempo avanzó y tras varios minutos los guardias reales empezaban a caer uno a uno. No quedaban señales de Cavani. Los extraños hombres que parecían tener fuerza sobrehumana eran los únicos que estaban dándole problemas a los militares, Luke y Alessandro eran los únicos que podían contenerlos a duras penas, pero eran sólo 2 y ellos eran más de cincuenta.

Cavani se escondió tras una pilastra y luego intentó llegar a mí por el otro extremo, aprovechando que Luke se encontraba peleando con dos sujetos enormes.

—No, mierda —gruñó Luke, levantándose con rapidez mientras yo me tambaleaba, mareada por mi embarazo. Cavani me tomó del brazo, y sentí un miedo que me congeló la sangre.

Justo cuando iba a ser arrastrada, Anabella apareció a mi lado, disparó y el tiro se clavó en el brazo de Cavani. Él se detuvo, gruñendo, mientras Alessandro, el mafioso, se giraba y decía con voz fría:

—Así que no tienes tan mala puntería.

—¿Quieres averiguar qué tan mala puntería tengo si te suelto un disparo? —respondió Anabella con altanería, la adrenalina la tenía desbocada.

Luke se acercó furioso a él.

—¿Has estado tomando esteroides, Cavan? —gruñó, señalando al tipo que parecía ahora una máquina de guerra.

—No, la reina Francesca nos dio unas bebidas especiales para volvernos sobrehumanos. Su padre las diseñaba —respondió él, con una sonrisa torcida.

Cavani se lanzó hacia Anabella, pero Luke aprovechó la distracción y le disparó dos veces en la espalda y Alessandro le soltó un tercer disparo. Él cayó, pero se levantó nuevamente. Yo me apoyé en el pilar más cercano, jadeando:

—Esto parece a… —comencé, pero un estruendo se produjo en el techo y la iglesia empezó a sacudirse.

—¡Salgan de la iglesia! —gritó Luke, tomándome de la mano y guiándome mientras las paredes temblaban.

¿Era un terremoto?

Noté que unos guardias sacaron a Santiago y aunque aquello representaba un problema, era cuestión de tiempo para que lo agarráramos.

Parecía que la situación mejoraba, porque ya casi no quedaban hombres de Francesca, hasta que Luke notó que varios tipos raros emergían de entre los árboles y nos rodeaban. Por desgracia varios de los militares de nuestro bando habían caído, y nuestros contrincantes no parecían humanos, sino verdaderos monstruos alterados genéticamente. Tenían todas las características de uno: Mirada perdida, mente inestable, fuerza sobrehumana, actitud fría, sed de sangre.

—Mi padre mencionó que en el pasado un científico loco estaba creando soldados sobrehumanos —susurré, con horror.

Desde el bosque cercano, Francesca emergió entre los árboles, emanando un aura siniestra. Como el de una asesina en serio que estaba a punto de revelar qué la motivaba a matar.

—Así que no eres tan tonta después de todo —dijo con una sonrisa—. Pero estos soldados son la versión mejorada de los que mi padre creó, son más letales y acabarán con ustedes con suma facilidad. Los que enfrentaron hace un rato, forman parte de la fase que aún no ha sido perfeccionada, pero estos, son mucho más letales y peligrosos que los primeros.

Cientos de soldados comenzaron a avanzar, y el suelo temblaba a su paso.

El bosque contiguo a la iglesia se convirtió en un campo de batalla donde los disparos se mezclaban con los golpes, los gritos y los choques de metal.

—Adara, no puedes exponerte, ya sabes por qué —gritó Anabella, mientras nos colocábamos detrás de un enorme árbol.

Alessandro ordenó a sus hombres rodearnos y señaló a Luke:

—Seguiremos colaborando pero eso no significa que he olvidado lo que la pequeña pordiosera le hizo a mi hermana.

—Tus insultos de capo barato son hasta tiernos —respondió Anabella, desafiante.

—Ay, ya se están enamorando —susurré, mientras Luke rodaba para esquivar un golpe que un tipo le lanzó y me miraba con intensidad.

—Tu versión del amor está bastante distorsionada, creo que por eso te enamoraste de mí —acotó divertido el coronel.

—¿Por qué Anabella quiere que te cuides? ¿Estás enferma, nena? —No estaba segura de que ese fuera el momento perfecto para revelarle mi embarazo. Quería hacerlo cuando ambos estuviéramos tranquilos, no en medio de la guerra.

La pelea estalló de nuevo, los soldados de Luke seguían perdiendo terreno ante la oleada de enemigos.

—¿Dónde está mi padre? ¿No le dijiste nada? —pregunté, mientras esquivábamos una ráfaga de disparos.

—Se suponía que ya debía estar aquí... no entiendo qué ocurrió —respondió Luke, con el ceño fruncido.

—¿Y si les pasó algo? —dije, sintiendo un nudo en el estómago.

—Te tengo una sorpresa, Luke —dijo Francesca, y de entre los árboles surgió un hombre con parte del rostro quemado.

Algo en él me resultaba familiar. Observé su rostro, sus facciones y un escalofrío me recorrió al reconocer unos ojos idénticos a los de Luke.

—No puede ser —susurré, paralizada.

Luke palideció.

—Bienvenido, Logan Thorne —dijo Francesca con frialdad—. El antiguo director de la CIA ha venido a vengarse de aquellos que lo dañaron. ¿No te da gusto ver a tu padre, Luke?

Logan avanzaba con paso firme y peligroso, sus ojos brillaban con un odio que prometía devastación. Recordé que mi padre me contó que incluso él tuvo problemas para vencerlo, por culpa de una droga que lo hacía casi invencible.

—Vaya, así que tú eres mi hijo Luke y tú debes ser mi nuera. Tanto que tus padres me odian y terminaste enamorándote de alguien que lleva mi sangre, Adara King—dijo Logan, deteniéndose a metros de nosotros de forma amenazante.

Luke salió al frente y se colocó entre su padre y yo.

—No dejaré que avances, Logan. Si intentas hacerle daño a mi mujer o a cualquiera que me importe, voy a matarte, aunque llevemos la misma sangre.

Sentí la vibración en el pecho y luego el temblor bajo mis pies, como si la tierra estuviera anunciando que algo sorprendente se aproximaba. Las hojas de los árboles cayeron, el rocío que cubría las ramas se desprendió y un segundo después de combate retumbaron en las alturas perfecta formación

El rugido de sus motores hizo temblar todo a mi alrededor. Era un sonido que reconocería en cualquier lugar, una señal que siempre precedía la llegada de mi padre, el monstruo del Pentágono había llegado para hacerle frente a su antiguo enemigo y el cielo una vez más, se rendía ante el poderío que emanaba mi padre.

Papá le sonrió a Luke y levantó un pulgar, acto seguido lanzó a Santiago a una charca que encontró.

—Rapunzel regresa a tu charco —expuso ante la mirada divertida del coronel.

—¿Cómo te atreves a tratar así a mi hijo? —gruñó Francesca, aunque se le notaba más pálida desde que vio llegar a papá.

—¿Y por qué habría de tratar bien al Bob Esponja bueno para nada que pariste?

Papá fijó su vista en Logan Thorne, arqueó el cuello y dio un paso al frente.

—Me parece que a quien tienes que enfrentarte es a mí, Logan. No a tu hijo —expuso, haciendo gala del tono que solía hacer temblar a cualquiera que estuviese en su contra.

Mi madre apareció por la zona lateral, sujetó a Francesca por el pelo y la instó a dar un paso hacia adelante.

—Y de ti me encargo yo, maldita perra. Ya has jodido demasiado en esta vida —gruñó, mostrando la rabia que había acumulado hacia ella.

Capítulo 48

Adara

Alessandro Santori observaba todo a la distancia sin hacer ningún movimiento, mientras sus hombres mantenían la presión sobre los guardias y hombres de la reina Francesca.

Anabella, se colocó al lado del mafioso y él, por raro que sonaba se acomodó frente a ella como si estuviera bloqueando que alguno de nuestros enemigos pudiera alcanzarla y dañarla.

Yo me mantenía detrás de Luke.

El campo de batalla era un hervidero de contiendas.

Soldados sobrehumanos, mafiosos italianos, soldados del ejército iban de un lado a otro enfrentándose en combates de cuerpo a cuerpo, y los disparos resonaban sin que pudiese verse con claridad cuál bando iba ganando.

Miré a mi padre y me sentí aliviada al instante. Su llegada cambiaría todo el panorama.

Papá y Logan se observaban a la distancia, como dos monstruos colosales que habían esperado milenios para enfrentarse. El primero en moverse fue mi padre; corrió hacia Logan lo tomó del cuello y lo estampó contra un árbol con una fuerza brutal. El impacto hizo temblar las ramas, y de pronto todos los enfrentamientos se detuvieron para presenciar lo que estaba pasando.

—Vaya, parece que sigues en buena forma, anciano —dijo Logan, con una sonrisa torcida y un hilo de sangre en la boca.

—Diría lo mismo de ti, pero tanto tiempo encerrado en la cárcel te volvió un viejo inservible —respondió papá, mirándolo con altanería.

Logan se levantó de un salto y le lanzó un puñetazo directo al rostro. Papá esquivó el golpe con una calma inhumana, y le devolvió el impacto aunque no con tanta fuerza, Logan ni siquiera se tambaleó o emitió alguna señal de dolor. Fruncí el ceño, extrañada.

Papá nunca lanzaba golpes a media máquina.

Quizá yo estaba sobre- analizando la situación. Era normal que ciertos golpes no tuviesen una potencia inaudita.

De pronto, papá giró en el aire y su pierna se hundió en el abdomen de Logan. El golpe fue tan fuerte que lo envió de nuevo al suelo. Él cayó sobre un cúmulo de hojas que se aplastaron contra su peso. Logan Thorne era un tipo de casi dos metros, que, si no fuera porque había otras torres como el coronel o mi padre, diría que era el más alto del lugar.

Logan se incorporó alterado y le lanzó otro golpe a papá, esta vez directo al rostro. El impacto lo hizo tambalear, aunque no logró derribarlo. Ambos se miraron fijamente, soltaron varios jadeos, y se ensartaron en un intercambio de jabs que no parecían tener un ganador definido. Noté que los golpes que ambos lanzaban no se veían potentes.

¿Logan también se estaba conteniendo?

—¿Notas que a ratos parece que ellos no pelean en serio? —susurré a Luke.

—Me doy cuenta, pero es raro —respondió con la voz aún ronca.

Le pasé la mano por el hombro, preocupada.

—¿Te sientes bien, mi amor? Es decir… es la primera vez que ves a… bueno, ese hombre, eh a Logan.

—No te niego que ha sido impactante —contestó, un tanto contrariado—, pero realmente me interesa más que todos salgamos de aquí con vida.

Volteé hacia Anabella, que estaba demasiado cerca del mafioso.

—Mira, Anabella sigue pegada a su futuro esposo. Para mí que ya están intercambiando teléfonos —murmuré.

Luke perfiló una media sonrisa.

—Ay, nena, en verdad tienes una imaginación enorme. Creo que eres la única que ve posibilidades reales de un romance entre ellos.

Mientras tanto, mi padre había logrado arrinconar a Logan contra un árbol. Cada golpe que le lanzaba, lo hacía retroceder más y más. A pocos metros de distancia, mamá seguía tirando del cabello de la reina Francesca, que chillaba y le ordenaran a sus guardias que le quitaran a mi madre de encima.

—Una simple mujer vulgar como tú no debería atreverse a tocar mi hermosa cabellera —vociferó Francesca.

—¿Hermosa cabellera? Ay por Dios, si se nota que usas acondicionador del barato. Tu país está en quiebra y ya no tienes ni para comprarte un champú decente, si fueses menos desagradable te donaría una canasta de productos de mejor calidad —replicó mi madre antes de abofetearla con tal fuerza que la tiró al suelo.

Un grupo de guardias reales intentó acercarse a mi madre, pero Noah llegó a ella, acompañado por un pelotón de soldados que les bloqueó el paso.

—Señora Isabella, ¿cómo está? ¿Necesita ayuda? Veo que su nivel de violencia anda tan elevado como siempre, quizá lo mejor sea alejarme —preguntó burlón.

—Muchas gracias, Noah. De momento quiero seguir arrastrando a esta vieja bruja un rato. Manténganse aquí y eviten que alguien más se me acerque a molestar, la estoy pasando de maravillas dándole su merecido a esta desgraciada al fin. —dijo mi madre con una seguridad que hizo sonreír incluso a los soldados.

Luke me observó divertido.

—Ya veo de quién heredaste tu carácter.

—La gente suele decir que el rudo es papá, hasta que conocen a mamá y se dan cuenta de que es mejor llevarse bien con ella —respondí, conteniendo una sonrisa.

Volví la mirada hacia mi padre y el ex director de la CIA. El intercambio de golpes seguía siendo constante, pero seguía pensando que ninguno de los dos estaba peleando al cien, como si ambos solo quisieran ganar tiempo.

—¿No te parece que es como si estuvieran ganando tiempo? —pregunté.

Luke asintió.

—Tan observadora como siempre, nena. Tengo esa misma impresión que tú, has aprendido mucho sobre cómo analizar las peleas y estoy muy orgulloso de tí.

Nos alejamos un poco de la zona más violenta, Luke pensó que era lo mejor y la verdad es que quería hablar con él y entender cómo había llegado allí. Varios soldados nos acompañaron para evitar que nadie llegara a nosotros. Santiago se encontraba vigilado por varios militares y era casi imposible que escapara.

Estábamos ganando y era cuestión de tiempo para que todo acabara.

—¿Mi padre no te dijo si planeaba algo? —pregunté.

—En realidad apenas y pudimos vernos antes de venir para acá —respondió Luke—. Cuando tu hermana me llamó, la señal era horrible y yo estaba bastante enfermo. Noah fue quien hizo el enlace entre tu padre y yo y así pudimos dar con tu ubicación.

Suspiré.

—Amor, supe que te descuidaste por mi culpa y por eso tuviste neumonía. ¿Estás bien?

—No te preocupes por eso —respondió con voz suave—. Merecía sufrir un poco después de esa estúpida apuesta.

Le tomé el rostro entre las manos y lo besé amorosamente.

—Ya no pensemos en eso. Ya eso quedó atrás. Lo dejaré en el pasado, y quiero que tú hagas lo mismo. Me parece que tuviste un escarmiento suficiente con lo que pasó, y no deseo ampliar una contienda innecesaria entre nosotros. Lo que importa ahora es que nos amamos, que estamos juntos y seguiremos estándolo, si deseas seguir al lado de esta berrinchuda.

Luke sonrió apenas.

—Seguiría intentando estar contigo aunque me rechazaras mil veces, porque te amo. Porque adoro cada segundo contigo y no importa si tengo que morir cientos de veces para que estés bien, reviviré las veces que sean necesarias para volver a ti.

Tomé aire y bajé la voz.

—¿Qué fue lo que pasó en tu casa? Vi que explotó, y en las noticias decían que estabas muerto. Han sido días espantosos, pero algo dentro de mí me decía que estarías bien, que nada te pasaría, que no existe una explosión más fuerte que tú en el mundo.

—Cuando Anabella me llamó y hubo interferencia en la llamada, supe que algo extraño debía pasar —explicó—. Le pedí a Noah que hiciera que el equipo del ejército lo descifrara. No fue fácil, había mucho ruido en el audio y costó más de la cuenta, la señal en este sitio es espantosa. Aunque los especialistas en tecnología dijeron que la señal del móvil de Anabella parecía estar siendo interrumpida por algún aparato, quizá Santiago se encargó de que ni tu hermana ni tú, tuviesen buena señal. Días después, Noah llegó a mi casa para advertirme que querían matarme, que eso había revelado la grabación de Anabella, yo estaba mejor y no paraba de buscarte por cielo y tierra. Justo cuando salíamos de la mansión, esta explotó. Nos salvamos por poco, pero sabíamos que Santiago esperaría una confirmación de mi muerte, así que dejé que los noticieros reportaran mi muerte.

—¿Y hablaste con mi padre? —pregunté.

—Sí. Organizamos un operativo. Él había recibido un pastel con las coordenadas del sitio en el que tú y tu hermana estaban y se encontraba listo para la batalla, pero me pidió que fuéramos cautelosos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero encontré indicios de que la reina Francesca estaba preparando tecnología de destrucción masiva. Creo que por eso tu padre es tan prudente. Sospecha que ella podría usarla si las cosas no salen a su modo.

Contuve un jadeo, y justo en ese momento una voz gritó a lo lejos.

—¡General de Flota King, se detecta actividad peligrosa en el norte!

Escuché que mi padre no tardó en contestar.

—Bien, prepárense todos y evacúen a los soldados que no formen parte de la operación.

Luke y yo regresamos a la zona roja, para saber qué estaba pasando.

—Permiso para quedarme, señor —dijo Luke, poniéndose firme.

—Denegado, coronel. Su misión será cuidar de mi hija y mi familia. Sáquelos de aquí y, por favor, ustedes dos ya dejen de pelear por tonterías que la vida es más hermosa cuando la disfrutas junto a la persona que amas. Es la única orden que daré.

Luke apretó mi mano. Iba a abrazarlo cuando un estruendo metálico cortó el aire. Una figura colosal apareció de la nada, enfundando en una especie de armadura metálica que le hacía parecer un robot. Avanzó unos pasos, le metió un golpe a Luke con su puño metálico. Corrí el coronel y el robot se acercó a ambos. Me puse en alerta y vi horrorizada que el robot se quitó el casco para revelar el rostro del coronel Calvin, un envidioso resentido.

Luke se puso de pie, tenía un corte en el pómulo. Antes de que pudiéramos reaccionar, Carrie corrió hacia mí, levantó un arma y apuntó en mi dirección.

El corazón me dio un vuelco.

El disparo surcó el aire desatando el sibilante sonido de la muerte. Sentí que el tiempo se detenía y mi pecho se tensaba mientras intentaba correr y esquivar la bala, pero tal vez ya era demasiado tarde. Carrie me miró con una sonrisa torcida y victoriosa.

—Puede que hayas ganado el amor de Luke, pero no lo tendrás para siempre —susurró mientras la bala viajaba hacia mí

—¡Adara mi vida, no! —gritó Luke con una fuerza que partió el aire. Corría hacia mí con pasos desesperados, sus ojos evidenciaban el miedo a perderme. Quise correr hacia él, pero la bala seguramente llegaría a mí antes de que pudiera eludirla, y el terror me invadió.

Entonces, una sombra blanca surgió de la nada, se interpuso entre la muerte y yo. Contuve un grito y me di cuenta de que la persona que había evitado que la bala llegara a mí era Eleanor, la madre de Luke, quien yacía en el suelo, abatida, y apenas consciente. Mi corazón se detuvo y mis piernas temblaron.

—¡Madre! — Luke corrió hacia ella desesperado—. No, por favor, no…

—Señora Eleanor… por qué hizo esto —me acuclillé junto a ella sin entender por qué si me odiaba me había salvado la vida

Su mano temblorosa buscó la mía y su mirada se centró en mis ojos.

—Perdóname por haber intentado separarte de mi hijo —dijo, con una voz quebrada y apenas audible—. Fui yo quien permitió que Carrie metiera a esas mujeres en la casa de Luke para que creyeras que él te era infiel. Colaboré con Francesca y su hijo para separarte de él… y me arrepiento, me arrepiento tanto… porque después esa misma gente que ayudé trató de matar a mi hijo. Quien evitó que Luke muriera fue Damon; él envió a Noah para sacarlo de la casa antes de que esta explotara. Fui una estúpida egoísta que no disfrutó a sus hijos por estar atada el pasado.

La impotencia me consumía mientras veía a Luke luchar con Calvin, para liberarse y llegar a su madre. Yo sabía lo importante que ella era para él y a pesar de todo no quería que la perdiera.

—Por eso, cuando supe que mi hijo estaba vivo, hice todo lo posible por seguirlo hasta aquí para pedirle perdón a ambos —continuó Eleanor, en un hilo de voz débil—. Tenía que disculparme contigo, con él, con tu familia, con mi hija Ellie. Mi amor enfermizo por Logan me hizo odiar a tu familia y sembrar en mis hijos un odio enorme hacia los tuyos. Ahora no me queda nada. Alejé a mi hijo con mis mentiras y lastimé a Ellie. Siempre he sido una mala madre, a diferencia de la tuya, que te crió de tan buena manera que incluso aceptaste a mi hijo sin importar quién fuera su padre. Luke casi toda su vida fue menospreciado por ser hijo de Logan, el único que le dio una oportunidad fue tu padre y mi rabia me impedía verlo. Cometí tantos errores, debí tomar otro rumbo, aceptar que Logan no era un buen hombre y evitar que mis hijos vivieran bajo el mismo rencor que yo.

Luke finalmente se liberó de Calvin con un movimiento desesperado y corrió hacia su madre, su rostro estaba rojo y su mandíbula temblaba. Se arrodilló junto a Eleanor, y yo me quedé paralizada, incapaz de moverme, viendo cómo el hombre que tanto amaba trataba de sostener a su madre mientras ella apenas podía mantener los ojos abiertos.

Varios soldados maniataron a Carrie y la esposaron.

—¡Protéjanlos a toda costa! —gritó Damon King, mi madre ató a la reina Francesca a un árbol y le ordenó a varios soldados que la vigilaran de cerca.

Luke me miró con desesperación mientras se inclinaba sobre su madre.

—Madre… por favor resiste—su voz se quebró, y sus manos temblaban al tocarla.

—Perdóname, hijo —susurró Eleanor—. Sé que te fallé y que no he hecho nada bueno por ti en la vida. Por eso protegí a la mujer que amas, porque mi vida no vale nada ya, pero la de ella sí porque es la mujer que te hace feliz. Salvarla ha sido lo único bueno que he podido hacer por ti, te amo hijo mío. Perdóname por todo. Fallé y quiero que sepas que si me toca partir, me iré feliz al saber que encontraste a una mujer que amas y te ama por quien eres.

Ella estaba llorando y yo sentía un nudo en el estómago.

—No señora Eleanor, usted va a estar bien y conocerá a...

—Eres demasiado buena para este mundo, Adara King, por favor cuida de mi hijo —respondió, poco después empezó a toser sangre.

La tierra tembló cuando el general Lennox apareció en el campo.

—Ya todo está listo, Francesca, el dispositivo pronto hará de las suyas —anunció, y un segundo después activó una armadura metálica parecida a la del coronel Calvin.

¿Se estaban protegiendo?

Francesca asintió, riendo como desquiciada.

—¡Activen todo ya!

Papá y Logan se miraron y corrieron hacia Lennox, quien sacó algo de su dispositivo y presionó un botón. El cielo se iluminó con un conteo regresivo holográfico que probablemente provenía de una bomba. Una armadura brillante cubrió a Francesca.

En ese instante, Evan embistió a su padre y lo derribó. Papá y Logan, recogieron el dispositivo que el general Lennox dejó caer.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? —riñó Lennox a Evan.

—Porque no quiero apoyar al bando incorrecto otra vez, papá. Tu sed de poder nos llevará a ambos a la destrucción y no estoy dispuesto a caer contigo.

Mi padre miró a Evan y Luke frunció el ceño en su dirección.

¿Evan había traicionado a su propio padre para hacer lo correcto?

—¡Evacúen la zona y lleven a Eleanor con los médicos del ejército! —gritó mi padre, mientras mamá lo seguía de cerca.

—¿Qué pasa, papá? —pregunté, con el corazón en la garganta, mientras Luke me abrazaba para protegerme y veía cómo colocaban a su madre en una camilla.

Luke se pegó a ella y los doctores le aseguraron que estaría bien. Él intentó seguirlos, pero le negaron la entrada porque debían evitar que ella se alterara más.

Mi padre besó a mamá con intensidad y luego miró a Luke.

—Si no regreso con vida, cuida de mi familia —dijo solemnemente.

—Papá... no —solté entre sollozos—. No puedes irte, no tienes que ser el héroe esta vez, no siempre tienes que serlo. Por favor, quédate con nosotros.

Me ardía el pecho, me temblaban las manos. No quería más despedidas, estaba harta de vivir con el miedo de perder a los que amaba. No podría soportar que algo le pasara a mi papá.

—Este mundo necesita que dos villanos se unan para protegerlo —respondió mi padre mirando a Logan—. Él está de nuestro lado, al menos esta vez.

—Sean felices —respondió Logan mirándonos—. Luke, sé que jamás podré ser un padre para ti, pero quiero que sepas que estoy muy orgulloso de que construyeras un camino exitoso a pesar de que llevas mi sangre en tus venas. Quizá nunca pueda escuchar que me llames papá, pero me conformo con saber que eres un mejor hombre que yo. Nunca seré un buen tipo, pero me alegra que mi descendencia sí lo sea. Salúdame a tu hermana y dile que tiene un padre que metió la pata miles de veces, pero que también haría lo que fuera por ella. No soy bueno con esto de los discursos emotivos, pero te puedo decir honestamente que mi mayor castigo ha sido no ver crecer a mis hijos. Así que al menos por una vez en la vida, quiero hacer las cosas bien y proteger su futuro.

Luke y yo nos aferramos el uno al otro mientras papá y Logan desaparecían entre los árboles. El bosque era un caos, un lugar lleno de peligros. Yo sollozaba mientras veía cómo se internaban en la batalla. Los soldados maniataron a Francesca y compañía y los encerraron en enormes jaulas.

Santiago, Lennox, Carrie y Francesca lucían como animales en exhibición y no dejaban de pedir que los liberáramos, habían caído tan fácil que hasta daba risa.

Eran un grupo de pendejos.

—Finalmente irán a vivir en un sitio acorde con su estatus, majestades. La cárcel más sucia, miserable y peligrosa del mundo les espera. Espero que disfruten su estadía en su nuevo palacio.

—No importa a dónde vayamos, tú nunca serás una mujer con clase y alcurnia. Yo siempre seré un príncipe, siempre tendré un estatus real. Tú en cambio jamás serás una dama de altura—respondió Santiago, quien no dejaba de quejarse a causa de las balas que tenía incrustadas.

—Pero tendré algo que tú nunca podrás disfrutar: Mi libertad y la posibilidad de ser feliz con alguien que amo. Mientras tú te pudrirás en una cárcel de mala muerte y pagarás por todos tus crímenes, yo viviré feliz sabiendo que jamás volverás a ver la luz del sol, ni tendrás una buena vida y es posible que tampoco vuelvas a caminar bien. No importa lo que digas, Rapunzel, perdiste todo y jamás podrás recuperarlo. Tu mayor castigo será vivir en la inmundicia y ser tratado como la escoria que eres. Tú y tu loca madre jamás volverán a verse y nunca te convertirás en el rey de Italia, jamás obtendrás ese título con el que tan obsesionado estuviste. Ya no te queda nada, ahora eres lo que siempre mereciste ser: Un perdedor sin dinero, ni prestigio al que el mundo siempre señalará como: El príncipe que jamás se convirtió en rey de Italia. El perdedor que jamás pudo sentarse en el trono y cuya familia casi lleva a la quiebra a su país. No importa lo que digas Santiago, eres el gran perdedor en la historia de tu vida y lo serás hasta el día de tu muerte. En cambio yo, alcancé todos mis sueños porque pronto lanzaré mi colección con Dior como diseñadora, me gradué como la mejor soldado de mi promoción militar, me enamoré de un hombre de verdad, seré feliz con mi familia y jamás me preocuparé por conseguirme un novio rico que me saque de la pobreza, como tú.

Él no dijo nada y su madre la reina, por primera vez desde que la conocí, empezó a llorar. Carrie también lo hacía y Lennox ni siquiera alzaba la cabeza. Calvin por su parte, murió en combate.

Tomé un puñado de lodo y se lo arrojé a la reina Francesca.

—Ahora serás la reina del lodo Francesca, la reina de la porquería, la reina del basurero, un título acorde a su estatus —concreté y le hice una reverencia falsa.

Subimos al helicóptero y aunque el miedo de no saber si mi padre regresaría con vida no me dejaba en paz, algo dentro de mi cabeza me sugería que papá estaría bien. Antes de despegar, Alessandro Santori, se acercó emanando un aura imponente y amenazante. A lo lejos Cara y Bianca nos miraban fijamente.

—Esto no ha terminado, coronel. Pronto tendrán noticias mías. Dejaré que Santiago viva, porque es lo mejor, que pague por todo lo que ha hecho. —dijo, su mirada recorrió a mi hermana, quien seguía sin mostrar su rostro al igual que yo. Ya que ambas sólo podíamos mirar a alguien si nos levantábamos los estúpidos velos que nos habíamos tenido que poner por culpa de Santiago —. Hasta pronto *bella donna.*

Bella donna significaba: Hermosa mujer.

—No me sorprende en lo absoluto —respondió Luke, con firmeza.

Anabella levantó el dedo del medio en dirección al mafioso. Alessandro sonrió siniestramente, y finalmente el helicóptero despegó, alejándonos del caos.

Diez minutos después, una explosión sacudió el terreno en el que antes caminábamos. Todos estábamos en vilo, yo no tenía paz, me tenía nerviosa lo de mi padre. No podía perderlo, me sudaban las manos y no dejaba de temblar. Luke no dejaba de abrazarme y mi madre repetía una y otra vez que papá no moriría tan fácil. Su fortaleza nos sostenía en medio de tanta incertidumbre.

Entonces el celular de Luke vibró y yo ahogué un suspiro, porque seguramente nos dirían cómo estaba papá. Él respondió y no tardó en colgar.

Un nudo se formó en mi garganta.

—Tu padre está bien, nena. Con la ayuda de un dispositivo que le robaron a Lennox pudieron contener todo, ya que al parecer Logan estaba enterado de lo que harían porque cuando Francesca lo sacó de la cárcel, él tuvo acceso a información clasificada al respecto. Con la ayuda de Logan lograron disminuir la potencia de la explosión, ya que él aprendió a calibrar el aparato y pudieron salir con vida, es raro que haya ayudado, pero bueno, la vida está llena de sorpresas. La reina Francesca estaba tan loca que planeaba destruir todo con la tecnología que estaba creando y luego venderla a ver si obtenía algo de dinero, aunque ya tu padre estaba en proceso de frenar cualquier venta.

—¿Entonces ya todo terminó? —susurré.

—Sí, nena, finalmente todo acabó —dijo—. Solo espero que mi madre sobreviva.

—Lo hará, mi amor —le aseguré—. Ahora que está empezando a cambiar, Dios le dará una segunda oportunidad.

—Te amo, Adara King, gracias por esta hermosa segunda oportunidad que me brindas.

—Al contrario soy yo quien debe agradecerte por todo el amor que me has dado a pesar de las cosas que te hicieron creer.

Me levanté el estúpido velo y nos besamos. El helicóptero avanzó, dejando atrás la destrucción y la guerra que finalmente había terminado. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que las aguas volvían a su cauce.

Saqué el anillo de compromiso y lo tendí en su dirección.

—¿Sigue en pie la propuesta de casarnos?

Él sonrió y me estrujó contra su pecho.

—Un buen coronel siempre querrá mantener a su debilidad muy cerca, así que por supuesto que quiero casarme con usted señorita King.

—Te amo Luke Thorne.

Él me acarició la mejilla.

—Morí mil veces mientras imaginaba que jamás volvería a escuchar que me amas.

—Yo nunca dejaré de amarte por mucho que metas la pata —besé el puente de su nariz.

—Y por eso, soy el hombre más afortunado de la tierra, porque tengo el amor de la criatura más hermosa y pura que existe.

Capítulo 49

Adara

Días después de que la guerra finalmente terminara y los culpables fueran puestos tras las rejas a la espera de un juicio, las cosas estaban prácticamente en paz. El coronel Lennox, Santiago, Carrie, Francesca y Evan se encontraban en las peores prisiones del país, aquellas que contenían a los presos más peligrosos y violentos y los cuales, probablemente les estaban haciendo la vida imposible a todos. Se barajaba una condena de cadena perpetua para casi todos, tendrían que pasar su vida entera encerrados haciendo trabajo forzado. A Evan posiblemente lo condenarían a cinco años de prisión, porque aunque en su momento colaboró con los traidores, también contribuyó a que sus planes fueran saboteados.

Con respecto al padre de Luke, se analizó la posibilidad de darle casa por cárcel, debido a que su colaboración había sido crucial para detener la tecnología de destrucción masiva que estaba diseñando Francesca, pero Logan Thorne no quiso, dijo que haber hecho una sola cosa bien en su vida, no minimizaba sus pecados. El coronel no había mencionado nada sobre su padre y esquivó el tema la primera vez que se lo planteé, por ende, decidí respetarlo y no presionarle con el tema.

También se descubrió que Francesca, la madre de Santiago, no provenía de la realeza, que se había hecho pasar por la hija de un conde tras matarlo a él y su familia y que en realidad era la hija de un científico loco. La noticia había sido un escándalo de magnitud global que sacudió los cimientos de la monarquía italiana, y provocó que esta fuese abolida por el parlamento a los pocos días de conocerse la verdad. Fiorella también fue encarcelada y se encontraba bajo investigación, porque no se sabía si ella había colaborado con su madre en lo ocurrido. Yo quería creer que no, pero a esas alturas de mi vida, no me habría sorprendido en lo absoluto que sí estuviese involucrada.

Estaba sentada en la terraza de la casa de Washington de mis padres, disfrutando del sol y la brisa. Anabella estaba a mi lado, revisando algunas cosas de su último libro en su tableta. Tras varios minutos en silencio, levantó la cabeza y me miró como si acabara de caer en cuenta de que la tierra seguía girando.

—Ada, ¿cuándo le dirás a Luke que estás embarazada? —preguntó con entusiasmo.

—Pronto lo haré, con todo lo que estuvo pasando con su madre, no encontré el momento adecuado para decirle. Dirás que soy egoísta, pero quería que cuando le contara él estuviera en su mejor estado de ánimo para celebrarlo sin que nada lo entristeciera. Ayer los doctores dijeron que la recuperación de su madre va avanzando y que hoy le darán salida, así que quizá sea hora de decirle—le respondí, acariciando mi vientre con cariño. Mis padres tampoco sabían—. Hoy Luke se mudará a su nueva mansión, y planeo ir a darle la sorpresa y decirle.

—¿Ya sabes si será niño o niña? —insistió.

—Sí —contesté con certeza.

—¿Y no piensas decirme…? —preguntó ansiosa.

—Claro que no —dije, divertida—. Te enterarás después que el papá.

—¡Traidora, compartimos el vientre de mi madre y nacimos a la vez, yo debería saberlo antes que todos! —rio. Mi hermana se veía extrañamente calmada, a pesar de que la mafia italiana seguía rondándola tras el disparo que le dio a Bianca Santori, la hermana del capo más importante. Le habían escrito a Luke hacía días para decirle que pronto tendríamos noticias, sobre lo que había decidido el consejo de la mafia con respecto a mi gemela.

La sugerencia hecha por el asesor de Alessandro, en la cual señalaba que una boda entre Alessandro y Anabella solucionaría cualquier conflicto; no dejaba de dar vueltas en mi cabeza.

Mi futuro esposo seguía tratando de evitar un problema mayor, pero los mafiosos le respondían que ese asunto lo discutirían a su debido tiempo.

En ese instante, alguien entró en la casa con un sobre en manos. Llevaba un uniforme negro y no me parecía conocido. Los de seguridad lo revisaron y tras un rato tenso, lo dejaron acercarse a nosotras. El tipo avanzó con altivez hacia ambas, no se le veía apurado en lo absoluto.

—Buenas tardes soy Antoni Ferrer, mensajero privado y traigo una carta para la señorita Anabella Aurora King Hart, proveniente de Milán, Italia—anunció el recién llegado, un mensajero cuyo uniforme tenía un logo gris bajo el cual se leía una frase en latín, escrita con letras negras.

—¿Quién envía este mensaje? —pregunté intrigada.

—El honorable señor Alessandro Santori es quien lo ha escrito—respondió.

—No puedo creer que ese imprudente se haya atrevido a enviar una carta a la casa de nuestra familia. ¿Y si papá se entera de que hay un mafioso molestándome? La guerra que se armaría. ¿Ese atorrante no sabe lo que es vivir en paz, sin andar buscando problemas?

Alcé una ceja en su dirección.

Luke había hecho todo lo que estaba en sus manos para evitar que papá se enterara de lo ocurrido, a petición de mi hermana; pero me daba la impresión de que nuestro padre ya sabía todo lo que estaba pasando y haría su movimiento, si la mafia se pasaba de lista.

—¿Por qué no quieres que papá se entere de que hay un mafioso pretendiendo casarse contigo? ¿Planeas casarte con él secreto?

Me miró como si la hubiera acusado de plagiar el libro de otra escritora, según Ana esa era la mayor ofensa que podías hacerle a un escritor.

—Yo jamás me casaré con ese arrogante insoportable, ¿acaso no escuchaste cómo me amenazaba sin razón en la boda, en lugar de medicar a la loca de su hermana que fue quien trató de matarte? No lo soporto, me irrita la gente que culpa a otros de los errores de su familia. Si se le ocurre acercarse a mí, haré que se arrepienta. Cree que por ser líder de la mafia italiana todos tenemos que obedecerle, quién demonios se cree ese idiota.

Yo seguía pensando que ambos tenían demasiada química, pero estaba segura de que mi hermana gemela jamás lo aceptaría. Me dio la impresión de que Alessandro y Anabella tenían mucho en común, ambos eran dominantes, directos y jamás permitirían que otras personas les dijeran qué hacer. Un matrimonio entre ellos sería la cosa más entretenida de ver, debido a lo mucho que pelearían y a la vez se amarían. Sería de esos romances intensos dignos de una serie o película.

—Oh, vamos hermanita, Alessandro es muy guapo.

Ella se cruzó de brazos.

—Ni siquiera le hemos visto toda la cara, porque usa esa rara máscara negra que le cubre la mitad del rostro. ¿Cómo puedes decir que es guapo? Puede que en el resto de la cara tenga granos, alguna quemadura, cicatriz monstruosa o yo qué sé. Tan guapo no creo que esté.

Bufé.

—Creo que sólo le buscas defectos inexistentes para no admitir que ese tipo te resultó atractivo y muy interesante.

Ella negó con la cabeza, tomó la carta que Alessandro le envió y se apartó para leerla en privado.

—Oye, yo también quiero leer qué dice la carta.

Ella se encogió de hombros.

—Lo harás si me dices si tendré un sobrino o una sobrina.

—Buen intento —respondí y ella se alejó.

Demoró un par de minutos y cuando volvió su rostro estaba pálido. Como si la carta contuviera alguna sentencia a muerte.

—La carta dice que el consejo de la mafia italiana ha aprobado la boda, por considerar que el apellido King es digno de unirse al Santori. Alessandro quiere que nos casemos lo antes posible. Dice que tengo 1 mes para elegir un vestido de novia adecuado, que las principales casas de moda del mundo le enviaron la solicitud para diseñar mi vestido, que elija cuál de todas es mi favorita y que se lo haga saber para él darles la orden de proceder —susurró pasmada.

—Eso significa… que seré la cuñada de la mafia, qué emoción. Ahora que los italianos se disculparon conmigo por toda la mierda que me hicieron, digamos que estoy en paz con ellos, pero eso no evita que vaya a pedirle al criminal de mi cuñado que los asuste un poco. —solté a punto de dar saltitos.

—¿Por qué no puedes ser una hermana normal y preocuparte al menos un poco? —respondió Anabella, cual si creyera que yo había perdido la razón—. Ni te emociones, porque planeo dejarlo plantado y fingir mi muerte.

—¿Estás loca? —pregunté con miedo—. ¿Crees que puedes dejar plantada al máximo capo italiano y seguir como si nada? Hablamos de mafiosos de verdad hermanita, no de los que salen en los libros románticos y pecaminosos que encontré en tu librero.

—Si Santiago que es un completo burro pudo fingir su muerte, yo también puedo —dijo con seguridad—. Nada va a detenerme.

—Dios mío, siento que esto acabará mal —murmuré.

—Claro que no —respondió con una sonrisa—. Además, Alessandro no ha visto mi rostro. Papá ordenó que quitaran nuestras caras de internet otra vez, para que podamos salir a la calle en paz sin que nos anden mirando raro. Si Alessandro intenta encontrar una foto mía en la web, no le saldrá nada.

—¿Y crees que él no tendrá gente que se encargue de rastrearte y saber cómo luces? Por Dios hermanita, si envió una carta a la casa de nuestros padres, sin que le importe nada. Todo el mundo sabe que papá es el director del Pentágono, el hombre más poderoso del mundo. Sólo un mafioso que no le teme a nada se atrevería a decirle a una de sus hijas que tiene que casarse sí o sí con él. ¿Qué tal que mi padre hubiera recibido la carta? Aparte debes tomar en cuenta una cosa: Él no ha visto tu rostro, pero sí ha escuchado tu voz— debatí, porque ella seguía tomando todo a la ligera.

—¿Y qué se supone que haga? ¿Casarme con Alessandro de buenas a primera y convertirme en la señora Santori? No voy a casarme con un desconocido y eso no está en discusión. Yo jamás sería la mujer de un capo.

Negué con la cabeza.

—Debes pensar con cabeza fría, quizá Luke o yo podamos reunirnos con él y llegar a un acuerdo, o hacer algo que satisfaga a la mafia italiana y haga te dejen en paz.

Anabella negó.

—Ambas sabemos que ese terco de Alessandro no va a ceder, y lo que terminará pasando es que Luke y él se van a enfrentar a tiros o algo así. El coronel es un buen tipo, si nota que esta situación con la mafia te incomoda, hará lo que sea para eliminarla de raíz, aunque tenga que ofrecer su vida a cambio. No quiero que ustedes dos se involucren en este problema, quiero que sean felices y disfruten de su hijo y de la familia que serán. Se lo merecen, han sufrido demasiado para poder estar juntos.

—Pero te metiste en este problema para protegerme —la contradije—. No puedo quedarme de brazos cruzados y…

Ella me hizo señas.

—Estás embarazada, hermanita, ya es hora de que antepongas tu felicidad por encima de los demás. Yo veré cómo resuelvo esto. Soy escritora, algo se me ocurrirá para que evitar esta boda con Alessandro.

Estuve durante más de una hora intentando convencerla de que me dejara ayudarle. Quería intervenir, aunque ella no estuviese de acuerdo, pero una parte de mí, sugería que Anabella tenía razón. Yo estaba embarazada y mi prioridad debía ser el bebé.

De repente los encargados de la mudanza de Luke, me llamaron para comunicarme que estarían allí en una hora, por lo que el coronel también llegaría para verificar todo. Debía adelantarme, interceptarlo en el ejército y llegar con él a su nueva casa.

—Debo ir a ver a Luke, cualquier cosa que necesites no dudes en avisarme.

—No te preocupes por mí, ve y sé feliz con tu hombre, yo estaré bien—dijo.

—Ojalá la mamá de Luke siga recuperándose —murmuré—. Me salvó la vida a fin de cuentas.

—No cabe duda que tienes un corazón de oro —me dijo—. Después de todo lo que esa vieja miserable te hizo, no le guardas ni un poco de rencor.

—No puedo hacerlo, trajo al mundo al único hombre que he amado. Ella me salvó la vida. Esta mañana fui a verla y se mostró feliz de verme, estaba consciente y lloró, mientras me pedía perdón otra vez. Su hija Ellie estaba con ella, y se veía feliz de que la relación con su madre fuera mejorando. Eleanor cometió muchos errores, y quizá tengan que pasar años para que confiemos del todo en ella, pero creo que todos en esta vida merecemos una segunda oportunidad de ser feliz así como yo la tuve con Luke.

***

Mis pasos resonaban sobre el suelo mientras avanzaba por la central militar, había un pelotón de reclutas nuevas, que probablemente pronto serían aterrorizadas por Luke. Todas las nuevas reclutas estaban de pie, mirando una y otra vez hacia la entrada, como si estuvieran esperando la llegada de alguien importante.

Me acerqué con cuidado, y fue entonces cuando escuché que hablaban de mi futuro esposo.

—Escuché que hoy conoceremos al sabroso coronel Thorne... lo vi en la tele, está buenísimo. Dios mío, creo que no podré concentrarme con él cerca. Es altísimo, tiene los ojos verdes, el cabello negro y unas facciones perfectas y masculinas. Intentaré seducirlo y llevarlo a la ca...

Sigue soñando con quitarme a mi hombre, atrevida.

—Pero dicen que tiene novia... y que van a casarse pronto, la chica se llama Adara y es la hija del director del Pentágono. Si yo fuera tú, no haría ningún movimiento raro, Amandine. Te pueden echar de aquí, además escuché que la tal Adara es tan bella que el coronel le dice que es su muñeca y que el amor de ellos es legendario por todo lo que tuvieron que atravesar para estar juntos. Muchas mujeres intentaron seducir al coronel, pero él se enamoró tan intensamente de Adara que le propuso matrimonio al mes de ser novios. ¿Qué tan fuerte debe ser lo que siente por ella, para que tras un mes a su lado, se diera cuenta de que Adara es la mujer de su vida?

Esa chica me caía bien, le diría a mi padre que debían darle el premio a soldado del año. Eran tan hermoso escuchar que el mundo describía el amor entre Luke y yo como algo legendario.

—Yo siento que puedo quitárselo, los hombres nunca desperdician la oportunidad de salir con nuevas mujeres. Además, seguramente es una gorda fea a la que todos alaban para quedar bien con el director del pentágono.

Abrí la boca para decirle que más feo era su reflejo en el espejo, pero Noah apareció a mi lado con una sonrisilla al ver mi cara de indignación y preferí quedarme callada.

—No vas a desgreñarlas por decir que eres fea, ¿verdad?

Sonreí y me encogí de hombros, mientras fingía que tomaba todo con diplomacia.

—No, ya maduré. Ya no arrastro a las mujeres que hablan mal de mí y se atreven a lujuriar a mi hombre

Él arqueó una ceja, incrédulo.

—¿Y ese milagro? —apreció.

Le guiñé un ojo divertida.

—Ahora no sólo las arrastro...también las dejo calvas.

Su sonrisa se ensanchó.

Pero entonces el coronel apareció en la distancia y las mariposas en mi estómago se descontrolaron por completo. No importaba cuántas veces lo viera, todas se sentían como la primera vez. Siempre me impactaba, siempre removía en mí toda clase de pensamientos pecaminosos y es que las reclutas sí tenían razón en algo después de todo: Luke era guapísimo, candente e imponente. El sueño erótico de cualquier mujer en el mundo.

¿Quién no querría que un atractivo coronel tatuado de casi dos metros fuese su novio?

Me costaba creer que ese hermoso e intimidante hombre de ojos verdes que se aproximaba, me amara tanto, que me había pedido matrimonio a la primera oportunidad.

Su uniforme negro contrastaba con la luz del mediodía y resaltaba sus músculos de tal forma que le hacía ver como un superhéroe con aspecto de villano. El corazón me dio un vuelco cuando sus ojos me encontraron y su rostro se iluminó al instante. Me guiñó un ojo perversamente y yo me sonrojé como una colegiala al ver a su *crush* inalcanzable.

Mientras avanzaba hacia mí, las reclutas comenzaron a rodearlo, entusiasmadas y curiosas cuando Noah anunció que Luke se aproximaba.

Él las miró como si fuesen cucarachas a las que planeaba exterminar y se abrió paso entre el enjambre de mujeres emocionadas.

—Apártense de mi camino. ¿Qué mierda les pasa? ¿Acaso no saben que ninguna de ustedes puede acercarse a menos que yo lo ordene? Debería expulsarlas en este mismo momento, pero me da la impresión de que son tan imbéciles que ni así se apartarían.

Me acerqué a él y su entrecejo fruncido se relajó al instante, como si cualquier situación estresante perdiera fuerza cuando me miraba.

—Mi coronel... ¿ellas también tendrán que pedirle permiso hasta para ir al baño?

Él me miró, divertido.

—En el caso de ellas no me importa lo que hagan, ni a dónde vayan; pero cuando se trata de mi hermosa prometida, sí soy posesivo, protector y vigilador, así que ella es la única que debe decirme a dónde irá en todo momento...¿La conoce usted, soldado?

El calor subió a mis mejillas, sólo Luke podía sonar como tóxico y romántico a la vez.

Las mujeres me miraron y una de ellas explayó las pupilas, como si acabara de darse cuenta de que yo era la chica de la que habían estado hablando mal.

—Dicen que su prometida era una recluta muy rebelde coronel, que le llevaba galletitas a su despacho y que siempre escapaba de los castigos que usted le imponía, que era respondona y que jamás le obedecía en nada, que a veces hasta se olvidaba de que usted era su jefe en el ejército.

Luke sonrió una forma tan sexy que tuve que obligarme a no saltar sobre su boca.

—Y esa rebeldía es precisamente lo que me tiene tan enamorado de ella. La conoce usted muy bien. ¿Puedo saber cuál es su nombre soldado?

—Soy Adara... y en un futuro mi apellido será Thorne, cuando me case con el coronel más guapo del ejército, un tal Luke Thorne Dupont.

—Entonces ella es la.... Prometida del coronel. Dios mío es bellísima—todas hicieron una especie de reverencia al verme, luego se inclinaron ante Luke asustadas.

—Sí, ella es mi preciosa novia, la única mujer que puede interponerse en mi camino las veces que le dé la gana.

Noah soltó un bufido.

—Ay wákala, ya se pusieron cursis.

No pude evitar reír y me acerqué al coronel para recibir un beso intenso y apasionado que me recordó que una de las mejores cosas de ser la debilidad del coronel, era todo lo que él me hacía sentir cuando su boca estaba sobre la mía. Entre ambos había tanta química, amor y entrega, que teníamos para regalarle a aquellas parejas cuya llama se estaba apagando.

Las reclutas suspiraron con tristeza y se retiraron discretamente, mientras ambos nos separamos completamente satisfechos.

—Les enviaré invitación a mi boda, chicas, para que vean cómo me quedo con el coronel que ustedes jamás podrán tener.

Luke me miró orgulloso, con una mezcla de amor y diversión en su expresión.

—Te has vuelto muy presumida, nena.

—Ya no pienso contenerme en nada —le respondí, y mi voz sonó segura y feliz—. ¿Podemos ir a tu nueva casa?

Él arqueó una ceja y me guiñó un ojo.

—¿Quieres que la estrenemos, preciosa?

—Contigo siempre lo quiero todo —le dije, y mi corazón se aceleró, sintiendo que cada latido estaba sincronizado con el suyo.

Caminamos juntos hacia el vehículo que nos llevaría, y varios minutos después estuvimos frente a la increíble y moderna casa que no tenía nada en común con el palacio de aspecto antiguo en el que antes vivía. Era una casa de tres plantas con ventanales del tamaño de una pared, que estaban distribuidos sin un orden específico.

Cuando entramos me acerqué al coronel.

—¿Puedes colocarte este antifaz?

—Claro que sí —respondió con firmeza y cariño.

—¿No vas a preguntar por qué te pedí que te taparas los ojos?

Él negó.

—¿Por qué habría de hacerlo? Eres la mujer que amo, haría cualquier cosa que me pidieras y lo sabes.

Lo guie por el pasillo hasta llegar a la habitación que había preparado para nuestro futuro hijo. Era un lugar espectacular, lleno de luz, con paredes llenas de dibujos y en las cuales resaltaba un color acorde al género del bebé. Cuando le quité el antifaz, sus ojos se abrieron como platos, y la emoción se dibujó en cada línea de su rostro.

—Nena... ¿esto significa lo que creo que significa? —dijo con la voz entrecortada al ver la cunita de bebé colocada estratégicamente junto a la ventana.

Asentí, con las lágrimas empezando a rodar por mis mejillas al ver su expresión ilusionada y la felicidad que irradiaban sus ojos.

—Sí, mi coronel... estoy embarazada. Va a ser papá.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y sin pensarlo dos veces, me alzó en brazos, me abrazó con fuerza y empezó a girar conmigo por la habitación.

—¡Dios mío tendremos una niña! Seré el padre de una pequeña tan hermosa como tú, joder, no creí que podría ser más feliz, pero realmente estaba equivocado. Gracias por este hermoso regalo muñeca, siento que mi vida empezó a tener sentido desde que llegaste a ella. Joder, te amo como no tienes idea—dijo, abrazándome como si quisiera corroborar que no estaba soñando.

—¿Entonces puedo mudarme pronto con usted mi coronel?

—Ya mismo si así lo quieres.

El corazón me latía con fuerza mientras nos abrazábamos y hablábamos del futuro bonito que nos esperaba. Ya no había miedo, ni dudas. Solo una sensación intensa de felicidad de amor absoluto y de una alegría que deseábamos que jamás terminara.

Sentí que una calma casi medicinal me envolvía por completo. Por primera vez en mucho tiempo, el peligro, la tensión y la incertidumbre habían desaparecido. Teníamos la certeza de que ninguna amenaza podría deshacer el amor que sentíamos.

Todo parecía perfecto, estable, tan luminoso que era como si el sol jamás se ocultara para nosotros.

Estuvimos horas dando vueltas por la habitación de la bebé, Luke hizo una lista de cosas que quería comprarle a nuestra hija, y empezó a buscar tutoriales en internet sobre cómo cambiar pañales, cuáles eran las dosis correctas de leche que un bebé debía tomar, qué tipo de alimentos eran los más saludables y gastó más de medio millón comprando ropa en línea para nuestra hija. El coronel estaba tan feliz que no podía hacer otra cosa que besarlo y acompañarlo en su emoción.

—No dejaré que te desveles para cuidar a nuestra pequeña —me dijo, mientras me estrujaba entre sus brazos—. Quiero que descanses, que no te preocupes por nada, yo la cuidaré toda la noche.

—Pero no es justo que tú te desveles y yo duerma a mis anchas —Él me tomó la mano y me dio un beso en la muñeca.

—Claro que lo es, nena. Tú me darás el regalo más hermoso al traer a nuestra hija al mundo y yo lo retribuiré, haciendo todo lo posible para que descanses.

Lo besé, sin poder contener el amor inmenso que sentía.

—Te amo, Luke, en verdad eres perfecto.

—No lo soy, pero quiero darte lo mejor de mí y que nuestra hija no recienta la ausencia de un padre como yo, quiero que crezca sintiéndose la niña más feliz del planeta, que sepa que sus padres la aman inmensamente y que serían capaces de construir un mundo nuevo sólo para ella.

—Y sé que así será, me lo acabas de demostrar con todo lo que estás haciendo, ¿ya puedo otorgarte el título del mejor papá del mundo?

—Te amo, Adara y amo tanto a nuestra hija, que creo que mi pecho va a estallar de tanta felicidad. ¿Tu familia sabe que estás embarazada?

Negué con la cabeza.

—Quería que tú te enteraras primero.

Luke me dio un beso en la frente.

—Tenemos que ir a decirles.

***

Todo en el patio de la mansión de mis papás parecía brillar esa noche, había organizado una cena familiar para darles la gran noticia. La emoción me quemaba el pecho y yo no podía dejar de hiperventilar, sabía que mis padres recibirían la noticia de la mejor manera pero aun así estaba nerviosa. Luke estaba a mi lado, su mano cálida apretaba la mía. Yo solo podía pensar en lo afortunada que era, tenía una familia que me amaba incondicionalmente y un hombre que se había pasado la tarde buscando guías de todo tipo para criar a nuestra hija de la mejor manera posible.

Cuando todos tomaron asiento, sonreí nerviosa y miré a mis padres.

—Quiero que cada uno abra la tarjeta que hay sobre sus puestos —les pedí con voz temblorosa—. Noah, tú también.

Mi padre, fue el primero en abrir la suya. Apenas leyó el contenido, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Voy a ser abuelo? —exclamó, levantándose de golpe, con una mezcla de incredulidad y alegría.

Antes de que pudiera decir algo más, él y mamá se abalanzaron sobre mí, me abrazaron con tanta fuerza que me costó contener las lágrimas.

—Sí, papá —reí entre sollozos—. Van a ser abuelos de una hermosa niña. Luke y yo hemos decidido nombrarla Lara Isabella.

—Es un nombre hermoso —dijo papá, con los ojos brillando—. Felicidades, hija mía. Desde ya iré preparando los misiles para alejar a los futuros pretendientes de mi nieta.

Papá alzó la ceja, fingiendo solemnidad.

—Y yo ya estuve cotizando algunos modelos —intervino Luke con una sonrisa traviesa—. El Y-213 me parece una opción perfecta, suegro.

Papá soltó una carcajada y le dio una palmada en el hombro.

—Por eso me agrada que mi yerno sea militar. Él sí entiende lo que digo. No como esa porquería anterior con la que Adara salía...

—Papá —reí, meneando la cabeza—. Nunca dejarás de hablar mal de Santiago, ¿verdad?

—Jamás en la vida —respondió con un tono tan serio que todos estallamos en risas—. Mientras yo viva, esa escoria tendrá los peores apodos posibles, es más llamaré para ordenar que esta noche lo manden a dormir a la celda fría, por el simple hecho de perturbar mis pensamientos.

La puerta lateral que llevaba al jardín se abrió y todos giramos hacia ella. Eleanor, la madre de Luke entró en silla de ruedas, acompañada de Ellie, le habían dado salida una hora atrás y decidí invitarlas a la celebración. Papá fue el primero en correr hacia ella para ayudarla.

—Gracias por ayudarme, Damon —dijo con un hilo de voz—. A pesar de que ambos sabemos que ni siquiera merezco estar aquí, ni recibir ningún tipo de compasión de parte de ustedes.

Él suspiró y negó.

—Por mi nieta Lara, olvidemos el pasado Eleanor.

—¿Nieta? —preguntó Eleanor.

Luke se acercó sonriendo, y le entregó una tarjeta semejante a la que habían leído mis padres.

—Sí, mamá. Serás abuela de una preciosa niña.

Eleanor comenzó a llorar sin poder contenerse, sus lágrimas llenaron sus mejillas y ella no se esmeró en secarlas.

—Entonces... ¿también seré abuela? —preguntó entre sollozos.

Ellie dio un par de saltitos, tan feliz y expresiva como siempre.

—¡Oh, Dios, seré tía! ¡Qué emoción!

Anabella se unió a ella con una sonrisa pícara.

—¿Qué te parece si hacemos un pacto para ser las tías que más malcríen a Lara y le saquen canas verdes a sus papás?

—Trato hecho —dijo Ellie, dándole la mano—. Empecemos ya mismo.

Yo reí, con el corazón inflado por tanta alegría y amor genuino.

—Hemos decidido irnos a vivir juntos y casarnos en unos meses —anuncié, mirando a Luke.

Noah se levantó bruscamente, para señalarme con el tenedor.

—¿O sea que vivirán en pecado sin la bendición de Dios?

—¿Desde cuándo eres tan religioso? —pregunté entre risas.

—Desde que descubrí que mi amada coronel Parrish estaba confabulada con el Príncipe Santiago y le pasaba información —dijo con dramatismo—. Mi dolor me llevó a refugiarme en Cristo.

Luke soltó una carcajada. Se hizo un listado de soldados que le pasaban información a Francesca y Santiago, por fortuna, ninguno de nuestros conocidos estaba involucrado.

—Ese es tu karma por andar de entrometido.

—No te burles de mi dolor —replicó Noah, con fingida ofensa—. Además, pronto seremos compadres, porque la pequeña Lara será mi ahijada. Deberías ser menos cruel conmigo.

—Ni lo sueñes —respondió Luke divertido.

Noah me miró suplicante, y yo sonreí.

—Oh, vamos amor —le dije a Luke—. Noah es lo más parecido a un mejor amigo que ambos tenemos. No hay nadie más adecuado para ser el padrino de nuestra hija.

Luke lo miró resignado y buscó apoyo en mi padre.

—Yo también estuve en su posición, coronel —expresó papá entre risas—. Y al final ganó mi mujer. Tuve que aceptar que la desquiciada de Anastasia fuera la madrina de Adara.

Luke soltó una carcajada.

—Ni modo. Con tal de que Adara sea feliz, aceptaré que el mayor estúpido del mundo sea el padrino de mi hija.

Noah se acercó, y me tapó los oídos con las manos.

—No digas malas palabras frente a mi ahijada Lara, ¿no ves que los bebés captan todo? No quiero que le pegues tus malas mañas y sea vuelva grosera y amargada como tú.

Todos estallamos en carcajadas.

Una hora después Luke me llevó a un rincón apartado del jardín. Las luces se reflejaban en su rostro, y sus ojos verdes eran la extensión más hermosa de naturaleza que había visto en mi vida.

—Nena, he estado pensando —me dijo con voz suave—. Sobre dónde viviremos y todo eso. ¿Aún quieres casarte en la finca?

Ese lugar me gustaba tanto que había decidido olvidar la dichosa apuesta de Carrie, ella ya nos había jodido lo suficiente y no iba a darle más espacio en nuestras vidas.

—Sí —respondí sin dudarlo—. También me gustaría que fuéramos a dormir a la hacienda los fines de semana.

—Y... ¿no te gustaría que nos mudáramos para siempre a vivir en ella? —preguntó, tomándome las manos.

Lo miré sorprendida.

—¿Te refieres a vivir en Tennessee?

—Sí. Sé que amas ese lugar, y francamente yo también. Sería el sitio perfecto para que nuestra hija creciera. El campo es saludable, hay aire puro, animales que la entretendrán como caballos, alimentos sin químicos y hasta una central militar cerca en la que podríamos trabajar, si deseas retomar tu carrera como soldado. Creo que ya cumplí mi ciclo de honor en el ejército y puedo tomármelo con más calma. Pero si tú deseas quedarte aquí, te acompañaré. Mi deseo es hacerte feliz.

Luke seguía superándose como el hombre perfecto.

—¿Bromeas? Termino deprimida cada vez que regresamos de la finca. Irnos a vivir allá será un sueño.

El coronel arqueó una ceja, como si quisiera asegurarse de que hablaba en serio.

—¿De verdad, amor?

—Por supuesto, mi coronel —le respondí sonriendo—. Vivir en la finca y ver a nuestra hija crecer rodeada de cascadas, caballos, otoño y flores será increíble. Amarte cada día en el lugar en donde lo nuestro oficialmente comenzó, me parece maravilloso.

Él me abrazó con fuerza y apoyó su frente sobre la mía.

—Eres todo lo que nunca creí merecer.

—Y tú serás por siempre el único hombre al que amaré—susurré contra su boca.

Estaba decidido, nos iríamos a vivir a su finca.

Capítulo final

Coronel Luke

Siete meses después

Decían que el tiempo pasaba lentamente cuando atravesabas momentos difíciles, pero descubrí que aquello era sólo un mito.

Aquellos meses felices viviendo en la hacienda con Adara, habían transcurrido tan lentamente, que no podía hacer otra cosa que pedir que así siguiera siendo el resto de nuestras vidas.

Su embarazo estaba en el último mes y yo hacía lo posible por consentirla y estar pendiente de todo. El otoño había llegado y con ello, el mes del nacimiento de nuestra hija: septiembre.

Estaba ansioso, y aunque hacía todo lo posible para cumplir con el ejército, mi cabeza siempre estaba con Adara, así que salía de la central de Nashville, Tennessee cada vez que podía para estar pendiente de ella. Adara había tenido un embarazo tranquilo, repleto de antojos extraños como beber jugo de maracuyá mezclado con sirope de guayaba, o echarle habichuelas al emparedado de pavo. Yo no la juzgaba por las cosas raras que ella quería comer, simplemente las conseguía y aunque no se comía la mayoría de lo que pedía porque empezaba a vomitar apenas los veía, entendía que dicho comportamiento era normal en las embarazadas.

Viví veintiocho años de mi vida consumido por una noche que parecía eterna, pensando que jamás podría ver el amanecer, sin imaginar que un día me asomaría por la ventana y encontraría la luz de un nuevo día en los ojos celestes de una mocosa ingenua, que me miraba como si nunca antes hubiera visto a un hombre en su vida.

Ella era todo lo opuesto a mí en más de un sentido y quizá eso fue lo que me puso a sus pies, su ingenuidad, sus ocurrencias y su capacidad para hacerme creer que el mundo podía ser un lugar bonito para aquellos que, como yo, éramos hijos de la venganza.

Cuando yo sembraba miedo en las tropas, Adara decía la primera imprudencia que se le ocurría y hacía germinar sonrisas instantáneas. Si impartía nuevas reglas, ella estaba lista para quebrantarlas. Si decía que odiaba las cosas dulces, ella horneaba pasteles que emitían un aroma irresistible, que me atraían casi tanto como su belleza y terminaba probándolos.

Eso era ella, un rayo hermoso de luz que se oponía a todo aquello que podría hacerme infeliz.

Yo era el hijo de un criminal al que el mundo rechazaba, ella era la hija del hombre al que el planeta entero admiraba.

Era tan poco probable que una mujer como ella me amara, que, al sentirme cautivado por Adara, hice todo lo posible para no enamorarme de ella, porque creí que jamás podría ser feliz con la hija del hombre que odiaba.

Pero era imposible luchar contra mi corazón, pues este ansiaba su compañía a toda hora, no valía la pena pelear contra mis ojos que no querían dejar de mirarla, contra mis labios que se desesperaban cada vez que les negaba la posibilidad de besarla. Era imposible luchar contra los anhelos que crepitaban dentro de mí, cada vez que la tenía cerca y ansiaba desesperadamente hacerla mía.

Aquella tarde, mientras regresaba a la finca, el cielo tenía ese tono dorado que anunciaba la llegada de la noche y el aire arrastraba el aroma de los árboles de manzano que ella tanto amaba, y bajo los cuales solía sentarse a esperarme para leerle algún cuento a nuestra hija en camino. Se la pasaba contándole historias de heroínas que se habían sobrepuesto a la adversidad, sin darse cuenta de que no había una mejor que ella.

Al cruzar la verja, lo primero que vi fue su silueta bajo uno de los árboles, bañada por una luz cálida que dibujaba patrones anaranjados en el vestido crema que vestía. Estaba sentada sobre una sábana blanca, con un libro entre las manos y su enorme barriga de nueve meses aumentándole belleza. Sus dedos se movían lentamente sobre la tela de su vestido y sonreía como si conversara con la pequeña que llevaba dentro. Mi caballo *Black Storm* permanecía a su lado, cuidándola. Siempre lo encontraba a su lado, comprendí que ni siquiera alguien tan fiero como Black Storm era inmune a ella.

Me quedé observándola en silencio, sin atreverme a interrumpir esa escena perfecta. Ver a muñeca embarazada de nuestra pequeña, siendo custodiada por mi caballo favorito bajo un árbol repleto del otoño que tanto nos gustaba, era más de lo que alguna creí merecer.

Al día siguiente nos casaríamos.

El pensamiento me atravesó el pecho, haciéndome sentir eufórico. Ella lucía tan tranquila, tan serena, como si no sintiera nervios y eso me desconcertaba. Yo había enfrentado guerras de todo tipo sin sentirme ansioso en lo absoluto, pero el solo hecho de saber que al día siguiente sería su esposo me tenía más frenético que cualquier misión riesgosa.

—¿Por qué tan silencioso, mi coronel? —preguntó de pronto, como si no necesitara mirarme a los ojos para saber que estaba a su lado, mirándola tan embobado como de costumbre.

—Estaba admirándote —respondí mientras caminaba hacia ella—. Eres tan hermosa, la sola idea de que existas me hace jodidamente feliz.

—Gracias por el cumplido, amor, eres maravilloso en verdad, bienvenido a casa —dijo sonriendo con esa dulzura que me desarmaba.

—Es todo lo que mereces —le contesté—. Que te alabe cada día como la maravilla inigualable que eres.

Ella bajó la vista hacia su vientre, para acariciar la curva de su barriga.

—¿Qué le estabas leyendo a nuestra pequeña? —pregunté sentándome a su lado.

—El nuevo libro de mi hermana —dijo, mostrándome las ilustraciones que contenía, me sorprendió que Anabella no hubiese escrito alguna de esas novelas aterradoras que se le daban tan bien—. Escribió un cuento para nuestra hija, se llama "La princesa vaquera" Anabella jura que nuestra niña será una jinete excepcional, como su padre.

Solté una risa suave.

—No soy tan buen jinete, preciosa.

—¿Bromeas? Has ganado varias carreras a beneficio de la caridad desde que llegamos aquí. Si Lara llega a ser tan buena como tú, tendrá un futuro enorme si decide dedicarse a la equitación... aunque claro, sólo si le gusta.

—Nuestra hija será un alma libre, como tú. Podrá hacer todo lo que quiera sin que nadie se lo impida.

Ella arqueó una ceja divertida.

—¿Incluso tener un novio que la ame?

Gruñí.

—Aún falta mucho para eso, aunque... anoche tuve un sueño profético al respecto.

—Ah, ¿sí? ¿Qué soñaste?

—Que nuestra hija será una gran monja, estuve buscando y encontré que hay buenos conventos cerca —dije con fingida seriedad.

Ella soltó una carcajada que me hizo sonreír.

—¿Así que el coronel más guapo del ejército será un padre estricto con los posibles novios de nuestra hija?

—Sí —respondí—. A mi hija ningún pendejo va a lastimarla, ni se hará el graciosito con ella. Estuve hablando con tu padre y acordamos construir un búnker para encerrar al que le rompa el corazón en...

—Tú y mi padre son un par de exagerados —dijo entre risas—. Tendré que hablar con mi madre para evitar que conviertan la vida amorosa de mi hija en un caos.

Me incliné y le di un beso suave.

—¿Cómo te sientes hoy? Mañana a estas horas serás la señora Thorne y yo seré el tipo más dichoso del jodido universo.

En ese momento una hoja anaranjada cayó entre nosotros, se deslizó sobre su cabeza y se posó sobre su vestido.

—Dicen que cuando una hoja impregnada de otoño cae sobre una pareja, esta no podrá tener acción carnal en un año —dijo con fingida solemnidad.

La miré horrorizado.

—Espero que esa no sea otra de esas profecías raras que se formulan sobre las King, porque de entrada te digo que no se cumplirá.

—¿No puedes resistir un año de sequía, mi coronel?

—A duras penas resisto un par de horas sin verte. Cuando estoy en la base no logro sacarte de mi mente, estás en cada pensamiento y no logro concentrarme bien. Me cuesta tanto no dejar todo tirado y venir a verte.

—Pero si lo has hecho casi todos los días —rió—. No creas que no sé que eso de que tienes cuatro horas de almuerzo, y por eso vienes tan seguido es mentira.

—Son beneficios que obtienes cuando tu mujer es la hija de Damon King.

—¿Eso significa que te casaste conmigo por interés?

—Sí, por el interés de hacerte feliz y amarte eternamente.

—Qué bien librado sales siempre —dijo dándome un beso en la nariz.

—Estar a tu lado me relaja tanto que las respuestas rápidas salen solas.

Ella suspiró, con una calma que me conmovió.

—¿No estás nervioso por la boda?

—Me casaré con la mujer que amo. Más que nervioso, estoy feliz. Sólo le pido a Dios que la novia no me deje plantado.

Aunque lo cierto era que sí lo estaba, pero no por las razones que ella creía. Había enfrentado tantos obstáculos en mi vida, que aún sentía un leve terror de que las cosas se jodieran, pero supuse que era normal dado que la felicidad no había tocado a mi puerta hasta que conocí a la muñeca.

Ella se llevó una mano al vientre y su rostro se endureció.

Me asusté al instante

—Ay... —murmuró y yo me puse en pie al instante, saqué el celular y empecé a marcarle a la ginecóloga.

—¿Te duele algo? ¿Quieres que llame a la doctora para que venga? ¿Quieres algo de comer? ¿Has tomado suficiente agua? ¿Necesitas que te cargue y te lleve adentro? ¿Te preparo un té? ¿Quieres fruta? —disparé preocupado.

Adara acarició su vientre, negó con la cabeza y me pidió que me sentara. Pero yo estaba todo menos tranquilo, ella tenía nueve meses de embarazo, en cualquier momento la bebé podía nacer y...

Aunque no estuve del todo de acuerdo ante la idea de casarnos con ella estando a punto de dar a luz, Adara insistió y yo como siempre, no podía negarle nada.

—Mi coronel, todo está bien. Nuestra hija sólo me dio una patadita. Se preocupa usted de más.

—Eres mi mujer, nena. Mi deber es estar pendiente de que todo marche bien contigo y con nuestra hija.

—Serás un gran papá —susurró—. Estoy tan contenta de haberte elegido como el padre de mis hijos.

—Yo soy feliz de que creyeras que era digno.

Ella sonrió con nostalgia.

—Siempre lo fuiste, Luke. A pesar de todo lo que pasó, algo dentro de mí sabía que valía la pena intentarlo contigo, estos meses inundados de felicidad a tu lado me lo han demostrado y si la vida que nos espera será siempre así, sin duda haber enfrentado tantas cosas valió la pena. Cuando nadie creyó que podría ser buena soldado, tú sí. Me enviaste esos correos regañándome por mi mal rendimiento y me ayudaste a entrenar. Fue la primera vez que alguien me dijo: "De momento no sirves para nada, pero si te esmeras y te ayudo a corregir tus errores, puedes hacerlo mejor". Nadie había sido tan franco conmigo. Cuando fracasaba, mi familia solía decirme que lo había hecho bien, que quizá no era mi momento. Pero cuando estás en el hoyo, no siempre necesitas consuelo, sino una dosis de realidad, que alguien te diga: "Lo haces mal, pero puedo ayudarte a mejorar", esa es la mejor prueba de que alguien te importa. Y tú me diste eso, Luke. Me hiciste ver que podía, que a pesar de mis fallos no debía detenerme, me hiciste creer que podría alcanzar cualquier cosa. Gracias a ti, pude alcanzar mi sueño de ser una diseñadora respetada, de llenar de orgullo a mi padre al hacerlo bien en el ejército y logré dejar atrás el pasado y todos los horrores que viví con Santiago. Ahora todos aquellos que nos hicieron daño lo están pagando y tú peleaste como nadie para que así fuera. Gracias en serio.

Le tomé la mano y la besé con devoción.

—Tienes un don con las palabras, muñeca. Podría escucharte toda mi vida y jamás aburrirme. Desde que llegaste al ejército y me preguntaste si tenías que pedirme permiso para ir al baño, supe que no pasarías desapercibida y que llegarías muy lejos, No tienes nada que agradecer, tú hiciste todo, porque el talento siempre te ha sobrado. Tú fortaleza fue una de las cosas que más llamó mi atención.

—Yo creí que lo que llamó su atención fue mi preciosa cara, coronel.

—Quería sonar más profesional —reí—, no ser tan obvio sobre por qué captaste mi atención.

Ella tomó mi mano y sonrió, luego dio un respingo y me miró con dulzura para tranquilizarme cuando notó que otra vez lucía preocupado.

—Oh, la bebé está pateando otra vez. Se vuelve más activa cuando te escucha. Había estado tranquila toda la mañana, pero apenas llegaste empezó a moverse. Supongo que mi hija es como yo: hace cualquier cosa para llamar tu atención.

Le besé las manos.

—Tú no necesitas hacer mucho para llamar mi atención. Siempre la has tenido toda.

Estábamos a punto de besarnos cuando una voz interrumpió la escena.

—Espero que no anden de exhibicionistas frente a mi ahijada, par de pecadores —dijo Noah, acercándose con una sonrisa burlona.

—Nos arruinaste el momento —respondí sin dejar de sonreír.

Junto a él apareció Anabella, usando unos lentes oscuros y un velo negro que le cubría parte del rostro. Detrás de ellos venían Damon e Isabella, mi madre, Dereck, Allan, Anastasia, los sultanes Emily y Akim, y Kai Nakamura, el jefe de la mafia japonesa con su familia. La finca se llenó de risas y conversaciones, todos estaban felices por la boda.

Ya las decoraciones empezaban a llenar el patio, por fortuna, ni Adara ni yo teníamos que ocuparnos de eso, ya que contratamos una compañía para que organizara todo.

El jefe de la mafia japonesa, observó a Anabella vestida como una viuda negra y arqueó una ceja. Él sabía mejor que nadie lo que había pasado con el capo Alessandro Santori. Ambos estábamos seguros de que tarde o temprano el italiano la encontraría y descubriría la verdad: que Anabella no había muerto como le hizo creer. Las consecuencias de haber dejado plantado en el altar a un capo de la mafia, podrían ser catastróficas para ella.

Algo dentro de mí me decía que Alessandro sabía que ella seguía con vida y sólo estaba esperando el momento preciso para reaparecer.

—¿También andarás tapada en la boda de tu hermana? Creí que eras la dama de honor.

Damon la miró como si también estuviese enterado de todo, pero fingía que no.

—Sí, hija, ¿por qué últimamente te andas tapando tanto? ¿Hay algún problema con tu acosador otra vez?

—No, lo que pasa es que ando cuidando mi piel —respondió ella con rapidez—. Me puse un *skincare* nuevo y me irritó un poco la cara, me protejo del sol.

—¿Segura que es sólo eso? —preguntó su madre Isabella—. Has estado un poco rara, últimamente Ana.

—Sí, anda así desde su último viaje a Italia, ¿verdad hermanita? —intervino Adara con una sonrisa maliciosa.

—¿Y eso? —preguntó Damon.

—No le hagan caso a Adara —respondió Anabella, cruzándose de brazos—. El embarazo la tiene mal.

—Pero si dijiste que te encantó Italia, ¿será que extrañas algo en ese país y por eso te sientes así? ¿Algún novio peligroso, es decir poderoso? —insistió mi mujer.

Ella bufó.

—Mejor iré a verificar cómo andan las decoraciones.

Se levantó y se acercó a mí.

—Me robaré a la novia un par de horas, ya que dicen que es de mala suerte que ustedes convivan mucho tiempo el día previo al matrimonio.

—Sólo si prometes devolvérmela pronto. No puedo estar mucho tiempo sin ella.

—En realidad planeo organizarle una despedida de soltera.

Abrí los ojos como platos.

—Adara está embarazada ella no…

—¿Entonces qué pasará con los bailarines privados que contraté para ella? —preguntó Noah, lo fulminé con la mirada y él se echó a reír.

—Tranquilo, tigre, es broma. Adara y Ana pasarán una noche de chicas o algo así antes de la boda, todo será tranquilo. Las muy atrevidas se negaron a invitarme y por eso he decidido que los bailarines exóticos sean para tu despedida de soltero.

—Ya que tanto te gustan los bailarines exóticos, deberías dejarlos para ti.

Noah se encogió de hombros.

—Quizá eso es lo que necesito, un hombre que me haga feliz, ya que me fue tan mal con las mujeres. Mi amada coronel Parrish está presa y nos traicionó a todos y aunque los hombres no me gustan, quizá con uno de ellos me vaya mejor.

Todos reímos.

—Noah, antes de que empieces a salir con un macho africano, debo decirte que tengas presente una cosa: Si las mujeres mentimos, los hombres lo hacen el triple —lo aconsejó Anabella, que seguía sin quitarse el velo.

Kai Nakamura la escudriñaba con las cejas arqueadas, como si supiera que Anabella estaba demasiado tranquila para lo que le deparaba el destino.

Supuse que ella pensó que el único que podría enseñarle a protegerse de un mafioso, era otro. Kai era el rey mafioso de Asia, pero tenía entendido que se llevaba bien con los italianos, aún así dudaba de que traicionara a la hija de su amigo Damon King.

Horas después recibí una carta de Logan:

"Hola Luke, sé que mañana vas a casarte y aunque no estaba muy seguro de escribirte porque sé que no soy la persona que deseas leer, quiero que sepas que me alegro por ti. Te mereces todo esto, sé feliz con Adara y dale a Damon las gracias de mi parte por recibirte tan bien. Sé que quizá nunca me verás como tu padre, pero me consuela saber que a pesar de que sí lo soy, te rodeaste de personas que te aceptan por quien eres. Sé feliz, ama a tu mujer y cuida de tu familia cada día. A mí me hubiera gustado hacerlo con la mía, pero ya es demasiado tarde para ello. Gracias por nunca rendirte y ser el hijo ejemplar que un hombre de mierda como yo jamás mereció tener".

Miré la carta sin saber qué hacer.

La dejé sobre la mesa y me enfoqué en la boda, más tarde reflexionaría sobre lo que había sentido al ver lo que escribió Logan Thorne.

****

El aire olía a manzanas, a canela y al dulce aroma que emanaba de su pelo. El otoño había cubierto toda la finca de naranja, y yo la esperaba en el altar mientras las notas de violines y guitarras llenaban el aire con una armonía que parecía flotar entre los árboles.

Caminaba de un lado al otro, ansioso y nervioso por verla.

La marcha nupcial había empezado y cuando la vi caminar hacia mí, sentí que todo dentro de mí se estremecía.

La amaba tanto que había decidido no pestañear para no perderme ningún detalle de Adara King caminando hacia mí, para convertirse en mi esposa.

Avanzaba lentamente, envuelta en un vestido blanco de estilo vaquero que se movía con el viento y la hacía lucir como el ángel más precioso que había visto en mi vida. Flores de azahar adornaban la falda del vestido, su cabello caía sobre los hombros y el velo se deslizaba sobre su cara, bajo un blanco sombrero adornado delicadamente con pequeñas flores. A su lado, Damon caminaba orgulloso, sosteniendo su brazo. Parecía que incluso el sol había decidido inclinarse ante ella, derramando destellos cálidos sobre su piel. Black Storm, mi caballo favorito y que ahora era también el de ella, trotaba a pocos metros detrás de Adara como si también quisiera custodiarla hasta el altar.

Nunca creí en señales ni en milagros, pero verla caminar hacia mí, me hizo darme cuenta de que la vida había sido generosa conmigo y que todo lo que había vivido, era porque necesitaba darme cuenta de que las segundas oportunidades eran posibles para todos. Incluso para los seres más rebeldes del mundo como yo o como Black Storm.

Adara avanzó entre los invitados que sonreían emocionados, le tomaban fotos y lloraban al verla, incluso el payaso de Noah y los trillizos que cantaban country y que habían asistido a la boda a regañadientes, lucían emocionados, sobre todo Noah que no dejaba de llorar y decir que lo que Adara y yo teníamos era amor verdadero y nunca antes había estado más de acuerdo con él.

Los trillizos pelirrojos, no eran como su hermana Carrie y me habían pedido perdón de rodillas a pesar de que nada de lo que ella había hecho era su culpa. Carrie y todos nuestros enemigos habían sido condenados a cadena perpetua y morirían en prisión.

Cada herida, cada pecado, cada matiz de oscuridad que había albergado me habían conducido hacia ella y mientras la veía avanzar, pensaba en lo mucho que mi vida había cambiado desde que sus ojos llegaron a mí, desde que se escapó del castigo que le impuse en el ejército y la encontré diciéndole a todos que yo era guapo pero gruñón, con ella aprendí a reír, aprendí a dejarme llevar por lo que sentía. Adara me enseñó a ser libre, a no restringirme, ni permitir que lo que otros pensaban sobre mí me afectara, ella me enseñó que yo no debía pagar por los pecados de mis padres y que no debía avergonzarme de las circunstancias en las que había nacido. Ella era mi segunda oportunidad, el gran amor de mi vida, la muñeca que había conquistado con su dulzura el desierto que habitaba dentro de mí.

—¿Ven? Sí logré casarme con el coronel a pesar de todo, ustedes no tienen idea de cuánto costó que ese hombre tan guapo y rudo admitiera que me ama y estoy contenta de que estén aquí para celebrar mi éxito conmigo.

La gente se río. No importaba a dónde fuera, las risas siempre la acompañarían. Eso era Adara, alegría, vida, cosas bonitas.

—Ay, usted es el padre chismoso que parece que siempre anda sufriendo y al cual vi cuando mi Luke estaba en el hospital, no imaginé que sería quien oficiara mi boda, ¿ahora sí va a contarme de quién está enamorado? —le dijo al sacerdote y este también se río

—Nena, estamos en nuestra boda —señalé sin dejar de reír.

—Ay sí verdad, después me cuenta el chisme padre, no crea que se me va a olvidar eso —concretó y reanudó su avance hacia mí y me sumí en un trance mientras la observaba.

Lo que sentía por ella era tan grande, que sentía que mi corazón sólo latía cuando sus ojos me miraban.

Cuando se detuvo frente a mí, sus dedos rozaron mi rostro y yo apoyé su frente en la mía. Ni siquiera me di cuenta de que estaba llorando, hasta que ella besó mis mejillas humedecidas. Ella me conmovía a un nivel que ya no necesitaba entender, simplemente la amaba y punto.

—Te amo —susurró ella contra mi boca.

—Yo te amo más, tanto que siento que la palabra amor se queda corta para definir lo que siento por ti. Tú eres mi cielo, mi paraíso y también la perfecta compañera para mi eternidad —le aseguré.

El sacerdote pidió silencio. La música se apagó y el mundo pareció detenerse para escucharnos.

La boda avanzó muy rápido, para ser honesto yo no le había prestado mucha atención al sacerdote, ni a su sermón sobre qué debía tener un matrimonio para que funcionara. Yo lo sabía perfectamente: Noches intensas a su lado, un amor inmenso y estabilidad económica. Ella y yo teníamos las tres.

Volví en sí a la hora de los votos matrimoniales cuando escuché su bella voz y supe que el momento de prometerle el mundo entero había llegado.

—Prometo nunca separarme de tus labios —dijo Adara, mirándome con ese fuego abrazador que sólo ella era capaz de emanar—. Y amar cada rincón de ellos, coronel.

—Prometo amarte, aunque mis ojos se cierren para siempre —respondí, mientras el nudo en mi garganta se hacía más fuerte.

—Prometo navegar sin frenos hasta tus brazos y perderme en ellos cada vez que tus ojos se posen sobre mí.

Damon carraspeó entre los presentes, provocando una risa general.

—Están un poco intensos esos votos matrimoniales, no, ¿hija mía?

Todos estallaron en carcajadas, incluso yo. Adara rodó los ojos, divertida, y justo cuando iba a contestar, soltó un pequeño gemido y se llevó la mano al vientre, como si un pinchazo la hubiera sobrepasado.

—Ya viene —dijo, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —pregunté, atónito.

—Nuestra hija ya va a nacer.

Empecé a sudar de una vez. Me tembló la voz, tropecé cuando corrí hacia los invitados pidiendo que alguien fuera a buscar a la doctora.

En fin, me volví un desastre.

Al cabo de pocos segundos, me lancé hacia ella y la tomé en brazos sin pensarlo. Estaba muy estresado tenía la mente en blanco. Ni todo el entrenamiento militar que había experimentado me preparó para aquel momento.

Corrí hacia la casa, la doctora vivía con nosotros, la había contratado para que viviera en nuestra casa y monitoreara a Adara en todo momento. Cuando nos vio llegar me ordenó que la acostara en la cama, y ella se encargaría del resto. Empezó a sacar varios implementos para el parto, mientras yo daba vueltas por la habitación diciéndole que se apurara. No me gustaba escuchar a Adara gritar por culpa de los dolores de parto.

Los invitados se amontonaban en la sala y la doctora pedía que desalojaran el lugar por el bien de Adara. Damon King se negó al instante y yo hice lo mismo, aunque yo fui mucho más terco y me negué a salir del cuarto en el que Adara estaba siendo atendida.

—Yo no saldré de aquí hasta que no escuche a mi hija nacer—dije con voz firme,

La doctora suspiró.

—Por lo general, los hombres no soportan ver un parto y suelen desmayarse.

—Por mi hija aguanto lo que sea. Ahora ocúpese de que mi mujer dé a luz a nuestra pequeña.

Adara me miró entre una contracción y otra.

—Así también es de mandón en el ejército, discúlpelo —le dijo a la doctora, jadeando.

Yo caminaba de un lado al otro, impotente, deseando poder absorber su dolor.

—Según lo que encontré en internet —le dije a la doctora— un parto dura en promedio diez horas. No voy a permitir que mi mujer sufra por tanto tiempo, así que más le vale encontrar la forma de que ella no sufra tanto y que mi hija nazca bien.

Desde fuera se escuchó la voz de Noah.

—Normalmente el impertinente soy yo. Tómese un té de tilo, coronel, y deje que la doctora haga su trabajo. Anda más necio que nunca.

****

Pasaron las horas más largas de mi vida. Caminaba, me sentaba, volvía a levantarme, miraba hacia Adara con la esperanza de que Lara finalmente naciera, respiré profundo varias veces y en ocasiones sentía ganas de sacar a la doctora de la ecuación y ser yo quien se encargara del parto porque estaban demorando demasiado. Hasta que, de pronto, el llanto más puro y hermoso que había escuchado en mi vida sanó mi alma para siempre.

Me quedé inmóvil, contemplando a la pequeña en brazos de mi mujer.

Era perfecta.

Extraordinaria.

Magnífica.

Lo mejor que había visto en mi vida.

¿Cómo era posible que algo tan pequeño irradiara tanta luz?

—Felicidades, coronel —dijo la doctora con una sonrisa—. Su hija ha nacido en perfectas condiciones.

Adara lloraba y yo me puse de rodillas para darle gracias a Dios y a mi muñeca por cumplir un sueño que ni siquiera creí posible: tener una familia unida y feliz.

—Bienvenida al mundo, Lara preciosa —le susurró—. Papá y mamá te aman mucho, no sabes cuánto te hemos esperado.

Me acerqué, y noté que la vida se había vuelto tan hermosa, que sentía que vivía en el eterno final feliz de una película. La criatura lloraba con fuerza, era tan diminuta y perfecta que no podía dejar de verla.

—¿Quieres cargarla? —me preguntó Adara.

—¿Y si la lastimo? No sé cómo hacerlo yo…

—Mi amor—rió ella—, estuviste durante meses buscando tutoriales de cómo cargar correctamente un bebé. Hasta te compraste muñecas *reborn* para practicar con ellas. No hay nadie más capacitado para cargar a nuestra hija que tú.

Temblando, la tomé en brazos. En cuanto la sostuve, dejó de llorar. Su respiración se calmó, y sus pequeños dedos se movieron como si reconociera que yo era su papá. Dejé que las lágrimas siguieran inundando mi cara. No podía creer que tanta felicidad fuera posible.

—Creo que mi hija ya eligió a su favorito —dijo Adara, sonriendo entre lágrimas.

Besé la cabeza de Lara y le susurré al oído:

—Eres invencible, pequeña vaquera, no tienes idea de lo feliz que me hace poder conocerte. Podrás lograr todo lo que te propongas y nunca permitiré que nadie te haga creer lo contrario.

Horas después, Damon la sostenía con torpeza mientras Isabella lo regañaba por no apoyarle bien la cabeza. Se peleaban por ella, brazos no le iban a faltar a mi pequeña.

—Damon, ¿no te parece que ya es mi turno de cargar a mi nieta? —le dijo ella.

—¿No les parece que en realidad es mi turno? —intervino Noah con un tono burlón—. Soy el padrino y no se me ha permitido cargarla en lo absoluto. Ustedes ya no están en edad para cargar bebés, pero yo soy un ejemplar joven y en mi mejor momento. Soy el más apto para el papel de niñero militar.

Las risas llenaron la habitación. Por primera vez en mi vida, sentí que no faltaba nada, que ya no había guerras por ganar, ni heridas que sanar. Mi madre también había cargado a mi hija y lucía más cómoda en compañía de todos. Las disputas familiares también habían quedado atrás.

Unos días después, retomamos la boda que había quedado inconclusa. Esa vez no hubo prisa, ni nervios, ni interrupciones. El otoño sirvió de escenario perfecto y frente a los mismos invitados de nuestra primera boda, nos juramos amor eterno. Lara dormía en brazos de su padrino Noah, que de vez en cuando se peleaba con Anabella, quien sería la madrina, porque ella también quería cargarla y Noah no se lo permitía.

Cuando pronunciamos el "sí acepto" y el sacerdote nos declaró marido y mujer, sentí que si moría en aquel momento me iría feliz. Sellamos nuestra unión con un beso y la gente aplaudió maravillada. Ellos sabían cuánto nos había costado llegar allí.

Esa noche, nuestra hija estuvo más despierta que nunca. Adara estaba agotada por la boda y cabeceaba en la cama mientras yo la observaba, cada vez más enamorado de ella.

—Preciosa, descansa. Yo cuidaré de Lara Isabella —le dije.

—Pero sólo por unas horas, mi coronel…

—Claro que sí, ¿no te parece que ya deberías tratarme con menos formalidad? Soy tu esposo —le respondí.

—Me gusta decirte: mi coronel, así empezó todo y de alguna manera cada vez que te digo así te siento más mío que nunca.

—Yo soy tuyo y siempre lo seré.

La dejé dormir toda la noche.

Cuando el sol se filtró entre las cortinas de la habitación, el otoño brillaba con una fuerza inusual, supuse que todo me resultaba tan hermoso porque Adara era oficialmente mi esposa y Lara había llegado para iluminar nuestras vidas completamente.

Las hojas danzaban afuera y Lara dormía en mis brazos.

Adara se despertó sobresaltada.

—¡Mi coronel! Me dejó dormir toda la noche. No puede ser. Soy una mala madre, no me despertaste para atender a nuestra hija.

—Al contrario, muñeca —le respondí con una sonrisa—. Eres la mejor madre, porque te permitiste descansar y reponer energías para cuidar a nuestra hija.

Ella me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué eres tan perfecto?

—En realidad no lo soy —respondí—. Tengo dos debilidades ahora.

—¿Ah sí? ¿Cuáles?

—Mi hija y tú. Y no imaginas lo feliz que soy gracias a eso.

Adara sonrió, recostó la cabeza en mi hombro y dijo en voz baja:

—Si algún día escribo un libro sobre nuestra historia, debería llamarse *"Las debilidades del coronel"*

—Como todo empezó contigo —le respondí—, pienso que "La debilidad del coronel" sería un título perfecto.

—Creo que sería una historia maravillosa y entretenida.

—Y eso es gracias a la muñeca hermosa y testaruda que la protagoniza.

—Se te olvidó decir que también soy muy carismática.

—Sí, y también que eres el amor de mi vida, pero eso ya lo sabes.

Lara se removió en mis brazos. Sus ojos se abrieron lentamente y la heterocromía en su mirada aumentó la felicidad de aquel día. Ella tenía un ojo verde y otro celeste. Tenía el pelo oscuro y sus facciones tenían un poco de Adara y de mí.

—Ella en verdad es la unión perfecta entre ambos —susurró Adara, emocionada.

—Lara es la prueba de que el amor entre polos opuestos siempre produce grandes resultados —le respondí.

El viento del otoño volvió a soplar y las hojas revolotearon frente a la ventana. Por un instante, todo pareció detenerse. El mundo, que alguna vez me había parecido cruel y vacío, ahora nos sonreía y nos mostraba sus mejores colores.

Mi caballo *Black Storm* apareció en el bosque acompañado de una yegua blanca llena de manchas chocolates y junto a ellos caminaba un pequeño potrillo. Mi caballo también se había convertido en padre.

Se acercaron a la ventana y ambos sonreímos al mirar a los equinos. Mi corcel había ido a presentarnos a su familia.

—Quizá nuestra hija algún día pueda ser la jinete de ese caballo.

—Estoy muy de acuerdo, parece que *Black Storm* y yo, finalmente hemos sanado.

El caballo relinchó y yo tomé la mano de Adara.

—Gracias por llegar a mi vida y convertirte en mi debilidad.

—Te amo Luke Thorne.

—Te amo, Adara King. Mi hija y tú, son mi vista de otoño favorita y así serán hasta el fin de mis días.

Después de tantas batallas, intrigas y miedos, el amor había tocado mi puerta para siempre y no estaba dispuesto a dejarlo ir.

Nos esperaba una vida cómoda y repleta de hijos en medio del campo que tanto amábamos.

Nuestra felicidad apenas comenzaba y mientras *Black Storm* se alejaba con su familia, yo abrazaba a la mía y me di cuenta de que ya no tendría que preguntarme si algún día podría ser feliz, porque finalmente lo era, junto a mi muñeca y nuestra hermosa hija Lara.

Un coronel no era invencible sin debilidades, al contrario, las necesitaba para lograr todo lo que quería en la vida.

Fin

Epílogo

Adara

4 años después

La central militar de Nashville era probablemente una de las más tranquilas del país. Los soldados entrenaban bajo el pacífico sol del otoño, mientras mi esposo los reñía por no dar el máximo de sus capacidades.

El cielo sin nubes se posaba sobre nuestras cabezas, al tenor de la marcha de los reclutas que llevaban más de una hora corriendo. Desde la distancia, vi a Luke plantado en medio del campo de entrenamiento, supervisando cada movimiento. Llevaba un mes con esas tropas, y cada día les exigía más porque no eran grupo tan grande, por ende, cualquier falencia era mucho más evidente para un experimentado coronel de treinta y dos años como Luke. Le habían ofrecido el cargo de general, dos años atrás, pero él lo había rechazado, porque ser un general implicaba tener más responsabilidades y probablemente habríamos tenido que mudarnos. Le dije que estaba bien con eso, que aceptara la oportunidad, pero me dijo que era tan feliz en Nashville que lo que menos le importaba era ascender de rango en el ejército. Lo vi genuinamente convencido de ello, por lo que no insistí porque no quería marcharme. Nuestra familia era tan feliz viviendo en Nashville, que la sola idea de mudarnos a otro lado me resultaba desalentadora.

—Corran más aprisa —ordenó al ver a un par de soldados reducir el paso—. Están entrenando para defender a este país. No quiero reclutas débiles en mis tropas. Quien no dé la talla puede despedirse del ejército ya mismo.

Lo observé desde lejos, con una sonrisa tirando de mis labios. Con los años se había vuelto más guapo, más aguerrido y más fornido y musculoso. Y vaya que yo disfrutaba de todo eso cada noche.

Su actitud dura, su personalidad intimidante y la rudeza que emanaba cada vez que entraba al campo de entrenamiento, y miraba a sus soldados como si fueran ratas malolientes, lo hacían lucir cada vez más sexy.

El coronel Thorne seguía siendo el militar más atractivo de todos. Bastaba con ver la reacción de las mujeres cuando asistíamos a eventos familiares en el pueblo, y lo veían llegar con sus dos metros de altura, luciendo una camisa negra arremangada que resaltaba sus tatuajes. Con los años me había vuelto un poquito menos celosa y es que ver la cara de Luke cuando otras mujeres intentaban llamar su atención era muy divertido, porque ni siquiera les prestaba atención y sólo blanqueaba los ojos, mientras un grupo de entusiastas mujeres intentaba rodearlo.

—Sigan corriendo o duplicaré la cantidad de vueltas que deben dar en su entrenamiento —añadió, y las voces de los soldados se unieron en un solo eco:

—¡Señor, sí señor!

A mi lado, Noah soltó un resoplido divertido. Lo habían trasladado a Nashville un año atrás, para que ejerciera el cargo de mayor, junto con Harvey, ese recluta imprudente que habíamos conocido en el torneo militar cuatro años atrás, el mismo chico que dio la idea de poner varias pelinegras como señuelo, para evitar que los del bando enemigo dieran conmigo. Noah y él se llevaban bien, aunque había notado ciertas miradas en Harvey que me hicieron pensar que sentía algo por mi amigo. Noah acababa de terminar su relación con mi amiga Laura, porque se dio cuenta de que no estaban en la misma sintonía. Ninguno de los dos quiso dar grandes detalles.

Él no se veía triste, ella en cambio sí lo estaba y mucho.

—¿Cuánto tiempo más dejarás que esas pobres tropas sufran con ese energúmeno coronel, para entrar al campo y aplacar a esa bestia?

—Tú y yo pasamos por un entrenamiento semejante —respondí—. Correr es parte de estar en el ejército.

—Ay, por favor, no te hagas la ruda —replicó con una sonrisa socarrona—. El primer día en la central de Washington te desmayaste y el coronel tuvo que llevarte a la enfermería porque no aguantaste ni correr dos vueltitas a su ritmo.

—Ah, con que amanecimos echándonos cosas en cara, ¿eh, compadre?

Noah abrió los ojos con horror.

—Oye, sabes que adoro a mi ahijada, pero no me digas compadre, me haces sentir viejo.

—Eso es porque ya lo estás —repliqué divertida—. ¿Qué es eso que tienes allí?

—¿Qué cosa?

—Dios mío… son arrugas. Tienes como cuatro de ellas y varias canas en el cabello.

—¿Es en serio? No puede ser. Si todavía soy un ejemplar joven y hermoso, es imposible que tenga canas.

Y sin pensarlo más, salió corriendo hacia el baño para verificar que en verdad lucía como yo había dicho. Luke, al verlo, sólo blanqueó los ojos.

—Si siguen bajando la velocidad —gritó a las tropas— tendrán que correr hasta que anochezca.

—¡Señor, sí señor!

En ese momento crucé la entrada del campo y alguien anunció:

—La capitana Adara Thorne King está entrando al campo.

Se sentía épico cada vez que me decían así. Había ascendido gracias a mi buen trabajo con las tropas, el rendimiento de los chicos que entrenaba fue tan bueno que hicieron un torneo general entre todas las centrales y los reclutas de la central de Nashville fueron los ganadores. Les conté mi historia con Luke y cómo había pasado de ser la peor soldado a convertirme en la ganadora del torneo individual gracias a que tuve alguien como el coronel, que se esmeró en que mejorara. Eso los motivó tanto que ganaron la contienda.

Luke giró la cabeza y al verme se alejó de las tropas con esa media sonrisa que siempre conseguía remover todo dentro de mí.

—Sigan corriendo, soldados —ordenó, caminando hacia mí.

Me cuadré y le hice el saludo militar.

—Nena —dijo al llegar frente a mí—, tú no tienes que hacerme el saludo militar, eres mi esposa.

—Cuando una ve a un rudo coronel poniendo a sus tropas a correr sin parar, debe acatar las normas militares para no ser castigada —respondí con aire formal.

Su sonrisa se volvió más peligrosa.

—¿Quieres que te castigue en mi oficina como tanto nos gusta?

—Me parece que tenemos que hablar sobre algo más importante, mi coronel.

—¿Entonces no podré hacerte mía en este momento?

La idea era muy tentadora, pero tenía cosas que conversar con él y no podía perder tiempo.

—Después de que hablemos un poco —contesté, disimulando la sonrisa.

Nos alejamos hacia su oficina. Apenas cerró la puerta, Luke me arrinconó contra el escritorio y me besó con esa intensidad que con los años sólo aumentaba.

—Por los viejos tiempos en mi oficina en Washington —susurró con los labios rozando mi cuello.

—Compórtese, coronel, no vaya a ser que tenga que sancionarse usted mismo por no acatar las normas militares.

—Estoy dispuesto a acatar cualquier sanción que la capitana Adara Thorne considere conveniente.

—La capitana Thorne quiere hablar sobre nuestro aniversario de bodas, mi coronel —dije entre risas—. Ha pasado un mes y no hemos podido celebrarlo. El cumpleaños de Lara ocupó todo nuestro tiempo y…

Luke se alejó y me miró un tanto horrorizado, yo solía celebrar nuestro aniversario de bodas de forma peculiar y podía entender por qué su cara adoptaba esa expresión.

—¿Qué nueva cosa descabellada harás para celebrarlo? Este año deseo tener un aniversario tranquilo, algo que no implique sufrir posibles infartos por las imprudencias de mi mujer.

—¿No le parece que está usted exagerando, mi coronel?

—Por supuesto que no, capitana Thorne. El año pasado se te ocurrió que nos metiéramos en un túnel submarino, y aunque al inicio me pareció fascinante ver las criaturas marinas nadar alrededor de nosotros, cuando me di cuenta de que aquel lugar estaba rodeado por cocodrilos de agua salada que mordían el túnel cada vez que nos movíamos, aquello dejó de gustarme.

No pude evitar reír.

—Luke, ese túnel estaba elaborado con plástico irrompible, esos cocodrilos jamás nos habrían podido hacer nada.

—La verdad no me importa lo que pase conmigo —dijo serio—, pero cuando algo te pone en riesgo me convierto en el hombre más estresado del planeta. Y tú te la pasabas tratando de llamar la atención de los cocodrilos para que nadaran cerca de donde estábamos, ¿qué tal que hubiesen logrado llegar a ti, rompiendo ese plástico que según tú era irrompible?

—Eso es lo emocionante de estar casado conmigo, mi coronel, que nunca se sabe con qué voy a salir.

—Aunque te diga que deseo pasar un aniversario tranquilo junto a nuestros hijos, no me harás caso, ¿verdad?

Negué y él suspiró un tanto cansado.

—Me alegra que me conozca tan bien, coronel Thorne.

Luke hundió los hombros resignado.

—Te tomaste muy a pecho lo de ser la debilidad del coronel.

—Por supuesto que sí.

Me besó suavemente.

—¿A qué peligroso lugar iremos esta vez?

—Será una maravillosa sorpresa.

—Tus sorpresas por lo general suelen ser más aterradoras que maravillosas, pero así te amo.

—Se preocupa usted mucho, mi coronel.

—Si no te amara, no lo haría.

—Nuestros hijos se quedarán unos días con mis padres para que podamos celebrar más tiempo de lo previsto, saldremos de vacaciones mañana así que tenemos todo bien planeado

—¿Segura que esta vez no querrás hacer algo exótico como dormir en un pequeño campamento junto a leones salvajes?

—Según lo que me dijiste, la última vez que me emborraché yo me puse a rascarle la barriga a una leona, así que quizá no sea tan mala idea lo de dormir entre leones.

Luke soltó una carcajada.

—No sé para qué abrí mi bocota y sugerí algo semejante. Seguramente la idea te encantó.

—Sospecho que en el fondo mis sorpresas en nuestro aniversario te encantan —rebatí.

—¿Y si nos quedamos en casa y horneamos algo?

—Horneamos juntos casi todos los fines de semana mi coronel, eso sería poco original de mi parte.

—¿Y si vamos a la cascada de la finca y pasamos otra tarde emocionante en ella?

Me acerqué y le besé la comisura de los labios. Él hizo una mueca para que le besara la otra comisura, reí y lo complací.

—Buen intento, mi coronel, pero mi sorpresa seguirá en pie.

—Algo me dice que esta vez te lucirás mucho más que todos los años —murmuró, acariciándome la cintura—. Debí embarazarte este año también y evitar que se te ocurriera otra de tus locuras.

—¿No le parece que tener tres hijos en cuatro años es mucho?

Me abrazó y apoyó su frente en la mía.

—No, porque siempre podemos tener más hijos.

—Hablando de eso, seguramente ya nuestros hijos deben estar en Washington. Harán escala allá para después irse a Noruega con mis padres. Será la primera vez que irán. Lara estaba emocionada por ello, dijo que no puede esperar a conocer qué tipo de razas de caballos hay en Noruega.

Luke sonrió.

—Tus palabras fueron proféticas. Nuestra hija ama todo lo relacionado con los caballos.

—Estoy casi segura de que romperá paradigmas en la equitación.

—Ella será como tú, Adara. A donde sea que llegue, destacará.

—Me pregunto qué tal les irá a los gemelos.

Y sí, yo había seguido la tradición familiar dando a luz a un par de gemelos llamados: Andrew y Lindsay.

—Nuestro hijo Andrew probablemente se la pase investigando insectos y plantas en el jardín de tus padres. No puedo creer lo inteligente que es. Cuando lo veo leyendo enciclopedias como si fueran historietas, me pregunto si algún día podremos seguirle el ritmo.

—Nuestro hijo es un genio, probablemente jamás lo hagamos. ¿Pero sabes a quién sí podremos seguirle el ritmo?

Ambos dijimos al mismo tiempo:

—A Lindsay.

Luke soltó una carcajada.

—Aunque ni tanto, porque es la más parecida a ti de los tres. Es ocurrente, graciosa y muy activa, me da la impresión de que ella siempre irá un paso delante de nosotros.

—¿Tú crees que en verdad se parece a mí?

—Sí, exceptuando por...

Supe lo que él iba a decir incluso antes de escucharlo.

—Vas a presumir otra vez que los gemelos heredaron tus ojos, ¿verdad?

—Qué come que adivina, señora Thorne.

—No me parece justo. Tuve gemelos, al menos uno de ellos debió sacar mis ojos.

—Quizá si hubieses dado a luz mellizos habría sido posible, pero como tuviste gemelos...

—Debería tener otro hijo para que saque mis ojos.

—Nos ponemos ya mismo a ello si quieres.

Luke empezó a desvestirme y, antes de que pudiera decir algo, ya me había acomodado sobre el escritorio para besarme con esa devoción que sólo había ganado fuerza aquellos cuatro años. Su respiración chocaba contra la mía, sus manos me acariciaban el rostro y el exótico aroma de su piel llenó mis fosas nasales cuando lo miré a los ojos y me di cuenta de que no importaba lo que pasara, siempre lo amaría, siempre sería suya, siempre me estremecería entre sus brazos. Entre risas, le dije que si alguien entraba y nos veía; su imagen de coronel intachable se vería afectada y él respondió que las reglas podían romperse sólo cuando se trataba de nosotros.

Y fue así como la pasión se empezó a desbordar entre nosotros y nos volvimos uno.

****

Luke Thorne era un excelente coronel, pero también era un jinete extraordinario. Le gustaba la hípica y disfrutaba más que nada en el mundo las competencias de equitación.

Cuando vi que nuestro aniversario de bodas coincidió con la carrera hípica más importante del planeta: El Derby de Kentucky, no desaproveché la oportunidad de darle la sorpresa de su vida.

—Cuando dijiste que vendríamos a un lugar sorpresa, no sabía qué esperar, pero debo reconocer que este año te luciste, al traerme al Derby de Kentucky—dijo Luke cuando llegamos al hipódromo, con una sonrisa de sorpresa.

Me incliné hacia él y lo besé con dulzura, disfrutando la manera en que sus labios siempre me hacían sentir mariposas.

—¿Ves? Juzgaste injustamente a tu adorada esposa. Ahora vamos, mi coronel, que tenemos asiento en un palco especial.

Entre risas, tomé su mano y caminamos entre la multitud. Los colores vivos de los trajes, los sombreros elegantes y el bullicio de la gente creaban una atmósfera vibrante, en medio de las apuestas que se hacían sobre quién sería el caballo y jinete ganador. Luke, vestido con un polo blanco y negro perfectamente ajustado, destacaba entre todos. Con su porte militar, su andar firme, su mirada intensa; era imposible que pasara desapercibido. Aun así, la mayoría de las miradas se dirigían a ambos, no sólo a él. El coronel lo notó enseguida.

—Qué raro —murmuró con un tono entre curioso y desconfiado—. ¿Por qué nos mirarán tanto?

—Debe ser que jamás habían visto una pareja tan joven y guapa —respondí con una sonrisa coqueta, mientras ajustaba mi vestido rojo y el lazo de mi sombrero.

Él arqueó una ceja, sin perder el gesto de sospecha.

—¿Segura que no planeaste nada raro, nena?

—¿Yo? ¿Planear algo súper descabellado, peligroso y arriesgado, simplemente porque disfruto ver tu cara de sorpresa cuando mi regalo es más loco de lo que esperabas? —dije con fingida inocencia.

Luke soltó una risa breve, de esas que siempre terminaban con un suspiro resignado.

—En efecto, muñeca, no sé por qué, pero me da la impresión de que te las ingeniarías para que incluso algo tan grande y exclusivo como el Derby de Kentucky se amolde a tu antojo.

—Mi amor, exageras. En verdad no tengo tanto alcance.

Me miró con desconfianza, aunque había un brillo de ternura en sus ojos.

—Vamos hacia nuestro palco —dije finalmente, y él me ofreció su brazo como un caballero antiguo.

Antes de avanzar, tomó mi mano y la besó con una sonrisa que escondía una broma. —Seguramente en este palco está la bomba.

Reí divertida.

—Mi coronel, la edad lo ha puesto paranoico.

—Señora Thorne, lo que pasa es que usted es una mujer muy ocurrente, bella y peligrosa, y es capaz de ponerse en riesgo sólo para sorprenderme, la conozco muy bien.

—Mi coronel, está usted exagerando. ¿Qué podría yo hacer en un evento hípico de esta magnitud?

—Eso es lo que llevo rato tratando de descifrar —replicó, ajustándose las mangas—. En qué parte de este hipódromo está la trampa.

Llegamos a nuestro palco privado, adornado con flores y una mesa repleta de manjares. Había vino, pastelitos, frutas y rollos de tocino que desprendían un aroma irresistible. Luke se acomodó en uno de los sillones de terciopelo y me atrajo hacia él para besarme sin parar.

—¿No deberíamos estar viendo las carreras? —pregunté, mientras él besaba mi cuello.

—El sabor de tus labios me interesa más. Además, la carrera emocionante es la principal, las demás no requieren tanto de mi atención—susurró contra mi piel.

Nos pasamos gran parte del tiempo así, riendo, besándonos, recordando los años que habíamos vivido juntos, la felicidad que nos esperaba y los hijos que aún quedaban por tener.

Miré su rostro, tan sereno, y pensé en todo lo que habíamos superado: el dolor, la guerra, las pérdidas, los miedos, los fracasos, las disputas familiares. Todo había quedado atrás, se sentía como si nunca hubieran sucedido.

Cuando faltaban unos quince minutos para la carrera principal, me percaté de que los rollos de tocino se habían acabado.

—Ay, se acabaron los rollos de tocino. Iré a comprar más, me encantaron —dije, levantándome.

—Nena, no te preocupes, yo iré por ellos—ofreció Luke, pero lo detuve con una mano en el pecho.

—No, coronel. Yo le traje aquí como regalo de aniversario. Yo debo ir.

—Se supone que quien debe dar un regalo en el aniversario es el esposo, pero tú durante todos estos años no has querido que te dé nada.

Me incliné hacia él y besé la punta de su nariz.

—Nuestro aniversario es la única fecha en la que me permites darte algo —debatí dulcemente—. El resto de días tú me lo das todo.

—Estás manipulándome para ir a buscar los rollos de tocino —dijo entre risas, pero su mirada se volvió más seria—. Aunque ambos sabemos que no irás a buscar ningún rollo de tocino y que harás alguna locura descabellada que forma parte de tu regalo de aniversario, ¿verdad?

—Vuelvo pronto, coronel. Te amo —murmuré, guiñándole un ojo.

Él suspiró y sonrió con ironía.

—Espero que esta vez tu regalo tampoco me produzca un infarto.

Lo dejé en el palco luciendo muy intrigado. Caminé hacia los establos, intentando mantener un aire despreocupado mientras mi corazón latía con fuerza. El olor a heno y tierra húmeda llenó el aire. Black Storm estaba junto a los otros caballos que eran tan grandes que apenas podía creer que iba a correr contra ellos.

Pero Black Storm no se quedaba atrás. Era majestuoso, imponente y relinchaba imperioso al verme, como si quisiera darle a entender a sus rivales que él no era un caballo cualquiera.

—¿Estás listo, precioso? —pregunté, acariciando su cuello.

Relinchó con más fuerza.

—Tomaré eso como un sí.

El ruido del público crecía a medida que los jinetes se alineaban en los carriles. Me puse la gorra de jockey para ocultar mi rostro y mi cabello, luego me acerqué a la pista. Algunos hombres me miraron con desdén.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo uno de ellos, riéndose—. ¿A una mujer?

Otro se unió a la burla.

—Este deporte no es para mujeres, primor. Mejor regrésate por donde viniste antes de que pases una vergüenza.

Los patanes como ellos, sólo alimentaban mi espíritu competitivo. Yo ya no le temía a nada, sentía que podía lograr todo lo que me propusiera. Ya no era la chica temerosa que temblaba ante cada problema.

—Veremos si dices lo mismo cuando le gane a la mayoría de ustedes, siendo una novata —respondí con firmeza.

El sonido de los altavoces retumbó sobre el estadio para anunciar que la carrera estelar estaba por iniciar.

—Y en el último carril tenemos a un jinete novato. Es importante mencionar que un novato jamás ha ganado el Derby de Kentucky, pero bueno, no queda de otra que presenciar otra humillación. Con ustedes haciendo su debut en este derby: *Black Storm* y su jinete... *Sra. Thorne*. Qué nombre más raro.

—Quizá sea un apodo, George —lo secundó el otro anunciador.

Sentí un nudo de emoción en el pecho, pero también una sonrisa asomó a mis labios. El público murmuraba sobre el jinete misterioso, curioso y confundido a la vez.

La carrera comenzó cuando la corneta sonó.

El estruendo de los cascos sobre la tierra vibró en el aire como un trueno.

Black Storm arrancó con fuerza y nos posicionamos en las primeras posiciones, pero debido a nuestra falta de experiencia no pasó mucho tiempo para que ambos quedáramos en el último lugar. Podía escuchar las risas de algunos competidores delante de mí y las palabras burlonas del locutor.

—Vaya, parece que el jinete *Sra. Thorne* es peor de lo que parece y sólo se inscribió para pasar vergüenza.

Iba a demostrarles lo equivocados que estaban

—Vamos, amigo, tú puedes —susurré, inclinándome hacia él—. Ambos fuimos rechazados por el mundo, sufrimos mucho dolor antes de que alguien nos amara y nos sacara de ese abismo. ¿Y sabes quién es ese alguien? Luke. Él nos salvó a ambos de la oscuridad, y quiero que vea cómo tú y yo llegamos lejos en su honor, hace cuatro años me acompañaste cuando me casé con él y hoy es nuestro aniversario y quiero que ganemos por él o que al menos quedemos entre los tres primeros. ¿Crees que puedes hacerlo, precioso?

El caballo relinchó con fuerza y comenzó a acelerar. Sentí el viento azotándome el rostro, el rugido del público se volvió ensordecedor cuando vieron que los novatos de los que se estaban burlando volvían a dar pelea. Uno a uno, fuimos adelantando a los demás. A mitad de carrera ya estábamos entre los cinco primeros.

En los últimos metros, Black Storm desató toda su potencia y apretó el ritmo, lo que estaba pasando era milagroso. Nos enfrentábamos a los mejores jinetes y caballos del mundo, y sin embargo allí estábamos para demostrar que la fuerza de voluntad y las ganas de triunfar eran capaces de lograr cualquier lo impensable.

El final fue de infarto, logramos alcanzar al caballo que iba de primero y aceleramos todo lo que pudimos, Black Storm lo dio todo, ya no me importaba el resultado. Estábamos allí, lo habíamos logrado y cuando el mundo me preguntara cómo me sentía al haber llegado tan lejos diría cuánto amaba al coronel. Recordé todas mis luchas, todas mis caídas, la Adara de hacía cuatro años jamás se habría atrevido a meterse a un hipódromo e intentar ganar la carrera más difícil del planeta.

Cruzamos la meta en segundo lugar. Por un instante todo quedó en silencio, luego el estadio estalló en aplausos y gritos, la gente nos aclamaba a Black Storm y a mí a pesar de que quedamos segundos. Me quité el sombrero, dejando al descubierto mi rostro. Los periodistas se acercaron, sorprendidos.

—¡Es una mujer! —gritó uno de ellos—. ¡La Sra. Thorne es una mujer!

Luke, saltó al campo y recordé que hizo lo mismo cuando me metí a la competencia del toro mecánico en Nashville y la gané.

El coronel lucía en shock.

Caminó hacia mí sin apartar la mirada, y cuando lo tuve frente a frente me besó frente a todos.

—¿Alguna vez dejarás de sorprenderme, nena?

Sonreí, temblando de emoción y enterré la cara en su cuello para seguir , besándolo ante todos.

—Feliz aniversario de bodas, mi coronel, no imaginas cuánto te amo.

Los flashes nos inundaban, al día siguiente estaríamos en todos los titulares y aunque aquello no era importante. Una parte de mí, pensó que había sido imprudente porque le prometí a Anabella que no me mostraría en público para evitar que el jefe de la mafia italiana, Alessandro Santori, descubriera cómo lucía su cara, ya que éramos gemelas.

El público aplaudía, vitoreaba e incluso nos felicitaban porque oyeron que estábamos de aniversario. Los periodistas nos rodearon. Uno de ellos me preguntó qué me había impulsado a competir en la carrera.

—Algún día mi hija ganará el Derby de Kentucky y será la primera mujer en hacerlo —respondí con una sonrisa—. Pero por lo pronto quiero seguir celebrando mi cuarto aniversario de bodas con mi marido, el coronel.

Luke embobado. Subimos juntos a un Black Storm, que relinchó triunfal y recibió una corona enorme de flores rojas que contrastaba con su piel oscura.

Salimos del hipódromo entre aplausos, con el atardecer tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados.

Mientras el caballo avanzaba por el sendero que conducía a los establos, levanté la manga de mi brazo izquierdo y le mostré el tatuaje recién hecho, en el cual se leía: *Soy la debilidad del coronel*

Luke lo observó en silencio unos segundos, luego tomó mi brazo y lo besó.

—Y nunca dejarás de serlo, nena.

—¿Es eso una promesa mi coronel?

—Claro que sí y como una vez te dije, mis promesas cuando se tratan de ti jamás caducan. Prometo seguirte amando en cada una de tus locuras y ocurrencias.

Lo besé una vez más y sonreí.

—¿Le gustaría que tengamos otro hijo mi coronel?

Él me abrazó emocionado.

—Sí, quiero seguir llenando este mundo de criaturas tan fascinantes como tú.

Una lágrima escapó de mis ojos, pero una vez más lloraba de felicidad.

Había olvidado lo que era sentirme triste, ya no quedaba nada en mí que sanar y eso era gracias a Luke, al coronel que cambió mi vida al permitirme ser su debilidad.